



# MEMORIAS DE UN PRIMATE

La vida nada convencional  
de un neurocientífico  
entre babuinos

ROBERT SAPOLSKY

Capitán Swing®

# MEMORIAS DE UN PRIMATE

La vida nada convencional  
de un neurocientífico  
entre babuinos

*Robert Sapolsky*

Traducido por Josefina Ruiz

*Capitán Swing* 

Título original: *A Primate's Memoir: A Neuroscientist's Unconventional Life Among the Baboons* (2002)

© Del libro: Robert M. Sapolsky

© De la traducción: Josefina Ruiz Hernández

Edición en ebook: abril de 2016

© De esta edición:

Capitán Swing Libros, S.L.

Rafael Finat 58, 2º4 - 28044 Madrid

Tlf: 630 022 531

[www.capitanswinglibros.com](http://www.capitanswinglibros.com)

ISBN DIGITAL: 978-84-945311-4-9

© Diseño gráfico: Filo Estudio [www.filoestudio.com](http://www.filoestudio.com)

Corrección ortotipográfica: Laura Rivero

Maquetación ebook: Caurina Diseño Gráfico [www.caurina.com](http://www.caurina.com)

Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

# Contenido

Portadilla

Créditos

Agradecimientos

Parte 1. La adolescencia: uno más de la manada

01. Los babuinos: las generaciones de Israel
02. Pinchos de cebra y una vida marcada por el delito
03. La venganza de los liberales
04. El integrista masai y mi debut como asistente social
05. El demonio de la Coca-Cola
06. Curso de cartografía para ancianos
07. Recuerdos sangrientos: las guerras de África Oriental

Parte 2. Transición a la vida adulta

01. Los babuinos: Saúl en el desierto
02. Samwelly contra los elefantes
03. El primer masai
04. Zoología y seguridad nacional: la fábula de la hiena
05. El golpe
06. La mujer que oía voces en el momento equivocado
07. Sudán

Parte 3. Fragilidad de la edad adulta

01. Los babuinos: los años de inestabilidad
02. El viejo Dedos Curvos y el rey de Nubia-Judea
03. Los pingüinos de Guyana
04. Cuando los babuinos se caían de los árboles
05. El anciano blanco
06. El ascensor
07. El montículo detrás del 7-eleven

#### Parte 4. La edad adulta

01. Los babuinos: Nick
02. El ataque
03. Hielo
04. Joseph
05. En el país de los ciegos el tuerto es rey
06. ¿Quién hizo qué?
07. Los últimos guerreros
08. La peste

# Robert Sapolsky

(Estados Unidos, 1957)

Sapolsky es un reconocido científico y escritor estadounidense, actualmente profesor de Ciencias Biológicas y Neurología en la Universidad de Stanford, con estancias en varios departamentos como ciencias de la vida, neurología y neurocirugía. También es investigador asociado en el Museo Nacional de Kenia. Ha recibido numerosos premios, como la beca MacArthur, el Premio Presidencial de Jóvenes Investigadores de la Fundación Nacional de Ciencias, y el premio al Investigador Joven del Año.

Como neuroendocrinólogo, centró su área de investigación en los problemas de estrés y la degeneración neuronal, así como en las posibilidades de las estrategias de terapia génica para la protección de las neuronas sensibles a la enfermedad. Actualmente está trabajando en las técnicas de transferencia genética para fortalecer las neuronas contra los efectos discapacitantes de los glucocorticoides. Sapolsky visita Kenia cada año para estudiar una población de monos salvajes con el fin de identificar las fuentes de estrés en su entorno, y la relación entre personalidad y patrones de enfermedades ligadas al estrés en estos animales. Más específicamente, Sapolsky estudió los niveles de cortisol entre el macho alfa, la hembra y los subordinados, para determinar los distintos niveles de estrés.

## Agradecimientos

La presente obra es una recopilación de historias basadas en los más de veinte años que pasé trabajando de forma intermitente en un parque nacional de África oriental. Se trata de historias reales, pero, como suele suceder en estos casos, al redactarlas me he tomado unas pequeñas libertades de carácter literario que quisiera describir a continuación. La historia de Wilson Kipkoi es cierta en su mayor parte; sin embargo, se han cambiado los nombres y algunos otros detalles para proteger el anonimato de los protagonistas. Lamentablemente, hasta el último detalle del terrible capítulo final es auténtico, aunque también he modificado unos cuantos nombres y algunos hechos dolorosos. He ampliado la cronología de los distintos capítulos en algunas partes y la he reducido en otras. En ciertos casos, he alterado el orden de las historias; en cambio, he relatado las vidas de los babuinos tal como sucedieron. Por último, hay personas y babuinos concretos que son una síntesis de varios miembros de sus respectivas especies. Mi objetivo era mantener constante el número de personajes que formaban parte de las diferentes historias: por ejemplo, dentro del elenco humano, es posible que un guarda forestal, un operador turístico o un determinado camarero de hotel sea un compendio de distintos individuos. En el caso de los babuinos, todos los personajes importantes existen en la realidad, y lo mismo puede decirse de los seres humanos que desempeñan un papel fundamental en la historia: Richard, Hudson, Laurence de las Hienas, (la difunta) Rhoda, Samwelly, Soirowa, Jim Else, Mbarak Suleman, Ross Tarara y, por supuesto, Lisa son, en su totalidad, personajes reales. En cuanto a mí, creo que no soy ningún híbrido, al menos que yo sepa.

Hay una serie de personas que me ayudaron a verificar los datos, bien leyendo una parte de este libro o bien, como en el caso de Soirowa, que no sabe leer, escuchando algunos capítulos para comprobar que los hechos se produjeron tal como ellas los recuerdan. En este sentido, deseo expresar mi agradecimiento a Jim Else, Laurence Frank, Richard Kones, Hudson Oyaro y Soirowa. También estoy muy agradecido a Colin Warner por haber

comprobado algunos datos de carácter formal en la biblioteca, y a John McLaughlin, Anne Meyer, Miranda Ip y Mani Roy por haberme ayudado a corregir las pruebas del manuscrito. Quiero dar las gracias a Dan Greenwood y a Carol Salem por haber compartido conmigo algunas anécdotas relacionadas con sus viajes por África oriental, y a Jonathan Cobb, Liz Ziemska y Patricia Gadsby por haber leído hace unos años lo que por entonces no era sino un mero borrador del libro y por haberme proporcionado unos consejos estilísticos de inestimable valor.

La financiación de la presente obra ha sido posible gracias a la colaboración de instituciones como el Club de Exploradores, la Fundación Harry Frank Guggenheim, la Fundación MacArthur y la Fundación Templeton, a los que no sólo agradezco su generosidad, sino también la extraordinaria flexibilidad que mostraron al hacerse cargo de las peculiares exigencias del trabajo de campo; lo menos que puedo hacer es darles las gracias por aceptar recibos y presupuestos en libros de cuentas empapados de agua y (literalmente) apolillados. Deseo mostrar mi agradecimiento al Instituto de Investigación de Primates y a los Museos Nacionales de Kenia por haberme dado la oportunidad de colaborar con ellos, y a la oficina del presidente de la República de Kenia, por haberme permitido investigar durante todos estos años. Dos colegas, Shirley Strum, de la Universidad de California en San Diego, y Jeanne Altmann, de la Universidad de Princeton, han abierto para mí sus campos de trabajo como parte del acuerdo de colaboración al que habíamos llegado; una experiencia por la que les estoy muy agradecido. Y quiero dar las gracias a una serie de personas que me enseñaron algunos aspectos de la técnica del trabajo de campo y me ayudaron a reunir datos durante las primeras sesiones del mismo: Davie Brooks, Denise Costich, Francis Onchiri y Reed Sutherland.

Doy gracias a mi agente, Katinka Matson, por su enorme apoyo y por la pericia que ha demostrado poseer al hacer realidad este libro, y a mi editora, Gillian Blake, y a su ayudante, Rachel Sussman, por haber tenido la extraordinaria gentileza de indicarme que el manuscrito presentaba una serie de deficiencias que cualquiera que no fuera un científico habría aprendido a solventar en un taller de escritura. Ha sido un placer trabajar con todas vosotras.

Y, finalmente, deseo dar las gracias a mi mujer, Lisa, el amor de mi vida,

que ha tenido que escuchar muchas de estas historias infinidad de veces. Un apunte final: los expolios y saqueos del colonialismo en África son cosa del pasado. Sin embargo, con frecuencia Occidente sigue explotando el continente africano de maneras mucho más sutiles, incluso con las mejores intenciones. Llevo más de media vida vinculado a África y siento un gran cariño, respeto y gratitud hacia aquella tierra y hacia los amigos que viven allí. Por mi parte, espero de todo corazón no haber adoptado sin darme cuenta una actitud explotadora en estos escritos. Es lo último que habría querido hacer.

PRIMERA PARTE

**LA ADOLESCENCIA:  
UNO MÁS DE LA  
MANADA**

## Los babuinos: las generaciones de Israel

Me incorporé a la manada de babuinos a la edad de veintiún años. No tenía previsto convertirme en babuino de la sabana cuando fuera mayor; lo que quería era ser un gorila de la montaña. Siendo un niño en Nueva York, no hacía más que rogar y engatusar a mi madre para que me llevara al Museo de Historia Natural, donde me pasaba horas contemplando los dioramas africanos y soñando con vivir en uno de ellos. Por supuesto, ser una cebra y atravesar las praderas a toda velocidad tenía su encanto, y algunas veces imaginaba que dejaba atrás el endomorfismo de mi niñez y me convertía en una jirafa. Durante un tiempo, me entusiasmó la utopía colectivista que subyacía en las arengas de mis viejos parientes comunistas y decidí que, cuando creciera, sería un insecto social. Una hormiga obrera, naturalmente. Cometí el error de confesar mis planes en una redacción escolar sobre mi futuro proyecto vital y la maestra se apresuró a escribirle a mi madre para expresarle su preocupación al respecto.

Sin embargo, cada vez que visitaba las salas del museo dedicadas a África, siempre volvía al diorama del gorila de montaña, que había despertado en mí algo atávico cuando lo había visto por primera vez. Mis abuelos habían muerto mucho antes de que yo naciera y me parecían tan lejanos e irreales que habría sido incapaz de identificarlos en una foto. Atrapado en el vacío creado por aquella ausencia, decidí que un ejemplar auténtico del enorme gorila macho de lomo plateado y aspecto protector que había en la vitrina sería un buen sustituto para aquellas figuras familiares. A partir de aquel momento empecé a pensar que vivir con un grupo de gorilas en las montañas de la selva africana era el mejor refugio imaginable.

Antes de cumplir los doce años escribía cartas a los primatólogos a los que admiraba y a los catorce ya leía manuales sobre el tema. Mientras estaba en el

instituto, me las arreglé para conseguir diversos empleos en el laboratorio de primates de una facultad de medicina, y en última instancia me ofrecí para trabajar como voluntario en lo que para mí era la Meca de la especialidad: la sección de primatología del Museo de Historia Natural. Incluso obligué al director del departamento de lengua del instituto a buscarme un curso por entregas de swahili para prepararme para el trabajo de campo que pensaba realizar en África. Por último, fui a la universidad a estudiar bajo la dirección de un experto en primatología. Todo parecía ir viento en popa.

Sin embargo, en la universidad cambiaron algunos de mis intereses académicos y empecé a sentirme atraído por una serie de cuestiones científicas a las que no podía responder mediante la observación de los gorilas. Necesitaba estudiar una especie que viviera en el espacio abierto de las praderas y que tuviese una organización social distinta, una especie que no se encontrara en vías de extinción. Los babuinos de la sabana, que hasta entonces no habían despertado en mí el menor entusiasmo, se convirtieron en la opción más lógica. Hay momentos en la vida en los que uno tiene que ceder; todos los niños no pueden ser presidentes, estrellas del béisbol o gorilas de la montaña. Así que decidí unirme a la manada de babuinos.

Me incorporé a la manada durante el último año del reinado de Salomón. En aquella época había otros miembros destacados en el grupo como Lía, Débora, Aarón, Isaac, Noemí y Raquel. No tenía previsto dar a los babuinos nombres del Antiguo Testamento. Ocurrió sin más. Cuando un nuevo macho adulto abandonaba la manada en la que había crecido e ingresaba en otro grupo, el animal pasaba varias semanas dudando sobre si su estancia tendría un carácter permanente. Durante ese tiempo, yo también dudaba sobre la conveniencia de bautizarlo y en mis notas me refería a él como el Nuevo Adulto Transferido o N.A.T. o Nat, que se había convertido en Natanael cuando el animal decidía que quería quedarse para siempre. El nombre originario de Adán fue MAI, siglas correspondientes a macho adulto recién incorporado. Y la cría a la que llamaba SML para abreviar se transformaba para mí en Samuel. A aquellas alturas me di por vencido y empecé a repartir profetas, matriarcas y jueces a diestro y siniestro. De vez en cuando aún optaba por algún nombre puramente descriptivo: Gums (encías) o Limp (cojera). Y dado que, como científico, todavía estaba demasiado inseguro para publicar artículos de carácter técnico en los que figurasen dichos apelativos,

asigné un número a todos los animales. Pero el resto del tiempo disfrutaba poniéndoles nombres bíblicos.

Siempre me han gustado los nombres del Antiguo Testamento, pero como sabía que no sería capaz de castigar a un hijo mío llamándole Abdías o Ezequiel, me encantó poder hacerlo con los sesenta babuinos de la manada. Además, era evidente que aún me irritaba pensar en los años que había pasado acarreando libros de Time-Life sobre el tema de la evolución para enseñárselos a mis profesores de la escuela hebrea, que palidecían ante tamaño sacrilegio y me obligaban a guardarlos de inmediato; era una dulce venganza asignar los nombres de los patriarcas a un puñado de babuinos de las llanuras africanas. Y, con una cierta dosis de esa perversidad que sospecho que impulsa muchos de los actos de los primatólogos, esperaba con impaciencia el día en que pudiera anotar en mi cuaderno de campo que Nabucodonosor y Noemí estaban follando entre los arbustos. Quería estudiar las enfermedades relacionadas con el estrés y su influencia en el comportamiento. Sesenta años antes, un científico llamado Selye<sup>1</sup> había descubierto que las emociones pueden afectar a la salud, una tesis que los médicos de la corriente oficialista encontraron absurda: la gente se había acostumbrado a la idea de que los virus, las bacterias, los agentes cancerígenos y demás pudieran causar enfermedades, pero lo de las emociones era otro cantar. Selye había descubierto que cuando se sometía a un grupo de ratas a todo tipo de alteraciones de carácter puramente psicológico, los animales acababan enfermando. Les salían úlceras, sus sistemas inmunológicos se colapsaban, dejaban de reproducirse y les subía la presión sanguínea. En la actualidad sabemos exactamente lo que les ocurría: acababa de descubrirse la enfermedad provocada por el estrés. Selye demostró que una persona padecía estrés cuando su organismo se desequilibraba al sufrir alteraciones de tipo físico o emocional y que, si dicho estado se prolongaba demasiado, el individuo enfermaba.

Este último punto ha sido corroborado de forma incuestionable en repetidas ocasiones: el estrés es el responsable de muchos de los trastornos que padece el organismo y desde la época de Selye se han documentado numerosas enfermedades que pueden empeorar por culpa del mismo. Diabetes, atrofia muscular, presión sanguínea elevada, arteriosclerosis, dificultades del crecimiento, impotencia, amenorrea, depresión, descalcificación ósea. Todo lo

habido y por haber. Mi trabajo de laboratorio consistía en estudiar si, además de provocar todas las afecciones anteriores, el estrés es capaz de destruir un tipo concreto de células cerebrales.

Parecía un milagro que estuviéramos vivos, pero lo cierto es que lo estábamos. Decidí que, aparte de mi investigación de laboratorio sobre las neuronas, quería estudiar el lado positivo de la cuestión y averiguar por qué unas personas resisten mejor el estrés que otras, por qué algunos organismos y algunas psiques hacen frente a la tensión mejor que otros y si ello tiene algo que ver con la clase social a la que uno pertenece, con el hecho de tener una familia extensa, de salir por ahí con los amigos, de jugar con los hijos, de enfurruñarse cuando se está disgustado por algo o de encontrar a alguien con quien desahogarse. Decidí profundizar en todas aquellas cuestiones mediante el estudio de los babuinos salvajes.

Eran los animales perfectos para aquel tipo de investigación. Los babuinos viven en grandes grupos de compleja estructura social y los miembros del grupo que tenía previsto estudiar vivían como reyes. Gran ecosistema, el de Serengeti. En el territorio de Marlin Perkins hay hierba, árboles y animales en abundancia.<sup>2</sup> Los babuinos dedican unas cuatro horas diarias a alimentarse y apenas tienen predadores. En general, los babuinos disponen de unas seis horas diarias de luz solar para dedicarlas a mortificar a sus congéneres. En nuestra sociedad ocurre lo mismo: hay pocas personas que padezcan hipertensión por motivos físicos, a los humanos ya no nos preocupan las hambrunas ni las plagas de langosta ni el hecho de que puedan despedirnos por tener una bronca con el jefe en el aparcamiento al salir de la oficina. Nuestras condiciones de vida son lo bastante buenas para permitirnos el lujo de enfermarnos únicamente por culpa de alteraciones de tipo social o psicológico. Que era precisamente lo que les sucedía a aquellos babuinos.

Así pues, decidí estudiar el comportamiento de los babuinos en su propio ambiente y ver quién hacía qué y con quién: sus peleas, sus citas y amistades, sus alianzas y sus escauceos amorosos. Luego los inmovilizaría mediante unos dardos anestésicos y comprobaría cómo afectaba todo aquello a sus organismos: observaría su presión sanguínea, sus niveles de colesterol, el tiempo que tardaban sus heridas en cicatrizar y los valores que presentaban las hormonas relacionadas con el estrés. Quería saber qué relación había entre las diferencias conductuales y psicológicas de los animales y el funcionamiento

de sus organismos. Finalmente, opté por estudiar únicamente a los machos. No quería anestesiar a las hembras embarazadas o que estuvieran amamantando a sus crías, actividades a las que destinan la mayor parte de su tiempo. Por consiguiente, me instalé con los machos y decidí conocerlos a fondo.

Corría 1978. John Travolta era el ser humano vivo más importante, los trajes blancos se extendían por nuestro orgulloso país como un reguero de pólvora y era el último año de reinado de Salomón, un animal bondadoso, sabio y justo. En realidad, lo que acabo de decir es una tontería, pero por aquel entonces yo era un macho recién incorporado joven e impresionable. No obstante, se trataba de un babuino de aspecto bastante imponente. La pasión de los manuales de antropología por los babuinos de la sabana y su macho dominante, el macho alfa, databa ya de varios años. Según los libros, los babuinos eran primates de compleja estructura social que vivían en las praderas, se organizaban para buscar alimento y poseían un sistema jerárquico articulado en torno al macho alfa, que era el encargado de llevar a la manada hasta la comida, encabezar la búsqueda de alimentos, defender al grupo de los depredadores, mantener a raya a las hembras, cambiar las bombillas, arreglar el coche, etc. Los manuales estaban deseando decir, y a veces incluso lo hacían, que eran idénticos a nuestros antepasados humanos. Como es lógico, la mayor parte de las afirmaciones anteriores resultaron ser falsas. Las salidas en busca de alimento eran auténticas batallas campales. Por otra parte, el macho alfa no podía conducir a la manada hasta la comida en los momentos críticos, ya que era precisamente entonces cuando no sabía adónde ir. A diferencia de las hembras, que permanecían toda la vida en la misma manada, los machos se incorporaban a ella durante la adolescencia. Por lo tanto, eran las hembras de más edad las que se acordaban de que un determinado olivar se encontraba más allá de la cuarta colina. Cuando los depredadores atacaban, el macho alfa se metía de lleno en la pelea para defender a una cría. Pero sólo si estaba absolutamente seguro de que al que estaban a punto de zamparse era hijo suyo. De lo contrario, se encaramaba a lo más alto del árbol para observar el combate desde un lugar seguro. Para que luego hablen de Robert Ardrey y la antropología de los años sesenta.

Sin embargo, dentro del mundo reducido, limitado, egoísta, irreflexivo y mezquino de los babuinos macho, ser el macho alfa era algo fantástico. Puede que no fueras realmente el líder de la manada, pero podías aparearte más o

menos con la mitad de las hembras, sentarte a la sombra cuando hacía calor y saborear la mejor comida sin apenas mover un dedo, con sólo quitársela a otro de la fiambarrera. Y en todas aquellas actividades Salomón no tenía competidor. Hacía tres años que era el macho alfa de la manada, un periodo larguísimo para cualquier macho. El estudiante de posgrado que había estado con la manada antes que yo me contó que Salomón había sido un luchador astuto y feroz en la época en que derrotó a su predecesor, pero cuando llegué yo (y le puse en secreto el nombre de Salomón: no revelaré nunca el aburrido número de identificación que figura en las publicaciones), el animal ya era viejo, se había dormido sobre sus laureles y únicamente seguía en su puesto gracias a su dominio de la intimidación psicológica, en la que era un verdadero experto. Llevaba un año sin participar en una pelea seria. Se limitaba a echar una mirada al individuo en cuestión, abandonaba su pose regia, se aproximaba a él lentamente y, a lo sumo, le pegaba un guantazo. Aquello bastaba para zanjar la cuestión. Todo el mundo le tenía miedo. Una vez me pegó un manotazo, me tiró de la piedra a la que estaba encaramado e hizo añicos los prismáticos que me habían regalado antes de salir para África. A raíz de aquello, le cogí tanto miedo como los demás y renuncié a todos los planes que había hecho para competir con él por el puesto de macho alfa.

Salomón se pasaba la mayor parte del tiempo holgazaneando con las numerosas crías de cuya paternidad estaba seguro (por ejemplo, porque nadie más se había acercado a una hembra determinada durante el ciclo en que se había producido la concepción), robando tubérculos o raíces que otros hubieran arrancado, espulgándose y apareándose con las hembras que acababan de entrar en celo. La última hembra de la manada en pasar por la piedra había sido Débora, hija de Lía, que probablemente era la mayor del grupo, la hembra alfa, y un hueso muy duro de roer. Los machos suben y bajan de categoría a lo largo del tiempo, a medida que los jóvenes alcanzan la edad viril y alguien les parte los colmillos y los deja fuera de combate. En cambio, las hembras heredan la categoría social de sus madres: la mayor adquiere el rango materno, la siguiente, un grado menos, y así sucesivamente hasta llegar a la siguiente familia en orden de importancia. De ahí que Lía hubiera ocupado la cima de aquella estructura piramidal por lo menos durante un cuarto de siglo. Lía hostigaba a Noemí, que tenía más o menos su edad y era la matriarca de una familia de un nivel muy inferior. La vieja Noemí buscaba un buen sitio

a la sombra y se sentaba a descansar un poco a mediodía y Lía se ponía a pegarle hasta que la echaba de allí. Sin perder la calma, Noemí buscaba otro sitio en el que sentarse e, incapaz de contenerse, Lía volvía a la carga una y otra vez. Me maravillaba el carácter ancestral del proceso. Unos años antes, Jimmy Carter hacía *footing* en la Casa Blanca, la gente compraba piedras para tenerlas como mascota y trataba de parecerse a Farrah Fawcett-Majors mientras la envejecida Lía le hacía la vida imposible a Noemí. Mucho antes, había tenido lugar la matanza de My Lai, la gente llevaba pantalones acampanados y bailaba en camas de agua y Lía, que por entonces estaba en la flor de la vida, obligaba a Noemí a espulgarla. Antes de eso, Lyndon B. Johnson mostraba la cicatriz que tenía sobre la vesícula mientras una Lía adolescente esperaba a que Noemí se echara a dormir la siesta para fastidiarla. Y allá por la época en que la gente aún protestaba por la ejecución de los Rosenberg y yo estaba sentado en el regazo de mi abuela esperando a que nos fotografieran con una cámara barata en la residencia de ancianos en la que vivía, la pequeña Noemí había tenido que darle a Lía la rama con la que estaba jugando. Y a aquellas alturas, eran dos ancianas decrepitas que seguían jugando a las sillitas en plena sabana.

Lía había dado a luz a todo un ramillete de hijos robustos y seguros de sí mismos. Existen varias especies de animales sociales en los que tanto los machos como las hembras optan por trasladarse a un grupo social diferente al llegar a la pubertad, en lo que parece ser un mecanismo destinado a evitar el incesto. Entre los babuinos, son los machos los que sienten ese anhelo indefinible de conocer mundo y los hijos de Lía estaban haciendo estragos en las manadas de todo el noreste de Serengeti. Débora era la primera hija que había tenido en bastante tiempo, quizá la única que pudiera tener en toda su vida. Estaba a punto de alcanzar la pubertad y Salomón estaba loco por ella. Débora era sumamente deseable para cualquier babuino macho. Estaba bien alimentada, gozaba de buena salud y en consecuencia tenía muchas posibilidades de concebir y de concluir un embarazo con éxito. Y cuando el pequeño naciera, nadie se metería con él; saldría adelante. Desde el punto de vista de la teoría evolucionista, según la cual conviene dejar el mayor número posible de copias de los propios genes en las generaciones futuras y todo eso, se trataba de una joven primate altamente apetecible. Nunca creí que Débora fuera nada del otro mundo (a diferencia de Betsabé, por la que estaba chiflado

y que al cabo de poco murió trágicamente por culpa de una dentellada del cerdo de Nabucodonosor), pero no cabía duda de que tenía una gran seguridad en sí misma. Cuando dos babuinos macho que mantienen una relación amistosa se encuentran por casualidad, se saludan tirándose del pene. De hecho, creo que es su forma de decir: «Nos llevamos tan bien y en este preciso instante confío tanto en ti que hasta te permito que me tires de ahí». Es lo mismo que hacen los perros cuando se dan la vuelta para olisquearse la entrepierna. Entre los primates del sexo masculino son gestos que denotan confianza. Todos los machos se lo hacían a los tipos con los que se llevaban bien. Lía y Débora también saludaban a los machos de aquel modo. Son las dos únicas hembras a las que he visto hacer una cosa así. Vi cómo Débora se lo hacía a Nabucodonosor más o menos por la época en que éste se unió a la manada. El animal va paseando muy ufano, después de haberse pasado la mañana armando jaleo, cuando se cruza con aquella anciana y su hijita, Lía y Débora, que van en sentido contrario; no creo que supiera todavía quiénes eran, pero mueve las cejas para saludarlas, un gesto que viene a ser como quitarse el sombrero para un humano, y resulta que la jovencita se acerca a él y le tira de los huevos con todas sus fuerzas y luego sigue su camino en compañía de la viejecita. Lo cierto es que Nabucodonosor se puso en cuclillas para poder verle el trasero mientras se alejaba, quizá para asegurarse de que no acababa de toparse con algún colega.

Así pues, la adolescencia de Débora transcurría sin problemas, sin el menor indicio de las inseguridades propias de la edad. Salomón esperaba a que exhalara un olor más atrayente desde el punto de vista sexual y a que la hinchazón que indicaba el comienzo de la época de celo aumentara un poco más antes de empezar a cortejarla. En cambio, a la pobre Ruth, que en aquel momento también se encontraba en la pubertad, le esperaba un destino muy distinto. La suya era una adolescencia más convencional. Pertenecía a un linaje oscuro e inferior y se movía continuamente con los gestos nerviosos y vacilantes de alguien acostumbrado a recibir muchos golpes. Al cabo de unos años, cuando hubiera alcanzado la madurez, aún conservaría aquella expresión ansiosa, causada por el exceso de adrenalina, y sus innumerables hijos tendrían el mismo aspecto irritable que ella. Pero aquel año, su mayor problema eran los estrógenos, que la estaban volviendo loca poco a poco. Había llegado a la pubertad y su cuerpo se hinchaba continuamente a causa de

los periodos de celo, los esteroides le estaban envenenando el cerebro y no hacía más que pensar en babuinos macho... pero ninguno se interesaba por ella. Lo más probable es que las hembras de los babuinos no lleguen a ovular aproximadamente durante los primeros seis meses posteriores a la primera menstruación y al momento en que empiezan a padecer las hinchazones propias del celo; el sistema se limita a ponerse en marcha, lo que para los machos significa casi con toda seguridad que la hembra no despide todavía un olor lo bastante atrayente desde el punto de vista sexual y que el aumento de volumen de su trasero no posee aún el brillo irresistible que debe tener a la luz del atardecer africano.

Mientras, la pobre Ruthie se encontraba en plena confusión hormonal y estaba perdiendo la chaveta. Se dedicaba a perseguir a todos los peces gordos de la manada y ellos ni siquiera se dignaban a mirarla. Salomón salía de entre los arbustos y se sentaba en el descampado y Ruth dejaba lo que tenía entre manos, se presentaba ante él en menos que canta un gallo y, siguiendo la costumbre de las hembras en celo, le plantaba el pandero en los morros con la esperanza de que hiciera algo más que olisquearlo. No hubo nada que hacer. O cuando el viejo Aarón, otro macho adulto, trataba de hacer algo tan simple como subirse a una higuera, Ruth se le echaba encima y se ponía delante para ofrecerse a él; el macho pasaba de largo y ella pegaba un bote y lo intentaba desde otro lugar. Así es como recuerdo a la Ruth del verano de 1978: erguida, acicalándose, mostrando el trasero, inclinándose a cada paso, mirando por encima del hombro para sopesar el efecto que produce, tratando de conseguir la postura perfecta para resultar irresistible, jadeando de placer ante la proximidad de Salomón mientras el muy bruto permanece allí sentado, hurgándose la nariz sin prestarle la menor atención.

Al final, Ruth tuvo que conformarse con Josué, un jovencito desgarrado que se había unido a la manada el año anterior. Era un chico callado, de aspecto serio e imperturbable, que nunca creaba problemas y no paraba de masturbarse entre los arbustos. En octubre de 1978 ya estaba locamente enamorado de Ruth, a la que el asunto no le hacía demasiada gracia, y se dedicaba a seguirla a todas horas. Se pasaba todo el tiempo trotando a su espalda y ella se escabullía, agitada por un rosario de tics nerviosos. Se sentaba a su lado y ella se levantaba. La espulgaba con sumo cuidado y le quitaba las garrapatas, y ella salía pitando en cuanto él paraba y se ponía a

merodear alrededor de algún macho que estuviera cachas. En una ocasión, mientras se arreglaba y se ofrecía a Aarón, Josué se sentó a observarla y tuvo una erección.

Hay veces en que hasta la más chiflada de las hembras adolescentes se siente conmovida ante tales muestras de devoción masculina y, al llegar diciembre, Josué ya no se separaba de su lado durante las hinchazones de la época de celo. No es que fueran precisamente expertos en la materia, e incluso años después, Ruth continuaba poniéndose tan nerviosa cuando un macho trataba de abordarla que lo más probable es que su desasosiego hubiera mermado considerablemente su capacidad reproductora. Sin embargo, en mayo, dio a luz a Abdías.

El pequeño tenía un aspecto muy raro: tenía la cabeza estrecha y un pelo largo y greñado en forma de ala alargada en la espalda; parecía uno de aquellos neuróticos disolutos que vivían en Viena a finales del siglo pasado. Ruth era la típica madre ansiosa que iba a buscar a su cría en cuanto se alejaba un poco de ella y se la llevaba a toda prisa cada vez que se acercaba otra hembra. Josué resultó ser un padre excelente y muy cariñoso, un comportamiento insólito entre los babuinos macho. De hecho, los que nos interesamos por estos temas consideramos que se trata de una conducta de una lógica aplastante. La hembra tipo —más deseable que Ruth pero menos que Débora— suele aparearse con unos cinco o seis machos diferentes durante la semana de celo. El primer día, en que es menos probable que se haya producido la ovulación, lo hace con un individuo de estatus inferior. Al día siguiente, un babuino de una categoría superior lo obliga a cederle el sitio, y así sucesivamente hasta que un macho de una de las castas principales (quizá el alfa) está con ella en el día crítico. Por consiguiente, si al cabo de cinco meses aparece un hijo en escena, a un macho no le queda más remedio que sacar la calculadora y concluir que tiene el 38 por ciento de posibilidades de ser el padre de la criatura. Si ése es el caso, no hay que esperar ayuda de él. Sin embargo, en el caso de Josué, el grado de fiabilidad era del cien por cien, ya que había sido el único pretendiente de Ruth durante sus primeros meses de celo juvenil. Utilizando el crudo lenguaje de la sociobiología, podríamos decir que, desde el punto de vista evolutivo, le convenía invertir en el chico y desempeñar bien su papel de padre.

Josué sacaba a pasear a Abdías cuando Ruth estaba cansada, le ayudaba a

subir a los árboles y cuando divisaban una manada de leones, se quedaba a su lado por muy nervioso que estuviera. Puede que estuviera sobreprotegiendo al chico; lo que resultaba evidente era que Josué no entendía el juego infantil. Cada vez que Abdías se divertía luchando con sus amigos, Josué se plantaba en medio de un salto para defender a su hijo de sus peligrosos compañeros de juego y apartaba a los pequeños de un manotazo. Abdías se quedaba confuso, en lo que parecía ser el equivalente animal de la terrible sensación de vergüenza que experimentan los niños humanos cuando sus padres se comportan torpemente. Los pequeños se ponían a chillar y corrían en busca de sus madres, que amonestaban a Josué y a veces incluso salían tras él. Pero nunca aprendía. Unos años después, convertido ya en macho alfa, Josué seguía interrumpiendo los combates que Abdías mantenía con sus amigos.

Más o menos por la misma época en que Josué se unió al grupo, apareció Benjamín. Los dos tenían la misma edad, aunque Josué procedía de la manada de la montaña situada hacia el este y Benjamín de una que habitaba en la frontera tanzana. Yo mismo acababa de dejar atrás toda una colección de profundas inseguridades propias de la adolescencia y tenía que hacer un esfuerzo para no identificarme por completo con Benjamín y sus flaquezas. El joven macho tenía el pelo revuelto. Siempre llevaba las greñas de punta y el pelaje se le amontonaba en las paletillas formando unas extrañas masas en vez del manto viril que teóricamente servía para intimidar a los rivales. Se pasaba la vida tropezando con sus propias patas y siempre se sentaba encima de las hormigas, que se defendían picándole en el trasero. Tenía algún problema en la mandíbula y cada vez que bostezaba, cosa que hacía con bastante frecuencia, tenía que ajustarse el hocico con las manos y echar hacia atrás los labios y las mejillas para colocarlos de nuevo sobre los colmillos. No tenía la menor posibilidad con las hembras y, cada vez que alguien perdía una pelea, a Benjamín siempre se le ocurría aparecer en el peor momento posible. Un día, a principios del primer año que pasé con la manada, estuve observando a Benjamín. Cuando se recoge información relacionada con el comportamiento, hay que elegir a alguien al azar (para no influir en los datos al escoger sólo a los que hacen algo emocionante) y seguirle los pasos durante una hora, anotando todos sus movimientos. Era mediodía y al cabo de dos minutos de empezar el seguimiento, Benjamín se tumbó bajo un arbusto para descabezar un sueñecito. Una hora después, al final de aquel fascinante ejercicio de

muestreo, todo el mundo se había marchado. Cuando se despertó, ni él ni yo sabíamos dónde estaba la manada. Los dos nos habíamos perdido. Me subí al techo del *jeep* y oteé el horizonte con los prismáticos. Nuestras miradas se cruzaron. Al final los divisé: unas manchitas de color negro situadas a unas cuantas colinas de distancia. Conduje lentamente hasta allí mientras él me seguía a la carrera y todo acabó bien. Después de aquello, se sentaba junto a mí cuando hacía mi trabajo a pie y sobre el capó del *jeep* cuando trabajaba fuera del vehículo. Fue más o menos por aquel entonces cuando decidí que era mi babuino preferido y le otorgué mi nombre favorito, y todo lo que hizo a partir de aquel momento no hizo más que reafirmar aquel sentimiento. Y aunque han pasado muchos años de su muerte, aún conservo su foto.

David y Daniel eran incluso más jóvenes que Josué y Benjamín. Acababan de incorporarse a la manada y aún parecían desorientados por el trauma de su primer traslado y por el hecho de tener que pasar varios meses siendo extranjeros en una nueva manada, lejos de los amigos y de la familia, rodeados de extraños que les hacían la vida imposible, viviendo en la periferia del grupo y expuestos a los depredadores. No procedían de la misma manada pero tuvieron la suerte de aparecer en escena al mismo tiempo y de poseer temperamentos que los impulsaban al entendimiento en vez de a la hostilidad. Eran inseparables, casi unos niños, y se pasaban la vida jugando y combatiendo. Una tarde los encontré en el descampado que había junto al bosque, asustando a toda una caterva de bebés jirafa y obligándolos a recorrer la sabana en desbandada de un lado a otro. Cada jirafa debía de pesar cincuenta veces más que Daniel o David y podrían haberlos aplastado sin el menor esfuerzo. En vez de ello, los desconcertados bebés jirafa huían de aquellos extraños demonios peludos de tamaño diminuto que aullaban a sus pies.

Estaba seguro de que uno de los machos adultos se había criado en el grupo y nunca había abandonado la manada. De los cientos de babuinos que acabaría conociendo, Job era el que tenía peores cartas. Los babuinos de la sabana son unos animales espléndidos: son como osos de algodón, redondeados y musculosos. Job tenía menos carne que un alambre y una cabeza demasiado grande para su cuerpo. Le daban escalofríos, espasmos, parálisis y ataques epilépticos. Había periodos en que se le caía el pelo y cuando llegaba la estación de las lluvias, los orificios corporales se le llenaban de hongos. Tenía

las extremidades largas y frágiles y sarna en el rabo. Me daba la impresión de que no alcanzaría la pubertad: tenía los testículos retenidos, carecía de rasgos sexuales secundarios como largos colmillos o la capa de pelo que cubre la espalda o un timbre de voz grave o una musculatura desarrollada. Sin embargo, no era tonto e iba por la vida con la actitud cautelosa y astuta de alguien acostumbrado a convivir con el miedo. Yo había elaborado todo tipo de teorías para explicar lo que le pasaba, extraídas de manuales de endocrinología repletos de inquietantes fotos en las que se ilustraban algunos desastres de origen glandular, y donde se veía a diversas personas desnudas situadas delante de una especie de escala de medición con los ojos cubiertos por un rectángulo negro. Había cretinos con problemas de hipotiroidismo, ejemplos de gigantismo acromegálico, monstruos exoftálmicos y casos contrastados de hermafroditismo. De haber tenido que decantarme por una hipótesis, habría elegido el síndrome de Klinefelter, pero nunca pude corroborarla.<sup>3</sup> Aparte de que era un animal profundamente extraño y melancólico, no sabía nada más de él. Como era de esperar, todos los machos de la manada que necesitaban un chivo expiatorio (y Lía y Débora en más de una ocasión) lo torturaban, perseguían, hostigaban, golpeaban, herían, desgarraban y aterrorizaban. Los machos recién incorporados al grupo, pequeños mequetrefes en plena adolescencia, estaban sorprendidos y encantados de que al menos hubiera alguien inferior a ellos en su nueva manada. En los años siguientes, nunca le vi ganar un solo combate. Su único consuelo era la familia de Noemí, formada por la vieja Noemí, su hija Raquel y su nieta Sara. Para decirlo en términos técnicos, los miembros de la familia de Noemí eran gente de bien y no tardaron en convertirse en mi linaje favorito. Eran inconfundibles y lo mismo ocurría con sus allegados. Todos tenían las patas cortas y arqueadas, los torsos pequeños y redondeados en forma de remolcador y unos cómicos copetes de pelo a ambos lados de la cara que les conferían el aspecto de una bandada de lechuzas. Eran una familia de clase media, tenían muchos amigos y se ayudaban los unos a los otros. Y ayudaban a Job. Nunca pude probarlo, pero estaba seguro de que Job era hijo de Noemí, el vástago enfermo que jamás habría resistido el traslado a otra manada y que nunca había sentido el impulso masculino de intentarlo, la necesidad que todo adolescente experimenta de salir a buscar fortuna en el nuevo mundo de otra manada de babuinos. Noemí se preocupaba por él, Raquel lo defendía como

una fiera del ataque de otros machos jóvenes y Sara lo espulgaba. Un día, una manada de impalas hembra que estaba pastando rodeó a Job, que se había quedado rezagado del grupo, y lo aisló de los demás. ¡Madre mía, pero si los impalas son como bambis incapaces de hacerle daño a una mosca! Son tan inofensivos que incluso los babuinos se atreven a ir tras ellos. Pero Job se asustó de ellos y empezó a aullar para dar la voz de alarma hasta que Noemí y Raquel se abrieron paso entre los impalas y se sentaron a su lado hasta que los animales se fueron y Job se sintió a salvo.

Además de matriarcas como Noemí, en la manada también había un grupo de machos venerables. Por ejemplo, estaba Aarón, quien aunque evidentemente ya no se encontraba en la flor de la juventud, seguía siendo un personaje con el que había que contar. Era amable, tranquilo, amigo de muchas hembras con las que mantenía lazos de parentesco y nunca se comportaba de manera brutal con nadie. Aún cojeaba debido a un encuentro con la fatalidad. Unos años antes, Salomón era el tercer macho en orden de importancia, un joven en pleno ascenso en la escala jerárquica. Aarón era el segundo, se encontraba en plena forma, a punto de hacerse con el cetro de mando, pisándole los talones al que por entonces era el macho alfa, que sólo figuraba en los archivos como Macho 203. Una mañana memorable, Aarón y 203 se enfrentaron en un combate formidable que tardó varias horas en decidirse. En el momento crítico, haciendo gala de la capacidad estratégica que tan útil iba a resultarles en años venideros, Salomón entró en liza y con mucha habilidad se enfrentó a ambos cuando estaban exhaustos y absortos en sus pensamientos. Resultado: 203 murió, Aarón sufrió graves heridas y dio comienzo el reinado de Salomón.

Aunque en 1979 la manada estaba compuesta por sesenta y tres miembros, la existencia giraba en torno a los individuos antes citados. Por supuesto, había otros. Isaac, un joven macho adulto al que aún le faltaban algunos años para llegar a la flor de la vida, pero que por entonces ya había adquirido la buena costumbre de tratar a la familia de Raquel. La pobre y desaliñada Miriam, que tenía un montón de hijos nerviosos y malhumorados. Las hermanitas Boopsie y Afgana, que eran tan provocativas e hipersexuales, tan salaces cuando se ofrecían a los machos pasando la pata por encima de la cabeza del individuo en cuestión, que no me atreví a bautizarlas con el nombre de alguna matriarca bíblica.

Fue durante la primera temporada que pasé con la manada cuando Salomón vio cómo el tiempo reanudaba su marcha y la inevitable sombra de la mortalidad adoptaba la forma de Urías, un chicarrón del tamaño de un armario que se había unido a la manada aquella primavera y que sin la menor consideración por la tradición, por la historia, por el poder de intimidación, inició las maniobras de derrocamiento de Salomón. Siempre he sospechado que, sencillamente, Urías era demasiado tonto para sentirse intimidado ante un estilista como Salomón, para apreciar el minimalismo casi oriental con el que Salomón enviaba oleadas de tics nerviosos, controlaba el flujo de tubérculos, apareamientos y espulgos. Urías dejó fuera de combate a Josué y a Benjamín, y en menos que canta un gallo derrotó a Aarón, Isaac y a otros machos importantes. Una mañana, mientras Salomón estaba acoplándose con Débora, que por entonces estaba en celo, el audaz Urías se interpuso entre ambos e intentó copular con ella. Salomón tuvo que pelear por primera vez en varios años. Salomón destrozó a Urías, le hizo un tajo en el hombro con los colmillos, le desgarró el labio superior y le obligó a poner pies en polvorosa con una mueca de dolor en el rostro y el rabo en alto (que para un babuino vendría a ser lo mismo que salir con el rabo entre las piernas). Y a la mañana siguiente, Urías volvió a desafiar a Salomón.

Y así estuvo toda la primavera, sufriendo derrota tras derrota, aparentemente sin poder descubrir un patrón de conducta, y plantando cara una y otra vez. Bostezaba en la cara de Salomón, se peleaba con él por un animal muerto, espantaba a las hembras que espulgaban a Salomón. Y siempre salía apaleado. Poco a poco fue minando las fuerzas de Salomón, que perdió peso progresivamente y parecía más agotado en cada nueva pelea. Cuando dos babuinos macho combaten, arremeten el uno contra el otro con la boca abierta, agitando unos colmillos afilados como cuchillos y de una longitud superior a los de un león adulto. Una mañana, mientras los dos contendían de la forma acostumbrada, Salomón dio un paso atrás. Era la primera vez en su vida que cedía terreno. Al final ganó el combate, pero durante el curso de la pelea recibió una herida en la cara. Más desafíos, más tiempo mirando por encima del hombro. Urías era la pesadilla de cualquier animal envejecido: un oponente demasiado joven para saber lo que es el cansancio. Una tarde, entre combate y combate con Urías, Salomón fue desafiado por otro macho de estatus superior que dos meses antes se había acobardado ante su mirada.

Salomón ganó, pero aquello trajo nuevos combates y una persecución interminable en la que aquel macho le plantó cara varias veces. El edificio se venía abajo.

A la mañana siguiente, Salomón estaba sentado junto a Débora, que aquella semana no estaba en celo ni sexualmente receptiva. Abdías acababa de dar sus primeros pasos; Raquel estaba sentada al lado de Job; Miriam, que estaba embarazada de dos meses, estaba espulgando a su hijo pequeño, que se encontraba en pleno berrinche. Una mañana tranquila en un pueblo pequeño. Urías apareció y, tras detenerse a unos doce metros de Salomón, clavó sus ojos en él. El pueblo no era lo bastante grande para los dos. Y, según indicaba el guión, Salomón no miró ni a la derecha ni a la izquierda, sino que se aproximó a Urías, se dio la vuelta y, después de pegar la barriga al suelo, levantó las posaderas, un gesto que los machos empleaban para mostrar sumisión. La transición había llegado.

Urías pasó el día espulgándose con Lía, Noemí y algunas otras hembras. Salomón atacó a Benjamín sin que mediara ninguna provocación, vapuleó a Job varias veces, se interpuso en los juegos de Daniel y David, persiguió a Ruth y a Abdías, que estaban muertos de miedo. Con el tiempo comprendí que se trataba de la conducta típica del babuino macho que se encuentra en apuros y quiere que alguien pague por ello. Y Salomón hizo algo más, un comportamiento que sólo he observado en otra ocasión y de nuevo el día en que el macho alfa perdió la supremacía. Existe un encendido debate entre los estudiosos del comportamiento animal sobre la conveniencia de utilizar términos humanos cargados de connotaciones emocionales para describir la conducta de los animales. Debates sobre si es verdad que las hormigas tienen «castas» y hacen «esclavos» o sobre si los chimpancés llevan a cabo «guerras». Unos dicen que los términos permiten describir de forma breve y adecuada una realidad compleja. Otros opinan que aluden a comportamientos idénticos a los que se producen entre los seres humanos. Otros sostienen que se trata de cosas muy diferentes y que, por ejemplo, al decir que hay muchas especies distintas que hacen «esclavos», se está afirmando de una forma sutil que se trata de un fenómeno natural generalizado. Personalmente, me inclino más bien por este último punto de vista. Sin embargo, aquel día Salomón hizo algo digno de calificarse con un término repleto de connotaciones emocionales que suele utilizarse para describir un comportamiento patológico propio de los

seres humanos. Salomón persiguió a Débora, la atrapó junto a una acacia y la violó. Al decir esto me refiero a que ella no se le ofreció, a que desde el punto de vista conductual no había dado muestras de estar receptiva y a que fisiológicamente no era fértil en aquel momento, a que corrió como si le fuera la vida en ello, a que hizo todo lo posible por quitárselo de encima y a que chilló de dolor cuando él la penetró. Y a que sangró. Así acabó el reinado de Salomón.

---

1 Hans Selye (Viena, 1907-Montreal, 1982), médico canadiense, al que debe su nombre el llamado síndrome general de adaptación, un conjunto de reacciones no específicas que aparecen en el organismo a consecuencia de un *shock* traumático u operativo o, con más frecuencia, como resultado del estrés. (*N. de la T.*)

2 Marlin Perkins, zoólogo norteamericano, experto en fauna salvaje, que se hizo famoso como director del zoo de San Luis y como presentador de una serie de programas de televisión dedicados a divulgar las condiciones de vida de los animales salvajes, tanto en cautividad como en sus lugares de origen. (*N. de la T.*)

3 El síndrome de Klinefelter es una forma especial de hipogonadismo que se observa en uno de cada quinientos varones y se caracteriza por una apariencia poco masculina o eunocóide, desarrollo de las mamas y aspermatogénesis. (*N. de la T.*)

## Pinchos de cebra y una vida marcada por el delito

Cuando fui a África por primera vez para incorporarme a la manada de babuinos, tenía en mi haber una serie de habilidades y experiencias que iban a resultarme de gran ayuda en cualquier situación que pudiera surgir en aquel mundo desconocido. Me conocía al dedillo todas las líneas de metro de Nueva York y, por si eso fuera poco, incluso me había sacado el carné de conducir una semana antes de salir de viaje. Aparte de Nueva Inglaterra, había estado en Nueva Jersey y Pennsylvania. Mochila a cuestas, había recorrido de punta a punta los montes Catskill de Nueva York y una vez había tenido que quedarme muy quieto mientras un puerco espín pasaba junto a mi saco de dormir contoneándose como un pato. En una ocasión había conseguido hacer una fogata, lo que a su vez me había permitido fundir el queso en lonchas sobre el pan en vez de comérmelo frío, como solía hacer en todas mis excursiones. Hasta había hecho una serie de cosas para ampliar mis horizontes culinarios y prepararme para las novedades que estaban a punto de producirse: hacía poco me había saltado las restricciones dietéticas de mi ortodoxa educación religiosa y el año anterior había tomado mi primera ración de pizza, mi primer plato chino y mi primera comida india (aunque debo reconocer que en el último caso sólo me comí el arroz, ya que todo lo demás me parecía demasiado picante para que resultara fiable). Y, lo mejor de todo: en caso de que hubiera algún aspecto en el que me faltara experiencia práctica, había leído un libro sobre casi todos los temas relacionados con la vida que iba a llevar a partir de aquel momento. Estaba preparado para enfrentarme a cualquier cosa.

Llegué al aeropuerto de Nairobi al amanecer y, en vez de coger uno de los

taxis que esperaban en la puerta a los grupos de turistas, subí al autobús municipal que llevaba a la ciudad. Apretujado entre la multitud mientras sostenía a duras penas el talego y la mochila atestada de cosas, miré por la ventana, tratando de no perderme ni un detalle. A lo lejos se veían montañas de origen volcánico, amplias llanuras salpicadas de acacias, hombres que, a pesar de la hora, ya trabajaban en los campos de cultivo y mujeres que caminaban junto a la carretera con cestas llenas de comida en la cabeza. No daba crédito a mis ojos: todo el mundo era negro. Lo había logrado: estaba en África. Tardé un poco en volver a prestar atención a lo que ocurría en el autobús, en darme cuenta de que, mientras saltábamos sobre los baches, un hombre de mediana edad sentado a mi lado se había ofrecido a llevarme el talego. En realidad estaba tratando de arrebatármelo por la fuerza mientras repetía en inglés: «Tengo unos brazos fuertes, hombre blanco, tengo unos brazos fuertes», con una intensidad que me dejó perplejo. Se lo entregué con gran cautela, con un sentimiento a medio camino entre el agradecimiento y la desconfianza. Cuando le llegó la hora de bajar, me devolvió la bolsa, disculpándose por no poder seguir ayudándome y, tras apoyarse en el asiento para coger impulso, se dejó caer sobre el suelo del autobús a cuatro patas. Bajó las escaleras y salió a las calles de Nairobi caminando hacia atrás y se volvió una vez para gritarme por encima del hombro: «¡Tengo los brazos fuertes!», y luego se echó a reír alegremente. Acababa de conocer al primer mendigo callejero lisiado por la polio.

Me instalé en Nairobi durante una semana para arreglar los permisos y organizar mi traslado al parque. Me di cuenta enseguida de que no hablaba el tipo correcto de swahili, lengua que me había enseñado un estudiante de derecho tanzano de mi universidad. Como parte del experimento socialista que se llevaba a cabo en Tanzania, se estaba erradicando poco a poco el tribalismo y todo el mundo aprendía como lengua materna el swahili suntuoso, complejo y elegante de Zanzíbar. En la vecina Kenia predominaba una caótica estructura tribal y a los niños se les educaba en su lengua tribal, además de en el idioma de la principal tribu aliada y de la principal tribu enemiga, y el aprendizaje del swahili se dejaba para más tarde. La mayoría de los habitantes del país hablaba un poco de swahili y casi todos lo hablaban fatal, especialmente en Nairobi, donde se había convertido en una especie de argot callejero casi ininteligible. Era como si me hubiese presentado en el Bronx

hablando como un diplomático. Nadie entendía una palabra de lo que decía, ni yo a ellos.

A pesar del problema de comunicación, el primer día ya fui víctima de las primeras novatadas. Apenas llegar, el recepcionista del hotel al que me enviaron me hizo pagar un impuesto gubernamental inexistente, el propietario del primer chiringuito en el que comí me cobró de más y un estudiante universitario me contó un cuento chino para sacarme dinero. Me dijo que su familia había sido asesinada por orden de Idi Amín, que él era un refugiado que había conseguido huir y que estaba tratando de reunir dinero para volver y tomar parte en la revolución. Hablamos largo y tendido sobre el tema, sentados a la sombra de unos árboles de los jardines del Museo Nacional, mientras él hablaba con fervor de su deseo de llevar una democracia de tipo occidental a su país natal. Le di una suma ridículamente elevada de dinero. En el futuro se convirtió en una cara conocida para mí: se dedicaba a timar a los turistas que había en los alrededores del museo haciéndose pasar por un refugiado de cualquier país africano cuyos recientes conflictos políticos hubieran logrado llamar la atención de Occidente durante un breve espacio de tiempo.

Antes de que acabara el día, llegué a la conclusión de que todo marchaba sobre ruedas. Me había enterado de que había un interesante impuesto gubernamental sobre el alojamiento. Sabía que tenía que prestar más atención a las cartas de precios de los chiringuitos, ya que había cometido la equivocación de creerlos inferiores a lo que realmente eran y había puesto al propietario del local en la incómoda situación de tener que decirme que le debía dinero. Y lo mejor de todo era que había aportado mi granito de arena para que en Uganda pudiera implantarse un sistema democrático bipartidista.

Así transcurrió mi primera semana en Nairobi y, aunque tendría que haberme sentido agobiado por el hecho de tener que abrirme paso en aquella tumultuosa ciudad tercermundista, sin conocer a un alma, entre alimentos, caras y gestos completamente extraños, más extraños que todo lo que había conocido hasta entonces, lo cierto es que fue como un paréntesis en mi vida. Por una sencilla razón: aunque no sabía qué hacer o adónde ir, no podía dejar de pensar que lejos de allí, más allá de los flamantes rascacielos, más allá de las chabolas, más allá de los immaculados barrios coloniales que los británicos habían construido en las afueras de la ciudad, todo se disolvía y

comenzaba el territorio salvaje. Lo único que podía hacer era aguantar la respiración hasta que pudiera llegar allí, hasta que pudiera llegar al lugar al que llevaba más de media vida deseando ir.

Finalmente, llegó el día esperado. Había conseguido encontrar la oficina del grupo de protección de la fauna y la flora del país, donde tenía un «contacto», una forma un tanto exagerada de describir mi relación con una secretaria a la que simplemente se le había notificado desde Estados Unidos que un muchacho que respondía a mi nombre se presentaría allí poco tiempo después para que le echara una mano. Todo aquello era sumamente emocionante. El mero hecho de que en aquella oficina hubiera un trozo de papel con mi nombre, aunque estuviera pésimamente escrito y los apellidos figurasen antes que el nombre, me entusiasmaba y me hacía sentir como un viejo trabajador africano. Me indicaron cómo tomar el avión con destino al parque nacional y me facilitaron el nombre del piloto que lo conducía: ¡ya tenía nada más y nada menos que dos contactos en África! Teóricamente, debía reunirme con dos estudiantes de posgrado en la reserva y trabajar con ellos durante unos cuantos meses hasta haber aprendido cómo funcionaba todo. La secretaria me prometió en un tono más o menos convincente que hablaría con ellos por radio para asegurarse de que vinieran a recogerme a la pista de aterrizaje.

Así fue como me encontré en medio de una tormenta, metido en una avioneta minúscula que atravesaba el valle del Rift para cortar camino. La capa de nubes estaba tan baja que me impedía ver aquel mundo desconocido que se extendía a mis pies. De hecho, las nubes nos rodearon hasta los últimos treinta segundos del descenso. De repente, el mundo apareció de nuevo ante mí y durante un momento alcancé a ver las llanuras arbustivas y las manadas de cebras y ñus que abandonaban la pista de aterrizaje a toda velocidad para evitar que la avioneta las atropellara, y me encontré en el diorama de mi niñez.

Siempre me entristecerá el hecho de saber que nunca podré revivir aquellas primeras semanas en la sabana: el primer contacto con los babuinos, la primera tarde que pasé conociendo a los habitantes de las aldeas cercanas, la primera vez que me percaté de que había un animal detrás de cada árbol y de cada arbusto. Por la noche, en cuanto entraba en mi tienda de campaña, caía redondo en la cama, agotado por la novedad, exhausto por la intensidad con la que contemplaba, escuchaba y olía todas las cosas.

Como es lógico, lo primero y más importante que aprendí fue que la realidad no se ajustaba a mis expectativas. Me había pasado años armándome de valor para prever y aceptar los peligros que me aguardaban en la sabana, me había despedido de los míos como si no fuera a regresar nunca. Me había preparado a fondo para enfrentarme a los depredadores, los búfalos y las serpientes venenosas, y resulta que lo peor de todo eran los bichos que me encontraba en la comida.

Sabía que los miembros de las tribus locales eran impresionantes: los belicosos masai, famosos por sus saqueos y sus atracos, unos vecinos temibles y peligrosos. No había previsto que el mayor problema que iban a crearme los masai sería la costumbre de las madres de sentarse alrededor del campamento todas las tardes para reírse por lo bajo, cotillear y por lo visto carcajearse de todo lo que hacía. Se apiñaban a mi alrededor movidas por la curiosidad, ajenas a cualquier concepto de privacidad o espacio personal, e insistían en que les regalara mis pertenencias.

Había aceptado que corría el riesgo de contraer alguna espantosa enfermedad tropical tan difícil de curar como la malaria o la bilharziosis o esquistosomiasis.<sup>4</sup> En vez de ello, me pasé un año entero con una ligera diarrea de origen desconocido y sin poder pegar ojo por las noches, rascándome como un loco a causa del picor infernal que me producían los hongos que me habían salido entre los dedos.

Y sobre todo había pensado detenidamente en los retos de carácter psicológico a los que con toda probabilidad tendría que hacer frente en aquella especie de aislamiento, sin conocer a nadie en el continente, teniendo que vivir y trabajar solo la mayor parte del tiempo, sin más contacto con el mundo exterior que la llegada del correo cada pocas semanas. Estaba completamente familiarizado con un fenómeno que afectaba a la mayoría de los voluntarios del Cuerpo de Paz de Estados Unidos,<sup>5</sup> que solían hundirse en la depresión más o menos al décimo mes de servicio, cuando los amigos se cansaban de escribirles, cuando la estación de las lluvias estaba en su punto álgido y la soledad y el extrañamiento empezaban a resultarles insoportables. Estaba mentalizado para ello. Nunca hubiera imaginado que el aislamiento me provocaría una crisis nerviosa durante mi primer mes en África.

El problema eran los elefantes. ¿Sabían que las elefantas tienen pechos? Y no me refiero a una hilera de tetillas, a una mamá elefante echada de costado

amamantando a un montón de elefantitos que aún no han abierto los ojos. Me refiero a pechos. Dos enormes bultos hinchados y voluptuosos, con canalillo y todo. ¿A que no tenían ni idea? Yo tampoco... es un tema que rara vez se toca en clase. Es mi primer mes en África, he salido a la sabana armado con unos prismáticos, un cronómetro y un bloc, me paso los días observando detenidamente cómo los babuinos se aparean a diestro y siniestro. Y entonces, de repente, unos cuantos paquidermos pasan por delante de mí y veo a algunas elefantas con aquellos, ejem, pechos. Y, como es natural, mi primera reacción es pensar: «Genial, ahora resulta que soy un adolescente tan salido, patético y lascivo que después de llevar sólo un mes de completo aislamiento en la sabana estoy perdiendo la chaveta y las alucinaciones me hacen ver a elefantes con pechos del tamaño de un Volkswagen». A uno se le ponen los pelos de punta cuando ve que su primer brote psicótico se produce tan pronto y adopta la forma de una obsesión sexual infantil que, para vergüenza suya, es mucho peor que mirar embobado los desnudos del *National Geographic*. Me quité un gran peso de encima cuando descubrí que los pechos de las elefantas eran de verdad y no uno de aquellos sueños húmedos que tenía Marlin Perkins.

Poco después de aquella revelación referente a los elefantes tuve otra de consecuencias incluso mayores. Los estudiantes de posgrado se habían ido y me encontraba solo en el campamento, situado en una hermosa montaña que daba a las llanuras donde estaban los babuinos. Caía la tarde y estaba relajado y bastante satisfecho de mí mismo, ya que cada vez distinguía mejor a los babuinos. Aquella mañana, el agresivo Nabucodonosor, que por entonces ya me caía mal, se había peleado con una coalición formada por el envejecido Aarón y el joven Josué. Fue un combate largo y complicado, cuyo resultado final había fluctuado en repetidas ocasiones. La cosa había estado muy reñida: los tres se habían enzarzado en feroces ataques y gruñidos para luego perseguirse a toda velocidad por la pradera y entre los matorrales. La pelea había durado un par de minutos hasta que Josué y Aarón se impusieron por un estrecho margen y yo había conseguido presenciar todo lo ocurrido y anotar los pormenores en mi bloc. Estaba empezando a cogerle el tranquillo a aquellas labores de seguimiento.

Estaba tumbado delante de mi tienda, mirando al harén de impalas que vivían en los arbustos cercanos cuando un Land Rover perteneciente a los guardas forestales que había a la entrada del parque apareció en la cima de la

montaña y avanzó por el camino de tierra que llevaba al campamento. Todos los días atravesaba la verja de entrada al parque y me paraba un rato a charlar con aquellos tíos. Aquélla era la primera comunidad con la que tuve la oportunidad de disfrutar de la típica experiencia africana consistente en pasarse quince minutos intercambiando saludos y frases de cumplido: ¿cómo te encuentras hoy, amigo?, ¿cómo has pasado la noche?, ¿cómo te va el trabajo?, ¿qué tiempo crees que hará esta noche?, ¿qué sabes de las vacas de los padres del marido de tu hermana?, etc.

El vehículo se detuvo. Había tres guardas forestales apretujados en la parte delantera y un bulto de gran tamaño en la parte posterior. Abrieron las puertas traseras y vi que se trataba de una cebra muerta.

El guarda de más edad se acercó a mí y me saludó como de costumbre mientras uno de los jóvenes le hacía algo a la cebra con el machete.

—Es una cebra muerta —comenté, interrumpiendo sus preguntas acerca de la salud de mis padres.

—Sí, claro que lo es.

—¿Y de dónde la habéis sacado?

—La hemos matado.

—¿Cómo que la habéis matado?

La caza era ilegal en Kenia, estaba totalmente prohibida, un motivo de profundo orgullo y satisfacción que se empleaba para convencer a los turistas de que vinieran a ver las grandes reservas de animales salvajes de Kenia en vez de las de los países vecinos, una prueba del compromiso del país con la protección del medio ambiente y la conservación de sus paradisiacos parques nacionales. ¿Por qué mataban animales salvajes los mismos hombres encargados de protegerlos?

Mientras hablábamos, otro de los guardas se acercó a mí con el producto obtenido con su machete, uno de los cuartos traseros de la cebra, y me lanzó aquel pedazo de pata lleno de músculos que aún tenía trozos de hierba pegados al casco.

—La cebra, ¿estaba enferma? —les pregunté, con la esperanza de que me dijeran que la habían matado para que no sufriera.

El guarda malinterpretó lo que quería decir:

—No, claro que no estaba enferma, no te traeríamos carne de un animal

enfermo, era un macho grande y fuerte. —Estaba un poco indignado.

Volvieron a meterse en el vehículo, probablemente ofendidos por la desconfianza que había mostrado hacia su regalo.

—¿No es ilegal matar cebras? —logré preguntarles, mientras ponían en marcha el motor.

El guarda de más edad me miró con frialdad y respondió:

—El jefe lleva semanas sin pagarnos, se queda con nuestro dinero, no tenemos carne.

Presa de una profunda confusión, me senté con la pata de cebra en brazos como si fuera un bebé. Cuando tenía trece años me había hecho vegetariano en una especie de gesto ofuscado cuyo fin era medir mi autodisciplina y fastidiar a mis padres. Había alcanzado ambos objetivos con brillantez y, con el paso de los años, me había vuelto incluso más doctrinario y había encontrado una serie de razones para justificar aquella práctica restrictiva: el sufrimiento de los animales, la defensa del medio ambiente y la preocupación por la salud. Había decidido que en África comería cualquier cosa que tuviera que comer y, aunque lo había aceptado como parte de mi aventura, en los meses que llevaba en el continente me las había arreglado para no tener que probar la carne. De modo que aquél sería mi regreso a la condición de carnívoro.

Además de aquél, tenía un problema práctico. ¿Cómo diablos se preparaba aquello? La última carne que había comido había sido un sándwich de pastrami que había comprado en una charcutería mientras estaba en el instituto o las albóndigas rellenas de col que hacía mi madre. Me había pasado toda la carrera en la residencia de estudiantes, subsistiendo a base del espantoso yogur con sabor a granadilla con que querían contentar a los vegetarianos, y cuando me quedaba en la residencia durante algún periodo vacacional, mis únicos coqueteos con la cocina consistían en sendas visitas al colmado local para comprar más yogur con sabor a granadilla. En el campamento me alimentaba de arroz y judías y de vez en cuando incluso conseguía hacer un plato como Dios manda. No tenía ni la más remota idea de lo que había que hacer con la pata de cebra.

Y, ante todo, se trataba de una cuestión de una enorme trascendencia moral. Aquellos guardas forestales habían matado la cebra porque querían un poco de carne. Eran cazadores furtivos y resulta que yo tenía parte de su botín. ¿Debía denunciarlos al jefe de la guardia forestal? Lo malo era que el jefe les estaba

robando los salarios. ¿A quién debía denunciar? ¿Debía enfrentarme a ellos, razonar con ellos y convencerlos de su error? ¿Quién demonios era yo para juzgarlos? Si apenas podía sonarme la nariz. Y aquellos guardas me habían traído un regalo. Pero habían matado una cebra. Pero ¿por qué iba a tener más valor una cebra que las vacas a las que sí teníamos permiso para matar? Me parecía inmoral comerme aquella cosa. Pero aún me lo parecía más desaprovecharla, limitarme a tirarla entre los matorrales.

Incapaz de moverme, me quedé allí sentado, mientras el dilema moral empezaba a convertirse en un tema de tesis doctoral. Entonces vi que el músculo desgarrado de la pata estaba cubierto de moscas. Aún no sé muy bien cómo, pero el caso es que comencé a despellejar la pata con mi navaja suiza y, después de despedazarla, la corté a taquitos. Lo dejé todo hecho un asco, había sangre y tejidos por todas partes; aquella noche, las hienas cayeron como moscas sobre el lugar y estuvieron hozando entre los desperdicios. Puse los trozos de carne al fuego y dejé que se asaran durante horas, hasta que quedaron completamente achicharrados y convertidos en una especie de cuero insípido que no parecía guardar la menor relación con algo que hubiera ayudado a una cebra a atravesar la sabana.

Aquellos pedazos de carne eran incomedibles, o, para expresarlo en términos más mecánicos, podría decirse incluso que eran «inmasticables». Tenía tal sensación de indiferencia al comerme aquellos chicharrones correosos que pensé que se trataba de una definición de manual del proceso de «masticación», consistente en usar los incisivos de primate para cortar y desgarrar y los grandes molares para triturar una y otra vez aquella masa incomedible.

De pronto, mientras masticaba los primeros trozos de lo que iba a ser mi comida durante los siguientes días y engullía aquella carne ilegal, me di cuenta de algo en lo que no había caído hasta entonces. Dejé de mover las mandíbulas y me quedé con la boca abierta, en parte debido al cansancio que me producía aquel proceso de masticación primate y en parte por la trascendencia de aquella súbita revelación. Horrorizado, pensé: aquel estudiante ugandés... aquel estudiante ugandés que conocí en el museo hace unas semanas... aquél al que le di un montón de dinero... aquel tío no era realmente un estudiante ugandés. Era como si, de repente, lo viera todo con absoluta claridad. De pronto, la luz se hizo en mi mente y comprendí también que el tipo del

chiringuito en el que comía cada día no había hecho otra cosa que estafarme, lo mismo que el recepcionista con el impuesto imaginario sobre el alojamiento. Me percaté de aquello de un modo inesperado y deprimente, con la sensación de encontrarme en el país de los chanchullos. Si no se trataba del típico caso en que la serpiente te entrega una de las manzanas del árbol de la ciencia, por lo menos era el caso en que los guardas forestales te traen un pincho moruno de cebra furtiva del árbol de los despabilados.

Pasé una noche horrible, sin poder pegar ojo, sufriendo a causa de los efectos sinérgicos de encontrarme en una encrucijada moral y por los gases extremadamente ácidos que desprendía la cebra carbonizada. Al día siguiente ocurrió: mentí por primera vez desde mi llegada al jardín del Edén. Como casi todos los días, pasé por la oficina del parque. Había adquirido la costumbre de salirme de mi ruta y llevar a uno de los guardas hasta un lugar concreto. Solía acompañarlo a un poblado situado al otro extremo del parque, donde, después de pasarse un rato gritando de modo incoherente, salía de allí en silencio para que lo llevara de vuelta a la oficina del parque. Era bastante brusco y agresivo conmigo y durante los meses en que había desempeñado aquel extraño empleo de chófer no había dejado de repetirme a mí mismo que debía ser más comprensivo, que evidentemente se trataba de una tosquedad propia de los hombres de la sabana, que no estaba acostumbrado a tratar con alguien perteneciente a una cultura extranjera. Sin embargo, aquella noche, mientras permanecía en vela, se me ocurrió pensar que era un gilipollas que se estaba aprovechando de mí y que lo que hacía era estafar a los habitantes del poblado al que yo lo acompañaba alegremente. Como de costumbre, me hizo una señal con el rifle y, en respuesta a su orden de que saliéramos de inmediato hacia el poblado, respiré hondo y mentí. Adopté el tono tranquilo y despreocupado que había estado ensayando toda la noche y le dije que antes tenía algo que hacer y que regresaría al cabo de un rato. Y, en vez de ello, lo que hice fue tomar un camino vecinal que llevaba a la cima de la montaña donde trabajaba y me senté, con una exultante sensación de triunfo, mientras me escarbaba los dientes para eliminar los restos de la carne de cebra.

Ya no podía echarme atrás. Bueno, no es que al otro día me pusiera a asaltar bancos. En mi conducta no se produjeron cambios perceptibles. Sin embargo, empecé a darme cuenta de que allí las cosas eran muy diferentes al mundo que yo conocía; un hecho que fue para mí una constante fuente de

confusión. Por lo general, no había gente más simpática en el mundo que aquélla, a uno se le partía el corazón al ver la generosidad con la que unas personas que vivían al límite de la subsistencia compartían sus escasas posesiones. Pero siempre había alguien que quería aprovecharse de los demás. Los que llevaban uniforme y armas castigaban a los que no llevaban. Los dueños de las tiendas cuadraban las cuentas estafando constantemente a los clientes que no sabían contar ni sumar. Sólo había algunas tribus que tenían acceso al empleo, que estaba reservado a los que estaban dispuestos a entregarle al jefe una parte del salario por haberles permitido trabajar. Había funcionarios de sanidad que robaban el dinero de las vacunas, funcionarios de los organismos de ayuda a los damnificados que se embolsaban las sumas destinadas a adquirir comida, interminables edificios y carreteras que nunca se terminaban porque un contratista u otro había huido con los fondos. No tardé en ver un ejemplo de aquel mismo fenómeno en versión blanca. En el siguiente viaje de aprovisionamiento que realicé a Nairobi, decidí alojarme en una pensión regentada por la señora R, una anciana colona polaca, un lugar repleto de autoestopistas blancos y viajeros que se jactaban de sus actividades contrabandísticas y de los sobornos que hacían en los puestos fronterizos, y que daban consejos prácticos sobre cómo comerciar de manera ilegal en el mercado negro y dónde conseguir un visado falso. Por primera vez vi a la policía perpetrar una estafa: fue en un autobús municipal al que obligaron a detenerse para comprobar la identidad de los pasajeros. Los polis recorrieron el pasillo desplumando a la gente de un modo sistemático, hasta que se percataron de que yo estaba al fondo, contemplando la escena con la boca abierta, y nos ordenaron reemprender la marcha inmediatamente. Unas semanas después, tuve la oportunidad de presenciar un acontecimiento típico de las ciudades africanas o indias: la multitud capturó a un ladrón y, enfervorecida, lo molió a palos con la mayor alegría hasta dejarlo en coma.

En un ambiente donde la gente era tan decente, siempre había justificación para aquellos interminables chanchullos y montajes, engaños y extorsiones. La desesperación de ser extremadamente pobre. La primitiva hostilidad tribal que dividía el mundo en «ellos» y «nosotros» hasta extremos inimaginables. La más venal de las corrupciones. Una mentalidad del lejano oeste, un aburrimiento provinciano, un capitalismo egoísta y desenfrenado que ni siquiera se esforzaba en disimular su falta de normativas y restricciones.

Puede que si me hubiera molestado en salir de mi torre de marfil, me habría dado cuenta de que mi propio mundo funcionaba así. Y, si me hubiese atrevido a mirar en su interior, tal vez habría descubierto que era así como funcionaba la propia torre. Pero fue una revelación sorprendente que tuvo lugar mientras los animales continuaban pastando en el diorama en el que creía estar viviendo. Y fue una excelente forma de prepararme para la pequeña caída que yo mismo iba a sufrir unos meses después.

Para explicarlo en pocas palabras, el profesor que me había enviado a África se olvidó por completo de mi existencia. Tuve que poner un montón de dinero de mi bolsillo para ir a Nairobi a telefonarle a Estados Unidos y recordarle con mucha educación que me debía dinero.

—Ah, sí, lo siento mucho, lo olvidé, te enviaré un giro a la reserva esta misma semana.

Regresé haciendo autostop y reanudé mi trabajo. Transcurrieron varias semanas y el dinero no llegó. Volví a llamar al profesor, aquella vez con un tono ligeramente más desesperado.

—Puñeta, sí que lo siento, se me pasó por completo, te enviaré un giro dentro de unos días.

Al cabo de poco estaba sin un centavo y no podía marcharme de Nairobi. Ya no me quedaba dinero para telefonar a aquel tipo y en aquella época no había llamadas a cobro revertido desde África. Nunca se me habría ocurrido ponerme en contacto con mis padres en busca de ayuda: para mí, la independencia era de trascendental importancia y, aunque mis fondos eran cada vez más escasos, cada semana destinaba una parte a enviarles cartas rebosantes de optimismo. Descubrí que era inútil recurrir a la embajada de Estados Unidos en Nairobi a menos que uno fuera un empresario rico. No conocía a nadie en Kenia que tuviera dinero. De hecho, lo cierto es que no conocía a nadie en Kenia. Desesperado, opté por la vía delictiva. Y funcionó.

El primer chanchullo que puse en práctica fue increíblemente sencillo. En un país que en otro tiempo había sido colonia británica, donde los blancos acudían en tropel para pasar las vacaciones o con motivo de un viaje organizado, lo último que a un keniano se le hubiera ocurrido pensar de un blanco es que estaba tratando de robar comida o una barra de pan o veinte chelines. Pero no porque creyese que somos incapaces de hacerlo, sino porque hemos dado muestras de estar interesados en robar cosas mucho más

importantes (por ejemplo, la tierra de sus antepasados o su país).

Lo primero que hice fue conseguir más dinero. Sin darme cuenta, había entrado en el país sin declarar cincuenta dólares en billetes de diez. Los tenía en la mochila, en un fajo separado de los cheques de viaje y sencillamente me había olvidado de declararlos en la aduana. A partir de entonces, hice malabarismos para pasar dinero clandestino con la intención de cambiarlo en el mercado negro en caso de emergencia. Pero la primera vez, lo hice sólo porque me había olvidado de declararlo. Al descubrir mi error, incluso fui al banco estatal con la intención de enmendar el error y rellenar los formularios oficiales pertinentes. El empleado se quedó totalmente desconcertado cuando se lo conté: al principio intentó robarme el dinero sin mucho entusiasmo y convencerme de que lo dejara allí, en teoría para guardarlo en lugar seguro, pero al ver que insistía en que consiguiera un impreso inexistente para poder declarar a posteriori la posesión de moneda extranjera, al final me dijo que me fuera al diablo con muy malos modos.

Así pues, tenía un poco de dinero no declarado y decidí cambiarlo en el mercado negro poco a poco. Según me habían explicado los contrabandistas de la pensión, por lo general, el negocio estaba en manos de empresarios hindúes taciturnos, meticulosos y desconfiados que tenían un carácter horrible, eran propietarios de las tiendas de electrodomésticos del centro de la ciudad y formaban parte de la clase media india de África oriental. Se trata de unos empresarios serios que te dan, pongamos por caso, diez chelines por dólar en vez de los siete que suelen pagar los bancos. En lugar de ello, cogí la mochila y bajé por la calle principal de Nairobi, mirando embobado a la gente como un recién llegado. Los timadores callejeros se acercaron a mí de inmediato y se ofrecieron a cambiarme moneda a unos tipos exorbitantes:

—¿Cambiar dinero? ¿Cambiar dinero? Veinticinco chelines por dólar.

Por supuesto, sabía que eran ladrones que acostumbran a conducirte a un callejón y, si tienes suerte, lo único que hacen es gritar aterrorizados que viene la policía, entonces todos echan a correr y, en medio del alboroto, uno pierde todo el dinero que llevaba encima. Los menos aficionados a la comunicación verbal se limitan a golpearte la cabeza en el callejón y a quitarte el dinero.

Aquella vez, en vez de mandar a los estafadores a hacer puñetas, voy y les digo:

—Estupendo, acabo de llegar a Nairobi y buscaba a alguien que me

cambiara moneda, veinticinco chelines me parece fantástico, encantado de conocerte.

Añado que sólo llevo diez dólares americanos encima, pero que en el hotel donde me alojo (y menciono uno de los más lujosos) tengo quinientos dólares que quiero cambiar:

—¿Me cambias los diez ahora y luego nos encontramos para cambiar los quinientos restantes?

—Glups —contesta el ladrón (hay veces en que incluso los ladrones son disciplinados), y calcula rápidamente que si le da doscientos cincuenta chelines a aquel chico, el muy idiota volvería con otros quinientos pavos y entonces podría romperle la cabeza. Así que cambiamos la moneda, nos juramos amistad eterna y quedamos en encontrarnos un poco más tarde. Luego evito aquella calle y voy en busca de otro para cambiar el siguiente billete de diez dólares.

Gracias a aquello conseguí que el dinero me durara un poco más, pero, a medida que la situación empeoraba, incluso aquel dinero se acabó. Vendí la cámara y la película a un precio irrisorio. Pasé muchos días alimentándome únicamente a base de féculas y me sentía mareado y falto de reflejos. Dejé la pensión y me fui a dormir al parque municipal, robé papel higiénico de un hotel del centro de la ciudad. Cuatro años antes, durante mi primer curso en la universidad, había hecho un largo viaje para besar a una chica a la que apenas conocía porque estaba seguro de que me dejaría darle un beso al anochecer. En aquel momento decidí pasarme dos días haciendo autostop y presentarme de improviso en casa de un investigador del que apenas sabía nada porque estaba convencido de que me daría de comer.

Finalmente llevé a cabo el último chanchullo. Iba al mercado de la ciudad, formado por un laberinto de puestos de verdura. Los dueños te suplican que les compres coles y, cuando te acercas, también te ofrecen hierba si te ven como un posible cliente. Me han contado que algunos incluso te la venden en vez de limitarse a estafarte o denunciarte a la policía para que te haga chantaje.

Te pones en fila para comprar verduras con un dinero que no posees y el vendedor, que es muy hábil, te pregunta si quieres maría. Ya lo creo, cuánto cuesta. Él propone un precio ridículo y tú das el visto bueno mientras comentas que se trata de una auténtica ganga. Quedas en volver con el dinero

un poco más tarde y él insiste en que, como buen amigo suyo que eres, te lleves unas verduras sin pagarle nada. Naturalmente, luego evitas pasar por aquel puesto. Es esencial comenzar por el tenderete del fondo e ir a uno distinto cada día para no toparse con uno de los amigos a los que has engañado, quienes, como es lógico, estarán deseando rebanarte el pescuezo.

Finalmente, después de haber estado unos días sin probar bocado, tomé la decisión de ponerme a robar. Pensé que lo mejor sería entrar sin más en un hotel de clase media, sentarme en el comedor, comportarme con la seguridad de un antiguo colono y, cuando me lo pidiesen, dar el número de la habitación en la que teóricamente me alojaba para que me lo cargasen en cuenta. Suponía que ningún camarero keniano pondría en duda mi palabra. Había escogido como escenario un albergue de la YMCA, la Asociación Cristiana de Jóvenes, y tenía previsto hacerme pasar por un muchacho cristiano que había pagado una habitación. Y el mismo día en que pensaba poner en práctica el plan, el profesor se acordó por fin de mí y me envió un giro. Mareado y famélico como estaba, me daba la impresión de que, en cierta forma, la YMCA había contribuido a mi salvación. Un año más tarde, mientras Uganda se encontraba en plena guerra para derrocar a Idi Amín, me alojé en un albergue de la YMCA situado en una pequeña localidad ugandesa que se había quedado sin techo a causa de los bombardeos, y le di al propietario una suma de dinero que le pareció enorme para que pudiera reconstruir el tejado y así expiar todas las faltas que había cometido durante mi vida delictiva.

---

4 Bilharziosis es un grupo de enfermedades producidas en el organismo por la parasitación por gusanos del género *Schistosoma*. (N. de la T.)

5 Organización civil financiada por el gobierno estadounidense con el objeto de ayudar a los habitantes de los países en vías de desarrollo a poner en marcha proyectos tecnológicos, agrícolas, educativos y sanitarios. (N. de la T.)

## La venganza de los liberales

Soy el ángel de la muerte. Soy el terror, las diez plagas de Egipto, soy un brote de gonorrea, soy un ser espeluznante que aparece de noche, la sombra, la muerte disfrazada. Soy el coco de ojos felinos que espera hasta medianoche en los armarios de los niños, soy el terror silencioso, sensual, lascivo y caprichoso de los babuinos, soy el enviado de Belcebú. Mis dardos han alcanzado a otro de los babuinos. Euforia. Hoy he logrado dispararle un dardo anestésico a Gums, el último babuino al que esperaba darle. El muy granuja conocía todos mis trucos, llevaba meses esquivándome. Casi había perdido la esperanza de poder extraerle una muestra de sangre, pero hoy se ha equivocado. ¡Creía que rodeado de hembras estaría a salvo, pensaba que serían ellas las que caerían si se producía una escabechina, que nunca me atrevería a disparar contra un grupo, pero se equivocaba! Todos habían vuelto la cabeza, calculó mal la distancia entre dos árboles cercanos y *zzzt*, le di en el culo con un dardo anestésico disparado con una cerbatana. Al cabo de cuatro minutos, inconsciente. La ciencia del alba de la humanidad, del poder de los genitales, del triunfo del almizcle. Es lo único que podía hacer para no destrozarle el vientre con los colmillos mientras yacía en el suelo.

Anestesia con dardos. Como ya he dicho, cuando me incorporé a la manada lo primero que quería descubrir era el nexo existente entre la conducta social de un babuino, su estatus social y su vida emocional y las enfermedades que contrae, sobre todo las relacionadas con el estrés. Saber por qué unos cuerpos y unas psiques son más proclives a dichos trastornos que otros. Para ello, hay que observar a los animales como un obseso y tomar buena nota de todo el culebrón. Luego los anestesia con una cerbatana y averiguas cómo funciona su organismo. En teoría es sencillo. Te acercas a un babuino como sueles hacer doce veces al día mientras estudias su comportamiento, con la diferencia de

que, en esta ocasión, resulta que el bastón en el que te apoyas es una cerbatana y entonces le tiras un dardo. El único problema es que hay que anestesiar a todo el mundo a la misma hora para controlar la fluctuación diaria de las hormonas en el flujo sanguíneo. Y no se puede anestesiar a los enfermos, heridos ni a los que se hayan peleado o apareado, ya que en tales circunstancias se alteran por completo los valores hormonales normales. Por último, y eso es lo más cabreante de todo, no se puede anestesiar a un animal que está sobre aviso. Si estoy tratando de calcular qué niveles de hormonas relacionadas con el estrés presentes en el flujo sanguíneo se encuentran en una situación de calma y normalidad, he de abordar a los babuinos cuando estén tranquilos y no sospechen nada. Tengo que acercarme a ellos sigilosamente. Sin que nadie se dé cuenta. O sea, que me gano la vida clavándoles dardos a los babuinos en el culo. Y luego les extraigo la primera muestra de sangre lo antes posible antes de que el estrés causado por el proyectil anestésico altere los niveles hormonales acostumbrados.

En realidad, lo que hago para ganarme la vida es procurar actuar con naturalidad cuando estoy con los babuinos, intentar que se olviden de mí y piensen en otras cosas. Lo cual es mucho más difícil de lo que se pueda imaginar, incluso para alguien con formación universitaria.

Te levantas a las cinco de la mañana, con unos nervios de mil demonios. Anestesia, dardos, cerbatana, jeringas, tubos para muestras, centrifugador, depósitos de nitrógeno líquido, agujas, ampollas, tejido de arpillera para tapar al animal, bolsas de hielo instantáneo, jaulas, balanzas, medicinas de urgencia por si se produce algún accidente, cargadores que funcionan con la batería del *jeep*, pipetas, portaobjetos, tubos de ensayo, y un sinfín de chorradas por el estilo. Luego tienes que encontrar a los babuinos antes de las seis y media, que es cuando descienden de las piedras o de los árboles en los que han dormido. Eliges a uno, comienzas a acecharlo y a hacer cálculos: ¿Hacia dónde echará a correr cuando reciba el impacto, se encaramará a un árbol? ¿Se subirá a una piedra? ¿Cómo lo haré bajar para que no se desmaye y caiga? ¿Y si le da por atacar a alguien o si alguien le ataca a él? ¿Quién está cabreado con él actualmente y le encantaría rebanarle el pescuezo mientras va por ahí tambaleándose semiinconsciente? ¿Y si me ataca? En qué dirección sopla el viento, qué corrección tendré que introducir en el disparo para que dé en el blanco, mierda, no puedo tirar, hay un pilluelo que no me quita los ojos de

encima, tendré que vigilarlo desde otra posición, ya no mira, no hay nadie mirando, listo para disparar, magnífico, magnífico, esto va de maravilla, ponte a punto, siente cómo los nervios te revuelven el estómago, ten en cuenta que estás respirando tan deprisa que no vas a poder soplar la cerbatana como Dios manda: vas a tragarte el dardo sin querer o lo vas a lanzar a medio metro de distancia por respirar así. Mierda, mierda, se ha movido otra vez, vuelve a cambiar de posición, controla la respiración, ahora me está mirando fijamente, actúa con naturalidad, pero ¿cómo demonios se puede actuar con naturalidad delante de un babuino? Ahora está en una posición perfecta, pero de lado, demasiada visión periférica. Te agachas y esperas, en tensión, sin mover un solo músculo, a punto de tener calambres, maldita sea, un bicho te está picando la pantorrilla, pero no quieres moverte, quédate muy, pero que muy quietecito hasta que notes que lo único que deseas es gritar, correr como un loco y derribarlo, luego, ocurre algo estupendo, de repente estalla una pelea, algo irresistible para los babuinos, que son unos mirones, él se gira, estira el cuello para ver lo que ocurre, te ofrece una excelente panorámica de su bonito y carnoso trasero, ¡zip!, dardo directo al culo y cae fulminado.

Miedo, resoplidos, taquicardia: míos, no del babuino, que se marcha con toda tranquilidad, creyendo que le ha picado una abeja. Voy tras él, tratando de no perseguirlo, tratando de no perderlo entre la maleza. Minutos, minutos que se me hacen eternos. Al cabo de tres minutos empiezan a temblarle las patas, se tambalea un poco, decide sentarse y tomárselo con calma porque la droga está comenzando a surtir efecto y lo más probable es que las acacias hayan adquirido un halo púrpura y estén empezando a dar vueltas y las cebras se hayan puesto a bailar uno de los números de *El rey león*. El animal está cada vez más grogui, todo está bajo control, ha sido un tiro perfecto, y entonces aparece un rival y al muy desgraciado no se le ocurre otra cosa que darle el coñazo mientras está alucinando. Espantas al rival para que se largue justo a tiempo, porque ¡pom!, tu amigo está fuera de combate. Te acercas corriendo hasta él y le echas una bolsa de arpillera encima, te apresuras a tomar una muestra de sangre a escondidas y penetras en el reino de la adrenalina; es la victoria de los andrógenos, he logrado derribar a un babuino salvaje, lo he acechado en la sabana y lo he obligado a salir, lo cual me viene de perlas para reforzar mi precario sentido de la virilidad y lo mejor de todo es que ni siquiera tengo que cometer la atrocidad de cazarlo, que lo hago todo en

nombre de la ciencia y la protección de la fauna. Es posible borrar del mapa a unos felices e inocentes babuinos y seguir siendo progresista. Qué alegría.

El ataque se ha acabado y hay que sacarlo de ahí. El *jeep* está a medio kilómetro de aquí, al otro lado de la colina, tienes que hacerlo desaparecer como por arte de magia, sin que te vea ningún otro animal de la manada, o se asustarán y te harán pedazos. Coges a aquel babuino de unos treinta kilos de peso envuelto en tela de arpillera y atraviesas de puntillas la manada, con los brazos doloridos, tratando de no echarle a reír o desplomarte a causa de la fatiga. El tío no deja de roncar y tratas de hacerlo callar. Remontas la colina y te aproximas al *jeep*, sintiéndote morir, pero te falta poco para llegar. Empiezas a programar el resto del día: el momento en que tienes que tomar las siguientes muestras de sangre, las demás pruebas que has de hacerle, la hora en que estará lo bastante despierto para devolverlo a la manada, los siete babuinos a los que tendrás que abatir mañana de un modo impecable. El animal se balancea sobre tu hombro como un saco de patatas y, de repente, suelta un eructo. Aunque parezca mentira, aquello te encanta y bajas la guardia, y al cabo de diez segundos, te vomita en la espalda un espeso torrente de lava.

Así se derriba a un babuino con dardos anestésicos; es lo más divertido del mundo. Aprendí a hacerlo en la habitación de una residencia de estudiantes de Manhattan. Fue al volver a Estados Unidos durante las primeras vacaciones que me tomé después de mi incorporación a la manada. Tenía un montón de planes emocionantes relacionados con la investigación. El mayor problema era hallar el modo de disparar la cerbatana a pie y, en general, el modo de trabajar a pie sin que me destrozara un búfalo. Había un tipo de Berkeley llamado Laurence que vivía en la montaña contigua a la mía y estudiaba las hienas. El ejército le había donado a Laurence de las Hienas un antiguo par de binoculares de visión infrarroja que le permitían conducir por donde quería en plena noche y seguir a sus hienas con aquel artilugio de diez kilos de peso sujeto a la cabeza por medio de correas. Llegué a la conclusión de que necesitaba una solución de alta tecnología parecida a aquella. Conseguiría que el ejército me regalara una mochila con motor a reacción como la de Flash Gordon. Sabía que existían y pensaba que, si podía moverme por Serengeti con una, estaría a salvo. Si un búfalo venía a por mí, no tenía más que elevarme en el aire y convertirme en un dios para los masai de la zona. Llamé

al Pentágono, tuve que pasar por un montón de grupos de I&D y finalmente di con un coronel que encontró fascinante el problema. El hombre me confirmó que las mochilas con motor a reacción existían, me dijo que lo comprobaría y, haciendo gala de una gran generosidad, se ofreció a llamarme de nuevo. Al cabo de una semana me dio la mala noticia: me dijo que lo sentía, pero que tendría que recurrir a una entidad más poderosa que el ejército de Estados Unidos para conseguir mi mochila de propulsión a chorro, ya que los únicos que tenían un modelo operativo en aquel momento eran los de la Disney. Me puse en contacto con ellos, y una persona mucho menos educada que el coronel me informó de que las mochilas con motor a reacción pesaban unos cuarenta y cinco kilos, tardaban un minuto en calentarse, había que llevar pantalones de amianto para usarlas y no se podían prestar al primer zoólogo que llamara a la puerta. Fin de la idea; no me quedaba más remedio que tener cuidado con los búfalos y usar el sentido común cuando paseara por la sabana.

El siguiente paso era encontrar un arma con la que poder anestesiar a los babuinos. Pregunté por algunos rifles anestésicos de mira telescópica accionados por gas, pero valían una fortuna, todos tenían piezas móviles que se estropearían en la sabana, necesitaban cilindros de gas de recambio y en su mayoría hacían mucho ruido. Eché un vistazo a los *tasers*, unas armas que disparan un alambre cargado con un electrodo que se incrusta en el blanco. Le das al individuo en cuestión, aprietas un botón y su cuerpo recibe una enorme descarga eléctrica que lo obliga a desplomarse como un saco de cemento. Una monada, pero, al parecer, algunos cuerpos de policía habían descubierto que los sujetos que recibían una de aquellas descargas tenían tendencia a sufrir paradas cardíacas. Pensé en alimentar a los animales con carne adulterada con drogas, en utilizar cepos con sustancias estupefacientes, en rociar a toda la manada con un gas que embotara sus facultades mentales y otras cosas por el estilo. Al final encontré una pequeña empresa del sur del país que vendía cerbatanas para anestesiar a los perros que formaban parte de un grupo de control. En su folleto figuraban fotos de los ejecutivos, todos ellos viejecitos tocados con gorras que masticaban tabaco, y un modelo barato de cerbatana que disparaba una jeringa de un centímetro cúbico con un explosivo de contacto que a primera vista parecía estupenda. Cuando llegó el paquete, estaba tan nervioso como cuando hacía segundo y el círculo de lectores al que estaba suscrito me enviaba cajas de cartón llenas de libros que olían a nuevo.

La cerbatana era un tubo reforzado y estrecho, con pequeños proyectiles en forma de jeringuillas dotadas de impresionantes agujas y un tipo de explosivo que no llegué a entender. Puse un paquete de detergente al otro extremo de la habitación, cargué, disparé y manché toda la estantería de polvos.

Practiqué sin cesar en mi habitación. Disparos sesgados, hacia arriba, hacia abajo, en trompo, por encima del hombro, de cara al viento (con el ventilador en marcha). Allan, un flemático amigo de la escuela recién licenciado, que tenía el centro de gravedad bajo y había sido un destacado defensa en el equipo de fútbol del instituto de Fredonia, Kansas, accedió a practicar lucha libre conmigo como si fuera un babuino que hubiera recibido un disparo. Los combates se celebraban en el sótano de la residencia de estudiantes situado junto a la sala de reuniones del club de los Clonadores de Genes.

Con el paso del tiempo fui mejorando y habría podido abatir a un babuino en cualquier parte de mi habitación, llevase o no puesto el pijama de Groucho Marx. Por aquel entonces había dos fantasías que dominaban mis prácticas de tiro. Quería dispararle a Fritz Lipmann, un bioquímico archifamoso al que le habían concedido el premio Nobel hacía unas décadas, y en aquel momento era un venerable octogenario que se pasaba todo el tiempo dando vueltas por el campus con sus zapatillas de deporte y pasando una y otra vez por delante de la ventana de mi habitación, ubicada en el primer piso de la residencia de estudiantes donde me alojaba. Me parapetaba detrás de mis manuales de bioquímica (que en su mayor parte hablaban de él) y, cuando se ponía a tiro, escogía un punto situado entre su trasero y sus hombros y trataba de calcular su peso corporal para determinar la dosis más adecuada. Sin embargo, me contuve y no le tiré. La otra fantasía consistía en colarme en Central Park y disparar a unas cuantas personas al azar. Mientras estaban en el suelo, les dibujaría a toda prisa un jeroglífico maya en el vientre con un rotulador y los depositaría bajo la estatua de Alicia en el país de las maravillas para que despertaran al cabo de un rato. Imaginaba que lo hacía en tres ocasiones y que la noticia aparecería en grandes titulares en todos los periódicos, que saldrían expertos en la televisión pontificando sobre los rituales mayas del sacrificio, que Jimmy Breslin<sup>6</sup> me pediría que me entregase y que, loca de ira, la muchedumbre se concentraría frente a las comisarías de policía en las que una serie de doctores en arqueología en paro tratarían de encontrar alguna coartada poco convincente para demostrar que ninguno de ellos era el

lanzador maya.

Pasaron varios meses y llegó la hora de reanudar el trabajo de campo. El día anterior a mi primera práctica de tiro, me pasé la noche en vela disparando y dando vueltas en la cama, intranquilo. Antes de que amaneciera tenía ganas de vomitar y estaba convencido de que iba a desmayarme, una vulgar excusa para no hacerlo. Finalmente, me puse en camino y, al cabo de unos minutos, me acerqué al bueno de Isaac, que observaba cómo una jirafa le pasaba por delante con paso cansino, reprimí el deseo de dar un grito para avisarle y le disparé. El se desmayó. Y ninguno de los demás babuinos se dio cuenta. Estaba tan emocionado que le di un beso en la frente y luego tuve remordimientos de conciencia el resto del día cada vez que gruñía, se agitaba o se tiraba un pedo, mientras me preguntaba si se trataría de un infarto, de una reacción alérgica o de un ataque de flatulencia producido por el disparo. Los dos nos recuperamos totalmente de la primera sesión de tiro.

Y así fui abatiendo a un número cada vez mayor de babuinos. Pensaba como un babuino, tenía el olor de los babuinos metido en la nariz y al cabo de poco estaba hasta las orejas de muestras de sangre, heces y piezas dentales de babuino y otras maravillas por el estilo. Entonces, como era de esperar, el proceso fue complicándose cada vez más. En sí, el trámite de disparar la cerbatana, es decir, el hecho de apuntar al culo de alguien y lograr que el proyectil diera en el blanco era pan comido. Lo difícil era llegar a disparar. Los babuinos se habían vuelto más astutos. Ya no podía acercarme a ellos por la cara y lanzarles un dardo. Tenía que esconderme cada vez más para que no se dieran cuenta de lo que les esperaba y no se estresaran por anticipado al percatarse de lo que iba a pasar. Empezaron a distinguir una cerbatana de un bastón. Sabían cuándo tomaba aire para lanzar el dardo o para estornudar y se tiraban al suelo si se trataba de lo primero. Tuve que disparar los proyectiles ocultándome entre los arbustos. Luego optaron por seguirme y, como al final acabábamos dando vueltas alrededor de un árbol, el blanco siempre tenía las de ganar. Los animales calcularon el alcance de mis disparos y sabían que era menor cuando tenía el viento en contra. Es probable que también supieran cuándo estaba acatarrado y soplaba con menos fuerza. Era asombroso.

Las cosas se complicaron cada vez más. No me quedó más remedio que disparar desde diferentes vehículos y proceder a cambiarlos en cuanto los identificaban. Poco después tuve que pedir a mis amigos que condujeran el

*jeep* mientras yo me escondía en la parte de atrás. Señuelos, distintos vehículos, gafas de sol como las de los *sheriffs* sureños para evitar que el babuino se percatara de hacia dónde mirabas mientras tratabas de localizarlo con el rabillo del ojo. Pasamontañas, caretas de plástico de Halloween que hacían casi imposible el uso de la cerbatana. Tracé complicados planes, me escondí detrás de los coches de los turistas y pasé largas horas vigilando con la esperanza de que los babuinos pasaran por allí antes de que anocheciera. En un día de lanzamientos memorables, me acerqué a Josué, que estaba sentado en la cima de un montículo. Situé el *jeep* frente al descampado y él se fue al otro extremo. Me desplazé hasta allí con el vehículo y él regresó a la parte de delante. Estuvimos así un rato. Al final tuve una inspiración: llevé el *jeep* hasta la parte de atrás y él cambió de lugar. Puse el *jeep* en punto muerto, me deslicé por el otro extremo y empujé. El vehículo rodó pendiente abajo y él se dio la vuelta y fue derecho a la trampa que le había preparado. Un babuino anestesiado y un *jeep* incrustado contra un árbol y con una abolladura en el capó.

En situaciones como éstas pasa una cosa extraña. Siendo como eres un ser humano bastante culto con una amplia gama de intereses, te pasas buena parte del día y de la noche obsesionado por ser más hábil que aquellos animales, por pensar como ellos, por pensar mejor que ellos. Por lo general, en vano. Das rienda suelta a la imaginación y trazas planes descabellados en los que aparecen alas delta, globos de aire caliente, maniqués y paseos por la selva escondido en un cochecito de niño. Creo que al menos puedo enorgullecerme de que, a pesar de las dificultades, fue una de las veces que actué con mayor profesionalidad. Jamás me he cargado a quien no debía: nunca le he disparado a un babuino equivocado. La gente que me contrata siempre amortiza el dinero que invierte en mí.

Por extraño que parezca, la gente empezó a contratarme para hacer justamente eso: para que fuera al lugar donde realizaban la investigación y colaborase en sus estudios anestesiando a sus babuinos. De repente, tenía que hacer frente a una exigencia totalmente nueva: la anestesia en cadena de montaje. En vez de pasarte una temporada entera holgazaneando con los babuinos sin hacer otra cosa que dispararles cuando no estaba reuniendo datos sobre su conducta, te presentas en un nuevo lugar de investigación sin conocer el terreno ni los babuinos que lo habitan y en la semana siguiente tienes que

conseguir una docena. Proyectos ambiciosos y complejos en los que participan diferentes equipos de personas que trabajan en el nuevo emplazamiento. En uno de aquellos sitios, seguimos a los babuinos mientras descendían por el precipicio en el que dormían hasta las llanuras donde acudían diariamente en busca de alimento; los investigadores del lugar a los que había enseñado a disparar y yo íbamos tras ellos mientras los observadores que se habían quedado arriba agitaban unas banderas para indicarnos hacia dónde se dirigían los animales anestesiados. Había *walkie-talkies* y semáforos y lo pasamos muy bien.

Así pues, llevaba camino de alcanzar el más alto grado de pericia en lo que había sido siempre la vocación de mi existencia. Y fue más o menos por aquella época cuando tuve la peor experiencia de mi vida en lo que a dardos anestésicos se refiere.

Fue la vez en que conseguí abatir a Urías de un disparo perfecto poco antes de que empezara a asediar a Salomón. Estaba echando un sueñecito en el bosque, de espaldas a mí, y, después de dar en el blanco desde una distancia considerable, guardé el arma antes de que se girase. Se puso de pie de un salto, avanzó unos diez pasos a toda carrera y volvió a sentarse. Todo marchaba a las mil maravillas. De repente, a unos seis metros y medio hacia la derecha, Josué derribó a un impala, en concreto a uno de pequeño tamaño. Por lo general, los impalas son demasiado grandes para que alguien los mate de un mordisco en el cuello. De ahí que, para cazar uno, lo que se hace normalmente es tirarlo al suelo y sujetarlo mientras te lo comes vivo, ya que todo el mundo se te echa encima para conseguir un pedazo y es preferible no perder de vista a tus congéneres que molestarte en matar a un impala que no va a moverse del sitio. Josué derriba al impala y Urías se pone de pie de un bote, se enfrenta a Josué y se apodera del animal. Mierda, qué desastre. Echa a correr y penetra en el bosque con cuatro tipos fornidos pisándole los talones. Se enzarzan todos en una pelea mientras yo rezo para que Urías salga derrotado y no se estrese, para que le dejen marchar y que la anestesia lo deje atontado sin llamar la atención. En vez de ello, lo que hace es aferrarse al impala: estoy aterrorizado, sé que en el preciso momento en que el anestésico comience a debilitarlo, los demás lo harán trizas; los machos son increíblemente agresivos cuando se disputan una presa. Urías se revuelve, echa a correr llevándose el impala y se mete como una bala en un minúsculo recoveco del lecho del río, a

través de una espesa mata de arbustos espinosos con una sola entrada: de hecho, se trata de una pequeña cueva cerrada con una única abertura, un montón de ramas que en la parte inferior forma un hueco de unos treinta centímetros de profundidad. Urías se esconde allí y se abalanza sobre cualquier macho que se acerque a la entrada mientras el impala chilla como un desesperado. Para entrar en la cueva, los machos tienen que deslizarse panza abajo, lo cual los coloca en una situación de franca desventaja con respecto a Urías, que se les echa encima incluso antes de que puedan ponerse de pie.

Precisamente en eso radica el problema: tengo que sacar a Urías de la pequeña cueva hecha de matorrales, ya que si los demás machos lo sorprenden en estado semiinconsciente, lo harán pedazos. Pero, furioso como está, si entro en la cueva antes de que haya perdido el conocimiento, será él quien me hará pedazos a mí. Los machos rodean la cueva, inquietos, y me amenazan a medida que me acerco a la entrada. Como el impala continúa berreando con todas sus fuerzas, llego a la conclusión de que Urías debe de estar dormido en el interior de la cueva y que aún no lo ha matado. Me pongo a saltar, chillando y gesticulando, para espantar a los babuinos. Agarro mis jeringas y mis catéteres para tomar muestras de orina, me mentalizo de lo que voy a hacer y me deslizo poco a poco en la cueva de espaldas, a la espera de ser atacado. Penetro en aquel espacio reducido de un metro de altura aproximadamente y encuentro a Urías profundamente dormido, desplomado sobre el impala, que sigue vivo y coleando y con el vientre abierto en canal.

Una vez dentro y a salvo, mientras Urías descabeza un sueñecito, se me ocurre pensar que ninguno de los dos podrá salir de la cueva sin correr peligro a menos que el impala cruce la única salida existente para reunirse con el grupo de comensales que le espera fuera. Sopeso las implicaciones morales de tener que desempeñar durante un tiempo un papel protagonista en aquel drama mientras los machos empiezan a armar jaleo otra vez en el exterior. Algo obstruye el rayo de luz que entra en la cueva: alguien ha empezado a entrar a rastras. Pego un grito y la sombra desaparece. A juzgar por las apariencias, sólo se trata de una tregua pasajera; tengo que hacer algo. Atrapado en aquella maraña de preocupaciones, de repente se me ocurre salvar mi estúpido experimento con Urías, es decir, extraerle una muestra de sangre antes de que fuera demasiado tarde para poder utilizar los datos. Con movimientos seguros y tranquilos, le doy la vuelta a Urías para tomar la muestra y me olvido por

completo de algo esencial: el impala. El animal se pone de pie como un rayo, dando patadas y sacudiendo las malditas pezuñas, me golpea en la frente, me tira hacia atrás y me hace un tajo en la frente. No puedo creerlo: me había olvidado del impala. Allí estoy, tratando de encontrar un modo de evitar el lío que se había armado con aquellos babuinos macho agresivos y enloquecidos y resulta que un bambi está a punto de asesinarme. El impala brama y todos los machos que hay en la entrada empiezan a chillar como condenados, yo pierdo la cabeza y también me pongo a gritar a voz en cuello. El impala trata desesperadamente de abrirse camino por el extremo opuesto del espino, pero es en vano, y vuelve a patearme la cara. Al final, pierdo los papeles, convencido de que está a punto de matarme, cosa no del todo imposible en un espacio tan reducido como aquél. Me abalanzo sobre él y creo que lo único que hago es estrangularlo. Estaba tan fuera de mí que me puse a sacudirlo de un lado a otro y a golpearle la cabeza contra el suelo. Luego hubo un momento realmente escalofriante: tenía que sacar al impala de allí. Comienzo a empujar aquel peso muerto y a pasarlo por debajo de las ramas a través de la abertura. Pesa mucho y, a medida que se desliza por el suelo cubierto de espinas, la fricción es enorme; de repente, mientras lo empujo fuera lentamente, tengo la sensación de que su pesado cuerpo avanza con más rapidez de lo que yo lo empujo: hay una mano de primate que tira de la paletilla del impala. El cadáver sale volando y desaparece. Fuera se oyen gritos y ruidos de furiosos combates cuando los cuatro machos caen sobre él para ver quién se queda con la mejor parte. Me aterroriza la idea de que alguien trate de llevarse el cadáver a la cueva de espinos y esconderse allí con él, pero, por lo visto, todos recuerdan que allí dentro ocurre algo raro y optan por quedarse fuera dando vueltas como locos. Presa del pánico, me hago un ovillo en el interior con los cinco sentidos alerta y le saco sangre a Urías. Transcurren treinta minutos de alboroto, chillidos, gruñidos y sombras que pasan por delante de la cueva a toda velocidad; me quedo acurrucado dentro en compañía de Urías, que continúa roncando a pierna suelta, hasta que ya no queda ni rastro del cadáver y todos se han marchado. Urías y yo nos vamos al *jeep* a echar una cabezada.

Aquella fue la vez que peor lo he pasado anestesiando a un babuino. Supongo que es una forma bastante tonta de pasar el tiempo. Pero, aunque han

pasado casi veinte años de aquello, mientras escribo estas páginas, aún siento en la sangre el gusto por la caza con dardos anestésicos. La otra noche estaba en el cine y una mujerona de mediana edad pasó por mi lado caminando lentamente pasillo abajo y lo primero que pensé fue: «Entre 85 y 90 kilos, 0,9 centímetros cúbicos de anestésico. Trasero muy carnoso; intenta darle en él. Lo más probable es que su marido salga en su defensa cuando se desplome, pero tiene los colmillos pequeños». Aún me gano la vida con ello y sigo estando encantado de poder hacerlo.

---

<sup>6</sup> Famoso periodista norteamericano, columnista del *New York Herald Tribune* y *Newsday*, y comentarista de televisión. Recibió el premio Pulitzer en 1986. (*N. de la T.*)

## El integrista masai y mi debut como asistente social

Como es lógico, me parecía estupendo deambular por ahí en compañía de un grupo de babuinos, pero aunque encontraba bastante interesante todo lo que formaba parte de aquel mundo nuevo en el que me había aventurado durante aquel primer año, de entre todas las cosas increíbles a las que tuve que adaptarme, lo más asombroso fue el hecho de tener a los masai por vecinos. Hay una gran parte de Kenia a la que el *National Geographic* nunca se ha dignado dedicarle un número extraordinario y muchas de las zonas que aún merecerían tal honor están desapareciendo a pasos agigantados. De las aproximadamente cuarenta tribus diferentes que hay en el país, unas treinta están integradas por agricultores, en su mayor parte de origen bantú: granjeros que a duras penas se ganan la vida en los bancales construidos en las laderas de las montañas superpobladas en las que habitan; dos miembros de cada clan se dedican a producir cultivos comerciales, en un intento de obtener dinero para adquirir la primera bicicleta, el primer reloj de pulsera o el primer par de pantalones o para sustituir el tradicional techo de paja por otro de zinc. La gente sabe perfectamente que existe otro mundo fuera de allí y de vez en cuando logran atisbar lo suficiente como para desear fervientemente poder disfrutar de una porción del mismo en compañía de sus hijos.

Pero en las zonas más remotas del país existen una serie de tribus que no tienen intención de cambiar, que no se avergüenzan de ser lo que son. En la costa del océano Índico se encuentran las tribus swahili de religión musulmana cuya antigüedad, cultura y seguridad en sí mismas harían palidecer de envidia al mundo occidental. La paulatina desaparición de las frondosas selvas del continente ha obligado a los últimos cazadores recolectores a refugiarse en las

escasas extensiones de jungla que aún quedan. Estos cazadores están relacionados desde el punto de vista étnico con los pigmeos y bosquimanos de distintas zonas de África: pueblos silenciosos, diminutos y gráciles cuyo antiguo modo de vida es anterior a la invención de la agricultura y a la llegada masiva de las tribus bantúes.

Y en las áreas del país que suelen considerarse páramos inhóspitos e interminables habitan los pastores nómadas, trotamundos que desprecian la caza y la agricultura. Los del norte se alimentan de la sangre y la leche de los camellos y las cabras, mientras que los que viven en las praderas más apacibles del sur donde residen mis babuinos lo hacen principalmente de la sangre y la leche de sus vacas. Se trata de un modelo que se repite a lo largo y ancho de África: los zulúes de Suráfrica, los batutsi de Ruanda, los dinka de Sudán y el pueblo que con toda probabilidad ilustraría la cubierta de cualquier edición de lujo de un libro tipo *Memorias de África*: los masai que habitan en mis dominios. Todos ellos están relacionados desde el punto de vista étnico y lingüístico, pueblos altos y angulosos, como los cusitas o los nilocamitas. Majestuosos, distantes, exclusivistas, endiabladamente belicosos, aficionados a asaltar y saquear desde tiempo inmemorial a las tribus agrícolas de cualquier zona que atravesaran. Siempre me ha fascinado una teoría que lleva varios años circulando y, según la cual, todos estos pueblos ganaderos descenden de una guarnición de soldados sudaneses acuartelados hace un par de milenios en la frontera de un Imperio Romano en pleno declive, una idea que, al parecer, se sustenta en parte gracias a los datos disponibles sobre la organización de los clanes y del ejército de dichas tribus como sobre el diseño de algunos objetos pertenecientes a la indumentaria militar. Dio la casualidad de que dichas tribus descendieron un trecho hacia el sur siguiendo el Nilo, descubrieron que los agricultores eran pan comido y continuaron avanzando sin rumbo fijo hasta extenderse por todo el continente.

No cabe duda de que los masai encajan en la descripción anterior. Aparecieron en Kenia en algún momento del siglo XIX, procedentes de los desiertos del norte, tras recorrer el continente dejando una estela de destrucción a su paso. Antes de que acabara el siglo habían conseguido desplazar a buena parte de los campesinos kikuyu de las altiplanicies del centro de Kenia, la zona más fértil y exuberante de la región agrícola del país. Hoy día, un siglo después, los ríos y montañas de la zona continúan llevando

nombres masai.

Los masai habían usurpado la tierra de los kikuyu en el momento más inoportuno, más o menos cuando los británicos empezaban a calentar la maquinaria colonialista con intención de hacer lo mismo que ellos. Parecía mucho más fácil robar la tierra a los kikuyu que a los masai. La cosa podría haberse puesto fea y habrían sido necesarias unas cuantas peleas si una epidemia de las que hacen época no hubiera obligado a imponer la Pax Britannia. En 1898, se produjo un brote terrible de una enfermedad del ganado denominada peste bovina, que mató alrededor del 80 por ciento de las vacas y, como consecuencia de ello, a una buena parte de los masai. El suceso sirvió para bajar los humos a los famosos guerreros y los convirtió en unos adversarios más dóciles a la hora de negociar. En 1906, los británicos firmaron un tratado con los masai. A cambio de la cesión de las ricas altiplanicies centrales, los masai obtendrían no una, sino dos tierras prometidas: la primera, una extensión de pradera reseca; y la segunda, la llanura del sur donde vivían mis babuinos, además de un corredor de tierra que conectaba ambas zonas y permitía llevar el ganado de un lado a otro. Un trato magnífico que obligó a los masai a hacer las maletas y esfumarse. Unos años después, los británicos confiscaron las tierras del norte, además del corredor, que por entonces se había convertido en un elemento superfluo, y forzaron a sus habitantes a hacinarse en las praderas meridionales donde vivían casualmente un gran número de reses que padecían la enfermedad del sueño. Aunque los masai han seguido comportándose hasta la actualidad como verdaderas aves de rapiña con sus vecinos más próximos, ya no han vuelto a amenazar con ocupar una extensión de terreno donde los británicos pensaran construir un campo de críquet.

Así pues, los masai han vivido felices y han comido perdices hasta hoy. Han tratado por todos los medios de frenar el avance del siglo XX, mientras la mayor parte del país se entregaba a los peores excesos regándolos con una botella de Coca-Cola. Por ejemplo, en la capital del condado, situada a unos setenta y cinco kilómetros del parque nacional, se puede ver a algunos masai cotorreando y dando vueltas por ahí sin hacer nada, la mitad de ellos ataviados con traje y cartera y la otra mitad con mantos y lanzas. Pero en el territorio relativamente aislado en el que me había establecido, las cosas no habían experimentado grandes cambios. La escuela más próxima se encontraba

a unos cuarenta y cinco kilómetros de distancia y puede que en cada pueblo hubiera una persona que hablara swahili, los hombres aún tenían que matar a un león con la lanza para alcanzar el estatus de guerrero, los matrimonios continuaban siendo polígamos y en los banquetes nupciales se seguían sirviendo como postre enormes soperas llenas de sangre de vaca coagulada. No podía decirse que fuera un mundo que se caracterizara por la apertura a las nuevas ideas.

Todo esto lo descubrí de una manera bastante desconcertante una mañana durante la primera temporada que pasaba con la manada. Acababa de lograr un disparo magnífico, aunque un tanto injusto. Salomón estaba cortejando por primera vez a Débora, la hija de Lía, la babuina de buena familia. Se apareaban entre los matorrales, se apareaban en los árboles, se apareaban en pleno descampado. Ella estaba hinchada al máximo, lo más probable es que estuviera ovulando, que olera de maravilla y que el viejo Salomón no pudiera apartarse de ella. No, no, no es lo que están pensando, no me acerqué sin hacer ruido y le disparé a Salomón por la espalda mientras estaba copulando. Como profesional, tengo mis principios. A quien disparé fue a Daniel. El pequeño y escurridizo Daniel, que por entonces no era más que un adolescente, se pasaba todo el día observando a la pareja a hurtadillas: no podía apartar la vista de ellos, se había pasado la mañana entera siguiéndolos a una distancia poco prudencial, en un intento de ver la función en primera fila, estirando el pescuezo, para no perderse ni un detalle, sin duda con la esperanza de aprender de Salomón la técnica para satisfacer a las babuinas.

Y como a Daniel le interesaba más el voyeurismo que vigilarme a mí, bajó la guardia y le clavé un dardo en el trasero. Tras aquel tiro fácil y divertido, se desplomó rápidamente y yo volví saltando y brincando al *jeep*, que estaba a un kilómetro y medio de distancia. Fui todo el camino dando brincos de felicidad mientras Daniel, que no pesaba demasiado, permanecía acurrucado en mis brazos. Fue una mañana estupenda.

Y hete aquí que, mientras atravieso valles y colinas con mi bello durmiente a cuestas, voy y me encuentro con dos guerreros masai ataviados únicamente con sus típicas túnicas de color rojo. Los hombres, que pertenecen al poblado vecino a aquel donde empezaba a hacer mis primeros amigos, muestran un gran interés por el babuino, que deposito en el suelo para tomarme un respiro y presumir un poco. Mirad, mirad mi babuino.

—¿Está muerto? —Contrariamente a lo que ocurre en la zona, uno de ellos habla un poco el swahili, aparte del maa, la lengua propia de los masai. No tengo ni idea de maa, pero en aquella ocasión me vino muy bien el swahili que había aprendido.

—No, sólo está dormido.

—¿Y por qué está dormido?

—Le he dado una medicina especial para hacerle dormir.

—¿Si le das esa medicina a un hombre también se dormirá?

—Ya lo creo —respondo yo, y añado algo que me parece una verdad de perogrullo—: Ello se debe a que el organismo de un babuino se parece mucho al de un hombre.

Aquella idea desconcierta por completo a los dos guerreros.

—No se parece en nada —contesta el otro masai después de oír la traducción de su amigo—. Un hombre es un hombre y un babuino es un animal salvaje.

—Sí, pero tenemos una relación muy estrecha con ellos, somos prácticamente parientes.

—No lo somos —dice el masai como si estuviera un poco ofendido.

Yo defiendo mi punto de vista.

—Pero hubo un tiempo en que nos parecíamos mucho a ellos, incluso teníamos rabo, éramos parientes cercanos.

—Ni hablar.

—Sí, sí, en el desierto que hay yendo hacia el norte incluso han encontrado huesos de personas que en realidad no lo son, son seres medio humanos con cabezas parecidas a las de los babuinos.

—Anda ya.

—Sí, en mi país, los médicos incluso son capaces de extraerle el corazón a un hombre e implantarle el de un babuino, y el hombre no sólo se pondrá bien sino que incluso llegará a viejo. —De acuerdo, exageré un poco al hablar de los avances de la medicina—. Yo mismo podría sacarte el corazón y ponerte el de un babuino y seguirías siendo un guerrero.

—No puedes. Ni hablar. —El masai empieza a ponerse de mal humor. El otro masai lleva un rato inclinado sobre Daniel, examinándolo y hurgándole entre el pelaje, hasta dejar al descubierto la blanquísima piel del animal.

—Mira —le digo señalando la piel nívea del babuino—, es igualita que la mía.

—No, tú eres un hombre piel roja. —La frase me complace enormemente, aunque, sin duda, él se refiere a que tengo el aspecto de cualquier blanco que va derecho al melanoma por tomar demasiado el sol y no a mi gran parecido con Caballo Loco.

—No, en realidad soy blanco. —Me arremango los pantalones cortos y muestro mi pálido trasero—. Mira. Blanco, como el del babuino.

De repente, me entran unas ganas locas de escandalizar un poco a aquellos tipos y prosigo:

—Creedme, los babuinos son parientes nuestros. De hecho, este babuino es primo mío. —Y, dicho esto, me inclino y deposito un sonoro y repugnante beso en la narizota de Daniel.

La respuesta que obtengo supera todas mis expectativas. Los masai se asustan y, de repente, se ponen a blandir las lanzas a dos dedos de mi cara, como si la cosa fuera en serio. Uno de ellos grita:

—¡No es tu primo, no es tu primo! ¡Los babuinos ni siquiera saben hacer *ugali*! —El *ugali* es un plato nauseabundo a base de maíz que los lugareños comen a todas horas. Estoy a punto de contestarles que ellos tampoco saben, pero al fin decido mostrar un poco más de prudencia—. ¡No es tu primo!

El hombre me está apuntando directamente con la lanza, y con toda la calma y la serenidad del mundo le digo:

—Vale, vale, tenéis toda la razón, ¿sabéis una cosa?, en realidad no es mi primo, no es pariente mío. Es la primera vez que lo veo, sólo trabajo aquí...

Después de repetir muchas veces una serie de frases parecidas a éstas, por fin consigo aplacar a los masai, que bajan las lanzas y me responden en un inglés deficiente con acento keniano que son mis amigos del alma.

Finalizado el incidente, nos separamos jurando que siempre seremos hermanos. Habría sido muy desagradable dejarse ensartar por un integrista sin pantalones.

Poco tiempo después, tuve ocasión de conocer un poco más el modo que tienen los masai de enfrentarse a las nuevas ideas. Había hecho mis primeras incursiones en el pueblo más cercano, empezaba a conocer a algunos de sus

habitantes y había tenido la suerte de encontrar a la persona ideal para introducirme en dicho mundo. Mi primera amiga fue Rhoda, una mujer mitad masai y mitad kikuyu, la embajadora local en el mundo exterior. Es muy probable que los guerreros masai hubieran raptado a la madre de Rhoda durante un ataque a un poblado kikuyu y la hubiesen obligado a casarse con un masai y a adaptarse a su cultura. Lo más seguro es que la mujer fuera lo bastante mayor como para aprender muchas cosas tanto sobre su propia tribu como sobre el mundo exterior que empezaba a conocer por aquel entonces, y que Rhoda hubiera recibido una educación totalmente atípica: aparte de masai y kikuyu, habla swahili y un poco de inglés, sabe leer un poco y maneja el dinero, es capaz de hacer autostop hasta la capital del condado, situada a setenta y cinco kilómetros de distancia, y negociar la venta de una parte del ganado del poblado para luego coordinar la compra de las provisiones necesarias con las ganancias obtenidas. Por propia iniciativa, ha introducido en el pueblo pequeños fragmentos del mundo occidental y, al dar entrada en él a la clase media, también ha originado diferencias de clase en aquella sociedad «socialista africana».

Había veces en que me sorprendía el grado de conocimiento que Rhoda había adquirido del mundo exterior sin renunciar al punto de vista que los masai tienen sobre la realidad. Me di cuenta de ello el día en que le pregunté cómo se decía «león» en su lengua. Había estado hojeando mi nuevo diccionario masai y había descubierto que tenía dos equivalentes. Uno, el que me había enseñado Rhoda, resulta que es un sinónimo falso de león que suele emplearse al aire libre, pero no es el nombre auténtico. Por el contrario, el verdadero sólo se dice por la noche, en la intimidad del hogar. Según el diccionario, los masai creen que si alguien pronuncia el verdadero nombre del león fuera de casa, el animal lo oirá, vendrá y se lo comerá.

—¿Tú qué opinas, Rhoda? ¿Es verdad?

—Sí, es verdad, no deberías pronunciar esa palabra. —Salta a la vista que le da rabia que lo haga.

—Vamos, Rhoda, no va a venir ningún león.

—Sí, lo he visto muchas veces, vendrá y te comerá.

—Anda ya.

—Pues eso es lo que yo he oído decir.

Sigo insistiendo:

—Venga, Rhoda, ¿me estás diciendo que el león oirá su nombre?, sabes muy bien que los leones no entienden ese tipo de cosas y que no vendrán.

—Sí, sí que vendrán.

—¿Es que el león entiende la lengua masai?

Al final se enfada y, con muy mal genio, me suelta una parrafada en la que resume los dos mundos que conoce y su modo de aunarlos.

—El león no entiende su nombre. Cualquiera que haya ido a la escuela sabe que un león no entiende el lenguaje humano... Pero si dices la palabra demasiadas veces fuera de casa, el león vendrá y te comerá.

Final de la discusión, al menos por lo que a ella respectaba.

Estaba a punto de descubrir hasta dónde llegaba la capacidad de Rhoda de adoptar ideas provenientes del mundo exterior mientras seguía con un pie dentro de la cultura masai. Había pasado una mañana fantástica con los babuinos. El joven y tranquilo Josué se había dedicado a desplegar sus encantos con la voluble Ruth y se había apareado con ella; un estúpido macho adolescente había estado fastidiando a Job y, como consecuencia, Raquel, que era un ejemplo de rectitud, lo atacó y lo dejó malherido; Benjamín se había sentado junto a mí en un tronco. Como ya no ocurrió ningún otro incidente de interés, decidí tomarme el resto del día libre y pasarme por el pueblo para ver a Rhoda y a su familia. Por su aspecto, Rhoda es totalmente kikuyu: una mujercilla regordeta en medio de un montón de masai larguiruchos y ectomorfos. Risueña, efusiva y maternal: más rasgos que la diferenciaban de la mayoría de los habitantes del poblado. Por lo general, el que nunca está en casa es su marido, que es guarda forestal del parque y suele estar destinado en un puesto lejano, donde se dedica a patrullar en busca de cazadores furtivos. Es el masai más alto y desgarrado y de aspecto más perverso y temible que he conocido en mi vida, sobre todo cuando lleva un arma automática como parte del uniforme. En realidad es la amabilidad personificada, especialmente cuando habla de las crías de rinoceronte o cuando se inclina en un sentido literal y figurado para adorar a la pequeña Rhoda, la mujer con forma de pera a la que llama «mamá». Forman una de las parejas más extrañas del lugar, aunque una de las más simpáticas. Lo único que enturbia esta plácida escena de familia nuclear son su segunda y tercera esposas, ambas mucho más jóvenes que Rhoda y a las que ésta mangonea con delicadeza. En cuanto acaba su turno, el marido de Rhoda se quita el uniforme y, después de volver a ponerse

la túnica masai, se dedica a pasear por el poblado con sus esposas y sus numerosos hijos. Sin embargo, hay uno que nunca les acompaña, ya que, según la información que he podido reunir, contrajo una especie de fiebre y una encefalitis durante la estación de las lluvias de su primer año de vida, que lo convirtieron en un monstruo hidrocefálico con los reflejos neurológicos de un recién nacido. Sólo Dios sabe cuánto dinero se gastaron Rhoda y su marido en comprar un absurdo y patético cochecito inglés de los años cuarenta que permanece en la casa de barro y boñiga de vaca, de cuyo interior asoma la cabeza vendada de un chiquillo de ojos saltones que no para de gemir.

Como iba diciendo, decido dejarme caer por allí para saludarlos y Rhoda aprovecha la ocasión para apropiarse de mi vehículo. Minutos después, vamos de camino hacia el establecimiento comercial de la zona, situado a tres kilómetros de distancia, y de ese modo ella evita tener que caminar. Vuelvo a experimentar con gran nostalgia la irritación que sienten todos los chicos cuando se ven obligados a ir de compras con mamá. Entramos en la tienda, fabricada también con barro, estiércol y ramas, y regentada por una vieja amiga de Rhoda de pelo entrecano que, aparte de ella, es la única persona mitad masai, mitad kikuyu, de la región. Rhoda examina los veintitantos productos que hay en la tienda: dos tipos de mantas, jabón, refrescos, harina de maíz, huevos, azúcar, té, linternas, pilas, bombillas, medicinas contra la malaria, tabaco de mascar (una de las cosas que más les gustan a los masai). Lo que quiere es comparar los artículos. Me hace extender las dos mantas para ver cuánto mide cada una y decidir cuál de ellas sería más adecuada para tapar a sus hijos. Un gesto inútil desde el punto de vista práctico, ya que sólo ha venido a mirar y, por otra parte, aquéllos son los dos únicos modelos que siempre ha habido en la tienda. Inspecciona el jabón, sopesa todas y cada una de las bombillas de las linternas y finalmente hace su elección: un huevo y dos patatas. Después de haber pasado media hora comprando, se siente satisfecha, y regresamos al pueblo, donde me invita a tomar el té.

Comienzan los problemas. Serere, el hermano pequeño de su marido, está allí, borracho. Serere es un buen hombre que, por desgracia, parece irremediabilmente destinado a padecer el mal que sufren todos los masai al llegar a la edad adulta. En el curso de los viajes que hice por toda África en los años siguientes aprovechando mi tiempo libre, me di cuenta de que los borrachos constituían un problema muy serio, pero sólo si eran simpáticos,

como Serere. Era fácil tratar a los borrachos furiosos, ya que siempre ocurría lo mismo con ellos: como de costumbre, hacía autostop en algún poblado, a la espera de que alguien se ofreciera a llevarme, y entonces me abordaba un borracho malhumorado con ganas de guerra. Siempre se trataba de algún tipo airado e incoherente que me explicaba en una mezcla de inglés y swahili que quería pelea, que iba a pelear conmigo y que era «el más fuerte, el número uno (*bwana kubwa*, en swahili), Mohamed Alí en versión kung-fu». Yo me quedaba impertérrito, no porque sea capaz de ganar un combate a puñetazos con nadie que no sea la madre Teresa de Calcuta, sino porque siempre lograba salvar el pellejo de la misma manera. Me quedaba allí parado, sonriendo como un imbécil. Entonces se formaba una muchedumbre a nuestro alrededor de la que siempre surgía de manera repentina un hombre sumamente afable, que siempre llevaba una camisa blanca y —he aquí el objeto que delataba su identidad— un bolígrafo en el bolsillo. Se trataba del maestro del pueblo, horrorizado ante la idea de que se hubiese insultado a un visitante, al típico blanco probablemente culto y, por tanto, distinguido. Indignado, intercede en mi favor ante el señor Mohamed Alí versión kung-fu y, puesto que lo más seguro es que se trate del único maestro que ha habido en el pueblo desde la noche de los tiempos, cosa común en la zona, por otra parte, existen muchas posibilidades de que el borracho sea un antiguo alumno suyo y se encuentre bajo su influjo mágico. La siguiente escena parece sacada de una obra de Norman Rockwell: «Maestro de escuela reprende a antiguo alumno convertido en el borracho del pueblo». Avergonzado, el borracho pide disculpas de forma incoherente, con los ojos bajos, etc. A continuación, el maestro se muestra encantado de invitarme a su casa a tomar el té, donde me hará preguntas sobre los presidentes de Estados Unidos, tratará de conversar conmigo sobre la figura de nuestro señor Jesucristo y me obligará a facilitarle una muestra de mi caligrafía.

Así pues, los borrachos malos son pan comido, si uno recuerda el orden de los presidentes. Los problemáticos son los buenos chicos. En cuanto te echan el ojo encima, quieren matar algo para ti. En una ocasión fui a ver a un amigo a la granja de su familia. Su hermano mayor, George, un borracho bravucón, la oveja negra del clan, que, entre otras cosas, maltrataba a su mujer y había abandonado a sus hijos, se quedó prendado de mí y se pasó los cuatro días que estuve allí tratando de sacrificar en mi honor la única vaca, cabra, etcétera,

que tenía. Durante la última cena, estamos todos sentados alrededor del hogar, atiborrándonos de comida, todos menos George, que no ha aparecido todavía. De repente, irrumpe en la habitación con el ceño fruncido y el aspecto absorto que suelen tener los borrachos. Lleva una gallina en la mano. Se acerca a mí con gesto resuelto y en un acceso de locuacidad inducida por el alcohol, farfulla «¡Tú... eres... mi... amigo!», y me tira la gallina. Lamentablemente, debido a su estado, se ha olvidado de atarle las patas y las alas y, aterrorizada, el ave se pone a dar vueltas por todas partes, revoloteando, cacareando y cagándose encima de nosotros y de la comida.

Ahora me enfrento a un peligro parecido: Serere quiere sacrificar inmediatamente una de las pocas cabras que tiene para rendirme homenaje (y eso que vengo al pueblo cada dos por tres). Consigo salir del aprieto a base de mucha labia y él se retira a un rincón, un tanto resentido. Rhoda y yo nos ponemos cómodos para tomar el té. Siempre es interesante ver a alguien tratando de encontrar algo en una casa masai, una mezcla de barro y estiércol que, en cuanto entras, se convierte en un laberinto oscuro, a excepción de unos cuantos agujeros repartidos por todo el techo que permiten la entrada de algunos rayos de luz. Dentro, en algún lugar, hay una cama de piel de vaca, unas cuantas cabras, puede que algún anciano durmiendo la mona con Serere y el niño anormal del cochecito.

Nos sentamos a tomar el té con gran satisfacción. Rhoda se dirige a un cuchitril secreto donde tiene más cosas guardadas y ¡desastre!, descubre que alguien se ha llevado el dinero que tenía escondido. Rhoda, mitad kikuyu, mitad masai, la pionera de la modernidad del pueblo, ha sido una de las primeras personas en introducir el dinero en efectivo en el mundo masai y destina hasta el último centavo, tanto suyo como de su marido (uno de los pocos hombres que tiene un «empleo» remunerado), a pagar el colegio de sus hijos. El dinero ha desaparecido y ella sabe quién es el culpable: Serere ha cogido el dinero y se lo ha gastado en beber en el comedor de empleados del campamento turístico de la zona en lugar de conformarse con la cerveza hecha en casa. Serere, que es un altivo y orgulloso guerrero y patriarca masai, confiesa su delito y se encoge de hombros con arrogancia, como diciendo: «Mujer, estoy en mi derecho». Rhoda suelta un alarido, agarra un leño y lo tumba de un golpe en el costado.

Se arma la mundial. Serere recobra el equilibrio mientras Rhoda lo

persigue por la habitación, llorando y vociferando. En una ocasión consigue mantenerse firme haciendo un gran esfuerzo y trata de alcanzar su lanza, como si quisiera cargársela, y Rhoda, indignada ante su impertinencia, vuelve a derribarlo con el leño. Se reanudan los gritos y los gemidos y la habitación no tarda en llenarse de lugareños, alborotados y curiosos. Los ancianos de pelo canoso se meten en un rincón, las jóvenes más se colocan detrás de Rhoda y los demás se apiñan en el interior de la casa para ver lo que pasa.

A continuación se produce una escena en favor de la abstinencia. Rhoda y su camarilla femenina lloran y se quejan. Cinco años antes, el gobierno venía a territorio masai y exigía que en cada distrito se enviase un niño a la escuela anualmente, y los padres ocultaban a sus seres queridos para evitarles aquel horror. Pero en aquel momento, en todos los pueblos había mujeres como Rhoda que luchaban para que los niños fuesen a la escuela: auténticas chozas carentes de libros, de bolígrafos, de papel y a menudo de maestros, situadas a unos cincuenta kilómetros de distancia y en las que había que pagar por recibir una educación de dudosa calidad. La vanguardia masai quiere unos hijos instruidos, sobre todo Rhoda y su pandilla. Tanto ella como sus seguidoras dicen entre gemidos que los mayores tienen que dejar de gastarse en bebida el dinero del colegio de los niños y que los niños deben ir a la escuela. Rhoda lleva la voz cantante: se expresa bien, es la radical del pueblo, la representante de la nueva ola, la feminista rebelde de sangre medio kikuyu que ha introducido todo tipo de ideas sospechosas en el pueblo, pero a la que se tolera gracias a su inteligencia, a su habilidad para moverse en el mundo exterior y a sus planes para traer dinero al pueblo. ¡Y para qué, para que unos viejos apestosos se lo gasten en bebida! La acusación no se limita sólo a Serere, que en aquel momento estaba tirado en el suelo, grogui, sino que incluye a todos los hombres mayores. Mientras esto sucede, alguien me traduce los detalles del masai al swahili y al inglés, y me da la impresión de que en algunos momentos de la discusión varios individuos involucrados en la refriega se vuelven hacia mí y me dirigen una mirada expectante. Empiezo a sospechar con cierto horror que me consideran una especie de árbitro de la situación.

Las mujeres de Rhoda están convencidas de que es una idea genial gastarse el dinero en enviar a los chicos a una escuela vacía donde no hay libros ni papel ni lápices antes de que los envíen de vuelta al cabo de unos años para

hacerse cargo de las vacas. «Los mayores tenéis que dejar de gastar el dinero de las matrículas escolares en bebida para que los niños puedan ir al colegio y llevar uniforme». Los adultos dicen que, en realidad, lo de ir a la escuela es una pérdida de tiempo, una tontería. «Los viejos trabajamos mucho y debemos tener la oportunidad de coger una buena cogorza siempre que queramos». (Entre los masai, se considera viejo a cualquiera que tenga más de veinticinco años y haya sido guerrero anteriormente y, en consecuencia, a cualquier patriarca de la tribu que se haya casado hace poco con una muchacha de trece años de edad. Contrariamente a lo que afirmaba aquel grupo de «ancianos», los viejos son los habitantes del pueblo que menos golpe dan. Por lo general, las que más trabajan son las mujeres, y luego vienen los niños, los perros y los burros y por último los hombres). Los ancianos se mantienen inflexibles mientras las mujeres no paran de chillar:

—Eso de la escuela es una estupidez. Al fin y al cabo, ¿para qué sirve la escuela? —preguntan.

Las mujeres se repliegan, un tanto confundidas. De hecho, Rhoda, que fue a una durante un tiempo, es la única que tiene una idea clara de lo que es. Se reagrupan, intercambian ideas y se ponen a gritar.

—Pues bien, los viejos tenéis que dejar de gastar todo el dinero en bebida porque no queda nada para alimentar a los niños.

—Venga ya —dicen los hombres—, somos masai, tenemos comida de sobra, ¿verdad que hay vacas?, pues ¿por qué preocuparse?, los niños siempre pueden beberse la sangre y nunca falta leche, las mujeres os quejáis por vicio, joder...

Se carcajean y se burlan de Rhoda y sus secuaces, cuyo número va disminuyendo a medida que pasan los minutos. Los chicos tienen buen aspecto, concluyen los ancianos (en realidad, los niños padecen un déficit crónico de proteínas, enfermedades como la malaria y la tuberculosis y todos los parásitos habidos y por haber). De forma alarmante, Rhoda me pide mi opinión. Yo toso y carraspeo y trato de encontrar una solución de compromiso.

—Escuchad, si los chicos están bien alimentados y van a la escuela ahora, aprenderán tanto y conseguirán unos empleos tan buenos y traerán tanto dinero a casa que los viejos podréis emborracharos siempre que queráis con licor del bueno, el licor que les sirven a los turistas blancos en el hotel.

Los presentes elogian mi discurso durante un breve espacio de tiempo, pero

el efecto desaparece cuando los hombres empiezan a protestar airadamente por el comportamiento de Rhoda: «Además, ¿quién demonios es esa mujer kikuyu? A mí me parece demasiado baja y rechoncha y creo que no debemos confiar en ella», bla, bla, bla.

Furiosa, Rhoda les dirige una apasionada diatriba mientras se esfuman sus últimas seguidoras:

—Tanto Robert, aquí presente, como las mujeres del pueblo creemos que los viejos debéis dejar de emborracharos y gastar un dinero que tendría que destinarse a la educación y la alimentación de los niños. Y todos vosotros, cochinos masai, deberíais empezar a limpiarles los ojos a vuestros hijos para que no cojan más enfermedades oculares, mis hijos tienen los ojos sanos, y los viejos tendríais que empezar a poneros pantalones y a creer en nuestro señor Jesucristo.

¡Ajá! La mitad cristiana de Rhoda se ha abierto paso con fuerza y prosigue con los dos temas que todos los campesinos kenianos sacan a relucir cuando se quejan de los masai: muchos culos al aire y poco Jesús. Y hete aquí que me he convertido sin querer en un presunto miembro del Partido Tapaos los Panderos por el Amor de Dios.

La reunión se disuelve en medio de un alboroto y una confusión general mientras los viejos se marchan poco a poco, risueños y victoriosos, con la intención de echar un trago a la sombra de un árbol. Serere se incorpora lo suficiente del suelo de tierra para anunciar que piensa sacrificar una cabra en mi honor; nadie le hace caso y yo me largo de allí a toda prisa.

## El demonio de la Coca-Cola

Era un día perfecto para que el motor de mi *jeep*, que llevaba un mes petardeando de un modo alarmante, pasara a mejor vida, ya que aquella misma mañana había presenciado el que debía haber sido uno de los momentos apoteósicos en la vida del viejo Isaías, que era, con mucho, el macho de más edad de la manada: prehistórico, de mirada furibunda, artrítico, consumido. Era como si la vejez fuera el rasgo fundamental de su personalidad. Iba renqueando a todas partes, se quejaba, chasqueaba la lengua y gruñía cuando se sentaba, cambiaba de sitio continuamente y no hacía más que pegar a los más pequeños. No se portaba como un abuelo, ni era afable ni estaba dispuesto a morir plácidamente. Aquella mañana vi el que me pareció que era su último apareamiento. Esther, una joven babuina que experimentaba su primer periodo de celo y no lograba atraer la atención de ningún pez gordo, terminó aceptando a Isaías como pareja. Isaías hizo un trabajo bastante aceptable: consiguió estar a la altura de la joven y recordó que tenía que llevársela de allí en caso de que cualquier macho (en aquel caso, jovencitos de corta edad) hiciera acto de presencia con intenciones amenazadoras. Por último, la montó y, mientras experimentaba unas oleadas de excitación desacostumbradas, le vomitó en la cabeza. Así fue como Isaías dijo adiós a la vida amorosa (y como la pobre Esther se inició en la misma). Desapareció para siempre poco después, probablemente víctima del ataque de una hiena o de un león.

Una vez registrada y archivada la cita de Isaías, centré mi atención en el *jeep*, que había empeorado visiblemente aquel día y expiró a unos cuarenta metros del taller del mecánico de la oficina central del parque, que le diagnosticó un obligado cambio de piezas. Después de varias horas de arduo trabajo llamando por radio a Nairobi, me informó de que sería imposible

encontrar la pieza en cuestión en ningún rincón del país hasta que pasaran varias semanas y se resolviera la crisis comercial de carácter internacional que impedía que pudiera descargarse la remesa de recambios de automóvil que permanecía en el puerto de Mombasa, situado junto al océano Índico.

Al ver que mi trabajo quedaría paralizado durante un tiempo, hice la única cosa sensata que estaba en mi mano: cogí la mochila y me fui a Nairobi en compañía de unos turistas con el único objetivo de viajar un poco y marcharme a cualquier parte del este de África a la que se pudiera llegar haciendo autostop.

Una vez en Nairobi, lo primero que hago es ir a la zona industrial para averiguar qué camiones cisterna efectúan los viajes intercontinentales de largo recorrido. Me paso todo el día dando vueltas por el aparcamiento de camiones, y al final doy con uno que se dirige al mismo lugar que yo y me subo a él en menos que canta un gallo. Se trata de un viejo y tembloroso Leyland, con un estrecho catre que apenas cabe en la cabina atestada de botellas y latas de comida, infinidad de marchas, botones, herramientas, trapajos y latas de aceite: una especie de cafetera que en teoría está obligada a llegar a Uganda. Los conductores son dos musulmanes de la costa, Mahmud e Ismaeli, unos tipos demacrados, huraños, que no paran de masticar una planta costera que produce un ligero efecto estimulante parecido al de las anfetaminas. Como resulta que el camión sólo es capaz de recorrer unos veinticinco kilómetros por hora, atravesamos a paso de tortuga la zona oeste de Nairobi y nos dirigimos hacia el crepúsculo.

Amanece, continuamos subiendo poco a poco por una escarpadura de unos tres mil metros. Es extraño avanzar siempre a la misma velocidad peatonal durante horas y horas en el interior de un camión, sin otra cosa que hacer salvo ponerse cómodo y admirar el paisaje. Por fin llegamos a la cima de la escarpadura y el camión sufre un colapso total, incapaz de superar aquella prueba titánica. Salimos en tropel, examinamos el motor minuciosamente y llegamos a la conclusión de que le falta poco para morir. Mahmud coge un autobús que va en dirección contraria y vuelve a Nairobi a buscar un mecánico. Ismaeli y yo nos ponemos cómodos para lo que acaba convirtiéndose en dos días de espera sentados junto al camión. A medida que su hosquedad disminuye, va aumentando mi dominio del swahili. Al principio, me siento frustrado con el retraso, pero decido que es absurdo preocuparse

por algo así. Así que nos sentamos. Ismaeli no tarda en desaparecer entre las cajas de cartón de la cabina y sale con la esterilla sobre la que reza. Después de meditar durante un rato mirando al cielo, deduce dónde se encuentra el este y se pone a orar. Al cabo de poco, empieza a darme una conferencia sobre las raíces árabes del swahili, al que adjudica con gran entusiasmo la categoría de simple dialecto. Le regalo los oídos con ejemplos que ilustran el estrecho vínculo que existe entre el hebreo y el árabe. Él se aventura a situar también el hebreo entre los dialectos del árabe y, al ver que no le llevo la contraria, me dice que no me preocupe más de la comida, que, a partir de aquel momento, comeré con él. Para mi sorpresa, resulta que se alimenta de espaguetis. Ismaeli procede de la antigua Somalia italiana y ha heredado la pasión por la pasta de la época colonial. Pone una olla a rebosar en un hornillo de queroseno y le echa un poco de leche de camello de dudosa salubridad que ha traído en un odre. Empezamos a comer con apetito, cogiendo unos montones enormes con las manos. Él se pone a rezar mientras yo saco mi flauta dulce y comienzo a tocar para combatir el aburrimiento. Aquello es una revelación para Ismaeli, que al cabo de poco se apropia del instrumento y empieza a tocarlo con sumo cuidado. Se muestra incapaz de hilvanar una melodía, pero tiene un estupendo sentido del ritmo arábigo-somalí y no tarda en incorporar la flauta a sus rezos. Allí sentado, atiplado y ascético, la hace sonar durante largo rato, con aquella especie de espasmos rítmicos llenos de impaciencia, mientras cierra los ojos sin dejar de balancearse hacia delante y hacia atrás. De repente, en el momento adecuado, deja la flauta a un lado y se desploma sobre la alfombrilla. El tiempo pasa y poco a poco me convierto en un híbrido italoárabe que come espaguetis y escucha los cánticos y aullidos de Ismaeli.

La segunda mañana llega otro camión cisterna y decidimos que yo monte en él y siga mi camino. Salta a la vista que Ismaeli quiere quedarse con la flauta, pero, como sólo lleva puesta ropa playera y por las noches casi se muere de frío, se conforma con uno de mis suéters. El nuevo camión cisterna también tiene un aspecto senil, pero a pesar de todo subo a él. El conductor se llama Jeremías, un gigantón áspero y fornido de mediana edad que lleva la cabeza muy bien afeitada, un elegante fez bordado, gruesas gafas de sol negras de montura cuadrada y un magnífico incisivo de oro. Tiene unos antebrazos poderosos que me dejan bastante impresionado. En cambio, su ayudante, Jonás, es un hombre de unos treinta años, ojos hundidos, barba descuidada y

aspecto desnutrido. Va hecho un desastre, con la ropa llena de grasa, pero dentro de su marginalidad parece un tipo bastante agradable.

Paramos para comer en un pueblo de montaña. Me dispongo a sacar mi comida, pero Jeremías me conduce a un chiringuito como un pastor a su oveja. Una vez allí, lo normal hubiera sido estudiar el menú pintado en la pared y pedir algo, pero, por lo visto, Jeremías tiene un estilo propio. Con una agresividad que al principio me deja perplejo, intimida y amenaza a todo aquel que se le pone por delante y no tarda en conseguir que todo el personal del establecimiento se ponga en movimiento sin saber muy bien lo que hacer. Unos van corriendo a la casa de al lado a comprar tomates y cebollas frescas. Otros traen pimientos picantes de alguna parte. Un chico recibe la orden de ir a la carnicería inmediatamente a buscar un poco de carne de cabra guisada. Como un rey en su corte, Jeremías despeja una de las mesas y, cuchillo en ristre, se pone a rebanar, trocear y a hacer todo tipo de cosas imaginables con el utensilio. Los tomates en un cuenco, las especias a un lado. Los pimientos se requisan de algún sitio, la carne llega y a continuación es cortada en pedazos. Trato de echarle una mano con mi humilde navaja, pero me reprende y regreso al corro de espectadores que se ha ido formando a su alrededor. Jeremías continúa dando órdenes a voz en cuello y opinando sobre todo lo que le traen. Se pone como un basilisco al ver que no hay bastantes cebollas. Por fin todo está a punto, todos los ingredientes han sido troceados y colocados en su correspondiente cuenco. Con un ritmo frenético no exento de elegancia, lo vierte todo sobre el tablero de la mesa, lo mezcla con las manos y nos abalanzamos sobre la comida, nos apoderamos de grandes trozos de carne y los aderezamos con tomate y cebolla. Jeremías abre la marcha, con un pimiento picante en la mano derecha, al que va dando mordiscos para luego engullir el máximo de comida en el menor tiempo posible con el objeto de mitigar la sensación de calor.

Cuando la comida está a punto de acabar, Jeremías aparta una ración para Jonás, que se ha quedado en el camión. Finalizado el banquete, salgo a la calle tambaleándome y pregunto por qué no ha venido Jonás. «Le gustan los camiones», me dicen: una afirmación que no se acerca ni remotamente a la verdad. Efectivamente, a Jonás le gustan los camiones. Su trabajo consiste en dormir en uno por la noche con el fin de vigilarlo y ocuparse del mantenimiento general del vehículo; tanto si ese empleo ideal es resultado de

su obsesión por los camiones como si dicha obsesión ha surgido y se ha desarrollado como consecuencia del primero, lo cierto es que Jonás ha permitido que el camión fuera ocupando un lugar cada vez más importante en su vida hasta formar con él una unidad inextricable. En resumidas cuentas, no hay manera de obligarle a salir de él. Durante los días siguientes, lo someto a una estrecha vigilancia y nunca le veo poner los pies en el suelo. Cuando nos paramos a comer, él prefiere corretear por los remolques, revisando los barriles de gasolina, ajustando innumerables tornillos y seguros, sacándole brillo al capó y las puertas de la cabina con esmero, sin tocar en ningún momento el suelo, saltando de la cabina al remolque, del remolque a la cabina y de la cabina al parachoques. Llego a la conclusión de que la culpa de su aspecto famélico la tienen sus anteriores jefes que, a diferencia de Jeremías, no se preocupaban de llevarle nada de comer. Jonás tiene un aire de entusiasmo contenido, como si el hecho de ser camionero fuera una auténtica gracia divina. Demuestra una gran habilidad para moverse por el camión mientras está en marcha y avanzar lentamente hasta el segundo remolque para orinar desde el otro extremo del mismo.

Nos vamos. Jeremías está encantado con la comida y al cabo de un momento se pone a cantar una extraña melodía en kikuyu, su lengua materna. Tiene una voz de bajo atronadora e indefinida que llena la parte inferior de la cabina. Se trata de una canción más bien lúgubre, pero de vez en cuando se anima un poco y Jeremías se da una palmada en la parte superior del fez para llevar el ritmo.

Al llegar a la ciudad de Eldoret, situada en el oeste de Kenia, tenemos otra avería seria. Me voy a dar una vuelta y a mi regreso descubro que me han trasladado al camión de Pius, otro conductor que se dirige a Ruanda. Así comenzó la que es, de largo, la peor pesadilla que me ha tocado vivir durante mis viajes por África. Empezó una noche aburrida y un tanto extraña. Pius, un hombre nacido en Eldoret, es líder de una banda que, evidentemente, está formada por el grupo de individuos más en la onda de este lado del valle del Rift. Es joven, bastante alto y delgado. Lleva unos téjanos muy ajustados, una camisa deportiva desabrochada, una cazadora de aspecto hortera, gafas de sol, un cigarrillo colgando del labio y, para colmo, un par de zapatos de un color rojo chillón con plataformas de quince centímetros de altura. Me acerco a aquellos tíos, que van todos vestidos de un modo parecido. No paran de fumar

un cigarrillo tras otro y con aquellos zapatos de plataforma todos pasan de los dos metros. Por alguna razón me presentan como Peter, nombre que enseguida se hace popular a pesar de mis protestas. Pius y los chicos salen a la calle pavoneándose, mientras yo corro tras ellos para no quedarme atrás. Todos dominan el argot que se habla en Estados Unidos.

—Peter, tío, esta noche vamos a enseñarte Eldoret.

—De puta madre, Peter.

Seguimos adelante muy ufanos. Llegamos al primer bar, la multitud desaloja el local. Me los imagino peleándose con otros parroquianos por un insulto inexistente.

—Ponme una cerveza, joder.

—Ponme una cerveza, joder.

—Ponme una cerveza, joder.

—Ponme una cerveza, joder.

—Y a mí póngame un refresco, por favor. —Uno puede cambiar hasta cierto punto. Nos vamos a otro bar. Por alguna razón que no acierto a comprender, parece que me han cogido cariño.

—Sí, colega, Peter es un tío legal.

—Sí, Peter es un tío legal.

—Sí.

Aunque tenía una idea muy diferente de la diversión, pensé que, dadas las circunstancias, podía haber sido peor. Me iría con Pius, al día siguiente subiría a su vehículo, les diría adiós a los chicos y saldría para Kampala. No imaginaba lo perverso que podía llegar a ser Pius. Cuando pienso en ello, no sé si fue realmente malévolo o no era más que un rudo muchacho keniano criado en plena naturaleza que desconocía las leyes de la hospitalidad o había sido víctima de algún experimento de lavado de cerebro.

Pius me despertó al amanecer, embutido en una cazadora limpia y con la misma indumentaria del día anterior.

—Hoy nos vamos a Kampala, Peter, tú sígueme y no te muevas de mi lado.

—Me levanté con la esperanza de que hablara en serio—. Pero primero tomaremos una copa.

Vuelta a empezar. Me siento débil y enfermo debido a la falta de sueño y rehúso la Coca-Cola que Pius ha pedido junto con su cerveza. Me la bebo por

educación y me trae otra y también me la bebo. Nos vamos a otro bar, «nos iremos dentro de un momento», y luego a otro. Son las primeras horas de la tarde. Tengo hambre, ya que cada vez que propongo que comamos algo, Pius y los chicos se ríen de mí y me hacen callar a gritos y una Coca-Cola sustituye a la comida. Pregunto cuándo vamos a irnos en tono de queja, sintiéndome un tanto hosco e ingrato, como si en un momento de la conversación alguien hubiera explicado de forma sutil por qué seguíamos allí y yo no me hubiese enterado. La respuesta de Pius consiste en mirarme desde lo alto de un modo amenazador y ordenarme que le preste cuarenta chelines. Obedezco sin rechistar, él vuelve con otro refresco y me obliga a bebérmelo. Los dientes se me recubren de una especie de película de Coca-Cola. Pius es infatigable, no se cansa de ir de un sitio a otro. Por alguna razón, la cosa ha degenerado hasta tal punto que tanto él como los chicos se limitan a llevarme de un sitio a otro como si fuera una res: a media tarde me doy cuenta de que no me quitan el ojo de encima desde el amanecer. Tengo hambre y, aunque estoy harto de Coca-Cola, no paran de llegar nuevas unidades que todos esperan que me beba. Pius me trata con solicitud y una preocupación fraternal que sólo consigue ocultar a duras penas la profunda violencia de la situación. Más bares, más Coca-Cola. Empiezo a buscar posibles salidas, pero el camión de Jeremías continúa en el dique seco, con el capó levantado y los mecánicos trabajando sin parar mientras Jonás los contempla con ojos escrutadores desde el remolque. Me hundo en una inconsciencia gaseosa, empiezo a sentirme desligado de mí mismo, como si el tal Peter se hubiera apoderado de mi cuerpo y me hubiese quedado atrapado en su interior. Agotamiento. Más refrescos. Pius me pide que le preste más dinero, me devuelve una parte del que le he dejado antes y se pone a hablar de forma incoherente sobre la posibilidad de llevarme con él a Zaire a robar diamantes.

—Sí, Peter es un tío enrollado.

—Sí, Peter es un tío enrollado.

—Sí, Peter es un tío enrollado.

Seguimos adelante e iniciamos una noche similar a la anterior. Al parecer, soy el único que necesita dormir, o eso o ellos duermen por turnos para que siempre haya unos cuantos que puedan mantenerme despierto, obligarme a seguir adelante y beber Coca-Cola. Por fin, a las cuatro de la madrugada me duermo en uno de los bares.

Amanece, dos horas de sueño. Como no me entero de nada, Pius consigue despertarme otra vez con promesas.

—Hoy es el día, hombre de Kampala.

Volvemos al bar, los muchachos ya están allí y me obligan a seguir cuando no quiero cooperar. Más refrescos. Bebo para olvidar. Nunca saldré de allí, moriré en Eldoret.

Alrededor de mediodía, Jeremías vuelve a aparecer como un salvador. Corro hasta él en busca de ayuda, pero está a punto de iniciar los preparativos para otra de sus comidas y me indica con un gesto que me aparte. Lleva puesto un mono que hace resaltar su voluminoso trasero y que impresionaría hasta al observador más cansado. También lleva una bufanda al cuello y, por supuesto, su fez, y es posible que se haya puesto elegante con el único objeto de preparar la comida. Pius y los chicos se suman a la comitiva y me obligan a seguir a Jeremías, que no tiene el menor problema para encontrar sus tomates y cebollas; en cambio, la localización de un trozo de carne aceptable se convierte en una verdadera odisea. Jeremías recorre tienda tras tienda examinando reses muertas, olfateando piezas de carne, rechazándolas en unas ocasiones, riñendo a los propietarios en otras y rara vez aceptando lo que se le ofrece. Da la impresión de que le conocen en todas partes y aparentemente nunca se producen intercambios de dinero. A su alrededor se ha congregado una multitud que lo sigue a todas partes. A algunos se les permite traer los tomates o las cebollas, pero la carne es cosa de Jeremías. Las piezas seleccionadas acaban en diferentes bolsillos de su mono. Y en uno de aquellos establecimientos llega incluso a registrarse todos los bolsillos hasta dar con la que anda buscando para cambiarla por otra. Al final nos juntamos alrededor de una mesa donde se repite todo el ritual de los preparativos y nos abalanzamos sobre la comida como lobos. Le pido una y otra vez a Jeremías que me salve de Pius.

—Hablabamos después de comer.

Una vez terminada la comida, Jeremías va a lavarse las manos y Pius me saca de allí y me lleva a la otra punta del pueblo para que siga bebiendo refrescos. Más préstamos, interminables Coca-Cola, amenazas que ni siquiera sé si han existido.

Anochece. Pasamos por delante del camión de Jeremías, donde Pius despierta a Jonás, posiblemente por puro rencor. Jonás me dice que tiene sed y

que si tengo un momento libre, le traiga un refresco al día siguiente.

Es por la mañana, más de lo mismo, no he podido pegar ojo en toda la noche, estoy cada vez más desesperado. Rehúso la primera Coca-Cola que me ofrecen, a las siete de la mañana, pero luego me acuerdo de Jonás y digo que sí. Pius sospecha.

—¿Para qué la quieres, para Jonás?

Reconozco que ése es el motivo. Pius me agarra y me responde que si me atrevo a llevarle un refresco a Jonás, voy a tener problemas.

—Y ahora dime, ¿quieres un refresco?

Confieso que ya no me cabe ni uno más. Estupendo, me trae un refresco y me obliga a bebérmelo. Empiezo a hacer planes para huir y enfrentarme con él, y doy por sentado que me pegará un navajazo y me matará. A primeras horas de la tarde nos encontramos en un nuevo bar y estoy a punto de estallar y soltar una diatriba sobre todo lo que está pasando y decirle a Pius que me largo, cuando de repente el rostro se le ilumina.

—Anda, mira a quién tenemos aquí, Peter —comenta mientras un automóvil se detiene a nuestro lado. Genial, y ahora qué pasa. De entre todas las personas que hay en el mundo, resulta que es su madre—. Peter, te presento a mi mamá.

Vamos en coche hasta su casa, situada a las afueras del pueblo, y su madre me trata con gran amabilidad.

—¿Y qué haces en Kenia, Peter?

Pius se ha convertido en un niño pequeño que adora a su mamá, que ríe como un bobo mientras me enseña fotos familiares con gesto tímido y bebe limonada conmigo. Hay que decir en su honor que incluso parece sentirse avergonzado de llevar aquellos zapatos tan horteras. La única razón por la que no le pido ayuda a su madre es la metamorfosis que ha experimentado. No parece muy apropiado decirle: «Señora, su hijo es un demonio que me tiene secuestrado», sobre todo viéndole ayudar a su madre a sacar las cosas del coche y meterlas en casa. Nos vamos, le estrecho la mano a la señora, Pius le da un beso de despedida mientras salimos del coche, que nos deja otra vez en el pueblo. Doblamos la esquina, Pius me empuja como un salvaje y me obliga a entrar en un bar; vuelta a empezar.

Anochece en el interior del bar. Voy al lavabo y los acólitos de Pius meten

la pata: ninguno me acompaña. Veo mi oportunidad de huir y decido abandonar mi mochila y mis pertenencias, una pérdida insignificante. Salgo a la calle a toda prisa por la parte de atrás del local, hay otro camión con el motor en marcha, a punto de partir. Corro hasta él y cuando empiezo a trepar a la cabina con la intención de preguntarle al conductor si me puede llevar adonde sea, alguien me agarra y me obliga a bajar. Es Pius.

—Olvídame —le digo—, me llamo Robert y me largo de aquí, estoy hasta las narices.

—Tú no vas a ningún sitio, ese hombre te engañará, es muy malo.

—No me vengas con cuentos, me largo.

Empiezo a trepar de nuevo y Pius vuelve a agarrarme y me tira al suelo. Me hace daño, los ojos se me llenan de lágrimas, como un niño pequeño, y en vez de sentir miedo o indignación, lo que experimento es un ataque de mal genio. Para entonces, los chicos han salido a la calle y se apresuran a hacerme entrar de nuevo. Me da la impresión de que Pius se siente un tanto incómodo por lo ocurrido, como si hubiera cometido un error desde el punto de vista social.

—Venga, Peter, tómate otro refresco.

Alrededor de medianoche, mientras estoy sentado, sin fuerzas, frente a otra Coca-Cola, Pius dice de repente:

—Ah, Peter está cansado, tenemos que llevarle a la cama.

Me conducen a una pensión que hay allí al lado, me dejan caer en una cama y me dan las buenas noches. ¿Será verdad lo que está ocurriendo? ¿Es posible que tenga tanta suerte? Me duermo y poco después me despiertan unos golpes en la puerta. Es Pius, ataviado con unas gafas de sol, un cigarrillo, unos calzoncillos tipo tanga y, por supuesto, unos zapatos de plataforma. Viene acompañado por las que parecen ser dos prostitutas a las que hace entrar a empujones.

—¡Sí, Peter, eres cojonudo!

La puerta se cierra de golpe. Les explico educadamente que voy a dormir y las dos mujeres salen de estampida de la habitación y se ponen a discutir con Pius, lanzándole todo tipo de improperios, espero que por razones ajenas a mi persona. Se oyen cosas que caen, golpes e infinidad de chillidos y gritos, situación que dura la mayor parte de la noche y me impide pegar ojo.

Por la mañana, me encuentro de nuevo en el bar, inclinado sobre una Coca-

Cola. Estoy desesperado y durante la noche he decidido envenenar a Pius echándole barbitúricos en la cerveza. Los he traído como analgésicos de emergencia y espero hacerle entrar en coma con ellos. Pero no hace falta, porque por fin tengo un golpe de suerte y, sin motivo aparente, Pius es incapaz de tolerar una cerveza más en un momento del día especialmente delicado. Le entran unas náuseas horribles y se pone a vomitar mientras se dirige al lavabo haciendo un gran esfuerzo. Sus esbirros van tras él; uno me agarra de la muñeca y me arrastra consigo. Me ordenan que traiga una toalla del bar. Salgo corriendo y me percaté de que estoy solo. Me detengo durante un momento, temeroso de recibir un castigo ejemplar, lo que da una idea de lo desesperadamente solo, hambriento, exhausto, asustado y confuso que he estado. Pius estaba vomitando otra vez en el lavabo y los chicos no se ponían de acuerdo sobre lo que había que hacer, así que cogí la mochila y eché a correr.

Hacia sol, la gente estaba absorta en sus quehaceres cotidianos, iban de camino al trabajo, quizá pensando en la hora de comer. Mi buena suerte no se había acabado aún. Milagrosamente, Jeremías estaba allí con su camión, que volvía a funcionar y parecía a punto de partir. Jonás me hizo señas para que subiese y me escondí en la parte de atrás. Durante media hora que se me hizo insoportable, Jeremías puso el motor en marcha, estuvo revolviendo las cosas de la cabina, salió a sacarle brillo al adorno del capó, estrechó manos y se despidió de todo el mundo mientras yo me encogía en el remolque a la espera de que volvieran a capturarme. Ni Pius ni los chicos hicieron acto de presencia. Nos marchamos. Me dirigí lentamente hacia la cabina mientras el vehículo se movía y respiré aliviado al ver que Eldoret desaparecía de nuestra vista sin que Pius diera señales de vida. Me metí en la cabina de un salto utilizando el método de Jonás.

—Señor Peter, ha abandonado a Pius. Es usted muy malo.

Al atardecer llegamos a Kitale, donde vive la hermana de Jeremías. Hacemos un alto para pasar la noche. Me he quitado un peso tan grande de encima al escapar de aquel loco, que aún no me he recuperado y accedo de buena gana a recibir los cuidados maternos de su hermana y algunas de sus amigas. La única habitación de la casa está llena de mujeres obesas que ríen por lo bajo cada vez que me muevo. Estoy en el séptimo cielo en aquel saludable ambiente familiar. Hay niños por todas partes, suena música kikuyu

en la radio y todo el mundo baila y se mueve de un lado a otro. El cuñado de Jeremías es un hombre pálido y amable que no parece darse mucha maña como mecánico y ha guardado una serie de objetos —lámparas, hornillos de queroseno, linternas— para que Jeremías los arregle.

Nos sentamos a comer alrededor de un cuenco común de estofado. Me encuentro tan seguro y a gusto en aquel ambiente que tengo la sensación de estar derritiéndome. La hermana de Jeremías desaparece durante un rato y regresa con el premio de la noche, Jonás, al que, o bien había logrado convencer para que abandonara el camión enseñándole un tazón de estofado, o lo había cogido desprevenido y lo había sacado del vehículo a la fuerza. Debido a su parecido físico con Jeremías, la última hipótesis parece más probable. Mientras, los niños rodean a Jeremías, quien prueba a hacerse el ogro para quitárselos de encima pero, al ver que el ardid no da resultado, se pone a cantar su famosa canción del sombrero mientras golpea su fez una y otra vez y sostiene a los chiquillos en el regazo. Jonás come con gesto nervioso, pero sólo le permiten marcharse a condición de que se lleve un poco más de comida.

Anochece y recibo el premio por haber sobrevivido: la hermana de Jeremías me llama Robert, hay una cama para mí, me dejarán dormir. Después de haber pasado los últimos cuatro días maldiciendo al continente por haber creado a un ser como Pius, resulta que lo único que necesito es dormir una noche a pierna suelta para despertar sintiendo de nuevo un profundo amor por África.

## Curso de cartografía para ancianos

Como los babuinos se habían tomado el día libre y estaban ocupados reinventando la rueda, decidí pasar la tarde en el campamento. En medio de las interminables praderas y las hileras de árboles que flanqueaban los cauces de los riachuelos donde los babuinos acudían diariamente en busca de comida, se alzaban los arbustos achaparrados del bosque impenetrable, que se extendía durante kilómetros y kilómetros a lo largo de la cima de una cadena montañosa: una amplia zona cubierta de espesos matorrales, innumerables espinos, profundas madrigueras de osos hormigueros y rocas volcánicas de superficie irregular repleta de animales con los que uno preferiría no toparse nunca. Los anteriores estudiantes de posgrado me dijeron que no había manera de seguir a los babuinos hasta allí. Una vez lo intenté y casi me aplasta un rinoceronte. Luego probé con un vehículo y se me pincharon dos ruedas, estuvo a punto de romperse uno de los ejes y casi me aplasta un rinoceronte. Así que me di por vencido. Según la teoría de uno de los estudiantes, cuando los babuinos nos daban esquinazo en el bosque de matorrales, lo que hacían era inventar la rueda. Eso era precisamente lo que acababan de hacerme una mañana en la que habían pasado cosas especialmente interesantes. Urías se encontraba en medio de aquella desabrida campaña que había iniciado con el fin de acabar con Salomón. Aunque estaban en plena batalla campal y parecía que Salomón iba a ganar, el número de veces en que se veía obligado a retroceder estaba adquiriendo una importancia crucial. Los dos se persiguieron, lucharon y en el momento de mayor intensidad... desaparecieron entre los arbustos y aquel día ya no volví a verlos. Mientras, me pareció que Aarón, que era más viejo y circunspecto, le prestaba una atención desmesurada a Boopsie, que por entonces estaba en el punto álgido de su periodo de celo. Tratándose de él, parecía una conquista insólita, lo que tal

vez reflejaba la obsesión de Salomón y Urías por los campos de juego de Eton. Sin embargo, nunca anotaba un dato en mi libreta de notas hasta no tener constancia de que el acto se había consumado, lo que en aquel caso parecía a punto de producirse justo en el momento en que... ellos también desaparecieron entre los matorrales y no volví a verles el pelo durante el resto del día. Miriam se presentó con su hijo pequeño, que empezaba a dar sus primeros pasos, tan inseguros e importantes en su vida..., y luego se adentró en el bosque. Toda la mañana ocurrió lo mismo. Por último, incluso Benjamín, que acababa de despertarse, salió trastabillando de debajo de un arbusto, se dirigió galopando al campo situado a uno de los lados del bosque y luego al que había al otro extremo, y estuvo buscando al resto de la manada hasta que no le quedó más remedio que entregarse a la fabricación de la rueda.

Tiré la toalla y regresé al campamento, en teoría para leer y ocuparme del papeleo atrasado pero, tal como había ocurrido otras tardes que había pasado allí, fue para hacer de Albert Schweitzer. Era inevitable. Bastaba con que hubieras visto una vez la serie *Marcus Welby* y tuvieras una caja de tiritas para convertirte en el médico más experto y mejor equipado en cien kilómetros a la redonda. Y por extraño que parezca, eso era precisamente lo que pensaban todos los masai.

A aquellas alturas, parecía más una clínica que un campamento. El primer chico tiene un tajo en el pie, además de unas cuantas llagas purulentas en las piernas. Le limpio las heridas, le suelto a la madre un rollo sobre la necesidad de lavarlo cada día con agua limpia (¿procedente de dónde?), y le pongo una pomada de bacitracina y tiritas. La madre recoge las partes desechables de las tiritas y se las mete en la bolsa. Me siento como un occidental decadente y derrochador. El siguiente chico tiene diarrea. No pienso ocuparme de eso; es muy difícil de curar y muy fácil que te echen la culpa si sale mal. Su madre tiene malaria; le doy cloroquina. La mujer que la acompaña también está enferma. Tose de una manera exagerada mientras le ausculto el pecho con un estetoscopio. Suena como si una corriente de aire atravesara un aparato de aire acondicionado sucio en el viejo edificio de alguna institución pública. Probablemente tuberculosis, todo el mundo la tiene, no puedo hacer nada al respecto.

Un anciano sube la montaña. Debe de tener unos sesenta años. Es el arquetipo perfecto del patriarca masai, un hombre que no se parece en nada a

lo que estoy acostumbrado a ver en mi mundo privilegiado. Lleva una gorra de lana en la cabeza, que dejó de afeitarse hace mucho tiempo. Tiene un cabello en forma de pequeñas bolas blancas de aspecto esponjoso y una barbita delgada del mismo color. Su rostro es tenso y enjuto como el de una cabra picassiana y en él no hay más que rebordes y ángulos. Y arrugas. Infinitas arrugas, algunas de ellas incluso llenas de polvo; un terreno difícil para las moscas que le cubren la cara. Es obvio que su rostro no ha desempeñado el menor papel en su supervivencia desde que muchos años atrás sirviera para convencer vagamente a su madre de que le diera de mamar; desde entonces, se ha visto exento de cualquier contingencia y ha gozado de plena libertad para irse al diablo de todas las maneras posibles. Una oreja alargada: los masai se perforan las orejas y se pasan la vida estirándoselas hasta los hombros. La otra, desgarrada, como si un buitre hubiera querido hostigarlo llevándoselo colgado del lóbulo y lo único que hubiera conseguido fuera un trozo de carne apergaminada perteneciente a una oreja de sesenta años de edad. El resto de su cuerpo no es más que piel rugosa y huesos resecos, a excepción del culo y la parte superior de los muslos, que parecen bolsas de arpillera rellenas de cojinetes de acero.

Tiene un ojo muy fastidiado. Conjuntivitis. Nosotros lo llamamos el ojo de la vaca masai: las moscas se pasean por encima de las boñigas de las vacas, luego se posan en los ojos de los masai y adiós ojo. Hay un porcentaje asombroso de personas que pierden la vista por culpa de la enfermedad. No es la primera vez que el anciano viene a verme y compruebo que tiene el ojo mejor. Le estoy administrando antibióticos por vía oral y en forma de pomada. La última vez había tratado de explicarle en mi pésimo swahili que los tomase cuatro veces al día durante una semana y que no ingiriese nada ni antes ni después de tomarlos, y él había entendido que no debía comer nada durante la semana en que estuviese tomando el medicamento. Al parecer, persistió en su error durante un día entero antes de decirle a su hijo que aquella medicina blanca se estaba convirtiendo en un auténtico fastidio. El hijo vino a pedirme explicaciones y todo quedó aclarado.

Una vez que le he curado el ojo, se pone cómodo para ver si hay algo interesante en el campamento. Lo distraigo con el hielo seco que me traen cada semana para mantener congeladas las muestras de sangre de los babuinos. Abro la caja donde está metido y dejo que salga el humo. «Caliente», dice él.

Cojo un vaso de agua, echo un poco de hielo seco dentro y vuelve a salir humo. «Caliente», repite él, puede que un tanto aburrido. Le cojo la mano y se la meto en el vaso: «¡Frío!». Le doy un pedacito de hielo para que lo sostenga, cosa que hace con gran cautela. «Caliente y frío». Su voz ha adquirido un tono seco y quebradizo, casi temeroso. No las tiene todas consigo.

Le dejo que escuche su propio corazón con el estetoscopio. Le coloco los auriculares en las orejas, con miedo de que pueda contagiarles algún tipo de hongo. Parece inquieto y tiene un aspecto inverosímil con los auriculares puestos, como si fuera el rey de Swazilandia escuchando la traducción simultánea de algún discurso en las Naciones Unidas. Le doy unos golpecitos en el pecho de manera vacilante y le coloco la campana del estetoscopio sobre el corazón. Él escucha y asiente brevemente al oír los latidos. Me da la sensación de que, en general, el asunto no le interesa lo más mínimo.

—Es su corazón —le digo.

—Soy un hombre viejo y tengo muchos hijos.

Me parece un comentario sumamente críptico. ¿Se trata de una amenaza para que no me meta con su corazón? ¿Está fanfarroneando? ¿Es una forma de reivindicar sus logros y su inmortalidad frente al simple latido de su corazón?

En un arranque, se me ocurre sacar un mapa topográfico detallado de la reserva. Lo despliego sin saber muy bien lo que voy a enseñarle ni por qué. Él se pone en cuclillas, inmóvil, y mantiene el equilibrio haciendo fuerza con los muslos y las puntas de los dedos. Tengo motivos fundados para creer que en toda su vida no se ha alejado más de cincuenta kilómetros de allí y que sólo sabe cómo se llaman media docena de lugares que posiblemente figuran en aquel papel. Lo extiendo, señalo una montaña próxima y pronuncio su nombre lentamente. A continuación, señalo el mapa y los círculos concéntricos de la cima de la montaña y repito el nombre. Luego hago lo mismo mientras trazo el recorrido del río que pasa por detrás del campamento: señalo dónde está y después indico su ubicación en el mapa mientras pronuncio el nombre una vez en cada ocasión. Luego hago lo mismo con las montañas situadas hacia el este. Su mirada es totalmente inexpresiva. Ni impaciente ni perpleja, sólo inexpresiva. Repito todo el proceso llamando de nuevo a cada cosa por su nombre, como si la palabra tuviera algún poder. Inexpresividad. Decido intentarlo una vez más. Señalo la montaña, digo su nombre y a continuación indico su situación en el mapa. De repente, mientras trazo el curso del río

sobre el mismo, le oigo tomar una profunda bocanada de aire. Tiene una mirada enloquecida en los ojos y respira de forma entrecortada. Repite el nombre del río una y otra vez en una frenética letanía mientras señala primero el objeto real y después su representación en el mapa. Le tiemblan los muslos y se tambalea, a punto de perder el equilibrio, para luego recuperar su posición inicial. Sigue respirando a ritmo acelerado. Señala la montaña, sonriente, pronuncia su nombre casi gritando y luego me deja que le coja la mano con el dedo extendido para poder tocar el correspondiente lugar en el mapa. Le da la risa tonta. Vuelve a dibujar el recorrido del río en silencio absoluto y, a continuación, hace otro tanto hasta la cima de la cadena montañosa y me tiende la mano a la espera de que yo guíe su dedo por el mapa. Recita con voz solemne el nombre de las montañas. Vuelve a la primera cima montañosa y, de modo inexplicable, se echa a reír de nuevo al indicar su posición en el mapa en lo que parece ser un chiste privado. De pronto adopta una expresión grave, mira hacia todos lados y cambia el mapa de posición con la intención de orientarlo en la dirección en que se encuentran los lugares reales. Regresa a su montaña favorita, vuelve a prorrumpir en risitas sofocadas, moviendo la cabeza como si no pudiera creer lo que está viendo.

De repente se queda callado, meditabundo. Empiezo a creer que le inquieta algo, que está pensando en otra cosa. Ladea la cabeza con ademán reflexivo. Contempla el mapa un poco más y luego, con gran cautela, alarga el brazo y le da la vuelta. Me pregunto si trata de averiguar lo que hay bajo el suelo. Cuando ve que no hay nada en la parte inferior, no se sorprende e incluso parece ver confirmada una vaga sospecha. Se levanta, se tambalea un poco, quizá por haberse puesto de pie o por todas las emociones inesperadas que ha vivido aquel día. Y, cuando se dispone a marcharse, se le ocurre otra idea. Mira el mapa, luego a mí y dice señalándolo con el dedo:

—¿Dónde están tus padres...? (¿Dónde está tu casa?)

Pienso en mi niñez, en mis visitas al planetario de Nueva York, donde por primera vez me di cuenta del tamaño real del sistema solar. Te sientas en una sala donde hay unas maquetas de los planetas que giran por encima de ti en círculos concéntricos. El narrador dice: «Aquí tenemos este planeta. Por desgracia —continúa la voz—, debido a la escala de esta maqueta, Urano no figura en ella porque habríamos tenido que colocarlo al otro lado de la calle, en Central Park. Lo mismo que Plutón, que estaría en... Cleveland». Dios mío,

piensas, sí que es grande el universo.

Vuelvo a señalar los lugares que conoce el anciano. Me alejo tres pasos del mapa (inexacto) y digo el nombre de la capital del condado, en la que es probable que haya estado su hijo. Luego, doy otra media docena de pasos y digo: «Aquí está Nairobi», un lugar del que ha oído hablar. A continuación, atravieso el campo hasta que ya no estoy muy seguro de que pueda verme con su único ojo bueno pero, a juzgar por la tensión de su cuerpo, parece evidente que no me ha perdido de vista ni un segundo. Cuando creo que estoy poniendo a prueba mi credibilidad y su capacidad de comprensión, me detengo y grito: «¡La casa de mis padres!». Él murmura algo en voz baja, incrédulo, tal vez porque le parece imposible que sea cierto lo que acabo de explicarle, que el mundo sea tan grande, que yo sea capaz de mentirle a un viejo, que haya abandonado a mis padres para irme lejos de mi hogar a vivir a una tienda. Él sigue rezongando y luego golpea de nuevo el centro del mapa con el bastón para señalar el lugar en el que nos encontramos y grita: «¡Mi casa!», con fuerza.

Está profundamente satisfecho de todo lo sucedido, no sólo por haber presenciado aquellas maravillas, sino también porque está convencido de que, si yo represento a las personas que van a heredar el mundo en el futuro, es posible que no sean tan malas como parecen a primera vista. Me estrecha la mano y se aleja hablando entre dientes.

—Adiós, hombre blanco —me grita desde los primeros árboles del bosque.

—Adiós, masai —le respondo yo a voz en cuello. Aquellas palabras le hacen gracia y desaparece en la espesura riendo por lo bajo.

# Recuerdos sangrientos: las guerras de África Oriental

## Luchas ajenas

Hacia finales de aquel primer año fui a ver a uno de mis amigos del hotel. Harun era miembro de una tribu agrícola que vivía junto a la frontera tanzana. Me fascinaba la vida que llevaban aquellos robustos campesinos de la montaña, cariñosos, alegres, solitarios y atrasados, que utilizaban hasta el último trozo de tierra de las colinas con el objeto de producir una cantidad infinita de comida para alimentar a un número infinito de niños. Personas altas, robustas y campechanas que comían como demonios, trabajaban como locos y dedicaban sus horas de asueto a los maleficios, la brujería, los conflictos con otras tribus y las maldiciones vindicativas. La familia del propio Harun había sido envenenada por medio de hechizos y, como resultado de ello, su hermana se había puesto gravemente enferma. O, por lo menos, ellos estaban convencidos de que los vecinos habían contratado a un brujo para que envenenara lo primero que encontrase. Y, como se habían enfrentado con ellos después de que una vaca pisoteara un maizal, y a continuación la chica se había puesto enferma, la explicación más verosímil parecía ser la de la maldición de castigo.

Sin embargo, la tribu dedicaba la mayor parte de sus energías combativas a pelearse con su tribu vecina, los masai. Como de costumbre, los masai que vivían al este y al sur de sus tierras habían llevado a cabo algunos robos de ganado que habían dado lugar a una serie de enfrentamientos entre ambos pueblos. Pero a lo largo de las últimas décadas, aquella parte del mundo había alcanzado la independencia y todo había cambiado. En aquel momento, cuando

los kisii, la tribu de Harun, luchaban contra los masai del este, la cosa iba viento en popa y todo el mundo se divertía. Pero cuando se peleaban con los masai del sur, se estaban enfrentando con ciudadanos tanzanos, el incidente adquiriría un alcance internacional y la policía les ordenaba que pusieran fin a la disputa.

Los combatientes encontraban todo aquello muy extraño y arbitrario, lo cual me hacía pensar que, tiempo atrás, aquella línea divisoria había tenido un trazado distinto, aunque tan extraño y arbitrario como el actual. En otro tiempo, Kenia era el África Oriental de los británicos, Tanzania era la Tanganika alemana y, en 1914, los colonos blancos se pusieron diligentemente los correspondientes uniformes confeccionados para la ocasión, formaron unidades y llevaron a cabo la Primera Guerra Mundial. Hubo batallas en territorio kisii y, a pesar del tiempo transcurrido, aún había leyendas que hablaban de tesoros que los soldados habían enterrado antes de la batalla.

Harun y yo nos sentamos con los mismos ancianos que bebían, se reían satisfechos, eructaban y recordaban los viejos tiempos. Les pregunté por la época de los enfrentamientos entre colonos alemanes y británicos, y se acordaban perfectamente.

—Por alguna razón, los blancos tenían un conflicto privado y empezaron a pelearse aquí. Iban vestidos como los policías de ahora y se pegaban tiros los unos a los otros. Imagínate, muertos de raza blanca. Una vez llegó un avión. Por aquel entonces no sabíamos lo que era y estábamos muy asustados: echamos a correr en busca de nuestras madres y nos escondimos.

»Un día vinieron los británicos y nos dijeron que nosotros también teníamos que ir a luchar. No podíamos creerlo: nos dieron armas para que matáramos a otros blancos. Siempre nos decían que las armas estaban encantadas y que por eso los africanos no podíamos usarlas para dispararle a un blanco, pero nos explicaron que los alemanes eran unos blancos diferentes y que aquella vez las armas funcionarían.

»Luego dijeron una tontería. Nos pidieron que lucháramos también contra los masai y añadieron que nos entregarían armas para hacerlo. Nosotros les contestamos que sí, que combatiríamos contra ellos con armas, pero nos dijeron que sólo podíamos luchar contra los masai del sur, jamás contra los del este. Pensamos que era una estupidez y rechazamos la propuesta. A algunos nos golpearon, pero a pesar de todo, decidimos no aceptar.

A los ancianos aquello les pareció desconcertante y, sobre todo, extraño. En cambio, los masai estuvieron encantados de poder luchar. Una serie de unidades masai procedentes del África Oriental británica y de Tanganika participaron en algunas batallas campales ataviados con uniformes improvisados. Nadie recordaba el resultado.

Mientras estaba allí, me enteré de que el padre de Harun había tenido una experiencia distinta en las guerras de los blancos. En 1930, cuando contaba veinte años, eligió a la chica con la que quería casarse: una muchacha de la montaña de al lado, a la que había visto en el pozo al llevar a abreviar a las vacas. Habían intercambiado unas cuantas miradas furtivas y en una ocasión se habían saludado. Cuando le preguntó cómo se llamaba, ella se echó a reír, se tapó la cara con las manos y corrió montaña arriba con las cabras. Fue entonces cuando decidió casarse con ella.

Fue a ver a su padre, el abuelo de Harun, para informarle de que había una chica en la montaña de al lado con la que quería casarse, y le preguntó si podía darle las vacas que le correspondían como herencia para poder pagar el precio de la novia y comprársela a sus padres. El abuelo de Harun le dijo que tendría que esperar un año, ya que él, el abuelo, que por entonces debía de tener unos cuarenta y tantos años, pensaba utilizar las vacas aquel año para comprarse una tercera esposa. Un tanto contrariado, el padre de Harun decidió obedecer y esperar, hasta que al cabo de una semana descubrió que la tercera esposa recién adquirida era... la chica del pozo.

Destrozado, el padre de Harun huyó montaña abajo por primera vez en su vida llevándose todo el dinero colonial que tenía, fue al bar de la factoría de la zona y estuvo bebiendo hasta emborracharse. Salió al exterior tambaleándose y profiriendo gritos y lamentos en lengua kisii, y la policía colonial lo arrestó y lo envió a la India a prestar servicio militar durante quince años. El padre de Harun desapareció y pasó todos aquellos años luchando por los británicos en la India y Birmania, luchando en la Segunda Guerra Mundial, luchando contra los japoneses hombro con hombro junto a nativos de todo el imperio procedentes de Sudán, Nigeria, Gambia o Rhodesia. Regresó en 1945, con treinta y cinco años de edad, y se casó con una muchacha de quince que acabaría convirtiéndose en la madre de Harun. Y, según Harun, no volvió a dirigirle la palabra al abuelo ni a la tercera esposa

del abuelo, y jamás mencionó aquellos quince años de lucha salvo para decir que no le gustaba el rancho del ejército.

Cuando le conocí, debía de tener unos setenta años y una demencia bastante acusada. Se sentaba en una silla que había en un rincón, hablando entre dientes y escudriñándolo todo, mientras la madre de Harun iba de un lado para otro preparando la comida y el té. Cuando Harun hizo las presentaciones, su padre se echó hacia atrás, inquieto. No me quitó la vista de encima durante el resto de la tarde y se negó a comer con nosotros. Al final, llamó a Harun y, señalándome, le dijo en kisii:

—Si ese blanco es del ejército, dile que esta vez no pienso ir.

## **Rizos de rastafari**

En esos días pude recomponer esta historia sobre la guerra en África Oriental que se avecinaba:

Probablemente, Wilson Kipkoi era la única persona en ciento cincuenta kilómetros a la redonda que estaba furioso por lo de Hitler. O por el papel desempeñado por los árabes en el comercio de esclavos o por el genocidio de los indios americanos o por la forma en que los israelíes tratan a los palestinos. Probablemente, era la única persona de la zona que había oído hablar de aquellos temas y, sobre todo, que había desarrollado en su interior una ira profunda e implacable hacia las injusticias. Y su cólera no se limitaba a la historia y la política del pasado. Estaba enfadado por el hecho de que su propio país fuera un estado de partido único, de que la prensa estuviera amordazada, de que hubiera gente que desapareciera, de que se destinara la mitad del presupuesto nacional a sobornar al ejército para que permaneciese en los cuarteles y no diese un golpe de estado. Y lo decía sin tapujos, lo que resultaba sumamente peligroso.

Wilson Kipkoi se crió en la sabana y apenas fue a la escuela. En algún momento de su vida, empezó a experimentar una urgente necesidad de aprender. Aprendió a hablar inglés estupendamente sin ayuda de nadie e invirtió todo su tiempo y su dinero en libros. Y descubrió que todo lo que aprendía no hacía más que aumentar su enfado. Nunca gritaba ni alzaba la voz ni era de los que arman camorra en un estallido de cólera autodestructiva. Su furia fue creciendo hasta alcanzar niveles insostenibles que su cuerpo tenso y

larguirucho y su cabeza de forma triangular sólo podían contener a duras penas. Aquélla era la energía que alimentaba el latido constante y regular de la vena que tenía a un lado de la mandíbula. Cuando los guardas forestales o la policía venían a sacarle a la gente una parte del sueldo, Wilson se enfrentaba a ellos y les decía que eran peores que los blancos de Suráfrica. Y salía apaleado. Cuando los blancos llamaban a un negro «muchacho» como si fuera un criado, Wilson les respondía diciendo que eran unos cerdos colonialistas. Y por lo general perdía el empleo. Hablaba de matar a ciertas personas sin perder la compostura, algo que la gente hace a veces, pero nunca de una manera tan premeditada y reflexiva. Sus amigos le tenían miedo y un respeto reverencial, pero sobre todo estaban preocupados por él.

Tal vez lo que defina mejor la extraña personalidad de Wilson, la singular trayectoria vital de aquel joven de veinte años, era una actividad que mantenía en secreto: por la noche, cuando se quedaba a solas, Wilson escribía relatos cortos y poesía en inglés, en swahili y en la lengua de su tribu, los kipsigi. Sus escritos poseían el estilo de las novelas baratas de espionaje que gozaban de tanta popularidad entre la *intelligentsia* keniana; historias de traición y represión política que trataban de la derrota de los buenos. Ninguno de sus amigos sabía que las escribía y, por supuesto, nunca había hablado de ellas a su mujer, una masai analfabeta, enemiga tradicional de la tribu de Wilson. Éste la había dejado embarazada y se había negado a hacer lo que se esperaba de él, es decir, pagarle a su padre una suma simbólica de dinero. Sin embargo, lo que sí había hecho fue casarse con ella sin titubear y a partir de aquel momento le había prestado menos atención que a una cebra.

La persona que recibía la mayor parte de las iras y reproches de Wilson y las amenazas de muerte acompañadas de latidos de su vena maxilar era su padre, que, siguiendo una antigua tradición, respondía al nombre de Kipkoi wa Kimutai —hijo de Kimutai—, y al que todos llamaban Kipkoi. Llevaba las orejas según marcaba la vieja costumbre tribal: agujereadas y con los lóbulos alargados hasta los hombros. Tenía el rostro demacrado y un aspecto horrible, iba muy mal vestido y le importaba un rábano lo que pensara la gente. A diferencia de Wilson, que se limitaba a hablar del tema llevado por la cólera, él sí había matado a un montón de gente. Trabajaba para el Departamento de Fauna Salvaje y estaba al frente de la unidad de lucha contra la caza furtiva que patrullaba aquella región de Kenia. Cuando era joven, mucho antes de la

independencia, había aprendido el oficio de «mozo» para actuar como asistente de un bwana inglés, uno de los grandes cazadores blancos, al que acompañaba en sus safaris comerciales o cuando los elefantes destruían las cosechas y había que matarlos a tiros, y cuando los viejos leones hambrientos y casi desdentados estaban lo bastante desesperados como para liquidar a los habitantes de los poblados. Él se encargaba de engrasar los rifles, de procurar que no se mojaran cuando vadeaban un río, de quedarse junto al bwana sin mover un solo músculo cuando un búfalo venía directo hacia ellos y de entregarle el arma adecuada en el momento adecuado. Aprendió a acechar y a seguir la pista; era capaz de recordar un sendero en plena selva años después de haber estado en él y su olfato le permitía determinar el momento en que un rinoceronte había rozado un árbol por última vez. Y, aunque a escondidas, había aprendido a disparar a la perfección; un mozo nunca disparaba y, por lo tanto, no había necesidad de enseñarle a hacerlo.

En 1963, más o menos por la época en que el país alcanzó la independencia, la caza empezó a escasear: se había producido una explosión demográfica y cada vez se quemaban más hectáreas de selva y sabana para dedicarlas a la agricultura. Y, de improviso, los blancos ricos dejaron de ir de caza y se dedicaron a observar a los animales y a hacerles fotos. En el preciso momento en que los africanos recuperaban el control de su propio país, les obligaban a dejar de cazar a los animales y a cuidar de ellos. Y Kipkoi se adaptó a la nueva tendencia, a aquella extraña idea de vigilar y proteger a los animales, de crear y mantener reservas naturales. Los antiguos bwanas blancos desempeñaron el papel de guardabosques durante un tiempo; luego, a medida que desaparecían las últimas cacerías, dejó de ser políticamente correcto tener blancos al mando de los parques africanos y entraron en escena los primeros guardas forestales de raza negra. Por lógica, Kipkoi debía haber estado entre ellos. Tenía la edad perfecta y había trabajado en el Servicio de Fauna Salvaje desde el principio. Lo suyo no era organizar recuentos de animales ni asegurarse de que los guardas forestales que había a la entrada de los parques no se embolsaran buena parte del dinero de las entradas o que los lugares de acampada dispusieran de vertederos de basura adecuados. Y como aún quería cazar, se dedicó a cazar seres humanos. Prosperó en la sección del departamento dedicado a la lucha contra la caza furtiva, prestando servicio en cualquier frontera que la gente se atreviera a cruzar a escondidas para

ametrallar a un rinoceronte o a un elefante y escabullirse con la trompa o el colmillo del animal. Cuando patrullaba cerca de la frontera de Somalia, llenaba su unidad de kenianos bantúes del sur, agresivos y casi delincuentes que sólo aspiraban a matar somalíes, los tradicionales ladrones del desierto procedentes del norte. Cuando lo destinaron a la frontera del sur de Tanzania, formó una patrulla integrada únicamente por fríos y silenciosos kenianos somalíes, que se morían por tender una emboscada a los blandos y redondeados cazadores furtivos bantúes. Era un hombre colérico, que se pasaba la vida gritando a sus hombres, a los que molía a golpes si desobedecían sus órdenes, y, además de eso, era insultante, vocinglero y sumamente eficiente. A pesar de haber superado con creces la edad de jubilación y estar a punto de cumplir los sesenta, Kipkoi dirigía todas las escaramuzas, todas las trampas, todos los tiroteos contra los cazadores furtivos. A medida que pasaba el tiempo y como consecuencia del aumento del hambre al sur de la frontera y del consumo de carne de cebras por parte de los combatientes, se multiplicaron sus refriegas con las tropas tanzanas. Kipkoi se negaba a retirarse. Le gustaba cazar y tenía miedo de volver a su casa a sentarse, envejecer y morir. Y lo más extraño de todo era que deseaba algo que no deseaba ningún otro africano, algo totalmente inexplicable y ajeno a la existencia tradicional, basada en la lucha contra un mundo complicado y exigente. Él también se había tragado aquella tontería de que los blancos habían traído la independencia al continente: Kipkoi había llegado a amar a los animales y realmente deseaba protegerlos.

Kipkoi tenía catorce hijos; por lo general, cada vez que se marchaba de casa después de un permiso, dejaba embarazada a una de sus tres esposas. De aquellos catorce retoños, apenas reconocía a trece, que, a su vez, tenían que hacer un gran esfuerzo para reconocerle a él. Pero a Wilson, el primogénito, lo había criado él. Wilson había crecido en los campamentos de su padre situados en el desierto del norte, en la selva del oeste, cuyos habitantes ugandeses cruzaban la frontera a hurtadillas para cazar antílopes jeroglíficos en los puestos aislados y en permanente estado de sitio diseminados a lo largo de la frontera tanzana. Siendo un niño, oía los tiroteos por la noche y veía cómo los hombres, entre ellos su padre, volvían heridos. O, a veces, ni siquiera volvían. Creció tenso y vigilante, entre el miedo y la soledad, entre la madurez que proporciona una existencia en plena naturaleza y la locura que

resulta de esa misma existencia. La vida parecía una emboscada y, la mitad del tiempo, el que tendía esa emboscada a Wilson era el propio Kipkoi, que obligó a su hijo a quedarse a su lado y le enseñó todo lo que sabía sobre la naturaleza (pero no a manejar un arma). La presencia del muchacho desconcertaba a los asesinos de las unidades de Kipkoi, pero lo dejaban en paz. Más tarde, cuando tuvo edad suficiente para empezar a trabajar en los campamentos turísticos y Kipkoi y su unidad fueron trasladados a la zona del país donde estaban emplazados dichos campamentos, ningún guarda local se atrevió a presentarse el día de paga y quitarle una parte del salario. Kipkoi y sus hombres eran demasiado conocidos y demasiado temidos. Lo que nadie sabía, lo que Wilson no se atrevía a decirle a nadie por vergüenza, era que el que aparecía y golpeaba a Wilson para quedarse con la mayor parte de su paga era el propio Kipkoi.

El hecho de apropiarse de la paga era un simple formulismo. Kipkoi golpeaba a Wilson desde que era un niño. Cuando estaba furioso, primero le pegaba y luego le soltaba un sermón. Le decía que los blancos se habían apoderado del país, habían degradado al pueblo y habían matado a los animales. Que los blancos habían enemistado a las tribus para que los africanos se enzarzaran en continuas luchas. Que los blancos mantenían al país en la pobreza para que los soldados tuvieran que matar animales en estado de gestación para poder comer. Que Wilson debía endurecerse, debía ser listo, malvado y violento para que nadie le mangoneara y él pudiese enorgullecerse de su primogénito. Y luego seguía pegándole.

Frente a todas aquellas contradicciones y humillaciones, frente a los ataques de furia ciclónica y la presencia amenazadora de Kipkoi, Wilson respondía de la única forma que podía hacerlo alguien más pequeño y peor armado en todos los sentidos. Se convirtió en la antítesis de la cólera, y su rabia, en una furia gélida. Era callado, tenso, vigilante. Desarrolló unos rasgos de carácter muy poco comunes en los hombres que vivían en plena naturaleza: mordacidad, ironía, cinismo, amargura. Contra Kipkoi utilizaba la mejor arma que había elaborado mentalmente: un desprecio franco y directo. Desprecio hacia las costumbres rústicas de Kipkoi, hacia su educación y sus valores. Wilson empezó a leer vorazmente, con la intención de dejar en ridículo a Kipkoi, que era casi analfabeto. Aprendió a conocer el mundo y la historia para mostrar lo pequeños que eran Kipkoi y sus hombres. Desarrolló unas

opiniones políticas de gran firmeza que pusieron de relieve las tendencias represivas de aquellos que vestían de uniforme y llevaban armas, hombres que sólo habían sido entrenados para dar caza a otros hombres. Empezó a pensar en Kipkoi, y finalmente a hablar de él, en viejos términos peyorativos de regusto colonial: mi padre, el mono de la selva; mi padre, el negro de la sabana.

Fue más o menos por aquella época cuando Wilson se fue a trabajar con Palmer. Acababan de despedirlo de otro empleo en un hotel para turistas y había regresado al campamento de Kipkoi. Su lado de la tienda estaba abarrotado de libros y papeles extraños. Un día, Palmer entró en el campamento para llevar a cabo una inspección periódica haciendo un ruido infernal con su viejo Land Rover.

—¿¡Dónde está Kipkoi!? —gritó a los asombrados somalíes—. ¿Dónde está? ¿Durmiendo la mona por ahí? Me voy a comer a Kipkoi, voy a asar a fuego lento a ese macaco y a darme un banquete con él. ¿Dónde coño está Kipkoi?

Al final Kipkoi salió de su tienda.

—Hola, hombre blanco. He estado limpiando el arma para pegarte un tiro, cabrón colonialista.

Palmer sonrió al oír aquello.

—Ahórrate las balas y lo que hayas estado tramando para los tanzanos, pistolero de la selva. Vas a necesitar toda la ayuda que puedas conseguir.

Y mientras los somalíes contenían la respiración, ambos entraron en la tienda de Kipkoi para hablar.

Aunque Palmer era uno de los pocos blancos que no ocupaba ningún cargo oficial en Kenia, lo cierto es que gozaba de un poder ilimitado. En aquel extraño submundo económico formado por gobiernos africanos pobres repletos de animales y blancos ricos preocupados por dichos animales, Palmer sufragaba buena parte de los salarios, uniformes, gasolina y balas que recibían Kipkoi y sus hombres. Criado en Kenia, aquel británico era propietario de una enorme granja dedicada al cultivo del trigo situada junto a las praderas del sur. Sin embargo, ni los beneficios que obtenía de las cosechas ni los actos de caridad daban a Palmer derecho a inspeccionar la unidad de Kipkoi. Mucho tiempo atrás, Palmer había sido uno de los últimos guardas forestales británicos, un hombre implacable en su oficio conocido por su afición a las

operaciones contra la caza furtiva. Cuando tuvo que dejar el puesto, se lo tomó bien y aceptó la jubilación como lo que era: una necesidad política, e instó a que la lucha contra los cazadores furtivos pasara a manos de un departamento independiente dirigido por Kipkoi, su sustituto. Palmer conocía bien a Kipkoi y sus habilidades porque antes de convertirse en guarda forestal en los años anteriores a la independencia, él había formado parte del grupo de cazadores blancos. Y Kipkoi había sido su mozo desde que ambos tenían poco más de veinte años.

Una vez en el interior de la tienda, Kipkoi y Palmer dejaron de meterse el uno con el otro, como solían hacer deliberadamente siempre que había gente delante, y se pusieron a hablar de la situación en que se encontraba la unidad. De los hombres que, en opinión de Kipkoi, estaban confabulados con los cazadores furtivos. Del lugar donde era más probable que los tanzanos diesen el siguiente golpe. De lo que se podía hacer con el poderoso diputado que dirigía la mayor parte del contrabando de marfil que se llevaba a cabo en el norte. Y de un tema que cada vez surgía con mayor frecuencia en la conversación: qué hacer con el dinero. Según el acuerdo al que Palmer había llegado con el gobierno, el ministerio y él debían financiar la unidad a medias. Pero a medida que pasaban los meses y empeoraba la crisis económica, la aportación gubernamental disminuía y los hombres tenían cada vez más hambre. Cuando Kipkoi exigía más dinero para su unidad, Palmer respondía con protestas y amenazas. Maldecía a la gente del gobierno, insistía en que los hombres de Kipkoi se estaban apropiando de los fondos y que el propio Kipkoi era un estafador. Pero era puro teatro. Porque, al final, Kipkoi recurría a un tópico que conocían tanto Palmer como él y que ambos utilizaban a menudo. Kipkoi decía: «Un hombre hambriento comete errores», y Palmer traía más dinero, incluso más del que podía gastar.

En resumen, así transcurrían más o menos todas sus conversaciones, que Wilson escuchaba sentado mientras fingía leer. Ellos no le prestaban la menor atención. Después, ante los hombres, Kipkoi y Palmer se insultaban y hacían como si estuvieran peleándose de nuevo. Aquel día, cuando Palmer se disponía a marcharse, Kipkoi le formuló la pregunta que había estado preparando durante toda la visita.

—Palmer, destripaterrones, ¿por qué no le das trabajo a mi hijo? Es un

inútil de mierda que ni siquiera sabe conservar un empleo en un campamento para turistas, pero creo que hasta él podría trabajar en una granja.

—Claro, Kipkoi. Si se parece en algo a ti, lo más seguro es que tenga que enviártelo de vuelta en menos de un mes.

—Vigila la caja donde guardas el dinero. Te lo robará a la menor oportunidad.

Así pues, Wilson comenzó a trabajar para Palmer, que le enseñó una amplia gama de oficios. Aprendió a reparar la maquinaria y a llevar la contabilidad. Supervisaba a los trabajadores, negociaba con los masai de la zona para que limitaran el número de robos y actuaba como enlace entre Palmer y la unidad de Kipkoi. Sobresalía en todas aquellas actividades, pero nunca llegó a hacer ninguna de las cosas que nadie sabía que tanto le entusiasmaban. Palmer nunca le enseñó a tirar. Para empezar, Palmer, el otrora gran cazador blanco, guarda forestal y comando antifurtivos, era una anomalía que había acabado dedicándose a algo tan despreciable como la agricultura. Pero la cosa no acababa ahí: también era uno de los escasos agricultores que no mataba a los animales salvajes que se comían sus sembrados. Instalaba kilómetros y kilómetros de vallas electrificadas que no servían para nada, contrataba a batidores de caza profesionales e incluso realizaba experimentos de condicionamiento aversivo con los cultivos para que los animales no se los comieran. Pero nunca los mataba. Por extraño que pareciese, a Palmer le había ocurrido lo mismo que a Kipkoi y había llegado a amar de verdad a los animales —razón por la cual había creado la unidad de lucha contra la caza furtiva—, e incluso quería a los que se comían sus cultivos.

Sin embargo, aparte de estar decepcionado por no haber aprendido a manejar un arma, a Wilson le gustaba el trabajo y la vida que llevaba en la granja. Palmer no tardó en tratarlo como trataba a su padre años antes: le enseñaba, le reprendía, le ridiculizaba y le ascendía. Wilson, que ya estaba acostumbrado a los cambios de humor de su propio padre, se adaptó sin ningún problema a su papel: furia contra Palmer, rechazo a sus costumbres colonialistas, unidos a un trabajo leal, constante y de excepcional calidad. Cuando estaban juntos discutían sin cesar. Sin acalorarse, Wilson acusaba a Palmer y a toda su ralea de arruinar las tierras de Kenia con la introducción de los cultivos industriales, de propiciar las guerras entre indios y paquistaníes al explotar las diferencias religiosas durante el Raj, la época de dominio

británico en la India, de la represión de Irlanda del Norte, de todos los agravios que habían ayudado a gestar su anglofobia. Palmer despotricaba contra las ideas políticas y económicas de Wilson y le advertía de forma categórica que lo que decía eran paparruchas bolcheviques y que sería mejor que no tratara de organizar a los trabajadores de la finca. Ascendió a Wilson, le dio más responsabilidad y le dejó más libros de tendencias políticas diferentes de las suyas para que los leyera. Y Wilson empezó a adoptar algunos de los modales bruscos y autoritarios de Palmer mientras les decía a sus amigos que pensaba matar a aquel viejo explotador inglés.

El problema empezó cuando el estado restringió aún más su aportación a la unidad de Kipkoi. Al final, ni siquiera la velada amenaza que Kipkoi le había hecho a Palmer sobre el hombre hambriento que comete errores sirvió para conseguir más dinero, ya que Palmer no podía dar más de lo que ya daba. Pasaban los meses y los pagos estatales llegaban tarde y a veces ni siquiera llegaban. No había suficientes balas ni suficiente gasolina para poner en marcha los vehículos. No había bastante comida. Empezaron a tener tanta hambre y a pensar lo mismo que los miembros de las unidades tanzanas del otro lado de la frontera, que no recibían retribución económica alguna. Los somalíes eran gente de pocos escrúpulos, pero temían a Kipkoi y, aunque a regañadientes, incluso le tenían respeto, conocían sus opiniones y le hacían el honor de enfrentarse a él. Tenían hambre. Podían empezar a extorsionar a la gente de la zona para obtener dinero. No les importaba lo más mínimo. Eran de la tribu de Kipkoi, no de la suya. O podían dispararle a algo que tuviera carne. «Tenemos hambre, Kipkoi, eso de que no hay dinero es una tontería. O nos traes comida o la conseguiremos por nuestra cuenta».

Kipkoi, que estaba tan hambriento como ellos y llevaba meses esperando a que estallara el conflicto, sabía muy bien lo que habían decidido. Empezarían a pegar tiros a los animales para obtener carne. Machos adultos, cebras, jirafas o ñúes, algo que tuviera carne, algo que no estuviera en peligro de extinción. Algo que no hiciera ruido. Y él, Kipkoi, sería el encargado de disparar. Sus hombres tenían que comer.

Aquella noche apenas pudo pegar ojo y durmió de forma intermitente, del mismo modo en que lo había hecho la noche anterior a la primera cacería con el bwana hacía ya cuarenta años. Kipkoi utilizaba un viejo 458, un enorme

rifle para matar elefantes, en vez de las armas automáticas que usaban en los enfrentamientos con los cazadores furtivos. Entonces hizo lo que no había hecho nunca: con el primer disparo se echó a temblar. Y no le dio a la jirafa. Uno de los somalíes más jóvenes se rió por lo bajo y continuó haciéndolo incluso después de que Kipkoi hubiera derribado a otro ejemplar que se encontraba a gran distancia y se alejaba a toda velocidad. Aquella noche, los hombres, satisfechos con la carne y con la promesa de Kipkoi de que cazarían un animal por semana, empezaron a burlarse de él a su espalda: «Por fin está aflojando el viejo, ¿le habéis visto temblar?».

Una semana después, cuando Wilson fue a darle dinero e instrucciones a Kipkoi de parte de Palmer, su padre había salido de patrulla. Y, aunque nunca se había sentido demasiado a gusto en compañía de los hombres, Wilson se quedó holgazaneando con ellos. A pesar de que seguían considerándolo un bicho raro, un muchacho frío y antipático, reconocían que cada vez ocupaba una posición más importante en la finca de Palmer y estaban al tanto del poder que Palmer tenía sobre ellos. Se les ocurrió que podían tratar de ganarse el favor de Wilson o al menor intentar llevarse mejor con él. El guarda más joven, el que se había burlado de Kipkoi y percibía con absoluta claridad la furia que Wilson sentía hacia él, le explicó que su padre se había echado a temblar al dispararle a una jirafa a una distancia de cien metros. «Wilson, tu viejo ya no es lo que era».

Wilson no respondió al guarda y se marchó poco después, sin esperar a su padre. Aquella noche estuvo más callado que de costumbre y Palmer ni siquiera consiguió que discutiera con él sobre la reciente clausura de la universidad y la carga de las fuerzas policiales sobre los estudiantes. En vez de ello, Wilson sorprendió a Palmer con una insólita petición: quería unos días de descanso. Deseaba pasar un tiempo con su mujer. Dada la indiferencia que mostraba hacia ella, a Palmer le pareció extraño, pero, como casi nunca se tomaba días libres, no puso ninguna pega.

Wilson se marchó a la mañana siguiente. Pero, en vez de dirigirse a la pequeña parcela del poblado situado en la frontera de los territorios masai y kipsigi donde su mujer vivía relegada al olvido, se fue a Nairobi. En las calles de la ciudad, donde era posible obtener cualquier cosa legal o ilegal, Wilson pagó por un servicio del que se avergonzaba. Aunque podía haber conseguido lo mismo en el pueblo cercano a la granja de Palmer, se había ido lejos por

temor a ser reconocido. Fue a ver a un escritor, uno de aquellos hombres cultos que se sentaban en su caseta a escribir cartas y a leer documentos importantes a los analfabetos. Naturalmente, Wilson no era ningún analfabeto, y le daba vergüenza que pudieran tomarle por un muchacho rústico y zafio. Pero le hacía falta una carta que estuviera escrita con una letra distinta a la suya. Dictó con sumo cuidado la misiva a aquel antiguo estudiante que tenía unos cuantos años más que él y describió con todo detalle las actividades furtivas de un tal Kipkoi wa Kimutai, los lugares y fechas y los guardas forestales que podían corroborar los hechos, y después se la envió a Palmer sin firmarla desde la oficina central de correos de Nairobi. Y Palmer decidió ir a por Kipkoi, a pesar de que sabía y tenía pruebas de que la mitad de los guardas forestales del país, al igual que los ministros del gobierno, se dedicaban a robar a escondidas, a pesar de aceptarlo como parte de la corrupción del sistema y a pesar de no tener el menor interés en hacer nada por remediarlo.

No tardó mucho en conseguirlo. Los guardas jóvenes, que temían por su pellejo, estuvieron encantados de cooperar, incluso en una situación tan poco ortodoxa como el hecho de ser interrogados por un hombre blanco desvinculado del gobierno, mientras las armas descansaban a sus pies, sin que nadie les prestara atención. No se sabe si Palmer comprendía que Kipkoi tuviera que cazar para dar de comer a aquellos hombres hambrientos, ya que ni siquiera se molestó en investigar aquella parte de la historia. En vez de ello, fue a ver a Kipkoi a su propia tienda y se enfrentó con él.

En una de las paredes de la tienda de Kipkoi había una fotografía que este último llevaba con él a todas partes. Una foto famosa que estaba colgada en el Museo Nacional y que conocían todos los escolares, una de las pocas imágenes que forma parte de la hagiografía de la historia de Kenia, de su frágil y reciente sentido de la identidad nacional. Era una foto del fallecido general Lenin.

A finales de los años cuarenta y principio de los cincuenta del siglo pasado, los campesinos kikuyu se rebelaron contra el dominio de los británicos cuando éstos confiscaron las tierras que siempre les habían pertenecido y les privaron del derecho al voto, además de otorgarles el tratamiento de ciudadanos de segunda clase en la tierra de sus antepasados. Y,

entre las razones de tipo coyuntural que habían dado lugar a la revuelta, figuraban los reiterados intentos de los británicos de prohibir algunos de los elementos más negativos de las costumbres de los kikuyu, como el infanticidio y la circuncisión femenina. Los kikuyu se alzaron en armas y su sublevación pasó a ser conocida en todo el mundo como la rebelión de los Mau-mau. Los jóvenes ocuparon los bosques y se dedicaron a luchar, robar, saquear y sabotear. Puede decirse que, de haber existido alguna ideología dominante en aquel estallido de furia tribal, habría tenido una tendencia ligeramente izquierdista, como así lo demostraban los nombres de guerra que adoptaron muchos de los guerreros Mau-mau. El general Lenin fue el nombre elegido por un joven que resultó ser un líder carismático y un combatiente medianamente aceptable. El muchacho, que comandaba un nutrido grupo de guerreros que deambulaba por la espesura de los montes Aberdare, situados en territorio kikuyu, era uno de los elementos más buscados por el ejército británico en su intento por sofocar la revuelta.

El día 23 de septiembre de 1954, el general Lenin cayó en una emboscada en las laderas inferiores de los Aberdares, mientras estaba tratando de dispararle a un antílope con un arco y una flecha. Lo mataron de un tiro en el pecho. En la famosa fotografía aparece unos minutos después de morir, barbudo y con los famosos rizos de los Mau-mau y la tradicional indumentaria confeccionada a base de pieles de animales. Está de costado y se le ve la herida del pecho. Junto al general Lenin, con el pie apoyado en su tórax, se encuentra el soldado británico que le había seguido la pista y lo había matado. Se trata de un hombre joven de barba protuberante y rostro curtido por la vida a la intemperie. Sin embargo, a pesar de su aspecto, no parece disgustado. Ha adoptado la típica pose del cazador ante el león caído, y en su cara, inteligente e irónica, se ve que es plenamente consciente de lo que está diciendo, un mensaje cínico y tranquilizador destinado al público británico que reza: «Una presa más, un día de trabajo más». Pero, para el público keniano, que vuelve a ver la foto cada vez que se reimprime en los periódicos en el Día de la Independencia, sólo existe un significado posible: «Mirad cómo nos trataban, esto es lo que pensaban de nosotros». Por supuesto, el soldado de la foto era Palmer.

Aunque se trataba de una hazaña de la que el joven capitán Palmer se sentía orgulloso, hay que decir en su descargo que el orgullo no le duró mucho.

Palmer envejeció con aquella vergüenza a sus espaldas, se afeitó la barba y fue perdiendo su antigua chulería hasta que no quedó ni rastro de la persona que había sido hasta entonces. En los antiguos territorios del imperio y en los dominios británicos de África Oriental, había muchos individuos que decían ser Palmer después de haber tomado unas copas, pero el verdadero Palmer no pasaba tanto tiempo en compañía de otros británicos y nunca bebía con ellos. Estaba encantado de que otros se llevaran los laureles y prefirió desaparecer en el país recién creado. A Arden, el soldado británico que asistía a Palmer y era mucho más lento como tirador que él, lo licenciaron y lo enviaron a algún lugar del Reino Unido, donde se convirtió en un borracho ignorado por todos. El ayudante de Arden había muerto en un accidente de carretera poco después de la independencia. Y el de Palmer era Kipkoi.

En la fotografía del entusiasta capitán Palmer y el fallecido general Lenin hay una sombra a la izquierda de la imagen. Como es lógico, a Kipkoi no le dejaron compartir el momento de gloria de su bwana, pero se quedó justo al margen del encuadre. Palmer no tuvo reparos en admitir que la estrategia que había permitido capturar al general Lenin había sido idea suya. «Un hombre hambriento comete errores», había dicho Kipkoi y habían enviado a unos cuantos hombres para encontrar y destruir los cepos que los kikuyu solían utilizar en la selva para privar de carne a los guerreros Mau-mau. Aunque había sido muy aburrido localizar aquellas trampas diseñadas para pasar desapercibidas, la tarea despertó tanto en Kipkoi como en Palmer el deseo de idear estrategias adecuadas para luchar contra los cazadores furtivos. Habían destruido tantos cepos y tenían bajo control un número tan elevado de granjas de las zonas bajas capacitadas para proporcionar maíz de forma clandestina a los combatientes, que los Mau-mau empezaron a pasar hambre y, en vez de luchar con los británicos, se dedicaron a ir tras los antílopes con arcos y flechas.

En una fría tarde de septiembre en que, debido a la temprana llegada de la estación de las lluvias, los senderos que discurrían a través de la selva habían quedado en un estado casi impracticable, Kipkoi había abierto la marcha y había seguido el rastro del general Lenin aprovechando las huellas impresas en el barro. El grupo había seguido una estrategia poco convencional: habían subido hasta los páramos cercanos y luego habían ido descendiendo hasta que Kipkoi había dado con las huellas. Tal como había previsto, a pesar de la

proximidad de los británicos, Lenin se dirigía hacia abajo para aprovisionarse de carne en las laderas inferiores, donde abundaba la caza. Kipkoi encabezaba el grupo, Palmer iba tras él y los otros dos cubrían la retaguardia. Estaban tensos debido al nerviosismo y a la cautela, aunque no más que en cualquier otra cacería. Kipkoi lo vio primero y Palmer disparó una sola vez, la única que fue necesaria. Kipkoi sintió el mismo orgullo que Palmer y agradeció la paga extra por haber patrullado la zona en busca de los Mau-mau. Y, como debido a su condición de kipsigi, las quejas de los kikuyu le resultaban incomprensibles, se alegró de poder perjudicar a otra tribu.

La primera vez que Palmer entró en la tienda que Kipkoi tenía en uno de los campamentos de búsqueda de furtivos y vio la fotografía colgada en la pared, le preguntó un tanto irritado qué hacía aquello allí.

—Llegará el día en que me pagarán una gran cantidad de dinero por decir dónde está ese capitán y entonces tendré un coche como el tuyo —contestó Kipkoi con sarcasmo, sorprendido y dolido por el mero hecho de que a Palmer se le hubiera ocurrido hacerle aquella pregunta.

El motivo de aquella conmemoración le parecía evidente. Porque, aunque llevaban muchos años juntos, fue aquella mañana cuando los sentimientos de respeto, rabia, gratitud, miedo y deseo de emulación confluyeron para dar lugar a algo parecido al amor.

Nadie sabe lo que sucedió en la tienda cuando Palmer se enfrentó con Kipkoi a causa de la caza furtiva. Puede que Kipkoi le amenazara con la fotografía o puede que se hubiera muerto de vergüenza antes de hacer algo así. Quizá le dio explicaciones y Palmer se ablandó o tal vez éste castigó a Kipkoi exactamente de la manera que quería. Kipkoi no fue acusado de nada, pero pidió la jubilación, regresó a su casa, con las dos esposas que todavía le quedaban y los nueve hijos que aún vivían. Palmer volvió a su trabajo de granjero y no tardó en comunicar al gobierno que ya no podría seguir aportando aquella cantidad desproporcionada para el mantenimiento de la unidad antifurtivos, que se disolvió poco tiempo después. Y fue durante aquel tiempo cuando Wilson acabó por dar rienda suelta a todo el resentimiento que sentía hacia Palmer. Estaba furioso contra Palmer por haber atacado a su padre y por haber dejado el trabajo a medias. Wilson se volvió más retraído, más irregular en el trabajo y al final terminó convirtiéndose en un peligro. Por

primera vez en su vida, empezó a beber y a fumar hachís. Se peleaba con los demás trabajadores y un día incluso agredió a Palmer. Éste le dio una última oportunidad y Wilson desapareció al cabo de poco llevándose la caja fuerte de la granja (aunque dejó el dinero a propósito para que todo el mundo lo viera). Actualmente vive en los barrios de chabolas de Nairobi junto a otros jóvenes que han acudido en masa a la ciudad desde las zonas agrestes del país en busca de empleos inexistentes. Bebiendo, robando de vez en cuando y peinándose el cabello con rizos de rastafari.

## **En el chiringuito**

Los Mau-mau fueron derrotados. Habría que conceder la independencia a África Oriental; incluso los estadistas británicos opinaban que había llegado la hora de hacer cambios. Pero, por descontado, no pensaban dejar la colonia en manos de un montón de guerreros salvajes con tirabuzones de rastafari y pieles de mono que respondían a nombres como el de general China. El movimiento Mau-mau fue aplastado con considerable eficacia, y en cuanto los británicos dejaron claro que eran ellos los que mandaban y que podían quedarse en la colonia todo el tiempo que les viniera en gana, decidieron entregársela a los kenianos. Pero sólo a los que habían preparado y adiestrado con sumo cuidado: a los que habían recibido educación británica, anglófilos en potencia que unas décadas más tarde seguirían obligando a sus jueces a llevar pelucas empolvadas.

Sin embargo, el nuevo gobierno tenía un problema: no sabía qué hacer con los antiguos guerreros Mau-mau. Durante mi primer año en África, mientras reconstruía la historia de Wilson, Kipkoi y Palmer, también me enteré de la inesperada suerte que habían corrido los combatientes. Con vistas a la creación de una mitología nacional, era conveniente fingir que los Mau-mau habían ganado y que la independencia era consecuencia directa de la rebelión. Era conveniente decir que Jomo Kenyatta había sido el cabecilla de los Mau-mau. A principio de los años cincuenta, los británicos habían acusado a Kenyatta, un consumado urbanita y escritor que había viajado por todo el mundo, de ser el cerebro del movimiento Mau-mau para poder enviarlo a prisión. La mayor parte de las pruebas existentes parecen indicar que se trataba de una trampa urdida con la intención de incriminarlo, pero al nuevo

país le convenía decir que era verdad. Los Mau-mau encabezaron la rebelión, ganaron la guerra y, en la actualidad, su líder ocupa el despacho presidencial.<sup>7</sup>

Naturalmente, el problema radicaba en que nadie sabía qué hacer con los verdaderos luchadores del movimiento Mau-mau. A algunos los exhibieron en ceremonias públicas: hombres aturcidos con rizos enmarañados de estilo rastafari y pieles de animales, que poco tiempo después acabarían en el Museo de la Independencia; hombres que tenían aspecto de sentir una profunda desconfianza hacia aquellos kikuyu del nuevo gobierno que llevaban corbata y trajes oscuros de raya diplomática y aparecían montados en coches oficiales de la marca Mercedes. Pero ¿y después?, ¿qué se podía hacer con ellos? Los tipos de los trajes de rayas tenían más que los británicos a aquellos guerrilleros furibundos y analfabetos que habían adoptado nombres como el de comandante Moscú. No querían saber nada de ellos.

En un éxito que sorprendió incluso al nuevo gobierno, los guerreros entraron a formar parte de la mitología nacional y se dispersaron sin hacer ruido. A pesar de los recelos, unos cuantos acabaron convertidos en miembros del gobierno, y uno de ellos hasta acabó asumiendo el mando de las fuerzas especiales de seguridad de Kenyatta. Por una de esas casualidades de la vida, a muchos de ellos se les concedieron permisos para dirigir chiringuitos de venta de comida en la ciudad, un premio inesperado con el que se les quería recompensar por sus esfuerzos. Dichos establecimientos están repartidos por todo el extrarradio de Nairobi. Se trata de unas casuchas de madera espaciosas y aireadas con bancos y mesas de madera. Una caseta por propietario, enormes calderos colocados sobre fuegos que probablemente llevan años ardiendo sin parar. Humeante té de Kenia, tazones de maíz y judías (un plato típico kikuyu) y algún que otro estofado de cabra o pollo. Comida de buena calidad, rápida, barata y poco variada. Al parecer, se había decidido premiar a los guerreros con aquellos chiringuitos.

Me enteré de ello durante mi primera temporada en el país. Siempre que iba a Nairobi, acudía al mismo chiringuito. Cada día había alubias y maíz, estridente música de baile kikuyu a todo volumen, hombres sentados que comían y gritaban y gatos y gallinas a los pies de los comensales. El dueño era Kimani, un kikuyu de mediana edad que rezumaba una amabilidad paternal. Un rostro kikuyu ancho, redondo, demacrado, una cabeza y una cara cubiertas de parches de pelo blanco, un grueso sobretodo y una gorra de lana, un hombre

que gritaba detrás del mostrador mientras daba el cambio, servía el té y tomaba el pelo a los clientes habituales. Por suerte, yo me había convertido en uno de ellos y cada día me saludaba con un apretón de manos, una inclinación de cabeza y una taza de té. Practicaba el swahili con él, y, por lo visto, él pensaba que todo lo que hacía era divertido y digno de elogio.

Un día le pregunté si era verdad que muchos de los propietarios de los chiringuitos eran Mau-mau.

—Sí, claro —me dijo—, incluso yo lo soy.

—¿Tú, Kimani?, anda ya.

Él estalló en sonoras carcajadas, encantado de verme tan sorprendido.

—Sí, yo fui Mau-mau, huí al bosque para luchar después de que le quitaran la tierra a mi padre. Éramos implacables, llevábamos el pelo largo y no nos vestíamos como los europeos.

—¿Mataste a alguien, Kimani?

—Oh, sí, a mucha gente.

—¿De verdad?

—Bueno, una vez nos enfrentamos a los británicos y le tiré una flecha a alguien, pero fallé.

Tenía un aspecto tan jovial, que su historia me pareció inverosímil. Pensé que, quizá, para los kikuyu de la edad de Kimani, el hecho de afirmar que habían sido Mau-mau no fuese más que una mentira amable e inocente. Pero en aquel momento dijo:

—Ayyy, libramos una batalla terrible con aquellos británicos y nos capturaron y me enviaron a una cárcel situada en pleno desierto en la que permanecí durante ocho años. Y mira —añadió levantando las manos—: aquellos británicos me sacaron las uñas.

Aquello le pareció muy divertido y la nostalgia se apoderó de él. Nunca me había fijado en sus dedos. En la punta de cada uno de ellos había algo parecido a una uña o al resto deformado de una uña, y sus dedos recordaban a un manojo de nabos.

—Pero Kimani, ¿no estás enfadado con los británicos, no los odias?

Aquello le pareció incluso más divertido:

—¡No, no, porque ganamos! —Se rió durante un rato, pero luego se quedó callado y se miró los dedos. Dijo—: Bueno, no simpatizaba con ellos cuando

me sacaron las uñas y no me gustaba la cárcel del desierto. No odio a los británicos, pero tampoco me caen bien. No son buena gente. —De repente, recuerda sus modales y se siente vulnerable, como se sienten los kenianos cuando son incapaces de distinguir la nacionalidad de los blancos de lengua inglesa—. Esto, no serás británico, ¿verdad? —me pregunta.

—No, americano.

—Entonces —replica, encantado—, no hace falta que te diga nada, los americanos también os habéis enfrentado a los británicos, ya sabéis de qué pie calzan.

Y aquel hombre elegante desprovisto de uñas me sirve más té.

## Las fuentes del Nilo

La transición del reinado de Salomón al de Urías era cosa del pasado. Josué estaba aprendiendo a cuidar del pequeño Abdías e incluso la loca y nerviosa Ruthie se estaba serenando un poco gracias a la presencia del primero. Habían pasado unas cuantas semanas desde que Benjamín tropezara con una colmena y parecía que Raquel y su familia tenían bajo control todo lo relacionado con el pobre y atribulado Job.

Mi primer año en Kenia estaba tocando a su fin y faltaba poco para que regresara al laboratorio. Para celebrar que todo había salido bien y estaba sano y salvo, tomé la decisión más impulsiva de toda mi vida y me marché a Uganda.

La verdad es que hacía tiempo que quería ir a Uganda para hacer realidad el sueño de sentarme en un cruce concreto que había visto en el mapa. Era una encrucijada perfecta: hacia el norte, la única carretera que se dirigía al desierto y proseguía hasta Sudán. Hacia el oeste, Zaire y el Congo. Al sur, Ruanda, Burundi y los gorilas de montaña. Era como si lo viera: una solitaria y polvorienta encrucijada en la que tal vez hubiese un letrero lacónico y oxidado que dijera: «Sahara, tuerza a la derecha; gorilas de montaña, a la izquierda; Congo, siga adelante». Soñaba con sentarme debajo de aquel letrero como si nunca hubiera hecho autostop, a la espera de poder subir al primer coche que pasara: llevaría un mosquitero por si acababa en el Congo, un delgado chal por si mi destino final era el desierto y un suéter para los gorilas

de montaña.

Sin embargo, en aquella ocasión fui a Uganda para asistir al derrocamiento de Idi Amín. Estoy seguro de que, a pesar de que han transcurrido varias décadas desde su destitución, ustedes aún recuerdan a Idi Amín. Aunque no era más salvaje ni más brutal que la mayoría de los dictadores asesinos, él consiguió aunar dichas cualidades con un comportamiento tan juvenil, una alegría de vivir tan grande, que la prensa lo encontraba irresistible. Hizo algunas cosillas vergonzosas como aterrorizar a su país, matar a su pueblo y saquear sus riquezas. Pero, a pesar de ser un chiflado, el hombre tenía su gracia. Como solía decir la prensa occidental, era un bufón. Se autonombró rey de Escocia y acostumbraba a amenizar la estancia de sus invitados vistiéndose con faldas de cuadros e interpretando música escocesa con un acordeón. Enviaba telegramas necios y extravagantes a otros líderes mundiales que recordaban a las cartas de amor que un rey de Uganda del siglo pasado solía escribirle a la reina Victoria para pedirle que fuera a verle y se convirtiera en su enésima esposa. Amenazaba a la comunidad de expatriados británicos residente en Kampala, pero su furia se aplacó cuando una serie de destacados empresarios británicos lo sacaron a pasear en una silla de manos. Qué payaso. Y, si creemos los datos contenidos en la documentación de carácter fidedigno relativa al periodo poscolonial que aún se conserva, incluso se convirtió en uno de los líderes que mató a sus adversarios y después se los comió. ¿Cómo iba Occidente a oponerse a él? Los occidentales, a los que se les ponía la carne de gallina cada vez que pensaban en las naciones independientes del Tercer Mundo, nunca habrían podido inventar una figura mejor que Amín, un tipo que se había declarado rey de Escocia y además era caníbal.

Amín destruyó el país mientras la mayoría de los líderes africanos hacían la vista gorda, algo que aún hoy sigue suscitando una gran amargura entre los ugandeses. La única persona que lo criticó de una forma sistemática fue el tanzano Julius Nyerere, un hombre digno y de elevados principios que probablemente se sintió afectado a un nivel visceral tanto por las payasadas de Amín como por aquel régimen de terror. Nyerere luchó incansablemente para que derrocaran a Amín con el apoyo de numerosos grupos rebeldes que surgieron de la miseria de Uganda. En un impresionante error de cálculo, en 1979, Amín afirmó que Nyerere no era más que una vieja gallina impotente y

se apoderó de un trozo de Tanzania. En África, aquello equivalía a una declaración de guerra y Tanzania contraatacó. Y, por extraño que parezca, dejó fuera de combate al ejército de Amín. Entonces Nyerere tuvo que enfrentarse a la difícil decisión de tener que acatar la preciada regla de la Organización para la Unidad Africana, que hacía referencia a la obligación de respetar la soberanía de otros líderes africanos (es decir, los colonialistas habían hecho lo que les había dado la gana con las fronteras del continente en respuesta a caprichosos intereses europeos, pero, en aquel momento, todo el mundo estaba de acuerdo en que lo más conveniente era no tocar aquellos límites sagrados), o seguir adelante y derrocar al asesino. Optó por lo último y, al cabo de una semana de combates relativamente encarnizados en los que las tropas tanzanas contaron con el apoyo infatigable de innumerables ugandeses, Amín y sus colaboradores fueron expulsados de la capital.

En Kampala todo el mundo parecía loco. Según la radio, la gente bailaba en las calles. Había un nuevo gobierno, ya no había razón para tener miedo y se estaba procediendo a desalojar las cárceles y las cámaras de tortura.

El ejército tanzano había ascendido por el margen occidental del lago Victoria para luego girar hacia Kampala. El norte del país continuaba en manos de los partidarios de Amín, al igual que la zona este situada junto a la frontera de Kenia. Los tanzanos se concentraron en el frente oriental y consiguieron abrir un estrecho corredor hasta la frontera keniana, oportunidad que aproveché para entrar en Uganda desde Kenia.

Al final de mi estancia junto a los babuinos, me habían entrado ganas de viajar. Contrariamente a mis tendencias habituales, sentía una especie de gusanillo periodístico, un deseo de contemplar la historia en acción y, por otra parte, me habían conmovido aquellos bailes en la calle y la liberación de aquel pueblo. Había coqueteado con el cuaquerismo mientras estaba en la universidad y pensaba que, desde el punto de vista intelectual, era importante que pusiera a prueba los ideales pacifistas sobre los que había estado reflexionando mientras observaba una guerra a todas luces justa.

Acabo de decir una tontería. Tenía veintiún años y lo que quería era vivir una aventura. Quería cagarme de miedo y ver cosas increíbles para poder contarlas después. Me había pasado todo el mes anterior echando de menos la compañía humana y pensé que me sentiría mejor si iba a ver una guerra. Me estaba comportando como un primate macho en la última etapa de su

adolescencia.

Así que volví a hacer autostop en camiones cisterna, que eran los únicos vehículos que podían pasar por la frontera desde Kenia. Logré llegar a Kampala, la capital del país, pasé allí unos días, hice autostop con el objeto de proseguir viaje hacia el oeste, en dirección a las montañas que limitan con Zaire, donde sentí que me había adentrado demasiado en un territorio temible y desconocido. Entonces di la vuelta y me puse de nuevo a hacer autostop hacia el este para regresar a Kenia. Cuando llevaba un día en el país y me encontraba en pleno corredor oriental, los soldados de Amín hicieron saltar por los aires un camión cisterna que nos llevaba una media hora de ventaja. Unos días después, en Kampala, donde aún había cadáveres diseminados por todas partes y bandadas de buitres que sobrevolaban la ciudad, nuestro barrio fue bombardeado y el conductor del camión y yo pasamos la noche acurrucados bajo el vehículo. Eso es todo lo que puedo explicar sobre la guerra y toda la acción que vi, y he de decir que tuve más que suficiente. Pero la guerra no era lo más importante. Por alguna extraña razón, aquellos momentos de terror total y absoluto y el alivio posterior al cese de los bombardeos producían en las personas un efecto purificador. Lo principal, lo que no podría mitigarse, era el destrozo causado por los diez años anteriores de Idi Amín.

Cuando llegué allí, la euforia y el pillaje habían acabado y la sensación de resentimiento había vuelto. Durante el día siguiente a la huida de Amín de Kampala, la muchedumbre había saqueado buena parte de las tiendas de la capital. El tono de la prensa internacional era ambiguo cuando hablaba de «un pueblo que volvía a comportarse como si estuviera enajenado e iba por ahí destruyendo sus propios bienes». Nada más lejos de la verdad. Amín, la represión y los saqueos eran los resultados lógicos de otro de los vestigios del colonialismo. A finales del siglo pasado, cuando los británicos sofocaron el levantamiento sudanés, decidieron seguir hacia el sur y, ya que estaban en ello, someter también Uganda y traer tropas nubias como refuerzo. Y los nubios —tribus como los acholi— se quedaron en el país: gentes del norte de religión musulmana en medio de un país de cristianos ugandeses del sur. Cuando los británicos concedieron la independencia a Uganda, dejaron el ejército en manos de los nubios. Amín había sido uno de los generales de la tribu del norte y cuando llegó al poder, se dedicó a confiscar sistemáticamente los

comercios de Kampala y a entregárselos a sus compañeros de tribu. De ahí la oleada de saqueos y venganza desenfrenada de que había sido objeto la gente del norte.

Sin embargo, la satisfacción duró poco y en aquel momento el ambiente ponzoñoso había vuelto. Era imposible olvidar tantos años de miedo. Cualquier persona culta, que tuviera algo que ver con la política, que fuera un líder religioso o que tuviera dinero, había pagado por ello de un modo u otro. Una noche estuve charlando con un hombre, un empresario bugandés que me habló de los vehículos que le habían ido quitando con el paso del tiempo, y fue enumerándolos como si fueran hijos perdidos.

—Primero me quitaron el UGH365. Era nuestro coche. Un buen vehículo. Luego se llevaron el UFK213, un camión. Luego le tocó el turno al UFW891, la camioneta. Me pasé muchos años viendo cómo aquel acholi se paseaba en ella por toda la ciudad. Era del ejército.

Un anciano, que ayudaba a dirigir los restos bombardeados del albergue de la YMCA en el que me hospedaba, me habló de todos los hijos que había perdido. A todos se los habían llevado a la fuerza. Sabía con toda seguridad que dos de ellos habían muerto y que uno había desaparecido en los canales de desagüe de las cámaras de tortura de Amín.

Los maestros habían sido uno de los colectivos que más habían sufrido. Uganda disfrutaba de un nivel educativo impresionante. Con motivo del aniversario de la reina Victoria, Churchill había iniciado la tradición, adoptada luego por todos los británicos, de considerar Uganda como la joya de todas sus posesiones africanas, lo que contribuyó a que la educación alcanzara un grado de desarrollo superior al de cualquier otra colonia de África. Cuando Amín dio el golpe de estado, su universidad no tenía parangón en todo el continente y sus escuelas públicas eran excelentes. Como era de esperar, los maestros fueron uno de los principales objetivos del régimen desde el principio. Un día, mientras daba un paseo por la ciudad fronteriza de Tororo, me abordó un hombre esbelto de mediana edad que llevaba puesta una camisa blanca. Parecía emocionado.

—Usted es extranjero, que Dios le bendiga por haber venido, eso quiere decir que somos libres, Cristo ha enviado a los hijos de Tanzania para salvarnos. Yo era maestro de escuela, la escuela ha desaparecido, la quemaron, estuve en la cárcel, me torturaron, mire, aquí fue donde me

golpearon.

Cada vez más fuera de sí, me obligó a sentarme a su lado y me contó su historia. Durante aquel día disparatado que pasé en Tororo, me abordaron cuatro maestros diferentes para contarme historias parecidas. A todos acababan de ponerlos en libertad y todos estaban destrozados.

Todos los periódicos que habían vuelto a publicarse coincidían en la necesidad de que «el país se rehabilitara psicológicamente». Cada gesto, cada encuentro, cada olor era erróneo, era tenso, era vigilante, era intempestivo. Un sentido de la inadecuación de carácter subliminal. Demasiada gente dispuesta a abordarte y explicarte su historia, a ti, a un desconocido. Demasiada gente dispuesta a echarse a reír y darle una patada a cualquiera de los cuerpos que había en las calles de Kampala. Demasiada gente que se apartaba de mí en las aceras a causa de un terror xenófobo.

Un día me adentré en el centro de Kampala, cerca del palacio del nuevo presidente (un profesor nombrado por un tribunal formado por tanzanos y rebeldes ugandeses. Sólo podría gobernar durante dos semanas antes de ser sustituido, un modelo que se repetiría espasmódicamente durante la década siguiente, sembrada de golpes y contragolpes, hasta que el recuerdo de Amín hubo adquirido un halo de nostalgia). Una multitud atareada, abstraída en sus cosas. Entonces sucedió algo imperceptible que puso en movimiento los engranajes del miedo insertos en todas las cabezas. Supuse que, casualmente, tres o cuatro personas se habían detenido al mismo tiempo y en el mismo lugar para tratar de recordar dónde habían puesto las llaves, decidir qué hacer a continuación o estornudar. Desde el punto de vista psicológico, la situación había alcanzado un punto crítico y mucha gente empezó a quedarse de pie, inmóvil. Todo el mundo se paró en seco. La reacción fue extendiéndose hasta que toda la gente que había en el centro de la ciudad se quedó quieta. Todos contemplábamos de hito en hito el palacio presidencial, todo el mundo respiraba de forma entrecortada, las familias se apiñaban formando corrillos. Todo el mundo pensaba: «Ay, Dios mío, ¿qué pasará ahora?». Permanecimos unos cinco minutos en silencio a la espera de que se produjese el siguiente incidente. Entonces apareció un grupo de soldados tanzanos que empezaron a gritarnos que circuláramos y siguiéramos nuestro camino.

En teoría, el momento que debería haber dejado más huella en mi ánimo desde el punto de vista emocional tuvo lugar en Kampala, donde me metí en un

buen lío. Cometí una gran estupidez que cualquiera que llevara un solo día en África habría tenido la inteligencia suficiente de evitar. Incluso me da vergüenza explicar lo que hice, pero, como consecuencia de ello, un par de soldados tanzanos llegaron a la conclusión de que había trabajado como mercenario en el ejército de Amín. Y, dado que había muchos blancos que se habían prestado a desempeñar aquel papel, la idea de los soldados no era ningún disparate. Se formó una muchedumbre de ugandeses encolerizados y deseosos de venganza, los soldados dudaron y me obligaron a tumbarme boca abajo sobre el pavimento mientras me apuntaban con un arma. No he vuelto a pasar tanto miedo en toda mi vida. El camionero keniano con el que viajaba me defendió como un jabato y los convenció de que me soltaran.

No podía prever que lo más impactante aún estaba por llegar. Al final había saboreado la dosis suficiente de miedo y desconcierto como para tener que salir a toda prisa de aquel lugar imposible. Volví a hacer autostop hacia el este para regresar a Kenia, al lugar que conocía y en el que me sentía seguro. A pesar de aquella especie de terror que me impulsaba a marcharme de allí, había algo que deseaba hacer a toda costa, desafiando incluso los dictados de la lógica. Tomé un desvío en la ciudad de Jinja para ver las fuentes del Nilo. En este punto, el lago Victoria se desborda para dar lugar al Nilo Blanco, el lugar con el que Burton había soñado, el sitio al que Speke había logrado llegar por su cuenta y riesgo sin que nadie lo supiera, y que había suscitado una de las controversias más encarnizadas de la ciencia victoriana.<sup>8</sup> Aquellos hombres habían sido los ídolos de mi infancia y mi adolescencia, había leído los diarios y las biografías de Burton y había trazado el itinerario de sus viajes en los mapas. Quería ver el lugar en el que comenzaba el Nilo.

No me resultó difícil de encontrar. Había un puente que lo atravesaba y, más abajo, un muro de cemento que formaba una especie de presa hidroeléctrica con un torrente de agua que salía a borbotones a través de una abertura. Por extraño que parezca, incluso había una placa conmemorativa del «descubrimiento» de Speke. Justo desde el centro del puente se divisaba una escalera que descendía por el muro de cemento hasta una plataforma situada a ras del agua y un agujero en el muro que, sin duda, tenía algo que ver con el funcionamiento de la presa. Miré hacia abajo y vi algo increíble. Un soldado había sido conducido escaleras abajo con las manos atadas en la espalda. Le habían puesto una cuerda al cuello y la habían atado a algún tipo de

mecanismo colocado en el interior del agujero, de manera que, cuando subiera el nivel del río, el hombre fuese arrastrado por la corriente y acabara ahogado o ahorcado. Estaba muerto, tenía el cuerpo rígido e hinchado y flotaba en medio de aquellas aguas turbulentas. Me pregunté si sería ugandés o tanzano, pero el uniforme estaba tan destrozado que era imposible saberlo. Pensé que, si era partidario de Amín, se lo merecía, pero también pensé que nadie merecía morir así. Me pregunté cuántos civiles habría matado y pensé que tal vez le habían obligado a alistarse y a hacer lo que había hecho. Pensé que los nazis también decían que se habían limitado a cumplir órdenes. Pensé que la corriente debía de ser demasiado fuerte para que los cocodrilos llegaran hasta el cuerpo. Me pregunté si estaría vivo cuando el nivel del agua empezó a subir y en lo que sentiría en aquel momento. Pensé en acercarme para ver mejor, para poder recordar la escena con todo detalle y poder describírsela a la gente después. Pensé que quería olvidarlo todo, que quería salir de allí a toda prisa, llegar a casa y ponerme a salvo. Y me quedé allí, paralizado, incapaz de moverme de aquel lugar.

Han pasado varias décadas de aquello, y en las clases de neurobiología que imparto, siempre dedico algunas sesiones a la fisiología de la agresividad. Los cambios hormonales que se producen, las zonas del cerebro que tienen alguna influencia en ella, los componentes genéticos que intervienen. Por alguna razón, cada año tengo que destinar más clases a hablar de la cuestión. Los datos disponibles no superan a los que se conocen sobre la neurobiología de la esquizofrenia o el uso del lenguaje o el comportamiento de los padres, por citar algunos de los temas de los que me ocupo. Pero, por algún motivo, cada vez dedico más tiempo a hablar de la agresividad, una circunstancia que me parece casi vergonzosa. Y creo que la razón es aquel hombre que tenía la cabeza atada a la presa y el tiempo que estuve mirándolo, incapaz de marcharme de aquel lugar. Creo que es por el carácter ambiguo de la agresividad, que, a mi modo de ver, es la más desconcertante de todas las emociones humanas. Como todo profesor de universidad, quiero creer que, si le dedico bastante tiempo, acabará dándose por vencida y desaparecerá sin hacer ruido y ya no me dará tanto miedo el hecho de que suscite en mí el mismo grado de atracción que de rechazo. El comportamiento de los progenitores y la conducta sexual son aspectos cuyo carácter positivo no suele

cuestionarse. La esquizofrenia, la depresión y la demencia son circunstancias indudablemente negativas. En cambio, la agresividad... El mismo patrón de movimientos, el mismo arrebatado de vísceras y neurotransmisores que empuñan navajas barberas; y a veces es uno de los comportamientos que más se refuerzan, incluso cuando hemos hecho un daño atroz. Una guerra justa, una nación liberada y una cabeza metida en un agujero de cemento que estuve contemplando durante horas, hipnotizado, como si quisiera comprobar cuánto tardaría la corriente en arrastrar a aquel hombre pedazo a pedazo hasta que el Nilo lo enguliese.

---

7 Jomo Kenyatta ocupó la presidencia del país desde 1964, año de la proclamación de la República, hasta su muerte, en 1978. (*N. de la T.*)

8 El autor hace referencia a sir Richard Francis Burton y a John Hanning Speke, dos exploradores británicos del siglo XIX que partieron juntos a las fuentes del Nilo. Burton descubrió el lago Tanganika en 1858, pero fue Speke quien dio con el lago Ureweke, al que llamó Victoria, ese mismo año, señalándolo como el origen del Nilo. (*N. de la T.*)

SEGUNDA PARTE

**TRANSICIÓN A LA  
VIDA ADULTA**

## Los babuinos: Saúl en el desierto

Nadie quiere ser un ex macho alfa en la manada donde antes había sido el macho alfa. Sin embargo, a principios de los ochenta, Salomón cayó, pero no de cualquier forma, sino en el olvido más absoluto. Urías, que no era un muchacho demasiado despiadado, no mostró una crueldad desmesurada hacia su antigua Némesis después de haberla desbancado. Pero los demás no se conformaban con el cambio. Salomón no se limitó a intercambiar posiciones con Urías y a convertirse en el número dos del escalafón. Se había aferrado al puesto de macho alfa mucho después de haber perdido la fuerza física que le permitía serlo, se había aferrado a él echando mano del *statu quo* y de la intimidación. En cuanto los demás vieron que Urías había desafiado ese mismo *statu quo*, todo el mundo trató de hacer lo mismo, y en 1980, Salomón había descendido en picado hasta el noveno puesto, lo que en términos de rango social era una posición segura, situada en la mitad de la lista. En ese momento surgió una pauta de conducta con la que me he ido familiarizando a lo largo de los años. Si se observan las frecuencias de los combates por la supremacía, se ve, por ejemplo, que el número 4 interacciona sobre todo con los números 3 y 5, que pierde con el primero y derrota al último. El número 17 se relaciona mayoritariamente con el número 16 y el 18. Sin embargo, en el modelo de interacción con los que están más cerca, hay una excepción: de repente uno se da cuenta de que los que ocupan los puestos comprendidos entre el 1 y el 5 están manteniendo un número asombroso de interacciones con el modesto número 11. ¿Por qué ponen tanto empeño en restregarle algo por las narices al señor número 11? Porque resulta que el número 11 es el antiguo número 1 que solía dominar a los que estaban en los puestos 1-5. Se han vuelto las tornas y los babuinos son rencorosos y vengativos. El sufrimiento de Salomón no parecía tener fin. Isaac y Aarón, que se encontraban entre los seis

primeros puestos de la jerarquía, e incluso Benjamín, que por entonces debía de ocupar más o menos el número ocho, también asestaron sus buenos golpes. Salomón perdió el estilo austero y minimalista que le había caracterizado y se volvió cobarde y servil frente a los que ocupaban un nivel jerárquico superior, y considerablemente despiadado con los que se encontraban por debajo de él. No paraba de hostigar al pobre y extraño Job, hasta el punto de que, en una ocasión, Noemí, Raquel y Sara, que probablemente eran su verdadera familia, persiguieron a Salomón a campo a través por dos prados distintos. A mí me atacó unas cuantas veces y me obligó a volver al *jeep* a toda prisa en busca de refugio. Hasta que optó por la solución que acababan adoptando muchos de los que habían sido machos alfa y un buen día cogió y se trasladó a la manada que había más al sur, donde, a pesar de tener un rango social inferior y más mediocre, al menos permanecería en el anonimato. Llegué a verlo alguna que otra vez, cuando las manadas se encontraban y se gritaban la una a la otra desde orillas opuestas del río.

Se produjeron diferentes cambios en la manada. Josué estaba a punto de llegar a la flor de la vida, y Boopsie y Afgana se volvieron locas por él. Débora tuvo su primer hijo, una hembra que, según todas las apariencias, era hija de Salomón, el único macho que había estado con Débora durante su periodo de celo. Había sido la última vez que Salomón se había apareado siendo el macho alfa, mientras se encontraba en la fase final del proceso de hostigamiento a que le había sometido Urías. Por lo tanto, Salomón debía de haber violado a Débora cuando estaba embarazada de unas semanas. Si Urías no hubiese derrocado a Salomón, el macho alfa de la manada habría estado casi seguro de ser el padre de aquella cría. A pesar de que soplaban vientos nuevos en el terreno político, no puede decirse que fuera una hija abandonada. Entre Débora y Lía, su enérgica madre, la pequeña creció enseguida y no le faltaba precisamente confianza en sí misma. Dio la casualidad de que Miriam, que pertenecía a una de las castas inferiores, tuvo una hija la misma semana y entre las dos existían diferencias sorprendentes. La hija de Débora era más grande, mantuvo la cabeza erguida antes y le costó menos aprender a caminar y a sentarse sobre la espalda de su madre. Débora podía sentarse y comer mientras su hija se dedicaba a dar vueltas por ahí; las hembras de categorías inferiores se apiñaban a su alrededor y la espulgaban para tener la oportunidad de examinar a la cría. En cambio, la hija de Miriam sólo podía

dar unos pasos antes de que su madre se pusiera nerviosa y fuera a buscarla: en el mundo existían infinidad de individuos que habrían estado encantados de atacar a la pequeña. Miriam tenía que comer a toda prisa y a menudo se veía obligada a abandonar una pelea mientras la cría se aferraba a duras penas a su vientre. Varios estudios habían demostrado que si alguien tenía la suerte de ser hijo de una madre de alto rango como Débora en vez de serlo de alguien como Miriam, tenía más posibilidades de gozar de buena salud, de desarrollarse más deprisa y de sobrevivir durante las épocas difíciles. Las dos crías se enfrentaron por primera vez cuando tenían alrededor de una semana de vida. La hija de Débora corrió hacia la de Miriam, que a su vez echó a correr en busca de su madre. Acababa de producirse el primer combate por la supremacía, y me asombraba pensar que podía marcharme en aquel mismo instante, pasar fuera varias décadas, volver en plena madurez y aquella diferencia seguiría vigente.

Mientras, en otro orden de cosas, Jonatán, un macho que se había unido a la manada hacía poco, estaba a punto de entrar en la adolescencia y se había enamorado locamente de Rebeca, la hija prepúber de la hermosa Betsabé de trágico destino. La joven carecía de la belleza clásica de su madre, pero tenía el típico aire lozano de la vecinita de al lado. Aquel terrible antropomorfismo se veía reforzado por el hecho de que la había anestesiado hacía poco y le había colocado un par de etiquetas numeradas de color amarillo en las orejas que parecían los pasadores de unas coletas inexistentes. Era guapa y alegre, jugaba con sus numerosos amigos, incluida Sara, su mejor amiga, que pertenecía al clan de Noemí, Raquel y Sara. Y, por supuesto, no tenía ni idea de que Jonatán existiera. Él, un animal joven y tímido, era incapaz de poner en práctica la estrategia elegante y sofisticada que tan buen resultado le había dado a Josué al cortejar a Ruth allá por 1978 (es decir, seguirla pacientemente cada vez que echaba a correr cuando le daba un ataque de nervios). En vez de ello, Jonatán se limitaba a permanecer sentado y alicaído, con la cabeza apoyada en los brazos, contemplando a Rebeca desde lejos.

También experimentaron cambios David y Daniel, los dos chicos que se habían incorporado a la manada al mismo tiempo unos años antes y se habían convertido en compañeros inseparables. Dio la casualidad de que Daniel pegó un estirón y completó su desarrollo físico aproximadamente un año antes que David. No tardaron en formársele músculos en las paletillas, una capa de pelo

y un amplio pecho que le conferían un aspecto ridículo. Me daba la impresión de estar ante un estudiante de instituto ataviado con un uniforme de fútbol americano, pero la transformación era lo suficientemente impresionante como para causar algunos problemas jerárquicos. Puede que el más impresionado de todos fuese el propio Daniel, que, de repente, había descubierto que tenía cosas más importantes que hacer que perder el tiempo luchando y trepando a los árboles con David.

También fue por entonces cuando Isaac, un joven adulto que hasta aquel momento había pasado inadvertido, se hizo amigo de Raquel. Un hecho que, por supuesto, celebré, dado que siempre había creído que Raquel era el miembro más simpático de la manada. Se puede decir que un macho y una hembra babuino son amigos cuando están juntos sin mantener relaciones sexuales. De hecho, Barbara Smuts, una primatóloga de la Universidad de Michigan, incluso escribió un libro estupendo sobre el tema hace unos años: hablaba de los escasos babuinos que consiguen entablar amistad, de cuáles son los rasgos definitorios de la relación, sus pros y sus contras (para el macho, lo peor es tener que contenerse para no darle una paliza a la hembra cuando tiene un mal día, y lo mejor, el hecho de que la hembra acabará accediendo a mantener relaciones con él). Así que Raquel e Isaac se hicieron amigos. Durante el año anterior, Isaac había resultado ser uno de los animales más excepcionales que había conocido en mi vida. A primera vista, es decir, después de dos años de observaciones, parecía ser uno de aquellos seres que rinden por debajo de sus posibilidades y, por si fuera poco, tenía una frente lisa que le daba un aspecto estúpido. Y, dado que estaba en la plenitud de la vida y gozaba de una magnífica salud, tendría que haber sido un luchador. Pero, en vez de ello, evitaba las peleas, los enfrentamientos y las provocaciones. Cuando me sentía menos benévolo, me venían a la mente expresiones como «cobarde», «marica» o «hijo de mamá», pero luego me daba cuenta de que no se trataba de alguien que huyera con el rabo entre las patas o un aullido de temor. Se alejaba caminando, sereno e indiferente. No es que perdiera las peleas, es que prefería no participar en ellas. Y si ello significaba tener que hacer ante alguien un gesto de subordinación, lo hacía, y luego se apartaba de aquella desagradable situación.

Tenía una interesante vida sexual. Una hembra muy atractiva entraba en el periodo de celo. Para un babuino macho «muy atractiva» significa por lo

general que ya tiene varios hijos que han logrado sobrevivir (lo cual demuestra que es una madre fértil y competente), pero que no es demasiado vieja para haber perdido parte de su fertilidad. Los machos de las categorías superiores compiten ferozmente por una hembra así, y el número uno es el que normalmente estará con ella en el día previsto para que se produzca su ovulación, al número dos le tocarán los días anterior y posterior a este último, al número tres, los días correlativos a los dos anteriores, y así sucesivamente. Es probable que las hembras muy jóvenes, como Ruth o Esther, que se encuentran en sus primeros periodos de celo, no sean fértiles todavía y no susciten el interés de los machos de alto rango. En vez de ello, suelen acabar en compañía de jovencitos decididos como Josué o de viejos como Isaías. O, como empezaba a ser costumbre, con individuos astutos como Isaac, que no quería tener nada que ver con aquellas luchas enloquecidas que los machos mantenían a dentellada limpia por conseguir a las mejores hembras, y prefería quitar de en medio a machos muy jóvenes o muy viejos y pasar gran parte del tiempo acoplándose con hembras jóvenes que experimentaban sus primeros periodos de celo. Como es natural, dichas hembras casi nunca se quedaban preñadas, pero, si lo hacían, sabía con absoluta certeza que él era el padre de la criatura y no tenía que hacer cálculos como «pasé once horas con ella durante el día siguiente al de mayor hinchazón, por lo que hay un 17 por ciento de posibilidades de que sea hijo mío». Si Isaac hubiese adoptado aquella estrategia en 1978, cuando Ruth tenía aquellos primeros ciclos marcados por el nerviosismo, lo más probable es que Abdías se hubiese parecido a él en vez de a Josué. Pero no se puso al día hasta finales de 1980, momento en que decidió seguir aquella moda.

Así pues, Isaac pasaba los días entregado a un gran número de lo que (para la mayoría de los machos) no eran sino apareamientos inútiles. Cuando no estaba apareándose con nadie, se dedicaba a dar vueltas por ahí con su amiga Raquel. Ah, lector lascivo y malpensado, probablemente te estarás preguntando si llegaron a hacer algo más. Se aparearon unas cuantas veces. Nunca en los días álgidos, ya que Isaac renunciaba al cortejo en cuanto se producía la menor muestra de interés por parte de un macho más dominante. Ante todo, eran amigos. Se sentaban juntos, comían juntos y se espulgaban sin parar. Idílico. Solos Raquel e Isaac y todas las jovencitas púberes y prepúberes con las que él se acostaba. La estrategia merecía la pena por

muchos motivos. Sí, entre aquellas hembras jóvenes sólo había unas pocas que concebían, pero, con el paso de los años, Isaac, que aún gozaba de buena salud, vio cómo el número de aquellos esporádicos retoños suyos iba en aumento y se convertía en una horda de pequeños babuinos de frente plana a los que trataba con gran cariño paternal. Para entonces, casi todos sus coetáneos habían muerto o estaban decrepitos, consumidos por aquel competitivo estilo de vida que habían adoptado. Y él se mantenía a flote. Un individuo admirable.

Benjamín, ay, la suerte de mi Benjamín no había mejorado mucho en 1980. En todo caso, tenía el pelo más alborotado y la mandíbula igual de mal encajada. En una ocasión, protagonizamos un episodio de mala comunicación entre especies. Cuando un babuino macho se enfrenta a un adversario temible, puede optar por convencer a otro de formar una coalición y, cuando tales emparejamientos resultan ser estables, constituyen una fuerza que hay que tener en cuenta. Existe toda una gama de gestos y expresiones faciales que un macho puede utilizar para instar a un posible socio a unirse a él en la gloria del combate. Un día, Benjamín estaba a punto de ser derrotado de forma aplastante por un matón que avanzaba hacia él con una expresión que significaba que la cosa iba en serio. Cada vez más asustado, Benjamín miró a todos lados en busca de alguien que pudiera echarle una mano y lo único que vio fueron crías, cebras y matorrales. En un momento de desesperada inspiración, se volvió hacia mí y solicitó mi ayuda. En nombre de la profesionalidad y la objetividad, tuve que fingir que no hablaba su lengua y que no tenía ni idea de lo que me estaba hablando, una decisión de la que me avergonzaré eternamente. Para Benjamín, que esperaba que atropellara a aquel individuo con mi *jeep*, aquello supuso una nueva derrota.

También fue por aquella época cuando descubrí por qué los babuinos dormían tanto durante el día. La culpa era de Benjamín, que no les dejaba pegar ojo en toda la noche. Cuando los babuinos se pierden, se ponen a gritar «wa-jú», una llamada de dos sílabas que en realidad significa «¿Dónde os habéis metido?». Aquello fue precisamente lo que gritó Benjamín aquel día de 1978 en que nos perdimos y no podíamos encontrar a la manada. Hacía poco, había empezado a acampar de vez en cuando en el bosque, bajo los árboles en los que dormían los babuinos, y observé con asombro que muchas noches, en medio de la tranquilidad más absoluta, de repente Benjamín se ponía a gritar

wa-jú a pleno pulmón. «¡Wa-jú!... ¡Wa-jú!... ¡Wa-jú! ¡Wa-jú! ¡Wa-jú!». Al final, Daniel le contestaba medio dormido con algún wa-jú malhumorado desde el árbol de detrás, y Josué, Betsabé y todos los demás se sumaban al coro hasta que todo el mundo perdía el control y se pasaba media hora gritando wa-jú en plena noche. Mi teoría es que Benjamín tenía una pesadilla, le entraba el canguelo y quería saber si todo el mundo seguía allí.

Nabucodonosor no alcanzó la perfección en el ejercicio de la maldad hasta principios de los años ochenta. Era perverso, estúpido y falto de talento. Tenía un solo ojo y una órbita podrida que resultaba inquietante, un rostro pétreo y mala postura corporal. Aunque llevaba años en la manada, no había trabado amistad con nadie. Se limitaba a intimidar a todo el mundo. En el fondo no tenía un pelo de tonto: nunca amenazaba a los machos de alto rango, no presionaba para ascender en la escala social y siempre ocupaba la misma posición en la jerarquía. Pero, como estaba en la flor de la vida, no le faltaban ocasiones para mangonear al personal, oportunidades que aprovechaba siempre que podía.

Como secuestrador no tenía parangón. El secuestro es una de aquellas conductas cuyo significado suscita interminables debates entre los primatólogos, que no acaban de ponerse de acuerdo sobre la conveniencia de utilizar términos humanos para definirla. Un macho está a punto de recibir una paliza. El macho de casta superior se aproxima y, presa del pánico, la víctima arranca de repente a una cría aterrorizada de brazos de su madre y, a pesar de su resistencia, la agarra con fuerza para que todos lo vean. Milagrosamente, no recibe un solo golpe. La etología justifica dicho comportamiento mediante una antigua e ingenua explicación según la cual las crías son tan bonitas y vulnerables, y se trata de un conocimiento que los demás poseen de un modo tan innato, que el mero hecho de apoderarse de una basta para inhibir la agresividad. ¿Quién sería capaz de golpear a un tipo que sujeta a un pequeño? Cualquier chiquillo que haya sido víctima de malos tratos os dirá que es una tontería pensar que las crías pueden inhibir la agresividad de un modo automático. Los trabajos de campo realizados de un modo concienzudo llegan a la misma conclusión: en algunas circunstancias, los machos matan a las crías de una forma sistemática. Y ahí se acaba la teoría de que «los pequeños ablandan el corazón de los adultos». Poco después, a los sociobiólogos se les ocurrió una explicación mucho más maquiavélica. Si el macho alfa está a

punto de aporrearte, no coges al primer pequeño que tienes a mano. Agarras a uno que él crea que es hijo suyo. Como te metas conmigo, le doy una tunda a tu hijo. Secuestro, toma de rehenes. Muy inteligente. La idea dio lugar a todo tipo de predicciones. La cría secuestrada debía ser la que menos dudas suscitara en cuanto a la paternidad del atacante. Nunca debía utilizarse dicha estrategia contra un macho temible de alto rango que se hubiera incorporado a la manada hacía poco tiempo, ya que no llevaba en ella el tiempo suficiente para engendrar (o creer que ha engendrado) un hijo. Habrán observado que todo esto depende de que los protagonistas sean capaces de recordar quién se apareó con quién en un momento determinado, cuál es el periodo de gestación de la especie, etcétera. No es una táctica aconsejable para principiantes pertenecientes a especies con poco cerebro. Los datos disponibles sólo permiten confirmar hasta cierto punto el modelo sociobiológico. Se han añadido una serie de apéndices a esta teoría. A veces se trata de un secuestro maquiavélico, en otros casos, el sujeto se aferra a la cría en un momento de pánico en busca de un poco de consuelo, y en otras ocasiones, agarra a su propio hijo para ponerlo fuera de peligro.

Actualmente, la polémica no ha perdido un ápice de su encarnizamiento y continúa sin dar tregua a los primatólogos. Pero, sea cual sea la causa de dicha conducta, lo cierto es que Nabucodonosor era un secuestrador empedernido. Se ponía a armar jaleo y cuando se le acercaba un macho de categoría superior, respondía persiguiendo y aporreando a alguna hembra hasta que conseguía quitarle a su hijo a la fuerza a pesar de sus chillidos. Como es lógico, nunca se le ocurría intentar algo así con la cría de una hembra importante como Débora. Pero la cosa cambiaba cuando se trataba de alguien humilde como Miriam, que no cesaba de forcejear y chillar mientras le arrebataban a su hija. Y, como era de suponer, un día Nabucodonosor le rompió el brazo a la pequeña al tirar de ella. Toda la manada lo atacó y lo persiguió por la llanura durante un rato y es posible, aunque no probable, que le dieran un buen escarmiento. Pero el daño estaba hecho y la cría cojea desde entonces.

Cuando miro hacia atrás, pienso que si hay algo que me cuesta perdonarle a Nabucodonosor es lo que le hizo a Betsabé. Por si hay alguien que no se haya dado cuenta todavía, confieso que estaba loco por ella. A diferencia de los demás babuinos que he conocido, tenía la punta de la cola inmaculadamente

blanca, tan blanca como la nieve, una característica que no he vuelto a encontrar en ningún otro babuino. Era elegante y sobria como Ingrid Bergman. No era especialmente cariñosa con su hija Rebeca, solía salir a pasear en compañía de Débora, sentía una especial predilección por el fruto del euforbio y se pasaba la vida tratando de llevar a la manada a aquellos árboles. De acuerdo, en su personalidad no había nada que llamara la atención, pero lo de la punta de su cola era definitivo. La fatalidad le llegó como consecuencia de una interacción social típica de los babuinos. Lo primero que hace un babuino cuando las cosas se ponen feas es buscar a alguien que pague por ello. Un macho es vencido en una pelea, se pone a mirar a un lado y a otro y empieza a perseguir a algún jovenzuelo que, cuando ya está hasta la coronilla, arremete contra una hembra joven que le pega un manotazo a un adolescente que tira al suelo a una cría. Todo ello en quince segundos. Es lo que se conoce como «agresividad desplazada», y gran parte de la agresividad de los babuinos consiste en descargar el malhumor en un inocente transeúnte. Y, si no, que le pregunten a Job o a Benjamín, que eran los chivos expiatorios de todo el mundo. Así que, aquella vez, Nabucodonosor estaba fastidiando a Ruth y a su hijo Abdías; Josué, que era el que tenía más posibilidades de ser el padre del pequeño, salió en defensa de ambos. Nabucodonosor y él lucharon un poco, se dieron unas cuantas dentelladas y Josué, que se estaba desarrollando a pasos agigantados, lo derrotó de forma aplastante. Nabucodonosor echó a correr, buscando desesperadamente a alguien más débil para desquitarse de la derrota. Atacó a Job, que se puso a chillar, y luego mordió a Betsabé en un costado mientras daba un salto para quitarse de su camino. Un caso típico de agresión desplazada, si bien algo más intensa de lo normal, pero qué otra cosa cabía esperar de Nabucodonosor. Lo malo fue que aquella vez la herida se infectó. Puede que el sistema inmunológico de Betsabé fuera deficiente, aunque lo más probable es que Nabucodonosor tuviese una boca especialmente nauseabunda. Lo cierto es que la infección se extendió y Betsabé murió de un modo horrible al cabo de un par de semanas.

A la sociobiología se le reprocha con frecuencia que recurra a teorías maquiavélicas para explicar algunos de los comportamientos sociales más inquietantes. Y que insinúe que algunas de esas conductas horribles resultan muy gratificantes para sus habilidosos practicantes. Lo que no se tiene en cuenta es que también proporciona explicaciones igualmente válidas (o no) a

algunos de los comportamientos más desinteresados, altruistas y humanitarios, e indica en qué circunstancias es conveniente adoptar dichas estrategias conductuales. Sin embargo, a estas alturas la ciencia no está en condiciones de explicar las diferencias individuales y decir por qué Isaac prefirió seguir la estrategia de actuar como un «buen chico» mientras Nabucodonosor se comportaba de un modo tan perverso y despiadado. A aquellas alturas, la única conclusión a la que podía llegar un científico cualificado era que, en esencia, Nabucodonosor era un mierda. Y en 1980 la manada habría estado totalmente de acuerdo conmigo.

¿Y qué fue de Urías, aquel joven behemot, heredero del trono de Salomón, que había derrotado al invencible?<sup>9</sup> El chico no estaba preparado para aquello, no podía durar de ninguna manera. Cuando Salomón se marchó, Urías estuvo un tiempo al mando de la manada, pero no reunía las condiciones suficientes para ser el jefe. Cuando Saúl regresó del desierto, no tuvo la menor oportunidad de serlo.

Saúl formaba parte de la manada desde 1977 y su llegada fue de las que hacen época. Era uno de los miembros jóvenes de la manada vecina cuando ambas coincidieron en el río. Como de costumbre, todos se pusieron a chillar, a estirar el cuello, a mirarse los unos a los otros y, cuando se aburrieron, reanudaron sus correspondientes ocupaciones. Pero aquel día había algo mágico en el ambiente. Boopsie se fijó en Saúl, que era un magnífico ejemplar, Saúl le echó el ojo a Boopsie, que era una hembra muy provocativa y le hizo señas con las cejas para transmitirle un mensaje con un significado muy parecido al que tiene entre primates como nosotros. Ella echó a correr hasta la orilla del río y le presentó el trasero. Encantado, Saúl cruzó el río y se acercó. Boopsie corrió otros diez metros y se lo volvió a ofrecer. Saúl se acercó de nuevo. Y Boopsie volvió a echar a correr y fue tirando lentamente de Saúl hasta meterlo en la manada, a la que ya nunca abandonaría, aunque debo añadir que jamás mantuvo una relación especialmente estable con Boopsie.

Sin embargo, unos seis meses después, Saúl se convirtió en un ermitaño; únicamente deseaba estar solo. Aunque dormía con la manada, lo hacía en la última rama del árbol más distante. No había visto nada igual. Era el primero en bajarse del árbol por la mañana y el primero en alejarse lo más posible y en situarse en la periferia del grupo. Se iba cada vez que alguien se le acercaba. Y no es que tuviera miedo, no pertenecía a una de las castas

inferiores. Cuando decidía pelear, era un macho fuerte, de alto rango. Lo único que quería era estar solo la mayor parte del tiempo. Estuve dos años observándolo y los dos se los pasó sentado, solo. Creo que desde principios de 1978 hasta finales de 1980, se dedicó a pensar y a mirar. Asistió al auge y la caída de Salomón, al emparejamiento de Josué y Ruth, a la estrategia de no agresión de Isaac y a los estragos de Nabucodonosor. Tomaba su ración diaria de alimento a toda prisa mientras los demás bostezaban bajo los árboles y se pasaba el resto de la jornada lejos del grupo, sentado y observando. Al final debió llegar a la conclusión de que había llegado su hora, porque le bastó un solo día para abandonar la periferia de la manada y destronar a Urías.

Aquella primera tarde, además de despachar al envejecido Aarón, venció a Isaac en un enfrentamiento que este último acogió sin demasiado entusiasmo e hizo polvo a Nabucodonosor en un combate que tardó bastante tiempo en decidirse. Josué, Benjamín, Daniel y algunos otros permanecieron a la expectativa, presa del nerviosismo. A la puesta de sol ya había amenazado a Urías, con el que había mantenido una serie de ambiguos escauceos que ponían de manifiesto que ninguno de los dos sabía muy bien a qué atenerse. Y, al amanecer, mientras todo el mundo seguía a la espera con aspecto de agotamiento y falta de sueño, Saúl descendió de los árboles convertido en el macho alfa y Urías bajó con dos brechas resultado de sendas dentelladas, una de las cuáles le había partido en dos la nariz, y se pasó todo el día subido a un montículo, deprimido y solo.

Así comenzó el reinado de Saúl, que mostraba una asombrosa propensión a los extremos. Por ejemplo, podía tener estallidos de violencia. Sobre todo al principio de sus mandatos, los machos alfa eran desafiados de vez en cuando por otros machos de alto rango. La respuesta podía consistir en ignorar al individuo, hacer una mueca amenazadora, quizá en arremeter contra el agresor e incluso en perseguirlo sin demasiado entusiasmo. Pero no tardó en quedar patente que Saúl pensaba responder a la más mínima provocación con el más violento de los ataques: feroces persecuciones con los colmillos al aire en las que hendía las ijadas del macho que se había dado a la fuga. Al cabo de poco, no quedaba nadie dispuesto a desafiar a Saúl por ningún motivo y todo el mundo se hacía a un lado inmediatamente cuando él pasaba. Sin embargo, en el fondo no era un individuo excesivamente agresivo. No empezaba las peleas y tampoco parecía guardar rencor a nadie ni acosaba a otros animales sin

motivo alguno. Y lo más sorprendente era que nunca atacaba a las hembras como consecuencia de una agresión desplazada ni las perseguía cuando estaba de mal humor. Se trata una conducta insólita en un babuino macho, similar a las de algunas formas radicales de pacifismo cuyos partidarios, cubiertos con taparrabos, se niegan a comer ciertas frutas por miedo a matar sin querer a las moscas que causan su putrefacción. Saúl poseía una especie de equilibrio interior, una serenidad imperturbable, una calma oriental, hasta que alguien se metía con él y, a la mínima provocación, se ponía como loco e infligía al otro un castigo terrible. Era como si, durante los dos años que había pasado meditando en soledad, Saúl hubiese desarrollado aquella sorprendente capacidad para adoptar posturas extremas sin comportarse jamás de un modo gratuito. Si, debido a su carácter singular, Isaac había rechazado los valores característicos de los babuinos macho y había decidido quedarse al margen de cualquier posible conflicto e invertir el tiempo en aparearse inútilmente con Raquel, la personalidad excepcional de Saúl le permitió triunfar con brillantez adoptando aquellos mismos valores. Saúl era todo aquello que la mayoría de los machos aspiraban a ser de haber poseído un mínimo de inteligencia, disciplina o energía.

En la manada reinaba la paz y todo sucedía según el orden previsto. Saúl engendró numerosos hijos y, aunque no era demasiado paternal con ellos, tenía un control de la reproducción que no he vuelto a ver en ningún otro macho alfa. Mantenía buenas relaciones familiares con casi todas las hembras de la manada, si bien nunca llegó a intimar con ninguna. Fueron pasando los años y resultaba evidente que Saúl empezaba a plantearse la posibilidad de construir grandiosas catedrales conmemorativas y entregar a perpetuidad grandes cantidades de florines a las órdenes monásticas. A los demás machos de la manada debió resultarles muy duro ver pasar su juventud bajo el dominio de Saúl, y al final tuvieron que adoptar medidas excepcionales para derrocar a aquel individuo excepcional.

Lo normal es que en una manada haya uno o dos herederos forzosos esperando reunir un poco más de coraje y que al macho alfa empiecen a fallarle los reflejos. Salomón había sentido el aliento de Urías en el cogote en 1978, y lo mismo le había ocurrido al mítico 203 con Aarón y Salomón en 1975. En aquel momento no había ningún número dos incontestable, sino únicamente un puñado de machos jóvenes en la flor de la edad, a los que

jamás se les habría pasado por la cabeza meterse con Saúl. Al final tomaron la decisión más lógica, aunque también la más insólita: formar una coalición.

Aunque no tardaron en convertirse en enemigos, Josué y Manases, otro macho de gran corpulencia, fueron los primeros en asociarse. Pasaron toda una mañana haciéndose señas de apaciguamiento para consolidar la unión, y al final lograron reunir el valor suficiente para desafiar a Saúl, que reaccionó de inmediato pegándoles una patada en el culo, haciéndole un tajo en el anca a Manases y obligándolos a poner pies en polvorosa. Visto lo sucedido, cualquiera habría dicho que aquello ponía punto y final a la discusión. Pero, en vez de ello, al día siguiente Josué y Manases se asociaron con Levi, un macho joven y robusto que llevaba unos años en la manada. Saúl acabó con el trío en cuestión de segundos. Y volvieron al día siguiente con el malvado Nabucodonosor a la zaga. Nabucodonosor y Manases consiguieron defenderse durante unos segundos luchando contra Saúl antes de que éste los obligara a dispersarse.

Al día siguiente, Daniel se unió a ellos, igual que Benjamín, lo que demuestra hasta qué punto necesitaban carne de cañón para llevar a cabo aquella gran empresa. Seis contra uno. Yo apostaba por Saúl. Al salir del bosque, lo rodearon. Yo me había encaramado al *jeep* en un intento por seguirlos a todos al mismo tiempo. La escena me recordó el asesinato de César.

Estoy seguro de que los seis se estaban meando en los pantalones. Todo lo contrario que Saúl, que parecía muy tranquilo y sereno a pesar de que todos los machos rechinaban los dientes de un modo notorio, mostrando los colmillos y amagando a atacar mientras golpeaban el suelo, estrategias que los babuinos suelen poner en práctica cuando quieren sacar de quicio al adversario. No podía creer que los seis estuvieran lo bastante organizados como para tener un plan de acción. No por nada, sino porque los babuinos no poseen la capacidad suficiente para hacer una cosa así. Supongo que lo encontraron por casualidad. Debido a sus características físicas, Levi y Manases eran los más aptos para hacer daño y por esa razón acabaron situándose a ambos lados del círculo de atacantes, de modo que Saúl no podía enfrentarse a uno sin darle la espalda al otro.

Saúl decidió arremeter contra Levi y Josué. Estoy convencido de que habría conseguido dispersar a los seis, pero Manases tuvo suerte y le alcanzó

por detrás. Atacó a Saúl por la espalda mientras saltaba y logró darle en las ancas. Perdió el equilibrio, cayó de lado sin poder embestir a Leví y a Josué y todos se le echaron encima inmediatamente.

Permaneció tres días en el suelo del bosque. Nunca sabré por qué no lo mataron las hienas. Cuando lo anestesié unas semanas más tarde, estaba cubierto de heridas producidas por los colmillos. Había perdido una cuarta parte de su peso, tenía el hombro dislocado, el brazo roto y el nivel de hormonas del estrés por las nubes.

Aunque estuvo una temporada pachucho, terminó recuperándose. Aprendió a andar con tres extremidades y con el tiempo pudo correr un poco. Cuando se agachaba, parecía un zaguero de fútbol americano, con una mano apoyada en el suelo y el brazo inútil pegado al pecho. No volvió a aparearse ni a participar en otra pelea. Desapareció en la zona baja del escalafón. Y regresó al lugar de donde vino: al desierto. A diferencia de años anteriores, ya no era el primero en salir al descampado y echar a correr para mantenerse a distancia de los demás. En aquel momento se había convertido en un lisiado y era el último en llegar a la llanura. Continuó siendo muy reservado y se iba si alguien se le acercaba. Prefería permanecer sentado, observándolo todo desde lejos, como en el pasado.

---

9 En la Biblia, «behemot» es el nombre que se da al «caballo del Nilo» (probablemente el hipopótamo o el búfalo), símbolo del poder del mal. Se trata de una criatura mítica de la era del caos primigenia que en la posterior literatura apocalíptica judía es presentada junto a Leviatán como un monstruo que se distingue por su fuerza terrorífica y su invulnerabilidad. (*N. de la T.*)

## Samwelly contra los elefantes

**R**egresé a Kenia a comienzos del reinado de Saúl, sintiéndome mucho más curtido y experimentado que aquel muchacho timorato que había comenzado su labor investigadora en aquel mismo lugar hacía ya unos cuantos años. A aquellas alturas, tenía el pasaporte lleno de visados, además de una micosis crónica que había contraído en Uganda y que me había convertido en un asiduo invitado de las facultades de medicina, donde mi caso solía utilizarse como material docente en las clases de dermatología. Con el tiempo, llegué a ser dueño de dos corbatas y hacía poco había tenido que ponerme una para asistir a una comida en un restaurante de Manhattan donde su uso era obligado. Había hecho algunos progresos en mi investigación: estaba empezando a reunir una serie de datos que indicaban que los organismos de los babuinos de rango inferior producían respuestas estresantes de carácter crónico, la clase de perfil que predispone a un sujeto a padecer enfermedades relacionadas con el estrés. Incluso había sobrevivido a mi primera conferencia de carácter científico como estudiante de posgrado y, aunque muerto de miedo, había logrado dar una disertación de quince minutos sobre dicho trabajo. Según los criterios por los que se regía mi tribu científica, o incluso la manada de babuinos, podía decirse que me estaba convirtiendo en un preadulto digno de confianza.

Circunstancia que celebré traicionando los principios políticos de tendencia sindicalista de mi familia y entrando a formar parte de la patronal.

El estudio de los babuinos exigía una dedicación cada vez mayor y yo no podía pasar mucho tiempo en la sabana cada año. No prestaba atención al trabajo de laboratorio ni a las preguntas de mi asesor académico, que sólo trataba de averiguar de un modo educado si alguna vez pensaba acabar mi tesis. Necesitaba que alguien observara a los babuinos en mi ausencia y contraté a dos kenianos para que reunieran información sobre su

comportamiento durante todo el año. Ninguno de los dos era zoólogo ni primatólogo ni poseía un título universitario. Ambos habían pasado unos años en la escuela antes de que sus respectivas familias se quedaran sin dinero para pagar la matrícula y, más o menos con mi misma edad, habían acabado en el ejército de parásitos que pululaban en los hoteles del parque, donde, gracias a su condición de primos lejanos de algún camarero o limpiaollas, podían dormir en el suelo de las habitaciones de los empleados con la esperanza de conseguir cualquier empleo. Debería congratularme por haber tenido la perspicacia de contratarlos precisamente a ellos de entre todo aquel cúmulo de aspirantes, pero reconozco que tuve mucha suerte al dar con aquellos dos hombres que, lo adelanto ya, se han convertido en amigos de toda la vida.

Richard procedía de una tribu de agricultores que vivía al norte de los masai; Hudson, de una situada al oeste de estos últimos. Para empezar, los dos tuvieron que aceptar el hecho de trabajar en el territorio de la tribu con la que siempre habían estado enemistados, de vivir con sus esposas y sus familias a gran distancia de las tierras de labor de sus propias tribus. Pero, aparte de aquello, no podían ser más diferentes. Richard era vivaz, emotivo y se mostraba exultante cuando acertaba con los proyectiles anestésicos, e inconsolable cuando fallaba; se pasaba la vida probando nuevos personajes, captando las peculiaridades de todos los occidentales con los que se topaba e imitándolos con gran brillantez. En cambio, Hudson era reservado, pensativo, firme como una roca, un hombre frugal y ascético que se dedicó a mantener a un sinfín de parientes lejanos mientras estuvo en la escuela y que sólo dejaba entrever la profundidad de sus sentimientos y opiniones y de su humor cáustico y malicioso en contadas ocasiones. Como ninguno de los dos compartía mi entusiasmo por vivir en una tienda de campaña, decidieron instalarse en dos de las habitaciones destinadas a los empleados del recinto turístico. Richard trabajó doce años en el proyecto antes de volver a casa con su familia y, poco después, Hudson se fue a un campamento de observación de babuinos situado al otro extremo del país, donde pasó un periodo de tiempo similar antes de volver a trabajar conmigo en los años noventa.

Mi hundimiento en la depravación capitalista no quedó ahí: también contraté a alguien para que se quedase conmigo en el campamento. Durante mis primeros años, solía acampar en una lejana montaña situada en la otra punta del parque y a veces pasaban varias semanas antes de que viniese a

verme algún masai o cualquier otro visitante. Los babuinos introdujeron algunos cambios en sus desplazamientos y, a raíz de ello, me pareció conveniente instalar el campamento en las llanuras que había más abajo. Éste era un lugar más caluroso, más seco y, desafortunadamente, demasiado próximo al creciente número de poblados que rodeaban el parque. De día empezaron a robarme cosas mientras estaba fuera y comprendí que necesitaba a alguien que vigilara el campamento en mi ausencia.

Fue fácil encontrarlo: todas las personas que había conocido en los hoteles o los puestos de la guardia forestal tenían algún pariente que buscaba trabajo. Lo malo era que, uno tras otro, todos los tipos del campamento acababan perdiendo los nervios y siempre era yo el que pagaba el pato. Según una antigua tradición, aquellos individuos no se adaptaban muy bien a la vida en la sabana. Hacía poco había sido testigo de un caso bastante espectacular e ilustrativo de dicho fenómeno en el campamento de Laurence de las Hienas, el científico de Berkeley que había empezado a investigar en la otra ladera de la montaña más o menos en la misma época que yo.

Laurence andaba corto de fondos para su investigación y había instalado un campamento para una organización llamada Earthwatch, que se dedica a enviar a ecoturistas a trabajar a un punto de observación zoológica en funcionamiento. La jugada le había salido muy bien y no tardó en contratar a unos cuantos tipos para que cocinaran para los invitados. El primero en desembarcar fue Thomas, un excelente cocinero de campamento que se había hecho famoso por haber trabajado para empresas que organizaban safaris por toda la región, un hombre muy competente, dotado de unas habilidades que resultaban de gran utilidad. A primera vista, llamaba bastante la atención: era bajo, rechoncho, mugriento, peludo, charlatán, ruidoso y ladino, además de pasarse la vida borracho como una cuba y no disculparse nunca por ello. A la menor oportunidad, Thomas salía pitando hacia el poblado masai más próximo en busca de una botella del licor barato que fabricaban sus habitantes, volvía con una tajada como un piano, haciendo eses y mirando maliciosamente mientras bailaba y cantaba y se reía a carcajada limpia.

En cuanto tenía un momento libre, Thomas se ponía a caminar río arriba y río abajo armando el típico escándalo de los borrachos. Y era precisamente en aquellos momentos cuando salían a relucir dos de sus características más singulares. Tambaleándose, se sentaba junto a un estrecho regato contiguo al

río, un arroyuelo de apenas un metro de ancho y unos cuantos centímetros de profundidad, y se ponía a pescar. E inmediatamente sacaba pescados para dar y vender, unos ejemplares enormes y carnosos que parecían surgir de la nada, como si, además de un misterioso dios del vino, Thomas fuese también el de la multiplicación de los peces. Por desgracia, eran pocos los que llegaban a ver aquellos peces, debido al segundo rasgo sobrenatural de Thomas, que no era otro que su capacidad para atraer a los búfalos. A lo largo de los años, Thomas había sido embestido, perseguido, derribado, corneado, lanzado y pisoteado por infinidad de búfalos. Siempre que se disponía a volver a casa, riéndose y cantando con la respiración entrecortada, inclinado bajo el peso del pescado y deteniéndose de vez en cuando a apurar la botella, un búfalo surgía de entre los matorrales y se abalanzaba contra él con la puntualidad de un reloj y el carácter inexorable del paso de las estaciones. El animal recorría kilómetros y kilómetros para agarrar a Thomas, lanzarlo por encima de sus paletillas y llenar de pescado los agujeros cubiertos de fango, los espinos y las copas de los árboles. La atracción que ejercía sobre los búfalos parecía cosa de magia. Cuando los funcionarios del Departamento de Fauna Salvaje observaban con preocupación el descenso demográfico de alguna especie, les bastaba con atar al capó del *jeep* a Thomas como si fuera un adorno creado por Hogarth y dejar que cantara y gangueara durante el trayecto para repoblar de ariscos búfalos regiones enteras desprovistas de vida. Llévense a Thomas al otro extremo del mundo y colóquenlo en la sección de jardinería de unos grandes almacenes y yo les garantizo que, al cabo de unos minutos, un búfalo cafre africano saldrá de detrás de los quitanieves y lo enviará de un golpe al interior de los conductos del sistema de ventilación. Nos pasábamos la vida buscando a Thomas y cuando lo encontrábamos, siempre estaba insultando, escupiendo y riéndose de algún búfalo. Mientras el monstruo se le acercaba, él lo amenazaba con un gesto marca de la casa: un giro pélvico que dejaba estupefactos a todos los presentes. Y lo más sorprendente de todo es que sus numerosos encontronazos con los búfalos sólo lo habían dejado parcialmente tullido: en una ocasión, el fémur le había quedado hecho añicos y no se le había soldado bien.

El segundo cocinero era muy diferente de Thomas: se trataba del angelical Julius, un hombre dócil, dado a la risa fácil, absolutamente encantador y muy influido por los misioneros, en cuyas garras había caído a una edad muy

temprana. Como era el mayor de los dos, Thomas asumió con toda naturalidad el papel de patriarca de su microcomunidad, y no tardó en adoptar una actitud autoritaria y la costumbre de quitarle la mitad del sueldo a Julius, al que no pareció importarle mucho, ya que estaba habituado a poner la otra mejilla ante los guerreros masai, que también se dedicaban a afanarle una parte del salario a cambio de protección o no sé que chanchullo mañoso. Los mayores problemas se producían cuando Thomas disponía de tiempo libre y volvía al campamento armando jaleo y borracho como una cuba. Incluso en aquel estado, se daba cuenta de que a Julius le afligía verlo así y aún se esforzaba más por hacerle la vida imposible. Thomas bailaba y reía, le tiraba besitos a Julius y torturaba al pobre hombre contoneándose como un loco. Y puesto que aquella forma de actuar constituía una afrenta a todo lo que Julius consideraba sagrado y de buen gusto, poco tiempo después éste decidió pasar la mayor parte del tiempo en su tienda, cantando himnos religiosos.

Cualquiera habría dicho que Julius era la víctima propiciatoria de aquel extraño conflicto, pero un día logró darle la vuelta a la tortilla de una vez por todas y sin proponérselo siquiera. Al llegar al campamento, el desenlace ya había comenzado: Thomas estaba borracho y no sabíamos qué ultraje habría cometido, pero, en vez de retirarse a su tienda a buscar consuelo en la religión, Julius había cogido su Biblia y estaba rezándole a Thomas, soltándole un sermón apocalíptico a aquel pecador. De improviso, el hombre manso había conquistado su propia parcela de terreno: unas horas más tarde, un Thomas airado y sobrio informó a Laurence de que a él no le pagaban para aguantar aquellas idioteces y se marchó. Fue como si, a raíz del incidente, hubiese perdido todo el interés por vivir en la sabana. Desde entonces, Thomas deambula por las calles de Nairobi, enganchado al alcohol ilegal de la gran ciudad, haciendo caso omiso de las frecuentes peregrinaciones de los operadores turísticos que van a verle y le ruegan, entre solícitos y serviles, que les acompañe y cocine para sus empresas. Ha encontrado una ocupación nueva y mejor remunerada. Gracias a su asombrosa memoria, se las ha arreglado para conocer a todos los colonos blancos que viven en Nairobi y, en cuanto los ve, va corriendo a buscarlos y los saluda con un lisonjero «Memsab» o «Sahib». Luego adopta un tono burlesco y obsequia al anciano inglés con los últimos cotilleos calumniosos acerca de los demás colonos de la ciudad. Peleas, adulterios, desengaños amorosos, asesinatos, invenciones

fabulosas; nadie sabe a ciencia cierta de dónde saca la información, pero no se le escapa un detalle. Y transmite los datos con una falta de sinceridad tan maliciosa y alegre, con tal aire de farsa improvisada y, en su mayor parte, de una falsedad tan tangible, que todos le escuchan encantados y se apresuran a repetir la superchería. Pero no sin antes hacerle un «préstamo» a Thomas, cuya riqueza y disolución han ido aumentando con el tiempo, a pesar de que los búfalos aún tienen que volver a afianzar su presencia en la ciudad para poder seguir persiguiéndolo.

Así que, por sorprendente que parezca, Thomas resultó ser el menos preparado para hacer frente a las insólitas exigencias de la vida en plena naturaleza, y Julius inició una larga y fructífera carrera profesional como empleado de Laurence.

Fue más o menos por la época en que Thomas se marchó cuando me di cuenta de que necesitaba que alguien se quedara conmigo en el campamento. Así comenzó un trasiego de individuos que se desmoronaban ante mis propios ojos. Mirando hacia atrás, creo que la responsable de todo era la caballa taiwanesa en salsa de tomate. Cada año cometía el mismo error culinario por culpa de la impaciencia. Estoy sentado en mi laboratorio de Estados Unidos, con unas ansias locas por irme, y cuando por fin llego a Nairobi, un día antes de partir para la sabana, ardiendo en deseos de llegar a mi destino, corro al mercado con el objeto de adquirir provisiones para tres meses y no tener que volver por allí, recorro el lugar de una punta a otra a toda prisa, compro un poco de comida sin pararme a pensar en el contenido y luego cojo carretera y manta, y salgo de allí a toda pastilla. Agarro un saco de arroz, otro de judías, unas cuantas verduras que se pudrirán al cabo de una semana, un poco de salsa picante para disimular el gusto a podrido y unas cuantas latas de ciruelas en almíbar para las ocasiones especiales. Luego, busco alguna fuente estable de proteínas. Después de estar expuesto un par de días al calor de la sabana, el queso adquiere una inquietante textura líquida y, en cuanto a la carne, por aquel entonces aún trataba de evitar su consumo. Las latas de atún en salsa americana no están al alcance del bolsillo de un simple biólogo que se dedica a la investigación de campo y, de todas maneras, lo más probable es que estén reservadas al cuerpo diplomático de Estados Unidos. Entonces, como cada año, reparo en las latas de caballa taiwanesa en salsa de tomate. Baratas, abundantes, repletas de proteínas, espinas, cartílagos y fragmentos

desconocidos que me revuelven el estómago cada vez que los veo. Cada año, hay un momento en que me paro a pensar y me digo: «No lo hagas, llévate otras cosas, date una vuelta antes de decidir», pero luego me entran las prisas y pienso: «Acabemos con esto de una vez, la comida es comida». Agarro una caja, aprieto el acelerador y, antes de darme cuenta, estoy en mi adorado campamento sin otra cosa que comer durante meses que arroz, judías y aquella maldita caballa taiwanesa en salsa de tomate llena de espinas que se te clavan en las encías cada vez que le hincas el diente.

Después de pasar tres días comiendo aquello, uno empieza a tener alucinaciones en las que aparecen tartaletas de fresa, queso en lonchas y hatillos de chocolate. No dejo de decirme a mí mismo que, al menos, yo he podido elegir, pero, para el pobre desgraciado al que he contratado para vivir a la intemperie, la idea de que va a pasarse una eternidad comiendo aquel mejunje sólo se trata de una sospecha que va afianzándose en su mente poco a poco. En primer lugar, con la excepción de la gente de la costa y la de las regiones lacustres, a la mayoría de los africanos que conozco parecen asustarle los peces, y no hay duda de que el arroz y las alubias constituyen una novedad para ellos, ya que el principal alimento de la zona es una insípida pasta de harina de maíz de color blanco que se te pega a las tripas. Así que, comida tras comida, el hombre se sienta y contempla con estoicismo bantú cómo se abre otra lata de caballa, el angustioso plaaaaf de la salsa de tomate al salpicar hacia arriba, el nauseabundo sonido de succión que hace el pescado al salir de la lata, el brillo de los cartílagos. Poco a poco, el tío comienza a desquiciarse.

Bueno, puede que no sea justo echarle toda la culpa a la caballa. Lo más probable es que los tipos del campamento también se volvieran locos porque se trataba de un trabajo horrible. Eres un joven campesino keniano que quiere ganar un poco de dinero y de repente tienes que irte a vivir con un blanco en medio de la nada. Desde luego, la cosa da bastante miedo. Como cosas raras, tengo unas costumbres muy extravagantes, hablo un swahili minoritario. Cuando me pongo al sol, la piel me cambia de color y luego se me cae a tiras. Tras someterlo a un interminable interrogatorio, Richard me confesó que los blancos olemos de un modo extraño. Para más inri, tengo la barba larga y soy muy velludo, algo que pone la piel de gallina a los africanos. Y lo que sucede en el campamento sólo contribuye a empeorar las cosas: babuinos medio

dormidos que se tambalean de un lado a otro, recipientes llenos de humeante hielo seco y nitrógeno líquido y meados de babuino, sangre de babuino y mierda de babuino por todas partes. Pero ahí no acababan los problemas del muchacho del campamento. Es posible que una persona estoica que se encuentra en una situación difícil trate de buscar consuelo en el interesante paisaje de los alrededores. Pero aquellos tíos venían de una pequeña población agrícola del interior y el pueblo más parecido se encontraba a unos ciento veinte kilómetros de distancia. Y la sabana no es ningún consuelo para un chico granjero. Desde su punto de vista, aquél era un lugar repleto de leones capaces de destrozarte, búfalos que podían lanzarte al río de una cornada, cocodrilos que te agarran en cuanto caes al agua y, si queda algo, enjambres de sibilantes hormigas soldado dispuestas a comerse tus párpados. Y lo peor de todo: tenías por vecinos a los masai, la pesadilla de cualquier joven campesino keniano.

En general, aquello no encajaba con su idea de la diversión y solían perder el control a principios de temporada. Siguiendo los pasos de Thomas, pero sin su brío ni su talento, uno de aquellos tipos se dio a la bebida después de entablar con los masai una relación lo suficientemente estrecha como para poder comprarles licor clandestino. Otro fue degenerando hasta caer en una religiosidad parecida a la de Julius y no tardó en encontrar razones para enfrentarse a mí: el presidente del país había dicho que la barba era un cáncer moral y, en la típica mezcla de patriotismo y devoción religiosa que predomina en la zona, el tipo me explicó con toda claridad que estaría condenado para siempre si se iba al infierno en aquel campamento poblado de barbas. Uno se quedó mudo de espanto al ver a los animales y a los masai y dormía con una pala al lado. Otro tuvo un auténtico brote psicótico y una noche se puso a chillar dentro de su tienda diciendo que las luces le habían dejado parálítico. Otro no se volvió loco, pero le dio por cometer robos absurdos en los que hurtaba objetos de poco valor para luego desaparecer durante días enteros sin dar la menor explicación. Alcancé ese extraño nivel de madurez que uno experimenta cuando tiene que echar a alguien y pasé muchos días planeando la jugada de un modo obsesivo, oscilando entre el sentimiento de culpa, un grado de furia lo bastante grande para desear hacerlo pedazos a golpes de machete y la suficiente paranoia como para convencerme a mí mismo de que él quería hacer lo mismo conmigo. Le solté un discurso

preparado en swahili en el que invocaba la ética puritana del trabajo, el «no hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti», Vince Lombardi, el famoso entrenador de fútbol americano de los años sesenta, historias inventadas sobre fechorías similares que yo mismo había cometido en mi época de jovencito descarriado (es decir, para tratar de inculcarle la idea de que, si se calmaba, aún tenía la posibilidad de convertirse en profesor de universidad, como yo) y, en cuanto acabé de hablar, lo despedí. Lo encajó como un hombre y, aún hoy, cada vez que oigo el más pequeño murmullo o el sonido de un palo al romperse de noche en mi campamento, estoy seguro de que es él y de que está a punto de salir del río para cortarme en pedacitos y servirme como alimento a las solidarias hienas, que siempre están dispuestas a cooperar (de hecho, se trata del método más utilizado en la zona para cometer un asesinato).

Pero el chiflado más problemático y extravagante con el que me topé en la sabana fue Samwelly. Todavía me pregunto cómo habría acabado la cosa si no lo hubieran salvado los elefantes.

Samwelly era hermano de Richard, mi ayudante en la investigación. Como ya he dicho antes, Richard vivía en las dependencias reservadas a los empleados de un campamento turístico situado a unos ocho kilómetros de distancia. Aquel año, Richard había sacado a Samwelly de la granja para que cuidara de mi campamento. Empezamos con bastante buen pie.

El primer día hubo una cantidad de trabajo brutal: montar las tiendas de campaña, hacer agujeros para la basura y las letrinas y recoger leña. A última hora de la tarde, una vez encendido el fuego, empezamos a sentir hambre y le propuse a Samwelly que yo me encargaría de excavar los canales de drenaje de las tiendas si él se ocupaba de preparar la cena. «Mira, haz un poco de arroz con judías y, cuando esté listo, échale el pescado», le dije mientras le alargaba una lata de deliciosa caballa. Continué hasta que vi con el rabillo del ojo que seguía inmóvil, presa de una gran consternación. Uyuyuy, seguro que es la típica metedura de pata cultural. Es algo a lo que acabas acostumbrándote: siempre hay cosas que das por sentado y no te molestas en explicar, pero, aunque no sabes muy bien de qué se trata, lo que está claro es que algo va mal. Por ejemplo, cuando empecé a enseñar a conducir a Richard, entrábamos en el campamento dando bandazos y sacudidas y, aunque él estaba hecho un lío, se le veía contento y emocionado. Un día salté del vehículo y me

fui corriendo al lavabo y, al volver, descubrí que había algo esencial que no le había enseñado a Richard: cómo abrir la puerta de un coche. Estaba dentro, arañando el cristal de la ventana para poder salir. Con Samwelly me había pasado lo mismo: me había olvidado de explicarle algo fundamental, pero no sabía lo que era. Al final me dijo con toda franqueza que estaba bastante familiarizado con la comida enlatada, pero que, por increíble que pareciese, nunca había utilizado un abrelatas. Se trataba de un problema de fácil solución (mucho más fácil que el que había planteado uno de sus antecesores, que nunca había oído hablar de la comida de lata: «Verás, los blancos escondemos la comida en cajas de metal»). Abrimos una lata de ciruelas en almíbar —al fin y al cabo, era una ocasión especial— y en aquel preciso momento empezó a forjarse nuestra futura amistad. Al día siguiente, mientras yo estaba con los babuinos, Samwelly hizo alarde de sus recién adquiridas habilidades abriendo latas de caballa y ciruelas para tres meses. Aquella noche comimos como cerdos y repartimos el resto, y luego tuvimos que hacer un nuevo viaje de avituallamiento a Nairobi para arreglar el desaguisado.

A partir de entonces, mi relación con Samwelly no hizo más que mejorar. El muchacho no tardó en demostrar que tenía talento para fabricar cosas y hacer chapuzas en plena sabana. Al cabo de poco, el campamento estaba lleno a rebosar de nuevos proyectos. Cuando llegué, la estación de las lluvias aún no había acabado y Samwelly se puso manos a la obra. Una tarde, se adentró con paso decidido en un bosquecillo armado de un machete y, en menos que canta un gallo, cortó cuatro ramas largas, las podó y las enderezó hasta transformarlas en sendos palos; a continuación, hizo unos agujeritos, echó agua en ellos para ablandar la tierra y convertirla en barro y en un santiamén logró poner los palos de pie. Luego siguió cortando y troceando y, tras sujetar con enredaderas aquel montón de ramas cubiertas de hojas, tatatachín... ya teníamos un ingenioso alpende para resguardarnos de la lluvia. Unos días después, regresé del trabajo y me encontré con una pared confeccionada a base de ramas y hojas. Luego le tocó el turno a otra pared y a continuación a una tercera. En el muro del fondo apareció una ventana. Empezaron a surgir proyectos por todas partes. Samwelly excavó cisternas en el suelo para los bidones del agua: un día volví al campamento muerto de calor y hallé a Samwelly bebiendo agua fría. Una tarde, en el alpende, que por entonces disponía ya de un hogar, Samwelly me preguntó de repente que por qué no iba

al río a lavarme. Bajé la cuesta con los ojos bien abiertos por si aparecía algún búfalo en medio de aquella luz cada vez más mortecina y descubrí que había desviado el río hasta formar una serie de estanques en los que poder bañarse.

El centro de toda aquella actividad era el alpende, que en poco tiempo se había convertido en un edificio cada vez más complejo, cerrado por los cuatro costados y dotado de una puerta, un vestíbulo y una segunda habitación. No tardaron en aparecer bancos alrededor del hogar. Y una mesa. Todo ello fabricado a base de barro, palos, hojas, enredaderas y piedras; al parecer, en una especie de desafío a la ley de la gravedad. Samwelly impermeabilizó la casa con latas aplanadas que aún conservaban el olor a caballa. Poco después me fue requisada una de las jaulas de los babuinos para fabricar una despensa a prueba de animales. Todas las tazas y cuencos que había en el campamento desaparecieron y, tras ser introducidos a hurtadillas en pequeños escondrijos efectuados en la pared, fueron colocados de forma que pudieran llenarse de agua de lluvia. Luego vinieron los estantes para colocar los utensilios de cocina, una foto del presidente que fue colgada de la pared y una serie de coquetas plataformas de pequeño tamaño en las paredes para poder poner las latas de caballa. La cosa llegó a tal punto que cada día volvía al campamento preguntándome qué nueva maravilla habría construido Samwelly: quizá un organillo de verbena hecho de barro y estiércol, bustos de zoólogos famosos tallados a mano o una reproducción perfecta a escala 1:10 del palacio de Versalles confeccionada con latas de caballa taiwanesa.

Pero un día algo se quebró. Y fue por culpa mía. Tuve problemas con el motor y me vi obligado a pasar la noche fuera y dormir en el vehículo. Lo más probable es que, impulsado por el nerviosismo o la tranquilidad de no tenerme allí, Samwelly se entregara a una actividad febril. Cuando volví al día siguiente, lo encontré nervioso y emocionado. Entonces me sugirió que fuera a lavarme al río.

—Samwelly, ya le has hecho alguna barbaridad al río, ¿verdad?

—Sí. Sí.

Bajé hasta la orilla, mientras Samwelly me seguía entusiasmado, y al llegar me encontré con que... el río había desaparecido. Perplejo y asustado, caminé un trecho por su cauce, doblé una curva y descubrí que lo más probable era que Samwelly se hubiese sentido espoleado por la irresistible necesidad de

hacer cosas y se hubiera pasado dos días trabajando sin parar hasta represar el río entero. Me detuve en seco. Allí, tras un muro de arena y piedras de un metro y medio de alto, nuestro pobre e insignificante regato de quince centímetros de profundidad por un metro de ancho se había convertido en el lago Samwelly.

Samwelly sonreía encantado: era la más imponente de todas sus obras.

—Eh, Samwelly, ¿qué pasa?

—He detenido el río —dijo él.

—Sí, ya lo veo, pero ¿por qué?

—Ahora que ha dejado de llover, ya no se escapará ni se secará.

Teóricamente, la presa era una maravilla; yo mismo me había pasado años fantaseando con la posibilidad de represar aquel curso de agua. El riachuelo desembocaba en el río Mará, que desembocaba en el lago Victoria, que a su vez vertía sus aguas en el Nilo, e imaginaba que si bloqueaba nuestro río, El Cairo se vería muy afectado, el canal de Suez no podría seguir funcionando, la India quedaría aislada y la reina Victoria y la totalidad del imperio caerían en mis manos. Pero, aunque me parecía una fantasía muy atractiva, el bloqueo del río presentaba unas dificultades insalvables que obligaban a destruir la presa. Intenté explicarle a Samwelly que, al cabo de un par de semanas, las aguas quedarían completamente estancadas y se llenarían de mosquitos, mierda de ñu, bilharzia, caracoles infecciosos y malaria en cantidades industriales, pero no dio su brazo a torcer: no quería que hiciera desaparecer el lago.

—Siempre tendremos agua, podemos bañarnos, podemos criar peces en él, incluso caballa —argumentó él.

—No, hay que destruirlo.

Samwelly no cedió ni un ápice:

—Recogeré ramas y haré un bote para que podamos salir a pescar, traeremos cocodrilos para que nos protejan, los turistas vendrán y nos pagarán por hacer fotos.

Al final tuve que recordarle cuál era el mayor problema que representaba la presa.

—Sí, Samwelly —le dije—, pero lo malo es que has cortado el aprovisionamiento de agua de los masai del poblado y esta noche vendrán los guerreros y te ensartarán con sus lanzas.

Aquello funcionó. Como es lógico, estaba triste, pero se dio por vencido y pasamos el resto de la tarde derribando el muro.

Fue como si aquella decepción quebrantara su espíritu. Se pasó el resto del día encerrado en su tienda. El abatimiento siguió al día siguiente y al otro. Después de sólo tres habitaciones de estiércol y hojas, la actividad cesó en casa de Samwelly. Ni la bodega, ni las intrincadas molduras de la cornisa ni la plataforma balaustrada del tejado llegaron a materializarse. Samwelly dejó de hablar y se pasaba las noches sentado, contemplando el fuego. Ya no le entusiasmaba abrir latas de conserva ni volvió a probar la caballa.

Samwelly estaba deprimido y cada vez más desquiciado. El desastre de la presa lo había dejado desinflado, su ilusión de construir un Xanadú<sup>10</sup> de barro, palos y hojas se había venido abajo, se encontraba solo y abandonado en aquel lugar inhóspito y remoto, en compañía de un blanco y un puñado de babuinos drogados. Richard y yo hablamos del tema y no supo decirme cómo devolverle el entusiasmo a su hermano. Estaba a punto de perder a otro fiel ayudante.

No era el mejor momento para que ocurriera. Nos encontrábamos en plena estación seca y, dadas las circunstancias, incluso disfrutando de un estado de ánimo óptimo, cualquiera se habría visto afectado por la situación. Cada día hacía más calor, un calor insoportable, y en cualquier caso, el tema de la presa no habría tardado en quedar reducido a una mera anécdota, ya que el agua se evaporó ante nuestros propios ojos en menos que canta un gallo. El río se convirtió en fango, el aire se llenó de polvo y de una tensión seca y chisporroteante y uno se pasaba el día pensando en granizados y bañeras. Era la época de los incendios forestales y los ñus.

En el Serengeti, la gran llanura a la que pertenecía al parque, llueve de forma cíclica durante todo el año. Debido a ello, la hierba es tan exuberante que en algunos lugares incluso llega a alcanzar un metro y medio de altura, y a lo largo del año, después de la estación de las lluvias, una gigantesca manada migratoria formada por dos millones de ñus gruñidores huye al galope de la maleza en llamas en busca de aquellos inmensos mares de hierba, mientras todos los carnívoros hambrientos de la zona les pisan los talones.

Cada año ocurría lo mismo. En cuanto cesaban las lluvias, un piloto se adentraba en la sabana e informaba de que la manada se encontraba en Tanzania, a unos setenta y cinco kilómetros de la frontera. Al cabo de una

semana, comunicaba que los animales habían llegado a la frontera. Y al llegar la tarde del día siguiente, te subías al techo del *jeep* con los prismáticos en la mano y divisabas la vanguardia de la expedición bajando por la ladera de la montaña más lejana. A la mañana siguiente, te despertabas sobresaltado porque, mirases donde mirases, lo único que veías eran decenas, centenares, miles y miles de ñus galopantes que no paraban de correr, eructar, carraspear y cagarse en cada centímetro del césped de delante de tu casa.

Es una época del año reseca, desenfundada y exasperante. No hay agua, no hay nada, sólo polvo e incendios, el Serengeti arde por los cuatro costados, las grandes extensiones de hierba seca de un metro y medio de altura estallan en una miríada de hogueras semejantes a relámpagos y grandes llamaradas arrasan la zona. Al anochecer, subes en coche hasta la cima de una montaña y contemplas el muro de fuego que hay más abajo, el reflejo anaranjado de las nubes y, en medio de todo ello, los ñus que atraviesan las llamas enloquecidos, segando la hierba a su paso, una masa caótica de bóvidos desorientados que atraviesan las llanuras como una exhalación víctimas del terror y la histeria, los carnívoros que van tras ellos y te ponen los pelos de punta por la noche, los gritos de los ñus entre los arbustos al verse rodeados por las manadas de hienas, los restos anónimos que aparecen detrás de las tiendas a la mañana siguiente, diseminados por todas partes. Pero no hay por qué inquietarse, aún quedan cien mil ñus en el jardín delantero que siguen galopando como locos, quizá sin otra preocupación en el mundo ni otra idea en la cabeza que correr de un modo lo suficientemente tonto e insensato para, como dice Peter Mathiessen, tropezar y romperse la crisma contra las piedras, como si desearan detener aquella ansia que sienten en sus necios cerebros bovinos. Así pues, allí estaban los ñus y los incendios, las ardientes columnas de fuego, humo y polvo y Samwelly, cuya hosquedad crecía a medida que pasaban las horas.

Pero, por suerte, una noche vinieron los elefantes y se comieron su casa.

Una visita nocturna de los elefantes a un campamento es todo un espectáculo, suficiente para acelerarle el corazón a cualquiera. Te despiertas asustado: alrededor de la tienda reina el caos, se oyen ruidos de cosas rotas, un árbol no te cae encima por cuestión de centímetros, alguien devora un arbusto justo al lado de tu puerta y una mano desconocida rompe las cuerdas que sostienen tu tienda. Miras por la ventana y un tronco de árbol que no

estaba allí cuando te fuiste a dormir empieza a moverse hacia arriba y hacia abajo: ¡es la pata de un elefante! Entonces ya no te cabe la menor duda: uno de aquellos zoquetes está a punto de tirarte un árbol encima y en cuestión de segundos morirás aplastado. Y, cada vez que tiene lugar una de aquellas visitas, mientras permaneces tumbado, presa de un miedo infinito, a la espera de morir a los pies de los elefantes, se apodera de ti un sentimiento extraño opuesto al anterior, el sentimiento de asombro que te embarga al oír... el sonido de sus vientres. Los elefantes hacen unos ruidos terribles con el estómago. Se trata del sonido más perfecto que existe: un ruido sordo, como surgido del centro de la tierra, como si hubieras vuelto a la niñez y tuvieses el abuelo más anciano, grueso, cariñoso y de barba más blanca del mundo, que, sólo por amor a ti, va a alzarte con sus manos nudosas y, después de sentarte en su regazo y pegar tu cabeza a su barriga, eructará sólo para ti de un modo tan lento, profundo y prolongado que te hará estremecer de felicidad hasta la siguiente glaciación. Así es como suena, estás echado en tu tienda, preparado para morir, y te sientes arropado por aquel arrullo maravilloso de sonidos estomacales que te empuja a acurrucarte y dormir como un cachorrillo. Pero no puedes hacerlo, porque aquella mierda de elefantes que hay fuera van a matarte y, como siempre, te entran unas ganas locas de ir a cagar. Una vez no me quedó más remedio que hacerlo. Hasta yo había enloquecido de comer tanto arroz con caballa y unos turistas que había ayudado a salir del fango me habían invitado a almorzar con ellos en su hotel. Me dediqué a inventar respuestas para las preguntas que me formulaban sobre el comportamiento animal. Por encima de todo, lo que hice fue comer como un cerdo. Para acabar, tomé una gran cantidad de aquellos púdings espantosos, insípidos y tristes que los británicos adoran y que han dejado como legado imperecedero a los hosteleros kenianos. Sopa de pollo y quingombó, pan de carne a la kikuyu, curries, fiambre de carne de cerdo con rodajas de piña y, para finalizar, un puding espeso de un color marrón sucio coronado con adornos y filigranas de azúcar escarchada. Me pasé toda la noche con cagalera y no me arrepentí de nada hasta que llegaron los elefantes. De repente, durante una de las andanadas, me encontré delante de la tienda, doblado a causa de los retortijones, completamente desnudo, dolorido, con una diarrea amarillenta y, lo más humillante de todo, rodeado de seis elefantes silenciosos, burlones, educados, susurrantes, casi solícitos, que balanceaban las trompas en el aire, estudiando mis actos y mis gruñidos. Contemplaban mis agónicas deposiciones

como si se tratara de una tragedia shakespeariana muda y fascinante que se representase en un teatro circular.

Esto es lo que pasaba cuando los elefantes llegaban de noche. Y la fortuna quiso que una noche vinieran a comerse la casa de Samwelly, que resultó ser un gladiador de elefantes nato. Tanto Richard como él procedían de las tierras de labor, donde no se ven elefantes desde hace varias generaciones. Sin embargo, estoy seguro de que debían de tener algún antepasado que trabajaba con manadas de elefantes árabes, ya que Samwelly hacía gala de una intrepidez natural al enfrentarse a ellos. Un grupo de elefantes se presentó de repente en plena noche y empezó a mordisquear el tejado y la pared del fondo, y destruyó el revestimiento de latas que Samwelly había colocado con tanto cuidado. Samwelly, que llevaba varios días sin pronunciar palabra y se había sumido en una especie de catatonia, salió de la tienda gritando como un energúmeno. Samwelly, el silencioso, chilló, se agitó, armó follón, tiró piedras a los elefantes, trató de alejarlos de su casa. Al principio, me limité a quedarme en mi tienda hecho un ovillo, paralizado de terror ante la perspectiva de una muerte inminente bajo las patas de los paquidermos, pero al final salí para tratar de detenerlo antes de que lo aplastaran y di con él en el preciso momento en que estaba a punto de prender fuego a sus rabos. Los animales parecían estar más perplejos que enfadados y balanceaban las trompas con la misma paciencia que los que (quizá fueran los mismos) habían contemplado mi cagalera shakespeariana río arriba unos años antes. Samwelly y yo nos peleamos, forcejeamos, chillamos y discutimos mientras ellos comían. Al final, le convencí para que volviera a la tienda, ya que no podía impedir que los elefantes siguieran comiendo.

Y fueron ellos los que evitaron que cayera de un modo inevitable en la locura de la sabana. A la mañana siguiente salió a cuantificar los daños: habían desaparecido la mitad del techo y una de las paredes, se habían estropeado muchas de las chucherías que había confeccionado con las latas de caballa en conserva y en toda la zona reinaba un caos absoluto. Los desperfectos quedaron reparados antes de dos días, con más energía y buen humor de los que había visto en varias semanas. Los elefantes regresaron aquella noche y se comieron la pared del fondo y el vestíbulo. Antes del anochecer, Samwelly los reparó y construyó un inteligente sistema de cuerdas y poleas para sacar agua de aquel río inexistente.

Las cosas siguieron así durante el resto de la temporada. Samwelly reparaba la casa, los elefantes volvían a darse un festín con sus creaciones arquitectónicas y cada amanecer él reparaba los daños con renovado vigor, con renovada creatividad, con verdadera voluntad y fortaleza de espíritu. De allí en adelante, Samwelly y yo continuamos siendo compañeros de campamento y siempre recibimos a los elefantes con los brazos abiertos a la hora de cenar.

---

10 Nombre del castillo del protagonista de la película *Ciudadano Kane*, de Orson Welles, denominado así en honor al palacio imaginario de un famoso poema de Samuel Coleridge. (*N. de la T.*)

## El primer masai

Estaba en el campamento, ya entrada la tarde, solo. Samwelly había ido al campamento turístico par a ver a Richard. Había pasado la mayor parte del día recogiendo datos sobre el comportamiento del pobre Jonatán, que era un trozo de pan y estaba tan colado por Rebeca, tan atrapado en aquel amor no correspondido, que daba pena verlo. El incidente me había desanimado y me había puesto de mal humor. Por enésima vez, la única información que pude reunir acerca de su conducta consistió mayoritariamente en una sucesión de persecuciones inútiles. Ella se sentaba y se espulgaba en compañía de sus amigas mientras él guardaba las distancias estoicamente. Luego continuaba paseando con toda tranquilidad, alimentándose de flores y raíces mientras él la seguía siempre a tres metros de distancia y se olvidaba por completo de comer a causa de los nervios. Ella iba y se ofrecía a uno de los machos dominantes que se encontraban en la flor de la edad, mientras Jonatán se pellizcaba frenéticamente la piel de las rodillas y los tobillos. Y, entonces, cuando ella se decidía por fin a descansar y se sentaba a solas, él aprovechaba la oportunidad y se acercaba a ella a toda prisa..., y a ella le faltaba tiempo para poner pies en polvorosa sin dignarse siquiera a mirarlo.

Deja que se siente a tu lado, pensaba yo con irritación. Háblale un poco, sal a tomar un refresco con él. Hay ligues peores que él. Estaba enfadado con ella. Mira, el pobre chico no te está pidiendo que lo espulgues, es él quien quiere espulgarte a ti, no vas a morirte por dejar que te espulgue un poco. Venga, Rebeca, dale una alegría al muchacho. Sin duda, el problema es que era yo el que necesitaba que alguien me espulgase, supongo que ya saben a qué me refiero.

Así pues, estaba en pleno brote de locura de la sabana y, cuando eso sucede, viene muy bien que a un grupo de masai se les ocurra dejarse caer por

el campamento. En aquel caso, el que abría la marcha era Soirowa, un pariente del marido de Rhoda, un tipo estupendo que cada vez era más amigo mío. Los masai se traían algo entre manos, se les veía muy entusiasmados, rebosantes de una alegría cómplice. Se trataba de una cabra asada.

En el caso de los masai, el tópico es cierto, y el pueblo se alimenta casi exclusivamente de sangre y leche de vaca, que producen una gran repugnancia al observador (o al que tiene que ingerirlas, como me ocurrió a mí una vez), pero cuyo consumo resulta bastante lógico desde el punto de vista de un pastor nómada. De modo que la dieta consiste principalmente en sangre y leche, un poco de harina de maíz en el caso de los más modernos y otro poco de miel si consigues que algún chiquillo tonto desafíe a las abejas. Y carne. En ocasiones especiales se sacrifica una cabra. Los masai consideran que algunos animales salvajes son «cabras o vacas salvajes» que han huido y, por tanto, pueden cazarse sin temor a arruinar la reputación de los masai de no matar nunca animales salvajes. En la cultura masai existe una estricta prohibición que va pareja al consumo ocasional de carne: trae mala suerte, muy mala suerte, que las mujeres vean a los hombres comiendo carne. Una convención muy práctica, ya que, de ese modo, los hombres son los únicos que pueden consumirla en una cultura que adolece de un déficit crónico de proteínas.

Así pues, hay un grupo de tíos que ha salido a asar una cabra. ¡Les han dicho a sus esposas que van a charlar un rato y, en vez de ello, han ido a la sabana a comportarse como hombres, a comerse una cabra! Los «ancianos» hablan atropelladamente y se ríen como tontos cuando comentan el subterfugio que han tramado. Han venido con la excusa de pedirme un poco de sal y una cebolla, pero en el fondo lo que desean es saber si quiero ir con ellos. Faltaría más.

Llegamos a un claro. La cabra nos acompaña como un miembro más del grupo. Hacemos un círculo y, mientras se procede a limpiar la zona, los masai se escupen los unos a los otros a los pies para demostrarse mutuamente la satisfacción que les produce la presencia de todos los participantes. Los tres de más edad se adelantan, sostienen la cabeza de la cabra con cuidado, como si estuvieran bendiciéndola o realizando un examen frenológico. Hacen un gesto de asentimiento y uno de los jóvenes da un paso al frente y le corta el cuello al animal. Todo el mundo, incluida la cabra, permanece en silencio. Se recoge la sangre en una calabaza y se pasa a todos los asistentes para que

beban. Aprieto los dientes y tomo un sorbo por educación, tratando de no pensar en el ántrax, ni en los parásitos ni en cualquier otra cosa que pudiera haber en el torrente sanguíneo del animal. Una vez finalizada la tarea, los ancianos recuperan su posición de espectadores. Se quitan las mantas que llevan encima, las extienden y se tumban en ellas desnudos. Apoyados en los codos, con las piernas largas y flacas, llenas de nudos y músculos, las barrigas ligeramente abultadas y los penes arrugados, me recuerdan aquella foto falsificada de un Henry Kissinger desnudo y recostado que circulaba por las residencias universitarias de estudiantes a principios de los años setenta. El resto pone manos a la obra y hace una fogata en menos tiempo del que yo tardo en encender un hornillo. Se procede a descuartizar la cabra, se colocan los trozos en platos hechos de hojas y el perro de los masai empieza a olfatearlos. Se pone todo al fuego, se cocinan bien los trozos más pequeños, se añade mi sal y mi cebolla y empezamos a comer. Ha llegado la hora de la charla de sobremesa.

Quieren que les hable de «Mérica». Les digo que Nueva York se parece mucho a Nairobi. «Un sitio horrible, lleno de gente, y, aunque os cueste creerlo, existen casas en las que vive un poblado entero y encima de ellas hay otras casas en las que vive otro poblado: son los rascacielos». El único que cree lo que digo es Soirowa, un hombre de mundo que ha estado una vez en Nairobi y les asegura que tales cosas existen. Me hacen preguntas sobre los animales de Mérica y les cuento que quedan muy pocos animales salvajes.

—¿Es que los han cazado todos? —inquieren.

En cierto modo, así es, pero el principal objetivo era hacer sitio a los ranchos. Aquello despierta el desprecio profundamente arraigado que sienten los masai hacia la agricultura y los agricultores, sus presas tradicionales.

—Estúpido maíz —dice uno de ellos.

Me preguntan por qué, de entre todos los animales de la zona, he venido a estudiar a los babuinos. Les explico lo mucho que se parecen a los humanos y la gran semejanza que existe entre sus enfermedades y las nuestras. Ellos replican que el parecido entre ambos no es tan grande.

Vuelvo a echar mano de la paleontología para tratar de convencerlos.

—Veréis, resulta que en el desierto que hay al norte de aquí, los científicos han hecho descubrimientos asombrosos.

—Los científicos del museo —apostilla Soirowa. ¿Cómo lo sabe?

—Sí, han encontrado huesos humanos, aunque no son realmente humanos.

La gente quiere saber qué intento decirles.

—Bueno, parecen medio humanos, pero también son muy similares a los de los babuinos. El hueso de la cabeza —no sé cómo se dice cráneo en swahili— no es tan grande como el de una persona, pero es mayor que el de un babuino. Y la cara, la cara no es tan larga como la de un babuino, pero más larga que la de una persona. Y gracias a este hueso —señalo la pelvis—, saben que aquellas personas no caminaban como nosotros, pero tampoco como un babuino. Un término medio.

—Son hombres babuino —dice uno de los mayores.

—Exacto —confirmo de un modo categórico.

—Pero ¿es que son humanos? —pregunta alguien.

—Ese es el problema: los huesos son antiquísimos. Tanto, que son anteriores a los europeos, aparecieron antes de las tribus, antes de que la gente hablara diferentes lenguas. Los científicos creen que los hombres babuino son los tatarabuelos de los tatarabuelos de los humanos y de los babuinos.

Todo el mundo se sienta y tarda un rato en asimilar mis palabras. Los ancianos se escarban los dientes para extraer los trozos de cartílago que se les han quedado incrustados en los intersticios. Uno de los hombres espanta al perro. Otro escupe.

—Sí hombre, venga ya, estás diciendo tonterías —comenta uno de los ancianos.

—No, no, hablo en serio.

—¿Tenían lanzas? —pregunta Soirowa.

—No, pero tenían piedrecitas que utilizaban para excavar y para golpear otras cosas.

De acuerdo, he sometido los datos paleontológicos a una pequeña criba.

—¿Tenían colas?

—No.

—¿Llevaban ropa?

—No se sabe: la ropa no dura tanto como eso, pero los científicos creen que no.

Todo el mundo permanece sentado y dedica unos minutos a reflexionar sobre el tema.

—¿Llevaban zapatos o relojes de pulsera? —inquire un muchacho. Los ancianos sueltan una risita burlona y, al darse cuenta de que acaba de hacer una pregunta tonta, se siente avergonzado. (Esta temporada, los zapatos y los relojes hacen furor en la zona. Los zapatos se llevan colgados de la cadera, para guardar chucherías dentro; y, en cuanto a los relojes, lo de menos es si marcan o no la hora).

La gente medita un poco más. Al final, Soirowa formula la pregunta que probablemente se están haciendo todos:

—¿Eran masai?

Le digo que tal vez lo fueran, pero que nadie lo sabe a ciencia cierta.

Nuevo periodo de reflexión. Más trozos de carne pasando de mano en mano. La comida llega a su punto álgido y el púding de sangre coagulada empieza a circular entre los asistentes. Yo declino la invitación y me pregunto qué estarán pensando los demás. Después de estar un rato dándole vueltas al asunto, Soirowa dice:

—Verás, en la actualidad, yo sé decir la hora, hablo swahili y estoy familiarizado con el dinero; en cambio, mi abuelo no sabía hacer ninguna de esas cosas. Siempre se aprenden cosas nuevas. Puede que esos seres que existieron hace mucho tiempo fueran masai y ni siquiera hubiesen aprendido todavía a ser humanos.

Todos parecen satisfechos con la respuesta y poco después empiezan a interrogarnos a Soirowa y a mí sobre las casas de dos plantas de Nairobi y Mérica: «Cuando mean las vacas del pueblo de arriba, ¿les cae en la cabeza a la gente de abajo?».

## Zoología y seguridad nacional: la fábula de la hiena

Uno de los momentos culminantes que viví con la manada siendo aún muy joven fue el hecho de entablar amistad con Richard y Hudson. Y otro de ellos se produjo cuando por fin entré en contacto con Laurence de las Hienas. Por regla general, los biólogos que se dedican al trabajo de campo sienten una especial predilección por los ejemplares sucios y excéntricos, y no he visto en toda mi vida un individuo que personificara mejor que Laurence esas tendencias asilvestradas. Laurence de las Hienas había pasado su infancia entre los lagartos y las serpientes de los desiertos californianos. Había dedicado varios años a estudiar los zorros de las islas Aleutianas y luego se había ido a perseguir a no sé qué pájaro por los páramos del norte de Escocia antes de venir a Kenia y convertirse en Laurence de las Hienas. Aquel tipo me daba miedo y durante el primer año que había pasado con los babuinos, había hecho todo lo posible por no encontrarme con él. Era un hombre grande y corpulento que solía encerrarse en su tienda durante largos periodos de tiempo para entonar horrendos y descarnados cantos fúnebres escoceses a voz en cuello. Sin embargo, lo más inquietante de todo es que, cuando estaba nervioso o irritado, no se daba cuenta de que tenía la costumbre de sacar la barbilla y la espesa barba negra que la cubría en presencia de los machos que le molestaban, un gesto que cualquier primatólogo reconoce de inmediato como una clara demostración de supremacía.

Aquel primer año, me dio frecuentes estocadas con la barbilla. Al año siguiente, los dos nos trasladamos a las llanuras que había más abajo y poco a poco fuimos conociéndonos mejor. Creo que el momento crucial se produjo el día en que Laurence hizo un importante descubrimiento. Era un día de un calor

sofocante en plena época de la migración de los ñus durante el reinado de Saúl. Yo estaba sentado en el campamento, mirándome los pies y espantándome las moscas de la cara, rodeado por tropecientos ñus ruidosos que no paraban de gruñir, resoplar y cagarse por todas partes, y probablemente ya llevaba mil días rodeado de ñus que no cesaban de gruñir, resoplar y cagarse por todas partes. De repente, el Land Rover de Laurence entró en el campamento a toda velocidad. Él salió del vehículo y se acercó a mí con aire resuelto.

—Eh —me dijo—. ¿Te has fijado en que «gnu dung» es un palíndromo?<sup>11</sup>

De hecho, no me había dado cuenta. Se había roto el hielo. Durante los veinte años que han pasado desde entonces, también me ha enseñado a berrear canciones escocesas, ha intentado en vano socavar mi ignorancia sobre los motores de los coches, me ha cuidado durante mis ataques de malaria, mis experimentos fallidos y mis accesos de nostalgia. Es lo más parecido a un hermano mayor que he tenido nunca, y he de decir que ha sido un hermano mayor excelente.

Aparte de ello, gracias a Laurence, he aprendido a querer a las hienas. Laurence siente un amor apasionado por esas fieras, lo cual es positivo, ya que todo el apoyo que puedan conseguir es poco.

Las hienas no son cánidos ni felinos, tienen unos preciosos ojos tristes, hocicos húmedos y unas mandíbulas con las que pueden arrancarte un brazo en cuestión de segundos. Además, han sido objeto de acusaciones absolutamente falsas por parte de los medios de comunicación. Las hienas no tienen ningún secreto para nosotros: amanece en la sabana, un león se alimenta de algo enorme y muerto tirado en el suelo mientras Marlin Perkins filma la escena con la sangre hasta el cuello. Ya saben a qué me refiero. El viejo Marlin se pone poético al hablar de la nobleza del león y la capacidad predatoria del llamado rey de la selva, rodeado de su habitual enjambre de moscas, masticando sin parar aquellas tripas anónimas, mientras la cámara se aparta de vez en cuando de la carnicería para recorrer los márgenes de la escena. Y allí están las hienas, acechantes, cobardes, mugrientas, plañideras, repulsivas, despreciables, merodeando por los alrededores, tratando de hacerse con una porción de las entrañas del animal. Marlin prácticamente nos insta a sentir desprecio por las hienas por su condición de simples carroñeras. No entiendo muy bien por qué alabamos tanto a los depredadores y en cambio desdeñamos

a los carroñeros, cuando a la mayoría de nosotros se nos están endureciendo las arterias por engullir cadáveres que otros han matado, pero lo cierto es que somos así de parciales. A los leones se los trata como héroes mientras que las hienas nunca tienen la oportunidad de hacer ejercicios de vocalización al principio de las películas de la Metro Goldwyn-Mayer.

Oh, pero hace poco tuvo lugar una revolución en el estudio de los animales carnívoros. Dado que nuestra defensa nacional considera esencial poder dispararle a la gente a cualquier hora del día o de la noche, los militares fabricaron unas gafas estupendas diseñadas para la visión nocturna, con amplificadores fotónicos e imagen en infrarrojos. Como el ejército iba ya por los modelos de enésima generación, decidió endosarles a los zoólogos algunos de los antiguos y de repente se produjo la revolución: ya se podía observar a los animales de noche.

Aquello sirvió para redimir a las hienas. Resulta que son unas magníficas cazadoras, acostumbradas a trabajar en equipo y capaces de abatir a animales diez veces más grandes que ellas, además de ser uno de los grandes carnívoros cuyas cacerías se saldan con mayor éxito. ¿Y saben quiénes figuran entre los peores cazadores? Los leones. Son grandes, llamativos y relativamente lentos. Les resulta mucho más fácil asaltar a los guepardos y las hienas y robarles lo que llevan. Ésa es la razón de que todas aquellas hienas estuvieran merodeando por allí al amanecer, tan pálidas y poco fotogénicas: se habían pasado la noche entera cazando aquel maldito animal para que otros se lo zamparan para desayunar.

Así pues, Laurence se encontraba en plena campaña revisionista en lo que a las relaciones públicas de las hienas se refiere. Sin duda, fue el enorme alboroto que se había armado en torno a las tan cacareadas facultades predatorias de aquellos animales lo que propició la extraña llamada telefónica que recibió durante uno de sus viajes a Estados Unidos. Era del ejército. Un coronel quería que asistiera a una conferencia para hablar de su trabajo.

—¿Está de broma? Yo me dedico a observar a las hienas, amigo —le respondió.

—Lo sabemos, lo sabemos —contestó el coronel, y se lo demostró—. Ande, venga a nuestra conferencia, asistirán todos sus colegas, los biólogos que se dedican a estudiar a los carnívoros, será estupendo y le pagaremos por ello, es una gentileza del Ejército de Estados Unidos.

Desconcertado, Laurence acabó aceptando.

Llegó el día señalado y, tal como le habían prometido, Laurence se encontró alojado en un lujoso hotel en compañía de un montón de confusos biólogos norteamericanos expertos en mamíferos carnívoros. Estaban los de los leones, los de los zorros, los de los perros salvajes, los de las hienas y toda la demás fauna de aquel mundillo. Además de algunos militares con gafas de sol que no abrían la boca para nada. Al principio, los biólogos hicieron lo que solían hacer siempre en las conferencias: disertaron de modo académico sobre su trabajo, fanfarronearon sobre sus animales o sobre los lugares en que llevaban a cabo sus estudios y trataron de sacarse mutuamente información que aún no había sido publicada. Mientras, los tipos del ejército permanecían sentados al fondo de la sala tomando apuntes en silencio. Fue entonces cuando a los biólogos les entró el canguelo. Aquella misma noche, se reunieron en el bar y decidieron pedir explicaciones al ejército sobre las razones de su interés por ellos. Al día siguiente, después del desayuno, se presentaron todos juntos ante el coronel, que cedió y se avino a contarles lo que ocurría.

—Muchachos, todos ustedes habrán visto la trilogía de *La guerra de las galaxias*, ¿verdad? —Casi todos la habían visto—. Bueno, ¿recuerdan aquella especie de robots del Imperio que aparecían en la segunda entrega? ¿Aquellos enormes vehículos de transporte semejantes a elefantes que caminaban por la nieve, pisoteaban todo lo que encontraban a su paso y despachurraban a los rebeldes? —Por supuesto, lo más probable es que todo el mundo hubiera jugado con el modelo de juguete de uno de sus sobrinos—. Pues bien, el Ejército de Estados Unidos está diseñando algo que se parece mucho a ese vehículo de transporte. Nos hemos gastado un dineral en construir un prototipo, hemos trabajado en él como locos y sigue sin funcionar bien.

Al parecer, lo máximo que había conseguido el ejército era hacerlo andar a unos cuantos kilómetros por hora y sólo en superficies totalmente lisas, pero, a pesar de todo, continuaba cayéndose. Así pues, necesitaban ayuda y a alguien se le había ocurrido la brillante idea de traer a los biólogos especializados en animales carnívoros: al fin y al cabo, los carnívoros corren tras sus presas mientras cazan, así que por qué no preguntarles a ellos cómo diseñar algo que se mueve.

—Por eso están aquí, caballeros —concluyó el coronel, haciendo caso omiso de las señoras que se encontraban presentes—, explíquennos cómo se

mueven sus animales cuando hacen cosas tales como cazar. —Y sonrió abiertamente.

Los biólogos que se dedican al trabajo de campo son gente bastante rebelde. Viven solos casi todo el tiempo y acaban volviéndose maleducados. Adquieren muchos de los rasgos de los animales que estudian. Como pasan gran parte de su tiempo teniendo que aguantar las mentiras de los guardias forestales, lo normal es que desconfíen de cualquiera que lleve uniforme. Y, dado el estrecho margen de tiempo en el que pueden desarrollar su actividad profesional, la mayor parte de los que se encuentran en activo actualmente llegaron a la mayoría de edad en los años sesenta y no cabe duda de que hay ciertas cosas que siguen teniendo muy claras. El coronel volvió a esbozar una amplia sonrisa y todo el mundo se dio cuenta de que allí había gato encerrado.

—Eso son tonterías, amigo —dijeron todos.

—No, en serio —respondió el coronel—, sólo queremos saber cómo se mueven sus animales cuando cazan.

No había nadie dispuesto a tragarse aquello.

—Si lo que les interesa es la locomoción, busquen a expertos en el tema. Ahí fuera hay gente que diseña prótesis y fabrica extremidades robotizadas. Si es verdad que quieren saber lo que hacen los animales, pónganse en contacto con bioingenieros y biofísicos. Hay chiflados que se dedican a filmar por rayos X a animales corriendo para ver cómo se mueven. Contrátenlos a ellos, no a especialistas en conducta social. Todo eso son chorradas, coronel Scheisskopf, aquí hay algo que no encaja.

Los biólogos se reunieron y anunciaron que no pensaban decir una palabra más. Estaban a punto de empezar a gritar consignas dedicadas a Ho Chi Minh y la NFL.

Todo se vino abajo. El coronel se retiró para hablar por teléfono con sus superiores. Los tipos del ejército se lanzaron sobre unas bandejas con cruasanes rellenos mientras los biólogos se daban cita en el bar, sedientos y haciendo gala de un entusiasmo no exento de cierta suficiencia. Después de todo, iba a haber un poco de diversión en lo que en un principio prometía ser la típica reunión científica aburrida.

Por fin, Scheisskopf volvió a última hora del día.

—Caballeros, tengo buenas noticias que darles. Como todos ustedes son amigos míos, me han concedido un permiso especial para compartir con

ustedes la primicia.

Al final, resultó que sí existía un objetivo secreto. El ejército llevaba años construyendo un nuevo tanque que era monstruosamente caro: un solo carburador costaba más que todo el presupuesto que Estados Unidos destinaba a la ecología. Los gastos habían rebasado las partidas presupuestarias en innumerables ocasiones, y cada año enviaban a un pobre general como chivo expiatorio para que explicase ante el Congreso los escandalosos costes de la operación, y para que este último aprobara diligentemente la entrega de más pasta para seguir malgastándola. ¡Y el ejército estaba encantado, porque era el mejor tanque jamás construido! El coronel se ponía exultante cuando hablaba del tema. Y fíjense bien en lo siguiente. El artefacto podía resistir el impacto directo de los misiles. Carecía de ventanas o portales desprotegidos y, en vez de ello, disponía de cámaras de vídeo engastadas en la carrocería que transmitían imágenes a los soldados carnaza que se apretujaban en su interior. Era tan manejable que parecía cosa de locos: podía alcanzar los noventa kilómetros por hora y, aun así, ser capaz de disparar un misil con una precisión milimétrica mientras saltaba en el aire. Se trataba de un giróscopo de tamaño gigante. Y lo mejor de todo es que estaba dotado de aparatos de toma de muestras de aire y de un cromatógrafo de fase gaseosa que permitía saber cuándo se podía abrir la escotilla superior y respirar el aire de una atmósfera posnuclear. Era el coche familiar perfecto para el fin del mundo.

El coronel hacía todo lo posible para convencer a sus colegas biólogos. Trajeron una película de entrenamiento en la que el tanque aparecía filmado desde dentro, desde fuera y desde abajo, mientras te pasaba por encima. Todos tuvieron que ponerse unas gafas tridimensionales que parecían sacadas de los años cincuenta, y se les revolvió el estómago cuando el tanque de la película demostró que era capaz de dar una voltereta hacia atrás y zambullirse en una reproducción del Gran Cañón del Colorado simulada por ordenador al tiempo que bombardeaba el campamento de refugiados con gran precisión. Era fantástico.

—Éste es nuestro tanque y estamos orgullosísimos de él —dijo el coronel, un poco cortado por tener que mostrar a la concurrencia las fotos de la criatura.

Sin embargo, habían surgido problemas. Por lo visto, en las guerras en las que intervienen tanques de tipo tradicional, la estrategia que suele emplearse

consiste en utilizar la imparable potencia del tanque para encaramarse a la mayor elevación del terreno que haya en la zona y quedarse allí a la espera de poder disparar a cualquier cosa que se mueva. El nuevo tanque permitía a las tripulaciones dar rienda suelta a sus instintos asesinos y disparar a diestro y siniestro con total desenfreno. El problema era que cada vez que introducían en él a las mejores tripulaciones, los tíos trepaban al lugar más alto de la zona y, una vez allí, se limitaban a esperar para poder disparar a cualquier cosa que se moviera. Y había otro problema: el tanque había sido diseñado para luchar contra los rusos en el «Frente Central» (una zona que los demás mortales solemos llamar Europa en un arranque de sentimentalismo). Según todos los indicios, cuando se librara la batalla crucial en el Frente Central, la atmósfera no sólo quedaría saturada de radiación y gas nervioso, sino también de interferencias que imposibilitarían cualquier tipo de comunicación. Ahí radicaba precisamente el problema: en que nadie sabía usar el tanque adecuadamente, en que nadie pensaba como un depredador en movimiento ni sabía cómo hacerlo mientras estaba incomunicado con respecto a los demás tanques.

—Fue entonces cuando a una lumbrera del Pentágono se le ocurrió la idea de llamar a los biólogos especializados en animales carnívoros, y aquí estamos, caballeros, enséñenos a pensar como depredadores. Cuando sus hienas están persiguiendo a una presa a toda velocidad, ¿cómo deciden lo que tienen que hacer para acorralarla?, ¿cómo se comunican los lobos sobre la marcha?, ¿qué hacen si pierden el contacto entre sí? Enséñenles a nuestras tripulaciones a cazar como sus animales.

Madre mía, pensaron los expertos en animales carnívoros. Nadie esperaba algo así. No estaba claro si el hecho de gastarse un pastón en un arma que no podía utilizarse era una prueba de la tremenda estupidez del ejército o una medida de lo inteligentes que eran al tratar de adiestrar a las tripulaciones de sus tanques para que se comportasen como depredadores. De repente, el bueno del coronel Scheisskopf apareció ante sus ojos como una mezcla entre Darth Vader y Maquiavelo.

Los biólogos recurrieron a las evasivas para tratar de ganar tiempo.

—Son preguntas muy, pero que muy difíciles, tardaremos un tiempo en poder contestarlas —alegaron ellos a modo de disculpa.

—De acuerdo, caballeros —dijo el coronel al darse cuenta del ardid—,

estamos totalmente dispuestos a financiar sus investigaciones.

Había llegado el momento de hacer algunas valoraciones de carácter moral. Un grupo decidió que no quería tener nada que ver con aquel asunto y abandonó la conferencia. Otro grupo optó por pasarse por el forro aquel punto de vista hippie y vender su alma al diablo, pero no a cualquier precio; poco después, se pegaban por firmar sobre la línea de puntos de aquel contrato con Belcebú e instruir a las tripulaciones de los tanques.

Laurence era el líder de los pragmáticos moderados, que pensaban que aquella gente iba a construir los tanques de todas maneras y que todo lo que les dijeran podían consultarlo en los trabajos que publicasen. De aquel modo, quizá pudieran desviar un poco de dinero y contribuir a la protección del medio ambiente. Y, por otra parte, aquellos coroneles tenían una idea muy equivocada sobre las especies de cazadores sociales: en realidad, sólo existen unas cuantas, la mayor parte de las cacerías son auténticas batallas campales totalmente faltas de coordinación, y podían pasarse años investigando tranquilamente con la pasta que les dieran antes de decirles: «Lo sentimos, pero resulta que no son tan buenos cazadores como creíamos». Sí, señor, ayudarían a la investigación a favor del medio ambiente, trabajarían en secreto para sisar unos cuantos dólares a la maquinaria bélica y dejarían al Pentágono en tal estado de pobreza que ni siquiera podrían pintarles rayas a los tanques. ¿Dónde firmamos?

Así pues, los biólogos que quedaban se calmaron y reanudaron la conferencia. Trajeron más cruasanes, prosiguieron las charlas y como siempre, la gente se lo pasó en grande discutiendo sobre nimiedades relacionadas con las mejores estrategias de búsqueda de alimento o las fórmulas de medición de la capacidad reproductora. De vez en cuando, se volvían de forma servil hacia los militares y mencionaban la existencia de alguna relación superficial entre el tema del que estaban hablando y las técnicas de caza. Acabaron por llamar Chuck al coronel, que no tardó en beber con ellos en el bar, y resultó ser un conversador excelente y un tío realmente enrollado. Todo el mundo se divirtió de lo lindo y al final se hicieron una foto juntos. El ejército les envió un cheque por haber asistido a la conferencia y todos se apresuraron a sacar tajada de la situación y enviaron sus solicitudes de ayuda. Laurence escribió pidiendo unas gafas de visión nocturna, *walkie-talkies*, un buen ordenador portátil con paneles solares y, bueno, ya que estaba en ello, siete ayudantes de

investigación, un lanzallamas, un satélite, unas cuantas armas de rayos mortíferos y trepecientos millones de dólares. Todo el mundo escribió, pero nadie recibió un céntimo ni volvió a tener noticias del coronel Chuck ni de ningún otro militar. Y, desde entonces, cada vez que los expertos en mamíferos carnívoros se reúnen, sacuden sus cabezas canosas y se preguntan con suspicacia: ¿en el fondo, qué es lo que consiguieron sacarnos esos tipos?<sup>12</sup>

---

11 Un palíndromo es una palabra o grupo de palabras que tiene el mismo sentido leída de izquierda a derecha que a la inversa, cosa que, efectivamente, ocurre en el caso de *Gnu dung* (en inglés, «boñiga de ñu»). (*N. de la T.*)

12 Alternativas que explican de una manera lógica lo que ocurrió en realidad:

- a) Los expertos en mamíferos carnívoros dicen no haber vuelto a saber nada del coronel Chuck, pero en realidad están confabulados con él y han jurado guardar el secreto.
- b) La conferencia fue, de principio a fin, un experimento que sirvió al coronel Chuck y a sus colegas para aprender a sobornar, intimidar, engatusar y manipular a los científicos. Los biólogos fueron meros conejillos de indias con los que poder practicar y en la actualidad, el ejército está aplicando las enseñanzas obtenidas a los científicos encargados de fabricar cohetes.
- c) El coronel Chuck y sus colegas eran en realidad herbívoros disfrazados que trataban de obtener información sobre las estrategias de caza de los carnívoros.

## El golpe

Los detalles cambiaban, pero el tema del sueño siempre era el mismo. Como es lógico, no se repetía cada noche, pero, teniendo en cuenta el tiempo transcurrido desde que me habían dado aquella paliza en el instituto, la frecuencia con la que se producía resultaba sorprendente. En el sueño, a veces me veo viajando en metro y un grupo de matones me asalta con la intención de robarme. O voy caminando por la calle y un peligroso asesino está a punto de convertirme en víctima de un ataque salvaje y caprichoso. O quizá estoy tranquilamente sentado en mi habitación y una turba enloquecida irrumpe en ella, resuelta a hacerme objeto de una venganza política incomprensible. En cualquier caso, estoy a punto de resultar malherido y tengo miedo. Y a partir de aquí, siempre sueño lo mismo. No sé cómo, pero consigo salir del aprieto a base de labia. A veces, trato de demostrarles que puedo llegar a ser más agresivo y astuto que ellos y entonces se echan atrás. A veces, adopto un tono deliberadamente cómico para desarmarlos (literalmente), y me vuelvo tan ameno, divertido y tranquilizador que al cabo de un rato ya me consideran uno más del grupo y tengo tiempo suficiente para poder huir. A veces trato de encararme con ellos de un modo directo y poco convencional y les digo:

—Mirad, vosotros sois muchos y yo estoy solo, así que, como es lógico, podéis darme una paliza de muerte, pero ¿qué vais a ganar con eso?

Por alguna razón, eso hace mella en sus ánimos y me dejan tranquilo. Hay veces en que el sueño adquiere un extraño regusto psicoterapéutico y consigo ponerme en el lugar de aquellos tipos, percibir el dolor, el resentimiento y los problemas que los matones guardan en su interior y hablar con ellos. Me concentro en el delincuente como persona y el individuo no tarda mucho en dejar de ser una amenaza.

Durante mi estancia en África, el sueño incluso llegó a adquirir un tono

colorista propio del lugar. Soy un ñu rodeado de hienas a las que logro domeñar con una conferencia sobre el número de presas por depredador. Soy un alcéfalo perseguido por un leopardo al que consigo convencer de las virtudes del vegetarianismo.

Siempre utilizaba mi labia para salir de los aprietos. Era perfecto: si lograba acabar el doctorado, incluso podría encontrar un empleo cuya principal herramienta de trabajo consistiera en someter a la gente a fuerza de cháchara. Sin embargo, en Kenia hubo un día en que la estrategia no funcionó.

Fue en 1982, durante el reinado de Saúl, cuando Kenia era noticia, lo cual es siempre una mala señal. Cuando el Tercer Mundo atrae la atención de Occidente, suele ser a causa de alguna tragedia, sequía, epidemia o de un suceso lo bastante explosivo, violento y repentino como para agitar nuestras conciencias. Aquella vez se trataba de una intentona golpista verdaderamente desagradable. Un asunto poco profesional y tan sórdido como era de esperar: un golpe planeado de antemano en el que, por lo visto, participaban elementos fundamentales de todos los cuerpos del ejército, la universidad y la oposición, y que se encargó de fastidiar un grupo de oficiales de la fuerza aérea que decidieron adelantarse a los acontecimientos y actuar por su cuenta unas semanas antes de la fecha fijada. Un momento clave, en el que podían haber cogido al presidente, que fue degradándose hasta convertirse en una juerga de borrachos, un ejército que se pasó medio día dudando sobre si apoyar a sus antiguos colegas golpistas de la fuerza aérea que habían demostrado ser poco dignos de confianza o enfrentarse a ellos. Y unos estudiantes universitarios que cometieron un error de cálculo enorme y de un romanticismo suicida al mostrar su entusiasmo por los revolucionarios del ejército del aire en el mismo momento en que éstos recibían la correspondiente patada en el culo.

El ejército hizo acto de presencia y en menos que canta un gallo infligió una derrota aplastante a los rebeldes de las fuerzas aéreas. Los estudiantes salieron a la calle para apoyar a la nueva junta revolucionaria en el preciso instante en que el ejército disparaba sus bazucas. El gobierno recuperó el control de la emisora de radio y, con el objeto de infundir confianza en la población, ordenó a todo el mundo que fuera al centro y se pusiera a comprar inmediatamente, justo en el momento en que daba comienzo una importante batalla entre tanques. Se produjeron numerosas víctimas civiles que el gobierno nunca reconoció.

Los soldados de las fuerzas aéreas que habían resultado vencidos huyeron al monte, a los bosques y a los callejones y se dedicaron a la guerra de guerrillas, echaron a correr como locos en un intento desesperado de ponerse a salvo o simplemente se convirtieron en los típicos bandoleros de toda la vida. Un grupo se atrincheró en la base principal del ejército del aire situada al norte del país y amenazó con bombardear y destruir Nairobi si no les concedían la amnistía. Cuando la ofensiva militar se calmó un poco en la capital, el malestar social dio lugar a una serie de revueltas populares, unas veces con la oposición del ejército en el poder y otras a instancia suya, que consistieron en su mayor parte en exterminar a los indios.

Cuando los británicos iniciaron su aventura en África Oriental, trajeron trabajadores culis de la India para construir el ferrocarril y abastecer progresivamente a la nación de la cómoda infraestructura colonial a la que estaban acostumbrados en aquel país. Y aprovecharon el hecho de que los indios disfrutaban de un nivel educativo superior a los africanos para asegurarse de que los primeros llenaban un hueco esencial: tal como les había ocurrido a los judíos en la Europa medieval, a los indios les resultaba prácticamente imposible poseer o cultivar tierras o ser funcionarios públicos. En cambio, igual que les sucediera a los judíos, no les había quedado más remedio que integrarse en la clase de los comerciantes, los tenderos, los prestamistas y, durante casi un siglo, el odio que los africanos sentían hacia ellos no había hecho más que aumentar. Durante la época colonial, puede que un campesino de las zonas agrestes del país no llegara a ver en la vida a ninguno de los caciques blancos que controlaban la economía de la colonia. Sin embargo, era el tendero que gestionaba el almacén de un poblado remoto el que exigía dinero al agricultor. Y en la moderna y floreciente Nairobi, donde la reducida minoría india constituía el grueso de la clase media, aquella situación no había experimentado grandes cambios: aunque el encargado de dictar la política económica solía ser algún funcionario gubernamental bantú, que con frecuencia basaba sus decisiones en la cantidad de dinero que podía embolsarse. Aquel personaje era una mera abstracción para el africano de a pie, ya que seguía siendo el tendero hindú el que hacía sonar la caja registradora.

De ahí que la ira que sentían hacia ellos estuviera a punto de estallar. En los últimos años, no sólo por la riqueza de los indios, sino también por su

negativa a convertirse en «verdaderos africanos» (una queja por lo general implícita que a veces también se formulaba de un modo explícito, y cuyo principal argumento se basaba en el hecho de que las mujeres indias nunca se casaban ni se acostaban con hombres africanos). Cualquier demagogo podía unir tribus distintas y hostiles atacando a los indios: Idi Amín nunca fue tan popular como cuando despojó a los indios de la ciudadanía y sus bienes y los echó de Uganda; el eslogan oficial de la persecución era «riqueza para todos».

La situación de los indios de Kenia me recordaba mucho a la del Berlín de la década de 1930. Y el periodo posterior al golpe se convirtió en su particular *Kristalnacht* o Noche de los Cristales Rotos. Fueron objeto de un feroz pogromo de robos y saqueos, y los hospitales se llenaron a rebosar de víctimas de palizas y violaciones en grupo.

La revuelta duró varios días, hasta que se hizo patente que el gobierno había vuelto a recuperar el control. Ya no quedaba nada que robar, los cristaleros habían entrado en acción y poco a poco el ejército estaba expulsando a los rebeldes de sus guaridas mientras la emisora de radio del gobierno no cesaba de emitir a todas horas el himno nacional.

A continuación, comenzó un largo periodo de juicios celebrados por magistrados tocados con pelucas. El gobierno tenía un pequeño problema: no estaba dispuesto a admitir que el golpe se había producido porque los tipos de las fuerzas aéreas se habían adelantado a una revuelta multitudinaria y planeada de antemano que había calado en numerosos sectores de la sociedad. En vez de ello, había que presentar hasta los detalles más nimios del golpe como el resultado de las acciones de un puñado de locos desorganizados. Los periódicos difundían a bombo y platillo todos los pormenores de la historia del soldado de primera que había abierto fuego en primer lugar, sobre el soldado raso que le hacía de chófer, sobre el musicólogo revolucionario que había escogido los discos que había que emitir para celebrar que los rebeldes se habían apoderado de la emisora de radio. Al final, todos los mandos competentes fueron debidamente colgados o encerrados para siempre. Sin embargo, dadas las circunstancias, al gobierno no le quedó más remedio que atrapar a aquellos de los que se sabía con certeza que habían participado en la planificación del gran golpe de estado que no había llegado a producirse, sin admitir que hubiera podido preverse un hecho que demostraba la existencia de un descontento generalizado. Se llevaron a cabo una serie de purgas de escasa

importancia en las personas de los cerebros indiscutibles del golpe, a las que se intentó dar realce en el juicio del fiscal general, que se celebró como demostración del poder del gobierno y en el que se le acusaba oficialmente de cosas tan increíbles como ser un sabelotodo o tener una mujer de raza caucásica y amigos extranjeros.

Las cosas no tardaron en volver a la normalidad y la industria turística reanudó sus actividades habituales.

Llegué a Kenia en el primer vuelo comercial que aterrizaba en el país desde el comienzo del golpe. Estaba impaciente por ir y decidí no postergar el viaje. Desdeñé las noticias que se difundían en Occidente sobre la violencia de la situación y opté por salir pitando de Nairobi y llegar lo antes posible a la tranquilidad del campo. Estaba deprimido por algunas cosas que habían sucedido en Estados Unidos y pensaba que un poco de malestar social me ayudaría a resolver los problemas de neurotransmisores que tenía en la cabeza. Y, por otra parte, si ocurría algo espeluznante, siempre podía enrollarme para salir del aprieto.

El último tramo del vuelo de la Pan Am cubría el trayecto entre Lagos y Nairobi. Había otros tres pasajeros en el 747, lo que constituía toda una experiencia desde el punto de vista de la atención personal que nos prestaban los alrededor de veinte auxiliares de vuelo que iban en el avión. Había un empresario hindú muy preocupado que se había apresurado a regresar con su familia, cuya seguridad no había podido confirmar, y una pareja de turistas que no parecían estar demasiado al tanto de los enfrentamientos. Me hice cargo de ellos y les obsequié con una serie de insinuaciones sobre el mercado negro y la obtención de visados fraudulentos, pero todo fue en vano. Ya en el aeropuerto, vino a recibirnos un funcionario con aspecto de autómatas y, tras hablarnos de la alegría que reinaba en el país, nos hizo subir a un transporte de tropas. Era de noche y por todas partes había soldados con cara de pocos amigos. Entonces nos dieron una noticia exasperante: debido al toque de queda vigente, nos iban a llevar al principal hotel del centro de la ciudad, donde permaneceríamos hasta la mañana siguiente. A la pareja de turistas les pareció bien, ya que de todas maneras tenían reservas en él. El empresario estaba desesperado, porque aquello significaba que aún tardaría otras doce horas en encontrar a su familia. Y yo estaba bastante fastidiado, ya que aquél era el hotel en el que había entrado una vez con el único fin de robar papel higiénico

y sabía que pasar allí una noche acabaría con mi presupuesto. Sin embargo, la verdad es que no parecía demasiado razonable pedirle al ejército que nos dejara en lugares diferentes. Una vez en el hotel, me acompañó a mi habitación el subdirector, un hombre tranquilo que me aconsejó que durmiera en el suelo y dejara las persianas echadas. Durante la noche, oí tiroteos en la calle.

A la luz del día, uno podía hacerse una idea de los estragos causados por el conflicto. Había soldados por todas partes, nidos de ametralladoras instalados en todas las esquinas. En una parte de la ciudad seguía habiendo combates y saqueos, pero en el resto, la gente por lo general había recibido la orden de volver a la normalidad. Los ciudadanos habían adoptado de común acuerdo la interesante costumbre de ir a trabajar con las manos en alto y los carnés de identidad en la boca; ya se sabe: donde fueres..., por lo que no tardé en llenar mi pasaporte de saliva de un modo muy poco elegante.

Pasé por varios lugares de la ciudad, con el doble objeto de ver a unos conocidos y reunir las provisiones necesarias para irme a la sabana. Una de las tiendas que conocía estaba patas arriba y el tendero hindú se encontraba hospitalizado como consecuencia de la fractura de cráneo que había sufrido mientras defendía el lugar. Otro hombre no estaba, permanecía escondido, y su comercio había sido reducido a escombros. Otro había reanudado sus actividades con ánimo inquieto y receloso y parecía a punto de echarse a llorar mientras me explicaba lo sucedido. Hice la ronda completa de visitas y me di cuenta de que todos estaban en una situación desastrosa.

Alrededor de mediodía, descubrí las desventajas de estar desnudo en Nairobi en un momento como aquél. En sus calles siempre había habido un número desproporcionado de personas desnudas: siempre me había llamado la atención el hecho de que cuando la gente de Nairobi que ha abandonado los bosques y sabanas hace pocas generaciones (o incluso años) sufre uno de sus brotes psicóticos ocasionales, lo primero que hace en medio de su confusión es quitarse toda la ropa occidental que lleva encima. (Años después, y a raíz de las conversaciones mantenidas con algunos colegas kenianos, mi mujer, que es psicóloga clínica, confirmaría mi impresión de que se trataba efectivamente de un hecho frecuente). De ahí que Nairobi siempre haya disfrutado de una nutrida cuota de hombres desnudos y vociferantes y que haya sabido tratarlos con cierto aplomo. En aquel momento, aquella situación se había convertido en un problema. Muchos de los rebeldes de las fuerzas aéreas se habían

refugiado en los edificios y callejones de Nairobi al fracasar la revuelta. Los más afortunados encontraron a alguien a quien atacar: mataban al individuo en cuestión, le quitaban la ropa de paisano y se colaban entre la multitud con el carné de identidad en la boca. Los menos afortunados llegaban por separado a la misma extraña conclusión: había que deshacerse del uniforme del ejército del aire y escaparse desnudo. Cada pocas horas, un forajido de las fuerzas aéreas echaba a correr desnudo y era derribado por una unidad militar. Fue alrededor de mediodía cuando asistí a mi primera ejecución callejera. De vez en cuando, los camiones de plataforma del ejército atravesaban la ciudad con gran estruendo cargados de cadáveres desnudos. Se detenían frente a los semáforos de un modo entre anómalo y tranquilizante que les confería un extraño aire de normalidad.

A última hora de la tarde, me dirigí a la pensión de la señora R, el lugar situado a las afueras de la ciudad en el que me alojaba, la casa de la anciana señora polaca que alquilaba camas o un trozo de suelo o una pequeña parcela de tierra en la que montar la tienda a los viajeros que estuvieran de paso. Llevaba un año sin ver a la señora R, lo que en cualquier otra ocasión habría convertido mi regreso en un episodio emocionante. Pero en aquel momento me sentía como si fuera la primera persona que hubiese logrado introducir provisiones de forma clandestina en el gueto de Varsovia. No había aparecido ninguna cara nueva desde el golpe de estado; todos habían pasado días enteros apiñados en el interior de la casa, durmiendo en el suelo para evitar que les diera alguna bala perdida, soportando como podían la oscuridad que reinaba en el edificio a causa del oscurecimiento obligatorio a que había sido sometida la ciudad. El hecho de venir del mundo exterior me permitió informarles de lo que ocurría a un kilómetro de distancia, todo lo contrario de lo que hacía la emisora de radio, que había vuelto a manos del estado y no hacía más que emitir todo tipo de sandeces —viejos concursos y música *country*—, pero ni una sola noticia digna de crédito. Todo el mundo estaba cansado, rendido y hambriento a causa de la escasez de alimentos, que por aquel entonces ya era grave. Traje las galletas que me había hecho mi madre. La señora R, Stefan y Bogdan, los dos chicos polacos que eran clientes habituales del establecimiento desde hacía años, y yo nos acurrucamos en un rincón de la habitación de la señora. Repartí las galletas, la señora R sacó una botella de refresco que tenía escondida y los hermanos también aportaron

algo. Se pusieron eufóricos al ver aquellos alimentos y me contagiaron su alegría; había algo emocionante y estoico en el hecho de compartir un poco de comida a la luz de las velas con el sonido de las armas de fuego como telón de fondo.

Aquella noche, a la hora de dormir, pensé que estaba viviendo una aventura estupenda. Podía encontrar una explicación convincente para las cosas inquietantes: era terrible que hubieran destrozado a los hindúes, pero también inevitable, dado el papel de chivo expiatorio que se habían visto obligados a desempeñar en el país. En cuanto a los dos viajeros suizos que se hospedaban en casa de la señora R y a los que los soldados les habían dado una paliza el día anterior, simplemente habían hecho mal las cosas. Uno de ellos era corpulento y fornido y parecía demasiado blanco, o al menos ésa era la impresión que me había dado a mí, por lo que lo más probable es que hubiera constituido un motivo de provocación para los militares. Ambos tenían una expresión hosca y antipática que no habría contribuido precisamente a mejorar las cosas. Y ninguno de ellos hablaba swahili ni inglés: no tenían ni la más remota posibilidad de echar mano de la elocuencia para solucionar sus meteduras de pata. No estaba preocupado.

Al día siguiente sólo me faltaba ultimar un par de detalles para poder abandonar la ciudad. Tenía un vehículo, había comprado comida suficiente para poder subsistir durante las semanas siguientes y había sacado del almacén todo el material del campamento. Fui al Departamento de Fauna Salvaje para anunciar mi llegada. Se encontraba a unos quince kilómetros de la ciudad, a la entrada del Parque Nacional de Nairobi, que estaba cerrado a causa de los disturbios. La principal base de las fuerzas aéreas lindaba con el parque y, cuando el ejército había atacado, muchos de sus hombres habían saltado las vallas y andaban sueltos por el parque, armados y llenos de miedo. Habían matado a varios animales, quizá para alimentarse, quizá para descargar la furia o la tensión. También habían atacado a un grupo de guardas forestales y habían escapado con sus ropas: se habían encontrado los cadáveres desnudos. Como es lógico, los empleados del parque estaban asustados y les compadecía por ello.

Durante el viaje de vuelta pasé por varios controles del ejército. En teoría, estaban revisando los vehículos para comprobar que no intentase huir ningún soldado de las fuerzas aéreas ni que nadie tratara de aprovechar la ocasión

para acaparar víveres. Y era evidente que también estaban apaleando, fastidiando y robando a la gente, buscando venganza por motivos personales. En los dos primeros controles me indicaron por señas que podía seguir adelante y los soldados me sonrieron de una manera solemne y forzada.

Y en el tercero, situado en una curva perdida de la carretera, tres soldados me hicieron señas con las armas para que me detuviese junto al arcén. Saqué el pasaporte y el permiso de investigador y esboqué mi mejor sonrisa. Había decidido que la mejor forma de actuar en un control sería saludarlos en swahili de un modo alegre y entusiasta, interesarme por la vida de los presentes según marcaba el protocolo, hacerles objeto de las lisonjas de rigor que los habitantes del lugar dedican a las personas con las que se topan durante los cinco primeros minutos posteriores al encuentro, formularles un montón de preguntas sobre sus hazañas, felicitar a los soldados por realizar una labor tan difícil e importante como la de salvar al país, mostrarme jovial, ingenuo e imperturbable y seguir hablando sin parar.

Salí del vehículo sonriendo mientras los tres soldados se acercaban.

—Bwana, tiene usted un problema, es una pena, tiene usted un problema, bwana, un problema grave —repetía el primero de forma monótona.

Estaba a punto de decirles: «¿Qué hay, muchachos? Todo va bien», en mi mejor argot de swahili. Dije: «¿Qué hay?», mientras el primer soldado me empujaba contra la puerta del coche. Volví a decir: «¿Qué hay?», y él me aplastó otra vez contra la puerta, con más fuerza que antes. Luego me rodearon los tres. Olían a alcohol.

Para entonces me faltaba un poco el aliento, pero a pesar de todo volví a decir: «Todo va bien», en tono despreocupado. Al oír la primera sílaba, me golpearon varias veces contra la puerta del coche. El primer soldado me había apretado el pecho y, a continuación, el segundo me había agarrado del cuello y había empezado a golpearme la cabeza contra el cristal. De repente, me di cuenta de que me dolía.

El que me había cogido del cuello tenía los labios fruncidos en una mueca, dejando al descubierto la dentadura a causa del esfuerzo que hacía. Se me ocurrió pensar que estaba sonriendo y en un momento de estupidez pensé que era con él con quien debía hablar.

Mientras pensaba lo que debía decir, volví la cabeza y le sonreí abiertamente. Creo que incluso me carcajeé, para demostrarle que estaba

tranquilo y que él también podía relajarse. Con los dientes todavía fuera, el soldado me dio varios puñetazos en el estómago con todas sus fuerzas.

Noté que a mis capacidades perceptivas les pasaba algo raro. Me dolía mucho el estómago, un dolor que parecía afectar también al interior de mi cabeza. Tenía un regusto a vómito en la boca y no podía respirar. Estaban golpeándome en el estómago de nuevo. O puede que aquél fuera el primer puñetazo del que tenía constancia. Era como si me costase prestar atención a lo que me rodeaba.

De repente, comencé a darme cuenta de lo que sucedía. Uno de ellos me había puesto un cuchillo en la garganta. Y luego volví a oír a alguien que repetía con voz monótona:

—Tiene usted un problema, bwana, es una pena, tiene un problema muy grave.

Entonces empecé a darle vueltas a una idea: «Ten cuidado con esa cosa. Ten mucho cuidado». La tenía cerca de la garganta. No dije nada, sino que me limité a recorrer sus caras una a una. Ellos también se habían quedado inmóviles.

Uno de ellos me arrancó el reloj de pulsera: noté que la correa se rompía con el tirón. Una voz atronadora me espetó a quemarropa:

—Ahora ya no tiene ningún problema, bwana.

De pronto, se echaron a reír mientras bajaban el cuchillo y, acto seguido, uno de ellos me propinó un golpe en un lado de la cabeza y me tiró al suelo. Luego se alejaron, examinando el reloj entre los tres.

Me levanté, vacilante, preguntándome si debía echar a correr. Uno de ellos me hizo señas con gesto airado y luego señaló el coche:

—Venga, lárguese de aquí.

Me marché mientras se desternillaban de risa. Desde entonces, nunca he vuelto a pensar que basta con ser locuaz para salir de un aprieto.

## La mujer que oía voces en el momento equivocado

Pues bien, parte de la fascinación de compartir la vida con gente de un ambiente completamente distinto al tuyo radica en el hecho de poder ver cosas que no existen en el lugar de donde vienes: un extravagante dibujo hecho de cicatrices, el aspecto agradable de la sopera llena de sangre de vaca recién extraída y lista para ser consumida, el desparpajo del chiquillo al que han traído de vuelta de la sabana tras haber sido destrozado por un león, pero después de dejar al león incluso peor parado que él.

Sin embargo, a veces era testigo de cosas que sí ocurrían en mi mundo. Y lo más fascinante era la originalidad con que se explicaban dichas cosas.

Tuve oportunidad de ver algo así cuando Hudson, mi ayudante de ida y vuelta en la investigación, vino a visitarme de regreso al otro campamento de observación de babuinos en el que trabajaba por aquel entonces, y decidí acompañarlo hasta su poblado natal, situado al oeste, a medio día de viaje del parque. Estábamos sentados, dándole a la lengua con los ancianos, cuando en medio de nuestra tertulia de sobremesa se presentó de repente aquel espectro surgido de la sabana. Era un hombre bastante mayor, de aspecto aturdido. Iba sin afeitar, tenía el rostro escuálido y la expresión ausente. Iba descalzo, tenía las puntas de los pies hacia adentro y se cubría con una manta mohosa adornada con borlas en la parte inferior. Babeaba y, a primera vista, cualquiera habría dicho que tenía la cabeza completamente hueca. Los demás se lo quedaron mirando con aquella mezcla de tolerancia e indiferencia con que la gente del lugar suele tratar a los tontos del pueblo. Reanudamos la conversación y, después de farfullar un rato, se fue por donde había venido.

—¿Qué le pasaba a aquel tipo? —le pregunté a Hudson.

—Has visto lo guapo que es, es guapísimo.

—Sí, ya me he fijado en lo guapo que era —respondí yo. En realidad, parecía una ardilla medio ahogada, pero quería ser amable.

—Ese hombre tiene dos mujeres y es tan guapo que se pasaban la vida peleándose para ver cuál de las dos pasaría la noche con él. Como trataba con favoritismo a una de ellas, la otra se enfadó, fue a ver al hechicero y le echó una maldición, por eso ahora no se acuerda ni de su nombre.

—Cuando se tienen dos esposas, ser demasiado guapo puede resultar peligroso —concluyó uno de los ancianos, riéndose de buena gana.

Un principio de Alzheimer, pensé yo. Pero unos meses después, vi algo parecido en el pueblo de Rhoda. Había pasado un día absolutamente tranquilo con los babuinos. Nabucodonosor no había estado haciéndole la vida imposible a nadie ni Job había sido objeto de ninguna salvajada. Benjamín había estado un rato sentado en el techo de mi vehículo, escudriñando de vez en cuando su interior a través del parabrisas, con la cabeza boca abajo. Parecía que Josué empezaba a comprender lo que era el juego al ver luchar a su hijo Abdías con otros chicos. Por entonces, el muchacho ya estaba crecido y Josué se limitaba a hacer muecas amenazadoras a los demás de vez en cuando. Por su parte, Isaac seguía como siempre. No había tenido el menor reparo en renunciar a aparearse con una hembra joven en cuanto Manases había mostrado un mínimo interés por ella y había preferido pasarse el resto de la mañana espulgándose con Raquel. Fue precisamente aquel día cuando, de vuelta en el campamento, tuve la oportunidad de ver cómo se ventilaban los trapos sucios de algunos masai. No creo que se debiese a que entre los masai y yo estuviera surgiendo una relación especialmente íntima, sino más bien a que mi presencia les venía bien porque tenía coche.

Aquel día, Rhoda y otras cuantas mujeres del pueblo entraron corriendo en el campamento muy asustadas. Ver a un masai aterrorizado es tan raro que, cuando ocurre, a uno se le acelera el corazón. Necesitaban mi ayuda, no había tiempo para explicaciones, tenía que coger el coche e ir al pueblo de inmediato, ¡debíamos deshacernos de ella!, no había tiempo que perder, imagínate, matar una cabra. Se trataba de un asunto muy misterioso, pero estaba claro que tendría que acompañarlas al pueblo, me gustase o no.

En cuanto nos pusimos en camino, se tranquilizaron un poco y me explicaron lo que ocurría. En el pueblo había una mujer que se había vuelto

loca, había hecho unas cosas horribles y tenía que irse. Querían que yo la llevase al ambulatorio público, que se encontraba a muchos kilómetros de distancia, en la otra punta de la reserva. Traté de protestar, pero era evidente que no tenía escapatoria. Estaban desesperadas. Por los detalles que me dieron, parecía el típico brote psicótico. Según la descripción que hicieron, los síntomas eran inconfundibles. Lo que estaba claro es que, a pesar de las numerosas veces que había ido al pueblo, nunca la había visto: o bien la habían escondido o bien se había escondido ella misma. Había hecho cosas absolutamente inapropiadas: había perturbado el desarrollo de algunas ceremonias, había desobedecido a los ancianos, pero lo de aquel día era la gota que colmaba el vaso. Se había comportado como una enajenada y había matado una cabra con sus propias manos. Tenía que irse.

Nos acercábamos al pueblo y me preparé para una escena: quizá para una despedida lacrimógena mientras la familia de la mujer se apiñaba a nuestro alrededor y le decía que se pusiera bien pronto y volviese lo antes posible. Quizá la mujer se asustara y nos rogase que no la sacáramos de allí. Quizá cooperase con un gesto de resentimiento. En vez de ello, lo que ocurrió fue que al bajar del coche nos atacó un ser totalmente fuera de control y dotado de una fuerza terrorífica. La mujer echó a correr hacia nosotros a toda velocidad, profiriendo sabe Dios qué gritos de guerra en lengua masai. Era corpulenta y estaba desnuda. Estaba cubierta de excrementos de cabra, sangre y tripas de cabra que le salían de la boca y le resbalaban por la cara. Se lanzó contra nosotros como un bólido y nos derribó con parte de la cabra muerta en la mano. Luego la tiró y me dio la impresión de que estaba decidida a estrangularme.

Verán, yo tengo una imaginación tan rica y saludable como cualquier hijo de vecino, pero ni en mis momentos de más profundo masoquismo se me ha pasado por la cabeza la retorcida idea de ser estrangulado por una enorme *banshee*<sup>13</sup> desnuda cubierta de intestinos de cabra. Pensé que estaba a punto de morir y me pregunté si mis padres se avergonzarían de que su hijo se hubiera ido de aquella forma extraña y bochornosa.

Mientras yo reflexionaba sobre mi mortalidad, Rhoda y las mujeres cayeron sobre ella y, después de forcejear un rato, lograron sujetarla. La metieron a empujones en la parte trasera del *jeep* —en la parte trasera de mi *jeep*, por amor de Dios—, y se echaron encima de ella. Vamos, vamos, me gritaron, y

nos pusimos en marcha en medio de un enorme estruendo.

Como cabía esperar, fue un viaje horrible. Un *jeep* lleno de masai es, en el mejor de los casos, una auténtica experiencia para el olfato, dada la escasez de agua que sufren, y el efecto puede ser francamente nauseabundo cuando todo el mundo está alterado, sudoroso y asustado porque justo en el epicentro del terremoto hay una especie de búfalo acuático berreante con un subidón de polvo de ángel. Por no mencionar las tripas de la cabra calentadas por el sol. Durante el viaje, la mujer gritó, se revolcó e hizo repetidos esfuerzos para agarrarme por detrás y meterme en su guarida de mierda de cabra; por suerte, Rhoda y compañía continuaron forcejeando con ella y la mantuvieron a raya. Fuimos dando botes por la carretera durante más de cuarenta y cinco minutos interminables, cruzamos un río, atravesamos la verja del parque y pasamos por delante de unos guardas forestales de aspecto huraño que, al parecer, consideraban el escándalo algo totalmente natural. En una ocasión, señalé a unas jirafas con la intención de tranquilizarla y hacer ver que todo iba bien y que sólo éramos unos turistas que habían ido a ver animales salvajes, pero ella continuó gritando.

Al final llegamos al dispensario público: un edificio destartado con un solo enfermero con una marcada tendencia a tratar todas las enfermedades como si fueran malaria y a administrar cloroquina a diestro y siniestro. Por lo visto, aquella vez el hombre no hizo el mismo diagnóstico y nos dijo que no permitiría bajo ningún concepto que se quedara a menos que las mujeres lograran meterla por su cuenta en la habitación del fondo; que él no pensaba tocarla. Tras una nueva tanda de forcejeos, empujones y gritos, Rhoda y las mujeres lograron hacerla entrar por fin en la habitación, que procedieron a cerrar con llave y a tapiar con varios objetos.

Los chillidos de la mujer se oían desde fuera. El enfermero nos dio la mano con gesto nervioso. Nos desperezamos y bostezamos al sol.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté—. ¿Esperamos a que se ponga mejor, hablamos con ella a través de la puerta, comentamos su caso con el enfermero?

—Vámonos de aquí —dijo Rhoda, y me obligaron a volver al pueblo.

Acababa de vivir mi primera experiencia de psiquiatría transcultural. Por lo visto, los masai, que llevan una vida completamente distinta a la nuestra, presentan el mismo grado de tolerancia que nosotros respecto a la enfermedad

mental. Metámosla a la fuerza en la habitación, cerremos la puerta con llave y larguémonos de aquí a toda prisa. Durante el viaje de regreso, mientras volvía la tranquilidad y el ambiente que reinaba en el interior del vehículo se hacía más respirable gracias al aire que entraba a través de las ventanas abiertas, me di cuenta de que tenía una magnífica oportunidad para aprender más acerca de su concepto de la enfermedad mental, echar mano del ingenio y practicar un poco de antropología médica y ver cómo se interpretaba una enfermedad como la esquizofrenia en una cultura tan diferente a la mía.

—Rhoda —empecé lacónicamente— entonces, ¿qué crees tú que le pasaba a esa mujer?

Ella me miró como si fuera yo el que estuviese mal de la cabeza.

—Está loca.

—Pero ¿cómo lo sabes?

—Está loca. ¿Es que no ves cómo se comporta?

—¿Cómo has llegado a la conclusión de que está loca? ¿Qué es lo que ha hecho?

—Mató aquella cabra.

—Ah —comenté yo con el tono objetivo propio del antropólogo—, pero los masai se pasan la vida matando cabras.

Ella me miró como si fuera tonto.

—Los únicos que matan cabras son los hombres —dijo.

—Bueno, ¿y qué otras cosas te hacen pensar que está loca?

—Oye voces.

Seguí insistiendo un poco más.

—Ya, pero los masai oyen voces algunas veces —dije, en alusión a las ceremonias que celebran antes de los largos viajes de transporte de ganado, en las que los masai bailan como si estuvieran en trance y afirman que oyen voces.

Y, en una sola frase, Rhoda resumió buena parte de lo que cualquiera necesitaría saber sobre psiquiatría transcultural:

—Sí, pero ella oye voces en el momento equivocado.

Posdata: un año después de que la mujer de las cabras me atacara, volví al

lugar donde realizaba anualmente mi investigación y poco tiempo después me encontré con Rhoda y le pregunté qué había sido de ella.

—Oh, la encerraron y murió. Los masai no soportan estar privados de libertad, así que falleció —dijo, como si el tema le aburriera y lo diese por zanjado con aquella respuesta.

---

13 En la mitología irlandesa, espíritu de mujer cuyo llanto presagia una muerte. (*N. de la T.*)

## Sudán

Era la primera noche que pasaba en Sudán, el país más grande de África, y no encontraba un lavabo por ninguna parte. Hasta entonces, todo me había salido a pedir de boca. Había aterrizado en Jartum aquella mañana: la Sudan Airways, líneas aéreas sudanesas, disponía de combustible suficiente para hacer aquel vuelo semanal. En el aeropuerto, logré subir a un coche que me llevó al fin del mundo, a una aldea destartalada de una sola calle tras cuyas chozas se extendía el desierto. Cumplí con el requisito de presentarme a la policía, que resultó ser un solo hombre con un uniforme harapiento. Se trataba de un tipo simpático, que me hizo numerosas preguntas sobre mi apellido, que, por lo visto, le había hecho mucha gracia.

—Usted no es de aquí —concluyó.

Reconocí que tenía razón y me invitó a montar la tienda de campaña en el jardín de la comisaría, entre las matas de maíz medio muertas, las gallinas y una serie de desechos difíciles de identificar. Todo marchaba sobre ruedas, salvo el hecho de que llevaba todo el día queriendo ir al retrete y a aquellas horas, cuando ya anochecía, la situación empezaba a ser crítica. En el exterior no había ningún excusado a la vista y pensé que no debía defecar en su jardín; no quería meter la pata hasta el fondo en mi primera noche. Me acerqué al hombre, que estaba sumido en pensamientos crepusculares. Le pregunté si tenía cuarto de baño. Sin embargo, aunque hablaba bien el inglés, no conocía aquel término.

—¿Y un aseo?

Asintió con gesto firme y seguro y luego desapareció en la parte de atrás de la casa y volvió con más té, que era lo que él creía que le estaba pidiendo. Ya no podía aguantar más y cada vez estaba más nervioso.

—¿Qué me dice de un urinario? ¿El servicio de caballeros? ¿Un retrete? —

Ni flores—. ¿Un lavabo? ¿El mingitorio? ¿El váter? —Nada de nada.

Desesperado, me agaché e hice como si defecara. De repente, el hombre comprendió lo que quería decirle y se puso a gritar de alegría.

—¡Ah, usted se refiere a la letrina! ¡En Sudán lo llamamos letrina! ¿Conoce la palabra «letrina»?

—Sí, sí, conozco la palabra «letrina». Por favor, ¿tiene una por aquí cerca?

—No, en Sudán no tenemos letrinas. Esto es Sudán, aquí hacemos nuestras necesidades de un modo natural, porque somos un pueblo libre.

Y, dicho esto, va y me agarra de la muñeca y me lleva a la calle principal del poblado, sumergiéndose en la oscuridad con una linterna en la mano. Se detiene y, valiéndose del foco de luz, señala enérgicamente un punto situado en mitad de la calle.

—¡Éste es el sitio que busca! ¡En Sudán no tenemos letrinas, así que no tiene más que aliviarse ahí mismo!

Qué demonios. Me bajo los pantalones, me pongo en cuclillas, deseando con todas mis fuerzas que me quedase aún un trozo de papel higiénico en el bolsillo. Me enfoca con la linterna.

—No se moleste —le digo—, ahora ya me encuentro bien, muchas gracias, no es necesario que me espere, volveré dentro de...

—¡No, prefiero quedarme aquí para asegurarme de que está bien! ¡Esto es Sudán! ¡Usted a su aire! —grita él—. ¡Es nuestro invitado!

«¿Nuestro?». Horrorizado, me doy cuenta de que hay un montón de gente cerca, todos los habitantes del poblado. ¿Quién hubiera podido resistirse a una cosa así? Oigo unas risitas sofocadas y el tono agudo e inconfundible de una risa femenina. El hombre mantiene el haz luminoso fijo en mi culo. Me resigno, apoyo la barbilla en mis manos y dejo mi impronta en el poblado, entre lo que me parecen murmullos de aprobación. Y, durante todo el tiempo y entre todas las voces, destaca una que no para de repetir como un voceador circense:

—¡Esto es Sudán! ¡Es nuestro amigo! ¡Éste es un país libre! ¡Libérese usted también!

Fui a Sudán de vacaciones después de que la banda de los Seis derrocara a Saúl. El país más grande de África y uno de los más pobres, un páramo

inhóspito, vacío y seco que el Nilo atraviesa por la mitad. Caos, hambre, una mitad árabe musulmana en el norte y otra mitad negra animista en el sur que llevan varias décadas enzarzadas en una guerra civil. Un calor asfixiante, tormentas repentinas que dan lugar a ríos en cosa de segundos, puentes sobre el Nilo separados por cientos de kilómetros, cuatro kilómetros de carretera asfaltados en todo el sur, caminos impracticables seis meses al año. Revueltas, golpes de estado, refugiados procedentes de todos los países vecinos, plagas de langosta, insurrecciones tribales. Fue en Sudán donde cometí el peor error literario de mi vida.

Ya había cometido equivocaciones similares con el tema de la comida en viajes anteriores. La primera excursión que hice fue un desastre por culpa de un error alimentario. En el instituto de Brooklyn, decidimos que había llegado la hora de convertirse en hippies rurales, y planeamos recorrer a pie un tramo del Sendero Apalache<sup>14</sup> situado a sólo unos sesenta kilómetros de Manhattan durante las vacaciones de Pascua. No teníamos ni idea de lo que nos traíamos entre manos. Hicimos correr la voz y poco tiempo después éramos veinticuatro las personas que participábamos en la planificación del viaje. Al final, dio la casualidad de que la fecha elegida coincidía con la Pascua judía y nos distribuimos en varios grupos diferenciados por el tema de la comida.<sup>15</sup> Estaban los judíos que observaban la dieta propia de los días de Pascua y además eran vegetarianos. Estaban los no vegetarianos que no celebraban la Pascua. Y los vegetarianos que no celebraban la Pascua. Y así sucesivamente. Hicimos una serie de turnos de guardia para ver quién permanecía despierto durante distintas horas de la noche con el fin de protegernos de los pumas y las serpientes venenosas. Discutimos sobre la colocación de los sacos de dormir, determinamos quién debía dormir al lado de quien, llenos de excitación debido a los absurdos enamoramientos existentes entre algunos de los componentes del grupo. Pasamos varias semanas encontrándonos cada día después de clase para planificar aquel viaje de fin de semana. Para redondear aquel ejercicio de estupidez colectiva, necesitábamos algún tipo de gesto comunitario que nos uniera hasta convertirnos en un grupo de excursionistas utópicos. Decidimos repartir las cargas de todos los participantes y distribuir las según el tipo de alimento: cuatro o cinco personas llevarían el agua de todos los demás. Otro llevaría las galletas saladas del grupo. El de más allá haría lo mismo con el queso. De ese modo, seríamos fuertes e

interdependientes y estaríamos unidos. Nos colocaríamos alrededor de la fogata y actuaríamos como proletarios a medio camino entre el socialismo y el realismo mientras los demás cantaban canciones folk.

No habíamos recorrido ni un kilómetro cuando ocho personas abandonaron la excursión por culpa del agotamiento. En un solo kilómetro, los demás nos las habíamos arreglado para desafiar la lógica espacial y para entonces ya estábamos a kilómetros de distancia los unos de los otros. Yo acabé en compañía de un amigo llamado Kenny Friedman y no tenía ni la más remota idea de dónde se encontraban los demás. No volvimos a ver a nadie. Por desgracia, la única cosa comestible que llevábamos era chocolate y apio, nada más, ni siquiera agua. Sobrevivimos a base de atiborrarnos de chocolate, pero pasamos la mitad de la noche sin poder pegar ojo, torturándonos mutuamente con descripciones de bebidas y llorando la ausencia de Alana Goldfarb, la flautista a la que no habíamos logrado convencer para que viniera de excursión con nosotros.

Aún tuve peor suerte con la comida en mis excursiones por el desierto. La primera vez que estuve en uno fue en Kenia y por pura casualidad. Hice autostop hasta el monte Elgon, situado en la frontera con Uganda, un pedrusco nevado de unos tres mil metros de altitud habitado por elefantes que vivían en cuevas. Iba provisto de mi ropa interior térmica y mis prendas de lana, además de comida adecuada para la montaña: naranjas, queso y chocolate. Daba la casualidad de que los soldados de Idi Amín se dedicaban a secuestrar a los alpinistas extranjeros y los blancos tenían prohibida la entrada. Decepcionado, regresé al pueblo más cercano haciendo autostop y vi un camión que se dirigía al norte, hacia el desierto. Subí al vehículo y me pasé la semana siguiente vagando medio muerto de insolación por el desierto de la frontera etíope con mis calcetines de lana, mis mitones de plumón y mi queso derretido. Cuando están bastante calientes, las naranjas pueden incluso secarse hasta el punto de contraerse hacia adentro y desprenderse de la cáscara. Y cuando uno las pela, aparece una estupenda naranja petrificada no apta para el consumo.

La siguiente excursión al desierto la planifiqué mejor, lo que equivale a decir que se trataba de un viaje al desierto planeado expresamente. Fui a uno de aquellos flamantes supermercados de Nairobi y compré los comprimidos de sal, las galletas saladas y los líquidos que solía adquirir. Quería fruta seca; había decidido que era ideal para el desierto, ya que siempre me había

imaginado a mí mismo vagando por el desierto y comiendo fruta seca, como en la Biblia. Era carísima. Las piñas secas, los cocos secos y los plátanos secos iban a dejarme sin blanca. Saltaba a la vista que por allí no había alimentos de primera necesidad. De pronto, vi una tableta de tamarindos secos. No tenía ni idea de lo que eran, pero como estaban tirados de precio, compré dos paquetes: dos kilos de peso en total.

Al atardecer del primer día abandoné el único pueblo que hay en la zona oeste del desierto Turkana y, al ponerse el sol, conseguí llegar a pie a la cima de un cono desierto de toba volcánica. Monté la tienda de campaña y contemplé el panorama flotante y vertiginoso de aquel planeta vacío y agostado que se extendía a mis pies. Me senté a comer, abrí la tableta de tamarindos y le pegué un bocado. Una sensación gustativa de una asombrosa intensidad me atravesó la cabeza de inmediato. Es como si me hubiera vaciado en la boca una botella de mostaza y, antes de tragármela, hubiera añadido un poco de pasta de levadura, un trozo de queso francés de olor nauseabundo y un pescado podrido. Multiplicado por cien mil, da una idea del sabor tan penetrante que tenía aquello. Incluso la palabra «sabor» dejó de tener sentido. Aquello iba más allá de la simple experiencia gustativa. Era como si todas las neuronas de mi cerebro hubieran recibido la orden de «degustar», como si estuvieran frotando cada una de mis células nerviosas con un papel de lija hecho de tamarindo. Y resultaba que había traído suficiente tamarindo seco como para que todos los hombres, mujeres y niños que había al sur de El Cairo tuvieran alucinaciones gustativas. Por muy arrugado, curtido, implacable y peligroso que fuera, a cualquier hechicero del desierto que tomase un trozo de aquel tipo de tamarindo seco se le habría revuelto el estómago y se le habrían aflojado las piernas. Pasé toda la noche despierto, escupiendo sin parar para tratar de quitarme aquel sabor de boca. Otro viaje arruinado.

Sin embargo, durante mi estancia en Sudán, lo que provoqué fue una catástrofe literaria. A la mañana siguiente a la noche que pasé en casa del policía, tuve suerte y no tardé en subir a un coche que me llevó hasta el Nilo. Poco después, me encontraba en una barcaza que se dirigía hacia el sur. Pasé los diez días siguientes remontando el río en dirección a Juba, la capital del sur de Sudán, situada a unos mil doscientos kilómetros de distancia. Se trataba de la única ruta que unía las dos mitades del país durante la mayor parte del año.

Cargamos. Mi barcaza estaba atada junto a otras cuantas a una especie de remolcador. La barcaza tenía una mampara central con un toldo en la parte superior. Los pasajeros estaban sentados en el suelo y recostados contra ella. Me acomodé sobre la mochila, al lado de dos árabes corpulentos vestidos con túnicas que sonreían y no me prestaban la menor atención. Unos trabajadores negros empapados en sudor no paraban de meter cabras, pollos, sacos de carbón y alimentos, toneles y cajones en la embarcación siguiendo las órdenes que el capataz árabe profería a voz en grito. A pesar de que la gabarra iba tan cargada que sólo sobresalía un par de centímetros por encima del nivel del agua, ellos continuaban apilando bidones y cajas de cartón sobre la cubierta. A pesar del toldo, hacía un sol de justicia. No sabía por qué, pero era emocionante encontrarse mal, mareado y con ganas de vomitar mientras permanecía sentado sin hacer nada. Sí, estaba en el desierto, de eso no cabía la menor duda.

Al final nos pusimos en marcha. Entusiasmado, recorrí con la mirada todo lo que había a mi alrededor. Quería estudiar a los pasajeros, ver la transición entre los mercaderes árabes del norte y los agricultores negros del sur. Quería encontrar a alguien que me enseñase el árabe, escribir las canciones tribales en papel pautado y aprenderlas con ayuda del magnetófono. Observaría a los pescadores y a los hipopótamos, a los cocodrilos y a los nómadas que iban al río a dar de beber a sus camellos. Pensaría que todo aquello permanecía intacto desde hacía miles de años, que los británicos, los egipcios, los turcos, los etíopes y así sucesivamente hasta llegar a los romanos, habían ido allí a imponer su supremacía y al final habían desaparecido del mapa; que, después de ellos, todo ha seguido igual y que aquel río había dado origen al mundo. Atravesaríamos el gigantesco laberinto del pantano del Sudd cubierto de juncos, cruzaríamos las tierras de la tribu nómada de los dinka, retrocederíamos siglos enteros hasta que el tiempo desapareciera y sólo quedarán la luz y el calor y el movimiento del agua. Después de pasar un par de horas dando vueltas a aquellas tonterías, estaba que me subía por las paredes de puro aburrimiento.

Saqué el libro que había traído. En cada viaje me llevo un libro gordo y puesto que aquél iba a ser un viaje largo, había elegido un verdadero tocho. En Nairobi había comprado los libros a peso y con el dinero que tenía había adquirido el libro más grueso que pude encontrar. Se trataba de *José y sus*

*hermanos*, de Thomas Mann, una adaptación de trepecientas mil páginas de la historia bíblica del mismo nombre. No tardé mucho en darme cuenta del tremendo error que había cometido. Había ido a pasar un mes a Sudán y el único material que me había traído para leer cuando estuviese cansado de mirar el paisaje del desierto eran las prolijas e inacabables descripciones que Mann hacía del mismo al insoportable ritmo de una escena de cinco páginas por varios cientos de páginas de descripciones de higueras y distintos tipos de caravanas de camellos y, si la memoria no me falla, capítulos y más capítulos sobre el proceso de secado del tamarindo. Es el peor error literario del que tengo noticia, a excepción del caso del sesudo estudiante alemán que quería mejorar su pobre inglés durante su viaje por África y el único libro que se había traído con tal propósito era *El almuerzo desnudo* de William Burroughs, una obra que, a los que no la conozcan, les diré que es el típico relato *beat* de los años cincuenta sobre el consumo abusivo de drogas. Un texto compuesto por un veinte por ciento de palabras que no se han utilizado en inglés ni antes ni después de su publicación y un cinco por ciento de símbolos y auxiliares que sustituyen a la sintaxis. Deseaba con todas mis fuerzas haber comprado la versión original alemana de *José y sus hermanos*, ya que no conozco la lengua y al menos podría haber seguido leyendo sin entender nada. En vez de ello, me preparé para pasar diez días de calor, alternando la contemplación del desierto en un estado de deshidratación semicomatosa con la lectura obligada de las descripciones que Mann hacía de él en su rígido y tortuoso estilo germánico. Habría dado lo que fuese por haber podido leer alguna comedia de costumbres inglesa o alguna novela de espionaje de alta tecnología ambientada en la Sección Estratégica de las Fuerzas Aéreas. O una guía telefónica. Cualquier cosa.

Los días transcurrieron lentamente. Dormíamos en cubierta, comíamos en cubierta, nos sentábamos en cubierta. Al principio, traté de defecar por uno de los lados de la barcaza, pero estaba tan mareado por culpa del calor y la deshidratación que, cuando me ponía de pie al acabar, estaba seguro de que acabaría cayéndome de espaldas al Nilo y sus cocodrilos. Me acostumbré a hacer lo mismo que los romanos y defecaba en la barcaza como todo el mundo. Sin embargo, el problema no tardó en resolverse por sí solo, ya que estaba tan deshidratado que tenían que pasar varios días para poder expulsar con gran dolor unas heces duras como piedras. Todos los demás defecaban con gran

entusiasmo y cada mañana, los marineros echaban varios barriles de agua del Nilo sobre la cubierta, en teoría para arrastrar lo que había allí y arrojarlo por la borda, pero, por lo general, para acabar formando una mezcla compacta de excrementos humanos y mierda de cabra que luego se nos volvía a pegar en los pies descalzos y no tardaba en secarse al sol.

Los comerciantes árabes que estaban sentados a mi lado se encariñaron conmigo y se carcajaban de mí, me daban golpecitos en la espalda, me escupían a los pies y me aconsejaban que tuviera cuidado con los sudaneses negros del sur. Unos días más tarde, los negros del sur me dijeron lo mismo de los árabes. Mahmud, uno de los comerciantes, me tomó un cariño especial y me contó la historia de la única visita que había hecho a Inglaterra hacía unos años. La explicaba bien y, dadas las circunstancias, yo estaba encantado de que la repitiese una y otra vez. Aunque trataba de ocultarlo, parecía estar locamente enamorado de la reina o de la reina madre, no estoy muy seguro.

Poco a poco, mi mente se habituó al calor asfixiante y a las repeticiones, que es lo mismo que decir que matar el tiempo se convirtió en algo sin sentido. Al cuarto o quinto día mi principal ocupación diaria consistía en recordar los nombres de todos mis maestros de enseñanza primaria. Me despertaba y pensaba: «Hoy tengo que recordar los nombres de mis maestros». A continuación, daba un paseo por cubierta. Si tenía un día negro, defecaba con mucho dolor, escuchaba a Mahmud explicar la encantadora historia de su visita a Inglaterra, comía un poco y daba una cabezadita para combatir el calor. Luego, algo más fresco, lograba acordarme de cómo se llamaban los de los primeros cursos. Me dormía y echaba otro sueñecito. Me despertaba, con los sentidos aguzados y el nombre de los de la guardería en la punta de la lengua. Después de eso, era como si perdiera la noción del tiempo. A última hora de la mañana, había logrado llegar hasta el cuarto curso, pero entonces el sol empezaba a pegar fuerte y ni siquiera recordaba la especie a la que pertenecía, y mucho menos los nombres de los profesores. Otra siestecita. Por la tarde refrescaba un poco y estaba listo para dar el último empujón. Era capaz de repetir una y otra vez toda la lista hasta cuarto curso sin dudar ni un momento. Cuando ya estaba a punto de alcanzar la cima, dos árabes empezaban a pelearse por allí cerca o una cabra tenía convulsiones o se producía cualquier otra distracción que se convertía en el momento álgido del día. La mente se quedaba en blanco y cedía el lugar a la perplejidad del que

contempla la escena con la boca abierta y los ojos desorbitados. Poco después llegaba la hora de irse a dormir y había que dejar la tarea para el día siguiente.

Más o menos a mitad del viaje cruzamos la región del Sudd, aquel interminable pantano cubierto de juncos que convierte el Nilo en un laberinto. Lo único que recuerdo de él es el calor, los mosquitos y la horrible sensación de paranoia que tenía al pensar que podíamos perdernos allí dentro, una sensación que me ponía nervioso y me obligaba a apretarme las rodillas todo el tiempo. Por muy improbable que parezca, llegas a convencerte de que puedes reconocer un grupo aislado de carrizos y estás seguro de que hay uno en concreto que ya has visto antes. Llegas a la conclusión de que estáis navegando en círculos y que así no vais a ninguna parte. Pasas horas a la espera de asesinar al piloto por haberse extraviado y no ser lo bastante hombre para reconocerlo, y luego te echas a temblar cada vez que piensas que puede llegar a admitirlo y confirmar así tus peores miedos. Temes que a Mahmud y a los muchachos les dé entonces por desenvainar sus cimitarras en un arranque de cólera y decapitar al pobre diablo de un modo ritual para luego hacerse con el control de la embarcación, sumirse en confusas y antagónicas discusiones sobre la dirección que hay que tomar y ver cómo la anarquía, la violencia, el hambre y el caos se apoderan de la gabarra mientras los pasajeros encuentran una muerte horrible perdidos en medio de la ciénaga.

Naturalmente, salimos del Sudd sin la menor dificultad.

Quedaba poco para llegar a Juba, nuestro destino final y una ciudad que ocupa un lugar prominente en las emociones colectivas de los sudaneses negros del sur. Por lógica, Sudán, un territorio inmenso y desorganizado víctima de una imposible dicotomía, tendría que haber dado lugar a dos países diferentes, uno árabe al norte y otro de raza negra al sur. En vez de ello, es una nación inviable dominada por los árabes. Si alguna vez Sudán llegara a convertirse en dos países distintos, Juba sería la capital de la zona sur, una reivindicación que había originado una guerra civil que duraba ya varias décadas. Juba, la hermosa y elegante capital de Nubia, o como quiera que vaya a llamarse el futuro país, era una colección de chozas y tiendas de refugiados adornadas con chapiteles de polvo donde hace un calor sofocante y sólo hay cuatro kilómetros de carretera asfaltados, los únicos de un total de novecientos kilómetros. Fue en Juba donde tuve una fuerte crisis de ansiedad por razones

que seguramente no habría podido entender nadie en nueve mil kilómetros a la redonda. Y fue también en Juba donde experimenté la mayor sensación de extrañamiento que he tenido nunca durante todo el tiempo que pasé en África. Durante mi primera noche en la ciudad, unos misioneros baptistas del sur de Estados Unidos se ofrecieron a darme alojamiento.

Estaban en el muelle, aguardando la llegada de unos toneles de no sé qué cosa, me vieron inmediatamente y me invitaron a quedarme en su centro. No, no me interpreten mal: durante el día que estuve allí, no fui víctima de ningún ejercicio de proselitismo. Lo que ocurría era que me parecían mucho más extraños que cualquiera de los indígenas medio desnudos con los que había pasado las semanas anteriores. Sólo había parejas sureñas que habían pasado años cultivando la tierra o sirviendo sopa en la cantina de la escuela o trabajando en la fábrica Chevrolet antes de que Dios les dijese que debían ir a Juba y comer comida basura enlatada en su complejo residencial. No sabía muy bien a qué se dedicaban, pero de lo que estaba seguro era de que no iban por ahí estrechándoles la mano a los infieles, al menos no a los de Sudán. Nadie, ni siquiera Bud y Charlene, que parecían ser los líderes y llevaban cuatro años en Juba, fue capaz de decirme dónde estaba el mercado municipal. Tampoco sabían cuál era la carretera que llevaba a la frontera de Zaire, si había alguna línea de autobuses que salieran de Juba en dirección a alguna parte ni si los jubaneses tenían tres brazos o hacían la fotosíntesis. No sabían nada del lugar. No creo que salieran nunca del recinto excepto para ir al muelle a buscar los barriles de provisiones que venían en el barco, o al aeropuerto, a recoger las remesas de comida enlatada que les llegaban en el avión de su organización, cuya sede central se encontraba en Nairobi. ¡Y qué comida, Dios mío! Incluso yo, que me había criado en un mundo de palomitas de maíz y batidos de chocolate de bote, estaba emocionado. Latas de queso para fundir. Latas de fiambre de carne de cerdo. Latas de sirope de chocolate. Por el amor de Dios, latas de dátiles de importación en medio de un mar de dátiles, el único producto agrícola del sur de Sudán. Me dediqué a holgazanear, ducharme, leer números atrasados de la revista *Life* y esconderme en mi habitación. Por la noche tuve una nueva experiencia, mi primera película de vídeo; nos sentamos en la glorieta cubierta de mosquiteros y vimos una de Clint Eastwood, una película con una falta casi total de coherencia que, por desgracia, no era lo bastante incomprensible como para

instarte a abandonar cualquier intento de seguirle el hilo a la historia. Todos nos perdíamos a menudo y teníamos que parar la película para discutir si era cierto que el tipo de las gafas trabajaba para los rusos o si sólo estaba fingiendo.

Amanece y Edna aparece con un enorme radiocasete a todo volumen. Coro masculino, acompañado al banjo, cantando a grito pelado «Oh, Susannah», «You're an old smoothie» y «Pack Your Troubles In An Old kit bag». Todos nos levantamos y pusimos la mesa en un santiamén para tomar un desayuno a base de huevo en polvo enlatado mientras cantábamos «Swanee» a voz en cuello. Luego me largué de allí.

Deambulando por la ciudad, fui a dar con la insólita Universidad de Juba, donde tuve la crisis de ansiedad. La había mandado construir el gobierno árabe del norte como concesión al estado lastimoso y al subdesarrollo crónico en que se encontraba el sur negro, para luego llenarla casi exclusivamente de estudiantes árabes procedentes del norte. Dado que hacía poco que se había producido una extraña revuelta, el lugar estaba medio vacío y, tal como mandaban los cánones, alguien vestido de uniforme se había encargado de romperles la crisma a los estudiantes y los había mandado de vuelta a casa para hacerlos rabiar de impaciencia junto a las aguas estancadas infectadas de malaria. Había unos cuantos estudiantes en el recinto universitario, probablemente los contrarrevolucionarios que habían conseguido salir del apuro. Fui a la biblioteca, donde encontré al bibliotecario durmiendo sobre la mesa. Miré a mi alrededor. La pintura verde de las paredes estaba descascarillada y había grietas en los muros. Parecía uno de esos viejos balnearios de Atlantic City, ni siquiera le faltaba el típico dedo de arena, que había entrado debido a la falta de cristales o mosquiteros en las ventanas. Había libros desperdigados por la sala, sobre todo en inglés. Algunos libros de tipo técnico, unas cuantas publicaciones desfasadas: entre otras, una revista india de botánica y una colección de revistas italianas de biología experimental. De repente, vi algunos números de *Nature*, la revista británica que probablemente sea la principal publicación científica del planeta. Y sólo tenía un retraso de tres semanas. En la cubierta llevaba impresas las palabras: «Obsequio de la Embajada Británica y la Sudan Airways». Ajá, pagada por la primera y distribuida por la segunda. De ahí su relativa actualidad.

La hojeé, emocionado por aquel contacto con el mundo exterior. Y, mientras

estaba allí de pie, vestido con aquellas ropas del desierto y con la arena lamiéndome los pies, descubrí que un grupo de New Haven acababa de publicar el experimento que yo pensaba hacer cuando volviese a Estados Unidos, y que estaba relacionado con una hormona del estrés segregada por el cerebro que se había descubierto hacía poco. ¡Me lo han pisado! ¡Me lo han pisado! Aquellas palabras no dejaban de resonar en mi mente. Me habían chafado la primicia en Sudán. Empecé a respirar cada vez más deprisa. ¿Qué hacía yo en aquel sitio? En algún lugar, lejos de allí, la ciencia avanzaba a toda velocidad y había gente vestida con batas blancas que brindaba por el éxito y abría botellas de champán para celebrarlo entre comentarios agudos y anécdotas sobre Bertrand Russell y madame Curie, y todo aquello estaba ocurriendo en aquel preciso instante. Había unos ancianos y venerables microbiólogos que se habían sentado a redactar su obligado ensayo sobre ética y biología, unos profesores adjuntos recién contratados que se dedicaban a malgastar sus becas y allí estaba yo, sin poder moverme del sur de Sudán y con unos pies llenos de hongos que no me dejaban vivir. ¡Tenía que hacer algo inmediatamente!

Salí a la calle a toda prisa en busca de una cabina. La más cercana debía estar a muchos cientos de kilómetros de allí. Aunque en aquel momento hubiera aparecido una como por arte de magia, no habría sabido a quién telefonar, pero lo cierto es que sentía la imperiosa necesidad de llamar por teléfono. Estuve un rato dando vueltas, presa del nerviosismo, sopesando la idea de coger a unos cuantos jerbos y criarlos para utilizarlos en experimentos de laboratorio y usar mi cuchillo del ejército suizo para fabricar tubos de ensayo de madera. A la salida del campus, me encontré con dos pequeños escolares que me hicieron una solemne reverencia. Me dijeron: «Hola, visitante», y me entregaron una flor. Luego se alejaron riéndose y diciéndome adiós con la mano. Aquello me puso de buen humor y me hizo olvidar a aquellos astutos competidores de New Haven durante el resto de mi visita a Sudán.

Pasé unos días deambulando por Juba, reuniendo información sobre el extremo sur del país: qué se podía ver en la zona; qué carreteras llevaban hasta allí; cuáles estaban a salvo de los rebeldes y/o de las tropas del gobierno; por cuáles circulaban los camiones. Un trabajador extranjero de una empresa de obras públicas me puso al corriente de las últimas noticias sobre

la guerra civil. Un avión de las Fuerzas Aéreas sudanesas había tenido que aterrizar en el desierto por culpa del motor y daba la casualidad de que había tomado tierra junto a una base rebelde. Maldita sea, pensaron los rebeldes, vamos a quedarnos con él, pero el avión despegó antes de que pudieran hacerlo. Irritados, dieron rienda suelta a aquella rabia contenida y, en vez de ello, cogieron a una docena de auxiliares franceses y a cambio exigieron al gobierno treinta mil libras esterlinas, zapatillas de deporte, pantalones y la posibilidad de hablar por la radio. Un heroico piloto canadiense se presentó voluntario para actuar al mismo tiempo como intermediario y rehén, y facilitó a los prisioneros información secreta sobre el momento en que el ejército tenía previsto intervenir. La noche elegida, echaron pastillas de dormir en el agua de los rebeldes. Por supuesto, el ejército llegó con dos días de retraso y, cuando lo hizo, los rebeldes salieron corriendo y se escondieron en el bosque, pero no antes de soltar a los rehenes y decirles que no estaban a salvo y que salieran de allí a toda prisa. Pero basta de hablar de la guerra.

En cuanto a Juba, hay que decir que era una ciudad destartada e invadida por refugiados procedentes de todas partes: de la Uganda de Amín, de la guerra del Chad, de la Etiopía de Mengistu, del canibalismo que Bokassa practicaba en la República Centroafricana. Un hormiguero de personas amables y derrotadas. Algún que otro británico de aspecto pétreo y peligroso, con pequeñas zonas del cuerpo gangrenadas invariablemente como resultado de algún accidente con machete ocurrido en Zaire antes de poder esquivar a los soldados. Gente que no paraba de soltar bravuconadas con aire arrogante y un acento *cockney* casi ininteligible. Un gran mercado en el centro de la ciudad rodeado de mezquitas, una mujer de una tribu agrícola sentada en el suelo vendiendo tomates, dátiles, cebollas, pan de centeno, leche caliente y azúcar, con las provisiones diseminadas sobre los mantones extendidos ante ella y apiladas formando figuras geométricas. Algún que otro miembro de la tribu dinka, aquel pueblo ganadero parecido al masai, deambulando por el mercado: alto, delgado, misterioso, distante, distraído, indiferente. Individuos extraños, pero peligrosos, aferrados a sus lanzas.

La gran noticia estaba en la cárcel. Hacía poco, el gobierno del norte había impuesto la sharía o ley islámica, una razón de peso para volver a atizar los rescoldos de la guerra civil hasta hacerlos arder en llamas. Aquella tarde se cortaría por primera vez la mano a un ladrón en un acto público. Se había

congregado una muchedumbre integrada por meridionales de raza negra furiosos por la imposición de la sharía en sus vidas regidas por el animismo y la religión cristiana, y se estaba gestando una revuelta. Decidí no asistir al espectáculo.

Sin embargo, lo que más llamaba la atención de Juba eran los cuatro kilómetros asfaltados de carretera, frecuentados de un modo incansable, inútil y exclusivo por vehículos de gran tamaño dotados de aire acondicionado pertenecientes a varios organismos extranjeros que proporcionaban a Juba tres cuartas partes de sus razones para existir, además de la mayoría de las latas de fiambre de carne de cerdo que ya no utilizaban. El personal de ayuda humanitaria de Estados Unidos, los grupos británicos de ayuda a los damnificados, el Alto Comisionado para los Refugiados de las Naciones Unidas, los misioneros, el personal noruego de ayuda humanitaria, los traductores de la Biblia; todos recorrían incansablemente aquellos cuatro kilómetros para visitarse, tomar copas y comida basura enlatada y sacarse de quicio los unos a los otros. Creo que nunca vi un solo automóvil sudanés en el barrio elegante de Juba.

Por desgracia, lo más probable es que no hubiese ningún vehículo que se dirigiera al lugar al que yo quería ir, que eran los bosques situados en la frontera con Zaire, donde podían encontrarse chimpancés. Todo el mundo conocía el bosque y sabía de la existencia de los chimpancés, pero como nadie había oído decir que alguien hubiera puesto el pie allí, tuve que conformarme con mi segunda opción: una cadena de montañas llamadas los Imatong emplazada en la frontera con Uganda. En ella se hallaba el pico más alto de Sudán y, por lo visto, una meseta de setenta y cinco por noventa kilómetros suspendida sobre el desierto. Justo al borde del bosque se encontraba un poblado maderero, un campamento que probablemente constituía la empresa más floreciente (y también la única) del sur de Sudán. Había una carretera que conducía hasta allí y un camión cargado de provisiones para el poblado que estaba a punto de abandonar Juba.

Conseguí una plaza en el camión y me instalé en él más contento que unas pascuas. El vehículo fue llenándose de gente, pero iba confortablemente sentado en un saco de harina de maíz. Muy satisfecho, volví a la prolija descripción que hacía Thomas Mann de cómo José y sus hermanos sujetaban los sacos de tamarindo seco a los burros durante sus largos viajes por el

desierto, el intrincado nudo con que ataban las sillas de los camellos, etcétera. No sé cómo, perdí la noción del tiempo hasta que, al anochecer, me di cuenta finalmente de que el camión iba lleno hasta los topes y aún no se había movido del patio. No tenía gasolina. Resultó que estábamos haciendo cola en la única gasolinera de Juba (por supuesto, sin contar los suministros privados que las organizaciones de ayuda humanitaria habían recibido por avión). Estábamos más o menos en el séptimo lugar de la cola y aquel día sólo había llegado una vieja camioneta con un solo barril de gasolina que estaba atendiendo a tres de los camiones. Salimos para pasar la noche fuera, dormimos en la arena que había alrededor del camión y al amanecer regresamos a nuestros puestos, listos para iniciar nuestro raudo viaje a los montes Imatong. Pasó otro día y éramos los segundos de la cola. Por fin, al día siguiente, nos llenaron el depósito y nos pusimos en camino. Para entonces, había aumentado el número de pasajeros que atestaban el interior del vehículo, y teníamos que apoyarnos sobre una sola pierna y aferrarnos con gran esfuerzo a una barra de metal con las puntas de los dedos, mientras los viajeros de más edad no paraban de darnos codazos en las costillas cada vez que el camión se sacudía. Íbamos apretados como sardinas entre las pilas de provisiones con destino al poblado maderero. Nos detuvieron a unos cien metros de allí, al aproximarnos al puente sobre el Nilo, y hubo que descargar los sacos y hacer bajar a todos los pasajeros para someterlos a una inspección militar. Los soldados árabes pincharon las bolsas con lanzas para determinar si había gente que viajaba de forma clandestina, abofetearon repetidamente a una mujer por protestar y me preguntaron en un tono de absoluta seriedad cómo se llamaba la ciudad que estaba a punto de abandonar. Aprobé el examen y los árabes se apresuraron a interrogar al individuo que tenía al lado.

Al final nos pusimos en marcha y, como por arte de magia, todos recuperamos exactamente el mismo puesto que ocupábamos antes de llegar al control. Durante las doce horas siguientes logramos recorrer unos doscientos kilómetros dando bandazos por un camino polvoriento a más de cuarenta grados centígrados de temperatura. Hacía un calor asfixiante y el vehículo no paraba de sacudirse y balancearse de un lado a otro por culpa de aquella carretera de mala muerte. Gente que apenas tenía dónde agarrarse, falta de toldo, niños vomitando por todas partes. Aunque las barras de metal se habían puesto tan calientes que era imposible tocarlas durante más de un segundo,

cada vez que el camión daba una sacudida, te aferrabas a ellas con todas tus fuerzas porque te iba la vida en ello. Llevaba la cabeza cubierta con un mantón y botellas de agua que cuidaba como un tesoro y gasté mucho antes de lo previsto. Empezó a dolerme la cabeza, que parecía a punto de estallar. Me di cuenta de que respiraba muy deprisa. Una de las veces que paramos junto a un pozo excavado en el suelo, pasé por alto una de las reglas esenciales del consumo de agua en el desierto, que es la de no beber nunca lo suficiente para apagar la sed, ya que lo más probable es que el agua esté en mal estado y te entren ganas de vomitar. Me bebí el líquido de un trago y al cabo de un cuarto de hora me había puesto de color verde y estaba tambaleándome por culpa de las náuseas. Comenzaron a dolerme los ojos y empecé a sentir un dolor punzante en la ingle. Pasé las seis horas siguientes tratando de reprimir las náuseas y no ponerme a gritar. Era imposible seguir con Thomas Mann; aquella masa humana me tenía tan oprimido que no podía ni levantar los brazos. Una vez más, traté de recordar la sagrada lista formada por los nombres de mis profesores de enseñanza primaria. Pasé horas recitando mentalmente los dos primeros párrafos de la exposición oral de mi tesis, que esperaba presentar al año siguiente. Traté de esbozar una posible conferencia sobre la organización social de los babuinos para olvidarme de todo aquel rollo, pero no pude concentrarme. Traté de fantasear con la estudiante en prácticas del laboratorio de mi supervisor académico que el verano anterior me había hecho soñar despierto, pero tampoco podía concentrarme: era demasiado agotador y, dadas las circunstancias, tan inútil que ni siquiera habría podido proporcionarme la frustrante distracción que andaba buscando.

Acabé mirando fijamente la mejilla del hombre que estaba sentado junto a mí. A medida que nos alejábamos de Juba, habíamos ido recogiendo a más gente; miembros de la tribu kakwa, cuyo número aumentaba cada vez más, hombres salvajes, desnudos y solitarios, con las cabezas pintadas de color ocre, los labios llenos de ganchos y la piel llena de unas cicatrices que formaban unos dibujos totalmente distintos a los que había visto en Kenia. A muchos les faltaba el tabique nasal, una mutilación que me pareció propia de un rito de iniciación especialmente rudimentario, pero al final resultó ser lepra. Algunos tenían las orejas dentadas. Otros tenían bocio. Muchos presentaban en las mejillas unas cicatrices características en forma de estrella de mar de siete puntas: primero se había procedido a cortar la piel y luego se

habían rellenado de arena los intersticios para que las cicatrices formaran una especie de grabado. Examiné la cicatriz de aquel hombre detenidamente, contando las extremidades una y otra vez. No, no podía haber siete, tenían que ser seis, pensaba con el objeto de forzarme a repetir el recuento y lograr que el tiempo pasara más deprisa. El dibujo creado por las cicatrices parecía ondular, como si tuviera vida propia, probablemente debido al mareo que tenía encima: todo aquello contribuía a aumentar mi incapacidad para contar correctamente y me obligaba a pasar aún más tiempo haciendo cálculos para pasar el rato. A medida que las horas pasaban entre bote y bote y me tambaleaba como un zombi comatoso por culpa de las arcadas, la sed y los retortijones, lo que más deseaba en el mundo era asesinar al conductor por todas las sacudidas y todas las paradas que había hecho durante el viaje.

En medio de las náuseas, observé que hacia el sur había aparecido una enorme muralla montañosa. Los montes Imatong. El entusiasmo se mezcló con el sufrimiento. Alrededor de las cinco llegamos a la ciudad de Torit, una de las mayores que había a lo largo de la carretera principal. La mayor parte del populacho se bajó allí, incluido el hombre de la cicatriz y el aprendiz de matón que me había estado pisando el pie durante casi toda la tarde. Debimos de quedar unas doce personas, confundidas por disponer de tanto espacio. Nos separamos de forma titubeante, nos tumbamos sobre unas bolsas de arpillera y nos desperezamos. Entonces sucedió algo milagroso. El camión salió de Torit y, tras poner rumbo al sur, penetró directamente en las montañas. Empezamos a subir y la temperatura descendió. Apareció un poco de hierba y algunos arbustos. Y unos cuantos árboles. El sol se estaba poniendo. Incomprensiblemente, empezó a soplar una brisa que parecía salida de la nada. ¡Una brisa! Nuestras miradas se cruzaron y nos echamos a reír. De una manera espontánea, la gente empezó a estrecharme la mano, personas que llevaban juntas desde el amanecer se reconocieron de pronto. Al atardecer, cuando nos encontrábamos a mitad de la montaña, algunas de las señoras que descansaban sobre los sacos de cebollas se pusieron a cantar. Me tumbé boca arriba y contemplé las estrellas y los árboles. Fue un momento mágico. El sudor de la gente, las ramas que teníamos que esquivar y el olor de los excrementos de las cabras se convirtieron en nuestros nuevos compañeros de viaje: de repente, todo aquello confluyó en un punto y me encontré de nuevo en la colonia de verano. Mis amigos del campamento de día del Pabellón de la

Comunidad Judía y yo habíamos ido a pasar unos días en un rancho de vacaciones situado en los montes Catskill. Estaba reviviendo mi primera excursión nocturna en un carromato repleto de heno.

Nos balanceamos, dormitamos, nos estrechamos la mano, descubrimos agua en lugares olvidados y me enamoré de todas las mujeres. Entramos majestuosamente en el poblado maderero de Katire, en su bosque oscuro, enclavado en mitad de las montañas, y yo deliraba a causa de la deshidratación y la felicidad.

Bajé del vehículo tambaleándome y diciendo adiós con la mano a todos mis amigos. Sonreí a los árboles. Entré resueltamente en el pueblo y encontré al primer lugareño, un anciano con el rostro contraído en una extraña mueca y armado con una lanza de caza que llevaba colgada al cuello con una flauta confeccionada con un cuerno de redunca. Se acercó a mí casi brincando. Nos dimos la mano; él gritó extasiado y, después de hacer una reverencia, se contoneó y se puso loco de contento cuando señalé la flauta y le di la oportunidad de tocar. Hizo una mueca y sopló a través de la obertura del cuerno como si fuera una botella de refresco, tocando las cuatro notas. Interpretó una sencilla melodía y a continuación la cantó acompañada de sus correspondientes «dam da dams»:

*¡Dam da dam... Torit!*

*¡Dam da dam... Juba!*

*¡Dam da dam... Jartum!*

*¡Dam da dam... Sudán!*

Estaba tan animado que no paraba de moverse mientras cantaba. La segunda vez, me uní a él y cantamos los dos juntos, como si aquella fuera una tonada de nuestra juventud. Hicimos otra reverencia y luego se marchó dando saltos.

Sin duda, era un buen comienzo. Me dirigí a la comisaría para informar de mi presencia. El poli era un anciano de cabello canoso vestido con un llamativo traje verde a rayas negras que podía haber sido tanto un pijama como un conjunto deportivo o el uniforme birlado a un recluso. Aparte de él, sólo había una vieja de aspecto intemporal sentada fuera. Entré y le mostré al hombre mi pasaporte y el permiso de viaje que había conseguido en Juba. Él gruñó y miró el documento con los ojos entrecerrados, lo puso de lado y boca abajo y parecía no saber qué hacer con él. Por fin, dijo:

—¿Lleva el pasaporte encima?

Era uno de aquellos momentos deliciosos, típicos de África, que no podía dejar pasar de largo.

—No, no lo llevo encima —contesté, más serio que una estaca.

—Pues eso está mal, muy mal. ¿Dónde está su pasaporte?

Estupendo. Le miré directamente a los ojos.

—Lo tiene en las manos. —Ahora le toca a usted mover ficha, polizante. Me preguntaba si sabría guardar las apariencias. El hombre resultó ser un profesional como la copa de un pino: volvió a mirar el pasaporte con gesto grave, incluso lo abrió, miró la foto y la comparó con mi cara. Finalmente, me dio la respuesta que estaba esperando.

—Tiene razón. Es su pasaporte. Puede quedarse.

Su trabajo había acabado y los dos nos tranquilizamos. De repente, se echó hacia delante, como si me estuviera embistiendo, y me dijo:

—Ahora tenemos que irnos.

¿Qué... qué podía hacer? Era hora de comer. La anciana que estaba fuera era su esposa y nos dio alubias y col para cenar y toda el agua que quisimos. Le di las gracias y él me respondió:

—Es nuestro invitado. No tiene por qué darnos las gracias. ¿Se las daría a su madre?

Apareció Joseph, el hijo del poli, que debía de tener unos veinte años.

Era el maestro del pueblo y estaba bastante bien preparado, ya que acababa de salir del instituto de Juba al que asistía. Llevaba puesta una elegante camisa blanca. Hacía un rato que veía pasar a otros hombres y mujeres jóvenes vestidos con camisas y blusas blancas por el camino que discurría junto a nuestra fogata.

—Tiene suerte —me dice el policía—. Esta noche hay baile.

—¿Y qué se celebra?

—No se celebra nada, bailamos todas las noches, así que todo aquel que viene de visita puede considerarse afortunado.

De repente, recordé haber oído música, ruido de tambores, al entrar en el poblado.

Después de comer y beber más agua, Joseph y yo nos fuimos al baile. Al atravesar una zona boscosa, nos encontramos cada vez con más gente en

camisa blanca. La música fue subiendo de volumen hasta que llegamos a un amplio claro del bosque abarrotado de centenares de bailarines vestidos de blanco. Entonces comprendí lo que ocurría: era la euforia de las tierras altas del desierto. Diseminados por todo el desierto del norte de Kenia, un desierto enloquecedor donde hace un calor asfixiante, hay una serie de montañas y mesetas aisladas. En las cimas, a mayor altitud y con temperaturas más bajas, es posible encontrar bosque bajo mientras que en las más espaciosas existen pequeñas extensiones de selva. Y por alguna razón siempre hay agua: un pozo o una fuente. En algún momento del pasado, sus gentes se vieron obligadas a trepar hasta allí empujadas por la desesperación, por lo general para escapar de la guerra, el hambre o la enfermedad. Ninguna de aquellas personas sabía qué había en las cimas de aquellas inhóspitas montañas, pero no tenían otro sitio adonde ir. Y, al subir, descubrieron que estaban en el paraíso. Fresco, umbrío, ¡con agua! Todos los habitantes de los altiplanos del desierto que conozco son personas eufóricas y despreocupadas que aún no se explican cómo han tenido tanta suerte. Una vez estuve en una meseta situada junto a la frontera etíope, donde un manantial helado vierte sus aguas hasta formar un río que atraviesa la altiplanicie y desciende hasta desembocar en el lago Turkana, y toda la población parecía vivir dentro del agua. Ibas caminando por la orilla y cada cuarenta metros te encontrabas con un grupo distinto de nadadores.

—Ven con nosotros —me gritaban—. ¿Quieres un poco de agua?

El paraíso. Y, además del frescor, la sombra y el agua, en Katire podían encontrarse algunos de los escasos empleos fijos bien remunerados que existen en el sur de Sudán. Y, para colmo, la gente se pasaba la noche bailando hasta caer extenuada.

Había gente que tocaba el tambor y un hombre fornido haciendo sonar un tronco hueco que emitía una sola nota grave de gran intensidad. El propio baile era una especie de ritual de apareamiento dirigido por las mujeres. Los hombres jóvenes formaban en un círculo en el centro y bailaban sin moverse del sitio mientras el corro de las mujeres daba vueltas a su alrededor sin parar de bailar. Cuando menos lo esperaban, los ancianos situados a un lado gritaban: «¡O-re-o! ¡O-re-o!», y las mujeres se apresuraban a agarrar a una pareja. A continuación, ambos bailaban una danza sorprendentemente casta y virtuosa: el hombre y la mujer se ponían a dar vueltas en círculo, la mujer ejecutaba unos pasos de baile cada vez más difíciles y el hombre trataba de

imitarlos a continuación. Al cabo de un rato, los demás (por lo general, los hombres que no habían sido escogidos) se impacientaban y empezaban a gritar «¡O-re-o!» hasta que los ancianos se unían a ellos y los corros y el proceso de selección comenzaban de nuevo.

Joseph no cabía en sí de emoción. Me había pedido prestada la linterna como elemento de atrezo y se había situado junto a mí en el círculo inmóvil, contoneándose, titilando y enfocándose los brazos, el pecho y la entrepierna con la luz para tratar de atraer la atención de las mujeres.

—Vamos, vamos, o-re-o, venga, o-re-o —gritaba, pero nadie le hizo caso hasta que los ancianos dieron la señal.

Aquello era tan irracional, que incluso yo temí no ser seleccionado. En cuanto la cosa empezó, aquellas chicas de risita tonta me eligieron a menudo, y entonces me sentí nervioso e irritado porque era evidente que me estaban escogiendo por mi condición de marciano exótico y divertido.

—Esta noche te acostarás con alguien, encontrarás esposa —me gritó al oído Joseph.

Por qué no, alegría, alegría, todo es posible mientras haya agua y sombra. O-re-o, o-re-o, estuvimos horas bailando, Joseph me daba palmadas en la espalda, la gente me saludaba a voz en cuello y me estrechaba la mano, innumerables soperas llenas de agua pasaban de mano en mano durante el baile mientras el sonido rítmico de aquella única nota grave se repetía una y otra vez en medio de un acompañamiento de tambores. Y así, todas aquellas personas vestidas de un blanco immaculado celebraban el fin de un nuevo día lejos del desierto que se extendía a sus pies.

Silencio, amanece. Un bosque envuelto en bruma. Presencia entrevista de antílopes y aves. Gente que sale de sus cabañas. Chapiteles montañosos por todas partes. Subo a un camión de transporte de madera que sale de Katire y se aferra al borde de un camino de tierra recién abierto para luego ascender hasta la parte superior del trozo de selva que se está talando. Hombres que sólo trabajan con herramientas manuales y van cortando árboles aquí y allá. Final del claro y del camino de tierra. Más allá, unos setenta y cinco kilómetros de selva en todas direcciones. Una jungla densa, brumosa e interminable, montañas de granito que se elevan a tres mil metros de altitud sobre la

espesura, monos, pájaros ululantes, antílopes jeroglíficos y cazadores de la selva y, de vez en cuando, una fractura entre las montañas, un desfiladero y un panorama del desierto palpitante que se extiende más abajo. Es como estar en un gigantesco barco de un verde exuberante que flotara sobre el inmenso infierno del desierto.

Monté la tienda de campaña al borde del claro, donde comenzaba la jungla. Quería empezar a explorar enseguida. Mi principal objetivo era la cima de la montaña más alta, situada a unos veinte kilómetros de distancia en línea recta a través de la selva. La veía perfectamente desde allí, flotando en las alturas, un simple faro de roca de aspecto amenazador.

No tenía mapas. No los había. No había caminos ni rutas, nadie había puesto jamás el pie allí. Sólo existía algún que otro sendero abierto por los cazadores, unos hombrecillos silenciosos cubiertos con taparrabos que abandonaban la jungla de vez en cuando para comerciar con los madereros y luego se marchaban a toda prisa por donde habían venido.

Planifiqué el recorrido para mitigar mi temor de perderme y desaparecer en la selva. El primer día, seguí el primer sendero más o menos durante una hora hasta llegar a una bifurcación importante. Me quedé allí un rato y la recorrí de arriba abajo hasta estar seguro de conocer los árboles del cruce a la perfección y de reconocer el sendero que había elegido (aparentemente, el que llevaba a la montaña) desde ambas direcciones. Me senté, tracé un mapa del camino hasta más allá de la bifurcación y dibujé los árboles del cruce. Puse un rato el magnetófono y decidí dejar la excursión para otro día. Luego regresé.

Al día siguiente, pasé por el cruce como si lo conociera de toda la vida y luego dejé atrás otros dos hasta que empecé a ponerme nervioso y opté por volver sobre mis pasos y repetir aquel tramo. Me tranquilizaba saber que conocía bastante bien todos los senderos excepto el último que había elegido aquel día. Fui desarrollando una especie de sentido anticipatorio; cada día me acercaba más a la montaña y conocía mejor la selva.

La jungla era tan espesa y frondosa que daba vértigo; y tan intrincada que a uno le entraban ganas de gritar. Oscura, húmeda, recóndita. Helechos de siete metros de altura, las típicas lianas para colgarse, senderos estrechos donde la tierra desaparecía a veces bajo una gruesa capa de raíces y hojas podridas. Cada tarde, echaba la cabeza hacia atrás para aprovechar la fina llovizna tonificante que refrescaba el ambiente. Sentía el olor y el crujido de la materia

en descomposición bajo mis pies. Con frecuencia, a lo largo de los senderos aparecían profundos barrancos que descendían hasta un riachuelo perdido entre los gigantescos helechos y cuya existencia adivinaba únicamente gracias al ruido del agua.

Más o menos al quinto día, cuando ya llevaba recorridos unos once o doce kilómetros del camino, llegué al primer poblado, situado en un pequeño calvero. Una media hectárea de maizales adheridos a la ladera de la montaña, en un punto en el que la selva se aclaraba sin que apareciera aún el muro de granito. Cuatro cabañas extremadamente rudimentarias habitadas por una docena de seres menudos, callados, musculosos y de carnes prietas cubiertos con pieles de animales. Algunos llevaban ganchos labiales. Las mujeres fumaban largas pipas. Se inclinaron a modo de saludo, pero no me dijeron nada. Permanecí un rato sentado, pero me sentía incómodo, y al final recurrí a la mímica para explicarles que me dirigía a la gran montaña de aspecto cada vez más imponente y amenazador, y ellos me indicaron el camino correcto. Y, entonces, cuando ya estaba a punto de marcharme, trajeron a un chiquillo de unos diez años que padecía conjuntivitis. Señalaron su ojo y luego a mí, y a continuación me preguntaron si podía hacer algo al respecto. ¿Por qué diablos daban por sentado que, sólo por ser blanco y extranjero y llevar ropa encima, sabía lo que tenía que hacer? Más o menos, sí que lo sabía. Me había traído una pomada antibiótica y tetraciclina y le administré ambas cosas. Los envié a buscar agua del río y obligué al chico a lavarse las manos y al padre a hacer otro tanto antes de tocar al pequeño. Le untamos la pomada y les comuniqué por medio de gestos que volvería con más al día siguiente.

Fue así como conseguí mi propio poblado. A partir de aquel momento, pasaba por allí cada día a medida que me aproximaba a la montaña. Me trajeron a un hombre con un muslo malherido y se lo curé. Me trajeron a una mujer con una horrible tos tuberculosa y parecieron resignarse cuando les di a entender que no podía hacer nada por ella. Se volvieron más sociables y me trajeron maíz. Alguien sacó una sanza —un instrumento musical—, una caja pequeña con media docena de púas metálicas de diferente longitud que, al ser punteadas, producían un sonido chirriante. Tocaban de forma vertiginosa, con una sola mano, a un ritmo vivaz y cambiante y con una armonía que no alcanzaba a entender. Puse en marcha el magnetófono. Un día, me desvié de mi camino y me fui con ellos a cazar monos. Avanzamos sigilosamente a través de

la selva. Con mi metro setenta de altura, al lado de aquellos hombres que se deslizaban entre la maleza sin hacer el menor ruido, me sentía como un zoquete torpe y gigantesco. En los árboles que se erguían por encima de nuestras cabezas había monos colobos. Como es lógico, sentí una oleada de simpatía hacia aquellos animales, que se vio reemplazada de vez en cuando por el deseo de verlos atrapar a uno. Uno de los hombres lanzó una flecha y derribó a uno de los monos, que, en su caída, atravesó el follaje con un escalofriante ruido de ramas rotas mientras los demás se alejaban saltando de árbol en árbol entre un griterío ensordecedor. Lo llevamos al poblado, donde le quitaron el pellejo y lo cocinaron. Fue entonces cuando reparé en la alfombra y la ropa de piel de mono. El animal, un macho que aún no había alcanzado la edad adulta, se cocía en la cacerola con la mano asomando por el borde del recipiente. Rehusé la carne, pero me quedé con ellos mientras comían, entre asqueado y expectante.

Los días fueron pasando cada vez más deprisa. El chico tenía el ojo mejor. Me sentía como el padre de todos ellos, como si fuera el dios de los antibióticos. Al décimo día, llegué al siguiente poblado, situado al pie mismo de la montaña, que, para entonces, se había convertido en una de las más inquietantes que había visto en mi vida. Unas formaciones rocosas oscuras, inmensas, abruptas, silenciosas y extraordinariamente complejas, que se elevaban de un modo amenazador por encima de la jungla como una especie de ciudadela del desaparecido imperio selvático de Zinj. Y al final del último valle de la selva había otro poblado diminuto aferrado a los pies de la montaña, como si sus habitantes hubieran decidido continuar vigilando el sendero que llevaba a la montaña siguiendo la tradición de sus antepasados, que habían servido a los gobernantes de Zinj quince mil años antes.

Cuando por fin llegué a la aldea, la gente me resultó familiar. El poblado en que había hecho de Albert Schweitzer estaba compuesto por cazadores indígenas de la montaña que llevaban toda la vida viviendo allí y que constituían toda una novedad para mí desde el punto de vista étnico. Sin embargo, resultó que todos los habitantes del siguiente poblado eran refugiados: gente del desierto que había huido montaña arriba diez o doce años antes, durante el último rebrote importante de la guerra civil. Perteneían a la tribu tuka, situada en las proximidades del lago Turkana, el pueblo keniano del desierto que vivía justo al otro lado de la frontera. Conocía muy

bien aquel aire campechano: habría reconocido en cualquier parte aquellos adornos labiales y aquellos aros que llevaban en el cuello. Por no hablar de las barrigas de los niños, las toses y las heridas supurantes. Sabía media docena de palabras en su lengua y nos llevamos de maravilla desde el principio. Fue como volver a casa. Quedé en regresar al cabo de un par de días; un hombre llamado Cassiano que conocí en el poblado me llevaría a la cima de la montaña, aquella roca imposible que se alzaba en mitad de los árboles que había detrás de las chozas.

Volví dos días después, ya entrada la tarde. Cassiano insistió en que durmiera en su cabaña en vez de hacerlo en mi tienda. Él pasó la noche en casa de su hermano, que vivía en la choza contigua.

Me había fijado en que los habitantes del segundo poblado no se habían adaptado aún a su nuevo entorno, ya que, hasta diez años antes, habían vivido en el desierto durante siglos. Hacían fuego dentro de casa, lo que, sin duda, era necesario debido al frío de la montaña, pero no habían modificado la arquitectura de las viviendas y continuaban construyéndolas como en el desierto de la llanura: sin una sola abertura. De ahí que en el interior de las chozas se acumulara una cantidad insoportable de humo y la aldea estuviera llena de ojos rojos y toses tuberculosas provocadas por el mismo. Por la noche, en cuanto Cassiano se marchó, apagué la fogata que él había dejado con la intención de que ardiera durante toda la noche; mi saco de dormir abrigaba bastante y el humo era nauseabundo. Luego me quedé dormido.

A eso de medianoche, descubrí que había otros motivos por los que la gente dejaba el fuego encendido durante toda la noche. Me despertó un ruido que continuará poniéndome los pelos de punta hasta el día en que me muera. Al abrir los ojos pensé: «Ah, está lloviendo». Y a continuación: «Oh, me estoy mojando». Sentía caer las gotas de lluvia sobre el saco y en mi cara. Entonces recordé que estaba durmiendo dentro de una choza. De repente, adquirí plena conciencia de la espantosa realidad. Tenía el cuerpo cubierto de cosas que no paraban de moverse. Hasta el pelo se me movía. Recorrí la estancia con la linterna. Otra de las funciones del humo consistía en ahuyentar a las cucarachas gigantes cuando se filtraba a través del tejado de paja. En su ausencia, una gran cantidad de cucarachas había penetrado en la cabaña, invadiendo por completo los sacos de harina de maíz. Pero aquello no era lo peor. Detrás de las cucarachas venían las hormigas soldado.

En mi opinión, las hormigas soldado son los bichos más repulsivos, inquietantes y aterradores de toda África. Su mera proximidad me obliga a gemir y estremecerme, a saltar y contorsionarme como si tuviera el baile de San Vito. Llegan en enjambres que cubren hectáreas enteras. Son enormes y tienen unas pinzas capaces de arrancarte de cuajo trozos enteros de carne. Te cubren por completo sin hacer ruido, sin que ninguna de ellas te pegue un solo bocado, y después de liberar unas feromonas encargadas de dar la señal de alarma, todas atacan al mismo tiempo. Se comen los párpados, la nariz y todos los tejidos blandos de la gente. Se lo llevan todo por delante, matan a los inválidos que no pueden escapar de los hospitales rurales. Te hunden las pinzas en la piel y las aprietan con tanta fuerza que, cuando tiras de ellas para arrancártelas, la cabeza se separa del cuerpo y las pinzas se quedan dentro. Los masai las utilizan para suturar a la gente: cuando alguien se hace un tajo, otro coge a una hormiga soldado, aprieta los labios de la herida, deja que la hormiga cabreada le clave las pinzas en la carne y, acto seguido, le retuerce el cuerpo y forma una hilera de cabezas de hormiga que actúan como sutura.

Sin embargo, lo peor es que, cuando atacan, hacen un ruido sibilante. El siseo que emiten las hormigas soldado al rodearte en la oscuridad es estremecedor.

La choza era un auténtico hormiguero; los insectos me caían encima desde el techo de paja como si fueran gotas de lluvia. No me hacían el menor caso. Todavía. Estaban ocupadas desmembrando a las tropecientas mil cucarachas que había sobre los sacos de harina de maíz. Horrorizado, vi que las hormigas se habían unido para formar un puente tridimensional que iba desde el suelo a los sacos y que estaban echando abajo a las cucarachas, unos bichos diez veces más grandes que ellas. En cuanto a mí, estaba totalmente cubierto, pero, por el momento, sólo era un mueble.

Tenía que salir de allí. Un solo movimiento, un solo pisotón, y las hormigas del suelo me atacarían de inmediato, pero no tenía alternativa. Mi única duda era si la columna de hormigas cubriría la fachada de la cabaña. De ser así, tendría que echar a correr y perderme en la oscuridad de la jungla hasta quitármelas de encima.

Conté, me lo pensé un poco y luego entré en acción. De repente, al segundo paso, mi cuerpo se convirtió en una bola de fuego. Llamas, pequeñas llamas por todas partes. Me di palmadas, grité y me sacudí sin parar de moverme.

Maldita sea, tengo una en el párpado, en los labios, y un montón en la entrepierna. Salí de la choza a toda velocidad, chillando, arrancándome la ropa del cuerpo, rodando por el suelo. Por suerte, el enjambre venía del extremo opuesto. Me sacudí, aullé, me quité las hormigas de encima a puñados y me puse a saltar como un tarado, dándome golpes contra el suelo para tratar de aplastarlas. Cassiano y los demás habitantes del poblado salieron al exterior y, como era de esperar, se echaron a reír al verme tan desesperado. En cuanto logré quitarme de encima la última hormiga, volví a ponerme la ropa y, muy avergonzado, les expliqué lo que había hecho. Cassiano hizo caso omiso de las hormigas y, después de entrar en su casa de un brinco, hizo una fogata y en menos que canta un gallo las hizo volver a la selva junto con los restos de aquel mar de cucarachas.

Al amanecer, salimos hacia la montaña. Cassiano, descalzo, iba delante y, debido a la falta de senderos, tuvo que abrirse camino a través de la selva con un machete hasta que llegamos al muro de piedra propiamente dicho. A partir de allí, empezamos a escalar más o menos en línea recta. Los puntos de apoyo eran inseguros y resultaba difícil atravesar las grietas de aquellas rocas gigantescas de las que brotaba una lluvia de fragmentos de piedra. La subida no parecía muy factible, pero me daba la impresión de que Cassiano sabía lo que se traía entre manos. Tras una hora, dos horas, de agotamiento, sudor y diversión, llegamos a la cima. El punto más alto de Sudán. Abajo, una cascada de paisajes de vértigo: más montañas de granito y pájaros que volaban a su alrededor. A nuestros pies se extendía la selva envuelta en una nube de vapor de agua. Y, a lo lejos, el desierto.

En la cima de la montaña, en lo más alto, había un montón de piedras apiladas en forma de pirámide y con un núcleo en el centro. Con rapidez, casi con brusquedad, Cassiano me alejó de él y luego se arrodilló sin hacer ruido, en actitud reverente. Sacó una pequeña pluma de pájaro que llevaba escondida en el pelo, detrás de la oreja, y la puso en el centro del montón de piedras. En aquel momento, sentí una profunda envidia hacia los animistas por tener aquella religión.

Era hora de irse. O, mejor dicho, era hora de empezar a intentarlo. El transporte era tan deficitario que había que ponerse en marcha con varias semanas de antelación. Mi idea era volver a la carretera principal y tratar de

subir a un camión que se dirigiera directamente a Kenia o que fuera hasta allí pasando por Uganda.

Me marché del paraíso en un camión maderero que hacía el trayecto entre las montañas y Torit. Acabé sentado en el aparcamiento de camiones de la empresa Wimpy, que debía de ser una de las pocas cosas que funcionaba en Torit. La Wimpy era una compañía británica dedicada a la construcción de carreteras que había sido contratada por el gobierno británico para hacer una nueva calzada entre Juba y Kenia como regalo para Sudán. Llevaban años allí, luchando por construir una carretera que atravesara el desierto, los asaltos de las tribus y la estación de las lluvias. El aparcamiento de camiones de la Wimpy era el lugar de moda.

Había una actividad febril allí dentro: gerentes británicos que gritaban a capataces árabes que gritaban a obreros negros; carretillas elevadoras, martillos neumáticos y niveladoras que se movían de un lado a otro a toda velocidad. Divisé mi objetivo al otro lado del aparcamiento: seis somalíes sentados en círculo, bebiendo café elaborado en una lata de aceite, entre dos camiones cisterna con matrícula de Kenia. En África central y oriental, todos los auténticos conductores de larga distancia, los bestias chiflados que se meten en un camión cisterna en el puerto de Mombasa, la ciudad de Kenia situada junto al océano Índico, y conducen durante tres meses seguidos atravesando guerras y revoluciones para llevar cosas al Congo y luego volver, todos esos chalados son somalíes. Se trata de una especie de adaptación lógica del tradicional nomadismo del desierto a una actividad moderna. Simplemente, son lo bastante fuertes y resistentes para dedicarse a ello y no les importa embarcarse durante seis meses en un viaje de reparto por todo el continente. La tripulación está formada por dos o tres individuos, el conductor y varios ayudantes, somalíes esbeltos, silenciosos, austeros, con una cabina repleta de leche de camello, paquetes de espaguetis (un gusto adquirido durante la época colonial de la Somalia italiana) y un montón de plantas psicoactivas para mascar. Unas cuantas alfombrillas para la oración, algunas armas de fuego y, sin duda, algunos artículos de contrabando. Ésos son los camioneros somalíes.

Me aproximé al grupo y me dirigí al tipo de más edad, un hombre maduro con perilla y una barriga impropia de un somalí.

—Estoy buscando a alguien que me lleve, ¿vais a Kenia, muchachos? —le

pregunté en swahili.

—Vete a hacer puñetas —me contestó el hombre sin siquiera levantar la vista del café.

Me retiré al otro extremo del aparcamiento, me senté en la arena y estuve leyendo unas treinta y cinco páginas dedicadas a los maravillosos bordados del abrigo de José.

Al cabo de cuatro o cinco horas, seguían sentados, tomando café, sin prestar la menor atención a los demás camiones que pasaban por su lado a toda velocidad. En aquel momento estaban jugando a las cartas. Me acerqué otra vez a aquel tipo y le pregunté:

—¿Al menos sabes si hay alguien más que se dirija a Kenia?

—Que te vayas a hacer puñetas te he dicho —me repitió.

Volví a mi sitio y me enfrasqué de nuevo en el libro. Al cabo de unas dos horas, el individuo de más edad atravesó el aparcamiento arrastrando los pies y, en un tono que sonaba a última advertencia, me dijo:

—De acuerdo, te llevaremos a Kenia, pero, créeme, te va a salir caro.

Regateamos un poco y al final acordamos un precio más que aceptable.

—¿Cuándo nos vamos?

—Esta noche.

Luego se marchó arrastrando los pies y yo reanudé la lectura. Unos minutos más tarde, el ayudante más joven se acercó a mí y, sin decir palabra, me alargó un café y un tazón lleno de espaguetis.

—Allí no pica tanto el sol —comentó, haciendo una seña en dirección al grupo.

Así fue como me uní a los somalíes. En total, eran seis: Abdul, Abdul, Abdullah, Ashmet, Ehmet y Alí. Abdul y Ehmet eran los conductores de los dos camiones cisterna. Ashmet y Alí eran los segundos de a bordo y Abdul el Joven y Abdullah eran los chicos de los recados. Formaban un equipo inseparable y estaban a punto de emprender el viaje de vuelta de tres meses de duración entre Mombasa y Juba, donde habían descargado la gasolina que llevaban. Daba la casualidad de que todos eran del mismo pueblo de Somalia, posiblemente los únicos supervivientes que quedaban; el pueblo había sido destruido en una de aquellas extrañas guerras que se producían constantemente en el Cuerno de África, y los seis habían logrado entrar en Kenia y llegar a

Mombasa a pie. Aunque, por lógica, tendrían que haberse mostrado agradecidos hacia el país que les había dado asilo, lo cierto es que se apropiaron de mi mapa y, señalando el noreste de Kenia, me dijeron que aquella zona pertenecía a Somalia, afirmación que el gobierno somalí ha suscrito reiteradamente y que ha llevado a ambos países al borde de la guerra en más de una ocasión.

Los seis eran unos cabrones miserables que no abrían la boca para nada. Bueno, excepto los dos jovencuelos, los chicos de los recados. A diferencia de los demás, el menor de los Abdul era un hijo de puta parlanchín y mala persona: un matón vocinglero, charlatán y jactancioso. Tenía el aire característico del estafador de poca monta que se pasa la vida maquinando cosas y siempre acaba cayendo en la trampa de otros estafadores mejores que él. Y Abdullah el Niño, el más joven del grupo, que por entonces debía de contar unos dieciséis años, era todavía más atípico: era dócil y silencioso y tenía un aspecto extraño, entre abrumado y temeroso, los ojos hinchados y somnolientos y, al parecer, un enorme deseo de resultar simpático. Se sentaba junto a mí y sonreía esperanzado, como si yo fuera a salvarlo de sus parientes.

A últimas horas de la tarde, la partida de cartas aún no había acabado. Tomamos más café. Normalmente no lo pruebo pero, aunque aquel mejunje estaba muy cargado, pensé que me pegarían si no me lo bebía. Se puso el sol, más cartas, más café, más espaguetis. Al anochecer, en medio de un estruendo de camiones similar al de mediodía, todo el mundo se preparó para irse a dormir.

—¿No nos íbamos hoy? —pregunté.

Ehmet se inclinó hacia mí con expresión amenazadora.

—¿Es que tienes prisa por salir de aquí? —inquirió.

—No, no.

—De acuerdo, mañana Kenia, mañana Nairobi —me dijo; aunque era una meta inalcanzable.

Me dio las buenas noches con una sonrisa angelical. Abdul y Ehmet, los mayores, durmieron en las camas de las cabinas. Ashmet y Alí durmieron bajo los camiones y Abdul el Joven, Abdullah el Niño y yo hicimos otro tanto sobre la arena del aparcamiento.

Al día siguiente nos levantamos temprano y los somalíes se apresuraron a hacer un corro y se pusieron a jugar a las cartas y a tomar café. Aburrido y

enfadado, volví a sumergirme en las aventuras de José y sus hermanos, que cada vez me recordaban más a los somalíes. A media tarde, Abdulah el Niño se acercó a mí con paso cansino, seguramente tan harto de café y cartas como yo, y se sentó a mi lado. Poco después, tenía el magnetófono en marcha y Abdulah trataba de enseñarme unas canciones somalíes imposibles de cantar; una especie de melodías fragmentarias, atonales y desafinadas que eran como repentinos estallidos sonoros, pequeños segmentos rítmicos, trozos pronunciados en voz baja. Como venganza, traté de enseñarle un trabalenguas. Estaba impresionado. Abdul el Joven se sentó con nosotros, aparentemente para burlarse de Abdulah y su pobre interpretación musical, pero no tardó en ponerse a cantar canciones somalíes y los temas que más le gustaban de *Fiebre del sábado noche*.

Más café, más espaguetis, y otro día quedó atrás. Volvimos a dormir en las alfombrillas. Como la noche anterior, los camiones pasaron junto a nuestras cabezas dando bandazos, vimos resplandecer la luz amarilla y fosforescente de los reflectores, oímos el chirrido de las camionetas al pasar por nuestro lado, salpicándonos con el agua sucia de los únicos charcos que había en varios cientos de kilómetros a la redonda. Saltaba a la vista que no tenían muchas ganas de iniciar aquel espantoso viaje de vuelta de tres meses de duración y que, de poder elegir, habrían preferido quedarse allí para siempre. Sin embargo, por suerte, aquel día uno de los gerentes británicos les advirtió a grito pelado:

—Malditos somalíes, o salís de aquí echando leches o se va a armar la mundial.

Ellos respondieron con gruñidos amenazadores y luego nos largamos.

¡Otra aventura, íbamos a atravesar el desierto de vuelta a Kenia! Me senté en la caja del motor, riéndome por todo con un gesto de alegría y cordialidad. Sí señor, por fin nos poníamos en marcha. Nos dirigimos al este de Torit, a la última tienda situada a las afueras del pueblo. Todos entran en tropel y compran sandalias y peines nuevos. Siguiendo una especie de ritual, Abdul el Viejo, el conductor, adquiere un absurdo y extravagante frasco de perfume y vierte la totalidad de su repugnante contenido sobre los demás, incluido yo. Ya estamos ungidos. ¡Hala!, a celebrar el inicio de aquel largo viaje. Entonces, todos se acomodan bajo un árbol que hay junto a la tienda y reanudan la partida de cartas. Me desespero. Veinte minutos después, el británico vuelve a

hacer acto de presencia, los mete a patadas en los camiones y nos ponemos de nuevo en camino. A juzgar por el panorama, parece evidente que tardaremos mucho en encontrar otro bosquecillo, así que, ya puestos, lo mejor es seguir conduciendo.

Atravesamos la arena del desierto dando botes y bandazos mientras cada una de las cabinas tiraba de dos cisternas. Un desierto desolado e inhóspito; a veces había que adivinar el trazado de la carretera. A media tarde, cuando el calor era insoportable, nos metíamos debajo de los vehículos para echar la siesta. Al atardecer, nos deteníamos a tomar café y espaguetis. Empezaba a tener la sensación de estar recubierto de cafeína y almidón y a sentir mareos por culpa de aquella dieta, pero era el único al que parecía importarle. Sin embargo, aquella noche disfrutamos de una cena especial para celebrar nuestra partida. En aquella ocasión, a Abdul el Viejo le correspondió el honor de mezclar los espaguetis con una tonelada de azúcar y un poco de aquella repugnante leche de camello. Al contacto con el calor del hornillo de queroseno, se formó una capa de leche y azúcar sobre los fideos que sólo contribuyó a hacer más nauseabundo cada bocado. Nos sentamos en círculo, al estilo somalí, con las rodillas apoyadas en los muslos del vecino y utilizando la mano derecha para comer de la cacerola comunitaria situada en el centro. Luego, nos fuimos directamente a dormir.

Tenía la impresión de que sólo habíamos dormido unas cuantas horas. De hecho, sólo habíamos dormido unas cuantas horas: Ashmet me despertó a las diez de la noche.

—Date prisa, nos vamos.

Me di cuenta de que ya tenían los motores en marcha. Lié el saco de dormir como pude, recogí mis cosas y subí al vehículo.

—¿Por qué tanta prisa?

—Es el mejor momento para conducir —contestó Abdul.

A medida que pasaban los días, me di cuenta de que aquellos tipos tenían los ritmos circadianos hechos polvo. Para ellos no existía diferencia entre la noche y el día. Viajábamos hasta medianoche y luego dormíamos un poco más. Volvíamos a ponernos en marcha una hora antes de que amaneciera, parábamos dos veces durante el día para echar una cabezada y conducíamos en plena noche antes de detenernos para dormir otro par de horas. El único programa que seguíamos eran las cinco paradas del día, momento que todos

aprovechaban para bajar en tropel de los camiones, sacar las alfombrillas y ponerse a rezar en dirección a La Meca. Era un horario tan absurdo e irracional que al cabo de poco todo me daba vueltas, sobre todo cuando Abdul me decía en voz baja al comenzar la jornada: «Hoy, Kenia», y sólo conseguíamos acercarnos otros diez kilómetros como mucho después de pasarnos el día tratando de abrirnos paso por la arena entre sacudidas y tirones.

También llegué a la conclusión de que, excepto Abdulah el Niño, todos eran agresivos y despiadados. Por lo general, cuando llegábamos a una aldea, los hombres entraban en una de las casas y robaban a sus ocupantes sin importarles que fueran más pobres que las ratas. Los cinco (Abdulah, que parecía más asustado que nunca, se quedaba atrás conmigo) irrumpían como ciclones en una choza deteriorada, encontraban a su inquilino aterrorizado y enfermo y se llevaban tres cebollas. O un trozo de col o unas cuantas naranjas. O una cabra, como sucedió en nuestro tercer día de viaje: el hombre, enfadado, muerto de miedo y cubierto únicamente con unos pantalones cortos hechos jirones, trató de aferrarse a su único animal y Alí y Ashmet lo molieron a palos. A pesar de la extrema pobreza en la que vivían, los camioneros se limitaban a pasar por allí, saquear sus casas, amenazarlos y llevarse todo lo que les venía en gana. Todo aquello me daba náuseas, no quería ni probar la comida, pero tenía miedo de ofenderlos. Abdulah parecía tan incómodo como yo. Mientras Alí y Ashmet le pegaban al hombre de la cabra, Abdulah apartó la vista y, con gran esfuerzo, acertó a murmurar a modo de justificación:

—Bueno, al salir de Mombasa no nos dan mucha comida.

Era como si aquella violencia reflejara en gran medida la inagotable hostilidad que existía entre árabes y africanos. Es probable que los antepasados de los somalíes se encontraran entre los asaltantes que habían secuestrado a los antepasados de los sudaneses para convertirlos en esclavos. El mercado de esclavos del Zanzíbar árabe había seguido funcionando hasta bien entrado el siglo XX. Los somalíes sentían un desprecio tan profundo hacia los negros del interior que parecían llevarlo en los genes.

—Los sudaneses son como animales —me dijo Ehmet riéndose entre dientes después de haber entrado a robar las dos únicas coles que había en una choza.

Los somalíes empleaban entre sí un grado de violencia similar al que

utilizaban con los africanos. Y aunque, gracias a mi contacto con los árabes, me he ido familiarizando con su forma de demostrarse cariño —como cogerle la mano a otra persona mientras hablan con ella para enfatizar una opinión o sentarse a su lado con la rodilla apoyada en su muslo—, lo cierto es que aquéllos se comportaban de un modo extremadamente agresivo. Cada día, al parar para comer, había una pelea. Ashmet se metía debajo de los camiones para tratar de encender el hornillo de queroseno, alguien empezaba a criticarlo por su modo de hacerlo y él salía y se ponía a repartir mamporros. Ehmet embarrancaba el vehículo en la arena y necesitaba que le ayudáramos a desenganchar la cabina de las cisternas; Abdul criticaba la ruta que había elegido y estallaba la pelea. Aparcaban los dos camiones en paralelo, todo el mundo se reunía en medio para comer, tomar café o jugar a las cartas. Se producía un momento de tensión y dos de ellos empezaban a pelearse. Una pelea rápida, con muchos forcejeos y patadas. El perdedor siempre hacía un último intento de guardar las apariencias: Ashmet, un tipo tenso, enjuto y sumamente calculador se enfrentaba con Abdul el Joven, se ponía a darle puñetazos hasta tirarlo al suelo y luego se alejaba con aire triunfal mientras Abdul se levantaba de un salto y sacaba el cuchillo que llevaba en la bota. Y el ritual continuaba. Todos se apresuraban a sujetar a Abdul y, después de forcejear con él, lo derribaban y le quitaban el cuchillo: Abdul se habría cargado a Ashmet, pero los demás le superaban en número, una situación injusta que, en última instancia, permitía que el prestigio del segundo quedara a salvo. Abdul se enfadaba e iba a sentarse solo bajo un árbol lejano. Se preparaba la comida en silencio y la gente se ponía a comer mientras Abdul seguía enfurruñado. Uno de los mayores, Abdul o Ehmet, le gritaba algo en tono humorístico o conciliador y Abdul volvía al redil.

Aquellos enfrentamientos rituales tenían lugar en casi todas las comidas y en casi todas las paradas; pero no se trataba de rituales convencionales, sino que la mitad de las veces había derramamiento de sangre. El único excluido era Abdulah el Niño. Y yo. Se me ocurrió pensar que, si me trataban con tanta educación y tanta amabilidad, es que estaba metido en un buen lío. Un día, al hacer un alto en el camino, todos estaban muy contentos y, cosa rara en ellos, con ganas de broma. Ehmet me agarró por detrás y me tiró al suelo riendo. Yo también me reí y traté de quitármelo de encima, pero no lo logré y me asusté bastante. Por otra parte, me trataban con una indiferencia encomiable. En las

contadas ocasiones en que decidieron comprar las cosas en vez de robarlas, se enfadaron conmigo cuando traté de participar en el pago de las mismas y me obligaron a guardar el dinero. En cada comida, insistían en que empezara yo. Se trataba de una actitud tan considerada y pomposa que estaba completamente seguro de que el hecho de alimentarme y atiborrarme de espaguetis azucarados formaba parte de alguna antigua tradición somalí cuyo principal objetivo era rebanarme el pescuezo de oreja a oreja durante la siguiente luna llena. Aquel miedo estaba más que justificado. El problema es que no sabía lo que pretendían y me sentía cada vez más incómodo y asustado a medida que pasaban los días y nos adentrábamos en aquel desierto fronterizo, en aquella especie de tierra de nadie donde ellos se dedicaban a saquear, golpear y aterrorizar a los sudaneses, a amenazarse los unos a los otros con cuchillos en los momentos de mayor odio y a colocar delicadamente ante mí la olla de los espaguetis.

Cuando ya llevábamos varios días de viaje y nos encontrábamos en algún lugar situado al oeste de una frontera de trazado confuso, a Abdul se le cayó el camión. Fue en un puente de unos seis metros de largo que atravesaba un río que sólo debía de ir cargado de agua un par de días al año, durante la estación de las lluvias, y que en aquel momento no era más que un profundo barranco. Más allá del puente de cemento, la parte izquierda de la carretera había desaparecido arrastrada por la corriente. Al entrar en ella, Abdul se acercó demasiado al tramo afectado y nos deslizamos hacia el lado izquierdo con una lentitud angustiosa. «¡Alto, alto!», gritamos todos y Abdul trató de girar el volante hacia la derecha mientras continuábamos desplazándonos hacia un lado, pero todo fue en vano. Nos deslizamos aún más a la izquierda y luego empezamos a inclinarnos. Incluso tuvimos tiempo de prepararnos, de pensar: «Salta por la ventana», «no, no saltes por la ventana, que te romperás la crisma». De un modo casi imperceptible, nos precipitamos cuesta abajo y fuimos cayendo de lado hasta dar una vuelta de campana.

Salimos todos en tropel para ver en qué situación nos encontrábamos. La cabina estaba boca arriba, la primera cisterna, de lado, y la segunda, de pie sobre el puente. Se te ponían los pelos de punta al ver las ruedas del vehículo expuestas al sol del desierto. Tuvimos que ir los siete a desenganchar las dos cisternas de la cabina de Ehmet, que ya había cruzado el puente. Ehmet trató de separar la cabina de Abdul, pero lo único que consiguió fue resbalarse y

caer rodando también. Estábamos en una situación realmente difícil.

Los somalíes actuaron como era de esperar. Ehmet criticó la forma de conducir de Abdul y los dos empezaron a pelearse. Alí, Ashmet y Abdul el Joven empezaron a pelearse. Abdulah el Niño y yo nos encogimos de miedo. Las aguas volvieron a su cauce. Nos sentamos, mareados a causa del calor. No había mucha sombra en la que resguardarse, la cisterna no era un lugar muy seguro. Todos estábamos tremendamente tensos. De vez en cuando, hacíamos cosas inútiles tales como excavar debajo de los neumáticos con nuestras palas. Por una decisión tácita dictada por la angustia colectiva, no probamos bocado. Estábamos cada vez más furiosos. Teníamos sed y, al parecer, había poca agua. Alí descubrió que había unas hormigas venenosas que te dejaban los pies adormecidos durante una hora. Luego aparecieron los escorpiones. Ya entrada la tarde, Abdul y Ehmet volvieron a pelearse. Había algo que les daba miedo.

A la mañana siguiente, continuábamos sentados en el mismo sitio y Abdulah el Niño me explicó la razón de aquel temor. Los toposa. Una tribu salvaje que vivía en la frontera y que, según Abdulah, se ganaba la vida atracando a los camioneros somalíes. El ejército los tenía prácticamente controlados cuando la guerra civil que había al norte de allí les obligó a retirarse y, desde entonces, los toposa se dedicaban a asolar la región. Tenían armas (que obtenían asaltando a las unidades militares), atacaban en grupos numerosos, se lo llevaban todo, mataban a los camioneros y quemaban los vehículos. Curiosamente, a pesar de estar cada vez más familiarizados con las armas de fuego del siglo veinte, parece ser que la presencia de un vehículo en movimiento aún les intimidaba y sólo robaban a los que tenían problemas o a los que hacían un alto en el camino para pasar la noche, lo que explicaba que los somalíes condujeran de aquel modo tan frenético. No estaba claro si lo que obligaba a los somalíes a abandonar el mundo de los sueños y coger carretera y manta en cuestión de minutos era una especie de intuición tácita de la presencia de los toposa, una percepción explícita cuyo conocimiento habían decidido ahorrarme por pura amabilidad o simplemente la consecuencia del canguelo que le entraba al personal cada vez que nos deteníamos. La mera idea de que alguien pudiera enfrentarse a los somalíes me ponía los pelos de punta. Y, aunque a aquellas alturas me parecía imposible estar viviendo una aventura de indios y vaqueros, si aquellos tíos podían cagarse de miedo por

culpa de los toposa, yo no quería ser menos.

Vivíamos en una tensión brutal. Los somalíes no paraban de gritarse los unos a los otros y, cuando se cansaban, se sentaban, alicaídos, sin dejar de moverse de un lado a otro para esquivar a las hormigas venenosas. Ashmet sacó las armas, que no servían para nada, y Abdulah parecía estar tan mareado como yo.

A primeras horas de la tarde, Alí, que había estado escudriñando el desierto en silencio subido encima del camión de Ehmet, nuestra mejor posición estratégica, nos dijo que alguien nos había visto y había salido disparado hacia las colinas que se veían a lo lejos. Parecían toposa, de camino a un poblado para informar de que estábamos en apuros.

Estábamos a punto de dejarnos llevar por el pánico. Alí y Ashmet buscaron un sitio en el que apostarse con las armas. Ehmet volvió a tratar de sacar su cabina del barranco, como si algo hubiese estimulado su deseo de hacerlo. Abdulah el Niño se hizo un ovillo debajo de la cisterna trasera. Todos respirábamos deprisa y sabíamos que teníamos que estar preparados, a sabiendas de que no había nada que hacer. Sólo podía pensar en el último pasaje de Thomas Mann que había estado leyendo: José había sido atacado por sus hermanos, que lo habían vendido como esclavo y luego le habían llevado el abrigo ensangrentado a su padre (era de suponer que a José se lo habían cargado los leones, pero nunca se sabía), y a Jacob, al viejo Jacob, le obsesionaba la idea de no saber con certeza lo que le había ocurrido a su hijo. De repente, me di cuenta de que no me daba miedo morir; que lo que me preocupaba en realidad era que no me encontraran, que mis padres no supieran lo que había sido de mí: que pudiera desaparecer sin dejar ni rastro.

Permanecí sentado, agarrándome las rodillas, pensando en mi anciano padre. Abdulah el Niño se había escondido bajo el puente. Los demás estaban peleándose. Ashmet le estaba dando una paliza a Abdul el Joven, Ehmet y Alí se habían abalanzado sobre el mayor de los Abdul y el segundo lo estaba aporreando con la culata del arma. Los toposa aparecerían en cualquier momento y aquello era el caos, un caos absoluto y aterrador. Fue entonces cuando oí el motor de Baker.

Lo vimos desde lejos. Venía de Kenia y se aproximaba a nosotros a un inalterable paso de tortuga. Era un tractor enorme.

—Es Baker —gritó Ehmet, sin quitar las manos del cuello de Abdul.

—Es Baker —gritaron los somalíes poniéndose de pie de un salto.

—Es Baker —grité yo mientras abrazaba a Abdulah el Niño.

En medio de todos los vivas y hurras de rigor, me enteré de que Baker conducía el mayor tractor de la compañía Wimpy, y que su trabajo consistía en pasearse arriba y abajo por la incipiente carretera para sacar a los vehículos de la empresa de los líos en que solían meterse. Era un tractor gigantesco, equipado con cristales a prueba de bala. En su interior viajaba un refugiado ugandés que actuaba como guardia armado, y ambos se dedicaban a recorrer una y otra vez el trayecto comprendido entre la frontera y Torit para auxiliar a los vehículos averiados o volcados de la compañía.

Baker se levantó con toda la pachorra del mundo, examinó el camión para ver cómo estaba y dijo: «Esto es pan comido». Era un sudanés alto y fornido, negro como el azabache y con una barba cerrada y espesa. Lo mío fue un flechazo. Después de enganchar la cabina de Ehmet con algunas cadenas, le bastó un empujoncito para volver a colocarlo en la carretera. Al cabo de quince minutos de enganchar y desenganchar cadenas, la cabina y la cisterna de Abdul estaban de nuevo en su sitio, preparadas para emprender la marcha.

Mientras el ugandés enrollaba las cadenas, comprendí que acababa de tomar una decisión sin pensarlo dos veces, sin darme cuenta siquiera de que había algo que decidir. Me acerqué sigilosamente a Baker y le pregunté si podía regresar con él a Torit. Estaba harto de tener miedo y, después de echarle el ojo a Baker, había decidido que era la persona más segura y protectora del mundo. Me preguntaba si le parecería un tipo raro por pedirle con tanta vehemencia que me salvara. Para él, sólo era un día de trabajo como otro cualquiera. «Dalo por hecho», me contestó en un inglés coloquial que me sonó extraño. Cogí mis cosas, temeroso de tener que decírselo a los somalíes, y me pregunté si Baker me protegería en caso de que me atacaran por mi ingratitud o algo por el estilo. En vez de ello, parecían decepcionados y se negaron a aceptar el dinero que les ofrecí para pagar el precio estipulado. Al ver que no iban a pegarme, sentí una oleada de cariño hacia ellos.

Nos dirigimos de nuevo hacia el oeste y los somalíes desaparecieron. Nos desplazábamos a una velocidad constante. Interrogué a Baker sobre el trayecto recorrido y el lugar al que llegaríamos aquella noche, y me contestó:

—No lo sé. Vamos a unos quince kilómetros por hora, pero dependerá de cómo esté el puente que hay un poco más adelante y de si encontramos a

alguien más en apuros.

Así daba gusto. No había afirmado categóricamente: «Esta noche, Torit», sin que hubiese forma humana de lograrlo, no había mentido ni había hecho ninguna observación confusa. Había dicho «no lo sé» y, a continuación, había procedido a resumir los posibles imprevistos con una claridad meridiana. Mi amor por él no hizo sino aumentar.

Cuando ya llevábamos recorridos unos cuantos kilómetros y yo empezaba a tranquilizarme, se soltó una de las cadenas de atrás. Era un problema secundario y Baker y el ugandés sólo tardarían unos minutos en solucionarlo. Al salir de la cabina, Baker hurgó debajo de su asiento y me dijo: «Ten, una sorpresa», y me tiró un mango, le dio otro al ugandés y él se quedó con otro. Fueron a la parte de atrás a recoger la cadena y yo me recosté en la cabina del tractor, a la sombra.

Puede que viva hasta una edad muy avanzada y que la mía sea una existencia repleta de pensamientos, emociones y sensaciones. Sin embargo, independientemente del número de experiencias que vaya acumulando, siempre miraré hacia atrás con inmenso placer y gratitud por todos los momentos vividos. Le di un mordisco al mango, saboreé su jugo y los ojos se me llenaron de lágrimas, porque me sentí seguro por primera vez en muchos días.

Epílogo: Unos años después, los enfrentamientos entre el norte y el sur habían dado paso a una guerra despiadada, una guerra en toda la extensión de la palabra, que ha provocado dos millones de muertos entre la población civil, principalmente a causa del hambre, varios millones más de refugiados, legiones de huérfanos: una guerra a la que Occidente apenas ha prestado atención. El tramo de carretera construido por la compañía Wimpy fue destruido y tanto dicha empresa como la práctica totalidad de los occidentales fueron expulsados del sur de Sudán. Juba y Torit han sido ocupadas alternativamente por fuerzas rebeldes y gubernamentales y, por tanto, han sido víctimas del hambre y sometidas a un bloqueo asfixiante por parte de ambos bandos. Los topasa se han convertido en la principal fuerza de asalto y pillaje de la frontera entre Sudán y Kenia y se han especializado en atacar los campamentos de refugiados. Y distintas organizaciones de ayuda humanitaria cuentan con pruebas fehacientes de que la venta y esclavización de la población negra del sur por parte de los árabes del norte ha vuelto a

convertirse en una práctica generalizada.

Siempre que leo uno de los escasos artículos que se publican de vez en cuando sobre la guerra busco alguna referencia o alguna mala noticia sobre Katire, el diminuto pueblecito maderero situado al borde de la meseta de los montes Imatong. Y, ante la falta de noticias, deduzco que sus gentes siguen bailando cada noche, ataviadas con sus camisas y sus blusas blancas y que, a varios miles de kilómetros por encima de ellos, en la espesura de la selva, mis pueblecitos aún están a salvo, que sus habitantes continúan cazando monos y cultivando maíz, ajenos al planeta arrasado que hay a sus pies. Y esa remota posibilidad me consuela.

---

14 Literalmente, «Appalachian Trail». Se trata de un camino de unos 3.000 kilómetros de longitud que atraviesa los Apalaches y va desde el centro de Maine hasta el norte de Georgia. (*N. de la T.*)

15 La Pascua judía se celebra el día 15 del mes de Nisán (entre marzo y abril) y dura aproximadamente una semana, durante la cual los judíos tienen prohibido comer alimentos fermentados y pan con levadura, que es sustituido por el pan ácimo o *matsot*. (*N. de la T.*)

TERCERA PARTE

**FRAGILIDAD  
DE LA EDAD ADULTA**

## Los babuinos: los años de inestabilidad

Los babuinos macho no se distinguen precisamente por su autodisciplina. Ni por su capacidad de aplazar una recompensa ni tampoco por su espíritu comunitario. Ni siquiera por su honradez. A la misma junta que había demostrado poseer un grado de cohesión extraordinario al derrocar a Saúl le bastó una sola mañana para desintegrarse en diversas facciones que se dedicaron a apuñalarse por la espalda de un modo tanto literal como figurado.

En los meses siguientes se armó la marimorena. Josué, Manases, Leví, Nabucodonosor, Daniel y Benjamín formaban de manera ostensible la cohorte de mayor rango. Por ejemplo, cuando se producía una interacción de carácter social, cualquiera de ellos sabía que estaba por encima de un macho semiadulto como David, el antiguo compañero de juegos de Daniel. Pero no tenían la menor idea de qué posición ocupaban los unos con respecto a los otros. Cada día se producían cambios drásticos en el estatus social de cada uno de ellos. Leví vencía a Daniel en una pelea y, esa misma tarde, ocupaba su lugar una docena de veces en una clara exhibición de fuerza, pero, al día siguiente, el poder había cambiado de manos. Con el transcurso de los meses, Manases podía imponerse sobre Nabucodonosor, pero ganando sólo en el 51 por ciento de las interacciones, en vez de hacerlo en el 95 por ciento de los casos, como habría sido lo normal en tiempos de mayor estabilidad. Reinaba el caos, abundaban las intrigas y todo el mundo se pasaba horas enteras formando coaliciones que fracasaban en cuanto eran puestas a prueba. Casi el 40 por ciento de las veces en que esto sucedía, el antiguo socio terminaba en el bando contrario. El número de peleas se disparó, al igual que la cifra de heridos. Nadie comía, nadie se espulgaba y el sexo cayó en el olvido. Se interrumpieron los proyectos de obras públicas y el servicio de correos dejó de ser fiable.

A finales de ese mismo año, las cosas mejoraron un poco y la jerarquía de poder se estabilizó, pero los tres años siguientes fueron testigos de un desfile inacabable de machos alfa que sólo fueron capaces de conservar su rango durante un breve espacio de tiempo. Ustedes se preguntarán hasta qué punto se había degradado la situación. Pues bien, en un momento dado, Benjamín acabó en la cima de la jerarquía. Fue la casualidad la que le permitió liderar el grupo durante un corto periodo, aparearse con Débora en el momento culminante de su época de celo y ganar una pelea contra Manases, más por fortuna que por otra cosa. Como era de esperar, la lucha por el poder resultó no ser su fuerte. Era un desastre, siempre estaba medio histérico. Tiraba la piedra y escondía la mano. Se amparaba en Débora en los momentos difíciles y, en una ocasión, demostró lo poco versado que estaba en la teoría de la evolución cuando, al sentirse amenazado por Manases, intentó secuestrar a aquella hembra, que era una auténtica valquiria. Débora le propinó un manotazo por toda respuesta. Enfurruñado, Benjamín se dedicó a perseguir a una cebrá y, tras una interacción particularmente tensa, se pasó toda la tarde subido a un árbol, balanceándose sobre las ramas hasta que éstas se rompieron. Un día se acercó resueltamente a Manases, que dormía la siesta vuelto de espaldas, y le bostezó por detrás, a quemarropa, en señal de amenaza. Cuando Manases se levantó e hizo ademán de salir tras él, Benjamín echó a correr despavorido.

Benjamín no inspiraba demasiada confianza a nadie. Una tarde, la manada se había puesto en marcha y estaba atravesando un estrecho claro situado entre dos bosquecillos de arbustos. Benjamín iba en cabeza. Los babuinos macho, sean del rango que sean, rara vez dirigen las manadas o, para decirlo con más exactitud, rara vez logran que alguien les siga. No saben qué se traen entre manos porque llevan poco tiempo en el grupo. A las únicas a las que siguen las manadas es a las hembras de más edad. Así pues, Benjamín avanzaba con ademán decidido por el claro, entre la espesura, sin mirar hacia atrás ni una sola vez. Mientras tanto, las dos viejas matriarcas Lía y Noemí decidieron desviarse hacia los matorrales y el resto siguieron sus pasos. Benjamín pasó junto al *jeep*, henchido de orgullo, y al final se dio la vuelta. ¡Maldita sea! ¿Dónde se había metido todo el mundo? Se puso a correr de un lado a otro, respirando agitadamente, y, de pronto, en un momento de inspirada confusión cognitiva, empezó a buscar a los sesenta babuinos debajo de mi vehículo.

Para consolidar su rango, Benjamín formó una coalición con Josué, que le respaldaba en la posición de macho alfa. La falta de brío de Benjamín resultó ser contagiosa y poco después se paseaban los dos por el vecindario en el mismo estado de histeria y descontrol. Manases les pisaba los talones y era el principal contrincante que tenían pero, por desgracia para él, es muy difícil que un solo babuino se enfrente a una coalición estable, incluso a una tan desquiciada como aquella. Los enfrentamientos solían comenzar cuando Benjamín se acoplaba con una hembra mientras Manases, siempre silencioso y calculador, comenzaba a dar vueltas alrededor de la pareja en círculos cada vez más próximos. Y, para complicar más las cosas, el hiperactivo Josué aparecía dando tumbos por todas partes y conseguía cumplir con el cometido que tenía asignado, que no era otro que el de interponerse en el camino de Manases. Al final, la presión de Manases se hacía tan insoportable que Benjamín y Josué se veían obligados a abandonar la escena, sujetando a duras penas sus inseparables sombreros de paja y sus maletas de cartón y llevándose consigo a la displicente hembra para tratar de reanudar sus actividades en alguna otra parte del bosque. Y unos días más tarde, era Josué el que estaba en pleno proceso de apareamiento mientras Benjamín se limitaba a prestarle su estelar apoyo táctico.

A pesar del encanto de sus miembros, aquel acuerdo no podía durar. La coalición de Benjamín y Josué se vino abajo al cabo de unas tres semanas, víctima de una crisis neurótica causada más por el agotamiento y la renuncia que por un derrocamiento explícito. Manases se erigió en macho alfa para ser sucedido poco después por Daniel, que demostró así su absoluta precocidad. Después de aquello, la inestabilidad no hizo sino aumentar, circunstancia que facilitó el rápido ascenso de Natanael poco después de llegar a la manada. Natanael era un babuino enorme, monstruoso, el animal más grande y pesado que he anestesiado en mi vida, pero desprovisto de todo rastro de agresividad o ambición. Su envergadura tenía aterrorizado a todo el grupo y, de hecho, fue lo que le proporcionó la posición de macho alfa. Pero en realidad no era más que un oso de peluche de tamaño gigantesco que parecía especialmente concebido para llevar a cabo actividades como acunar a niños soñolientos entre sus inmensos brazos o llevar cestas de pastillas de goma a los niños buenos. En muchos aspectos, era el amigo del alma de Isaac, el amigo de Raquel que por norma general rehuía todos los encuentros sociales

desagradables. Protagonizó una serie de fructíferas asociaciones con algunas hembras y poco después renunció a competir estúpidamente con otros machos. Rechazó voluntariamente el puesto de macho alfa y se retiró para disfrutar de la vida en compañía de sus hijos. Aunque nunca le vi repartiendo caramelos, sí que se convirtió en un experto en lanzar bebés por los aires y a menudo su inmenso corpachón corría el peligro de quedar clavado en el suelo bajo el peso de todos los pequeños que tenía encima.

Esto fue lo que ocurrió durante los años de inestabilidad, una época ideal para una hembra despabilada que supiera aprovechar las oportunidades. Teniendo en cuenta la gran cantidad de parejas que forman los babuinos, cabe plantearse una pregunta casi retórica: ¿tiene la hembra algún poder de decisión sobre el macho con el que se aparee? Al principio, los primatólogos creían que no. En los modelos estrictamente lineales de los años sesenta, si había una hembra en celo en la manada, el macho alfa era el que se apareaba con ella. Si resultaba que un día había dos hembras, lo hacían el macho alfa y el segundo de a bordo; si había tres... y así sucesivamente, lo cual no debía de ser muy divertido para la hembra. ¿Con quién preferirías pasar el rato, con el gilipollas de Nabucodonosor (que actualmente ocupa uno de los puestos superiores en la jerarquía) o con Isaac, un tipo de baja alcurnia? No hay duda. Las babuinas muestran unas preferencias perfectamente racionales a la hora de escoger a los machos. Por ejemplo, no les gusta relacionarse con aquellos que las golpean. Pero la libertad de elección tiene un límite cuando los machos les doblan el tamaño. Si el macho alfa resulta ser un individuo muy dominante, de ideas fijas y está interesado en una hembra, lo más probable es que la hembra se vaya con él, le guste o no. Pero si ésta detecta el menor signo de debilidad, procurará sacar partido de ello. Por ejemplo, se negará a estarse quieta cuando el macho intente montarla. O bien echará a andar cuando el macho, hambriento y exhausto por el esfuerzo de mantenerse alerta durante el acoplamiento, intente descansar o alimentarse. U optará claramente por una guerra de desgaste: un día Raquel se encontraba en el momento álgido de la época de celo y estaba apareándose con Josué, mientras Manases les hostigaba y Benjamín se metía por medio. Saltaba a la vista que no estaba interesada en ninguno de los tres. Así que se pasó varias horas acercándose a Manases con gesto decidido, obligando a Josué a interponerse rápidamente entre ella y Manases, de modo que Benjamín se situaba entre Manases y Josué, hasta que

éste la echaba del grupo o Manases se retiraba de la competición para aminorar la tensión. Acto seguido, Raquel volvía a aproximarse a Manases. Al cabo de un rato, el trío estaba tan harto de aquel juego que terminaba peleándose en pleno descampado. Y Raquel acababa comiendo perdices con Isaac.

También fue una época beneficiosa para la manada vecina. La mitad de los machos de mi manada estaban heridos, abatidos, diseñando estrategias o demasiado cansados por la pelea de la mañana para cooperar con nadie. La manada vecina efectuaba repetidas incursiones para echarles del bosque sin motivo aparente, por pura maldad. Era un espectáculo sorprendente, desalentador si se adopta una postura parcial con respecto a mi manada: ciento cincuenta babuinos atravesaban el bosque a toda velocidad, gritando, aullando, persiguiendo, atacando, haciendo fintas... La manada no salía muy bien parada de aquellas confrontaciones. Nabucodonosor y Manasés hacían una auténtica demostración de fuerza al echar del bosque a dos o tres de los machos invasores y de buenas a primeras se daban cuenta de que preferían luchar uno contra el otro. Josué abandonaba por un momento a Débora para tomar parte en la refriega y Nat perdía inmediatamente su interés por dar caza a uno de los machos vecinos e intentaba conducirla a un lugar más tranquilo situado al otro extremo del bosque. Escaseaban las muestras de espíritu colectivo y, una mañana, los merodeadores consiguieron echar a la manada del bosque antes de que dieran las ocho y media. Se quedaron allí y al final se dirigieron a las llanuras. Se pasaron todo el día buscando comida sin demasiado entusiasmo y, aquella noche, por primera vez que yo sepa, durmieron en otro lugar, encaramados de una forma extraña y precaria a una escuálida acacia situada a más de un kilómetro de distancia. Al cabo de pocos días pudieron regresar al bosque, pero, en los años siguientes, la manada vecina continuó acosándolos sin piedad.

Durante ese tiempo se produjeron algunas idas y venidas importantes en el grupo. El viejo Aarón, el joven Urías y Leví desaparecieron. Leví apareció al cabo de dos años en otra manada que habitaba a unos cincuenta kilómetros de allí y le iba bastante bien; supongo que los otros dos también encontraron un nuevo hogar. El extraño y pobre Job también desapareció, seguramente devorado por las hienas. Manases dudaba entre mi manada y la vecina, aunque nunca llegó a destacar en ninguna de las dos. Los puestos vacantes fueron

ocupados por varias caras nuevas. Por ejemplo, se unió a la manada Rubén, un macho robusto y corpulento destinado a no ascender nunca en la jerarquía. En los años siguientes, se las arregló para conseguir la confrontación que necesitaba desde el punto de vista estratégico y, en el momento crucial, huyó despavorido, con la cola en alto. En una ocasión, unas hienas pasaron junto a la manada y, aunque nadie se angustió por ello, él prefirió agazaparse en la hierba para no llamar la atención y sólo dejó al aire el trasero y la cola, que se veían a la legua. No había más remedio que admitir que era un cobarde. También se unió a la manada un animal viejo y decrepito con la pata posterior destrozada al que bauticé como Limp. Cualquier desgraciado de la manada que hubiera perdido su rango le amargaba la vida haciéndole pagar por los problemas que tenía. Poco después, llegó Gums, que era aún más anciano y consumido si cabe que Limp y, por añadidura, no tenía un solo diente, lo cual convertía su supervivencia en un hecho casi milagroso. Gums acabó ocupando un rango todavía inferior al del pobre y desvalido Limp, por el que dejé de compadecerme al darme cuenta de que golpeaba a Gums en cuanto se le presentaba la ocasión. Al ver que, aunque fuera a medio gas, aquellos dos viejos animales todavía se mostraban competitivos, reservados e intrigantes, me asaltaban preguntas como: ¿Quiénes eran, cuál era su historia? ¿A qué parte del Serengeti había tenido aterrorizada Limp unos años atrás? ¿El baboso y marchito Gums habría matado a alguien en el curso de una pelea? ¿Se conocían de antes, eran los últimos supervivientes de algún acontecimiento extraordinario? ¿Lo recordarían siquiera?

En este periodo se produjeron otras dos incorporaciones a la manada que resultaron ser bastante atípicas, ya que se trataba de nuevas hembras.

Puesto que normalmente las hembras pasan toda la vida en una misma manada y dedican veinticinco años de la misma a construir una compleja trama de relaciones con amigos, familiares y enemigos, es de suponer que si una hembra cambia de manada, es porque ha tenido problemas muy graves. Las dos recién llegadas tenían aspecto de refugiadas políticas o esposas maltratadas. Un día, el grupo se encontró con la manada vecina mientras buscaban comida en el lecho del río. Inmediatamente, todo el mundo se puso a chillar, aullar, amenazar y hacer aspavientos contra los vecinos, que hicieron exactamente lo mismo, hasta que ambos grupos reanudaron la búsqueda de comida. Por el rabillo del ojo, observé cómo una hembra adulta de la otra

manada echaba a correr por el cauce del río y se escondía en un arbusto.

Al cabo de un rato, salió disparada hacia otro arbusto más próximo a la manada. Su grupo empezaba a alejarse montaña arriba; en aquella época ya no se disputaban el bosque. Transcurridos otros diez minutos, volvió a esconderse a toda prisa en otro de los arbustos cercanos y su grupo desapareció tras la cima de la montaña. De pronto, echó a correr y se metió en el grueso de la manada.

Estaba en el punto de mayor turgencia y es probable que estuviera ovulando. También se apreciaban en ella dos heridas recientes, una en la pata y otra en la cara. Otra hembra que probablemente habría deseado no haber oído hablar nunca de los estrógenos. Sea cual fuera el motivo de su huida, estoy seguro de que tenía algo que ver con su periodo de celo y con el hecho de que los babuinos macho eran unos imbéciles.

Los demás reaccionaron como era de esperar. Las otras hembras del grupo la hostigaban, los machos la asediaban. Ruth y Débora no la dejaban tranquila ni un momento, Boopsie le quitaba el sitio cada vez que salía a buscar comida; Jonás se olvidó de su pasión por Rebeca y le tiró los tejos antes de que Rubén lo echara y después fuera desbancado por Nat. Dado que la hembra prefirió quedarse con ellos un par de días a pesar de todas aquellas pamplinas, era de suponer que los motivos que la habían impulsado a abandonar su manada tenían que ser de fuerza mayor. A la tercera mañana, la hinchazón y el envenenamiento hormonal habían remitido y, como aquel cambio le permitía volver a casa y puede que incluso le diera la oportunidad de vivir en paz durante un tiempo, se fue por donde había venido y jamás volví a saber de ella.

La segunda hembra que apareció era todavía más atípica, ya que se quedó. No sé lo que la habría instado a huir, pero debía de ser muy doloroso, puesto que, al hacerlo, abandonaba el rango, las relaciones familiares y las amistades anteriores. También estaba en celo y presentaba una herida en el hombro. Y le habían seccionado la punta de la cola hacía poco tiempo. Tal vez fuera ésa la razón que la había llevado a abandonar su ciudad natal. Short Tail (rabicorta) se unió a la manada y, por falta de familia o un linaje conocido en el que ubicarla, fue relegada al último escalafón de la jerarquía femenina. En esta condición pasó varios años, indiferente al estado de subordinación en el que vivía. Como era de esperar, dada la existencia épica y poco ortodoxa que

llevaba, se había hecho muy fuerte. Solía cazar conejos, una actividad que rara vez llevan a cabo las hembras, y en las grandes cacerías luchaba con los machos por los trozos de carne. En general, todos pensaban que era un bicho raro excepto Adán, un macho de carácter apacible que también se había unido a la manada por aquella misma época y que pasó los años siguientes persiguiendo a Short Tail con una devoción nunca recompensada.

Así transcurrieron los años de inestabilidad, entre constantes golpes de timón y un caos generalizado. A menudo me venía a la mente el comentario que había hecho un colega que también observaba a los babuinos cuando salíamos de ver la película *Chimpanzee Politics*, un filme que trataba de la habilidad maquiavélica con la que los chimpancés se amargan la vida los unos a los otros. «Los chimpancés son lo que a los babuinos les gustaría ser si tuvieran un atisbo de autodisciplina». Tengo grabada en la memoria una imagen que ilustra este periodo con toda exactitud. Ocurrió después del fracaso de la efímera coalición que se había establecido entre Benjamín y Josué, en una época en que los dos estaban enfrentados o, cuando menos, se ponían bastante nerviosos en presencia del otro. Un día me adentré en el bosque y localicé a Benjamín agazapado detrás de un árbol al que se aferraba con ambas manos. Estaba al acecho de algo, expectante, nervioso. De vez en cuando asomaba la cabeza lentamente, con sumo cuidado, y observaba desde detrás del árbol algo que había al otro lado del claro. Luego volvía a esconderse a toda prisa detrás del tronco, sano y salvo.

¿Qué estaba ocurriendo? Atravesé el claro y encontré a Josué también agachado y oculto detrás de otra higuera. Sólo Dios sabe cómo se habían metido en aquel lío, pero lo cierto es que los dos estaban clavados en sus puestos y que cada uno de ellos se escondía del otro y se asomaba de vez en cuando por detrás de su árbol para comprobar que el otro no se traía nada entre manos antes de volver a ocultarse. Parecía que cada uno tenía atrapado al otro, pero el porqué y el cómo eran un misterio. Parecían dos duendecillos del bosque paranoicos. Permanecieron así durante media hora hasta que Josué se durmió apoyado contra el tronco del árbol y Benjamín, aliviado, pudo desaparecer sin hacer ruido.

## El viejo Dedos Curvos y el rey de Nubia-Judea

Cuando los años de inestabilidad en la jerarquía de la manada tocaban a su fin, ya había avanzado considerablemente en mis investigaciones científicas. A aquellas alturas, ya no me cabía la menor duda de que, si podía evitarlo, nadie se conformaba con ser un macho de clase baja. Los babuinos de rango inferior tenían constantemente un nivel elevado de una hormona fundamental responsable del estrés, que indicaba que la vida cotidiana era lo suficientemente estresante como para provocar una respuesta estresada. Al parecer, su sistema inmunitario no funcionaba tan bien como el de los animales dominantes. Presentaban una menor cantidad de colesterol bueno en la sangre y, por algunos indicios indirectos, deduje que tenían la presión sanguínea alta. Tenía una cierta idea de la causa de aquellas diferencias relacionadas con el rango. Por ejemplo, si los animales subordinados tenían en la sangre menos colesterol del bueno, ¿era porque segregaban menos cantidad de esta sustancia o porque segregaban la cantidad normal pero la eliminaban más rápidamente que los animales dominantes? Todo parecía indicar que se trataba de esto último. O, por poner otro ejemplo, se sabe que, al igual que los machos de rango inferior, las personas depresivas suelen presentar niveles basales elevados de esa misma hormona del estrés. A partir de estos datos, llegué a la conclusión de que la hipersecreción de dichos babuinos se debía al mismo abanico de cambios que se producían en el cerebro y las glándulas pituitaria y suprarrenal, y que daban lugar a una hipersecreción en los seres humanos deprimidos. Observé que, en una jerarquía estable, no eran los machos dominantes los que presentaban los niveles de testosterona más elevados, sino aquellos adolescentes memos con ganas de pelea. Me complacía haber hecho este descubrimiento porque contradecía el dogma vigente en algunos sectores de mi especialidad, concretamente que testosterona más agresión es igual a

supremacía social.

Entre tanto progreso científico, me vi obligado a admitir que ya no era ningún chaval. Me acercaba a la edad en que se supone que Jerry Rubin ya no confiaba en la gente.<sup>16</sup> Oficialmente, tenía un problema de espalda y las pasaba canutas cada vez que debía levantar a un babuino comatoso; lo que estaba claro es que ya no tenía la misma resistencia al calor del mediodía. Incluso durante mi último viaje en avión había mantenido una conversación seria y atenta con un turista muy versado en el tema de los efectos beneficiosos que produce el salvado de avena en el nivel de colesterol (al fin y al cabo, estábamos en plena década de los ochenta). Y el mejor indicador de mi inexorable declive físico fue el hecho de darme cuenta con el paso de los años de que había acabado por obsesionarme con el arroz, las legumbres y la caballa taiwanesa. Por alguna circunstancia maravillosa y fortuita, recibía dinero con la suficiente regularidad como para poder permitirme el lujo de diversificar un poco mi despensa y comprar artículos de mayor calidad. Sin embargo, dicha ampliación consistió básicamente en la adquisición de numerosas latas de sardinas y cajas de espaguetis con el objeto de alternarlas con la caballa, el arroz y las legumbres, señal inequívoca de que mis verdaderas preferencias no habían mejorado con el tiempo. Pero la prueba definitiva de que me estaba haciendo mayor fue la consecución de mi título de doctor y el inicio de un curso de posdoctorado de un par de años de duración. Lo que en el mundillo académico equivale a encontrarse en una especie de tierra de nadie. Ya no te hacen descuentos para entrar en el cine y tienes que comenzar a devolver todos los préstamos que te han concedido en tu época de estudiante. Y, por otro lado, tampoco disfrutas de un verdadero puesto de trabajo (ya se sabe que un posdoctorado es una penosa etapa de entrenamiento cuyo verdadero objetivo es mantener a la gente alejada unos años más de un mercado laboral prácticamente inexistente).

Naturalmente, mi título no significaba nada para la gente de la sabana, que siempre se había mostrado un tanto desconcertada ante mi condición de estudiante. Por un lado, en África sólo los más ancianos consiguen que les salga un poco de barba y estoy seguro de que el hecho de que yo la tuviera muy poblada les hacía pensar que era bastante viejo (por lo menos que rondaba los cincuenta). Por otra parte, la categoría de «estudiante» sólo se aplicaba a los niños menores de diez años a los que sus padres no habían

sacado de la escuela por falta de dinero y aún no se habían visto obligados a dedicarse a tareas más prácticas como, por ejemplo, vigilar los rebaños de cabras. De ahí que siempre tuvieran una imagen un tanto confusa de mí: era un hombre de veintitantos años con aspecto de anciano y la situación laboral de un niño.

Y, puesto que ya no era estudiante, había varios hombres masai, como mi amigo Soirowa, que querían saber cuándo iba a decidirse mi padre a darme las vacas que teóricamente me correspondían allá en nuestro pueblo de Brooklyn. En cambio, Rhoda y otros amigos, formulaban preguntas más indiscretas e impertinentes relacionadas con el matrimonio y los hijos. Eran tan insistentes que incluso llegué a pensar que mi madre estaba detrás de todo aquello.

Aquel tipo de preguntas era consecuencia de la creciente intimidación que mantenía con las gentes del pueblo de Soirowa y Rhoda, una familiaridad motivada en parte por el reciente traslado de mi campamento. Los años anteriores me había instalado río arriba, en una zona situada junto a una muralla de arbustos que crecían junto al río e impedían que los masai me vieran mientras realizaban sus quehaceres diarios en la otra orilla, justo a las afueras del parque. El emplazamiento era bueno pero tenía la gran desventaja de que se veía a la perfección desde el interior del parque. La industria turística se encontraba en pleno auge y los microbuses plagados de japoneses no paraban de invadir mi campamento en los momentos más inoportunos (mientras forcejeaba con un babuino que se recuperaba de la anestesia, me bañaba en el río o defecaba entre los arbustos), enfocándose con las cámaras como posesos y preguntando a todas horas dónde podrían encontrar un rinoceronte para fotografiarlo.

Así pues, me había mudado río abajo, a un lugar más próximo al poblado, donde disfrutaba de mucha menos intimidación que en el primer emplazamiento. Sin embargo, tenía la ventaja de que, entre mi pequeño refugio situado junto al río y las principales llanuras del parque, se alzaba un gigantesco muro de arbustos y árboles de gran espesor que obligaba a los vehículos que querían acercarse a seguir un tortuoso camino que discurría entre los matorrales. Satisfecho, levanté allí el campamento, pensando que resultaría impracticable para cualquiera que no fuera un veterano de la sabana como yo. Naturalmente, al día siguiente el primer microbús de turistas japoneses siguió las huellas de

mis neumáticos y se presentó en el campamento en busca del consabido rinoceronte.

Así que, con sorprendente frecuencia, me veía obligado a posar para los turistas con mis babuinos anestesiados, aunque sólo estaba a un paso del poblado de Rhoda y Soirowa. Cada día atravesaban el campamento unas cuantas mujeres que iban a buscar leña y se paraban a charlar un rato, aunque yo sólo conocía media docena de palabras en lengua maa y ellas únicamente sabían media docena de palabras en swahili y unas cuantas menos en inglés. Los niños desatendían los rebaños de cabras y se dejaban caer por allí con la esperanza de que les regalara globos o de que hiciera pompas de jabón. Los ancianos del poblado también habían incluido mi campamento en sus paseos diarios con el fin de preguntar por la salud de mis lejanos padres y hacer vanos esfuerzos para que les regalara mi reloj por enésima vez.

Gracias a esta proximidad, comencé a enterarme de todo tipo de cotilleos. El guía turístico inglés de un campamento próximo tenía una aventura con una de las turistas mientras su esposa estaba en Gran Bretaña cuidando de su padre moribundo. Una noticia que no era ni sorprendente ni interesante, ya que en la colonia británica de Kenia había un elevado porcentaje de expatriados relacionados con la industria turística que parecían dispuestos a continuar la gloriosa tradición británica consistente en convertirse de inmediato en adúlteros alcohólicos y, lo que es peor, en petimetres aburridos como ostras. Lo interesante del caso era que todo el mundo aprobaba de una manera tácita sus actividades: valía la pena ver que incluso los hombres de raza blanca se dedicaban a la tradicional labor de comprar una segunda esposa.

Aún más interesante resultaba el cotilleo profundamente contradictorio que había surgido en torno al chico que vivía a dos poblados de distancia y trabajaba como friegaplatos en uno de los hoteles, y al que había seducido y prácticamente raptado una voraz turista estadounidense que, según la gente, estaba más loca que una cabra. Por un lado, la mera idea de que el pobre chico tuviera que mantener relaciones íntimas con aquella señora les revolvió el estómago. Pero no por la diferencia de raza, sino porque, según se decía, a la mujer se le caía la piel del rostro (de hecho, la tenía quemada por el sol), era más vieja que Matusalén (unos cuarenta años) y porque, al ser ella la iniciadora en materia sexual, la veían como una especie de bruja con aspecto de hiena que probablemente todavía conservaba el clítoris. Por otro lado,

daban por hecho que el chico estaría viviendo como un rajá en Estados Unidos y podría beber toda el agua, la leche y la sangre que quisiera. (Esta historia circularía durante muchos años en los poblados de los masai y, como es lógico, entre el grupo de investigadores del parque, tan ávidos de cotilleos como los anteriores. La mujer era extremadamente rica y, de hecho, estaba como una auténtica regadera. Durante muchos años, tuvo al chico en su rancho como a un animal doméstico y se dedicó a darle lecciones de vuelo. Cuando se cansó de él y estaba a punto de echarlo de allí, el chico decidió adoptar la típica actitud práctica de los masai consistente en rechazarla primero y dejarla por otra vividora de Montana más rica, más joven y más loca que ella. Finalmente volvió a territorio masai, adinerado y corpulento y admirado por todos: un hombre que había sobrevivido a una vida de horrores que le había convertido en el más grande de los guerreros).

Luego llegaron rumores relacionados con los tejemanejes de la aldea de al lado. Rhoda y algunas otras mujeres me explicaron el trato que habían cerrado dos ancianos hacía poco. Cada uno de ellos había ido al mercado a buscar una esposa y a aquellos dos amigos de toda la vida se les había ocurrido la brillante idea de entregar su hija menor al otro. Naturalmente, no consultaron a las hijas ni tampoco a las respectivas esposas (es decir, a las madres de las criaturas), pero se dice que hubo lamentos y bofetadas antes de que accedieran dócilmente a contraer matrimonio. Lo interesante del caso no eran los pormenores de la celebración, que los masai consideran puramente rutinarios, sino la progresiva toma de conciencia que provocó el asunto en aquellos lares, sobre todo entre Rhoda y su séquito, que hablaban de ello en un tono áspero y horrorizado: «Esos viejos asquerosos», decían.

Pero lo mejor de todo era enterarse de los trapos sucios del propio poblado. Una noche, más o menos por la misma época en que Josué le cedió a Manases el cetro de macho alfa, Samwelly, Soirowa y yo estábamos sentados alrededor de la hoguera, en el campamento. El último cargamento de hielo seco había llegado en grandes bolsas de plástico. Samwelly las había rellenado de hojas y en aquel momento estábamos comiendo sentados cómodamente en aquella especie de cojines. Era una noche de arroz, legumbres y caballa taiwanesa, si no recuerdo mal. También le habíamos añadido un poco de salsa de guindillas.

—Está buena esta salsa de guindillas.

—Muy buena.

—Picante.

—Muy picante.

De pronto se oyó el alarido de una hiena entre los arbustos.

—Una hiena.

—Sí, seguro que es una hiena.

—Están buenos el arroz y las legumbres. Picantes.

Fue una noche especial. Había luna llena y yo estaba tan embelesado que Soirowa acabó por preguntarme si teníamos luna en Estados Unidos.

—Sí, pero no tan bonita como ésta.

Después de la cena, mordisqueamos un poco de fruta seca; un visitante norteamericano había pasado por allí y nos había dejado aquel manjar como recuerdo. A Samwelly y Soirowa les gustó bastante, pero no acababan de entender la necesidad de secar la fruta cuando te la podías comer fresca. Les conté que en Estados Unidos los inviernos son muy fríos, que hay nieve por todas partes y que durante la cosecha hay que secar la fruta para poder comerla el resto del año cuando no crece en los árboles y la gente tiene que pasarse todo el tiempo metida en casa. Mi swahili es tan pobre que se quedaron con la impresión de que los americanos vivimos en cuevas seis meses al año y que subsistimos a base de trocitos de piña sulfurados.

Comenzamos a contarnos cuentos. Yo les cuento el del americano que nació en otro planeta y que es muy fuerte y vuela y lucha por la justicia y la libertad, pero debe ocultar su verdadera personalidad y fingir que escribe en un periódico, donde hay una mujer que le ama. Samwelly dice que cree haber oído esa historia en boca de los misioneros. Luego, Samwelly y Soirowa cuentan una historia sobre los ndorobo, una tribu de cazadores y recolectores de la zona rodeada de un halo mítico, cuyos miembros desempeñan el mismo papel cultural que los gitanos. Se dice que roban niños kikuyu, masai y kipsigi y que los crían como si fueran perros de caza: no los alimentan para que no crezcan, los mandan a cazar antílopes a cuatro patas y, para comprobar que cumplen su misión, el mismo jefe de los ndorobo se convierte en un mono colobo y sigue a los niños a la selva, donde los vigila encaramado a las copas de los árboles.

—¿Y el jefe vuelve a convertirse en un ser humano después de ser un

colobo? —les pregunto.

—Sí.

—¿Y los niños robados son realmente perros de caza o sólo se comportan como si lo fueran? —inquiero.

No lo saben, nadie lo sabe, porque, si los ves, te dan caza y te matan.

—Entonces, ¿cómo es que conocéis la historia? —les pregunto.

—Porque los ndorobo fanfarronean sobre el tema cuando salen de la selva para ir a vender al mercado: «¿Ves este antílope de aquí? Lo cazó nuestra jauría de niños kikuyu convertidos en perros de caza, ¿por qué no me lo compras?».

Nuestros cuentos se vuelven cada vez más terroríficos. Les hablo de Cropsey, el salvaje que vive en los montes Catskill y que mata a los niños a hachazos, y cuya historia aprenden todos los *boy scouts*, exploradores o campistas estivales de Brooklyn la primera vez que se van de acampada. Al parecer, el viejo Cropsey vivía en el bosque con su hija. Los *boy scouts* estaban allí cerca, cortando leña y, por un descuido, un hacha salió volando y mató a la hija de Cropsey, que se volvió loco y huyó al bosque. Desde entonces, el hombre se pasa la vida acechando, a la espera de que aparezca algún *boy scout* para matarlo con aquella misma hacha. «Y puede que esa noche esté cerca de aquí, aproximándose cada vez más, buscando». De pronto hay que enfocar con la linterna al que escucha la historia y decir: «Buscándote ¡a ti!». Samwelly está impresionado y no para de repetir «Buscándote a ti», y de enfocarse la cara con la linterna.

—¿Cuántos años tiene Cropsey? —pregunta.

—Ciento veinte años y tiene los dientes de hierro y los ojos brillantes.

—¿Dónde están los montes Catskill, están cerca de aquí?

—No, en el norte del estado de Nueva York.

A continuación, Soirowa cuenta la historia del masai que se vuelve loco, se va a vivir con las hienas y se convierte en una de ellas. No lleva ropa y olvida el lenguaje humano, huye de la gente y, al atardecer, se le puede ver a lo lejos, comiendo con las hienas después de una cacería.

Aquella vez nos estremecimos de verdad, porque se trataba de una historia real. Luego Soirowa nos contó una noticia referente a aquel hombre que había llegado a sus oídos hacía poco, algo que creo que a los masai les pareció

profundamente inquietante y vergonzoso, algo que probablemente muchos no habrían querido que se contara a personas ajenas al poblado: hacía poco, el hombre hiena se había acercado a la aldea por la noche y, al notar su olor, los perros se habían puesto a ladrar. Cuando los hombres dieron con él, ya había matado una cabra con los dientes y le estaba destrozando la barriga. Estaba cubierto de excrementos de hiena de tanto refregarse en ellos y las uñas de los pies le habían crecido tanto que las tenía curvadas hacia arriba. Se parecía a Howard Hughes en su época de ermitaño.

Fue más o menos por la época en que el hombre que creía ser una hiena merodeaba por el río cuando escuché la historia del hombre que creía ser el rey de Nubia-Judea, posiblemente una consecuencia imprevista del frustrado intento de golpe de estado que había tenido lugar unos años antes. A mí me la contó un escocés alegre y dicharachero mientras estábamos sentados en el porche de la pensión de la señora R, en la que solía hospedarme cuando estaba en Nairobi.

Al parecer, el escocés acompañaba a un compatriota que trabajaba en un proyecto de ayuda humanitaria junto al desierto. Debían entregar unas piezas de maquinaria a un colega que estaba en el quinto pino, a unos cuarenta kilómetros al norte del puesto de control que señala el comienzo del desierto.

Están en medio de la nada, todo es vacío y desolación, hace un sol de justicia y no hay un alma a la vista a excepción de los nómadas trastornados por la insolación que de vez en cuando aparecen por allí tambaleándose con sus animales. Se acercan al pequeño poblado que hace las veces de puesto de control. A un lado se extiende el último de los distritos provinciales que forman parte de las unidades que se encuentran bajo el control del estado. Tienen ante sí la otra mitad del país, el Distrito de la Frontera del Norte, un desierto abrasador, inhóspito y vacío lleno de nómadas y bandidos degolladores que lo controlan todo a excepción de los puestos avanzados que el gobierno tiene diseminados por el territorio o de los convoyes en los que se ve obligado a viajar todo el mundo por simple cuestión de seguridad. Sin embargo, dado que ellos sólo tienen que cubrir la corta distancia que los separa de la frontera y regresar a toda prisa, esperan conseguir un pase que les permita viajar sin tener que esperar a una de aquellas caravanas.

Puesto de control. Unas cuantas chozas de barro, hombres de la tribu

samburu de aspecto comatoso tumbados de cualquier modo bajo la escasa sombra. Palmeras, arena, grava, una choza pintada de un color más claro con un tejado de hojalata y una bandera: las dependencias del gobierno. Por lo general, en las avanzadas situadas en lugares remotos, el funcionario que tiene el mando suele ser un tipo medio desnudo, olvidado por todos, hambriento y consumido. Más de uno ha estado a punto de abalanzarse sobre mí diciendo cosas incoherentes, con una mirada enloquecida provocada por la insolación, encantado de hablar con alguien que no fuera samburu, gimoteando y pidiéndome a gritos noticias del mundo exterior, tratando por todos los medios de ajustarse el andrajoso uniforme. En cambio, los dos escoceses entran en la oficina y encuentran a un hombre de cabello reluciente peinado hacia atrás, engominado al estilo de los negros americanos de la década de los cincuenta y vestido con una camisa almidonada de color blanco, corbata, traje a rayas de tres piezas y bastón. Se trata del representante del gobierno, que les conduce, con gran solemnidad y en el más absoluto silencio, a dos sillas situadas frente a su mesa, tras la cual toma asiento seguidamente. Sobre su cabeza cuelga una fotografía del presidente. Es la fotografía oficial de rigor; el presidente aparece en su despacho, pluma en mano, levantando la vista de sus innumerables asuntos de estado. Nuestro representante del gobierno adopta exactamente la misma postura con la pluma, mira hacia arriba y anuncia en un perfecto inglés que está preparado para escuchar sus peticiones.

Los escoceses le explican adónde se dirigen y que les gustaría obtener un permiso para seguir adelante sin tener que esperar a un convoy. El representante del gobierno les hace un par de preguntas rutinarias como de qué punto salieron por la mañana, cuánto tiempo llevan en el país y qué opinan del clima local. Ellos le responden y, de repente, con una resolución terminante, nuestro hombre les anuncia que proceden del sur de Escocia. Tiene razón. Los mira orgullosos e identifica correctamente la provincia de la que proceden. Verán, explica el hombre, conocí a muchos escoceses mientras me entrenaba con las Fuerzas Aéreas británicas. Eso aclara muchas cosas: por regla general, la gente sólo trabaja para el gobierno y acaba en un lugar de mala muerte como aquél si ha metido la pata hasta el fondo; el Distrito de la Frontera del Norte está plagado de puestos avanzados bajo la responsabilidad de hombres que han sido castigados por haber bebido demasiado estando de servicio, o a los que se ha llamado al orden por algún asunto de corrupción o alguna

indiscreción del estilo. Después del intento de golpe de estado que habían llevado a cabo las fuerzas aéreas unos años atrás, a todos los oficiales que no fueron ahorcados se les exilió a horribles destinos. Y uno de aquellos hombres era nuestro representante del gobierno y antiguo miembro del ejército del aire.

Sin aviso previo se levanta, mira hacia el cielo, realiza una serie de gestos extravagantes con los brazos y pega un alarido que resulta ser un antiguo grito de guerra en un gaélico casi perfecto. Al parecer, es su modo de anunciar el comienzo de su inspección. Les exige en tono agresivo que se levanten el flequillo y le enseñen la frente para poder efectuar una medición completa; en concreto, dice, para determinar si poseen una mentalidad criminal. Los escoceses están nerviosos y, aunque pueda parecer irracional, se sienten como delincuentes, por lo que obedecen sin rechistar mientras él examina sus frentes con sumo cuidado y emite leves murmullos de asentimiento. Los obliga a ponerse de pie y a apretarle la muñeca con todas sus fuerzas, como parte de una especie de test que se niega a explicarles. Hace tanto calor y la situación es tan absurda que ni se les pasa por la cabeza oponerse a sus exigencias. Lo único que les preocupa es no pasar la prueba.

Luego se pone cómodo y los somete a un interrogatorio completo. Revisa los pasaportes de los escoceses (algo que no tiene nada que ver con el hecho de dejarles pasar sin escolta) y se emociona al comprobar que uno de ellos ha ido a Egipto desde Kenia. Al parecer, se equivoca al identificar el número y la hora del vuelo entre Nairobi y El Cairo de la compañía Egypt Air sólo por una o dos cifras de diferencia. A continuación, les da una breve y animada conferencia sobre la diversidad étnica de Alejandría, el tipo de pescado que hay en la zona y, según dice, el hecho de que a los niños se les cierran las suturas craneales mucho más tarde de lo normal, circunstancia que permitió a sus gentes desarrollar un cerebro lo bastante grande para poder construir las pirámides.

Aún se emociona más cuando descubre que el mismo escocés también había estado en Grecia y les dice que va a leerles el sello del pasaporte en perfecto griego, que identificará la población en que se lo habían puesto y que, a continuación, les hablará de la gente del lugar. Ellos aguardan expectantes a que se produzca la proeza. El hombre lee correctamente la palabra estampada, en teoría con una pronunciación irreprochable. Anuncia que es el nombre de un pueblecito de las islas, aunque, en realidad, se trata de la palabra griega

correspondiente a «entrada». Añade que la ciudad cuenta con numerosas ruinas y unas cabras muy sanas, pero que sus habitantes tienen el cráneo pequeño, y les asegura que sus profundos conocimientos sobre el Mediterráneo se deben a que había sido el gobernador general de Tiberio en una vida anterior.

Ajá. Por fin se le ha visto el plumero; hemos llegado al fondo de su demencia. Dice que hay dos misioneros italianos en la ciudad a los que ha tenido que arrestar por poner en duda que fuera el gobernador general de Tiberio. (Más tarde, antes de partir, los escoceses se encuentran con estos dos italianos, que se dirigen al norte a entregar un carburador a sus principales competidores, tres barbudos misioneros coptos colegas suyos que sólo logran convertir a algún nómada animista de uvas a peras, conversión que siempre acaba saldándose con la muerte del pobre acólito a manos de otros miembros violentos de la tribu, indignados por su decisión. El hecho de que hayan decidido ir a visitar a los coptos demuestra que no se encuentran bajo arresto domiciliario. Los hombres les aseguran que es la primera vez que oyen hablar de las declaraciones del representante del gobierno en relación con Tiberio, y añaden que no se han cruzado con él desde que tuvieron que corregirle cuando se equivocó por muy poco al tratar de adivinar el año de la fundación del Vaticano).

Envalentonado, tal vez porque da por hecho que la sorpresa y el silencio de los escoceses es una muestra de reverencia y lealtad, nuestro representante se pone en pie majestuosamente detrás de la mesa y anuncia que, de hecho, sigue siendo el gobernador general de Tiberio, que está entrenando un ejército de incondicionales en pleno desierto, que dentro de poco se dirigirá hacia el sur e invadirá Nairobi, que el presidente huirá, «correrá y comerá hierba como una cebra del Serengeti», que incendiará y arrasará Nairobi hasta tal punto que ni los animales salvajes se atreverán a acercarse, y que, entonces, él volverá a su puesto avanzado y, tras declarar el resurgimiento de su imperio, se convertirá en el rey de toda Nubia-Judea.

Para entonces está muy exaltado, jadea y tiene la mirada perdida. Se sienta, exhausto, y saca un pase de uno de los cajones de la mesa que les permite viajar solos. Vuelve a hacer acopio de energías y, con un ademán triunfal, estampa su nombre en griego fonético, para añadir a continuación que su firma es conocida y temida por los bandidos a lo largo y ancho del desierto del

norte. Los escoceses se marchan, dejándole ensimismado una vez más en su pose de presidente, absorto en los asuntos de Nubia-Judea. Ese mismo día, al pasar por el puesto de control durante el viaje de regreso, el hombre les hace señas para que sigan adelante sin dar la menor muestra de haberles reconocido.

---

**16** Jerry Rubin (julio 1938-noviembre 1994) fue un conocido activista político estadounidense, cofundador del Youth International Party (partido Yippie) y uno de los principales promotores de las campañas de protesta contra la guerra de Vietnam. En la década de los setenta y los ochenta del siglo pasado abandonó la postura política radical que le había enfrentado al sistema y, después de trabajar una temporada en Wall Street, se convirtió en un empresario de éxito. Murió atropellado por un coche. (*N. de la T.*)

## Los pingüinos de Guyana

La verdad es que estaba de un humor de perros. Por la mañana, la cosa había ido bien con los babuinos. El gigantesco Natanael estuvo acosando al joven Daniel, que había alcanzado prematuramente la posición de macho alfa debido a la inestabilidad de la jerarquía de la manada, y pensé que aquel día intercambiarían el rango que ocupaban en el grupo y que Natanael daría por fin el paso definitivo. De hecho, presenciar la transición entre un macho alfa y otro es crucial para un primatólogo, que se convierte así en testigo de la historia. Daniel se había pasado la mañana cambiando de lugar de un modo ostensible cada vez que Natanael se le acercaba, probablemente para no tener que verlo, como si pudiera hacerlo desaparecer sólo con desearlo. Mientras tanto, Nat se aproximaba poco a poco sin parar de bostezar de modo amenazador. Corrían vientos de guerra y yo estaba impaciente por ver si Daniel se vendría abajo y haría un gesto de sumisión que marcaría el inicio de la transición o si sería necesario un combate decisivo del que saldría malparado.

Justo cuando las cosas se ponían emocionantes, tuve que marcharme. Había llegado la hora de coger el coche e ir hasta el recinto turístico a esperar al camión de aprovisionamiento en el que venía un cargamento imprescindible de hielo seco que me hacía falta para mantener congeladas las muestras de sangre. Así que no me quedaba más remedio que perderme toda la diversión.

Al llegar al hotel, descubro que no me han mandado el hielo desde Nairobi. Con mucho esfuerzo, consigo contactar por radioteléfono con el tipo que se encarga de los envíos.

—Perdone —me dice—, lo hemos olvidado.

¿Que lo han olvidado? Llevan meses enviándomelo una vez por semana y ahora resulta que se les ha olvidado. Sólo me queda hielo para un día antes de

que las muestras empiecen a descongelarse y lo único que he conseguido es una promesa muy poco convincente de que tendré el hielo al día siguiente. Al atravesar los espinos que rodean el hotel, tuve el tercer pinchazo de la semana, lo que siempre es una tortura. Primero hay que ir a ver al tipo que se encarga de las reparaciones y que, en vez de estar dando el callo en la gasolinera del hotel, se ha ido otra vez a dormir a las dependencias de los empleados. Das marcha atrás y saludas de nuevo a las veinte personas distintas con las que te vas tropezando y, más concretamente, intercambias con ellas información sobre el estado de salud de sus padres y luego les repites que no, que no puedes darles las botas que llevas puestas porque las necesitas. Localizas al individuo que arregla los neumáticos, que se distrae con el simple vuelo de una mosca y tarda una hora y media en reparar el pinchazo. Me da un recibo, que llevo al cajero que hay al otro extremo del hotel, quien, a su vez, redacta una nota que dice «un pinchazo, cuarenta chelines», que el otro hombre firma para que yo pueda pagarle al cajero: un procedimiento que impide que el mecánico efectúe reparaciones a escondidas y se quede con el dinero. El cajero va a buscar papel de borrador para calcular que me sean devueltos diez de los cincuenta chelines del billete que he entregado y ya estoy listo para el siguiente paso: llevar el neumático a la otra punta del campamento para encontrar al tipo encargado de la manguera de aire. Naturalmente, a las 11 de la mañana, el hombre está borracho en el bar y me explica con cierto esfuerzo que le encantaría inflarme el neumático, pero que su hermano tiene la llave del cobertizo en el que está guardada la manguera y que aquella semana está de permiso. Mala suerte. Le digo que, lamentándolo mucho, voy a tener que quedarme a vivir una semana en la gasolinera del hotel, y el hombre, viendo la oportunidad que se le presenta, me contesta que es posible, sólo posible, que pueda encontrar otra llave, y me pregunta que por qué no le vendo mi reloj a un buen precio americano. Tiene que conformarse con un distintivo del Hollywood Bowl y, satisfecho, se pone a hincharme la rueda con su asombrosa energía y acaba en sólo media hora. No tengo ningún problema para encontrar al responsable del manómetro, que se encarga de determinar si el neumático está bien inflado o no, y el hombre cumple con su cometido tan deprisa que empiezo a hacerme ilusiones. Sin embargo, la rueda no está bien hinchada. Estoy tan harto, que decido marcharme con la rueda así en vez de averiguar el paradero de Bwana Manga de Aire, quien, sin duda, debe de haber regresado al bar para tratar de vender la insignia del Hollywood Bowl a

cambio de una copa.

Concluida la tarea, me encuentro con Richard, que está deprimido porque ayer era final de mes y los guardas forestales de la entrada del parque se presentaron en el hotel armados y borrachos y recorrieron las dependencias del personal con aire arrogante obligando a los empleados a entregarles parte de la paga a cambio de protección. A Richard le habían quitado más de lo normal, además de la medicina para la úlcera que le había traído de Estados Unidos después de hacer incontables malabarismos para pasarla por la aduana. ¿Para qué puñetas podía querer un guarda forestal una medicina desconocida si no es para demostrar lo gilipollas que era? Richard anuncia que se va a dormir.

Cabreado y harto de todo aquel lío, hago algo atroz. Cojo el coche y me dirijo a otro recinto turístico situado a una distancia considerable, donde, por fortuna, nadie me conoce y me gasto una cantidad escandalosa de dinero en el almuerzo del establecimiento, que permite comer cuanto se quiera por un precio fijo. Me atiborro de comida hasta ponerme enfermo, sobre todo carne roja. Así de grave es la cosa.

Tomo asiento y sonrío a los turistas, con la esperanza de que me tomen por uno de ellos, y sólo hablo inglés con los camareros. Busco a un norteamericano para entablar conversación. Puede que para hablar de los Yankees o de películas recientes o simplemente de lo estupendo que sería tomarse un Big Mac en aquel momento (un producto que, de hecho, no he probado en mi vida).

Logrado el desahogo, hago el viaje de regreso con un profundo sentimiento de culpabilidad, y durante el trayecto comienzo a preguntarme qué hacen los africanos de la zona cuando mi maldita cultura y yo empezamos a volverlos locos.

De acuerdo, es fantástico que aprendamos los unos de los otros y exploremos el mundo y adoptemos posiciones relativistas en el plano cultural, pero todo lo que hay en aquel lugar me resulta extraño, y puesto que sus habitantes deben sentir la misma extrañeza hacia mí, es previsible que esa fascinación mutua se desvanezca pasado un tiempo. Nunca deja de sorprenderme que no exista una hostilidad más abierta entre las diferentes culturas, tribus y razas de la zona, protagonistas de continuos roces y enfrentamientos que han hecho saltar ampollas a lo largo de una historia llena

de momentos desagradables. Un aspecto en el que la hostilidad ha alcanzado un punto culminante es el número de timos que he podido observar a lo largo de los años. La profunda animadversión que todo el mundo siente hacia las personas de otras culturas les lleva a aprovecharse continuamente de ellas. Existen varios ejemplos excelentes que así lo demuestran.

Había un timo especialmente bien montado que los funcionarios africanos del aeropuerto ponían en práctica con los indios ricos. Por ejemplo, una familia india de Nairobi volvía del extranjero, de visitar a unos parientes de Londres o Toronto, y siempre llegan cargados de paquetes, normalmente artículos electrónicos sumamente atractivos adquiridos a un precio mucho menor que en Kenia. El adusto oficial de aduanas les pregunta si antes del viaje habían rellenado un supuesto formulario para hacer una declaración que acaba de sacarse de la manga. Al enterarse de que no lo han hecho, se muestra profundamente consternado y decide incautarse de todas sus pertenencias hasta la siega del tocino. La familia, que por entonces está tan consternada como él, le pregunta en tono cauteloso si no se podría hacer algo para solucionar aquel desgraciado incidente. Se paga con gran sutileza el oportuno soborno y quizá, de entre todos los obsequios electrónicos, se deja una pequeña bagatela como muestra de gratitud y afecto hacia el inspector de aduanas. De ese modo, la familia puede abandonar el control aduanero...

... para ser abordada a la salida por un policía que, casualmente, está realizando una misión especial que consiste en investigar la corrupción que existe entre los oficiales de aduanas. El hombre les informa, escandalizado, de que acaba de verlos sobornando a un funcionario público y les amenaza con multarlos, encarcelarlos, flagelarlos en la plaza pública e incautarse de todos los artilugios electrónicos hasta que las ranas críen pelo y la gente recorra las calles de Nairobi haciendo esquí de fondo. La familia, que a aquellas alturas ya tiene el miedo metido en el cuerpo, se pregunta si no se podría hacer nada para resolver aquel lamentable malentendido. Se paga un nuevo soborno, se efectúa una nueva ofrenda electrónica como símbolo del cariño y del mutuo respeto que ha surgido entre ambas partes. La familia abandona la sala de espera...

... para caer en las garras de un oficial del ejército perteneciente a un grupo que investiga la corrupción existente entre los agentes de policía...

Como es lógico, yo también caí en la trampa. Uno de los guardias de

seguridad de un hotel me pidió que le trajera un reloj de pulsera de Estados Unidos y me dijo que ya me lo pagaría cuando se lo entregase. La idea no me entusiasmaba mucho, ya que ni lo conocía bien ni me resultaba especialmente simpático, pero decidí ser amable. Así que voy y le traigo el reloj y lo paso por la aduana sin declararlo, para evitar los múltiples impuestos que gravan los artículos de importación y que él pudiera beneficiarse del descuento que en principio había motivado la petición de compra. Al entregárselo, él proclama de inmediato que somos hermanos y promete pagarme al día siguiente. En vez de ello, me encuentro con algo que me deja totalmente consternado: me explica que hemos tenido mala suerte, que, casualmente, uno de los guardas forestales se ha dado cuenta de que llevaba un reloj nuevo y le ha exigido ver el impreso IV-7b o algo por el estilo, un documento que demuestra que el reloj ha entrado en el país de forma legal. Y, como no lo tiene, el guarda lo ha amenazado con meterlo en la cárcel, darle una paliza e incautarse de todos los babuinos del Serengeti hasta el día del juicio final si llega a descubrir quién ha introducido aquel sucio reloj en su parque, pero, por suerte, el fiel guardia de seguridad se ha negado a dar nombres y, en su lugar, ha quedado en entregarle un regalo en metálico al guarda forestal al día siguiente. ¿Por casualidad no tendré yo un poco de dinero a mano? Soy tan tonto que se lo doy y lo único que consigo es enterarme con mayor consternación si cabe de que, por desgracia, un policía los ha sorprendido al guarda forestal y a él en el preciso momento en que se disponían a efectuar el pago del soborno y les ha dicho que, si averigua quién está detrás de todo aquello y ha introducido aquel cochino reloj en su territorio, le va a... Fue más o menos entonces cuando lo mandé a hacer puñetas.

Otro timo de gran solera es el que me habían hecho el primer día que pasé en Nairobi, muchos años atrás. Se trataba, claro está, del sesudo estudiante ugandés, refugiado del régimen de Idi Amín, que se había propuesto contribuir a echar al dictador del poder para establecer el tipo de sistema de gobierno que pudiera resultarle atractivo al turista al que trataba de estafar. De ahí que cuando se dirigía a un norteamericano le dijera:

—Ya ve usted, tengo que volver a Uganda a luchar por la libertad, como hizo su pueblo para independizarse de los ingleses, e instaurar un estado bipartidista y dos cámaras legislativas para que mi pueblo sea libre y pueda tener elecciones primarias varios años antes de las elecciones propiamente

dichas y convenciones repletas de animadoras vestidas con minifaldas y hombres ricos con sombreros de paja cantando canciones en honor del vencedor. Seremos libres y luego compondremos un himno nacional titulado «La bella Uganda». Oh, hermosa tierra de inmensos cielos...<sup>17</sup>

El timo siguió funcionando muchos años después del derrocamiento de Amín, lo que demuestra que era uno de los pocos líderes africanos cuya existencia, por no mencionar los estragos de su régimen, ha pasado a formar parte de la conciencia del turista de a pie.

Luego estaba la «artimaña de la señora Mortlake», que requería un asombroso conocimiento de los británicos para llevarla a cabo de una manera verosímil. Imagínese que es usted un expatriado que está aparcando el coche en el aparcamiento del mercado de la zona residencial donde vive la comunidad británica. Al salir, se encuentra con un keniano que esboza una sonrisa servil y bobalicona que ya no se ve desde que los colonos británicos se pavoneaban por la zona en pantalones de montar. Sin parar de hacer reverencias, le entrega la siguiente nota escrita con tinta violeta en papel de carta de color rosa:

Apreciado señor Cheever,

Ví su coche en el aparcamiento y, como me dio la impresión de que un chico trataba de entrar en él por la fuerza, he dejado a Francis, mi criado, para que vigilara el vehículo. Los muchachos de por aquí se están poniendo imposibles. Sería usted tan amable de darle a Francis unas monedas —ando un poco corta de dinero en efectivo— para que pueda volver en autobús a Karen [el barrio residencial habitado por blancos y denominado así en honor de Karen Blixen, la autora de *Memorias de África*, cuya antigua residencia se ha convertido actualmente en un museo]. Le quedo profundamente agradecida y espero que nos veamos el domingo en las carreras.

La Señora Mortlake (Theodora)

Puñeta, piensa usted, yo no soy el señor Cheever (a quien imagina como el típico inglés cretino con la piel salpicada de manchas de la edad, calcetines hasta la rodilla, boquilla y la cara roja como una gamba), y el pobre Francis, que lleva un buen rato vigilándole el coche como un perro guardián, se ha quedado tirado por culpa de la tacaña señora Mortlake (Theodora) y cree que

lo menos que puede hacer es darle al pobre desgraciado el dinero para que pueda volver a la casa, donde seguramente se pasa la vida sirviendo té y galletas. Una vez conseguido el dinero, Francis se marcha haciendo reverencias a la espera de que aparezca la siguiente víctima.

Naturalmente, la cosa tiene su intrínquilis. Hace falta papel de carta de color rosa, tinta violeta y la habilidad para reproducir la caligrafía llena de lazadas y floripondios de una señorona británica. Y, por supuesto, hay que ser un farsante de tomo y lomo para fingir que uno es Francis, el criado. No es un timo apto para novatos.

El engaño estuvo de moda durante un tiempo y, por lo visto, se fue al garete el día en que alguien se espabiló y, en vez de darle a «Francis» el dinero para el autobús, le obligó a subir al vehículo y lo dejó en Karen después de un largo viaje en coche. Es posible que, para dar credibilidad a su propio personaje, el conductor llegase a confesar el respeto, puede que incluso la lujuria, que le inspiraba la señora Mortlake (Theodora).

Fue más o menos por aquella época cuando Laurence de las Hienas y yo tratamos de encontrar una posible solución al problema que tenía en su campamento, situado río arriba, a unos cuantos kilómetros del mío. Los masai de la zona, con los que Laurence no se llevaba demasiado bien, obligaban a atravesar el río a sus tropecientos mil vacas por un punto muy próximo a su campamento, como si no tuvieran ningún otro sitio por el que cruzar. Las vacas llenaban de mierda el agua del río, lo ponían todo patas arriba y, por lo general, lo único que hacían era estorbar. Por mucho que uno gritara a los chiquillos que conducían la manada, nunca conseguía que se llevaran a aquellos malditos animales de allí.

La mejor solución habría sido la siguiente: te metes en la tienda y, después de una dramática pausa, vuelves a aparecer con unas gafas de sol y una toalla enrollada en la cabeza al estilo de Hedda Hopper. Llevas en la mano un cráneo de hiena lleno de polvos de talco y un rotulador. Te acercas a la vaca más grande de la manada con ademán resuelto y la agarras por los cuernos. Con gesto solemne y amenazador, empiezas a espolvorear el talco a través del foramen magno y las órbitas del cráneo de hiena mientras cantas a voz en cuello el estribillo del «Ob-La-Di, Ob-La-Da» de los Beatles. Una vez finalizada esta fase de la ceremonia de brujería, hay que escribir en la ijada de la vaca con el rotulador. Personalmente, prefiero dibujar un corazón

atravesado por una flecha con la inscripción «Vinnie y Angela». Llegados a este punto, los chiquillos que cuidan de las vacas habrán corrido a esconderse entre los arbustos, muertos de miedo: se han pasado de rosca y, en respuesta, has decidido someter a sus vacas a un poderoso sortilegio de magia blanca. Laurence y yo llegamos a la conclusión de que sacarían a los animales del campamento en cuanto acabase la ceremonia.

Nunca llegamos a poner en práctica el plan, por la sencilla razón de que, si lo hacíamos, aquella misma noche vendría a visitarnos una delegación de los ancianos del pueblo para comunicarnos que, al haber hecho caer una maldición sobre las vacas, en caso de que enfermase un solo animal durante el mes siguiente, seríamos hombres muertos.

Y luego estaba el que Richard había ideado para conseguir que los masai lo dejaran en paz de una vez. Aunque se llevaba a las mil maravillas con Soirowa y algunos otros miembros de la tribu, Richard seguía viviendo y trabajando junto al río en medio de una continua tensión. Los masai nunca aceptarían el hecho de que tanto él como Hudson pertenecían a tribus campesinas que siempre habían sido sus enemigas tradicionales.

Ahora bien, si los masai tienen fama de ser un pueblo temible se debe a su elevada estatura y a su presencia imponente, a su tendencia a reunirse en grupos numerosos o a su destreza con las lanzas. Pero estoy convencido de que lo que realmente pone los pelos de punta a los agricultores es su afición a beber sangre de vaca.

En ese sentido, cabe decir que la sangre es el manjar favorito de la mayor parte de los pastores nómadas de África. Te dedicas a dar vueltas por ahí con tus vacas y tus cabras y te alimentas de su leche y su sangre. Sencillo, divertido. Cada día coges a una de las vacas de la manada y, mientras muge como una loca, le cortas la yugular y llenas una calabaza de sangre caliente. Luego le pones un emplasto de barro y la vaca padecerá una ligera anemia durante la semana siguiente. Te bebes la sangre fresca, dejas que se coagule o la mezclas con leche y cereales para desayunar. Así te ahorras incomodidades como tener que cazar o cultivar cosas, al parecer te proporciona una dieta bastante equilibrada y probablemente se trata de una práctica aconsejable desde el punto de vista ecológico. Sin embargo, a los agricultores kenianos se les revuelve el estómago sólo de pensarlo.

Bueno, de vez en cuando a los más valientes les da por pensar que la sangre

de los masai debe de tener algún secreto. Por ejemplo, en una ocasión, el padre de Hudson llegó a casa, sin duda después de haberse pasado el día meditando en el campo, y anunció que la familia iba a probar un poco de sangre de vaca: «Esos masai llevan años dándonos unas palizas de muerte, así que esa repugnante costumbre debe tener una razón de ser». La consternación se apodera de todo el mundo; se oye de fondo una música cómica y la situación adquiere un aire de comedia televisiva: «¡Oh, no! Papá se convierte en masai y obliga a todo el mundo a beber sangre de vaca!», esta tarde a las ocho en *Mi padre el bantú*. Ocurre lo que era de esperar. En medio del asombro y la hilaridad general, el padre de Hudson trae a empujones a la única (y aterrorizada) vaca lechera de la familia, está a punto de matarla (ya que no sabe muy bien cómo detener la hemorragia) y lo pone todo hecho un asco. Nadie más piensa probar aquel horrible brebaje. Él toma unos sorbos con mucha cautela, declara que es excelente y no vuelve a mencionar el tema nunca más. Y el capítulo concluye con el alegre tema musical de cierre.

A excepción de esas raras incursiones, la mayoría de los habitantes de esta parte del país prefiere dejar las libaciones de sangre en manos de los masai, quienes, sin duda, disfrutan alborotando al personal. El truco del montaje de Richard estaba en vencer a los masai con sus propias armas y lograr que incluso ellos se sintieran asqueados de sus propios hábitos alimentarios.

Empezó de un modo involuntario. Yo había anestesiado a Natanael. Unas horas después, llevé en coche a una mujer desde el dispensario del hotel y en el camino me detuve a soltar al babuino. Supongo que cuando uno hace este tipo de cosas a menudo, olvida que los demás no están acostumbrados a que te acerques a una jaula oculta en un bosquecillo y pongas en libertad a un babuino salvaje que no para de aullar, gritar y pegar botes hasta el techo. A la mujer masai se le salían los ojos de las órbitas. Para más inri, Nat estaba un poco atontado y salió haciendo eses con una lentitud bovina. En un arrebató de inspiración, cogí un palo del coche y empecé a caminar junto a Nat, que aún estaba desorientado, y a darle golpecitos en la rabadilla con un gesto parecido al que adoptan los masai cuando arrear a sus vacas. Me puse a silbar como hacen ellos en tales ocasiones y luego lo obligué a pasar por delante del coche y de la mujer, que estaba cada vez más asustada. Después de dejarlo con el resto de sus colegas, regresé al coche y dejé a la mujer en su lugar de destino sin darle la menor explicación.

Tal como había previsto, al día siguiente, todos los habitantes de los poblados situados junto al río sabían que Richard y yo pastoreábamos a los babuinos como si fueran vacas y que, sin duda, nos alimentábamos de ellos. Un grupo de aterrorizados chiquillos masai se apresuró a interrogar a Richard sobre el particular.

—¿Ordeñas a los babuinos y te bebes la leche?

—Pues claro.

—¿Eso es todo? —le preguntaron los niños, sin atreverse siquiera a expresar con palabras sus peores miedos.

—Hay algo más —insinuó Richard en tono malévolo mientras empezaba a urdir su plan.

Planeamos la jugada con sumo cuidado y elegimos el mejor día para llevarla a cabo. Acabábamos de anestesiar a Rubén, el nuevo adulto recién llegado a la manada, y permanecíamos en el campamento sin dar ni golpe. Los niños masai holgazaneaban a nuestro lado, sobre todo las chicas, que estaban chifladas por Richard y se dedicaban a mariposear a su alrededor con la típica actitud provocativa que adoptan las niñas de diez años cuando torturan al vigilante de la piscina de una colonia de verano. Nos observaban atentamente cuando les sacábamos sangre a los babuinos, ya que los masai deben golpear venas y saber controlar el sangrado para poder comer cada día y saben más sobre hemorragias que la mayoría de los flebotomistas. Formaban una piña a nuestro alrededor, nos aconsejaban sobre la vena que debíamos pinchar y se maravillaban ante los catéteres con forma de mariposa y los anticoagulantes. Estaban acostumbrados a que hiciéramos girar la sangre en la espantosa centrifugadora manual, extrajéramos el suero y lo congeláramos en hielo seco. Pero aquella vez teníamos otro plan.

Richard y yo recogimos los glóbulos rojos sobrantes, la saludable y nutritiva sangre de babuino, y, a la vista de todos, la vertimos en la taza que habíamos decidido sacrificar para que la estratagema saliera bien. Entramos de nuevo en la tienda, mientras los niños masai nos miraban, paralizados por el terror y, en el camino, aproveché que les dábamos la espalda para cambiar las tazas. Nos hicimos una reverencia con una solemnidad propia del preámbulo de la ceremonia japonesa del té y nos turnamos para beber de la taza, comentando en voz alta el sabor tan delicioso que tenía, limpiándonos la boca y frotándonos el vientre con exagerada satisfacción.

Bingo. Desde entonces, los masai creen que bebemos sangre de babuino y me parece que es una de las principales razones de que hayan decidido no fastidiar a Richard muy a menudo. Los propios chiquillos se agruparon en torno a él y empezaron a hacerle preguntas.

—¿A qué sabe?

—Sabe bien, como la sangre humana.

Ellos retrocedieron, escupiendo y dando gritos ahogados.

—¿Te paga para que te la tomes? —le preguntaron, refiriéndose a mí.

—No, es amigo mío, le pido que me deje beber la sangre de sus babuinos.

—¿Es que no tienes vacas en casa?

—No, mi padre no tiene vacas, por eso empezamos a bebernos la sangre de los babuinos.

La chica más caritativa se acercó a Richard y, en un gesto impropio de un masai, le acarició el brazo.

—Sin vacas, debes de ser el hombre más pobre del mundo —le dijo con amabilidad.

Su amiga no tenía tiempo para la piedad ni la comprensión:

—¡Caníbales! —exclamó malhumorada mientras se alejaban.

Pero, por supuesto, justo cuando había decidido que el deporte favorito de los kenianos era hacerles una faena a sus compatriotas, volví a casa después de pasar una temporada haciendo trabajo de campo e inmediatamente fui víctima del timo más elaborado que he visto en mi vida. La broma me costó un buen pellizco del sueldo y, al final, acabé sentado en el asiento trasero de un coche de dos puertas en uno de los peores barrios de Nueva York a altas horas de la madrugada. El asiento delantero lo ocupaba uno de los estafadores, supuestamente un trabajador que estaba de paso en la ciudad, un pico de oro que no paraba de hablar y estaba de vuelta de todo; y, en la parte de atrás, sentado junto a mí, se encontraba el otro miembro del tándem, teóricamente, una encantadora e inocente mujer de Guyana recién llegada de las plantaciones para visitar a su hermano, que se encontraba malherido en el hospital. No sospeché en ningún momento lo que estaba pasando y estuve charlando de trivialidades con la falsa guyanesa, entusiasmado con la idea de conversar con ella sobre la flora y la fauna de su hermosa tierra natal. Luego resultó que no sabía nada sobre el tema pero, por suerte para ella, daba la casualidad de que

mis conocimientos sobre la materia eran aún más limitados que los suyos.

Cuando puse la correspondiente denuncia en la comisaría de policía, descubrí que se trataba de un timo muy viejo y que tenían un álbum lleno de fotos de archivo de grano grueso con el título de «Chica guyanesa / trabajador itinerante», junto a otras carpetas catalogadas como «Monja ciega con perro lazarillo enfermo», «Mellizos siameses que acaban de acertar la lotería» o «Califa de paso con su séquito busca desesperadamente restaurante de calidad especializado en cocina de Oriente Medio». Mientras rellenaban los impresos, los polis aprovecharon la ocasión para preguntarme repetidamente de dónde era: «Vamos a ver, ¿dónde dices que naciste, en Pardillos de la Frontera, Iowa? ¿En Destripaterrones de Arriba, Kansas?», para obligarme a confesar una y otra vez que en realidad era un neoyorquino de pura cepa. Estuvieron riéndose un buen rato y se lo pasaron de fábula burlándose de mí.

Pero ésa es otra historia.

---

17 Referencia al verso de apertura *Oh beautiful, for spacious skies* perteneciente a la canción tradicional «America the Beautiful», que los estadounidenses consideran una especie de segundo himno nacional. (*N. de la T.*)

## Cuando los babuinos se caían de los árboles

Naturalmente, cuando pensaba que ya sabía cuánto había que saber sobre los timos vigentes, incluidos los de Nueva York, volví a morder el anzuelo. Y aquella vez no se trataba de no haber sabido verle el plumero a un tipo que trataba de sacarme un reloj de pulsera, sino que tuvo consecuencias importantes. Me vi obligado a tomar una decisión de vida o muerte en cuestión de segundos y, como no tenía ni idea de las tonterías que ocurrían a mi alrededor, tomé la decisión equivocada. Sucedió poco después de la llegada al poder de Natanael, que por fin había conseguido arrebatarse definitivamente la posición dominante a Daniel la mañana en que estuve dando vueltas por ahí con una rueda pinchada que no dejaba de petardear. Richard y yo habíamos hecho grandes progresos con la anestesia de los babuinos y habíamos logrado reunir una gran cantidad de datos. Un investigador veterinario de Nairobi llamado Muchemi vino a pasar unas semanas con nosotros en el campamento para recoger unas cuantas muestras. Es una forma eufemística de hablar: a Muchemi le interesaba la esquistosomiasis en los primates y necesitaba muestras fecales de babuino. Estábamos encantados de poder complacerlo e incluso accedimos a proporcionarle algunas de nuestras muestras. En una ocasión, tuvimos un día redondo y anestesiábamos a cuatro animales en una mañana, todo un récord, y entramos en el campamento soltando gritos de euforia en plan vaquero. Fue entonces cuando surgió un modelo de conducta muy productivo: cada mañana anestesiábamos a los babuinos, realizábamos los experimentos sin la menor complicación, jugábamos con un *frisbee* entre las muestras de sangre y ayudábamos a Muchemi a meter zurullos en bolsitas de plástico. Aquella iba a ser una magnífica temporada.

Hasta que un día, el guarda forestal se presentó en el campamento. En esas ocasiones, siempre te ponías un poco nervioso, ya que, por lo general, cuando

un guarda forestal te hacía una visita era para decirte que te habían retirado el permiso o para pedirte un favor o para comunicarte que alguna princesa árabe pensaba venir de vacaciones a cazar animales por allí cerca y que, mientras tanto, todos los investigadores entrometidos tenían que irse a freír espárragos. Aquella vez se trataba de una petición. En realidad, el que vino a vernos era el ayudante del guarda forestal, ya que su jefe se había tomado unos días de descanso. En un claro intento de demostrar que era un tipo duro y responsable, se había enterado de que había un problema y, después de investigar el asunto, quería que lo resolviera yo. Había recibido varias llamadas del director de un campamento turístico situado al otro extremo de la reserva informándole de que los babuinos que vivían cerca de allí padecían algún tipo de enfermedad y que «se estaban cayendo de los árboles» a puñados. El hombre había solicitado permiso para rematar a los moribundos.

El guarda forestal se lo había concedido y quería que yo averiguara qué les ocurría a los babuinos, si tenía cura y si entrañaba algún riesgo para los turistas. Pero, aunque la intención era buena, no sabía muy bien qué hacer. El asunto tenía todos los ingredientes de una emocionante aventura juvenil: un hombre de uniforme había venido a encomendarme una misión interesante que constituía todo un reto. Por otra parte, era el momento ideal para llevarla a cabo, gracias a la presencia de Muchemi y sus habilidades veterinarias. Sin embargo, la idea me ponía de mal humor, ya que ni a Muchemi ni a mí nos sobraba el tiempo.

Sin embargo, teníamos que ir, de eso no cabía duda; se trataba de una petición del guarda forestal, que podía cerrarme el chiringuito cada vez que se enfadara, y para evitarlo era esencial hacer méritos. Y teníamos la posibilidad de ayudar a alguien. A la mañana siguiente ya habíamos reunido nuestros pertrechos y desvalijado la tienda que nos servía de almacén: una jaula, una cerbatana, dardos, anestésicos. Tubos para muestras, agujas, jeringas. Dos centrifugadores, uno de ellos de reserva y accionado de forma manual. Un microscopio hematológico, portaobjetos, tintes. Un cargador y una batería de coche adicional para hacer funcionar el equipo. Tiendas de campaña, sacos de dormir. Un montón de antibióticos, antisépticos, analgésicos. Algodón, equipo de cultivo de bacterias, guantes, mascarillas, batas quirúrgicas, sierras para cortar huesos, instrumental para realizar autopsias, cubas de formaldehído.

Salimos temprano. Muchemi había realizado investigaciones en aquella

parte de la reserva unos años antes, recogiendo excrementos de animales carnívoros, y nos habló con nostalgia de su juventud. Nos pusimos todos a cantar. Hacía un día espléndido. Estábamos emocionados, entusiasmados, deseosos de abordar el problema, encantados e impresionados con nosotros mismos y con nuestros preparativos. Esperaba que los mandamases también quedaran impresionados y decidieran que podía resultar útil tenerme a mano y dejaran de darme la lata con los permisos. Nos sentíamos como una especie de equipo veterinario de asalto. Diseñamos una estrategia y juramos que, si las cosas se complicaban mucho, movilizaríamos a todo el centro de primates de Nairobi y haríamos saltar en paracaídas a varios equipos de patólogos veterinarios vestidos con elegantes monos de color naranja. Estuvimos dándole vueltas a la cabeza hasta que decidimos que lo más lógico era empezar por pedirle al director que le disparara a uno de los moribundos para poder practicarle una autopsia a fondo. Dios mío, habíamos salido a matar babuinos. Volví a experimentar la misma ansiedad que me había mantenido despierto la mitad de la noche anterior: ¿con qué nos encontraríamos?, ¿cuántos animales tendríamos que matar antes de poder averiguar algo?, ¿qué ocurriría si no lo hacía bien?, ¿y si se trataba realmente de una epidemia? Me preguntaba si, cuando todo hubiera acabado, volvería a pensar en aquella mañana y recordaría que había sido un día espléndido, que habíamos cantado, que Muchemi nos había hablado de los zurullos de león...

El director salió a recibirnos al aparcamiento. Era el típico «cazador blanco ya entrado en años» o, más bien, una versión rejuvenecida del género. Bueno, antes de continuar, creo que debería poner las cartas boca arriba y decir lo que pienso de esos tipos. Es, sin duda, una de las imágenes épicas surgidas de la experiencia colonial africana: el personaje creado por Hemingway, el cazador de cabello canoso, duro pero justo con los nativos, que sabe de forma instintiva lo que piensan los animales, capaz de emborracharse hasta caer en coma en un garito de Nairobi y levantarse al día siguiente con los ojos brillantes y totalmente sobrio para empezar el safari. Todo un perro de presa cuando hay que salvar al cliente cobarde en un momento crucial de la cacería o seducir a la mujer del mismo y toda esa monserga. Estoy seguro de que la mayoría no era así, pero, dado que ésa es la imagen que tratan de dar, estoy dispuesto a utilizarla en su contra. A medida que la caza disminuía, hasta que acabó por ser prohibida en Kenia, el mito fue

adquiriendo una nueva dimensión. Los viejos cazadores no han desaparecido: debido al profundo respeto que sienten hacia esos dignos adversarios que son los animales, un respeto adquirido durante las interminables cacerías en que han participado, han terminado hastiándose de las matanzas y ha surgido en ellos el deseo de protegerlos. De ahí que, al destinar sus amplios conocimientos sobre los animales a la preservación de los mismos, se conviertan en guardas forestales una vez alcanzada la madurez. Por supuesto, algunos de los grandes y heroicos guardas forestales que había en África oriental durante la época de la independencia eran antiguos cazadores que en su mayoría fueron sustituidos por personal de raza negra, y actualmente están jubilados o bien dirigen campamentos turísticos o empresas de safaris. No lo sé. No dispongo de estadísticas plenamente fiables sobre el tema y no sé cuántos se convirtieron en ecologistas, cuántos eran simples exterminadores de animales y cuántos lograban parecer apuestos y taciturnos en la sabana a la luz del amanecer. Salta a la vista que no son precisamente santos de mi devoción.

Por su parte, parece que los viejos cazadores convertidos en guardas forestales y en directores de campamentos turísticos odian a los zoólogos por regla general. Supongo que representamos la afrenta definitiva, la domesticación de su amada África. Son británicos duros que estaban allí desde el principio, que no tenían demasiados estudios, que aprendieron a conocer la sabana viviendo en ella, mediante la comprensión global de la misma. En cambio, lo normal es que nosotros seamos jóvenes norteamericanos procedentes de lugares imposibles como Ann Arbor o Queens, que aún se encuentran en inferioridad de condiciones. Llegamos a la zona tratando de reducir la naturaleza a simples ecuaciones sobre la vegetación o nos ponemos a hablar de ecosistemas o nichos, por el amor de Dios. Sólo pasamos cortas temporadas en la zona (es decir, menos que el cazador, que permanece en ella toda la vida) y nos dedicamos a estudiar pijotadas: la polinización de una determinada especie de planta, el proceso de transmisión de una enfermedad en los ungulados, el número de metros cuadrados que necesita un animal cualquiera para sobrevivir. Somos un hatajo de niños recién doctorados que no saben de la misa la media y que están todavía en pañales en lo que se refiere a la sabana. Lo cual probablemente es cierto.

Hasta aquí, un resumen de mis prejuicios. Tras un examen minucioso, vi que el director no encajaba en mi idea del viejo explorador blanco. No porque

fuera joven. Ser un viejo explorador blanco es más un estado de ánimo que un problema cronológico; entre ellos hay bastantes jóvenes que han visto desmoronarse sus carreras cuando se prohibió la caza. Sencillamente, no cabía la menor duda de que era demasiado rechoncho: era bajo y fornido y tenía la cara, el cuello y el torso rollizos. Demasiado tersos y suaves. No tenía el rostro polvoriento y apergaminado al que los cazadores siempre consiguen dar un aspecto de extrema aspereza cuando dicen que todo el negocio del Serengeti se ha ido al traste desde que los africanos echaron al viejo Jock Murray del cargo de guarda forestal. Tenía un bigotito agresivo y peligroso y un cabello tan parecido a un mal peluquín de hace veinte años que tenía que ser suyo por necesidad. Llevaba los consabidos pantalones cortos y el chaleco de color caqui, los calcetines hasta la rodilla y los omnipresentes cigarrillos, y hablaba con un engolado acento británico. Lo cierto es que he olvidado su nombre, lo cual es una lástima, ya que habría sido uno de los pocos que no habría cambiado para proteger su intimidad.

El guarda había prometido llamarle por radio para notificarle nuestra llegada y no lo había hecho. Le explicamos lo ocurrido, nos presentamos y tratamos de parecer profesionales y dar la impresión de tenerlo todo bajo control, como si quisiéramos que todos supieran que ya podían dormir tranquilos aquella noche, que habíamos venido a salvar a sus babuinos. El hombre nos dijo que estaba encantado de tenernos allí con una cara de no estar encantado en absoluto. Saltaba a la vista que estaba incómodo, pero era difícil saber por qué. Había muchas razones posibles. Puede que se debiera al hecho de que la época colonial era cosa del pasado y en aquel momento tenía que vérselas con un «doctor» Muchemi de raza negra al que ignoró durante todo el día. Puede que estuviera irritado porque habíamos invadido sus dominios sin previo aviso; o puede que fuera la antipatía que los tipos como yo solemos suscitar en los antiguos colonos: más bárbaros en su amada Kenia.

Charlamos un rato sobre el volumen alcanzado por el negocio turístico y las lluvias recientes. Le pregunté por el estado de los babuinos. De repente, me di cuenta de que habíamos empezado a jugar al ratón y al gato. Me dijo que unos cuantos se habían puesto enfermos, pero que no sabía si a aquellas alturas encontraríamos alguno.

Le manifesté mi sorpresa:

—Creía que se estaban cayendo de los árboles.

—No, no, nada de eso, sólo hay unos cuantos enfermos.

—Ah, pues lo siento, supongo que el guarda forestal lo entendió mal. ¿Qué le parece si tratamos de encontrar a los babuinos ahora y les echamos un vistazo?

—Creo que le resultará difícil, cuesta dar con ellos y a veces me paso varios días sin verlos.

—Pero el guarda forestal me dijo que se trataba de la manada que vivía en el vertedero del campamento.

—Bueno, sí, así es. Supongo que podemos ir a ver si están allí.

Pensé que le había ofendido sin darme cuenta. Tal vez le molestara que unos oportunistas como nosotros se presentaran cuando ya tenía el asunto bajo control; o quizá pensara que era demasiado joven, melenudo e impresentable para ser competente. Fui lo bastante estúpido para creer que tenía que hacer algo para tranquilizarlo, para ganarme su respeto.

Le expliqué nuestro plan. Encontraríamos a los babuinos, los estudiaríamos de un modo exhaustivo y trataríamos de hacernos una idea aproximada del número, la edad y la distribución por sexos de los enfermos. Luego, si había alguno afectado, él se encargaría de matarlo y le haríamos la autopsia para intentar averiguar lo que ocurría.

Pidió a gritos el arma, exigió la presencia del porteador y me explicó las razones que le movían a utilizar aquel rifle concreto. No entendí una sola palabra de lo que dijo sobre el arma ni presté atención a los rasgos que, según él, hacían de aquel rifle un objeto idóneo para matar babuinos. Como es lógico, no me entusiasman las armas. Una vez, hacía ya unos años, Laurence de las Hienas y yo nos autoconvencimos de que nos hacía falta una escopeta de dos cañones para recorrer la sabana con toda tranquilidad. Laurence consiguió una y un día aquel par de hippies judíos y barbudos de Berkeley y Brooklyn salieron a hacer prácticas de tiro. Hicimos un largo viaje en coche hasta llegar a un descampado, nos metimos chicle en los oídos para amortiguar el ruido y como dianas colocamos unas cuantas latas y cráneos de búfalo. Laurence al menos sabía cargar y manejar el arma con seguridad y todo eso. Fue él quien me enseñó a usarla y quien gritaba como un desesperado cada vez que me apuntaba al pie sin querer. Tenía la sensación de que todo aquello, incluso el mero hecho de tocar el arma, era pecaminoso, prohibido, furtivo e ilegal. Estuvimos un rato disparando y sin saber cómo, logré darle a la lata cuando

Laurence la lanzó al aire. Reaccioné ante sus alabanzas con fingida y varonil indiferencia, pero delaté mis verdaderos sentimientos al pasarme todo el viaje de vuelta parlotando sobre el tema. Después de habernos desahogado, guardamos el arma para siempre y nos limitamos a ir con cuidado cuando nos movíamos por la sabana. De ahí que asintiera con un gesto de firmeza y complicidad, sin prestar la menor atención al director del campamento cuando nos explicaba los motivos de su elección.

Atravesamos la parte de atrás del campamento, él con su mozo de armas y nosotros con algunos de nuestros pertrechos. Dejamos atrás la cocina, los barracones que servían de almacén, las dependencias de los empleados y seguimos un camino que conducía a un espeso bosque a través de una extensión de hierba de gran altitud. Naturalmente, allí estaría el vertedero de basura, oculto entre la espesura, lejos de los turistas. Todos los hoteles y campamentos de la reserva tenían uno, aunque era evidente que ninguna de las empresas se planteaba la posibilidad de eliminar la basura de un modo adecuado. Las compañías que organizaban safaris y montaban campamentos provisionales se limitaban a echarla en el río. Los alojamientos permanentes excavaban unos profundos hoyos donde vertían la porquería por la que se peleaban los babuinos, las hienas y los buitres. De ahí que todos los hoteles y campamentos tuvieran una manada de babuinos que vivía de los desechos. Los animales ya no salían a buscar comida, sino que dormían en los árboles que rodeaban el basurero, dormitando hasta tarde, a la espera del vertido diario de desperdicios. Incluso había estudiado los cambios metabólicos que habían experimentado los babuinos de otro recinto turístico al convertirse en consumidores de basura que se atiborraban de muslos sobrantes, trozos de carne de ternera y raciones putrefactas de púding de crema. Como es lógico, les aumentaron los niveles de colesterol, insulina y triglicéridos, y otros aspectos del metabolismo se les fueron al garete del mismo modo que a nosotros cuando comemos esas porquerías. El otro problema que presentan los basureros es que los babuinos no son lo bastante inteligentes para saber que el púding de crema y los muslos de pollo se pueden comer en el mismo lugar en que se vierten, pero no en la propia mesa del bufet al aire libre a la hora del almuerzo: al cabo de poco, los babuinos se habían convertido en peligrosos carroñeros que incluso se atrevían a merodear por los recintos turísticos. Y cuando uno se dedica a amontonar desperdicios humanos tiene todas las

papeletas para que aparezcan enfermedades humanas, que es precisamente el tipo de cosa contra la que no están inmunizados los primates salvajes. No era la primera vez que veía algo así y parecía una razón lógica para que enfermara la manada de babuinos de un vertedero. Y, aunque esta situación no constituye ninguna novedad para la gente que conoce los problemas de los osos y los mapaches que viven junto a los basureros de los parques nacionales de Estados Unidos, lo cierto es que el tema no quita el sueño a ninguno de los recintos hoteleros de la reserva. Pero ya continuaré con mi diatriba en otro momento.

Era el típico vertedero de campamento. Olía tan mal que te entraban mareos, la basura que se achicharraba y se pudría al sol despedía acres oleadas de calor pestilente. Los restos añejos que se quemaban aquí y allá producían un intenso hedor a humo y toda la zona estaba cubierta de cenizas y hollín arrastrados por la brisa. Había buitres y marabúes picoteando y escogiendo los alimentos y roedores que correteaban por los montones de latas de conserva entre esporádicos tintineos metálicos. Y en el extremo opuesto, sentados al borde del vertedero, espulgándose entre los arbustos, subidos a la parte inferior de los árboles, estaban los babuinos.

Siempre que me encuentro con una nueva manada de babuinos, siempre que le hago una visita a otro investigador y veo a sus animales, siento una especie de rabia: no los conozco, no tengo ni idea de quiénes son.

¿Cómo puedo saber lo que les pasa sin conocerlos siquiera?, ¿qué rencillas y grandes enfrentamientos se están produciendo en la manada?, ¿cuáles son las figuras épicas de la misma? Es como haber leído unas cuantas páginas de una novela que aún no ha conseguido absorberte por completo. Los miras y te concentras para tratar de reconocer cuanto antes a sus diferentes miembros; a ver, está el de los rasgos afilados y la oreja rasgada; y luego está el cojo; y además está el que se parece a Saúl, sólo que más joven y con la piel más clara. Te preguntas si la vida de uno de ellos estará a punto de cambiar todas tus ideas sobre los babuinos. Cuáles son las relaciones de parentesco que existen entre ellos. Qué clase de jerarquía de poder prevalece en la manada. Cuánto tiempo tardarías en sentir por ellos algo parecido a lo que sientes por tus babuinos. Y si podrías querer a uno de ellos igual que a Benjamín.

Sin embargo, no habíamos venido para eso. Los babuinos estaban acostumbrados a la presencia humana debido a la proximidad del

campamento, y fueron acercándose poco a poco al vertedero desde el bosque situado detrás del mismo y mirando a todos lados para ver si había basura nueva. Pasaron en fila india junto a nosotros y nos examinaron con detenimiento. De vez en cuando, el director señalaba a uno y sugería un posible problema:

—Aquél de allí. Parece estar perdiendo mucho pelo.

—¿Cuál? ¿Ése? No, lo que pasa es que el viento se lo levanta formando un ángulo extraño.

—¿Y qué me dice de la coja? Apenas puede andar.

—Parece que tiene la pata rota. Seguramente por culpa de una caída.

El hombre insistió en que era probable que para entonces todos los babuinos enfermos hubieran muerto, que el grueso de la manada ya no solía aparecer por allí y que nunca los vería.

Fueron llegando más. Una hembra seguida de su hijo ya crecido, al que sin duda ya no quería llevar a cuestas; el pequeño no paró de lloriquear hasta que su madre se armó de valor y le dio una bofetada. Dos machos subadultos que se pelearon un poco y fingieron atacarse mutuamente antes de decidirse a buscar a alguien de menor envergadura y ponerse a perseguir a un jovencito entre los arbustos. Una hembra en celo seguida de un macho asustadizo al que no prestaba la menor atención. A medida que los animales se abrían paso entre los arbustos, todos nos girábamos y clavábamos los ojos en ellos, como hienas buscando a alguien con un defecto, al más débil. Hacía calor debido al fuego del vertedero y al hedor que desprendía. Al cabo de un rato te dabas cuenta de lo agotador que puede ser mirar algo, mirarlo de verdad.

Lo que debía de ser el grueso de la manada ya había salido y hasta entonces no había notado nada raro.

—Bueno, por lo que he podido ver, yo diría que están bien. ¿Puede explicarme qué aspecto tenían los enfermos?

Entonces el hombre estalló.

—No, maldita sea, no puedo decirle qué aspecto tenían los enfermos. No soy médico. No conozco ninguno de esos elegantes tecnicismos que emplean ustedes. Trato de dirigir un campamento y estoy muy ocupado. Simplemente pensé que podía ayudarle a usted y al guarda forestal. Mire, un animal enfermo tiene aspecto de estar enfermo. Pero no soy ningún experto en el tema.

Me dio pena. Comprendí que le había ofendido, que habíamos invadido su terreno, que había tratado de impresionarlo haciéndole saber que podía confiar en nuestro conocimiento de los animales, diciéndole: «Le presento al doctor M. y yo soy el doctor S.», y recitándole nuestras credenciales. Debía haberle parecido condescendiente y haberle hecho sentir inferior. Debía de haberse sentido mal y haberse puesto a la defensiva por no haber observado con más detenimiento a los enfermos antes de que murieran. Pensé que debía haber tenido más tacto. De hecho, tendría que haberme callado y haber actuado de un modo menos candoroso aunque sólo fuera por un instante. En vez de ello, cometí otro error. Traté de echarle una mano y le hice una serie de preguntas para que pudiera facilitarme una descripción detallada de los animales.

—A ver, ¿alguno de los enfermos parecía haber adelgazado o estar perdiendo peso?

—Exacto, exacto. Algunos de ellos estaban en los huesos.

—¿Se les caía la piel a tiras y el resto del pelaje tenía un aspecto ajado?

—Sí, por eso señalé antes a aquél cuando vi que tenía mal la piel.

—Bien. ¿Y tosían los que estaban enfermos?

Entonces entró en detalles:

—No siempre, pero cuando lo hacían, se pasaban un buen rato tosiendo. Era una tos cavernosa, como si brotara del fondo de los pulmones. Saltaba a la vista que padecían algún tipo de afección pulmonar.

¿Cómo es posible que no sospechara nada? Por qué no le pregunté: «Y dígame, ¿alguno de ellos tenía una especie de sarna de color violeta que le afectaba únicamente el lado izquierdo del cuerpo y sufrían unos espasmos musculares tan intensos que parecían estar bailando el Charleston?», y esperé a ver su reacción. En vez de ello, continué proponiéndole nuevos síntomas.

Me sentía frustrado. Pensaba que se trataba de tuberculosis, pero, al parecer, los primeros afectados por la enfermedad ya habían muerto, lo cual resultaba sorprendente, ya que, por lo general, los primeros brotes de una enfermedad no suelen ser tan claros, pero no había forma de estar seguro. Si no podía efectuar una autopsia a un caso activo, sería difícil confirmar mi sospecha, averiguar de qué tipo de tuberculosis se trataba, dónde podía estar el foco de la infección y cuál era el tratamiento más adecuado. Tendríamos que esperar al siguiente brote o empezar a anestesiarse y examinar a todo el mundo

de un modo metódico, lo cual suponía varias semanas de trabajo. Si hubiéramos podido encontrar un caso activo a tiempo, al menos habríamos sabido por dónde empezar.

Richard fue el primero en verlo. Otro grupo de babuinos estaba saliendo del bosque, probablemente la última sección de la manada. Richard emitió un sonido grave y sibilante para llamarnos la atención y luego señaló en silencio al babuino escondido en la parte de atrás. Richard se inclinó hacia delante y arqueó la espalda para imitar al babuino. Era un macho, un adulto joven. Era delgado, con un pelaje de poco grosor, pero uniforme. Tenía un modo de andar grácil y elegante y es posible que sacudiera un poco la cabeza al caminar. Pero el rasgo que mejor le caracterizaba era el lomo arqueado hacia arriba. No era una curvatura exagerada, sólo una ligera flexión en sentido vertical que parecía intencionada y que, por lo visto, le causaba molestias a la hora de andar. No era nada del otro mundo, pero sí poco corriente. Parecía un síntoma de tuberculosis incipiente propio de un primate cuadrúpedo: según tengo entendido, creo que en cuanto los pulmones empiezan a fallar y dejan de intercambiar oxígeno, un babuino trata de arquear el lomo y ensanchar la cavidad torácica para intentar absorber más aire.

En términos generales, parecía estar bien, algo flacucho, pero no consumido. Pero era evidente que tenía la espalda un poco combada.

Se acercó y, después de sentarse a nuestro lado, se pasó todo el rato cambiando de posición para poder mirarnos a nosotros y el vertedero, lo que nos permitió examinarlo de cuerpo entero. Estábamos atentos y emocionados.

—Ése es el aspecto que tienen —dijo el director.

—¿Así están al principio de la enfermedad?

—Sí. —Me di cuenta de que estábamos hablando en voz baja.

Le pedí a Richard su opinión.

—Tiene el lomo arqueado, de eso no hay duda.

—Pero no mucho, sólo un poco.

—Está delgado, pero no demasiado.

Los tres seguimos observándolo. No estaba seguro. La verdad es que tenía el lomo arqueado y estaba delgado. Pero puede que sólo fuera desgarrado, lo cual no era ningún crimen. No parecía tener fiebre ni estar aislado, pero

tampoco lo conocía, no sabía cómo actuaba normalmente.

De repente, el director del campamento dijo:

—Bueno, ¿le echamos un vistazo?

Se había puesto en cuclillas y tenía el arma a punto.

—Deje que lo observe un poco más.

Continué examinándolo mientras intentaba recordar exactamente lo que había aprendido sobre el aspecto externo de los monos tuberculosos. Repasé los síntomas que el director me había descrito. Examiné un poco más al babuino y a los demás miembros de la manada. Miré los árboles y a los caribúes y me quité de la mejilla un poco de hollín procedente del vertedero. Me pregunté qué tipo de almuerzo servían en el comedor del campamento. Volví a mirar al babuino y vi que él también nos estaba mirando.

—¿Quiere que le dispare?

Si aquél era el inicio de una tuberculosis, tendríamos que hacernos una idea del tipo de enfermedad a que nos enfrentábamos o de lo contrario acabaría rápidamente con todos los babuinos de aquella parte de la reserva. Pero puede que sólo se trate de un animal desgarrado. El guarda forestal estará satisfecho si sabe que hice algo al respecto. Quizá deberíamos regresar al cabo de una semana y ver cómo evoluciona el animal. Pero el director se impacientará, estamos robándole parte de su tiempo y, además, ya le he hecho enfadar bastante; quiere quitarse el problema de encima y volver a su campamento. Pero puede que sólo sea un babuino desgarrado con una extraña postura corporal. Siempre es interesante realizar una disección, la anatomía está muy bien. Dios mío, que no sea una epidemia de tuberculosis. Pero puede que sólo sea un animal desgarrado.

Sin darme cuenta, empecé a preguntarme qué nombre le pondría al babuino si estuviera en mi manada.

—Creo que está a punto de marcharse. —El director ya no habla en voz baja, sino con considerable brusquedad.

El babuino apartó la vista y tosió una vez.

—De acuerdo, dispare —le dije.

El director se agachó aún más, respiró hondo y disparó al babuino a quemarropa. Sonó como un pequeño «pum», como el sonido efectuado por un juguete. El babuino salió disparado y se metió entre los arbustos sin hacer

ruido. Todos los demás echaron a correr, algunos de ellos chillando. El director del campamento había fallado y nos gritó que debíamos separarnos y seguirlo por si estaba herido e iba perdiendo las fuerzas. Él y yo nos fuimos por un lado, Richard y el mozo de armas se fueron por otro y Muchemi por un tercero. Pero sabíamos que había errado el tiro. Una vez en el bosque, tomamos diferentes direcciones. Los babuinos nos llevaban la delantera y no se veía el menor rastro de sangre, ni se oía ningún grito, sólo llamadas de alerta que los babuinos emitían cada vez que nos acercábamos a ellos. Avanzaban con rapidez y saltaba a la vista que estaban aterrorizados. El director corría, preso de una gran agitación, saltando de un camino a otro, poniéndose en cuclillas, buscando un rastro de sangre y estirando el cuello para mirar a los babuinos de los árboles. Varias veces me hizo señas casi con furia para que me quedase atrás: en tales ocasiones, aminoraba la marcha, daba unos cuantos pasos con suma cautela y, aunque para entonces los babuinos ya nos llevaban unos doscientos cincuenta metros de ventaja, se ponía a mirar a un lado y a otro y luego echaba a correr de nuevo. Me di cuenta de que el corazón me latía con fuerza y que me faltaba la respiración, probablemente porque no había tomado aire durante todo el tiempo que había estado observando al macho.

Hacía tiempo que los animales habían desaparecido en pleno bosque; no había ni rastro de sangre, ni gritos ni disparos. Había fallado y al final no le quedó más remedio que admitirlo.

—He fallado. Con este viento no es de extrañar. —Estaba sudando. Y yo también.

Al final nos reagrupamos. Todo el mundo parecía tener los nervios de punta y permanecía en absoluto silencio. Durante el viaje de regreso al vertedero, el director del campamento se puso de mal humor y parecía haber perdido la paciencia con nosotros.

—Bueno, se han ido y creo que pasará bastante tiempo antes de que vuelvan por aquí —su tono de voz daba a entender que era culpa nuestra—. Tienen mi permiso para quedarse y hacer lo que puedan, pero me parece que tardaremos bastante en ver algún babuino por aquí. Ahora, si no les importa, tengo que ocuparme del campamento.

Le contesté que nosotros rastrearíamos el bosque un poco más, que trataríamos de acercarnos de nuevo a ellos y ver si había algún ejemplar en el

que no hubiésemos reparado hasta entonces. Él se encogió de hombros, como diciendo «haced lo que os dé la gana», y se marchó acompañado del porteador de armas.

Richard, Muchemi y yo nos adentramos en el bosque. Volvía a reinar el silencio y los tres nos detuvimos, jadeantes y pensativos. Por fin comenzábamos a intuir lo que sucedía en realidad. Richard quería hablar conmigo desde que nos habíamos reagrupado y, en cuanto entramos en el bosque, me dijo que, mientras exploraban el camino que les había tocado, el porteador de armas le había comentado que nunca había visto un babuino enfermo. Richard ensayó un par de expresiones faciales distintas, como si tratara de prepararse para cualquiera de las que yo pudiese adoptar: la cara de una sincera confusión, la imagen de la perplejidad ante una información contradictoria y luego el gesto irónico de una súbita lucidez. Como ambos teníamos claro lo que estaba sucediendo, nos decidimos por la última.

Salimos del bosque lentamente y volvimos a dejar las cosas en el *jeep*. El director reapareció en el preciso instante en que subíamos al vehículo. Le dije que estaba en lo cierto, que lo más probable es que aquel día no pudiéramos hacer nada más, que teníamos otros asuntos pendientes, que nos encantaría quedarnos y resolver el problema, pero que lo más seguro es que tuviéramos que irnos. Él estuvo de acuerdo con nosotros, nos dio las gracias por haber venido y nos invitó a almorzar en cuanto vio que poníamos el motor en marcha y estábamos a punto de salir de allí. Declinamos la oferta, le dimos las gracias por todo, le estrechamos la mano y nos marchamos.

Permanecemos en silencio hasta haber abandonado la zona boscosa que rodeaba el campamento y encontrarnos de nuevo en plena sabana. Era como si no quisiéramos abrir la boca estando tan cerca del territorio del director.

Alguien tenía que tomar la iniciativa y decir lo que todos estábamos pensando. Ese alguien fue Richard.

—Creo que mentía al decir que los babuinos estaban enfermos. Creo que lo único que quiere ese hombre es que el guarda le dé permiso para matar a los babuinos.

Le di la razón y estaba a punto de insultar al director del campamento pero vacilé, ya que una de las veces que había disparado contra los babuinos, había

sido yo el que le había pedido que lo hiciera.

## El anciano blanco

He ido a dar una vuelta por el campamento turístico y asisto a la llegada de un grupo de norteamericanos. Mientras hacen preguntas, se llaman unos a otros y gritan *Jambo*<sup>18</sup> al personal, advierto que una de las voces posee un extraño timbre metálico. Finalmente, diviso a un anciano larguirucho y desgarrado con una magnífica barba de montañés y un artilugio del tamaño de una máquina de afeitar en la mano. Cada vez que habla, presiona el artilugio contra lo que parece ser un agujero en la garganta. Mueve los labios, pero es el objeto el que produce una voz acerada y monótona. Supongo que le han extirpado la tráquea o la laringe por razones médicas y que se trata de un amplificador de voz. El artefacto parece un invento bastante práctico e interesante y me intriga el hecho de que, a pesar del timbre mecánico y monocorde del sonido, se nota que el hombre tiene el acento sonoro y gangoso característico del sur de Estados Unidos.

A primeras horas de la tarde descubrí que los empleados del campamento discutían acaloradamente sobre el hombre. La opinión generalizada era que, en realidad, toda la garganta del anciano era una máquina. El que llevaba la voz cantante era Maloi, que había trabajado anteriormente en un hotel de Nairobi y al que todo el mundo consideraba un hombre de mundo.

—A ese anciano blanco le falta la garganta, así que lo que tiene ahora no es más que una máquina. Creo que debe de haber sufrido un accidente o que alguien le ha dado un machetazo en el cuello y, como ya no le queda ninguno, los médicos blancos le han puesto una máquina en su lugar.

—Cuando tiene que hablar, coge la otra máquina con la mano y se la conecta a la garganta para poner en funcionamiento el aparato del cuello.

—Por eso lleva barba, para ocultar los dos artefactos y evitar que su mujer se sienta incómoda al mirarlo.

John, el barman y encargado de suministrar las bebidas durante el almuerzo, disponía de importantes pruebas que corroboraban aquel punto de vista.

—Durante el almuerzo no bebió nada. Traté de venderle algo y no tomó ni un refresco. Ni siquiera agua. La máquina no se puede mojar. Es como una radio: empezaría a echar chispas y se oxidaría.

Todo el mundo estuvo de acuerdo con él y se compadeció del hombre.

—Entonces, ese anciano blanco ni siquiera puede beber agua. Me pregunto qué hace cuando tiene sed.

—Más abajo debe de haber otro agujero donde se puede echar agua. Por eso tiene la barba tan larga. Seguro que lo hace en su habitación, cuando no le ve nadie. —Todos dirigieron una mirada expectante a Simón, el camarero de habitaciones; él se encargaría de encontrar la prueba.

—Pero el anciano blanco comió un montón.

—Es el combustible de la máquina.

—¿La comida?

—Sí, la comida te da energía —contestó Kasura, que había pasado muchos años estudiando—. De ese modo, las pilas duran más.

De repente, Kamau, un tipo bastante bromista al que nadie solía prestar atención, hizo un comentario que abrió nuevas vías al debate.

—La verdad es que no creo que ese anciano blanco sea un hombre en absoluto. Creo que todo él es una máquina.

—Mire, bwana, estamos hablando en serio, no somos unos niños a los que se pueda tomar el pelo.

—No, lo digo en serio. Creo que murió en un accidente y los médicos blancos han convertido todo su cuerpo en una máquina.

La gente farfulló algo y descartó aquella absurda idea; Kamau estaba a punto de defenderla enérgicamente cuando uno de los guardias de seguridad irrumpió en la estancia presa de una gran agitación para comunicarles que el anciano blanco se dirigía a pie a la gasolinera.

Todos salieron en tropel para observarlo desde lejos. El hombre estaba cojo y caminaba lentamente y con gran dificultad.

—Fijaos en eso, sus piernas son mecánicas, mirad cómo camina. —El que hablaba era Kamau, a cuya teoría nadie había prestado la menor atención

todavía.

—¿Por qué va a la gasolinera?

—Necesita gasolina.

—Un poco de seriedad, bwana.

—Mirad, se dirige a la tienda de la gasolinera.

Simón tenía la respuesta.

—Va a comprar lubricante para motores. Tiene que echárselo en la garganta para que la máquina funcione bien.

—Es cierto, hay que engrasar las máquinas —dijo Suleman, que era conductor y conocía bien el tema.

Le vimos entrar en la tienda y, al cabo de unos minutos, volvió a salir y regresó cojeando al hotel. Cuando lo perdimos de vista, Odhiambo, el empleado de la tienda de la gasolinera, vino corriendo. Estaba nervioso.

—Ha comprado lubricante para motores, ¿verdad? ¿Le has visto bebérselo?

—No, no, no ha comprado lubricante para motores.

—¿Y qué es lo que ha comprado?

—Bueno, al principio no comprendía lo que me decía el viejo con su máquina de voz, pero al final conseguí entenderlo. Compró dos pilas de esas que llevan las cámaras de fotos.

—¿Dos pilas de cámara de fotos?

Horrorizados, todos se volvieron hacia Kamau, que tenía el rostro dilatado a causa del miedo.

—¡Dios bendito, son para sus ojos!

—Kamau, Kamau tiene razón, es una máquina.

—¡Cielo santo, el anciano blanco es una máquina!

De repente, John recordó un detalle espeluznante que confirmaba aquella teoría. Todos los africanos que viven en plena naturaleza son capaces de coger los objetos más calientes que pueda imaginarse sin quemarse los dedos — vasos de té, trozos de leña, ollas—, debido a que se han pasado muchos años metiendo y sacando cosas del hogar en el que cocinan. Pero nadie, ni uno solo de ellos, soporta las cosas muy frías, ya que no están habituados a ello.

—Les llevaba algo de beber a los otros blancos de su mesa y les estaba

echando un poco de hielo en los vasos, ya sabéis cómo hay que hacerlo, cogiéndolo con una cuchara, ya que es imposible llevarlo en la mano, y entonces se me cayó un cubito en la mesa. Y aquel anciano blanco lo cogió con la mano como si nada.

—Con las manos, sus manos son máquinas.

—Él es una máquina.

—¿Cómo lo hicieron?

—El marido de la anciana que va con él debe de haber muerto y seguro que ella es muy rica y le han fabricado una máquina parecida a su marido a partir de las fotos del hombre.

—Por eso las mujeres blancas se pasan la vida haciendo fotos. Por si sus maridos se mueren. Así pueden construirse una máquina que se parezca a él. Los blancos pueden hacer cosas así.

—Y le ponen un magnetófono en la garganta.

—Pero se puede hablar con él. Yo lo hice. No se parece a un magnetófono, él te contesta —dijo Odhiambo, el escéptico.

—Se trata de un magnetófono especial. He leído cosas sobre ellos. En Nairobi los hay —comentó Kasura.

—Son los que hacen sumas apretando un botón.

—Entonces, es cierto que el anciano es una máquina.

La gente estaba a punto de dejarse llevar por el pánico; a juzgar por las palabras de Suleman, la cosa ya no les hacía gracia:

—Mirad, esto es grave, estoy muy enfadado. Esta tarde tengo que llevar a esa gente a un safari fotográfico y ahora resulta que me envían una máquina. Podría ser peligroso. Esto no me gusta nada, estoy muy, pero que muy cabreado. Creo que iré a hablar con el director. Y se fue a tomar una copa para armarse de valor antes del safari.

Cundió el pánico. A última hora de la tarde, todo el mundo sabía que el anciano blanco era una máquina. Simón nos informó de que le había visto llevándole una maleta a su mujer desde el porche de su *bungalow* y, al calcular el peso de la misma, se llegó a una cifra totalmente exagerada:

—Fijaos en lo fuertes que son esos brazos mecánicos.

Entró en el bar y pidió una bebida para su esposa con su voz magnetofónica. John, que era un intrigante, dejó caer un poco de hielo

deliberadamente y el anciano lo recogió en presencia de varios testigos. Y el barman juró que el hombre sacó fotos con los ojos. Yo, que no quería que la histeria se enfriase, improvisé una serie de conferencias sobre miembros ortopédicos, trasplantes de neuronas fetales y dentaduras postizas.

Todo el mundo se apiñó fuera para ver de lejos cómo el pobre desgraciado de Suleman se iba al safari mortal en compañía de la máquina, su mujer y los demás turistas blancos. Reinaba una evidente tensión ambiental mientras esperaban su regreso. Pero ¿de verdad regresaría o la máquina fallaría en un momento dado y agarraría a Suleman por la cabeza y la trituraría? ¿O volvería el propio Suleman convertido también en una máquina? Se expusieron distintas teorías y a punto estuvo de estallar un motín en las dependencias de los empleados. Por lo visto, dentro de poco no habría nadie dispuesto a servir la cena a los huéspedes.

El vehículo regresó y las parejas bajaron del mismo alegres y sonrientes. Haciendo fotos. Hasta el anciano blanco reía y los turistas desaparecieron en dirección a sus tiendas. Suleman tenía buen aspecto al salir y todo el mundo se apiñó a su alrededor: «¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?».

—El anciano blanco.

—Sí, sí, ¿qué ha hecho?

—El anciano blanco me ha dado una propina de cien chelines. —Era una propina enorme.

Todos asimilaban aquella información e inmediatamente llegaron a la misma conclusión tranquilizadora.

—Oh, ese anciano blanco es una buena máquina.

El pánico disminuyó y, aunque sometido a una estrecha vigilancia, el hombre recibió un trato excelente durante el resto de su estancia.

## El ascensor

Y luego llegó el día en que descubrí que nadie conocía la existencia del reflejo rotular. Estaba sentado con Richard en las dependencias de los empleados del hotel. Había hecho un chiste sobre algo y le di una palmada en la rodilla riendo. La pierna salió disparada por culpa del reflejo y él preguntó de inmediato:

—¿Cómo has conseguido que mi pierna hiciera eso?

Se lo enseñé, se quedó perplejo y sus compañeros no tardaron en formar una piña a nuestro alrededor. Nadie se había dado cuenta hasta entonces. Alguien trajo unas cuantas botellas de refresco viejas de la cantina de los trabajadores y poco después todos estaban sentados, dándose golpes con ellas debajo de las rótulas.

—Mirad cómo vuela mi pierna, no puedo pararla.

Todo el mundo estaba contento y dolorido. De repente, se me ocurrió pensar en otra posible novedad: las manchas visuales.

—¿Habéis mirado alguna vez al cielo y habéis visto algo que se mueve en vuestro ojo, algo pequeño y transparente que baja flotando por él?

Unos cuantos dieron un grito ahogado: al parecer, habían visto manchas en sus ojos y nunca habían tenido el valor suficiente de decirlo. Richard me agarró del brazo.

—Dios mío, yo lo he visto, pensé que tenía un microscopio en el ojo.

Es evidente que pasa demasiado tiempo conmigo. Otro dice que siempre había creído que el hecho de tener manchas en el ojo significaba que Jesús le había elegido para llevar a cabo una misión especial. Lo devuelvo a una realidad más prosaica al explicarle que las manchas son acumulaciones de residuos celulares que flotan en la superficie del ojo.

Había otras muchas cosas que todos habían notado, pero nunca habían tenido el coraje suficiente de contárselas a nadie. Los *dejà vu*.

—Una vez pasé por delante de esos arbustos y, aunque sé que era la primera vez que lo hacía, por alguna razón, tuve la sensación de haberlos visto antes —dijo un masai, que probablemente recordaba hasta el último matorral que había visto en su vida.

Luego atacé con lo que sucede cuando estás a punto de quedarte dormido y de repente tienes la impresión de estar cayéndote («Dios mío, creía que eso significaba que me estaba muriendo»), comentó uno de ellos) y luego te despiertas antes de que tu cuerpo toque el suelo.

Nos lo estábamos pasando de maravilla: era uno de esos días en que uno se da cuenta de la suerte que tiene al poder relacionarse con gente de la otra punta del mundo. No hubo nada comparable al hecho de acompañar a Richard en su primer viaje en ascensor.

Fue durante el reinado de Nat, justo antes de que decidiera que tenía mejores cosas que hacer en la vida que ser un macho alfa. Habíamos acabado de anestesiar a todos los babuinos de nuestro parque y, mientras nos dirigíamos a otra reserva en la que nos habían contratado para hacer lo mismo, nos detuvimos en Nairobi para adquirir más provisiones. Era el primer viaje largo de Richard a la gran ciudad. Qué gozada. Lo arrastré de un lado a otro y le expliqué cómo funcionaban los semáforos. Lo torturé con largas conferencias sobre sociología urbana, le enseñé su primer supermercado, su primer cine, su primera hora punta. Se quedó horrorizado al ver los coches:

—Creo que si aquí hay tantos coches es porque no hay búfalos.

Me pareció un comentario muy acertado. Un kikuyu (la tribu más urbanita de Kenia) le confundió con uno de los suyos y se dirigió a él en su lengua tribal, cosa que llenó de orgullo a Richard, ya que significaba que alguien le había otorgado implícitamente un estatus de persona cosmopolita. La primera visita a una librería fue incluso más gratificante para Richard. Estaba asombrado. Por razones que desconozco, a Richard le apasionan más los libros que a la inmensa mayoría de los kenianos que conozco, sea cual sea su nivel cultural. Se sienta y los lee con gran esfuerzo con su pobre inglés (que sólo es su cuarta lengua), hace algunos progresos y le entra una gran alegría, si bien es cierto que tiró la toalla después de haber insistido mucho en que le pasara mi copia de *Los hermanos Karamazov* («Y bien, Richard, ¿cómo va el

libro, de qué trata?». «Es un poco lioso. Esos hermanos se pasan la vida hablando y, aunque el viejo es una mala persona, lo único que hacen es hablar aún más, excepto cuando las mujeres entran en la casa y se echan a llorar. Creo que son blancos, pero puede que no sean norteamericanos». Dicho esto, abandonó la lectura). Pero una librería entera es otra cosa. Le di un poco de dinero y, al decirle que la recorriera de arriba abajo y que comprara lo que quisiera, me alegré por él de todo corazón.

Luego vino su primer helado. Él había sido el primero en darse cuenta de que la gente fumaba unas extrañas pipas con la lengua: cucuruchos de helado. Al primer lengüetazo, me agarró del brazo, extasiado. A continuación le tocó el turno a la primera escalera mecánica de Kenia, situada en un flamante edificio del centro de la ciudad. El artilugio se había convertido en la gran atracción de la ciudad, el lugar preferido de todos los pijos de Nairobi, que solían darse una vuelta por allí para subir en la escalera mecánica e incluso para pasearse en ella con la novia. La escalera venía acompañada de un enorme letrero plagado de instrucciones, advertencias y descargos de responsabilidad: «Hay que mirar hacia delante, es unidireccional, no se admiten cabras y la empresa no se hace responsable de lo que pueda sucederles a las mujeres embarazadas». Esperamos nuestro turno, nos montamos, nos sujetamos bien para salvaguardar nuestra integridad física y logramos sobrevivir a la aventura.

A última hora de la tarde se produjo la sorpresa. Había decidido tirar la casa por la ventana, montar algún chanchullo con la contabilidad de la beca y despilfarrar el dinero en uno de los grandes hoteles del centro de la ciudad. Nos registramos y pedí una habitación para Richard. Nos tocó en el quinto piso. Preparé a Richard mentalmente para el ascensor y le describí las sensaciones que experimentaría en el estómago. Luego, incapaz de resistir la tentación, dibujé una serie de diagramas despiezados de los distintos pisos del edificio, con el hueco del ascensor en medio, para demostrar que soy digno hijo de un arquitecto.

Estábamos listos y comenzamos a subir. En un principio, Richard se fijó en el hilo musical y en los números que se iluminaban, pero cuando empezó a removérsele el estómago, se olvidó por completo de la versión del «Love to Love You Baby» de la Orquesta Mantovani. Se agarró a mí con la cara vercosa, como si estuviera a punto de vomitar. En el quinto piso, le ayudé a

salir. Jadeaba. Al cabo de un minuto, me miró de reojo, encantado, y dijo: «Geniaaal». Vuelta a empezar. Subimos y bajamos una y otra vez. Me pidió que, en caso de que subiera alguien más, no le explicara nada sobre el funcionamiento del ascensor: «Creerán que soy un paleta». Descubrió que es imposible llegar al quinto piso apretando el botón 2 y 3. Y cuando le hice montar solo por primera vez, me preocupé por él como un padre inquieto.

Lo acompañé a su habitación, exhausto y feliz. Le preparé su primer baño caliente y lo dejé chapoteando alegremente en la bañera, cantando en kipsigi, su lengua materna.

Al cabo de una hora fui a ver cómo estaba. Lo encontré mirando por la ventana, observando el tráfico, dando consejos y orientando a voz en cuello a los conductores situados cinco pisos más abajo: «¡Ojo!». «¡Más despacio!». «¡Cuidado con el camión!».

—Son como los ñus —me dijo señalando los coches.

—Eso es porque no hay búfalos en Nairobi —le contesté yo.

La primera vez que entramos en la habitación y le enseñé la vista, se quedó horrorizado y el vértigo le hizo tambalearse. Y aunque en aquel momento se había atrevido a asomarse un poco, se había sujetado bien a la pared con el brazo derecho.

—Y bien, Richard, de todas las cosas que has visto hoy, ¿cuál ha sido la más interesante? —le pregunté.

—Puede que la librería y los cucuruchos de helado.

—¿Y el ascensor no? —Estaba sorprendido.

—No, el ascensor no.

Allí había gato encerrado, Richard parecía estar ocultando algo.

—¿Puedo contarte un secreto?

—Claro que sí.

Entonces lo confesó:

—He estado antes en un ascensor, pero no lo sabía.

Unos meses antes, Richard se había aventurado a ir a Nairobi por primera vez para llevar a cabo una misión propia de una obra de Kafka; quería cambiarle el nombre a su hijo. Richard, que era un hombre moderno, había insistido en que, a la hora del parto, su mujer recorriera a trancas y barrancas el puñado de kilómetros que separaban el pueblo de montaña donde vivían del

humilde hospital rural de la zona en vez de tener al niño en casa. Cuando Richard llegó a toda prisa desde la reserva situada a unos ciento cuarenta kilómetros de distancia, el bebé ya había nacido. Desde el primer momento, él (y puede que también su esposa: es un punto que no está claro) había decidido que el niño se llamase Jesse, en honor a Jesse Jackson. Cuando llegó al hospital, se enteró de que el médico, demasiado impaciente para esperar a que llegara para rellenar el certificado (y, por lo visto, sin contar para nada con la opinión que la madre pudiera tener al respecto), había optado por ponerle Hillary (aunque se me ocurrió pensar que quizá el médico había consultado a la mujer de Richard y ella le había dado el nombre que le gustaba en realidad). La partida de nacimiento ya estaba entregada, el niño se llamaba Hillary y el médico amenazó a Richard con denunciarlo a la policía cuando se atrevió a mostrar su disgusto. De modo que Richard había acometido la misión casi imposible de pasar una temporada en la capital y su laberinto de burocracia e incompetencia para tratar de corregir el nombre (sin conseguirlo, por supuesto; a Hillary le sienta estupendamente el nombre y, al parecer, a nadie se le pasa por la cabeza desafiar al estado y llamar Jesse al chico a pesar de todo).

El director del recinto turístico en el que vivía Richard se enteró del viaje que pensaba hacer. Siempre había apreciado a Richard y podía permitirse el lujo de tener un detalle amable y generoso con alguien que ocupaba una posición tan importante en el campamento como Richard (cosa que no podría haber hecho con un empleado, ya que en tal caso se habría interpretado como un trato de favor). Lo arregló todo para que Richard pudiera alojarse en un hotel de Nairobi que también pertenecía a la familia propietaria del campamento turístico.

Al llegar a Nairobi, Richard siguió las indicaciones del director para encontrar el hotel. El hombre era lo bastante sensible y cortés para saber que, una vez allí, Richard necesitaría ayuda y que le daría vergüenza pedirla. El director del hotel de Nairobi estaba esperando a Richard, le dio la bienvenida y le explicó con mucho tacto que tenía una habitación a su entera disposición para pasar la noche, lo cual incluía el uso del cuarto de aseo, y luego le contó lo mejor de todo, que Richard podía desayunar y cenar de manera gratuita durante su estancia en el hotel.

—Luego me metieron en un cuartito sin ventanas. Creí que se trataba de la

habitación en la que iba a alojarme, pero no era eso. La puerta se cerró y, de repente, aquello empezó a hacer un ruido infernal y el estómago me dolía tanto que pensé que acababa de llegar a Nairobi y ya me estaba muriendo. Pero el otro hombre no se dio cuenta. ¡Entonces se abrió la puerta y todo cambió! Totalmente. No sabía cómo, pero lo habían transformado todo en un abrir y cerrar de ojos, la gente y las sillas habían desaparecido, el escritorio del director ya no estaba y en su lugar habían puesto un pasillo con muchas habitaciones. Entonces no sabía lo que estaba ocurriendo, pero ahora me doy cuenta de que se trataba de un ascensor.

Lo condujeron a su habitación. La cortina estaba corrida y, como a Richard no se le ocurrió ni tocarla, nunca se enteró de que ya no se encontraba en la planta baja. Se aseó en el lavabo (pensando que la bañera era demasiado grande para que se pudiera derrochar tanta agua en una sola persona y que quizá servía para bañar a las vacas), disfrutó de la cama, se emocionó y también se llevó un susto de muerte al responder a la solícita llamada del director (Richard había visto fotos de teléfonos y sabía cómo cogerlos).

La felicidad fue completa hasta que le entró hambre. Recorrió el pasillo arriba y abajo en busca del comedor, pero no hubo suerte. Supuso que el cuartito en el que le habían metido cuando el estómago le dio un vuelco tenía algo que ver con el hecho de transformar el piso entero en un comedor, pero no sabía dónde estaba la puerta del mismo ni cómo conseguir que se abriera ni cómo lograr que al otro lado apareciera un comedor. Deambuló pasillo arriba y pasillo abajo, demasiado avergonzado para preguntarle a nadie y al final se marchó a su habitación, hambriento y desilusionado. A medianoche, ya no le preocupaba únicamente la comida: el problema es que ni siquiera sabía cómo iba a salir de allí por la mañana. ¡No estaba la cosa como para pensar en desayunos!

Al amanecer ya estaba levantado y tenía un plan. Preparó sus cosas, las dejó en el pasillo y se fijó en la primera persona que abandonaba su habitación cargada de maletas como él. La siguió con aire despreocupado y poco después se encontró en el interior del ascensor. El estómago empezó a darle vueltas, hizo un esfuerzo para no expresar su malestar en voz alta y, al cabo de un momento, vio que el piso en que se encontraba había sido reconvertido en el vestíbulo del hotel. Aliviado y postergando el deseo de comer algo ante la necesidad de huir de aquel lugar, se despidió del director y

salió de allí a toda prisa.

—Ay, ojalá hubiese sabido que aquello era un ascensor. Me imagino que la comida debía de ser buena, porque se trataba de un hotel lujoso. Y me dijeron que podía comer lo que quisiera.

Aquella noche, un poco más tarde, fuimos a tomarnos otro helado, con la esperanza de mitigar aquel mal recuerdo.

## El montículo detrás del 7-eleven<sup>19</sup>

Soy un hombre bastante curtido en lo que se refiere al sufrimiento de los animales. También podría utilizar otros términos más eufemísticos y decir que soy pragmático o poco sentimental o circunspecto. Pero estoy curtido, ya no me afecta tanto como antes. Desde que era un niño y hasta el final de mi estancia en la universidad, lo único que deseaba era vivir solo en plena naturaleza en compañía de los animales salvajes y estudiar su comportamiento. Desde el punto de vista intelectual, me parecía que no había nada tan satisfactorio, tan puro, como dedicarme en cuerpo y alma al estudio de su conducta, nada me parecía tan sagrado como estar con los animales por el mero deseo de estar con ellos, y la idea de que los animales pudieran sufrir me resultaba insoportable. Pero mis intereses cambiaron y, por algún motivo, el hecho de consagrarme única y exclusivamente al estudio del comportamiento animal empezó a parecerme insuficiente. Lo de «qué conducta tan asombrosa» se convirtió en «qué conducta tan asombrosa, ¿cómo funciona?», y comencé a interesarme por el comportamiento y por el cerebro, y al cabo de poco por el cerebro propiamente dicho y luego por los fallos que se producen en su funcionamiento. Y antes de que acabara el periodo de inestabilidad de la manada, mi trabajo de laboratorio había pasado a centrarse exclusivamente en el estudio de las enfermedades del cerebro. Pasaba nueve meses al año en mi laboratorio, haciendo experimentos, y el sufrimiento que tenían que soportar los animales era atroz. Padecían derrames cerebrales o repetidos ataques epilépticos u otros trastornos degenerativos. Todo ello con el único objeto de poder averiguar cómo mueren las neuronas y qué se puede hacer para evitarlo: todo ello para hacer algo por los dos millones de personas que cada año sufren daños cerebrales a consecuencia de algún ataque o derrame o de la enfermedad de Alzheimer. Mi padre tenía casi medio siglo más que yo. En su

día había sido un artista, un arquitecto, el decano de la Facultad de Arquitectura, un hombre difícil, ingenioso y apasionadamente complejo. Pero fue víctima de uno de aquellos trastornos neurodegenerativos, y había veces en que no era capaz de reconocer a los miembros de la familia ni de saber dónde estaba ni de disfrutar de ninguno de los placeres de la vida que requieren una mente activa, inquieta y curiosa. Y cuando me sentaba en el laboratorio, había ocasiones en que pensaba que haría cualquier cosa, lo que fuera, para descubrir cómo mueren las neuronas y devolverle la vida a mi padre.

Traté de compensar los daños del trabajo que realizaba, pero es probable que mis esfuerzos no fueran suficientes. Continué siendo vegetariano durante mi estancia en Estados Unidos. Hacía todo lo que estaba en mi mano por simplificar la investigación, por reducir al mínimo el número de animales y la cantidad de dolor. Pero, aun así, debían soportar un monstruoso e inagotable cúmulo de sufrimiento. En mi primer día de estudiante, vomité cuando me enseñaron a operar el cerebro de una rata. Convertido ya en doctor, se acercaba el momento de empezar a enseñar a los estudiantes y enviarlos fuera con el objeto de que iniciaran el mismo proceso. Me quedaba horrorizado cada vez que mis previsiones sobre el siguiente paso de la investigación resultaban equivocadas, y sabía que cientos de animales habían tenido que pagar por haber llegado a aquel callejón sin salida. A veces soñaba que era el doctor Mengele: llevaba una bata limpia y daba la bienvenida a su nuevo «hotel» a los animales, que comprendían perfectamente el carácter eufemístico de dicha palabra a pesar de mi acento germánico. Pero, a diferencia de algunos nazis, no me limitaba a cumplir órdenes, sino que a menudo las daba y actuaba con pleno conocimiento de causa; pero estaba en guerra con los infartos, los cambios celulares provocados por la isquemia y la extensa necrosis que había sufrido el cerebro de mi padre. Estaba dispuesto a hacer prácticamente cualquier cosa para vengar su progresivo deterioro. Los animales cada vez me conmovían menos.

Por consiguiente, sentía una necesidad cada vez más imperiosa de volver con los babuinos. Tenía muchas razones para estar allí, entre ellas, el hecho de que era estupendo encontrarse en un lugar donde no había que cortar a los animales en pedacitos, donde no había que matarlos. Era estupendo estar en un sitio donde no vivían en jaulas. Y, desde un punto de vista perverso, era estupendo estar en un sitio donde era más probable que ellos me mataran a mí

que no al revés. Y además estaba el placer añadido de poder incluso hacerles algún bien de forma indirecta con mis investigaciones: averiguar algo sobre el modo en que un factor de estrés presente en el entorno afecta negativamente a su fertilidad y les hace más proclives a contraer enfermedades infecciosas. Poca cosa, pero, para variar, se trataba de sumar en vez de restar.

En una ocasión, uno de los babuinos murió tras recibir un dardo anestésico. No diré quién fue ni cómo ocurrió: es una historia que no desvelaré hasta el último capítulo. Murió y era uno de los que más quería. ¿Debería sentirme culpable por querer más a unos babuinos que a otros? ¿Es admisible desear que le hubiera tocado a otro animal? Murió. Y, por si fuera poco, lo hizo en mis brazos, durante la anestesia, mientras estaba en apuros. Traté de reanimarlo. Le practiqué un masaje cardiorrespiratorio y le metí un tubo endotraqueal en la garganta. Le golpeé el pecho, le inyecté una cantidad disparatada de adrenalina. Y siguió sin respirar. De hecho, ya había exhalado el estertor de la muerte y cada vez que me lanzaba sobre su pecho, volvía a emitir un sonido parecido a un gargarismo que me hacía concebir esperanzas y sentir escalofríos. Por último, repartí porrazos, empujones, golpes e insultos hasta quedarme exhausto. Tendría que haber adivinado que esforzarse por no perder a alguien podía ser emocionalmente agotador. No tenía ni idea de que pudiera ser tan fatigoso desde el punto de vista físico.

El animal estaba echado boca arriba cuando me di por vencido. Estaba tumbado de espaldas, sudando y jadeando, con la cabeza apoyada en su estómago, como si hubiera regresado a mi niñez y estuviera de nuevo con mi padre. Pensé que, si tenía garrapatas, no tardarían en saltarme encima, pero no me moví. Pensé que debía diseccionarlo, añadir su cráneo a mi colección, pero no me moví. En vez de ello, le cogí la mano, que cada vez estaba más rígida, y debí quedarme dormido. Al despertarme, encontré a un grupo de mujeres masai de otro poblado que iban a coger leña mirándome fijamente, entre fascinadas y temerosas. Señalaron mi cara e imitaron por medio de gestos las lágrimas que me resbalaban por las mejillas. «Está muerto», les dije en swahili, pero aquello no pareció disminuir el asombro y el miedo que sentían. Por lo visto, mi explicación no había contribuido a aclararles las cosas y salieron corriendo.

Mientras dormía, había tomado una decisión. Lo llevé a un lugar situado bajo uno de sus árboles favoritos e hice un hoyo para meterlo dentro. No

pensaba dejarlo allí para que se lo comieran las hienas, que es lo que hacen los masai con los muertos. Y con los moribundos. Hubo un tiempo en que el hecho de explicarles a los escolares norteamericanos que esas cosas pasan en ciertas culturas, y que puede que incluso tenga una cierta lógica, habría llevado a algún senador sureño a acusarte de maltratar a la infancia y a tacharte de relativista cultural o de humanista laico. De hecho, es verdad que a algunas culturas les parece lógico comportarse así, lo que no impide que sea una práctica triste y espeluznante. Una vez, Laurence de las Hienas encontró muerta a una niña masai de unos dos años de edad que había sido abandonada para que se la comieran las hienas. Estaba envuelta en un manto viejo y tenía la cabeza apoyada en una de aquellas calabazas que se utilizaban como vasijas para beber. Me preguntaba si sería por si le entraba sed en la otra vida, aunque lo más probable es que fuese por miedo a que la calabaza se hubiese contaminado de cualquier enfermedad que pudiera haber contraído.

Como no pensaba dejar que las hienas se comieran al babuino, opté por cavar. Era un trabajo agotador, que me hizo sentir un gran respeto por los sepultureros y los profanadores de tumbas. Pensé que el trabajo me purificaría, pero sólo consiguió fatigarme. Me detenía, descansaba un poco más apoyado en él y le acariciaba la cabeza. Las mujeres masai regresaron con la leña y se quedaron atemorizadas al ver que estaba cavando una tumba para un babuino. Empezaron a acercarse, pero me puse a gritar y a gesticular como un poseso y echaron a correr.

Acabé de hacer el hoyo. Lo apreté contra mi pecho y lo deposité en él. Coloqué olivas e higos, sus principales alimentos, a su alrededor hasta formar un círculo, y pensé: «No lo hago porque crea que hay una vida después de la muerte, sino para confundir a los paleontólogos que lo desentierren». Luego canté unas canciones rusas de mi juventud y los *Kindertotenlieder* de Mahler y, después de cubrirlo de tierra y colocar espinas de acacia sobre el túmulo para impedir que las hienas se acercaran, me fui a dormir a la tienda de campaña hasta el día siguiente.

Fue el primer babuino que moría bajo mi responsabilidad. Debido al problema que aún no estoy preparado para explicar, durante los meses siguientes volví a aquel árbol en repetidas ocasiones para enterrar a más. Pero aquélla fue la primera vez. Cuando aquel desastre inminente me arrasó como una riada, recordé de un modo visceral lo que ya sabía, la razón que me había

llevado a contravenir mi deseo infantil de ser un primatólogo y vivir en el campo, a dar marcha atrás y a pasar únicamente la cuarta parte de mi tiempo en plena naturaleza. Era demasiado duro y deprimente. Ya tenía bastante con esforzarme por evitar que muriesen unas cuantas neuronas. Era excesivo intentar salvar especies y ecosistemas enteros. Todos los primatólogos que conozco acaban perdiendo esa batalla, tanto si sus animales son eliminados por culpa de la destrucción de sus hábitats, del conflicto con los agricultores, de la caza furtiva, de las nuevas enfermedades de origen humano o de la incompetencia de los funcionarios públicos, dados al hostigamiento y al fraude. Los primatólogos con dedicación exclusiva que conozco siempre me recuerdan algo que leí sobre Ishi, el último miembro de cierta tribu india, una persona cuyo idioma materno era una lengua muerta. O me hacen pensar en alguien que se dedicara a la inverosímil ocupación de recoger copos de nieve, entrar corriendo en una habitación caldeada y observar al microscopio una estructura singular antes de que se derrita y desaparezca para siempre. Siempre se trata de una causa perdida que, aparte de patética, es demasiado para mis fuerzas.

Así fue como, al finalizar los años de inestabilidad, justo después de que Natanael hubiera renunciado a ser el macho dominante, fui al lugar donde no hay nada tan singular ni está tan próximo a derretirse como un copo de nieve. Fui a ver los gorilas y la tumba de Fossey. Ah, ¿qué puedo decir sobre Dian Fossey que no se haya dicho ya? Es una figura consagrada por el cine, objeto de numerosos libros; estoy convencido de que llegará el día en que haya vídeos póstumos de ejercicio físico protagonizados por Dian Fossey. Es evidente que estaba destinada a convertirse en una leyenda. Era una mujerona imponente y desmañada que se parecía tanto a Sigourney Weaver como un huevo a una castaña. Casualmente, la madre de uno de los empleados del laboratorio había ido a la escuela con Fossey y le había contado que por entonces ya era una persona arisca, retraída y singular. A los diecisiete años tenía el aire infeliz, hermético y atormentado del bicho raro de instituto destinado a convertirse en una bióloga de campo de vida recluida o en una asesina en serie. A una edad relativamente avanzada, se enamoró de la idea de África y del gorila de montaña: el simio más grande y el último en ser descubierto, un animal que sólo había sido estudiado en su propio hábitat en una ocasión y estaba envuelto en un halo de leyenda e ideas falsas. Sin

formación académica alguna, decidió irse a África y vivir con ellos. Se encontró con Louis Leakey, el famoso paleontólogo y protector de primatólogas, lo convenció para que la enviara a las montañas de la Luna para investigar a los gorilas durante un tiempo y se quedó unas cuantas décadas. Se sumergió de lleno en el estudio de los gorilas, se saltó todas las reglas objetivas que prohibían tocarlos e interactuar con ellos y logró observar cosas increíbles sobre su comportamiento. Mientras tanto, se volvió más huraña y más intratable, se dedicó a echar a cualquier posible colaborador o colega y se aisló del mundo. Realizó pocas aportaciones científicas dignas de mención, aparte de efectuar una serie de descubrimientos asombrosos a fuerza de perseverancia, despreciaba abiertamente a la mayoría de los científicos que se dedicaban al trabajo de campo y era evidente que lo único que deseaba era ser un gorila más.

La vi una vez, mientras estudiaba en Harvard, a mediados de los años setenta. Los babuinos aún no habían sustituido a los gorilas como objeto de mi interés científico y estos últimos seguían despertando en mí una profunda emoción; durante los periodos depresivos que me afectaban de un modo intermitente, soñaba más con gorilas que con seres humanos, por lo que no era extraño que Fossey fuera una de las personas que más admiraba. Tenía colgado en la pared un poema que Adrienne Rich había escrito sobre ella, y pensaba que el hecho de conocerla me produciría un placer indescriptible.

Fossey estaba en la universidad contra su voluntad. A pesar de su desprecio por la ciencia y el rechazo que sentía hacia el modo de trabajar de la mayoría de los primatólogos, seguía siendo la persona que más sabía sobre gorilas, y a los demás expertos les interesaban sus conocimientos. Sus fuentes financieras tenían que obligarla a comportarse como un verdadero miembro de la comunidad científica: acabar por fin la tesis, publicar parte de la información recogida en revistas académicas, dar una o dos conferencias. Hosca y resentida, se encontraba en Cambridge por culpa de una de aquellas excursiones forzosas. El seminario se celebraba a última hora de la tarde en la sala de estar del director del Departamento de Primatología y estaba atestado de gente. Nada más entrar, uno se sentía como un *voyeur* y tenía la sensación enfermiza y culpable de estar contemplando a un oso al que se obligaba a actuar a la fuerza en una especie de circo medieval. Fossey se sentó con las rodillas encogidas y pegadas al pecho y, tras levantarse como una exhalación,

se puso a caminar de un lado a otro delante de la sala, inclinándose de tal manera que las manos le colgaban a la altura de las rodillas. Se pasó la mayor parte del tiempo hablando consigo misma, en un tono monocorde, y casi le chillaba a la gente que hacía preguntas. Una vez gritó de verdad. Uno de los profesores tenía a su hijo sentado en el regazo y, como el crío no paraba de hacer los típicos ruidos de un niño de cuatro años, Fossey se detuvo, lo señaló con el dedo y le dijo: «Niño, si no cierras el pico, te lo cerraré yo». Divagó sobre sus gorilas, dio muestras de no estar informada ni interesada en la mayor parte de las cuestiones esenciales de nuestra especialidad y fue un tanto incoherente.

Me quedé boquiabierto y bastante horrorizado. Luego me acerqué a ella y le hice la pregunta que había estado preparando desde que tenía diez años: ¿podía ir a Ruanda como ayudante suyo y dedicar mi vida a los gorilas? Me miró con el ceño fruncido, dijo que sí y me invitó a escribirle. Poco después, le dieron permiso para poner pies en polvorosa, yo regresé a la residencia de estudiantes totalmente eufórico y antes de medianoche ya le había enviado la carta. La misma a la que nunca contestó. Más tarde me enteré de que era su modo habitual de quitarse de encima a los acólitos y peticionarios que se le echaban encima cuando se veía obligada a enfrentarse con el público; acceder a cualquier cosa, decirles que le escribieran y no responder nunca.

Así se desarrolló mi único encuentro con Fossey. Poco después, sus dificultades y su hosquedad empezaron a crear las condiciones que acabarían con ella. Desde tiempo inmemorial, las selvas de Ruanda estaban habitadas por la tribu de los batwa, cazadores recolectores que vivían de cazar antílopes con cepos. Era inevitable que algún gorila pisara de vez en cuando una de aquellas trampas y quedara atrapado. Luego venían la gangrena y la muerte. Las pruebas más fiables indican que aquellas primeras muertes fueron accidentales. Fossey se asustó. Comenzó a enfrentarse a los miembros de la tribu, a destruir sus cepos, su fuente de alimento. Y ellos empezaron a devolverle los golpes. Las cosas fueron a más y no tardaron en matar a sus gorilas deliberadamente y a tirar sus cuerpos decapitados en los caminos que conducían a su cabaña, situada en la parte alta de los volcanes, mientras ella, a su vez, se dedicaba a secuestrar a los niños de aquellos hombres.

En el fondo, algunos de aquellos asesinos eran cazadores furtivos de la peor calaña que mataban gorilas para venderlos como recuerdo, pero algunos

eran simples nativos que vivían como siempre lo habían hecho. Algunas de aquellas muertes eran salvajes e intencionadas, pero otras eran fortuitas. Sin lugar a dudas, una persona más equilibrada y racional habría resuelto la situación de un modo menos violento, pero una persona más equilibrada y racional nunca habría sido testigo de lo que allí ocurría.

Fossey dio un giro de ciento ochenta grados y se convirtió en una persona extrovertida. Se dedicó a recorrer el mundo dando conferencias sobre la muerte de sus animales y pidiendo ayuda. Estaban a punto de exterminar a sus gorilas, a los últimos que quedaban: el gorila de montaña es uno de los animales más escasos y que corren mayor peligro de extinción del mundo y su manada, formada por unos cientos de ejemplares, era una de las últimas que quedaban. Abrió el lugar en que realizaba sus investigaciones a los estudiantes y colaboradores... con tal de que estuvieran dispuestos a luchar contra los asesinos de los gorilas. Poco tiempo después, se produjo una ruptura en la comunidad ecologista. Algunos decían: «Sí, invirtamos dinero en el proyecto, pero no se lo demos a ella. Es demasiado exaltada, demasiado provocadora, mientras siga allí continuarán matando animales para vengarse. Saquémosla de allí y proporcionémosles fondos a los del servicio del parque de Ruanda para llevar a algunos guardas forestales armados ahí arriba y convertir el lugar en una verdadera reserva natural». Y la otra mitad decía: «Dadle dinero, dadle armas, si algunos gorilas consiguen sobrevivir, será gracias a ella, ¿a quién más le importa el tema?». Prevaleció la opinión del primer grupo. Se invirtió dinero en la Fundación Digit, llamada así en honor al animal que más quería, cuyo cadáver fue abandonado expresamente para que ella pudiera encontrarlo. En la reserva se creó un servicio de vigilancia realmente eficaz y se generó suficiente interés para poner en marcha un turismo basado en la observación de los gorilas que ha servido para continuar financiando el parque y la economía de la zona hasta la actualidad. Los gorilas empezaron a mejorar y quizá a aumentar en número. Y a Fossey la enviaron fuera. Se improvisó para ella una especie de ayudantía en Cornell, donde, según todos los informes, se sumió en la depresión y el alcoholismo.

Todo estaba preparado para el capítulo final. Desoyendo todas las súplicas, volvió a Ruanda con sus gorilas. Peleó con los cazadores furtivos y los nativos, peleó con los guardas forestales que guiaban a los turistas que odiaba, peleó con las tribus agrícolas cuya estrategia de desbroce y quema de la

maleza estaba destruyendo los últimos reductos de selva que quedaban y peleó con el gobierno. Su salud se deterioró por culpa de la bebida, de su condición de fumadora empedernida, de su enfisema y de su intento de vivir a gran altura, rodeada de humedad. Apenas podía caminar, tenían que transportarla montaña arriba hasta su cabaña, donde la asesinaron una noche. De manera poco convincente, el gobierno culpó a un estudiante de posgrado norteamericano y lo condenó a muerte en rebeldía después de asegurarse de que abandonaba el país, aunque todo el mundo estaba convencido de que los autores eran cazadores furtivos o guardas forestales pagados por el estado. El servicio fúnebre tuvo lugar en su cabaña, una semana después de Navidad, y fue oficiado por un misionero que dijo:

—La semana pasada el mundo celebró un acontecimiento lejano que cambió su historia: la llegada del Señor a la tierra. Aquí, a nuestros pies, vemos una parábola de esa magnífica condescendencia: Dian Fossey, proveniente de un hogar caracterizado por las comodidades y los privilegios, que abandonó por propia voluntad para vivir entre una raza que se enfrenta a la extinción... Y si pensáis que Cristo no tuvo que salvar una distancia tan grande para asumir una apariencia humana como la que separa al hombre del gorila, es que no conocéis a los hombres. Ni a los gorilas. Ni a Dios.

Y, de acuerdo con su deseo, fue enterrada en la tumba de sus gorilas asesinados, al lado de Digit.

Habían pasado seis meses de su asesinato cuando fui a ver a los gorilas.

Hacia unos años, había tratado en vano de llegar a Ruanda haciendo autostop. En aquel momento, había logrado superar por fin el estadio de maduración en que uno ya no dispone de tiempo para recorrer largas distancias haciendo autostop, pero tampoco dispone aún del dinero necesario para decidirse por algo más rápido. Tomé un vuelo hasta Kigali, la capital, en compañía de dos amigos y salimos en busca de los gorilas. El ambiente era muy diferente al de Kenia. Para empezar, todo el mundo hablaba francés y se llamaba Jean-Dominique o Boniface, lo cual me parecía extraño y desconcertante. Otra diferencia era la tensión, brutalmente dicotomizada, que existía entre las tribus, en contraposición a las caóticas y cambiantes alianzas tribales de Kenia. Aquí, casi todo el mundo pertenecía a la tribu de los hutu o de los tutsi, y casi podía palparse la animadversión que acabaría estallando

unos años después hasta convertirse en un genocidio de los últimos a manos de los primeros, de tal magnitud que habría dejado sin habla al mundo entero, en caso de que alguien se hubiera molestado en interesarse por ello. Y otra diferencia fundamental era la sorprendente densidad demográfica del país, la más elevada del planeta. Innumerables colinas con innumerables terrazas e innumerables granjas destinadas a alimentar a un país paupérrimo, gentes que vivían como sardinas en lata, cultivos que ocupaban hasta el último centímetro de tierra disponible, hasta el punto situado más hacia el oeste, hasta el último confín del país. Allí, formando la frontera con Zaire al oeste y Ruanda y Uganda al este, se encuentran los montes Ruwenzori, las famosas montañas de la Luna, que continúan hacia el sur con el nombre de montes Virunga, una hilera de gigantescos volcanes situados entre Zaire y Ruanda que se elevan a más de cinco mil metros de altura, escarpados, prominentes, colocados en fila india, con las cimas cubiertas de nieve que se derrama sobre el Congo, sobre la agreste selva que se extiende a sus pies. Y, gracias al excesivo declive del terreno, que incluso impide a los desesperados campesinos todo intento de extraer de él un poco de alimento, pueden sobrevivir los últimos gorilas de la Tierra en sus collados y sus laderas.

Tuvimos los típicos problemas con los funcionarios del parque, que habían perdido las reservas que yo había hecho hacía más de un año para ver a los gorilas, pero volvieron a encontrarlas a cambio de cierta cantidad de dinero. Decidimos derrochar el dinero y nos alojamos en el único hotel de verdad que había en Ruhengeri, el pueblo situado a la entrada del parque. Se trataba de una casona vieja y destartalada que rezumaba nostalgia colonial. Se veían por todas partes suelos de parqué y antiguos grabados de Notre-Dame y comidas de cinco platos en las que se incluían cosas como espárragos al gratén. Dormimos de manera irregular, notando la presencia amenazante de los volcanes sobre nosotros, y el nerviosismo nos obligó a levantarnos antes del alba.

Comenzamos la ascensión en compañía de los guardas forestales del parque, los hombres que encuentran cada día a los grupos de gorilas para que los dieciocho turistas que tienen permiso para verlos puedan observar a las tres manadas de muestra. Los guardas eran hombres silenciosos que avanzaban con movimientos suaves y tranquilos. Durante toda la semana que permanecí allí, observé que la necesidad de deslizarse entre los gorilas lentamente y sin

hacer ruido era un rasgo común a todos los guardas que pasaban cierto tiempo en su compañía.

Iniciamos el viaje a través de los campos de labor, que se inclinaban abruptamente cuando no estaban dispuestos en terrazas, abriéndonos camino entre chozas, hileras de plantas de maíz y chiquillos que apenas nos prestaban atención. Al final, nos encontramos ante un muro de bambú atravesado por un sendero agreste y casi imperceptible. Nos adentramos en él y, después de ascender un poco más por aquel camino serpenteante, fuimos a dar a unas pendientes empinadas y poco seguras. Había bambúes por todas partes, hagenias cubiertas de musgo, que siempre me parecen estúpidas cuando no las envuelve la bruma. Más arriba, en la ensillada de uno de los volcanes, pudimos contemplar la vista panorámica de la selva que se extendía ante nosotros, un pequeño lago y una serie de campos cubiertos de matorrales. Delante de nosotros, los guardas forestales se abrían paso con el machete a través de un terreno cubierto de ortigas. De un modo inexplicable, confluyeron a un tiempo las nubes, la bruma, el frío y el calor. El sudor y los escalofríos. Nos deslizamos por un profundo barranco y subimos por el extremo contrario con gran dificultad para encontrarnos con más ortigas y más bambúes. Aunque ya habían pasado varias horas, los guardas continuaban su avance silencioso y coordinado. Uno examinaba una serie de brotes de bambú rotos mientras el otro olfateaba la hierba aplastada que había alrededor. Gorilas, pero de ayer, concluyeron.

Pasó otra hora. Cayó una llovizna algo más tibia. Más ortigas. Algo semejante a un camino de verdad y un trozo de hierba aplastada a su izquierda. En el centro, unos enormes zurullos fibrosos y cuarteados, el tipo de deposición que uno esperaría de un jugador de fútbol profesional que se ha hecho vegetariano. Los gorilas. Eran recientes, el nido de la noche anterior.

Seguimos adelante, cansados, emocionados e impacientes. Descendemos por otro barranco y uno de los guardas oye un murmullo procedente de arriba, del otro extremo de la garganta. Nos detenemos sin hacer ruido, dispuestos a inventarnos el sonido para convencernos de que están cerca, y, de repente, oímos un murmullo inconfundible, profundo, gutural, pausado, paternal. Nos apresuramos a subir de puntillas por el lado opuesto y, en la cresta de la montaña, veo a mis primeros gorilas de montaña salvajes. Era un grupo de unos doce ejemplares. Un macho de lomo plateado en la flor de la vida. Unas

cuantas hembras con sus crías, algunos machos más jóvenes al acecho, unos cuantos adolescentes. El macho de lomo plateado jugaba con los pequeños. Las madres se alimentaban, avanzando pesadamente con las crías a la espalda. Los dos machos jóvenes pasaron casi una hora peleando, revolcándose abrazados y mordiéndose mutuamente sin hacerse mucho daño. Al rodar por el suelo, jadeaban y se hacían cosquillas y, agotados por la emoción, tenían que retirarse cada uno a una esquina para recobrar el aliento. Una vez recuperados, uno de ellos se golpeaba el pecho y volvían a arremeter el uno contra el otro. En un momento dado, los dos se acercaron con toda tranquilidad para sentarse a mi lado y mirarme fijamente, y uno de ellos se aproximó tanto que los guardas forestales me obligaron a echarme hacia atrás. Ambos exhalaban un reconfortante olor a hongos y humedad, parecido al que emana de un baúl lleno de objetos amados y caídos en el olvido en el rincón enmohecido de un sótano.

Sentí que me embargaban multitud de ideas y sentimientos. Pensé que era amor a primera vista y que se me llenarían los ojos de lágrimas, pero estaba demasiado decidido a observarlo todo para permitir que sucediera algo así. Me pregunté qué rango habría tenido si me hubiera tocado ser un gorila de montaña. Sus ojos me tenían hipnotizado; me daba la impresión de que, desde un punto de vista emocional, sus caras eran menos expresivas que las de los chimpancés o incluso que las de los babuinos, pero tenían unos ojos en los que uno habría querido zambullirse. Traté de no mirarlos a la cara, no sólo porque no es una buena técnica de observación y a los primates les molesta, sino también porque, si lo hacía, me habrían entrado ganas de confesar crímenes inverosímiles. Me di cuenta de que sentía un impulso casi irreprimible de ponerme a gritar, a farfullar entre ellos de un modo peligroso o de darle un beso repentino a uno de ellos para que pudieran matarme a pisotones allí mismo y acabar con mi incertidumbre. Pensé que, desde el punto de vista social, eran mucho menos interactivos que los babuinos, que, de hecho, eran un tanto aburridos, y me felicité por no haberlos elegido finalmente como objeto de estudio, ya que, de lo contrario, ya llevaría catorce años preparando el doctorado. Y, al mismo tiempo, pensé que no quería moverme de allí por nada del mundo.

Aquella noche, mientras dormía en mi tienda, situada en la ladera de la montaña, tuve un sueño que resumía mis sentimientos mucho mejor que

cualquier cosa que pudiera haber dicho estando despierto. Era un sueño tan tierno, tan ridículamente sentimental, tan repleto de opiniones que no comparto estando despierto, que aún me maravillo de haberlo tenido. Soñé que una parte de la teología resultaba ser cierta. Soñé que Dios, los ángeles, los serafines y los demonios existían en el sentido más literal de la expresión y que cada uno de ellos estaba dotado de defectos y virtudes muy parecidos a los nuestros. Y soñé que las selvas de las montañas de la Luna eran el lugar elegido por Dios para enviar a aquellos ángeles que nacieran con el síndrome de Down.

Mis amigos se marcharon al día siguiente. Yo me quedé otra semana y fui a ver a los gorilas varias veces. Fue estupendo, pero cada día que pasaba estaba más deprimido. Los gorilas eran maravillosos, pero cada vez era mayor el peso de lo irreparable, de lo que había desaparecido, de lo que había sido eliminado, de lo que nadie se había atrevido a mencionar ni a explicar. Lo noté en las oficinas de la reserva, donde los carteles dedicados a la historia del parque hacían más referencia a los colonos belgas del siglo XIX que a Fossey. En los guardas forestales que decían: «Sí, conocimos a Fossey» y luego cambiaban de conversación. En los gorilas, cuando contemplabas a una madre que sujetaba a su cría mordisqueando un bambú, mientras oías a los campesinos, a sus gallinas, a los niños de la escuela, que vivían doscientos metros ladera abajo, donde finalmente se había detenido el desbroce y la quema de la vegetación. En las decenas de kilómetros de senderos vacíos que atravesaban la selva marcados por la dolorosa ausencia de los gorilas. Y, por último, desde la cima de los casi cinco mil metros del monte Karisimbi, el punto más alto de la cordillera, donde subí para observar detenidamente lo que había más abajo y descubrí que las gigantescas, interminables, altivas y míticas Virungas casi habían desaparecido, reducidas a una estrecha franja de selva, devoradas por la infinidad de terrazas que se extendían entre Ruanda y Uganda. Casi parecía una conspiración doméstica ideada por las granjas: un mundo infinito repleto de agricultores que trataban de ganarse la vida a duras penas, un mundo donde no había lugar para selvas ni montañas de la luna, una conspiración para relegarlas por completo al olvido. Era como si detrás de una tienda 7-Eleven de una tranquila población rural de Iowa, se alzara un montículo de cinco mil metros de altura envuelto en un velo de bruma, en cuya cima hubiese un libro en el que figurasen las fechas de nacimiento y defunción de todas las personas nacidas y por nacer, y que nadie pareciese darse cuenta

de su presencia.

Fue en la cima de aquella montaña donde las vivencias de la semana acabaron por afectarme y pasé una noche de paranoia africana. Estaba prohibido hacer excursiones en solitario por la cordillera y había que contratar a un guarda forestal como guía. Era evidente que el hecho de trepar con penas y sudores hasta la cumbre del volcán más elevado de la zona no encajaba en su concepto de diversión y le asignaron la tarea al guarda más joven. Durante los días que había pasado con los guardas, me había fijado en él y no me caía muy bien; incluso parecía que sus propios compañeros le hacían el vacío. Era un muchacho huraño, con los ojos negros como el azabache, una cara que parecía una máscara y un aspecto de violencia contenida. Solía sentarse solo, a un lado del campamento y siempre contestaba con monosílabos cuando alguien se dirigía a él. No me entusiasmaba demasiado la idea de irme con él, y por lo poco que él daba a entender, sabía que el sentimiento era mutuo.

Al iniciar la subida, mi antipatía por el guía empezó a aumentar. Lo probé en francés, swahili, inglés y las veinte palabras de kirwanda que sabía, y lo único que pude obtener de él fueron gruñidos. En un momento dado, resbalé y caí encima de una piedra mojada y se echó a reír; su risa parecía un aullido burlón y despectivo. En una ocasión, se puso a tirarles piedras a unos antílopes que estaban pastando, probablemente tanto para hacerles daño como para evitar que los viera.

Mi aversión hacia él fue aumentando poco a poco y, por lo visto, a él le ocurrió lo mismo. Por alguna razón, aquel sentimiento mutuo evolucionó en silencio hasta convertirse en una competición, una carrera furiosa e infantil. Empezamos a caminar cada vez más deprisa y avanzamos sin parar hasta que el ascenso se transformó en una vertiginosa carrera para ver quién era el primero en solicitar un descanso. Proseguimos nuestra marcha imparable a través de la selva, la vegetación de montaña, el bosque fragmentario y el páramo abierto donde nos hundimos hasta las rodillas en el barro, hasta llegar a la roca desnuda cubierta de escarcha, pasando de los dos mil quinientos a los cuatro mil quinientos metros en unas cuantas horas. El aire se enrareció, empecé a sentir los primeros efectos del mal de altura, se me nubló la vista y sentí un dolor punzante en el pecho. Él escalaba aquellas montañas para ganarse la vida y mi mochila pesaba más, pero conseguí seguirle el ritmo por

pura rabia.

—*Fatigué?* —me preguntaba en francés.

—*Non* —le contestaba yo jadeando.

Una vez, pronunció la frase más larga que había dicho hasta entonces:

—*Je pense que tu es fatigué. Tu es mzee* [viejo, en swahili].

Casi eché a correr tras él, con la esperanza de matarlo. En un momento de triunfo, le adelanté durante un minuto y conseguí susurrarle el mismo *Fatigué?* jadeante mientras él respondía casi sin aliento: *Non*.

Llegamos a nuestro destino, un refugio de chapa de zinc situado junto a la orilla del cráter, en el preciso instante en que estallaba una tormenta de hielo. Nos tumbamos dentro, jadeando, mientras la ventisca se aproximaba y aporreaba el metal. Y nos quedamos allí dentro desde media tarde hasta la mañana siguiente. Comimos un poco de arroz y pan francés, pero a una altura así todo tiene un gusto repugnante. Te laten los ojos, te laten los cojones, sientes que te estalla la cabeza, te duele el pecho cada vez que respiras, todo es agotador. A esa altitud, tengo un ritmo cardiaco de unas ciento diez pulsaciones por minuto en estado de reposo, lo que significa que te despiertas de un sueño reparador como si hubieses estado subiendo escaleras.

Nos quedamos tumbados en el suelo de madera, tan lejos el uno del otro como nos lo permitían las reducidas dimensiones del refugio. Traté de tocar la flauta, pero no me quedaba aire en los pulmones; en vez de ello, me dediqué a pensar en los gorilas. Él se puso a hablar entre dientes y grabó su nombre en el metal con el machete, sin dejar de fumar durante todo el tiempo que permanecimos encerrados en nuestro refugio a cinco mil metros de altura, incluso después de pedirle que no lo hiciera.

Las horas fueron pasando hasta que, a eso de medianoche, mientras estaba allí tumbado, con los globos oculares latiéndome ciento diez veces por minuto, se me ocurrió empezar a tener miedo por primera vez. No sólo se trataba de que Fossey hubiera sido asesinada seis meses antes en aquella montaña, de que lo más probable es que no lo hubiera hecho el estudiante americano, de que posiblemente el culpable había sido algún funcionario público, de que probablemente el autor había sido un guarda forestal (acababa de decidirlo), de que lo más seguro es que hubiera sido aquel chico con el mismo machete que llevaba en la mano, sino que había muchas posibilidades de que aquella fuera la noche elegida para que yo la diñara. Ahora, esto puede parecer

gracioso, exagerado, ridículo o simplemente paranoico, pero de repente estaba muerto de miedo. Estaba solo en un volcán perdido de un país centroafricano donde no conocía a nadie, encerrado con un guarda forestal en plena tormenta de hielo, y acababa de darme cuenta de que los guardas forestales habían matado a Fossey. A medida que recordaba el día, la semana, me parecía que cada una de mis palabras y acciones había sellado mi destino, que había servido para convencer a los atentos guardas de que había que matarme.

Sentía verdadero miedo, un miedo cercano al pánico. Deseaba escapar con todas mis fuerzas. Me esforcé por controlar la respiración, pensé en pedir ayuda a gritos. Permanecí despierto la mayor parte de la noche, con la navaja abierta cerca de mí, absolutamente convencido de que iba a morir. Mientras, el guarda forestal se pasó la noche hablando en sueños: rezongando y gritando en tono áspero y sordo.

Al amanecer, me sentí estúpido, furioso y aliviado y pensé que aquella vez había tenido suerte. Subimos penosamente por las rocas cubiertas de hielo y a las siete ya habíamos llegado a la cima. Él se sentó, impaciente, y se puso a dar patadas a las piedras. Yo miré a lo lejos, hacia Ruanda, Uganda y Zaire, y traté de imaginar que en otro tiempo todo aquello había estado cubierto de selvas repletas de gorilas. Saltaba a la vista que él quería que bajáramos de inmediato; yo podría haberme quedado allí toda la vida. Las nubes lo salvaron de aquel destino al arremolinarse en el cielo, tapando la vista y obligándonos a descender.

Si el objetivo de la carrera del día anterior era provocarle al otro un ataque al corazón, el de aquel día era lograr que se rompiera la pierna. Nos precipitamos montaña abajo, en silencio, saltando por las rocas, girando y cambiando de dirección cada vez que lo hacía el húmedo y abrupto sendero. Lo más probable es que tuviera prisa por acabar su trabajo y volver a sentarse con gesto hosco en el puesto de guardia. Yo tenía prisa por escapar de aquella montaña y de la noche de insomnio que había pasado en ella y librarme de aquel asesino.

Echamos a correr por las piedras cubiertas de hielo. Atravesamos corriendo los campos fangosos y casi helados de los páramos y dejamos atrás las arboledas, la selva y el bambú. Y, cuando nos aproximábamos a la ensillada de la montaña, bajando por un camino diferente del que habíamos tomado el día anterior, el guarda aminoró la marcha. No parecía cansado y no

se me ocurrió que pudiera estar aflojando el paso porque se preocupaba por mí. De repente, parecía receloso, incluso incómodo. Era lo más parecido a una emoción que llegué a vislumbrar en su rostro.

El bosque se había abierto un poco, había una perspectiva más amplia y un hermoso arroyo que pasaba junto al camino. En aquel momento, caminábamos despacio, el suelo era más llano. Cruzamos un riachuelo por encima de un tronco. Un minuto después, el bosquecillo se abrió en dos y, entonces, sin previo aviso, nos hallamos frente al *bungalow* de Fossey.

Era sencillo, pequeño, hecho de tablas de madera. Una bandera ruandesa ondeaba sobre él. Di unos pasos para aproximarme y el guarda me hizo señas para que me apartara. Me acerqué un poco más y aquel muchacho silencioso me dijo en francés, en swahili, incluso en un inglés pésimo pero inteligible, que estaba prohibido. Pasé por delante del *bungalow* durante un momento, antes de que él me obligara a salir de allí, y permanecí junto a las tumbas de Fossey y de los demás primates.

Fossey, Fossey, misántropa estafalaria, intratable, peleona y autodestructiva, científica mediocre, estafadora de sesudos estudiantes universitarios, causa probable de la muerte de más gorilas que si nunca hubieras puesto el pie en Ruanda, Fossey, no creo en almas ni en rezos, pero rezaré por tu alma, te recordaré hasta el fin de mis días, en agradecimiento por aquel momento junto a las tumbas en que lo único que sentí fue la tristeza purificadora de volver a casa y no encontrar más que fantasmas.

---

<sup>19</sup> Cadena de establecimientos fundada en 1927 en Dallas, Texas, y actualmente extendida por todo el mundo. Se trata de una especie de supermercados situados junto a las gasolineras cuyo horario original de venta al público (de siete de la mañana a once de la noche) pasó a convertirse en el nombre comercial del grupo. (*N. de la T.*)

CUARTA PARTE

# LA EDAD ADULTA

## Los babuinos: Nick

Nick no me caía muy bien, y lo mismo le ocurría al resto de la manada; llevaba mucho tiempo sin toparme con una personalidad tan poco atrayente como la suya. Esto ocurría más o menos por la época en que empezaba a interesarme por la personalidad en un sentido estrictamente científico. Durante todos aquellos años, había centrado mi atención en la idea de que el rango era determinante en el estado de salud de aquellos animales, que los machos de categoría inferior corrían mayor riesgo de padecer una serie de enfermedades relacionadas con el estrés. El rango era el destino, caso cerrado. Sin embargo, los estudios que había realizado recientemente indicaban que la vida de un babuino no se reducía a una mera cuestión de estatus. Era innegable que la posición influía en las características fisiológicas pero, según los datos obtenidos, había un elemento incluso más importante y era el tipo de sociedad que lo hacía posible: por ejemplo, el perfil hormonal de un macho de alto rango de una jerarquía estable era sumamente diferente durante una época de inestabilidad. Y, aunque el rango era importante desde el punto de vista fisiológico, parecía que existía un factor incluso más primordial: el hecho de disponer de los medios necesarios para sobrellevar los malos momentos y de una red de relaciones sociales. Por consiguiente, independientemente de la posición social, los machos que dedicaban más tiempo a espulgar a los demás con fines sociales y se sentaban más a menudo en contacto con otros animales, tenían un nivel inferior de hormonas del estrés. Aquélla era la especialidad de animales como Isaac o como Nat. Y lo que quizá era más importante, la personalidad resultaba crucial. Por ejemplo, ¿hasta qué punto encajabas en un tipo dado?: si aparecía tu peor rival dentro de la manada y descabezaba un sueñecito a una distancia de cincuenta metros, ¿te limitarías a seguir haciendo lo que tenías entre manos o lo considerarías una provocación peligrosa y

descarada que acabaría poniéndote los nervios de punta? Si eras la clase de babuino que considera la siesta de un oponente como una afrenta personal, después de luchar por imponer tu rango, tu nivel de hormonas del estrés en estado de reposo duplicaría al de un macho que se lo tomara con más calma.

Así pues, estaba pensando mucho en la personalidad y la de Nick era bastante desagradable. En síntesis, se trataba del babuino más malvado que había aparecido por la manada desde Nabucodonosor, pero, a diferencia de este último, también era inteligente, disciplinado y temerario. Era pequeño y delgado, y eso tendría que haber bastado para ponerme de su parte, pero su maldad y su falta de misericordia me lo impedían. Al verlo, pensabas en tipos bajos, de carnes prietas llenas de tatuajes y brazos cubiertos de venas abultadas, la clase de sujeto que en las peleas de bar destroza a los individuos fornidos, corpulentos y desaliñados dotados de frágiles barrigas de bebedor de cerveza. Él no llevaba tatuajes, pero tenía una cicatriz característica en su cara torcida.

Nick se unió a la manada durante los años de inestabilidad. Aún era un adolescente y casi podía detectarse el desprecio en su rostro mientras observaba las debilidades de sus mayores jugando a policías y ladrones. Dentro de un par de años ya os enseñaré yo lo que vale un peine, parecía decir. Mientras tanto, dominaba su grupo de edad. Cuando empezaba a dar los primeros pasos para acceder a la categoría superior, ya estaba seguro de sí mismo, decidido y aficionado al juego sucio. Un día, en una pelea, le dio una paliza a Rubén, un macho fácilmente intimidable que levantó el culo en un gesto de sumisión. Pues bien, hasta el último babuino de la Tierra sabe lo que eso significa. Significa que te das por vencido, que admites la derrota, significa me rindo, no más.<sup>20</sup> Y todos los babuinos de la Tierra saben que, en una situación así, se supone que el ganador se limitará a examinarte el trasero o a montarte o algo que en términos generales se considere igual de degradante, para poner punto y final al asunto. Ésas son las reglas, todo el mundo las conoce tan bien como el reglamento de un partido de béisbol. Así que Rubén levanta el culo, Nick se acerca como si pretendiera examinarle el trasero, todo va bien, y en el último momento, Nick se inclina sobre él y le hace un profundo corte en el culo con los colmillos. El final de aquellos despreocupados años de inestabilidad fue de los que hacen época.

El único problema del muchacho es que era antipático. Ninguna de las

hembras parecía beber los vientos por él, sobre todo cuando las circunstancias les obligaban a aparearse con él durante unos días. Acosaba a las hembras, pegaba a los chiquillos, intimidaba a los ancianos Gums y Limp. Un día memorable, se ofendió por algo que había hecho la pobre Ruth y la persiguió hasta un árbol. En estos casos, lo normal es que la hembra se aproveche de una de las escasas ocasiones en que merece la pena ser más pequeña que los machos: se sitúa en la punta de una rama endeble y se agarra a ella para ponerse a salvo, convencida de que el macho, debido a su mayor envergadura, no podrá llegar hasta allí y morderla. Y, por lo general, el macho, frustrado, trata de colocarse de forma que por lo menos la hembra quede atrapada y la deja gritar en la frágil rama hasta que se aburre. Así que Ruth sube al árbol al galope, Nick la persigue y ella salta hasta un lugar seguro. Nick trepa de inmediato a otra rama más gruesa y resistente situada justo encima y a continuación se orina encima de ella.

Para empeorar las cosas, era la época en que Nabucodonosor estaba en la flor de la vida y no se le había endulzado el carácter con el paso de los años. No se había enfrentado a Nick por conseguir la posición dominante en la manada, sino que se limitaba a amargarle la vida a otros muchos babuinos. Los salvadores brillaban por su ausencia. Rubén podría haberle dado guerra a Nick, pero se acobardaba cada vez que se producía una pelea decisiva e incluso trataba de escabullirse de Nabucodonosor. A Sem, un joven macho que acababa de incorporarse a la manada, aún le quedaban varios años para alcanzar el estrellato, y lo mismo les ocurría a Jesse y a Samuel, los otros recién llegados. Adán era pusilánime y no tenía ni la más remota posibilidad de entrar en la lucha por la supremacía. David, Samuel y Jonatán podían adelantarse y vencer a Nabucodonosor, pero lo tenían muy negro para derrotar a Nick. Isaac y Nat no mostraban el menor interés, Benjamín y Josué no estaban en condiciones de competir con ellos y Saúl era un espectador tullido que miraba las cosas desde lejos.

Podía decirse que Gedeón era la única esperanza de la manada, pero le iba a hacer falta un guión bastante estereotipado para salir del apuro. Ya me había fijado en él hacía unos años, cuando aún formaba parte de la manada vecina: un muchacho sorprendentemente musculoso que siempre iba a todas partes con Nat, su hermano mayor, que por aquel entonces era un adolescente. Nat había emigrado hacía unos años, había ejercido un reinado breve y apático sobre la

manada antes de jubilarse para protagonizar el papel de patriarca sabio protector de la familia. Fue entonces, en pleno proceso de implantación del Régimen de Terror de Nick, cuando Gedeón se incorporó al grupo. El guión ya estaba escrito: Gedeón, el joven caballero jedi; Nat abandona su retiro de mala gana para convertirse en Obi-wan Kenobi; forman una coalición, derrocan a Nick, triunfan la verdad y la justicia y la película acaba con el apareamiento final de Han Solo y la Princesa Leia.

Lo malo es que Nat no estaba por la labor. Gedeón había leído el guión a fondo, desafiaba a Nick, y, en el momento crucial, salía disparado en busca de Nat para pedirle que se uniese él. Y Nat se ponía a espulgar a Gedeón como un loco, sin prestar la menor atención a todo aquel alboroto y dando por sentado que su hermano pequeño había ido a verlo para recordar los pícnicos familiares. Otro día, Gedeón se encontraba en pleno combate con Nabucodonosor, en una pelea de resultado incierto, y nuestro héroe sólo necesitaba que su hermano mayor le echara una mano en el momento crítico. Gedeón corrió en su busca, trató de formar una coalición y Nat le entregó resueltamente a uno de los pequeños que gritaban a su alrededor, con la esperanza de que Gedeón sentara la cabeza y se diera cuenta de que la paternidad era mucho más gratificante que aquellas estúpidas peleas. Ante todo, Gedeón parecía decepcionado. ¿Qué le había ocurrido a su adorado hermano mayor? Nat, que le había enseñado todo lo que sabía, se había pasado unos cuantos años en otra manada y había que ver cómo estaba: no comía carne roja, participaba en manifestaciones antimilitaristas y salía con chicas que no llevaban sujetador. Su perplejidad era evidente.

Así pues, no parecía probable que Gedeón se hiciese con el control de la jerarquía por el momento, aunque seguía teniendo la impresión de que lo tenía todo a su favor para convertirse en Aspirante del Año. El debut de Absalón en la manada fue mucho menos prometedor. Se trataba de un chico dócil y extravagante que parecía demasiado joven para haber efectuado un traslado que solía producirse en la adolescencia. No lo había visto en ninguna de las manadas de los alrededores, lo que indicaba que había recorrido un largo camino y había pasado mucho tiempo solo antes de hacerse un hueco en la manada. Tenía el rostro sincero y cándido desfigurado por un enorme absceso situado junto al hocico que debía ser doloroso, ya que sólo masticaba con el lado opuesto. Absalón era excepcionalmente simpático, pasaba una cantidad

de tiempo exagerada guiñando el ojo y haciendo muecas a todo el mundo. Por lo general, a excepción de Benjamín y la familia de Raquel, nadie prestaba atención a sus saludos. Una vez, en un instante de considerable audacia, me hizo una mueca; yo le devolví el gesto y, como es natural, se llevó una gran sorpresa al ver que estaba familiarizado con el lenguaje de los babuinos. Hizo otra mueca, yo le imité y, a partir de entonces, establecimos un ritual entre especies que llevábamos a cabo casi cada día.

Recientemente, Absalón había descubierto que existían babuinas y se había entregado a un *voyeurismo* infantil. En los últimos años, la manada se había acostumbrado a un cierto grado de obsesión en dicho tema. Jonatán seguía estando locamente enamorado de Rebeca (que demostraba una creciente estupidez al rechazarlo, ya que se estaba convirtiendo en un joven babuino de aspecto imponente). Adán continuaba cortejando a Short Tail de una forma apasionada, hasta el punto de que, cuando una de aquellas hembras estaba apareándose con cualquier otro macho, Jonatán y Adán las seguían tristemente a una distancia prudencial. Pero, con Absalón, aquella actividad alcanzó nuevas cotas. Siempre que se producía un acoplamiento en la manada, él se dedicaba a merodear por los arbustos de los alrededores, intentando presenciar el espectáculo. Si Daniel copulaba con Miriam, que de hecho nunca había despertado la pasión de ningún macho, Absalón se encontraba a tres metros de distancia, estirando el cuello para ver la movida y sujetándose el rabo durante todo el tiempo. Y cuando las hembras que realmente estaban para mojar pan entraban en celo —Débora o Boopsie, por ejemplo—, Absalón se ponía como loco. Una tarde, Nick y Débora, que lucía una enorme hinchazón, se sentaron en silencio a espulgarse mutuamente. Se habían apartado del resto de la manada y estaban solos, creando el ambiente necesario para un momento de mayor intimidad, cuando Absalón, que se había deslizado en silencio hasta la rama de un árbol situada justo encima de ellos para disfrutar de la mejor vista posible, se desplomó sobre la pareja al ceder la rama bajo su peso. Naturalmente, a pesar de su obsesión, ninguna hembra había espulgado siquiera a Absalón desde su incorporación a la manada, y mucho menos le había hecho algo más excitante. Cuando lo anestesié, tenía la piel plagada de parásitos.

Puede que, mientras Absalón desperdiciaba unos cuantos años de vida para acelerar la llegada de su inquietante etapa de esplendor físico, algunos de los

demás animales pensaran que las sombras se alargaban. Por entonces, Saúl era un babuino viejo y le había dado por recorrer renqueando los cuatrocientos metros que había hasta el recinto turístico para pelearse con los babuinos del lugar por los desperdicios de los cubos de basura y del vertedero del hotel: una forma más fácil de alimentarse que pasarse varias horas al día buscando comida. Aarón, que era incluso más anciano y decrepito, se había jubilado por completo y se había ido a vivir con la manada del vertedero. Incomprensiblemente, la joven y lasciva Afgana empezaba a presentar un aspecto de descuido y agotamiento, y lo mismo le sucedía a Miriam, que parecía estar envejeciendo rápidamente por culpa del excesivo número de hijos propensos al berrinche que había tenido, y a Ruth, sin duda exhausta a causa de su constante estado de nerviosismo, que no había hecho más que agravarse con el paso de los años. La anciana Noemí estaba más vieja que nunca e incluso parecía como si su hija Raquel, que se encontraba en plena madurez, empezara a estar tan estropeada como su madre, hasta el punto de que más de una vez cometí el error de llamarla Noemí al citarla en mis notas de campo. Y fue por aquella época cuando me quedé de piedra al descubrir que Isaac, e incluso Josué y Benjamín, empezaban a tener aquellas venas tan características de los ancianos: la piel se les estaba poniendo flácida y quebradiza y las venas, escurridizas y difíciles de atravesar con la aguja cuando tenía que sacarles sangre. Lo más alarmante de todo es que empezaban a salirles manchas de la edad.

Uno de los comportamientos que más me sorprendieron durante aquel periodo también estaba relacionado con el proceso de envejecimiento. Uno de los protagonistas del mismo fue Gums, que, en los pocos años que llevaba en la manada, no había generado ninguna anécdota ni parecía poseer ningún rasgo destacable aparte de su extraordinaria decrepitud. La otra implicada fue la anciana Lía, la madre de Débora, la hembra número uno de la manada, seria y antipática. Estoy casi seguro de no haberlos visto mirarse ni una sola vez hasta aquella temporada. No obstante, creo que los dos se enamoraron o cayeron en los brazos peludos del otro o al menos iniciaron una serie de conductas insólitas que no he vuelto a ver jamás. En primer lugar, se limitaron a desaparecer del mapa. La manada dormía en el bosque, una arboleda que cubría una extensión de unas cuantas hectáreas, y lo más normal era perder de vista a algunos animales entre la maleza o cuando el grupo abandonaba el

sotobosque para ir a pastar. Pero, durante la estación seca, cuando la manada atravesaba resueltamente un descampado en el que sólo crecían rastros, estaba prohibido perderle la pista a uno solo. Y, mira por dónde, resulta que un buen día Lía y Gums van y se esfuman sin dejar ni rastro. No me habría extrañado si se hubiera tratado de un adolescente o de un macho en plena juventud: habrían ido a incorporarse a otro grupo o a investigar las posibilidades que ofrecía otra manada. Si el desaparecido hubiera sido un animal ya anciano, las sospechas habrían recaído inevitablemente en las hienas o en algún león. Pero ¿los dos animales más viejos el mismo día?

No había ni rastro de ellos en las manadas de los alrededores ni pruebas de que hubieran estado hurgando en los cubos de basura del hotel. Ninguno de ellos había regresado al bosque ni estaba lo bastante enfermo para no poder salir a comer. Registré las guaridas de las hienas en busca de huesos, esquivé a los búfalos en la torrentera del bosque para ver si encontraba cráneos recientes. Nada. Nadie parecía echar de menos a Gums (un destino que compartían la mayoría de los machos), pero tenía la impresión de que Débora estaba trastornada por la ausencia de su madre. Pasó una semana y abandoné la búsqueda, convencido de que los habían matado el mismo día

Unos días después, dejé a los babuinos a mediodía y regresé al campamento por un tortuoso camino que cruzaba los descampados situados detrás de las zonas de sotobosque que los babuinos frecuentaban. Y, al otro extremo, en un campo al que los babuinos sólo iban una vez cada cinco años, los encontré a los dos. Estaban juntos, sin buscar alimento ni espulgarse mutuamente, simplemente sentados el uno al lado del otro. A medida que me acercaba, Lía, un animal acostumbrado a que los humanos la observaran de cerca durante casi dos décadas, alzó la vista, me miró con los ojos desorbitados y se alejó trotando muy tiesa hacia un bosquecillo cercano, seguida de Gums, que también parecía aterrado.

La tarde siguiente, mientras la manada avanzaba en dirección contraria a quince kilómetros de allí, regresé a aquel rincón apartado y les seguí la pista incluso hasta más allá del bosquecillo de matorrales. Y vi recortarse sus siluetas en la lejanía, sentados al descubierto en una cresta azotada por el viento en un lugar repleto de flores silvestres y leones. Nunca volví a verlos.

En aquella época se produjo otro acontecimiento que habría sido insólito con independencia del protagonista, pero que lo fue todavía más por el

asombroso derroche de heroísmo realizado por alguien tan singular como Benjamín. Era media tarde y los babuinos estaban holgazaneando tranquilamente. Hacía un calor infernal, era el momento del día que los depredadores solían elegir para descansar y todo el mundo bajaba la guardia. La manada atravesó una torrentera y, al llegar a la otra orilla, pasó como un bólido por encima de una leona medio dormida. Caos, gritos, babuinos dispersándose en todas direcciones al ver que la leona se ponía de pie de un salto. Naturalmente, los grandes machos actuaron como era de esperar y treparon a toda prisa a los árboles más seguros de los alrededores. En cambio, las hembras se apresuraron a recoger a sus crías antes de dirigirse a los árboles. La leona se comportaba como un niño en una tienda de golosinas: empezaba a perseguir a un animal y luego cambiaba de opinión y se dirigía hacia otro lado, abrumada por las alternativas. Al final no consiguió atrapar a ninguno y se quedó plantada en medio del descampado, resoplando de rabia, rodeada de una manada de babuinos chillones encaramados a los árboles.

Fue entonces cuando todos; la leona, los babuinos y yo, divisamos a los dos pequeños. Eran crías de un año de edad, que se habían alejado hasta la orilla y habían trepado a un arbolillo minúsculo doblado a un metro y medio del suelo en posición casi horizontal al que cualquier león no habría tardado ni diez segundos en subir. Eran hijos de Afgana y Miriam, y ambas madres habían quedado aisladas en el extremo opuesto, ya que la leona se interponía entre ellas y sus crías. El terror y la histeria se apoderaron del grupo a medida que la leona se aproximaba al árbol. Aquí es donde, según los anticuados manuales de primatología, el macho alfa habría tenido que acudir en su auxilio, como correspondía a su cargo. Y, como ya he dicho antes, lo que prevalece en realidad es el interés personal determinado por la genética: lo normal es que alguien se sacrifique únicamente si con ello puede salvar a un pariente cercano, a alguien con quien se comparten un gran número de genes. Mala suerte para las dos crías, ninguna de las cuales tenía un progenitor indiscutible que las hubiera reclamado, a diferencia, por ejemplo, de los sentimientos paternos que alguien como Josué experimentaba hacia Abdías, el hijo que había tenido con Ruth como resultado de los escarceos amorosos de su adolescencia. La mayoría de los grandes machos empezaron a chillar como locos, excitados ante la perspectiva de presenciar el espectáculo en primera fila. Las hembras proferían gritos de alarma y Afgana y Miriam

recorrían desesperadamente el árbol arriba y abajo cuando Benjamín llegó a toda velocidad sin que nadie supiera muy bien de dónde había salido. Si durante su breve reinado como macho alfa había dado muestras de entender muy poco el pensamiento evolucionista moderno al tratar de secuestrar a una Débora ya adulta para defenderse del peligroso Manases, en aquel momento mostraba una falta de erudición similar: no había la más remota posibilidad de que alguno de aquellos pequeños fuera hijo suyo. Pero resulta que se pone a rugir y a gritar, gruñendo de modo amenazador, llega hasta el pie del árbol y se planta frente a la leona. Ésta se acerca, Benjamín empieza a chillar y a embestirla con los colmillos al aire. Estoy tan aterrado, atónito y fascinado como los demás. La leona se acerca, Benjamín comienza a retroceder árbol arriba y te das cuenta de que desea con todas sus fuerzas avanzar de nuevo. Puede saltar del árbol y ponerse a salvo de inmediato, pero en vez de ello se lanza hacia delante, gruñendo como un loco. Y funciona. La leona se ha detenido aproximadamente a un metro y medio de distancia, estremeciéndose cada vez que Benjamín arremete contra ella. Se tensa para dar un salto, levanta la zarpa, patea el suelo un momento y luego se va. Lo manda todo a freír espárragos ante mis propias narices y vuelve al lugar en que se estaba echando la siesta. Las dos crías bajan del árbol a toda prisa en busca de sus madres.

No estoy seguro de lo que esperaba a continuación. Que Miriam y Afgana espulgasen a Benjamín durante el resto de su vida o al menos que organizaran un desfile en su honor. Que todos los demás machos le dieran una palmada en la espalda. Durante un rato, todo el mundo sigue profiriendo gritos de alarma por la presencia de la leona y, de buenas a primeras, se ponen a comer de nuevo mientras Benjamín da botes en la copa de un árbol y se dedica a romper ramas en una especie de sublimación producida por el nerviosismo. El resto del día transcurre sin incidentes.

Durante el reinado de Nick, la mayoría de los cambios sufridos por los miembros de la manada afectaron a los animales más jóvenes. Abdías alcanzó la mayoría de edad y se largó hacia un destino desconocido y nunca volvimos a tener noticias de él. Scratch (rasguño), llamado así por el profundo boquete que tenía en la nariz, era un subadulto torpe y chiflado que se unió a la manada y nunca llegó a ascender en la jerarquía, y al que incluso mangoneaba el infeliz Adán. Se tuvo que contentar con dominar sin demasiado entusiasmo a Absalón

y a Limp. Jesse, otro adolescente recién incorporado, introdujo un nuevo comportamiento que sirvió para apuntalar la idea de que existen «diferencias culturales» entre diferentes poblaciones de las mismas especies de primates. Procedía de una manada situada a dos territorios de distancia en dirección sur, que vivía junto al río que constituye la frontera entre Kenia y Tanzania, y saltaba a la vista que había pasado mucho tiempo cruzando riachuelos. Él introdujo la costumbre de atravesar los cursos de agua en posición erguida. Nunca supe si era un invento suyo o un hábito de los miembros de su antigua manada, si cumplía alguna misteriosa finalidad adaptativa como la de limitar la exposición a los parásitos acuáticos o simplemente ahorraba a los babuinos la incomodidad de mojarse las manos y los pies, pero los babuinos jóvenes no tardaron en cruzar los arroyos como si fueran bípedos.

Fue la temporada en que Rebeca tuvo su primer hijo (por desgracia, es más probable que el padre no fuera el desconsolado Jonatán, al que nunca vi acercarse a ella durante todo el periodo de celo). Las madres primíparas —las que tienen un solo hijo— no suelen ser especialmente habilidosas, pero Rebeca era un desastre total. Se olvidaba del pequeño cuando abandonaba un grupo formado por otras hembras, le pegaba con frecuencia y como, por lo visto, no acababa de aprender la mejor manera de llevarlo subido al lomo, la cría se caía hacia los lados, medio despatarrada, y se veía obligada a agarrarse a la base de su cola. Un día, mientras saltaba de rama en rama, llevando a la cría en aquella posición tan precaria, el pequeño se soltó y cayó al suelo desde tres metros de altura. Éramos varios los primates que presenciábamos la escena y pudimos demostrar el estrecho parentesco que nos une, porque al hacer exactamente lo mismo y al mismo tiempo es probable que nuestros cerebros hubieran tenido que emplear el mismo número de sinapsis para observar y reaccionar ante lo sucedido. Las cinco hembras de babuino subidas al árbol y el humano que les habla chillaron a la vez. Al cabo de un instante, la cría se enderezó, alzó la vista hacia el árbol para mirar a su madre y se marchó correteando en busca de unos amigos que había allí cerca mientras los demás expresábamos nuestro alivio chasqueándonos la lengua mutuamente.

Así transcurrió aquella temporada, mientras Rebeca aprendía poco a poco a comportarse como una madre, Absalón acechaba entre los arbustos y Nick

hostigaba a todo el mundo. En una ocasión, me enseñó cuál era mi verdadero lugar en la jerarquía de poder y lo hizo de un modo especialmente mortificante. Estábamos en el bosque, era por la mañana temprano y yo acababa de anestesiar a Rubén de un modo sumamente satisfactorio. Realicé el lanzamiento en el preciso instante en que salía por un hueco situado entre los arbustos: el dardo le dio de lleno en el anca justo en el momento en que la parte delantera de su cuerpo desaparecía tras el siguiente matorral, lo que le impidió ver lo que había ocurrido. El plan consistía en que tuviera que caminar unos cuantos metros, se sentara cómodamente en un lugar apartado y se desmayara. En vez de ello, Rubén atacó a Adán, que se encontraba por allí cerca, atravesó el bosque tambaleándose y vadeó el profundo arroyo que lo cruzaba después de pasar por delante de un búfalo con cara de pocos amigos. Qué lata. Estuve observándolo hasta estar seguro de que empezaba a ceder ante los primeros efectos de la anestesia y ya no podría ir mucho más lejos, y luego tardé veinticinco minutos en rodear el río con el vehículo para llegar hasta la orilla en que se encontraba, ya que la presencia del búfalo me impedía cruzarlo a pie.

Al coger una curva, divisé su cuerpo postrado y de repente vi que un enorme babuino macho se le acercaba a toda prisa. Me puse tenso; era Nick. Es fundamental observar de cerca a un babuino mermado físicamente, no sólo porque puede alejarse y perderse entre los arbustos cuando la anestesia empieza a hacer su efecto o porque podría hacerse daño cuando esto ocurre, sino porque existe el peligro de que un macho rival lo ataque durante esos minutos en que es más vulnerable. Y, mira por dónde, allí estaba Nick, lanzándose como un bólido sobre un Rubén semiconsciente en un momento en que no tenía la menor posibilidad de llegar a tiempo de protegerlo.

Traté de preparar otro dardo para darle a Nick, pero estaba demasiado lejos. Pensé en saltar del coche gritando y agitando las manos. Apreté la bocina una y otra vez, pero Nick seguía acercándose. Rubén consiguió levantar la cabeza y mirar a Nick, que para entonces sólo estaba a unos cuantos metros de distancia, y le hizo una mueca de temor de la que apenas era consciente.

Lentamente, con energía, Nick le puso una mano en el hombro a Rubén y otra en el anca. A continuación, Nick se echó hacia atrás y profirió un wa-jú que se oyó en todo el bosque, un aullido capaz de llamar la atención de todos los babuinos que aún estuvieran subidos a los árboles. Después de mantener

aquella pose durante un rato, Nick volvió a adentrarse resueltamente entre la maleza.

No podía creerlo. Aquel cabrón acababa de llevarse unos laureles que me correspondían a mí.

---

20 En castellano en el original. (*N. de la T.*)

## El ataque

Según el punto de vista de una amplia variedad de tribus, ya era un adulto, un estatus que, por lo general, en Estados Unidos sólo adquieres cuando empiezas a utilizar una tarjeta de crédito. De hecho, había conseguido un verdadero trabajo dentro de mi tribu de lumbreras. Y volví durante el reinado de Nick con el símbolo más tangible de todos cuantos utilizan los masai: después de pasar tantos años metiéndome en la tienda a toda prisa al menor indicio de intimidad, por fin había encontrado a alguien con quien deseaba meterme en ella.

Había conocido a Lisa en San Diego casi al final del posdoctorado, cuando estaba a punto de mudarme a Stanford. Empecé a intrigar la primera vez que hablé con ella y traté de convencerla de que se viniera a vivir a la zona de la bahía: «Tú sabrás apreciar San Francisco mejor que nadie», le dije, sin conocerla ni saber nada sobre San Francisco, pero pensando que una declaración como aquella podría dar resultado, como, efectivamente, así fue.

Formábamos una extraña combinación de afinidades parciales. Los dos éramos biólogos de campo que han dejado de practicar, y en mi caso, el tiempo que pasaba en el laboratorio aumentaba cada año. Lisa había comenzado como bióloga marina y había terminado realizando un desmotivador trabajo de investigación sobre cangrejos ermitaños, o algo por el estilo, que le bastó para convencerse de que no quería dedicar toda su vida a aquello. Desde entonces, se había decantado por la neuropsicología clínica. Ambos proveníamos de familias de tradición izquierdista. En mi caso, aquello supuso pasar mi infancia en Brooklyn al lado de parientes ancianos que discutían en *yiddish* a grito pelado sobre la traición de Stalin a Trotski, mientras que para Lisa, que vivía en Los Ángeles, implicó codearse con gente como Pete Seeger y Joan Baez. Los dos éramos ateos convencidos. En mi

caso, era el resultado de mucho *sturm und drang*<sup>21</sup> y mucha crispación en las entrañas, mientras que para Lisa tenía la misma importancia que negar la existencia del conejo de Pascua.<sup>22</sup> Y los dos procedíamos de comunidades multiculturales, pero para Lisa significaba participar en los desfiles mexicanos del Cinco de Mayo mientras que para mí suponía aprender el modo más adecuado de insultar a las diferentes etnias desde una edad muy temprana.

Lisa tenía un sentido del humor sarcástico y burlón absolutamente magnífico y cantaba de maravilla. Y, a diferencia de mí, incluso sabía cómo funcionaba el mundo real, pero eso no la había perjudicado desde el punto de vista sentimental. Trabajaba con pacientes que padecían la enfermedad de Alzheimer con una eficacia y una elegancia que me hacían llorar de emoción. Daba la casualidad de que ambos compartíamos una afición similar por los nombres del Antiguo Testamento. Y era preciosa. Poco tiempo después, íbamos en un avión con destino a Kenia mientras Lisa planificaba nuestras invitaciones de boda y yo pensaba en lo que le diría a Soirowa cuando me preguntara cuántas vacas había pagado por Lisa. Fue estupendo reencontrarme con África por primera vez, de manera indirecta, a través de Lisa. También me resultó imposible resistir la tentación de desempeñar el papel de veterano conocedor de África, dados los muchos años de dura experiencia que tenía a la espalda. Intenté que Lisa se hiciera una idea de lo rapaz y tramposo que podía llegar a ser Nairobi, y no tardé en picar el anzuelo de un timo completamente nuevo que ella caló en menos de cinco segundos. En cuanto llegamos al campamento, Lisa se puso muy nerviosa al pensar en las hormigas soldado contra las que le habían prevenido y yo le dije entre risas que pasaríamos semanas enteras sin ver ni una. Naturalmente, durante nuestra segunda noche en el campamento, las hormigas soldado dieron comienzo a una serie de ataques en masa que nos obligaron una y otra vez a desalojar la tienda casi cada noche durante cinco años seguidos. Y al cabo de unas dos semanas ya sabía lanzar los dardos anestésicos mejor que yo.

La presencia de Lisa abrió todo un abanico de nuevas perspectivas. De repente, el campamento se llenó de niños del poblado que venían a jugar, y aquello me hizo darme cuenta de que cuando estaba solo debían considerarme un bicho raro e intratable. Rhoda y las mujeres también acudían cada día para poner a Lisa al corriente de chismorreos de los que yo no tenía ni idea: quién se acostaba con quién, quién no se acostaba con quién cuando todo el mundo

pensaba lo contrario, qué hombre se pasaba la noche corriendo de la choza de una de sus esposas a la choza de otra y de ésta a una tercera, convencido de que por fin conseguiría sorprender a una de ellas con otro hombre... ¿Qué sabía yo de todo aquello? Poco después, Lisa recibía la primera invitación para practicarse una ablación de clítoris, algo que jamás se había mencionado en mi presencia hasta entonces. Luego llegaron al campamento dos prostitutas procedentes de las dependencias de la plantilla del hotel, una de ellas con la esperanza de que le diera algún tipo de medicación para lo que parecía ser una enfermedad venérea. Minutos después, estaba sentado con mis libros de medicina y un diccionario de swahili, convertido en el típico hombre blanco azorado que intenta construir a duras penas la siguiente frase: «¿Ha tenido últimamente un flujo vaginal abundante?», cuando Lisa echa mano de la mímica y, tras sonarse la nariz, coloca la mano como si la tuviera mojada y luego finge que la humedad le resbala entre las piernas, a lo que la mujer contesta con un enérgico: «Sí».

Tras haber fracasado de un modo estrepitoso al utilizar mis habilidades para presentarme como un veterano conocedor de África, traté de lograrlo de una manera más tradicional, que era dar la lata constantemente sobre lo distinto que era todo en los viejos tiempos: «Caray, cuando llegué aquí, había que recorrer sesenta kilómetros como mínimo para llegar a cualquier parte y no había tal cosa o tal otra... y no se podían recorrer más de seis metros sin que te persiguiera un... y ahora este sitio se ha convertido en Disneylandia». Lisa no me hacía mucho caso. Aunque daba igual, porque unas semanas después de su llegada, obtuvimos una prueba inmejorable de lo poco que habían cambiado las cosas en el fondo.

Fue el año en que Samwelly se marchó después de haber decidido que necesitaba un trabajo que durara más de los tres meses al año que yo pasaba allí. Aceptó uno en el campamento turístico, donde compartía la habitación con Richard en las dependencias de los empleados: encargarse de la seguridad, diseñar los jardines, reconstruir los *bungalows* y desviar el río cuando fuese necesario. Continuaba dejándose caer por el campamento en cuanto tenía un momento libre para ayudarme a resolver cualquier problema arquitectónico que pudiera presentarse.

Era lógico que Soirowa se viniera a vivir al campamento con nosotros y se trajera a un pariente lejano, un muchacho llamado Wilson, que había venido

desde la otra punta del territorio masai para pasar una larga temporada con la familia de Soirowa. Eran los típicos primos de ciudad y campo. De todos mis conocidos, Soirowa es el que más se parece al arquetipo del masai taciturno y noble que acompaña a tipos como Robert Redford en las películas. Wilson, por el contrario, era casi amanerado, al menos según los criterios que aplican los masai. Pertenecía a una rama diferente de los masai, a un clan situado al norte de la capital del condado que había abandonado las antiguas tradiciones hacía mucho tiempo. Hablaba inglés bastante bien, llevaba ropas occidentales y era miembro de una familia que se enorgullecía de algo tan contrario a las costumbres masai como la habilidad para cultivar maíz. En el poblado, aquello nos pareció sospechoso y todo el mundo lo consideraba un mariquita. Era apenas un adolescente larguirucho, chiflado y falto de coordinación que se dedicaba a vomitar sus emociones por todas partes de un modo totalmente opuesto al estilo de vida masai. Caía en un profundo abatimiento cuando estaba triste, le entraba una risita nerviosa cuando me veía practicar biopsias en los testículos de los babuinos y se ponía a dar palmas de desaliento y se hacía un nudo con sus propios pies cuando Lisa le tomaba el pelo por algo. Una noche, Soirowa nos habló de su mayoría de edad y de su obligación de matar un león para poder convertirse en un guerrero. Le preguntamos a Wilson si él había hecho lo mismo. «No, tuve que ir al instituto», se lamentó. Nos preguntamos si Wilson habría ido a visitar a Soirowa, su primo lejano, con la esperanza de que se le contagiara algo de la auténtica vida que los masai llevaban en plena naturaleza.

Así fueron pasando los días, en compañía de Soirowa, que era el único que se atrevía a ir por leña a los bosquecillos infestados de búfalos cuando los demás éramos demasiado gallinas para hacerlo; y de Wilson, que era el responsable de trepar al motor del coche lleno de emoción y revisar el estado de las bujías diariamente. Entonces, una mañana, empezaron los lamentos.

Richard, Lisa y yo estábamos disparando dardos anestésicos en uno de los lugares que menos nos gustaban, esquivando turistas, tiendas de campaña y vehículos mientras los babuinos se paseaban por los campamentos con toda tranquilidad. Nos estábamos preparando para anestesiar a uno u otro cuando empezaron los quejidos en las colinas situadas detrás de los campamentos, a la entrada de los poblados. Richard, que para entonces conocía bastante bien a los masai, se puso tenso de inmediato.

—Pasa algo —dijo.

Los gemidos continuaron, aumentaron y pareció flotar entre los dos poblados un lamento rítmico y sofocado que sólo adquiriría un timbre humano de manera ocasional. Nos quedamos paralizados, respirando con fuerza, tratando de entender lo que ocurría; los turistas siguieron nuestro ejemplo y empezaron a ponerse en fila detrás de nosotros, preocupados y vigilantes.

—Tal vez deberíamos ir allí y ver si alguien necesita ayuda —sugirió Lisa.

—Tal vez deberíamos prepararnos para largarnos por piernas —contesté yo.

Las mujeres masai salieron en tropel del pueblo y echaron a correr hacia la aldea vecina gritando y agitando las manos sobre la cabeza de un modo teatral y excesivamente melodramático, que resultaba todavía más desconcertante si se tiene en cuenta que los masai rara vez son teatrales ni melodramáticos. Pensamos que quizá se había producido una pelea terrible en el poblado y que las mujeres habían prorrumpido en lamentos mientras salían despavoridas en busca de refugio en la aldea vecina, hasta que nos dimos cuenta de que no hacían más que correr de un lado a otro. Poco después, se oían lamentos en los dos poblados. Profundamente alarmados, vimos que los hombres también habían echado a correr sin ton ni son, como gallinas sin cabeza. El griterío se extendió a otras aldeas situadas a lo largo del río.

—Están pidiendo socorro —dijo Richard.

Permanecemos inmóviles, contemplando aquella inexplicable algarabía como si fuera un espectáculo autóctono, un tanto colorista y agitado, que hubiera quedado grabado en aquel extraño documental de *National Geographic*. Nos quedamos boquiabiertos. Los turistas que teníamos detrás se quedaron boquiabiertos. Y a los empleados del campamento que había tras ellos les sucedió una cosa bastante horrible. Las empresas que organizaban las acampadas traían a los turistas a aquella zona, y enviaban a individuos pertenecientes a las tribus agrícolas con residencia en Nairobi para que hicieran de guías turísticos y cocineros. Pero a lo largo del río se contrataba a habitantes de las aldeas masai para los trabajos más pesados, tales como vigilar el campamento, pelar patatas y montar las tiendas de campaña. Se trataba de hombres manchados por los despojos de sus experiencias transculturales: vestidos con ropas gastadas que los turistas ya no querían, pantalones cortos de la universidad de quién sabe dónde, camisetas

conmemorativas de un concurso de preparación de chile celebrado en El Paso; antiguos guerreros que adoptaban el aire servil y atento de la gente obsesionada con las limosnas de los turistas.

Así que allí estamos los turistas y nosotros y el vasallo masai, al que poco antes los turistas estaban enseñando una cosa tan tonta como bailar la conga o algo así, el don nadie que tendría que estar pelando patatas mientras los lamentos se extienden por todas partes. A ese cero a la izquierda le pasa algo. Se esconde a toda prisa detrás de un arbusto y de repente sale del mismo a toda pastilla: se ha quitado la camiseta desgarrada de la playa de Waikiki, se ha puesto su capa roja, empuña una lanza que ha sacado de no se sabe dónde y luego se marcha. En todos los campamentos situados a lo largo del río, todos los sumisos siervos pelapatatas se adentran corriendo entre los arbustos, salen vestidos de guerreros y entran gritando en la película de *National Geographic*.

Se trataba de un asalto de los kuria. En otra época, los kuria eran una de las muchas tribus a las que los masai solían atacar de un modo salvaje. Pero, al vivir al sur de la frontera arbitraria que separa Kenia de Tanzania dentro del Serengeti, su suerte ha cambiado. Tanzania es más pobre que Kenia, el ejército está mucho peor pagado y algunos kuria descubrieron que se podía pagar a algunos soldados para que «perdieran» sus armas. Con frecuencia, los miembros de la tribu kuria que también formaban parte del ejército perdían sus armas antes de causar baja en él. Y, de repente, los kuria disponían de armas automáticas para cuando presentaran sus respetos a los masai.

En aquella ocasión, el ataque se había producido en una noche sin luna. La mayor parte de las vacas se encontraban a unos treinta kilómetros hacia el este, en un corral provisional que los kuria habían asaltado después de dar unos cuantos tiros para llevarse los animales. Un mensajero masai había recorrido aquel trayecto para informar de lo sucedido, había llegado a la aldea en el preciso instante en que empezábamos a disparar los dardos anestésicos y luego habían empezado los lamentos, que posteriormente se habían ido propagando de poblado en poblado.

Aunque los kuria sólo habían tardado unas cuantas horas en ponerse en marcha, en aquel momento avanzaban pesadamente por las praderas con centenares de vacas, protegiéndolas de los depredadores y abandonando a las que tenían terneros debido a su lentitud. En aquel momento, los guerreros

masai se estaban agrupando y estaban a punto de hacer algo totalmente acorde con la tradición, aunque descabellado: correrían los cincuenta y tantos kilómetros que los separaban de los kuria y las vacas, los perseguirían hasta la frontera tanzana y se enfrentarían a las armas de fuego con las lanzas para recuperar los animales.

Había guerreros que corrían de un lado a otro empuñando las lanzas. Un primer grupo pasó por delante de nosotros a toda prisa, cruzó el río y empezó la persecución. Se estaban formando otros grupos. Richard, Lisa y yo actuamos de acuerdo con la lógica. Metimos el coche en la espesura y nos escondimos. Parecía totalmente lógico que nuestros vecinos masai se presentaran ante nosotros en cualquier momento armados con lanzas y nos obligaran a llevarlos al frente de batalla. En el último ataque de los kuria habían muerto dos masai. Y anteriormente, cuando los guardas forestales (en su mayoría masai) habían reaccionado con la suficiente celeridad para poder intervenir, habían muerto veintidós kurias. Aunque prefería mantenerme al margen, sabía que no me creerían si trataba de explicarles que mi póliza de seguros me prohibía terminantemente participar con el coche en peleas protagonizadas por hombres armados con armas automáticas. De ahí que nos escondiéramos entre los arbustos.

Al final parecía que no había moros en la costa y nos fuimos corriendo al campamento. Justo a tiempo para toparnos con Soirowa. Sus vacas también habían desaparecido y estaba a punto de salir pitando hacia Tanzania con la lanza en la mano. Soirowa, que por lo general era un hombre estoico, lloraba de rabia, temblando de emoción y odio contenido. Estaba esperándonos, no para que le lleváramos en coche (más tarde comprendimos, avergonzados, que, del mismo modo que jamás nos habrían pedido consejo sobre el mejor modo de sacarle sangre a las vacas, tampoco se les habría ocurrido rogarnos que les lleváramos al campo de batalla. Se trataba de un problema que los masai debían resolver por sí solos), sino para informarnos de su marcha.

—Voy a Tanzania a buscar a mis vacas —dijo y, antes de salir corriendo para enfrentarse a los hombres de las armas de fuego, se acordó de decirnos que había traído leña para tratar de tranquilizarnos.<sup>23</sup>

Impresionados, aturridos y emocionados, regresamos al campamento, donde encontramos a Wilson ocupado en diversos quehaceres, entre ellos el de preparar el té.

—Qué hay, Wilson, ¿qué opinas de todo esto?

Él no era de allí, no era su ganado.

—Esos kuria, esos tipos son una mierda. —Estaba aprendiendo a decir tacos en inglés—. Se llevan las vacas con las armas y ahora los masai tienen que ir corriendo a Tanzania. Incluso Soirowa, todas sus vacas. Puede morir al enfrentarse con ellos.

En un gesto incoherente, se rió un poco y luego nos sirvió más té. Durante el día, Wilson se comportó como de costumbre. Lisa asistía asombrada a todo aquel espectáculo. Se pasaba la vida acribillando a Wilson a preguntas.

—¿De verdad van a ir corriendo a Tanzania?

—Sí, puede que durante un par de días.

—¿Y cómo pueden hacer tal cosa?

—Son fuertes, son guerreros.

—¿Así sin más, echan a correr hacia Tanzania y se ponen a pelear? ¿Y eso vale para ti también, Wilson? Si la gente viene y se lleva tus vacas, ¿a ti se te ocurre ponerte a pelear?

—Oh, no, nosotros no somos masai de esa clase, que van por ahí corriendo envueltos en sus capas. Nosotros cultivamos maíz —contestaba con orgullo.

—¿No tenéis ni una sola vaca? Yo creía que todos los masai tenían vacas y que las adoraban.

—No, yo no, nada de vacas. No me gustan las vacas, no como a esos sucios masai, siempre pensando en sus vacas.

Ella continuó sonsacándole:

—Así que te traen sin cuidado las vacas y los kuria, y en este momento no irías corriendo a Tanzania.

—Oh, no —respondió él con repentina vehemencia—. Sí que iría, lo que es yo, saldría corriendo hacia Tanzania ahora mismo.

—Entonces, ¿por qué no has ido?

—Alguien tiene que vigilar el campamento —dijo en un tono de contrariedad y decepción, como si hubiese tenido que quedarse en casa haciendo prácticas de violín mientras los demás niños iban a torturar gatos—. Yo también iría a Tanzania y lucharía contra los kuria.

—Espera un momento, en esa pelea morirá gente. ¿Por qué ibas a ir allí?, esas vacas no son tuyas.

—Lucharía contra ellos. No me da miedo morir.

—Pero si ni siquiera te gustan las vacas.

—No, no me gustan las vacas. Pero no me da miedo morir por una tradición que tiene que ver con ellas.

Y, dicho esto, centró su atención en asuntos más urgentes y le recordó a Lisa que le había prometido enseñarle a hacer torrijas.

---

21 Literalmente, «tempestad e ímpetu». Movimiento prerromántico alemán surgido entre 1760 y 1785, que revalorizaba lo irracional de la existencia en oposición al racionalismo filosófico. (*N. de la T.*)

22 Famoso personaje imaginario de origen germánico que al llegar la Pascua esconde huevos decorados y figuras de caramelo para que los niños las encuentren y las metan en unos cestos destinados a tal efecto. (*N. de la T.*)

23 Los guardas y los guerreros masai cayeron sobre los kuria casi al mismo tiempo y los derrotaron de un modo aplastante: un masai herido, dos kuria muertos y todas las vacas recuperadas excepto seis.

## Hielo

¡Qué felicidad! ¡Euforia! Lisa y yo estamos escalando una montaña de África para llegar a un poblado agrícola, llevamos una guitarra y un magnetófono y luego pasamos la velada junto al fuego, apretados como sardinas en lata con todos los habitantes del poblado mientras les enseñamos canciones de Paul Robeson.<sup>24</sup> ¡Éxtasis! Colonia de verano socialista / coros y danzas de Europa del Este / liberad a los Rosenberg<sup>25</sup> / oración de Pascua en favor de la independencia de Palestina / no comáis lechuga iceberg, no os depiléis las piernas ni las axilas. ¡¡El paraíso!! Sentados, contemplando el resplandor de los rostros emocionados, niños durmiendo en el regazo de sus padres, personas cogidas de las manos, apoyadas unas en otras, aprendiendo a cantar «Go Down Moses», «Blowin' in the Wind». «No tengo camisa que ponerme, no tengo ni un penique en el bolsillo, te pasas ciento cincuenta kilómetros oyendo sonar el silbato». De hecho, ninguno de los presentes sabe lo que es un penique, ni un kilómetro, pero a quién le importa, yo no entiendo las canciones tribales de los kipsigi que ellos nos enseñan a nosotros, da igual, todo el mundo continúa balanceándose y dando palmadas en la parte que dice: «No pienso estudiar la guerra nunca más». No puedo soportar tanta felicidad, untadme inmediatamente con agar-agar y exhibidme en la vitrina reservada al liberal exaltado.

Vamos de visita al pueblo natal de Richard y Samwelly. «Pueblo» no es precisamente el término más adecuado para definir aquel lugar. Atravesamos en coche el territorio masai, llanuras vacías y, finalmente, al cabo de un centenar de kilómetros, comienzan las colinas, comienzan las granjas, el territorio tribal kipsigi, hasta que, por fin, aparecen las suaves e interminables ondulaciones de las montañas y los cultivos que ocupan hasta el último centímetro de tierra disponible. Es difícil decir qué es lo que constituye un

pueblo. En cada valle hay un establecimiento comercial, una fuente, una tienda con azúcar, leche y harina, una escuela, un dispensario que sólo abre una vez por semana. Y luego, por toda la montaña, una choza con techo de barro por cada dos hectáreas y media de maíz. No sé si, cuando dicen «mi pueblo», se refieren a sus casas, a las casas de sus familiares más próximos o a todos los habitantes de la montaña. Todo el mundo estaba emparentado por medio de vínculos complejos y casi incestuosos, un tonto del pueblo en cada montaña, un maltratador de esposas, un joven reformista y emprendedor que construye su primera casa con techo de hojalata, un viejo hechicero, todos los demás habitantes rodeados por todas partes de maíz y gallinas y perros callejeros y vacas que se pasean por las chozas como Pedro por su casa y asnos que ascienden montaña arriba cargados de agua, infinidad de chiquillos y saludos de bienvenida calurosos y emocionados. Tardamos horas en llegar a la cima de la montaña. Dejamos atrás el último camino de grava, situado a cinco kilómetros de distancia, y entramos en el pueblo dando tumbos por el sendero de las vacas. La gente sale en tropel; es la primera vez que un coche llega tan arriba, y, desde luego, nunca se ha visto uno cargado de blancos decididos a cantar cánones y viejas canciones sindicalistas. Gritos, vítores, gente corriendo junto al vehículo, niños con los pantalones cortos de la escuela que han salido en masa a quitar las piedras del camino. Subimos la montaña con mucha dificultad y atravesamos los viejos maizales con un vehículo con tracción a las cuatro ruedas. Al final, nos damos por vencidos y empezamos a ascender a pie con una caravana de personas dispuestas a llevarnos los sacos de dormir, la guitarra, la caja de sorpresas. Una hilera de emocionados excursionistas que se alejan reptando montaña arriba tras pasar por delante de parientes lejanos que nos invitan a voz en grito a tomar el té, mientras Richard y Samwelly encabezan orgullosos la procesión; hijos pródigos que regresan en compañía de sus amigos de piel clara. La gente empieza a cantar en las laderas, las vacas se acercan a acariciarte con el hocico. ¡El paraíso!

La cima. Maíz, árboles, vistas panorámicas del mundo y sombra bajo la casa de Richard. Lisa y yo tratamos de abrazarnos a hurtadillas —«Esto es tan maravilloso que resulta insoportable»— y los niños nos pillan, riendo, y vienen a abrazarnos también. La gente te da flores, le estrechas la mano a los padres, las hermanas y las esposas de los hermanos y a personas que están de paso. No te has sentado siquiera y ya te están trayendo toneladas y toneladas

de maíz tostado para que comas. Poco después, traen a los niños enfermos, se reparten vitaminas, antibióticos y pomadas y se chasquea la lengua de forma adecuada, y se alecciona a la gente convenientemente sobre la necesidad de limpiarles los ojos a los chiquillos y asegurarse de que tomen leche cada día. Se reparten globos. Los críos salen corriendo despavoridos y tenemos que enseñarles a hacerlos botar y golpearlos sin pasarse de rosca. Hay una serie de reglas universales basadas en la observación de los niños kipsigi, los masai y los de Brooklyn: cuando aún no han transcurrido ni diez minutos de haber aprendido el principio que permite inflar un globo, todos los niños hincharán uno y, sin atarlo, se acercarán a su amigo y soltarán el aire junto a su trasero, para que parezca que se está tirando un pedo. Uno de los chiquillos descubre que se puede inflar un globo, dejar salir el aire cerca del magnetófono y ponerlo en marcha: ha vuelto a inventar la gaita. Atamos un globo al techo con hilo dental y todo el mundo se pone a jugar con él dándole golpes. Hay un niño que se ha quedado al margen, alicaído, después de que sus padres le hayan soltado una severa reprimenda: en homenaje a sus antepasados, el chico había hecho un agujero en el camino y, tras cubrirlo de ramas y hojas, había atrapado en el hoyo al hijo del vecino. Eso sí, no había puesto estacas envenenadas y todo había quedado reducido a una pequeña travesura y unos cuantos azotes en el culo:

—Eso se le hace a los elefantes, no a Kimutai, que es nuestro vecino.

Aún se sorbe la nariz, pero finalmente se decide a jugar.

Más cosas que hemos llevado a la montaña por primera vez, aparte de los globos y el hilo dental: arroz, sandía, gafas de sol, tiritas, pompas de jabón. Las posibilidades son infinitas. Por la tarde, Lisa está ayudando a uno de los jóvenes a estudiar para los exámenes del instituto. Geometría elemental, gramática inglesa, el mejor modo de saber si un campo ha de plantarse en línea recta o formando curvas. ¿Qué sabemos nosotros sobre eso? Mientras tanto, soy sometido a interrogatorio por un niño que quiere poner a prueba mis conocimientos de geografía. «¿Cuántos kilómetros en tu río, el Mississippi?». «¿Cuántas vacas en tu provincia, Minnesota?». «¿Cuántas toneladas métricas de maíz en tu región, Nueva Jersey?». Me mosqueo y pienso que lo único que quiere es enseñarme que él sabe mucho más que yo sobre Nueva Inglaterra y otros lugares por el estilo. Como venganza, y aprovechando que le he prometido enseñarle el vocabulario básico que debe aprender en inglés para

seguir progresando, empiezo a inculcarle el argot de los gánsters de los años veinte. Fieltro. Apiolar. Muñeca. Estribo. Fulana. Chirlata. Cabaretera. A Richard le hace gracia el asunto y le arenga solemnemente sobre la necesidad de aprender los términos y enseñárselos a los otros chicos de la montaña. Unas horas después, mientras describimos el modo en que anestesiamos a los babuinos ante una multitud interesada, el niño dice: «Ah, entonces, vosotros apioláis a los babuinos». Ya lo creo; le felicitamos.

Cae la tarde, es hora de hacer fotos. Montaña arriba y montaña abajo, las familias salen en tropel mientras hacemos las fotografías y les prometemos traerles copias la próxima vez que vayamos. Las fotos son una cosa tan novedosa que a los kenianos les entra el mismo canguelo que sentían los norteamericanos en 1920: no hay ninguna fotografía espontánea, los protagonistas no sonríen nunca y sólo posan con sus mejores galas. La gente se ha pasado toda la tarde cambiándose de ropa, todos los habitantes de este pueblo sumido en la pobreza han estado lavando, cosiendo y remendando. Retratos colectivos, manos que sujetan en alto a bebés adorados, vacas favoritas colocadas en el centro. Los que han ido a la escuela siempre insisten en que los fotografien con un libro abierto y el brazo en alto, soltándole una perorata a la montaña. Toda aquella multitud vibrante y multicolor rebotante de energía reducida a unos daguerrotipos profundamente austeros, rayanos en el patetismo.

Anochece. Montones de patatas y col; se ha enviado a un niño y a un burro a la tienda situada más abajo a buscar el mayor lujo del festín: refrescos para todos. Se ha sacrificado una cabra y, como invitados de honor, se nos han ofrecido antes que a nadie una serie de órganos inquietantes e imposibles de identificar. Lisa, que, al llegar a Kenia, era una vegetariana tan recalcitrante como lo había sido yo mismo unos años antes, y había reconocido que llegaría el momento en que tendría que elegir entre la ética de no comer carne y la ética de comportarse como una buena invitada en un lugar como aquél, se lanzó sobre sus vísceras de cabra con entusiasmo y actitud laudatoria. Satisfacción, intimidad, todo el mundo feliz e inclinado hacia delante, dándose un atracón. Nos ponemos a cantar, enseñando las canciones. Julius, un adolescente angelical a quien Lisa había estado haciendo preguntas sobre geometría, lleva la voz cantante a la hora de enseñarnos cánticos, con una voz delicada y casi susurrante, con la cara crispada a causa de la concentración.

Tres hombres con aspecto de gallitos, casi de matones, primos lejanos, se han sentado en silencio al fondo de la habitación, sin participar en ningún momento. De repente, se ponen a discutir entre ellos en voz baja y durante largo tiempo en un tono serio y de considerable intensidad antes de anunciar, por medio de Richard, que tienen una canción, una canción especial que les gustaría cantar. La tonada resulta ser «Tres ratones ciegos», una melodía del estilo de «Frère Jacques» cantada con un fervor casi religioso en increíbles falsetes. Más canciones; nos enseñan himnos religiosos sobre Babilonia y Sión y enfrentarse al señor. Se me ocurre pensar que si eres uno de esos misioneros que, en vez de intentar curar la oncocercosis<sup>26</sup> o construir escuelas con sus propias manos o divulgar la teología de la liberación para combatir a los escuadrones de la muerte de adscripción derechista, se limita a sentarse con un grupo de personas felices a cantar canciones, disfrutas de una vida bastante cómoda y agradable.

Finalmente, los cánticos se interrumpen, ha llegado el momento culminante de la noche. Odio los trucos de magia, siempre los he odiado, soy incapaz de entender lo que pasa, me saca de quicio todo el proceso. Pero tengo que admitirlo, voy a hacer un truco de magia. El viejo ardid de «haga desaparecer un pañuelo dentro del puño mientras en realidad lo mete en un pulgar falso en el que nadie ha reparado». Hay gente que nunca ha visto una película, un programa de televisión o una revista, nunca han oído el sonido de una máquina, a excepción de un coche, una radio o el de alguna turbina moliendo maíz en el almacén del pueblo. Sencillamente, se han quedado estupefactos. A la luz de la lámpara de queroseno, me metí el pañuelo en la mano, mientras una serie de rostros hipnotizados me observaban atentamente. Levanté el puño apretado, soplé dentro varias veces y al abrir la mano... estaba vacía. Gritos ahogados. Una y otra vez, la gente se asusta y retrocede ante mí. Siento el impulso irresistible de empezar a sobreactuar y a efectuar vulgares florituras y gestos exagerados y carnavalescos de pésimo gusto. Me pongo a gemir y a temblar mientras hago desaparecer el pañuelo, emito sonidos guturales parecidos a gárgaras, finjo que aquella mano no es la mía y hago unas muecas estúpidas y horribles. La gente comienza a abrazarse con fuerza, un hijo primogénito se esconde debajo de la mesa. En una ocasión, en vez de sacar el pañuelo del puño, que, como es lógico, está vacío, hago como si lo extrajera lenta y trabajosamente de la oreja de Richard (que conoce el truco). Él se

agarra la oreja y grita «vacía, vacía», lo que provoca aún más pánico. La vez siguiente, me entra el tembleque, señalo a todos los asistentes hasta que me decido por la chica que se había pasado toda la noche hablándonos con descaro. Se echa a temblar, se encoge de miedo, pero es inútil, me acerco a ella y, sin parar de gemir y aullar, le saco el pañuelo de la oreja. La chica cae al suelo, agarrándose la cabeza. Los asistentes me ruegan angustiados que lo repita.

Por último, le llega el turno al hielo. Hemos traído del campamento un recipiente de poliestireno lleno de hielo seco. Me siento como uno de los enigmáticos personajes de García Márquez o un obseso de Paul Theroux: hemos traído hielo a la montaña. Después de acarrear el recipiente cerrado herméticamente hasta la cima y echar a los chiquillos curiosos de allí, había llegado el momento de mostrar su contenido. Pongo un trozo de hielo encima de la mesa. Todo el mundo mira el humo y conviene en que está «caliente». Todo el mundo acerca las manos. «Caliente... ¿frío?». Confusión, nerviosismo. El pedazo circula por toda la sala, la gente lo retiene con satisfacción durante un segundo antes de empezar a sentir dolor y luego lo tira, asustada. «No mates a mi hermano», grita el hijo mayor de Samwelly cuando llega a manos del más pequeño. Perplejidad, la gente estira el cuello para ver qué sucede a continuación. Lleno un vaso de agua. Lo muestro a todos los presentes y derramo la mitad en el suelo. «Agua». Es evidente. Lo meto en el hielo seco, hago que todos cuenten hasta cien, a continuación saco el vaso y, al darle la vuelta, el agua no cae. Más gritos, los niños salen huyendo de la habitación. El vaso pasa de mano en mano.

—Se ha convertido en piedra.

—Es una piedra fría.

—Es hielo —declara Julius, el estudiante.

—¿Qué es el hielo?

—No lo sé —confiesa él.

Entonces viene el golpe de gracia. He traído un puñado de hielo seco a escondidas. Cojo un vaso de agua. Todo el mundo se inclina hacia delante. Empiezo a experimentar de nuevo unos terribles temblores espasmódicos y hablo atropelladamente en lenguas desconocidas. Echo dentro el puñado de hielo seco. Un humo burbujeante se derrama por toda la mesa, el milagro del hielo seco que al mezclarse con el agua hace pararse en seco a los científicos

más experimentados y pasar unos minutos jugando como niños (aunque esperaba que nadie me hiciera la espinosa pregunta que Julius acababa de plantear, ya que no tenía ni la más remota idea de qué era el hielo seco en realidad o qué era lo que producía el humo).

—Es sopa —grita el hijo de Samwelly.

Hay otros que no están tan seguros y han empezado a retroceder de nuevo. Entonces me hurgo en la parte superior de la manga: que Dios me ayude, he caído tan bajo como para esconder algo allí. Se trata de una serpiente de plástico de unos treinta centímetros de largo. Introduzco la mano en el vaso burbujeante, ladeo la cabeza como si fuera autista, pongo los ojos en blanco, babeo un poco y, entre convulsiones, consigo sacar una serpiente del humo hirviente, resisto su avance como si me fuera la vida en ello, grito, le muerdo la cabeza y salgo corriendo de la casa llevándola en la boca, entre chillidos que me causan una profunda satisfacción.

Aunque parezca increíble, el hielo seco incluso nos procuró momentos de mayor diversión en otras ocasiones. Como el caso de los polos. Es la mayor claudicación que he hecho ante mi estúpido ascetismo de arroz con judías y caballa. Por la mañana temprano, las nubes se disipan y Lisa, Richard y yo intercambiamos opiniones.

—Parece que hoy va a hacer calor.

—Ya lo creo.

—Calor suficiente para tomarse un polo.

—Puede ser.

Hacemos unos cálculos rápidos, comprobamos que hay suficiente hielo seco hasta el siguiente envío para despilfarrarlo en los helados. Siiií. Anestesiarnos a los babuinos, entramos en el campamento a toda pastilla y lo primero que hacemos es correr como idiotas con la lengua fuera:

—Polos, polos.

Llenamos unos vasos con agua, la mezclamos con naranjada de bote y los depositamos con sumo cuidado en pequeños huecos que hacemos en el hielo. Y esperamos. Los destapamos.

—¿Están ya?

—Casi.

—Falta poco.

—Polos.

—Siiiií.

Por fin, a eso de media tarde, cuando hace un calor infernal y la sombra escasea, los helados están listos. Cada uno coge un vaso y una cuchara y empieza a arañar el sólido mazacote de hielo aromatizado. Dios mío, Dios mío, Dios mío, está tan bueno que te entran ganas de gritar y no acabar jamás. Nos pasamos horas raspando y mordisqueando, entre muestras de sangre y centrifugadores que no paran de dar vueltas.

Hicimos algunos experimentos; Richard llevaba la iniciativa.

—Si podemos hacer polos de naranjada en polvo, ¿por qué no de refresco?  
—se preguntaba.

Lo probamos y estaban estupendos.

—Si funciona con los refrescos, ¿por qué no con el cacao?

Hicimos cacao y lo pusimos a enfriar. Estaba tan bueno que nos abrazamos de alegría.

—Si funciona con el cacao, ¿por qué no con el té?

Según Richard, no estaba mal, pero a los demás no nos entusiasmaba demasiado. Al día siguiente, Richard propuso que congeláramos cebollas, col y estofado de cabra: estaba a un paso de reinventar la típica bandeja americana de comida precocinada. Lisa le convenció de que sólo conseguiría llevarse una desilusión.

Polos. Soñamos con ellos, en cuanto nos los comemos, pensamos en hacer más, pasamos media noche esperando que llegue el día siguiente. Pero hay quien no se muestra tan entusiasmado.

—Eh, está demasiado frío —dice Samwelly, que ha venido a vernos desde el campamento turístico durante el tiempo libre y deja que sus polos se derritan hasta convertirse de nuevo en un líquido tibio.

—¿Estás loco?! —le gritamos—. Si quieres una bebida caliente, te la haremos, pero la próxima vez no malgastes los polos, dámoslos a nosotros.

Soirowa pensó que todo aquello era muy raro y prefirió mantenerse al margen. O eso creíamos nosotros hasta el día en que irrumpimos en el campamento antes de tiempo y lo encontramos cavando en su vasito de helado de sangre de vaca. Un enorme cubito que él describió con una expresión que

podría traducirse algo así como «para chuparse los dedos».

---

24 Célebre cantante, actor y activista negro norteamericano, famoso por su voz de barítono y sus interpretaciones de espirituales negros. (*N. de la T.*)

25 El asunto Rosenberg fue un caso judicial acaecido en Estados Unidos cuyos protagonistas, el matrimonio formado por Julius y Ethel Rosenberg, fueron acusados de espionaje y condenados a muerte en 1953 por haber facilitado supuestamente a la Unión Soviética fórmulas importantes para la producción de la bomba atómica. (*N. de la T.*)

26 Enfermedad parasitaria causada por nematodos, que se manifiesta en forma de tumores cutáneos y trastornos usuales graves, incluso ceguera. (*N. de la T.*)

## Joseph

Lisa se había propuesto iniciar a Richard en el teatro musical. Tenía un casete y un vídeo de *Los miserables* y estaba ayudándole a entender la letra y el argumento. Richard comprendía perfectamente que aquella gente se tratara de un modo tan brutal, pero los nervios y la preocupación le obligaron a levantarse de un salto cuando se enteró de que el hombre blanco llamado Javert había revelado su identidad. Le parecía cómico que un policía — normalmente un sujeto malvado y corrupto por aquellos lares— también cantara. En resumidas cuentas, estaba como hipnotizado mientras Lisa le preparaba para la siguiente canción. Era fácil imaginárselo interesándose a continuación por la ópera, puede que incluso por *Aida*, con elefantes y todo.

Fue más o menos al llegar al fragmento que habría causado más problemas de comprensión a los habitantes de la zona —el levantamiento de los oprimidos contra la injusticia en las barricadas— cuando nos enteramos en el campamento de que Joseph se había vuelto loco. Joseph, un masai que trabajaba como guarda de seguridad en el hotel, el mismo que frustraba cualquier ataque organizado por sus paisanos, el que protegía a los sonámbulos de los elefantes, el hombre silencioso e inofensivo que llevaba años trabajando sin descanso cerca de allí sin haber provocado el más mínimo incidente, ¡aquel mismo Joseph, se había vuelto loco!

El primero en traer la noticia fue Charles, el empleado de la lavandería del hotel, de la misma tribu que Richard y Samwelly. Llegó muy agitado, armando alboroto, y nos informó de que existían pruebas innegables de que Joseph no estaba en sus cabales. Aquel mismo día había dejado su empleo, lo que evidentemente era una acción propia de un demente. O, al menos, había sido el propio Joseph quien les había comunicado aquella resolución tan precipitada mientras metía sus escasas pertenencias en un hatillo. Y, después de decirles

que había decidido suicidarse por motivos desconocidos, se había marchado.

Poco después, Soirowa irrumpió en el campamento muy preocupado. Estaba unido a Joseph por un vínculo familiar que nunca logramos aclarar del todo a pesar de las veces que había tratado de explicárnoslo. Efectivamente, Joseph se había vuelto loco y en aquel momento se paseaba arriba y abajo por las inmediaciones del río, gritando y anunciando de pueblo en pueblo que pensaba suicidarse.

—Pero ¿por qué? —preguntamos.

—Porque está loco —dijo Soirowa, mientras se alejaba con un gesto de inquietud.

Los niños masai no tardaron en aparecer, asustados. Al parecer, ellos sí habían visto a Joseph, el callado y pacífico Joseph, haciendo eses a través de las llanuras que se extendían entre las aldeas. «¡Nos veremos en el cielo!», había gritado a los niños, que se estremecían al contárnoslo. Estábamos tan sobrecogidos que, mientras nos apretujábamos los unos contra los otros formando una piña, dimos globos a los niños e hicimos zumo de fruta en polvo para consolarlos.

Ya entrada la tarde, se congregó una muchedumbre en los alrededores con la intención de chismorrear y especular en voz baja. «¿Realmente pensaba suicidarse?». «Claro, porque estaba loco». «Pero ¿cómo sabíamos que estaba loco?». «Porque había dejado su empleo». «Pero ¿a qué se debía todo aquello?». La gente tenía todo tipo de teorías al respecto.

—Verás, resulta que Joseph tiene una úlcera que le duele mucho y puede que quiera suicidarse porque no puede soportarlo. —Quien hablaba era Richard, que también tenía una úlcera.

—Pero bebe tanto que no notará el dolor —replicó sagazmente Simón, el camarero.

—Pero, cuando bebes, la úlcera te duele más —contestó Richard.

—Pero con la bebida no lo notas tanto —respondió Simón.

Estuvimos dándole vueltas a aquel problema insoluble hasta que Charles sugirió que quizá Richard se hubiera vuelto loco por beber demasiado.

Soirowa creía que aquello era producto de una conspiración de mayor calado.

—En la ceremonia que celebramos en el poblado, el hechicero le dijo a

Joseph que un solo hombre no podía beberse toda la cerveza que llevaba en la calabaza y que debía darle el resto a él. Y como Joseph se negó, el hechicero le echó una maldición.

—¿Por una cerveza?

—Pero si ese hechicero le pide cerveza a todo el mundo y nadie le hace caso.

—Pero como Joseph dijo que el hechicero no le daba miedo, el hechicero no le puede echar ninguna maldición.

—Claro que puede. Ya lo creo que puede. Si el hechicero quiere, puede convertirte en una hiena y hacer que se te caiga el pene —terció Charles, el camarero. Nadie sabía qué era peor.

—Ese hechicero no tiene tanto poder, sólo es un viejo borracho.

Y siguieron dale que te pego. Todos estábamos contentos y animados y nos daba miedo especular sobre la posibilidad de que Joseph se presentara aquella noche convertido en una hiena y nos matara.

Los rumores aumentaron al día siguiente. Rhoda vino corriendo a decirnos que Joseph seguía pensando en suicidarse. Soirowa nos informó de que estaba tratando de conseguir dinero para comprar un veneno procedente de una extraña planta. Era tan raro que alguien pidiera dinero prestado para devolverlo después de muerto, que la historia resultaba inverosímil. La gente vio a los guardas forestales patrullar con armas y pensó que Joseph estaba tan loco y se había vuelto tan peligroso que había sido necesario llegar a aquel extremo. Luego se dieron cuenta de que sólo habían salido a buscar cazadores furtivos. Vieron al jefe de los guardabosques conducir por los alrededores y pensaron que, como era la máxima autoridad competente, le habían llamado para averiguar el paradero del enloquecido Joseph, hasta que comprendieron que lo único que quería era almorzar gratis en el hotel. Todos dijeron haber visto a Joseph, pero siempre en sitios distintos, hablando muchas lenguas diferentes y haciendo misteriosos gestos de significado desconocido.

Al día siguiente, llegaron rumores de todas partes en los que se decía algo asombroso: no se sabe cómo, pero Joseph se había convertido en «un hombre blanco». Los testigos sostenían que «de algún modo, había logrado volverse blanco», y que «por algún motivo la piel se le había puesto áspera». Sometimos a todo el mundo a un severo interrogatorio y les obligamos a llegar a la conclusión lógica de que había estado revolcándose en la arena blancuzca

que cubría algunos tramos de las márgenes del río. A pesar de todo, siguieron proclamando que había encontrado el modo de convertirse en un hombre blanco. Aquel día, los niños no pudieron salir del poblado, y lo mismo les sucedió a las vacas.

Encontramos la respuesta al enigma al día siguiente. Joseph había salido de la maleza, a la vista de todo el mundo, incomprensiblemente negro, había comprado un billete de vuelta a su pueblo natal y se había despedido de todos sin decirles que los vería en el cielo. «Pero Joseph, ¿cómo estás?», preguntaba todo el mundo. «Estoy bien». Y todos llegaron a la conclusión de que ya no estaba loco.

Preguntamos al director del hotel y nos dijo que, como cada año, Joseph había solicitado un periodo de permiso y que pensaba dedicar unos días a visitar a la gente del poblado antes de irse a casa.

Aparte, quizá, de los niños del pueblo, que por la noche aún se estremecían de vez en cuando al recordar sus advertencias sobre el más allá, el caso no tardó en olvidarse.

Aquella fue la temporada en que Lisa, que estaba a punto de doctorarse en psicología clínica, y yo dedicamos nuestro tiempo libre a visitar todos y cada uno de los hospitales psiquiátricos de Kenia. Y fuimos haciendo la misma pregunta a todos los empleados que se nos ponían por delante: «¿Cómo sabe la gente de aquí que alguien padece una enfermedad mental?». Podía haber masai esquizofrénicos, pertenecientes a una cultura formada por personas que apenas emplearan la comunicación oral y pasaran la mayor parte del tiempo a solas con las vacas, o un esquizofrénico procedente de una de las tribus de la costa, de un entorno urbano extremadamente complejo y habituado al lenguaje verbal. ¿Qué síntoma acabaría instando a una familia masai a poner el problema de su hijo en conocimiento de las autoridades y cuál sería ese mismo síntoma en el caso de la gente de la costa? ¿Qué delirios de grandeza sufre alguien que se dedica a conducir camellos a través del desierto? ¿Afirma tener el doble de camellos de los que tiene en realidad? ¿Qué voces oye la gente? ¿Qué es lo que vuelve paranoicos a los habitantes de la zona?

Y todos los empleados nos respondían de la misma forma que Rhoda me había contestado a mí muchos años atrás, a raíz del incidente con la enferma psicótica que llevaba la cabra en la boca. «Sencillamente, actúan como

locos», fue lo único que nos dijeron. La gente sabe cuando alguien se comporta como un demente. Hay expertos que dedican toda su vida profesional a estudiar las diferentes sintomatologías asociadas a la cultura, pero no hubo nadie que nos proporcionara un solo dato relacionado con el tema ni que mostrara interés alguno por las preguntas que le hacíamos.

Los pacientes ya eran bastante interesantes de por sí. No había ancianos depresivos, que son precisamente los que abarrotan los pabellones psiquiátricos de los hospitales de Estados Unidos: todo el mundo espera ilusionado la llegada de la vejez, momento en que se alcanza la cima del respeto y del poder. ¿Por qué deprimirse entonces? Había una gran cantidad de jóvenes depresivos que parecían evolucionar favorablemente: «Excepto cuando el hospital ya no puede adquirir antidepressivos y se multiplican los suicidios», según nos dijo el médico que nos acompañó durante la visita. Desolador. Ningún sociópata adolescente con ojos de víbora aficionado a matar viejecitas sin sentir remordimiento alguno. Todos acaban en la cárcel en una sociedad en la que no es habitual la presencia de los psiquiatras en los tribunales de justicia. Muchos epilépticos; una enfermedad que en Estados Unidos no se cataloga como trastorno mental desde hace muchísimo tiempo. Numerosos esquizofrénicos paranoides.

Lo más sorprendente era la falta de violencia. Los empleados pensaron que estábamos exagerando cuando les explicamos que uno de los principales problemas de los hospitales psiquiátricos norteamericanos eran los ataques entre los propios pacientes y los que éstos propinaban al personal del centro. Allí no ocurría nada parecido. Las puertas del hospital no estaban cerradas con llave. Nadie trataba de huir, lo cual nos pareció lógico tras la primera visita: todo el mundo disponía de una cama propia y de tres comidas diarias, un lujo desconocido para la mayoría de los kenianos residentes en las zonas rurales del país. ¿Por qué huir, por qué luchar? En el jardín, había pacientes de ambos sexos, con la cabeza afeitada, que se dedicaban a holgazanear, dormir, parlotear y gesticular. Algunos perseguían a las gallinas y otros eran perseguidos por ellas. Uno de ellos, un anciano encorvado de ojos brillantes, se acercó a Lisa cojeando con impaciencia, como una tortuga que guardara un agradable secreto, y le cogió la mano con fuerza. «Por fin ha venido mamá, por fin ha venido mamá», farfullaba una y otra vez.

## En el país de los ciegos el tuerto es rey: el caso de la máquina prodigiosa en una tierra donde la tecnología aún es novedad

**D**eambulo por la ciudad de Mombasa. Un lugar fascinante. Un antiguo puerto junto al océano Índico, musulmanes swahili de raza negra. Minaretes, zocos, ulemas, carretas tiradas por burros, dhows fabricados con cañas. Hombres esbeltos y angulosos vestidos con túnicas blancas vendiendo una limonada agria como el veneno para mitigar el calor y la humedad asfixiantes, el aire espeso y concentrado del océano. Un estrecho y tortuoso laberinto de callejuelas atestadas de casas de varias plantas con varios siglos de antigüedad, provistas de paredes de estuco de medio metro de anchura y puertas de madera tallada de una complejidad fuera de toda lógica.

Una de las grandes encrucijadas del mundo. Árabes, indios, ghaneses, portugueses, swahili, africanos del interior; niños bien alimentados de todos los tonos y colores, producto de la procreación y el aire lánguido y relajado de los matrimonios mixtos.

Y lo mejor es que, a diferencia de la gente de tierra adentro, todo el mundo es respetable y feliz. En el interior, las ciudades son lugares artificiales que empezaron siendo estaciones del ferrocarril colonial medio siglo antes. Sus habitantes han abandonado las granjas y se avergüenzan de su pasado; la mitad de la población vive atrapada en los barrios de chabolas de las afueras de la ciudad sin poder trabajar en la economía de los cultivos comerciales y se avergüenza de su presente. Nadie sabe quién es y trata de convertirse en algo distinto, y uno acaba viéndose afectado por las innumerables tensiones generadas por una situación así: los hombres te piden que les regales el reloj y

que les vendas los téjanos y luego se dirigen a ti en un inglés plagado de palabrotas, vestidos con camisetas Kung Fu de Bruce Lee, y fingen tener mucha sangre fría sin saber por qué. En cambio, en Mombasa, todo el mundo parece saber quién es y nadie se avergüenza ni trata de cambiar. No es una ciudad artificial: tiene varios siglos de historia. No existe ningún tipo de marginación ni de segregación urbana; las familias llevan siglos viviendo en sus casas. Aparte de un elemento adicional que conozco bien gracias a mi condición de neoyorquino: la indiferencia casi rayana en la arrogancia, la superioridad y la independencia de los habitantes de un puerto. Los portugueses y su dominación se fueron tal como llegaron. Lo mismo que los árabes de Omán y el Imperio británico. Igual que quienesquiera que estén en el candelero esta semana ya que, después de ellos, seguirán existiendo los mismos dhows, minaretes y puertas talladas de siempre. Nadie va a ponerte en un altar únicamente porque tengas un reloj digital y, por una vez, puedes respirar tranquilo.

Por eso nos extrañó tanto que aquella mujer se dirigiera a nosotros en la calle. Pertenecía a una de las sectas más terroríficas y extrañas, y llevaba una túnica y un velo de color negro; era uno de esos seres que se deslizan en silencio, majestuosamente, manteniendo las distancias con respecto a nosotros, los infieles. Y resulta que se dignaba a hablarnos en un inglés deficiente:

—¿Americanos?

—Sí.

—Ahora vendréis a casa a tomar el té.

Nos condujo a través de las callejuelas, con una determinación que empezó a ponernos nerviosos a Lisa y a mí. La casa era antigua, oscura, sombría y apestaba a cabra asada y a oraciones susurradas cinco veces al día a lo largo de los siglos. Nos sentamos en una antesala llena de niños que nos observaban desde una distancia prudencial. La mujer se quitó el velo, dejando al descubierto los aros nasales, la henna y un rostro de aspecto severo. Se pasó todo el rato sirviéndonos tazas de un té tan azucarado que resultaba empalagoso, y comenzó a interrogarnos:

—¿Y cómo se encuentran vuestros padres ahora?

—Están muy bien y os mandan saludos.

—¿Pensáis tener hijos pronto?

—Si se da el caso, serán bienvenidos.

—¿Los traeréis aquí para que pueda conocerlos?

—Por supuesto.

No le interesaban nuestras respuestas ni sus preguntas; tenía otra cosa en mente y estaba tratando de reunir el valor necesario para plantearla. Era tan obvio que nos pusimos nerviosos. ¿Esperaba una señal para que los hombres togados irrumpieran en la habitación y nos hicieran pedazos? Parecía más que probable, ya que mientras nos tomábamos la cuarta taza de té, empezamos a oír unos cánticos árabes un tanto desafinados procedentes de la puerta de al lado.

La mujer había tomado una decisión.

—Ahora, acompañadme a la parte de atrás —nos dijo agarrándonos de las muñecas.

No protestamos; nos enfrentaríamos a nuestro destino con valentía.

La habitación contigua, de techo abovedado, estaba iluminada por una sola bombilla desnuda. Había una vieja mesa venerada por todos en la que se habían celebrado, sin duda, innumerables asambleas familiares sobre guerras, insurrecciones, nacimientos, muertes, esponsales, posibles herejías, contiendas, fiestas, infidelidades e intrigas de carácter económico. Y sobre la antigua mesa se encontraba aquel objeto, una especie de híbrido de heladera, robot de cocina, asador, rebanadora y picadora de ensalada y máquina de hacer salchichas. El hermano de la mujer, que estudiaba en Alemania, se lo había enviado hacía un año y desde entonces había permanecido sobre la mesa, intacto y honrado por todos. Nadie sabía cómo usarlo, ni siquiera para qué servía.

—Vosotros sois americanos, debéis de hablar alemán.

El aparato venía acompañado de un folleto repleto de minuciosas descripciones, diéresis y *achtung* relacionados con sus múltiples y afiladas cuchillas, y numerosos diagramas en los que se mostraban las entrañas eléctricas del artefacto. Un grupo de vecinas se había congregado como por arte de magia para ver si, por fin, podía hacerse algo con aquel objeto.

Procedimos a desenchufar la nevera de la única toma de corriente que había en la casa, pusimos en marcha aquella aberración y pasamos el resto de la tarde trabajando sin descanso para nada, rodeados de niños cada vez más expresivos y soperas llenas del inevitable té azucarado, sin saber una palabra de alemán, electricidad o fabricación de salchichas. Resultó que la mujer

tampoco sabía mucho sobre el tema ni estaba especialmente interesada en hacer helados suaves y cremosos, freír bien el pollo por todos lados, conseguir que la ensalada cayera directamente en el bol o hacer picadillo de patatas. En un momento dado, conseguimos hacer girar las cuchillas con un zumbido amenazador para deleite de los presentes, nos vimos obligados a echar dentro un trozo de carne de forma anodina, que fue convertido en papilla y esparcido por toda la habitación porque nos habíamos olvidado de poner algún tipo de cazuela en el lugar adecuado para poder recogerla, incidente que sirvió para afianzar el estatus de la mujer en el vecindario. Todo el mundo estaba impresionado y, como muestra de gratitud, la mujer nos estrechó las manos cubiertas de carne con contenida satisfacción. Luego volvimos a las tortuosas callejuelas de la antigua ciudad, tratando de orientarnos en el crepúsculo, sobre escombros vertidos hacía quinientos años.

## ¿Quién hizo qué?

La temporada acabó siendo dura para Raquel. Primero, Noemí, su madre, el animal más viejo de la manada, había desaparecido, sin duda aniquilada por un depredador. Luego, Isaac, el amigo de Raquel, empezó a pasar mucho tiempo en la manada vecina, evidentemente estudiando la posibilidad de un traslado. Justo después de que yo hubiera estado ensalzando ante Lisa su extraña sensibilidad, inusual en un macho.

—Y precisamente cuando Raquel lo necesitaba más —decía Lisa echando chispas—, le da por largarse a inspeccionar a las jovencitas de la manada de al lado...

—Verás, cariño, es bueno que actúen como babuinos —le defendí yo, sin mucha convicción. En última instancia, el animal decidió no marcharse y regresar a la manada, pero el incidente le hizo quedar como un cretino.

Así que allí estábamos, hablando del decepcionante comportamiento de Isaac, sentados en el campamento al amanecer, tomando té antes de salir a buscar a los babuinos. Richard acababa de reunirse con nosotros tras recorrer tranquilamente el kilómetro y medio que había desde su lugar de trabajo. «¿Cómo estáis?». «¿Qué tal habéis pasado la noche?». «Esta mañana no hace tanto frío, ¿cómo habéis dormido?». «Hemos dormido bien».

«¿Oísteis a los elefantes?». «¿Te apetece un té?». Lo de costumbre. Justo cuando estábamos a punto de acabarnos el té y marcharnos, va Richard y nos dice con brusquedad:

—Hay un pequeño problema.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

Río abajo, hay un *camping* donde los turistas pueden instalarse en pequeñas tiendas de campaña. Unos cuantos masai vigilan el lugar y un par de cocineros

preparan comidas colectivas para todo el mundo en un abrir y cerrar de ojos. Safaris baratos y más divertidos que una estancia en un hotel lujoso. El último grupo de turistas se había marchado hacía unos días y los guardas cuidaban de los pertrechos hasta que llegara el próximo grupo. Richard nos explica con toda tranquilidad que, durante la noche, una hiena había atacado la tienda del cocinero viejo, lo había sacado a rastras para comérselo y, después de enzarzarse con él en una encarnizada pelea y herirlo gravemente, los demás habían conseguido ahuyentar al animal.

Nos ponemos de pie de un salto, nerviosos e inquietos: «¿El anciano está bien?, tenemos que ir a por él, saldremos inmediatamente, vamos a coger el instrumental médico», etcétera. Richard, que es la viva imagen de la serenidad nos dice:

—No os preocupéis, ya viene de camino.

Corremos al puente que cruza el río y descubrimos que, efectivamente, el hombrecillo se dirige hacia el campamento con paso renqueante. Vamos a buscarlo a toda prisa. Tiene heridas por todo el cuerpo y desgarros en los brazos, el pecho y la frente.

—Oh, Dios mío, anciano, ¿se encuentra bien?

—Estoy bien. ¿Cómo han pasado la noche? ¿Han dormido bien? ¿Cómo están sus padres?

Nos quedamos extrañados al ver que nos obliga a cumplir con los diversos saludos de rigor antes de que podamos ocuparnos del asunto, mucho más urgente, de los terribles destrozos que le ha causado la hiena.

Lo llevamos al campamento y nos ponemos en marcha a toda prisa: sacamos todo el instrumental médico de la tienda para estar preparados para cualquier contratiempo. Queremos trasladarlo inmediatamente a las oficinas del parque para que el servicio médico aéreo lo evacue en el primer vuelo.

—No —dice él—, no es para tanto, estoy bien.

—¿Que no es para tanto? Pero si está hecho un desastre, sangra por todos lados, habrá que ponerle cientos de tiritas y tendremos que administrarle un poco de morfina.

Richard levanta la vista de su segunda taza de té y sugiere que le demos una aspirina.

—Sí, una aspirina me vendría bien —conviene el anciano.

Nos sentimos tan impotentes y tan desarmados ante aquella exhibición de entereza, que le damos un poco de té y una aspirina sin decir ni pío. Después de unos cuantos sorbos, el hombre añade:

—Ah, antes de que se me olvide, ¿podrías volver a ponerme el dedo en su sitio?

Tiene un trozo de tela rota en la que suponemos que lleva envuelto el dedo anular lesionado. Al quitarle el trapo, descubrimos que el dedo ha desaparecido.

—Esto... ¿dónde está el dedo, anciano?

Él se hurga en el bolsillo («Bueno —nos decimos Lisa y yo mutuamente—, agárrate fuerte») y saca el dedo. Dentro de una bolsa de plástico. Llena de sal. Se nota que es un buen cocinero de campamento, sabe cómo conservar la carne y seguro que a medianoche, después de haber ahuyentado a la hiena, se puso a rastrear la hierba con la linterna, encontró el dedo y lo metió en sal.

Le dimos la mala noticia al hombre.

—Lo sentimos, pero no sabemos reponer dedos.

El anciano lo encajó con valentía:

—Bueno, ¿puedo tomar más té? —Y volvió a guardarse la bolsa.

Mientras saboreaba la infusión y seguía manchándolo todo de sangre, insistimos en que nos dejara llevarlo a la oficina del parque para evacuarlo en avión. No hacía falta. Antes de recorrer los cinco kilómetros que lo separaban de nuestro campamento, había ido a otro *camping* y un amigo suyo que regresaba a Nairobi aquel mismo día había quedado en llevarlo en coche al hospital de la ciudad. Nos ofrecimos a trasladarlo a dicho *camping*, propuesta que aceptó, no sin antes pasar por su propio campamento: tenía que cambiarse de ropa y ponerse el traje de los domingos, el único apropiado para un viaje a la gran ciudad, y poder así pasarse las seis horas siguientes manchándolo de sangre en el coche y poniéndolo hecho un asco.

Durante el trayecto, nos enteramos de unos cuantos detalles adicionales. La hiena había atacado la tienda en la que dormía alrededor de medianoche y lo había arrastrado fuera, decidida a zampárselo. Él había luchado con el animal y los guardas masai habían acudido en su ayuda y lo habían atravesado con sus lanzas. Escuchamos la historia con creciente inquietud. Lo único que nos permite dormir tranquilos por la noche es la creencia totalmente subjetiva de

que, cuando uno entra en una tienda de campaña, deja de existir, al menos por lo que respecta a los animales. Nos pasamos la vida repitiéndonos que los animales no pueden saber adónde has ido, que no han llegado todavía a la fase cognitiva en la que, según Piaget, uno es capaz de entender el concepto de «interioridad», y que estamos a salvo. Y al anciano no se le ocurre otra cosa que hablarnos de una hiena que le ha atacado en su propia tienda. Angustia.

Llegamos a su *camping* y, mientras él se pone el traje de los domingos, inspeccionamos la tienda. Que nos deja pasmados. Hay sangre por todas partes; de hecho, el campamento está lleno, pero la tienda permanece intacta. No tiene un solo desgarrón. Empezamos a interrogarle, él adopta una actitud hosca y evasiva y finalmente se decide a responder. Por alguna razón inexplicable, después de llevar nada menos que diez años como cocinero de campamento, aprendiendo lo que hay que hacer y lo que no, la noche anterior había decidido dar una cabezadita en la tienda de los víveres, en medio de las salchichas. Una tienda que, por alguna razón igualmente inexplicable, carecía de suelo, por lo que una hiena curiosa no tenía más que deslizarse por debajo de las paredes y saquear la nevera.

Ajá, así que el hombre está durmiendo en la tienda de las provisiones, la hiena entra sin ser vista y empieza a comérselo hasta que los masai la atacan con sus lanzas. Volvemos a respirar tranquilos cuando nos restituyen la regla que dice que siempre se está a salvo dentro de una tienda cerrada y nos sorprende que el cocinero haya podido cometer tal desatino.

Por tanto, el anciano se encontraba en la tienda equivocada; hasta ahí, bien. Sin embargo, poco después surge una complicación. El hombre continúa vistiéndose bajo la mirada vigilante de los guardas masai, que permanecen de pie con sus lanzas, impasibles y silenciosos: los héroes de nuestra historia, dos individuos a los que no conocemos, procedentes de unos cuantos poblados más allá. Lejos de allí, apartado del grupo, se encuentra el otro cocinero del *camping*, un tipo más joven que, como el anciano del dedo cortado, pertenece a una tribu agrícola de una etnia distinta a los masai. Salta a la vista que está nervioso por algo. Nos quedamos charlando con los masai mientras Richard habla con él. Y la verdad sale a la luz: resulta que no habían sido los guardas masai los que habían salvado al anciano. Habían abandonado sus puestos, estaban de juerga en el pueblo, borrachos como cubas. El que había acudido en su ayuda era el segundo cocinero, quien, tras meterse de lleno en la

refriega, le había dado un golpe en la cabeza a la hiena con una piedra y había conseguido ahuyentarla. Y entonces los masai, temerosos de perder el empleo cuando corriera la voz de que se habían ausentado sin permiso, habían amenazado de muerte al segundo cocinero.

Fantástico. Y nos lo comunican de un modo que a los masai ya no puede caberles la menor duda de que estamos al tanto de todo. Para cubrirnos un poco las espaldas, pasamos un rato inclinándonos servilmente ante ellos y sus lanzas, alabando su valentía y heroicidad, su innegable carácter guerrero, etcétera. Parece que las aguas vuelven a su cauce: les hemos dejado claro que no pensamos delatarlos. El anciano se marcha en el vehículo que ha venido a buscarlo, tranquilizamos al segundo cocinero, los bravos guerreros regresan al pueblo para seguir emborrachándose y nosotros nos pasamos la mañana río arriba y río abajo contándole a todo el que quiera escucharnos lo santos que eran aquellos hombres por haber matado con sus lanzas a la hiena solitaria.

Así pues, el anciano se hallaba en la tienda equivocada y lo cierto es que los masai no estaban cumpliendo con su cometido, pero, aun así, todo parecía ir viento en popa. Luego, ya entrada la tarde, surgió una complicación. Al parecer, después de que el segundo cocinero golpeará en la cabeza a la hiena con la piedra, el animal había salido corriendo, había recorrido un kilómetro y medio hasta el poblado masai, había matado una cabra y había atacado a un hombre. Que esta vez sí la había atravesado con una lanza. Y, mira por dónde, ahora resulta que, en medio del pueblo, hay una hiena muerta con una sola herida de lanza en el cuerpo, rodeada de ojos expectantes y numerosas muestras de consternación. A última hora de la tarde, los héroes borrachos regresan al *camping* para volver a amenazar de muerte al pobre cocinero auxiliar hasta encontrar otra versión de los acontecimientos compatible con la inoportuna Prueba A, la hiena muerta. Así surgió la historia de que los valientes guerreros habían corrido a luchar con la hiena la noche anterior sin tiempo material para coger sus lanzas. Ahora resultaba que eran ellos los que habían golpeado a la hiena en la cabeza con la piedra.

Pasamos el resto del día explicando diligentemente aquella versión de la historia y expresando la inagotable admiración que sentíamos hacia aquellos dos ejemplos de fidelidad. Así pues, el anciano se encontraba en la tienda equivocada, los masai no estaban cumpliendo con su cometido y, aunque la primera versión del cuento que habían inventado para encubrir la verdad no

había funcionado, daba la impresión de que la segunda era todo un éxito y que todo marchaba a las mil maravillas.

Dos días después surgió una complicación. Un conocido nuestro, piloto de la sabana, acababa de aterrizar procedente de Nairobi y nos había traído el último número del periódico. Y allí, en la página tres, aparecía el anciano en el hospital de Nairobi, sonriendo y mostrando la mano destrozada y la bolsa de plástico, convertida ahora en un objeto famoso. Uno de los empleados del hospital se dio cuenta de que allí había una buena historia y, con la esperanza de sacar algún dinero, había llamado al diario, que envió a alguien a entrevistar al hombre. «Cocinero de *camping* vence a una hiena sin ayuda de nadie en una reserva natural». En aquella versión, el anciano estaba durmiendo en su tienda de campaña, la hiena se había colado en su interior, el otro cocinero y los guardas se habían esfumado y había sido el anciano el que había cogido la roca y le había soltado un buen coscorrón a la hiena. Sorprendentemente, en menos de una hora todo el mundo sabía lo del artículo del diario, incluso los masai, que no han visto un periódico en su vida.

Así pues, el anciano se hallaba en la tienda equivocada, no era cierto que los masai estuvieran cumpliendo con su deber, la primera versión revisada no había dado resultado y la explicación que acababa de publicarse contradecía todas las demás. Aquel día, una oleada de irritación recorrió el río de arriba abajo: todos habían procurado inventar una historia aceptable para cubrir las espaldas a los guardas y a aquel viejo tontorrón no se le había ocurrido otra cosa que saltar a la palestra y hacer quedar mal a todo el mundo. Y, como la noticia había aparecido en la prensa, lo más seguro era que la empresa turística se enterase y alguien pagara el pato.

La empresa habló al cabo de unos días. Y aunque parezca sorprendente, lo hizo a través del mismo periódico, que llegó a nuestras manos gracias al piloto de la sabana, que casualmente se encontraba de nuevo en la reserva. El diario informaba en un artículo complementario de que la empresa negaba terminantemente que el anciano trabajara para ellos y afirmaba no haber oído nunca hablar de él. Obviamente, se trataba de algún individuo que estaba de paso por la zona, se había emborrachado en el poblado masai y fue atacado por una hiena mientras iba por ahí haciendo eses. Y ahora decía ser empleado de la compañía con el único fin de endosarles las facturas del hospital. Otra alternativa, insinuaba la empresa de forma velada, era que él mismo se

hubiese cortado el dedo y afirmara ser empleado de la empresa para obligarles a pagarle una indemnización. Pero la compañía se negaba estoicamente a dejarse enredar en una estafa tan flagrante como aquélla. Y paradójicamente, como en realidad el anciano no trabajaba para ellos, podían despedirlo cuando quisieran. Resuelto el problema, el río volvió a la tranquilidad y fue como si ni el anciano ni la hiena hubieran existido nunca.

## Los últimos guerreros

Fue durante mi primer año en la sabana cuando tuve que pasar aquella famosa tarde de calor asfixiante en la choza de Rhoda y me vi obligado a interpretar el inútil papel de mediador en la lucha entre las huestes femeninas, que abogaban por las matrículas de los niños, y los ancianos, que defendían encarnizadamente su derecho a ir al poblado a gastarse hasta el último centavo en bebida. Al cabo de casi quince años, Lisa y yo tuvimos la oportunidad de participar en una ceremonia masai en la que quedó patente que el bando de Rhoda había ganado y las cosas estaban empezando a cambiar de verdad. Si a mi llegada, el colegio más próximo se encontraba a unos setenta y cinco kilómetros de distancia, en aquel momento los niños disponían ya de una escuela junto al río. Era el último día de clase de aquel curso y, para celebrarlo, Simón, el maestro, hizo caminar a sus alumnos un kilómetro y medio y los trajo de excursión al campamento para que viesen a Nick, el babuino al que habíamos anestesiado aquel día. Los niños (todos chicos a excepción de la hija del jefe) se apiñaron a nuestro alrededor, nos hicieron preguntas y se desternillaron de risa al ver el pene de Nick y sus evacuaciones intestinales. Los pequeños llevaban pantalones y jerséis escolares. Les enseñé a extraer sangre y Lisa les mostró el funcionamiento del centrifugador. Formularon numerosas preguntas: ¿Un babuino puede aparearse con un ser humano? ¿Tienen un lenguaje propio? ¿Se comen a sus muertos? Para finalizar, Simón pronunció un inspirado discurso en el que los felicitaba por lo mucho que habían trabajado y por haber terminado el curso escolar, y los instaba a continuar con aquellos difíciles estudios para que algún día pudiesen ganarse la vida observando a los babuinos. Eran encantadores, educados y atentos, y se mostraron muy agradecidos a la hora de irse; para ellos había sido un modo estupendo de celebrar el fin de curso y, aunque me alegré de haber podido

contribuir a ello, después me entró una depresión de caballo.

Aquella temporada, cuando Rhoda tumbó al beodo Serere y a raíz de aquel incidente, dio comienzo el gran debate educativo. Los hermanos mayores de aquellos niños se convirtieron en guerreros y yo asistí a la ceremonia de iniciación. Los muchachos masai pasan sus primeros doce años de vida vagando por los campos para cuidar de las vacas y las cabras, cazando pájaros y hurgando en los panales en busca de miel. Luego, tras unos años de preparación que no comprendo en absoluto, los chicos entran en una fase en la que pasan a ser guerreros aproximadamente durante unos diez años. Se trata de un periodo sumamente militarista y comunitario. Los guerreros viven juntos en dependencias separadas y siempre comen juntos. Sólo acceden a la edad adulta tras finalizar su etapa de servicio comunitario como guerreros: más o menos a la edad de veinticinco años, se casan con sus primeras esposas (que pueden tener catorce años), sientan la cabeza y se quejan de la ineptitud de los guerreros actuales.

Por tanto, en aquella ceremonia un clan guerrero se licenciaba para dar paso al siguiente. El poblado bebía y lo festejaba durante varios días. Los futuros guerreros, con plumas de ave en la cabeza, tocados que simbolizaban la larga melena identificativa que estaba a punto de crecerles, bailaban como si estuvieran en trance. Había unos coros de barítonos que no paraban de gritar y blandir sus lanzas, entre los que sobresalía algún que otro solista con voz de falsete que bailaba y cantaba, recordándome a los vocalistas melódicos de los años cincuenta, y un núcleo central formado por ancianos ataviados con pieles de animales y el pelo pintado de color ocre. Me di cuenta de que sentía una inquietud que no había experimentado desde que, a la edad de ocho años, fui solo a la sinagoga por primera vez para asistir a un oficio religioso con motivo del Año Nuevo judío y no sabía lo que pasaba. Los ancianos me dijeron que iba a tener el honor de abrir las cortinas cuando sacaran la Torá del arca, y no sabía en qué momento debía hacerlo ni a qué lado se encontraba la cuerda que abría la cortina ni si tendría que decir algo ni por qué no sabía nada de lo que estaba ocurriendo y, en el preciso instante en que iba a salir corriendo y a echarme a llorar, un anciano me cogió de la mano y me acompañó hasta el arca y me ayudó a retirar la cortina, y todos los ancianos me estrecharon la mano con solemnidad y me puse tan contento que me entraron mareos. Y en aquel momento, sentí la misma inquietud al no saber lo

que pasaba ni qué esperaban que hiciera o dijera, si es que esperaban algo, ni qué hacía yo allí con aquellos masai. Y, cuando ya estaba a punto de marcharme, un anciano, puede que incluso el mismo que estaba en la sinagoga unos años antes, me agarró de la muñeca y me arrastró a uno de los círculos, dejando patente que, hiciera lo que hiciera durante el baile, resultaría divertido, absurdo y sería elogiado y bien acogido por los asistentes. Bailamos el resto del día y me sentí como un masai durante las semanas siguientes, y siempre tuve la sensación de que los guerreros de aquella generación eran mis camaradas.

Desde entonces no ha vuelto a celebrarse una ceremonia como aquélla. El territorio masai está en crisis. El gobierno ha declarado fuera de la ley a los guerreros.

No me interpreten mal. No voy a empezar a ensalzar el estancamiento cultural y la necesidad de mantener museos vivientes. Si esa moda se impusiera, por lógica, yo tendría que irme a Polonia a vivir en un *shtetl*,<sup>27</sup> dedicarme a arreglar zapatos y contraer un matrimonio concertado con una mujer elegida por su habilidad para realizar sacrificios rituales de pollos. No, gracias.

Y diré más, en el fondo no lamento la desaparición de los guerreros, porque son un auténtico latazo. Durante mis primeros años en África, viví en aquella lejana montaña de la que ya he hablado, y los masai venían a verme de vez en cuando desde la llanura. Caray, aquel primer año estuvieron geniales. Lo que más deseaba en el mundo era ser un masai, beber sangre y leche, saber decir «vaca» de cien maneras diferentes y querer tanto a las vacas como para necesitar todos esos términos y sentirme orgulloso, incólume y no occidentalizado. Soirowa me regaló mi primera lanza y practicaba con ella hasta que me sangraban las manos. Solía atravesar un viejo neumático que había junto a mi tienda de campaña. Luego le pedía a alguien que lo hiciera rodar de un lado a otro del campo y procuraba ensartarlo cuando pasaba por delante a toda velocidad. A continuación, tuve que hacer lo mismo mientras trataban de atropellarme con el neumático y luego mientras trataban de atropellarme con el neumático vuelto de espaldas: era el ataque por sorpresa. Estaba seguro de que, a medida que pasaban los días, iba volviéndome más flaco, alto, negro y anguloso.

Sin embargo, desde que me había ido a vivir a las llanuras, muy cerca de

los poblados masai situados a lo largo de la frontera del parque, mis sentimientos hacia ellos se habían vuelto más ambivalentes. Rhoda y Soirowa se habían convertido en amigos íntimos y tenía buenas relaciones con su aldea. Pero, en líneas generales, estaba descubriendo lo que todas las tribus campesinas de África sabían desde hacía siglos: que aquellos tipos altos y angulosos que acompañaban a las vacas eran un latazo. Como sus parientes los dinka, los nuer, los batutsi y los zulúes, habían conseguido recorrer el continente de arriba abajo con su ganado, debido al menos en parte a su militarismo depredador. Desde tiempo inmemorial, los célebres guerreros han recurrido al pillaje, al saqueo y al secuestro para someter a las tribus agrícolas. Los masai creen que todas las vacas de la tierra les pertenecen y que han ido a parar a manos ajenas sin querer; el guerrero es el encargado de rectificar esa desgraciada situación. Por consiguiente, el trabajo comunitario de los guerreros consiste en sembrar el terror allí por donde pasan. Puede tratarse de algo serio: el abuelo de Richard y Samwelly había muerto atravesado por una lanza en su poblado hacía apenas diez años como resultado de un ataque masai, y su pueblo sigue construyendo las casas con una arquitectura especialmente diseñada a prueba de masai. O puede no tener nada que ver con las épicas batallas tribales consagradas por la tradición y adoptar la forma del vulgar vandalismo y bandidaje de toda la vida: Richard no llevaba ni un mes trabajando para mí cuando los guerreros le dieron una paliza y le destrozaron los prismáticos por puro rencor. Los guerreros irrumpían en el campamento y, tras examinar mis pertenencias sin apenas articular palabra, me exigían que les regalara cosas y me obligaban a decir que no a unos hombres armados con lanzas. Pequeños hurtos, amenazas, campamentos turísticos forzados a ceder a los deseos del viejo grupo mafioso que brindaba protección a cambio de dinero: contratad a un masai como guarda nocturno porque, si no lo hacéis..., quién sabe, puede que los masai ataquen el campamento.

Mientras el resto del mundo en vías de desarrollo sucumbe a la tentación de imitar los elementos más horteras y abominables de la cultura occidental, una parte de la belleza y la magnificencia de estos pueblos y de las tribus nómadas emparentadas con ellos radica en el hecho de haber pasado varios siglos en contacto con diferentes culturas y haber salido intactos e incólumes de la experiencia. Y si algo he aprendido es que el requisito esencial para alcanzar una inmunidad así respecto a otras culturas consiste en sentir un desprecio

absoluto hacia todo aquel que no sea masai.

Por tanto, el resto de Kenia, la mayoría agrícola, había ido cambiando a una velocidad de crucero: dinero en metálico, escolarización, ropas occidentales, relojes de pulsera, escuelas de técnicos de televisión, repetidores vía satélite, helados, carteles sobre los peligros de la caries. ¿Se imaginan la incongruencia, la extraña yuxtaposición que formarían un empresario fatuo y vanguardista que regresa a la antigua granja familiar y contempla, azorado, cómo sus parientes se recuperan de un ataque masai? Por el amor de Dios, que ya no estamos en el siglo XIX, ¿es que por aquí cerca ni siquiera tenéis un sitio donde comprar Tagamet?<sup>28</sup>

Así que, un día, poco después de que los guerreros masai que vivían junto al río hubieran salido corriendo hacia Tanzania armados con sus lanzas para recuperar sus vacas por la fuerza, ocurrió algo extraordinario en el Parlamento. Los politicastos de la capital, respaldados por la policía, el ejército y una serie de misteriosas instituciones, hicieron algo que sus abuelos nunca habían logrado con sus flechas, algo que a los británicos no se les había pasado por la cabeza ni en sus peores accesos de imperialismo cultural: firmaron un trozo de papel y acabaron con los guerreros de un plumazo. Si a alguien se le ocurría ir por ahí con el pelo teñido de amarillo o una lanza en la mano, acabaría en chirona o puede que incluso fuese condenado a pagar una multa por un magistrado con una peluca empolvada y una cara de campesino bantú.

Ah, es un asunto que no tengo nada claro. Me fascina el recuerdo de los guerreros, ahora que están cada vez más cerca de convertirse en una parte del pasado que en una inquietante realidad. Pero soy consciente de que todos los demás quieren que desaparezcan del mapa. Tal vez habría sido mejor dejarlos donde estaban y haber creado unas olimpiadas masai de una competitividad feroz para canalizar su energía, haberlas dotado del suficiente grado de peligrosidad para que les pareciesen aceptables y conseguir que muriera el mismo número de jóvenes que en la época en que los guerreros debían demostrar su valía matando a un león. He oído decir que esas competiciones han tenido bastante éxito entre los cazadores de cabezas de Nueva Guinea, que, gracias a ellas, son ahora mejores vecinos que antes. Lo que más me ha sorprendido es lo poco que ha tardado la gente en acatar la ley. Los guerreros ya estaban desapareciendo más o menos por la época en que los escolares

irrumpieron en mi campamento para reírse del pene de Nick. Y se burlaron ruidosamente cuando les pregunté si algún día pensaban vivir en plena naturaleza y matar un león.

Como es lógico, no todo el mundo ha dado su brazo a torcer. La crisis que afecta al territorio masai radica en la dificultad de tener que tomar una decisión con respecto a los ancianos que se dedican a secuestrar niños en plena sabana para educarlos como guerreros a escondidas. Todo el mundo lo sabe, pero nadie habla del tema y es imposible adivinar si esos hombres son un incordio o un gran motivo de orgullo, un último estertor o el principio de una revuelta.

Aproximadamente un mes después de la visita escolar, Lisa y yo estamos sentados en el campamento, trabajando con Josué, que estaba anestesiado, mientras uno de nuestros niños masai favoritos merodea a nuestro alrededor. Se trata de un chiquillo encantador, de unos doce años de edad, al que he visto crecer a lo largo de los años. Tiene la cabeza rapada y las orejas estiradas de los masai, pero las lleva dobladas, como si quisiera ocultarlas; debajo de la capa masai lleva puestos los pantalones cortos de la escuela. Lisa pone en marcha el centrifugador y, para describir el zumbido del aparato, el chico dice «el pájaro se despierta» en swahili, una expresión que hace referencia al sonido del motor de un avión al despegar. ¿Cómo sabe el muchacho lo de los motores de los aviones? Hace pompas de jabón y juega con un globo que le hemos dado y luego llega la hora de irse a casa con las vacas. Le vemos cruzar el río y dirigirse a la llanura situada frente al campamento y, de repente, un grupo de guerreros aparece de improviso y avanza hacia él a toda velocidad. Llevan lanzas y el pelo teñido de ocre, son un puñado de desgraciados que aterrorizan a la gente y lo saben. El chico sale corriendo, pero se le echan encima sin el menor esfuerzo. El muchacho se resiste. Tratan de sujetarlo, lo levantan, pero el chico se sacude y se pone a dar patadas a diestro y siniestro hasta que le golpean la cabeza y parece que le dejan inconsciente. Luego se lo llevan. Los vemos alejarse hacia el horizonte y, mientras el calor resplandeciente confiere a sus piernas un aspecto más alargado y extraño que de costumbre, corren hacia la sabana y se lo llevan para adiestrarlo. Desde entonces, no hemos vuelto a verlo.

---

27 Pequeña comunidad judía de Europa del Este. (*N. de la T.*)

28 Medicamento contra la úlcera de estómago. (*N. de la T.*)

## La peste

**D**urante una de las temporadas que pasé en África, abandoné por algún tiempo mi trabajo con los babuinos para ir a visitar a los investigadores de otro de los parques nacionales del país. Hice la ronda completa y vi a los expertos en babuinos, a los ecólogos y a los especialistas en elefantes. Nunca he sabido mucho sobre elefantes, pero son tan apasionantes y conmovedores como la propia devoción de los elefantólogos, unos investigadores famosos por mostrar una obsesión hacia sus animales similar a la de la mayoría de los primatólogos, lo cual es comprensible si se tiene en cuenta las características de los elefantes, unos animales grandes e inteligentes que viven setenta y cinco años y dedican la mayor parte del tiempo a los enredos y cuidados familiares. Durante mi visita, la gente de los elefantes estaba pasando una semana angustiada con la que cualquier biólogo especializado en vida salvaje se identificaría de inmediato. Uno de los animales al que mejor habían estudiado y más querían había desaparecido; una matriarca, madre de un pequeño de siete meses que dependía por completo de ella. Se habían pasado varios días buscándola, desesperados por la situación de la cría, que cada vez se encontraba más débil y aterrorizada. Todos estábamos preocupados y nos temíamos lo peor.

Unos días después, contemplábamos el cadáver de la elefanta desaparecida. No había sido difícil dar con ella. Había muerto a unos doscientos cincuenta metros del vertedero de basuras del recinto turístico más importante de la zona. Había ingerido una considerable cantidad de desperdicios —sin duda, los principales reclamos habían sido los restos de fruta y verdura y los pedazos de diferentes alimentos elaborados a base de féculas— y, tras abandonar el vertedero, sufrió un colapso y murió. Para entonces, los buitres habían reducido a un ser al que los investigadores

conocían desde hacía años a una carcasa vacía, con el cráneo protuberante y la mayor parte de los órganos comestibles ya devorados. Le habían abierto el vientre y los intestinos en canal y habían diseminado el contenido de los mismos en un área de un metro cuadrado por delante del tronco del animal: varios montones de hierba y hojas a los que les faltaba poco para convertirse en boñigas de elefante; la frondosa corona de una piña tropical, gentileza del vertedero de basura. Y la causa de su muerte: fragmentos de cristal, una botella de refresco rota, tapones de botella y trozos de metal, asimismo gentileza del vertedero de basura. Los investigadores de los elefantes se habían pasado meses pidiendo a los responsables del hotel que taparan el acceso al vertedero, les habían ayudado a construir una valla que ellos nunca se habían molestado en cerrar y le habían rogado al jefe de los guardabosques que hiciera algo al respecto. A mi marcha, nadie sabía qué iba a ser de la cría.

No diré los nombres de los investigadores del parque y no sé si el hecho de facilitar el nombre del hotel y del canalla de su propietario contribuirá a que éste actúe de un modo más responsable en el futuro. Dejaré que sean los expertos en elefantes quienes determinen la mejor estrategia para evitar que se repita una tragedia así. Pero he decidido que ha llegado la hora de explicar el final de mis babuinos. A lo largo de todo el libro he tratado de cuidar el estilo literario y dar forma a algunas de las historias que lo integran. Aquí no lo haré. Las cosas sucedieron de un modo extraño y caótico. Hubo culpables, pero no fueron lo bastante viles para endosarles toda la responsabilidad. No se produjo ningún enfrentamiento. No estamos ante una serie de acontecimientos perfectamente ordenados y articulados, y el relato de los mismos tampoco será especialmente armónico.

Pasé la mayor parte de la temporada solo: Lisa había tenido que quedarse en Estados Unidos para cumplir con una serie de obligaciones profesionales pendientes, Richard tenía a toda la familia enferma en casa y Hudson seguía trabajando en otro proyecto relacionado con babuinos en la otra punta del país. Soirowa, Laurence de las Hienas, Rhoda y Samwelly estaban por allí, pero estuve solo la mayor parte del tiempo.

Con el transcurso de los años, había llegado a evitar toda visita al hotel Olemelepo. No era allí donde vivía Richard, que trabajaba en un pequeño campamento situado en una apartada curva del río, a unos cinco kilómetros de

distancia. Olemelepo era una «ciudad», uno de los recintos turísticos más grandes del parque, un lugar inmenso que había experimentado un crecimiento caótico y descontrolado. Tenía capacidad para centenares de turistas y el triple de trabajadores y parientes: empleados, esposas, hijos, maestros de los hijos, enfermeras, guardas forestales, guardabosques, prostitutas e infinidad de primos y sobrinos en busca de trabajo. Durante 1978, mi primer año en África, solía ir allí a pasar el rato. Y como era el lugar donde me enviaban el correo, acabó convirtiéndose en el centro de mi vida afectiva. Siempre podías perder el tiempo tratando en vano de convencer a un grupo de turistas para que te invitaran a comer. Por no hablar del extraño placer de conocer a los trabajadores del hotel y convertirte en un cliente habitual, y de la agradable sensación que experimentabas al pasarte por allí para tomar el té en las dependencias del personal. Pero el encanto había ido desvaneciéndose con los años, a medida que me convertía en un asiduo del lugar. Ahora, cada vez que me dejaba caer por allí, la gente se apiñaba a mi alrededor para pedirme dinero, preguntarme dónde estaba el estéreo que me habían encargado que les trajera de Estados Unidos el año anterior, rogarme que los llevara inmediatamente en mi coche para asistir a una importante ceremonia que se celebraba en su pueblo, situado a unos sesenta kilómetros de distancia, y saber si estaba dispuesto a venderles mis tejanos y mi reloj de pulsera allí mismo. La gente quería lecciones de conducir, trabajo para sus hermanos pequeños y becas para ir a mi universidad. Sin embargo, aunque se trataba de una reacción absolutamente comprensible, dada la desesperada situación económica en que se encontraban, pasado un tiempo, el encanto desapareció y dejé de ir por allí.

Por eso postergué mi visita durante muchos días cuando el piloto del globo turístico me comentó de pasada que había un babuino enfermo detrás de su casa. Tenía otras cosas que hacer, en el fondo no quería malgastar mi tiempo en buscar a un babuino enfermo en Olemelepo; supuse que debía de ser una cebra la que había estado estornudando allí una noche. Pero cuando me lo dijo por tercera vez en una semana y me paró en medio de la carretera para explicármelo, decidí ir a echar un vistazo.

Ese mismo día, unas horas más tarde, el piloto me acompañó a la parte trasera de su casa. El babuino llevaba allí tres días, escondido entre la pared y unos cuantos bidones de gasóleo, tosiendo sin parar. Me asomé a cada uno de los extremos de la hilera de bidones y no vi nada, sólo pude oír de vez en

cuando una tos seca y débil. Al final, conseguí meterme entre dos de los bidones y me encontré a unos cuantos metros de la hembra.

Pertenecía a la manada contigua a la mía y el hotel se alzaba en medio del territorio del grupo. Conocía a algunos de sus integrantes, pero a ella no la reconocí. No sé si habría conseguido identificarla, incluso conociendo bien a los miembros de su manada. No parecía un babuino. Estaba casi en los huesos, le faltaban grandes trozos de piel y tenía el cuerpo cubierto de extensas lesiones necróticas. Y unos enormes ojos brillantes. Nos miramos de hito en hito y se me ocurrió pensar que quizá estuviera delirando. Clavaba sus ojos en mí como si tuviera la mirada perdida y de vez en cuando los movía ligeramente, como si, de repente, se hubiera percatado de mi presencia por primera vez. Entonces se ponía un poco tensa y echaba la cabeza hacia atrás, consternada. Parecía no tener fuerzas para nada más. Luego empezaba a toser y la mirada se le extraviaba de nuevo.

Decidí anestésicarla: en cuanto la examinara, trataría de averiguar la enfermedad que la aquejaba con mis limitados y rudimentarios conocimientos sobre el tema y también tomaría varias muestras de sangre, saliva y mucosidad y las guardaría por si algún veterinario especializado en fauna salvaje sabía algo al respecto.

Al estar tan cerca, decidí anestésicarla a mano con una jeringa en vez de emplear una cerbatana, pero estaba demasiado atenta y no paraba de moverse. Permanecimos un rato así: ella trataba de alejarse de mí con mucha dificultad mientras yo me esforzaba por acercarme hasta ella y ponerle la inyección. En realidad, lo más probable es que estuviera tratando de hacerla salir de detrás de los bidones para poder usar la cerbatana en vez de la jeringa: me daba pánico pensar que podía morderme y que al día siguiente yo también amanecería delirando y cubierto de gangrena. Me di cuenta de que, al toser, expulsaba una especie de espuma sanguinolenta.

Cuando salió al aire libre, preparé la cerbatana. Se había congregado una multitud de empleados que contemplaban la escena con la boca abierta. Aquello era lo último que deseaba: la muchedumbre parecía tan entusiasmada con lo que veía que, en cualquier momento, podía pisotear al animal o a mí. Y había la posibilidad de que su enfermedad fuera contagiosa.

Le disparé el dardo a quemarropa mientras me miraba con sus ojos apagados y vidriosos. Dio unos cuantos pasos y observé que también tenía una

de las manos gangrenadas. Se desplomó rápidamente, sin hacer ruido, mientras me ponía la bata, los guantes y la mascarilla. Su pulso y su respiración eran extremadamente débiles, tenía cuarenta grados de temperatura y murió mientras preparaba un tubo para guardar la muestra de sangre.

Pensé que lo más prudente era no decir nada. La tapé para «que no se enfriara», anuncié que iba a llevármela al campamento para examinarla y me largué.

Laurence de las Hienas estaba allí y enseguida se prestó a ayudarme con la autopsia. Lo confieso: estábamos encantados e impacientes. Por lo general, los bichos muertos me dan asco, pero hay biólogos que se lo pasan en grande con ese tipo de cosas. Hay que despellejar al animal, diseccionarlo y estudiar el funcionamiento de su musculatura; limpiar bien el cráneo para exponerlo a la vista y acoplarlo a un esqueleto; practicar un nuevo tipo de cirugía en un cuerpo muerto hasta convertirlo en una simple colección de reflejos perfectos. Y aquella vez nos enfrentábamos a un misterio, mejor aún: además de disfrutar jugueteando con un cadáver, teníamos la oportunidad de resolver un enigma científico.

Decidimos actuar como científicos cuidadosos y profesionales y establecimos las directrices que íbamos a seguir. Nos habíamos llevado unas cuantas obras de referencia que consultábamos continuamente en un intento de averiguar la causa de la fiebre desconocida o la típica intoxicación estomacal de cada semana. Sin embargo, decidimos no recurrir a los libros y efectuar primero una completa disección y descripción y cualquier conjetura que tuviéramos sobre el tema con el objeto de evitar un posible sesgo en nuestras posteriores observaciones destinado a probar una teoría que hubiésemos encontrado en el libro.

Le abrimos el vientre al animal con mi cuchillo del ejército suizo, el mejor instrumento de que disponíamos en aquel momento. Tenía toda la cavidad abdominal llena de un líquido repugnante. Demándenme si quieren, no soy patólogo; lo único que puedo decir es que tenía un aspecto repugnante. Empezamos a trocear los órganos. Normalmente, se trata de una de las experiencias olfativas más contradictorias y agresivas que puede tener una persona. Como es natural, los intestinos huelen a heces, con un hedor tan fuerte y ofensivo que uno está convencido de que el olor a mierda se le está condensando en los párpados. Pero lo que siempre sorprende es el estómago,

que huele a ensalada jardinera: un fragante mantillo de hojas, hierba y frutas y el punto justo de ácidos gástricos para conferir a la mezcla un ligero aroma a vinagreta.

El estómago siempre huele bastante bien, pero aquella vez no era así: no había ni rastro del olor a ensalada de madre tierra y los intestinos tampoco desprendían hedor alguno. Llevaba varios días sin comer.

Había pequeños nódulos oscuros por todas partes, en el intestino, estómago, hígado y páncreas. Seguimos cortando hasta llegar a la ingle y aparecieron también en los ganglios linfáticos. Eran duros y compactos. Imitando la perversa tendencia de los patólogos a utilizar descripciones alimenticias para referirse a las cosas más repulsivas, nos dio la impresión de que parecían pepitas de sandía. Especulamos con ironía sobre la posibilidad de que hubiera ingerido demasiadas semillas y continuamos en aquel tono:

—Ah, pero observe que hay pepitas en los ganglios linfáticos. ¿Cómo han llegado ahí, herr Professor?

—Entonces, debe sufrir una afección ectópica de pipas de sandía. — («Ectópico» es el término que suele utilizarse para hablar de cosas que no están en el lugar que les corresponde. Si a uno le crecieran seis dedos en la frente, puede que el primer erudito en describirlo lo denominase polidactilismo ectópico o algo por el estilo).

—Pero querido colega —continuábamos diciendo—, ¿de dónde han salido las pipas de sandía si aquí no hay sandías?

—Ah, en ese caso, mi diagnóstico es que padece de pepitas de sandía ectópicas e idiopáticas. —(Lo que significa que las pipas de sandía están fuera de lugar por razones desconocidas). Caso cerrado. Nos lo estábamos pasando bien.

Abrimos algunos de aquellos nódulos. Por dentro eran granulados, con una textura similar al polvo y un color más claro que la parte de fuera. Lo anotamos todo con sumo cuidado y fuimos incapaces de extraer ninguna conclusión inteligente de todo aquello. Empecé a dibujarlo todo: los nódulos del intestino y el estómago, esparcidos como lentejuelas sobre el velo de tejido conjuntivo. Hurgamos dentro con el cuchillo y conseguimos cortar dos vértebras. También había nódulos en la médula espinal: infección del sistema nervioso central. Comenzamos a asustarnos un poco. Nos pusimos otro par de guantes y nos dimos cuenta de que hacía un calor asfixiante con la mascarilla

puesta, mientras diseccionábamos al sol. Además, estaba empezando a oler mal, sobre todo la mano gangrenada.

Empezamos a abrir el pecho. Cortamos la piel y a continuación serramos la caja torácica con útiles procedentes de la caja de herramientas del automóvil de Laurence. Normalmente, cuando se secciona el diafragma, toda la caja torácica se levanta como por arte de magia, dejando al descubierto un par de hermosos pulmones y el corazón situado debajo de ellos. Cortamos por la línea de puntos, pero no hubo manera de mover la caja. Tiramos de ella por todas partes hasta que vimos que los pulmones estaban adheridos a todo: al diafragma, a la caja torácica, al corazón. Aquello era totalmente anómalo. Tiramos de la caja, efectuamos un pequeño corte debajo, tiramos un poco más y conseguimos desprenderla juntamente con los trozos de pulmón adheridos a ella.

Retrocedimos de un salto. La hostia consagrada. Le salía líquido de todas partes, un fluido denso, lechoso, hediondo, fibroso y manchado, con trozos de cosas dentro. Si estando en el infierno a uno le entrara sed y pidiera un refresco con helado acompañado de sangre y cerezas, le servirían una cosa así. Entonces nos dimos cuenta de que el líquido no salía de los pulmones, sino que eran los propios pulmones los que se estaban disolviendo. Lo que acababa de derretirse eran sus lóbulos inferiores.

Toda nuestra arrogancia se esfumó de golpe y estuvimos un rato dándole vueltas al asunto hasta reunir el valor suficiente para examinar lo que quedaba de los pulmones. Había nódulos por todas partes: en la pared torácica, en la tráquea y también en los ganglios linfáticos traqueobronquiales. Excepto en los pulmones. Nódulos. Pero también manchas, hemorragias, alguna que otra explosión de sangre y pus, implosiones y más trozos de pulmón derritiéndose sin parar. Al final los tocamos. Parecían de hueso. Puede que ni siquiera de hueso. Tenían una especie de superestructura cartilaginosa, cavidades duras como piedras y otras partes semejantes a cáscaras de huevo que luego estallaban y licuaban nuevos pedazos de pulmón. Aquello estaba francamente mal, tan mal como comer yogur y tener que pararse a escupir los huesos. Empezamos a diseccionar, abrir, palpar y escarbar. Había trozos de materia cartilaginosa que conectaban la nada con la nada. Había zonas blancas y zonas negras, zonas sanguinolentas de color rojo y zonas de un estridente color amarillo verdoso. Había esferas duras que se abrían por la mitad y soltaban un

espeso líquido amarillo que dejaba a su paso blandos granos de sangre coagulada con núcleos compuestos por una especie de polvo grisáceo. Y además había cosas de forma esférica formadas por una serie de capas que parecían ser justo lo contrario. El resto del pulmón estaba adherido a todo y ya no había modo de distinguir los lóbulos. La tráquea presentaba unos enormes agujeros y un tapón de sangre, esputo y una sustancia repugnante que obstruía la parte inferior. Aquello era un desastre y corrimos a anotarlo y dibujarlo todo sin tener la menor idea de lo que estábamos haciendo. Finalmente, decidimos que ya habíamos acabado, la enterramos en la otra punta del campo, dejamos las batas colgadas en un árbol distante y el cuchillo de disección en la curvatura del tronco, lejos de nuestro campamento.

Laurence fue el primero en mascullar la palabra «tuberculosis». En cuanto nos lavamos, consultamos nuestros libros y la descripción de la fase terminal de la enfermedad encajaba a la perfección. A todo el que trabaja con primates en estado de cautividad se le ponen los pelos de punta cuando oye hablar de la tuberculosis. La gente tiene tanto miedo a un posible brote que ni siquiera puedes poner el pie en la mayoría de los centros dedicados a su estudio sin hacerte los análisis correspondientes. La enfermedad salta de jaula en jaula, de habitación en habitación, aniquilando colonias enteras. No se comporta igual que en los seres humanos, donde Hans Castorp<sup>29</sup> puede pasarse años fingiendo estar enfermo y garrapateando sus prolijos pensamientos filosóficos. En los laboratorios de primates, el efecto es fulminante, pero no sabía si se propagaba con la misma rapidez en las poblaciones de primates salvajes, un interrogante que empezó a resolverse al cabo de unos días, cuando uno de los guardas forestales me hizo señas para que me parase y me dijo que había un babuino enfermo en el campamento de Olemelepo.

El segundo caso se parecía mucho al primero. En aquella ocasión se trataba de un macho en plena juventud perteneciente a la misma manada de Olemelepo. Logró sobrevivir a la anestesia y, casi sin pararme a pensar en ello, le administré una sobredosis y volví a practicarle la autopsia en pleno campamento. Aquella vez detecté una presencia aún mayor de nódulos en el hígado y en todo el aparato digestivo y puede que una menor desintegración de los pulmones.

El tercer caso apareció tres días después: una hembra enloquecida que no

paraba de gritar y toser detrás de la caseta de la bomba de agua del campamento turístico. Los síntomas que presentaba eran los peores que había visto hasta entonces: tenía el lomo arqueado y las manos tan gangrenadas, putrefactas y hediondas que caminaba apoyándose en los codos al tratar de alejarse de mí. Al parecer, el lomo se arquea para tratar de aumentar la capacidad pulmonar y las manos se pudren porque, a medida que los pulmones se descomponen y el intercambio de oxígeno cae en picado, desciende la cantidad de oxígeno que llega a los tejidos periféricos. Murió al minuto de haberla anestesiado y, una hora después, sus pulmones se disolvían en un rincón de mi campamento. Aquella noche, tuve por primera vez una pesadilla en la que no podía respirar.

Todos aquellos babuinos eran miembros de la manada del hotel Olemelepo. Siempre habían compartido el bosque con mi manada y, por la mañana, ambas se separaban y la primera se dirigía al recinto turístico en busca de alimento. Se trataba de la manada que había obligado a mi grupo a abandonar el bosque durante los años de inestabilidad. A medida que Olemelepo crecía, empezó a producir una cantidad de basura cada vez mayor y fue descuidando cada vez más el estado de su vertedero, por lo que la manada del campamento no tardó en dedicar todo el tiempo a buscar alimento entre los desperdicios. Y, poco después, decidieron quedarse a dormir de forma permanente en los árboles que daban al vertedero y se pasaban la vida comiendo basura. Su comportamiento se alteró, dejaron de ir al bosque a alimentarse y aquello me indignó tanto que me desentendí por completo de ellos. Últimamente se habían metido en líos. Había turistas que les lanzaban comida desde la galería para hacerles una foto y luego, cuando un animal más agresivo se les echaba encima para conseguir unos alimentos que no siempre le habían sido ofrecidos, los turistas se ponían nerviosos y empezaban a chillar. Ese mismo día, uno de los guardas forestales mataba a tiros a un par de babuinos. O a alguna empleada de las dependencias del servicio no le apetecía acercarse al cubo de la basura a tirar las gachas de maíz que habían sobrado y optaba por echárselas a algún babuino que las estuviera esperando y, al día siguiente, el mismo macho se abalanzaba sobre ella en busca de las gachas que preparaba en el exterior de la casa, al carecer aún de la perspicacia necesaria para distinguir entre las gachas que los seres humanos querían y las que ya no querían. A continuación se producía el consabido alboroto y el guarda forestal iba y tiroteaba a unos

cuantos babuinos. El año anterior, una de las prostitutas de la cantina de los trabajadores había dado a luz a un niño deforme y había corrido el rumor de que la había violado uno de los babuinos. Yo les prometo que no. Y los guardas forestales mataron a otro par de animales.

Y, mira por dónde, aquélla era la manada en la que habían empezado a aparecer de forma continuada una serie de brotes de aquella especie de tuberculosis. Como ya he dicho, no tenía la menor idea de cómo se propagaba la tuberculosis en las poblaciones de primates en estado salvaje y, por lo que había podido deducir de mis rápidas lecturas de la semana anterior, no había nadie que lo supiera. Tenía la impresión de estar a punto de averiguarlo y me pasaba la mitad de las noches en vela, preguntándome cuánto tiempo tardaría mi manada en contraer la enfermedad.

Llamé por radio al Centro de Investigación de Primates de Nairobi, que estaba empezando a dejar de ser la obra de caridad que servía de entretenimiento a las matronas de la época colonial, un orfanato para encantadores monitos abandonados, para convertirse en un instituto de investigación de primer orden. Su director era Jim Else, un veterinario estadounidense dotado de una asombrosa capacidad organizativa al que apreciaba y respetaba, con la esperanza de que el sentimiento fuera mutuo. Le expliqué a Jim la situación a través de un formato tan exasperante como es una llamada de radio repleta de interferencias y oscilaciones en la que tienes que apretar un botón y decir «Corto» cada vez que pronuncias una frase. Grité los síntomas, las autopsias, la pauta emergente y, en medio de las interferencias y el tono metálico y monótono de las voces, me di cuenta de que Jim estaba preocupado. Me dijo que, efectivamente, parecía tuberculosis, pero que era absolutamente imprescindible que pudieran realizar un cultivo de los pulmones para estar seguros y averiguar el tipo. Tenía la suficiente formación científica para reconocer el tono científico de su voz: «Es imprescindible porque podría ser realmente interesante e instructivo» (en otras palabras: estupendo, nos vamos a divertir un rato). No soy médico, así que no sé si oí también la voz del veterinario diciéndome: «Es imprescindible porque puede tratarse del comienzo de una epidemia». En cualquier caso, sabía bien lo que me estaba pidiendo. Debía proporcionarles un fragmento de los pulmones para hacer un cultivo. Por consiguiente, tenía que llevarles un babuino vivo a Nairobi.

Debía ser un animal enfermo, pero que se encontrase en las fases iniciales de la enfermedad para poder sobrevivir al traslado. Pensé que a aquellas alturas conocía los síntomas lo bastante bien como para detectar un caso en sus comienzos, pero seguía pareciéndome un asunto muy complicado. No sabía que los que realmente iban a causarme problemas eran los seres humanos implicados en él.

Todos los habitantes de Olemelepo sabían que a los babuinos les pasaba algo. La gente empezó a preguntarme si los babuinos eran peligrosos y si no sería mejor eliminarlos a todos. Entonces, siguiendo la antigua tradición de matar al mensajero, llegaron a la conclusión de que, por alguna razón, yo tenía la culpa de que estuvieran enfermos: al fin y al cabo, eran mis animales y, como estaban convencidos de que podía haber hecho algo al respecto, dieron por supuesto que había preferido no hacerlo y poner en peligro a todo el mundo. Me pasaba la mayor parte del día explicando a la gente que aquéllos no eran mis animales, que no todos estaban enfermos, que aún no sabíamos a ciencia cierta si la enfermedad entrañaba algún peligro para las personas, que estaba tratando de hacer algo, etcétera.

Apareció otro caso, el de un animal que ni siquiera se encontraba en condiciones de soportar el viaje hasta mi campamento y mucho menos el traslado a Nairobi. A la mañana siguiente, mientras inspeccionaba el vertedero en busca de un posible candidato, vi a Saúl, Sem y Jonatán alimentándose allí: por lo visto, se escabullían a hurtadillas de mi manada y se iban a dar una vuelta por el basurero, donde su corpulencia les permitía pugnar con los abotargados machos del lugar por la consecución de las sobras. Se me pusieron los pelos de punta: ahora había un portador que podía contagiar la tuberculosis a la manada. Aquella tarde descubrí a un grupo de empleados de Olemelepo apedreando a los babuinos y tratando de ahuyentarlos del recinto turístico.

Al día siguiente, se tomaron nuevas medidas acordes con la filosofía de matar al mensajero. El director de Olemelepo hizo saber que no quería verme por allí nunca más. Un guarda de seguridad conocido mío fue a esperarme a la entrada y me explicó en tono contrito que me estaba prohibido seguir anesthesiando a los babuinos en el hotel.

Cambié de vehículo y me limité a merodear por las afueras del recinto al alba y al atardecer con la esperanza de identificar a un posible candidato. Al

tercer día encontré uno, una hembra adulta con el lomo claramente arqueado, tos y un trozo de pelaje ralo, pero poca cosa más.

La anesthesié a la orilla del riachuelo que cruzaba Olemelepo. Permanecía estable y daba la impresión de poder sobrevivir al viaje a Nairobi. A continuación, tuve que enfrentarme al terrible suplicio de obtener el permiso para sacarla de allí.

El principal problema estaba en una de las típicas animadversiones que suelen producirse en los parques nacionales de todo el mundo, concretamente la existente entre los funcionarios del parque y los investigadores, que pertenecen a mundos bastante opuestos. Los primeros son funcionarios del estado que cuando están en plena naturaleza, llevan uniforme y, cuando están en las oficinas del estado, llevan traje y corbata; en cambio, los segundos sienten preferencia por los téjanos rotos. Los primeros se preocupan por cosas como el modo de aumentar el volumen turístico de sus parques, mientras que a los segundos les encantaría librarse de la molestia del turismo para poder estudiar sus especies en medio de una tranquilidad idílica. Los primeros suelen ser personas realistas y pragmáticas que se mueven en un mundo dominado por la *realpolitik*; los segundos son proclives a la histeria, las causas imposibles y se enorgullecen de no tener don de gentes. Por lo general, los primeros poseen títulos de gestión de reservas naturales, mientras que los segundos suelen estar en posesión de prestigiosas licenciaturas otorgadas por las universidades más elitistas del mundo y luego, en un acto que suscita en los primeros un rechazo casi visceral, prefieren vivir en tiendas de campaña agujereadas como cerdos luditas. Y, ante todo, los primeros parecen vivir únicamente para aplicar normas restrictivas, mientras los segundos parecen vivir con el único objeto de pasarse impunemente por el forro el espíritu de todas y cada una de las reglas del parque.

Por consiguiente, lo normal es que ambos grupos no se tengan mucho cariño ni se tomen demasiadas molestias en cooperar entre sí. Y, sabiéndolo, tenía que haber estado preparado para lo que sucedió a continuación.

Fui dos días seguidos a la oficina del guardabosque para obtener el permiso necesario para trasladar a la hembra enferma a Nairobi, y un hosco guarda forestal armado con un rifle me dijo en ambas ocasiones que su jefe había salido a patrullar y que tendría que volver al día siguiente. Al tercer día, el mismo guarda me informó de que, de hecho, el guardabosque se había

tomado una semana de vacaciones. Mientras, a la hembra, que permanecía metida en una jaula en mi campamento, le habían salido nuevas lesiones y tenía unas décimas de fiebre y una tos que no nos dejaba pegar ojo por la noche ni a ella ni a mí. Había comprado unas cuantas coles y le daba de comer manualmente a través de la jaula. Saltaba a la vista que me temía y no tenía demasiado apetito, pero poco a poco empezaba a aceptar la comida de mi mano.

No podía esperar a que regresara el guardabosque. Lo intenté con el jefe de la unidad de lucha contra la caza furtiva, quien me aseguró que me daría permiso para sacarla de la reserva, si le traía un regalo al día siguiente. Acepté y entonces me dijo alegremente que acababa de descubrir que en realidad no tenía autoridad para dejar que me la llevara. Aquella tarde, volví al campamento y me encontré con un grupo de guardas forestales que reían y pinchaban a la hembra con un palo a través de los barrotes de la jaula. Al anochecer, parecía que ya no me tenía tanto miedo, bien por costumbre o por culpa de los delirios, y no tenía reparos en coger la col que le daba y dejarme desparasitarla. Tenía la mano izquierda demasiado gangrenada para poder utilizarla.

Al día siguiente, volví a dejarme caer por la oficina del guardabosque y descubrí que, en realidad, había regresado hacía dos días. Lo supe a través del mismo guarda forestal que me había facilitado aquella información incorrecta y llena de resentimiento unos días antes. Aquella vez sabía a ciencia cierta que el guardabosque estaba allí, pero el tipo me tuvo esperando una hora antes de enviar a alguien a decirme que estaba demasiado ocupado para recibirme; durante todo aquel tiempo estuve oyéndoles a él y a otros hombres reír detrás de la puerta cerrada de su oficina mientras descorchaban una botella tras otra. Aquella misma noche, la hembra perdió el uso de la mano derecha y empezó a escupir sangre al toser.

Al día siguiente, después de muchas sonrisas obsequiosas y abundantes muestras de servilismo, conseguí ver al guardabosque y le pedí permiso para trasladar a la hembra a Nairobi.

—Claro que no —me dijo con cara de malas pulgas—, eso supondría mermar la fauna salvaje de los parques de Kenia.

—¿Habla en serio?, morirá dentro de unos cuantos días.

—No —repitió—, si se la lleva, se convertirá en un cazador furtivo e

iremos a por usted.

El que hablaba así era un hombre que contaba con dos arrestos por caza furtiva en su ilustre currículum profesional, y al que trincarían un año después por cazar rinocerontes de forma ilegal (para luego ser ascendido por ello gracias a la magnífica relación que había establecido con los dirigentes políticos masai del distrito a raíz de su matrimonio). Aquella noche, la hembra se desplomó contra uno de los lados de la jaula, delirando.

Finalmente, Jim Else logró solucionar el problema. Le había llamado por radio cada día para explicarle los contratiempos que iban surgiendo mientras él se dejaba la piel al otro lado del auricular, tratando de abrirse paso a través de los laberintos del poder y la desidia. Creo que había conseguido convencer a su jefe, Richard Leakey, que por entonces era el director del Museo Nacional (del que formaba parte el Centro de Primates), de que persuadiera al director del Departamento de Fauna Salvaje para que nos concediera el permiso pertinente. El jefe de los guardabosques recibió una llamada de radio de importancia crucial y, aunque se mostró reacio a aceptar su validez hasta no tenerla por escrito, en el vuelo de aquella tarde llegó un documento autorizándome a trasladar a Nairobi hasta tres babuinos enfermos.

La carretera que lleva a la reserva es demasiado peligrosa para conducir de noche. Al atardecer, la hembra había entrado en coma y no sabía si llegaría a Nairobi con vida al día siguiente. Salí a toda prisa antes del amanecer y entonces, para acabar de amargarme la vida, me detuvo un guarda forestal de dudosa identidad en el control del parque situado en la frontera del distrito.

—Anda, pero si lleva un babuino ahí dentro —exclamó.

—Sí, sí, es una hembra enferma y moribunda, aquí tiene el permiso.

Lo examinó y de repente observó:

—Anda, pero si aquí dice que, en teoría, usted se ha llevado tres babuinos, ¿dónde están los otros dos?

—No, no, lo que dice es que puedo llevarme un máximo de tres babuinos.

—No, dice que, teóricamente, usted se ha llevado tres babuinos, pero faltan dos, ¿qué ha hecho con ellos, bwana, los ha vendido? Esto es grave.

Por el amor de Dios, el animal estaba cada vez más débil y me estaba planteando la posibilidad de cargarme a aquel tipo, que no dejaba de mirarme de reojo con una sonrisa malévola en la cara. Finalmente, me explicó lo que

quería en realidad.

—Bwana, le han dado un permiso equivocado. Dice tres babuinos donde debería decir uno, así que tendrá que pagarme a mí la multa por llevar el permiso equivocado.

De acuerdo, corrupto de mierda, por qué no has pedido el soborno antes. Le di el dinero y me alejé de allí haciendo un ruido infernal, conduje como un loco y, al llegar a Nairobi, me quedé atascado en el típico embotellamiento de las horas punta, mientras oía la respiración fatigosa e irregular de la hembra detenerse de vez en cuando. A la entrada del laboratorio, discutí con el guardia de seguridad, que no quería dejarme pasar porque no figuraba en su lista de visitas, y al final logré llegar al edificio de patología.

Por razones que no entiendo, me sentí obligado a limpiarle la boca de los últimos fragmentos de col que le había dado y le sequé los ojos, que se le habían llenado de lágrimas por culpa del polvo del camino. Tuve un breve pensamiento de carácter antropomórfico: no le he puesto nombre porque pertenece a la manada del vertedero en vez de a la mía. Luego entré en el edificio con ella en brazos y al cabo de unos minutos estaba ayudando a quitarle la caja torácica. Y, nuevamente, los pulmones se disolvieron.

Jim me había advertido que el microbiólogo tardaría semanas en confirmar si se trataba de tuberculosis a partir de los cultivos efectuados. Pero los veterinarios se mostraron unánimes en el diagnóstico en cuanto vieron que los pulmones de la hembra se licuaban y al examinar sus lesiones y las primeras muestras histológicas que habían tomado. El análisis microbiológico sólo serviría para determinar el tipo de tuberculosis al que nos enfrentábamos y, por el momento, se trataba de un dato irrelevante.

Al día siguiente, Jim, yo y unos cuantos de sus veterinarios cambiamos impresiones. Era tuberculosis, de eso no había duda, y todo el mundo sabía que, en general, no entrañaba ningún riesgo para los habitantes de la zona. Las personas son resistentes relativamente: cualquiera que estuviera en buenas condiciones en Olemelepo y alrededores —bien alimentado y bien vestido— se encontraría bien. Cualquiera que no hubiera padecido tuberculosis antes; la enfermedad es endémica en Kenia. Jim usaría todos sus poderes para que se supiera en el parque que no suponía ninguna amenaza para las personas.

Pero sí que constituía un peligro y una faena para los babuinos. Para ellos era una catástrofe. Permanecimos varias horas discutiendo allí sentados. De

haber sucedido en un laboratorio de primates, nadie habría dudado sobre el procedimiento que había que seguir. Aquel mismo día se habría matado a todos los monos de la sala en la que hubiese aparecido la tuberculosis. Se habría examinado hasta el último animal de la colonia y cada vez que un análisis hubiera dado positivo, se habría exterminado a todos los ocupantes de la habitación. En caso contrario, la enfermedad se extiende como un reguero de pólvora. Una horrible palabra surgía una y otra vez en la conversación. Para detener un incendio hace falta un cortafuegos. Hay que matar a todos los monos de la sala, a todo aquel que presente el menor síntoma sospechoso, que haya respirado el mismo aire. Hay que crear una brecha, un cortafuegos, para evitar que los demás se contagien.

Sin embargo, no nos encontrábamos en un laboratorio de primates, con animales que viven muy cerca los unos de los otros. Tal como suponía, nadie tenía la menor idea de cómo se comportaba la tuberculosis entre los primates en estado salvaje. Bravo por nosotros, estábamos a punto de descubrirlo. Puede que se propagara más despacio, porque los animales no estaban apiñados en una misma sala con una elevada densidad demográfica. Puede que se propagara más deprisa, porque los animales salvajes sí podían interactuar entre sí. Puede que más despacio, porque el estrés de la vida en cautividad no había debilitado sus sistemas inmunológicos. Puede que más deprisa, porque no estaban tan bien alimentados.

Seguíamos dando vueltas en círculo y no sabíamos qué hacer. No podíamos tratar a los enfermos que padecían la enfermedad: la tuberculosis requiere medicación diaria durante dieciocho meses. La única opción era intentar contenerla y también sería de gran ayuda identificar el foco de la infección. Y como no había constancia alguna de que últimamente hubieran muerto babuinos en la reserva Mará, no podía decir que había dado con la punta del iceberg de una gran epidemia. Lo más probable era que un babuino macho ya infectado hubiese emigrado desde Tanzania para incorporarse a la manada del vertedero. El grupo vivía muy cerca de la frontera y la situación en Tanzania era lo bastante caótica como para que nadie se hubiera percatado de que los babuinos habían empezado a caer como moscas en las llanuras situadas en territorio tanzano.

Si un macho refugiado había introducido la enfermedad en nuestra reserva y yo había visto a un portador trasladarla desde la manada del vertedero a mi

propio grupo, es que podía extenderse a la totalidad de la reserva. Por otra parte, existía otra posibilidad que había que tener en cuenta: tal vez la tuberculosis hubiera permanecido latente desde hacía años entre la población de babuinos de la reserva Mará y hubiese reaparecido de vez en cuando, otorgando una resistencia natural a la mayoría de los animales. En ese caso, no se trataría de la aparición de una enfermedad nueva, sino más bien del rebrote repentino de una antigua patología ya conocida. Además, en las colonias de los laboratorios, la tuberculosis nunca permanece latente y no existe nada parecido a la resistencia natural. Pero, por otra parte, no se trataba de una colonia de laboratorio.

Círculos y más círculos. No teníamos ni la más remota idea. Los veterinarios, formados en la medicina de los laboratorios de animales y entrenados para actuar adecuadamente en cuanto oían sonar la voz de alarma que anunciaba la presencia de la tuberculosis, insistían en enfocar el problema de una forma contundente. Cada vez aparecía con más frecuencia la palabra «cortafuegos». Matar a todos los babuinos de la manada del vertedero. Matar a todos los babuinos de las manadas vecinas. Crear una especie de tierra sin babuinos para evitar que la enfermedad asolará toda la reserva. Pero era a mis animales a los que pretendían liquidar para que sirviesen de cortafuegos. Y, aunque no soy veterinario ni médico ni sé una palabra sobre la tuberculosis, sí poseía la suficiente formación científica para saber que aquello no tenía nada que ver con la ciencia. La biología de laboratorio es distinta de la biología al aire libre —para empezar, aquella era la excusa científica que me había permitido estudiar a los babuinos en su hábitat natural— y nadie sabía cómo actuaba la tuberculosis en plena naturaleza.

Obtuve una victoria provisional. No haríamos ningún cortafuegos. Aparte de una intervención de carácter clínico, convertiríamos aquello en una investigación científica. Yo regresaría y empezaría a anestesiarse a todo bicho viviente que se me pusiera a tiro en la reserva, lo sometería a la prueba de la tuberculosis y lo tendría cuatro espantosos días metido en una jaula a la espera del resultado. Si la manada del vertedero alcanzaba el 50 por ciento de casos positivos, la epidemia estaría a punto de estallar y sería lógico empezar a pensar en un cortafuegos. Pero también se podían buscar datos alternativos que permitiesen efectuar una interpretación mucho más optimista: si podía encontrar un solo caso positivo de tuberculosis en cualquiera de las manadas

que llevaba años viendo en los rincones más apartados de la reserva, manadas que sabía con certeza que no estaban sufriendo un catastrófico descenso demográfico, tendríamos la prueba de que la enfermedad no siempre se extiende como la pólvora en plena naturaleza. Significaría que avanza más despacio, como en los seres humanos, en vez de exterminar a poblaciones enteras. Y si no se propagaba como la pólvora, tampoco sería necesario un cortafuegos.

Los veterinarios no eran tan optimistas. La ciencia está bien, parecían decir, pero créanos, sabemos cómo se las gasta la tuberculosis; si se dispara, perderá hasta el último babuino de la reserva Mará y lo lamentará. Tanto ellos como Jim me obligaron a hacerles una promesa: cada vez que un animal diera positivo, tendría que matarlo, aunque se tratara de uno de los míos.

Me olvidé de la investigación, me pasaba todo el tiempo anestesiando. Había prometido someter a mi propia manada a las pruebas de la tuberculosis, pero en un principio centré mis esfuerzos en la manada del vertedero para comprobar cuántos estaban infectados y en la manada del otro extremo de la reserva, en un intento desesperado por encontrar a un animal que diera positivo sin presentar síntomas manifiestos de la enfermedad.

No te das cuenta de lo bien que conoces a algunos babuinos hasta que tratas de disparar a los que no conoces. No sabes nada sobre sus personalidades: no sabes cuál se pondrá de pie de un salto, mirará a su alrededor y volverá a sentarse después de recibir el disparo, cuál trepará a un árbol ni cuál correrá un kilómetro entero o tratará de matarte. No sabes qué rencillas existen en la manada ni a quién tendrás que proteger cuando el animal se desmaye. No sabes cuánto pesan ni conoces las peculiaridades de sus metabolismos cuando intentas calcular la cantidad de anestesia que debes poner en el dardo. No conoces la zona ni los lugares que frecuentan los búfalos y las serpientes. Y como los babuinos no te conocen, no puedes acercarte tanto como acostumbras.

No obstante, empecé a anestesiar a los animales poco a poco. Me traje un montón de jaulas del Centro de Primates y un poco de tuberculina para las pruebas, una sustancia que hay que mantener fría, lo cual constituía un problema para mí, ya que no disponía de refrigeración: el hielo seco estaba demasiado frío y el recipiente de poliestireno, demasiado caliente por haber

permanecido enterrado en el suelo. Por suerte, gracias a Jim, que había convencido a la gente de Olemelepo de que la enfermedad no entrañaba ningún riesgo para la salud humana, me dejaron entrar de nuevo en el recinto turístico y el subdirector me dio permiso para meter el vial en su nevera. Así que salía a anestesiar a alguien, regresaba a toda prisa, cogía un poco de tuberculina y se la inyectaba en el párpado. Cuando se le hace la prueba de la tuberculosis a un ser humano, al que después se puede examinar a fondo, se le pone una inyección subcutánea en el brazo. Si se trata de un mono que va a hacerte trizas en cuanto te acerques, la sustancia se le inyecta en el párpado, para poder ver la evolución desde lejos. Al cabo de cuatro días, si el animal ha estado expuesto anteriormente a la tuberculosis y ha generado anticuerpos, se producirá una reacción inflamatoria. Se puede ver perfectamente el ojo cerrado e hinchado desde una distancia de veinte metros. Ojo hinchado, animal muerto.

Era una pesadilla. Anestésias a un babuino sano y feliz mientras acicala a un pariente o a un amigo. Luego lo retienes en tu campamento durante cuatro días, metido en una jaula diminuta, uno entre media docena de animales que no paran de chillar, aullar y cagarse por todas partes, desprendiendo un hedor insoportable. Col podrida, charcos de orina, animales que gimen por la noche de miedo y tristeza. Luego, cada mañana hay uno o dos que deben enfrentarse al juicio final. Puede que tengan los ojos bien y al cabo de un momento estén libres, corriendo de nuevo en busca del compañero que los estaba espulgando para explicarle una historia increíble. Y, en caso de que tengan los ojos hinchados, hay que ingeniárselas para anestesiarlos mientras se agitan en el interior de la jaula. Y, a continuación, toca sesión de cuchillo al otro extremo del campamento.

Me faltaba de todo. No había suficientes mascarillas ni guantes para las disecciones; aunque los seres humanos mostramos una considerable resistencia a la tuberculosis, no es aconsejable pasarse la vida con la cara destapada a dos centímetros de los pulmones de alguien que está en la fase terminal de la enfermedad, y comenzaba a preocuparme por mi propia salud.<sup>30</sup> No quedaba bastante anestesia para administrar una sobredosis a los animales, y no me quedaba más remedio que recurrir a una solución tan espantosa como suministrarles la cantidad suficiente para anestesiarlos y luego cortarles el cuello. Por aquel entonces, mis noches estaban llenas de imágenes de babuinos

sin garganta que emitían un sonido húmedo y borbotante al tratar de respirar. Fue entonces cuando desapareció el cuchillo.

Hasta entonces lo había dejado sobre el tronco del árbol que daba sombra a mi depósito de cadáveres. No me quedaba suficiente desinfectante para limpiarlo entre animal y animal, así que opté por confinarlo en aquel rincón alejado del campamento. Y una tarde desapareció.

Tenía otro cuchillo, pero el problema no estaba ahí. Lo terrible es que se lo habían llevado los cabreros masai que habían pasado por el campamento el día anterior. Sabían perfectamente lo que hacía porque habían estado observándome desde lejos mientras realizaba una disección, y no cabía duda de que habían decidido birlármelo a escondidas. Debía de ser un gran hallazgo para ellos y un objeto de gran utilidad para los masai: un excelente cuchillo bien afilado era perfecto para cortarle la vena a las vacas antes de desangrarlas. Perfecto, de no ser porque el cuchillo estaba cubierto de restos de tejido pulmonar infectado de tuberculosis, las vacas son sumamente propensas al contagio y, al cometer aquel robo, los chicos acababan de trasladar la epidemia a su propio poblado.

Así que, aparte de dar de comer a los babuinos que tenía prisioneros, matar todos los días y anestésiar con la cerbatana en dos puntos opuestos de la reserva, inicié las negociaciones con los masai. Rhoda y Soirowa no tardaron en convencerme de que los chicos de su poblado no se habían llevado el cuchillo y opté por tratar con gente de las aldeas vecinas a la que no conocía demasiado. Me importaba un comino el cuchillo, no estaba enfadado porque me lo hubieran quitado, pero tenían que comprender que era peligroso, que podía matar a todas las vacas. Ni siquiera quería que me lo devolvieran, pero debían tirarlo. Y los lugareños lo negaban indignados: «¿Robar nosotros? Pero qué dice, a los masai nunca se nos ocurriría algo así». Todos los días tenía que suplicarles una y otra vez que se deshicieran del cuchillo. El incidente se convirtió en el telón de fondo de los acontecimientos posteriores, en una nueva fuente de conflictos y preocupaciones.

Al cabo de una semana apareció un animal de la manada que vivía lejos que dio positivo en la prueba de la tuberculosis, mientras que, en la manada del vertedero, el porcentaje de casos positivos rozaba el 50 por ciento. Parecíamos abocados al cortafuegos. Mataba animales todos los días. Unos sólo presentaban nódulos; otros, nódulos y descomposición pulmonar. Ninguno

de ellos estaba tan avanzado como aquellos primeros casos horripilantes. Curiosamente, todos tenían los nódulos alojados en el tracto digestivo, a veces incluso cuando los pulmones aún estaban limpios. Algo atípico, según lo que estaba leyendo.

Un día apunté mal y cogí a un macho grande, que cruzó un riachuelo antes de desmayarse. Como no lo conocía, no sabía cuántos enemigos tenía; cuando conseguí vadear el río y llegar a su lado, vi que tenía varios tajos en el cuerpo provocados por dentelladas efectuadas con colmillos. Lo llevé al campamento y, abrumado por el estado en que se encontraba, utilicé el poco anestésico que quedaba en administrarle una sobredosis. Y luego procedí a diseccionarlo, deseando con todas mis fuerzas que tuviese algún tipo de patología. Gracias a Dios había una pequeña lesión en el pulmón izquierdo y los nódulos característicos: de todas maneras, no habría sobrevivido a la sentencia que le esperaba tras pasar los cuatro días pertinentes en mis jaulas.

Aquella noche, plenamente consciente de los riesgos que entrañaba el hecho de disparar dardos anestésicos a animales desconocidos, decidí comenzar por fin con mi propia manada. Al día siguiente anestesié a Josué y a Débora junto con dos animales del vertedero. En el último caso, como no siempre sabía de qué animales se trataba ni dónde encontrarlos de nuevo, tenía que retenerlos en las jaulas durante los cuatro días de rigor. En el caso de mi manada, podía volver a dar fácilmente con el individuo en cuestión, por lo que no había necesidad de mantenerlo en cautividad a lo largo de aquellos cuatro días.

En vez de ello, opté por esperar. Al día siguiente atrapé a Jesse y a Adán. Al siguiente, a Daniel y después de él, a Afgana y a Boopsie. Aquella noche apenas pude dormir esperando el veredicto sobre Josué y Débora, imaginando lo que sentiría al tener que cortarles el cuello al día siguiente, serrarles las costillas y enterrar sus cuerpos.

Pero estaban limpios. Como todos los demás miembros de la manada. Estaba eufórico, sonreí por primera vez en varias semanas. Tardé varios días en darme cuenta de que, de repente, todos los animales del vertedero sometidos a las pruebas de la tuberculina estaban dando resultados negativos. Incluso una hembra que desarrolló síntomas clarísimos de tuberculosis durante los cuatro días que permaneció en la jaula. Algo iba mal.

Al día siguiente hallé la explicación. Irrumpí en la casa del subdirector de

Olemelepo en busca de la tuberculina y encontré al camarero limpiando la estancia, incluida la nevera. En el alféizar de la ventana, cociéndose bajo el sol ecuatorial, estaban la leche, el queso, las botellas de cerveza y, por supuesto, la tuberculina. Era nuevo, había empezado aquella misma semana y limpiaba la vivienda todos los días. Ni la tuberculina ni los resultados de las pruebas servían para nada. Esperé la llegada de una nueva remesa de medicamento por vía aérea y soñé con ríos de lava en forma de tejido pulmonar.

Reanudé las anestесias y el número de casos positivos de la manada del vertedero ascendió hasta casi el 70 por ciento. No daba abasto a tantas autopsias. Ross Tarara y Mbarak Suleman, dos de los veterinarios del Centro de Primates, vinieron a ayudarme y probablemente a tratar de convencerme de que aceptara la estrategia del cortafuegos. Me preparé para su llegada: para su ayuda, su compañía, su compasión, su profundo conocimiento de la tuberculosis, del que yo adolecía de una forma tan flagrante. Entonces, el día anterior a su llegada, Sem dio positivo: fue el primero de todos mis animales.

Es una de las imágenes que siempre llevaré conmigo. Había logrado reunir el valor suficiente para volver a empezar con mi manada y había anestesiado a Isaac, a Raquel y luego a Sem. Puesto que los dos primeros dieron negativo en un periodo en que los animales del vertedero daban positivo, confié en el resultado. Aquella mañana me adentré en el bosque y enseguida me topé con Sem, que permanecía sentado con el ojo completamente cerrado. Había estado barajando la posibilidad de que las pruebas dieran un resultado ajustado y discutible, pero no era el caso. Tenía tuberculosis.

Aquel día no anestesié a nadie más y pasé la jornada con mis babuinos, el primer día que dedicaba a observarlos después de mucho tiempo. Los seguí, tomé una serie de datos insustanciales sin prestar demasiada atención, les canté y noté que estaba a punto de echarme a llorar cada vez que Sem interactuaba con alguien: al saludar a un macho, desparasitar a una hembra, contorsionarse para observar lo que ocurría a su alrededor. Todo por última vez. Y yo seguí dejando pasar las oportunidades que se presentaban de anestesiarlo y rebanarle el cuello.

Aquella noche corrí a ver a Laurence en busca de consejo y consuelo. Y no exagero al decir que, durante aquel periodo enloquecido de mi vida, él fue una constante fuente de cordura y equilibrio fraternal. Nunca se cansaba de

escucharme y siempre hacía exactamente lo que debía hacer: expresaba con otras palabras lo que yo le decía y lo reformulaba como si fuera una orden.

—Mira, tú sabes tan bien como yo que esos veterinarios no tienen ni puta idea de cómo actúa la tuberculosis en un sitio como éste; nadie lo sabe. Si están en lo cierto, todos tus animales morirán de todas maneras, así que no ganas nada matando a ese animal ahora. Y si se equivocan, puede que salves a algunos de los que han dado positivo, quizá posean algún tipo de resistencia. No lo mates.

Al día siguiente, mientras me dirigía a la pista de aterrizaje de Olemelepo para recibir a Ross y a Suleman, vi que Jesse también acababa de dar positivo. Y no dije una palabra a los veterinarios ni sobre él ni sobre Sem.

Nos pusimos a trabajar y descubrí que eran dos personas de una fuerza extraordinaria. Tanto Ross como Suleman eran hombres encantadores y joviales que me caían muy bien, y enseguida adoptaron el típico modo de hablar («recórcholis, mira que desastre de pulmones») que emplean los científicos que se lo pasan bien con su trabajo sin implicarse demasiado desde el punto de vista emocional. Creía que aquello me pondría furioso —mi tragedia convertida en objeto de diversión clínica—, pero, para mi sorpresa, consiguió tranquilizarme. Aumentamos el ritmo de trabajo a medida que dedicaba cada vez más tiempo a anestesiar a los animales con la cerbatana, cosa que ni Ross ni Suleman sabían hacer, mientras ellos se ocupaban de las autopsias, su verdadera especialidad. Avanzamos a trancas y barrancas, cada vez más deprisa, mientras yo eludía las preguntas sobre mi propia manada, la manada que vivía lejos seguía presentando un porcentaje nulo de casos positivos y los habitantes del vertedero rondaban el 70 por ciento. Durante el día, me escabullía para anestesiar e inspeccionar en secreto a mis propios animales y observaba la aparición de nuevos casos como los de David y Jonatán. Un día anesthesié a Benjamín y descubrí que ni siquiera tenía que hacerle la prueba de la tuberculina.

Trabajábamos tanto que era imposible pensar en nada más, algo que agradecía enormemente. El propio exceso de trabajo, la monotonía y la falta de sueño me producían un efecto anestésico. Había que disparar a los animales, dar de comer a los de las jaulas, analizar los resultados de las pruebas, anestesiar, engatusar a los habitantes del poblado masai, matar, diseccionar, llevar un registro de los acontecimientos y pasar las noches

hablando sobre cortafuegos. En algunos aspectos, se trataba de algo puramente teórico, al menos en lo referente a los animales del vertedero; daba igual si lo hacíamos de manera poco sistemática o como una solución final prevista de antemano, lo cierto es que, de todos modos, estábamos matando a la mayoría de sus miembros. Los animales morían en medio de una gran agonía y la jornada laboral acababa siempre con una imagen que ahora recuerdo con la nostalgia malgastada en viejas pesadillas que al final desaparecen: la del enorme hoyo que habíamos excavado y la incineración de los cuerpos de los babuinos rociados con gasolina.

La monótona calma de mi crematorio y mi campo de exterminio, la sosegante tristeza del olor a quemado se vio interrumpida de repente por una llamada de radio de Jim Else. Ya se conocía el resultado de las pruebas microbiológicas y era un bombazo. Se trataba de tuberculosis bovina, no humana.

En realidad, la tuberculosis es una mezcla de diferentes enfermedades. La responsable de todas ellas es una bacteria que hace estragos en el organismo. En la inmensa mayoría de los casos, se aloja inicialmente en los pulmones por medio de la respiración, tras lo cual puede llegar a todas partes a través del torrente sanguíneo o del sistema linfático. Es posible tener tuberculosis secundaria prácticamente en todos los órganos: en el sistema nervioso central, en el aparato genitourinario o en los huesos. Pero lo normal es que los afectados sean los pulmones. La mayoría de las veces, se debe a un solo tipo de bacteria, el *Mycobacterium tuberculosis*, o bacteria de la tuberculosis humana. Pero existen otros tipos menos comunes: el *M. kansasii*, el *M. scrofulaceum*, el *M. fortuitum* o el *M. bovis*. Algunas de ellas son tuberculosis «aviarias», otras son «bovinas» y otras son «terrestres». El nombre no significa que haya un único objeto infectado, sino que indica más bien la especie en que se encontró primero o en la que suele darse con más frecuencia. Incluso existe un *M. marinum*, que habita en las piscinas contaminadas. Pero casi siempre se trata de *M. tuberculosis* y se encuentra principalmente en los pulmones. Sin embargo, en nuestro caso, lo que teníamos era *M. bovis*, tuberculosis bovina, y los más afectados eran los intestinos. Los babuinos no estaban cogiendo la tuberculosis a través de la respiración, sino a través de la comida.

El trabajo llegó a un punto muerto y nos sentamos a devanarnos los sesos. Me puse a fisgonear por los alrededores, hice algunas preguntas, elaboré teorías descabelladas que fueron volviéndose más verosímiles con el paso de los días. Y entonces, una tarde, un amigo de Olemelepo me propuso que lo llevara a dar una vuelta por la reserva. En cuanto nos alejamos del recinto turístico, confirmó mis sospechas con actitud recelosa.

Tenía miedo de convertirse en un informador, por lo que no voy a revelar su nombre ni su profesión para evitar que lo reconozcan. Era miembro de una tribu enemiga de los masai y estaba encantado de poder delatar a unos cuantos. Y siendo como era un hombre culto que había trabajado como auxiliar veterinario hacía mucho tiempo, sabía de lo que estaba hablando.

Era evidente. La tuberculosis bovina procedía de los bóvidos. Los masai reconocían de inmediato a una vaca que estuviera desarrollando la enfermedad. Antiguamente, nunca se mataba a las vacas. Se las mantenía por la sangre y la leche que daban para beber, se las honraba y se les dedicaban cánticos, caricias y mimos. Y, si se ponían enfermas, se las atendía hasta el final, momento en el que había la posibilidad de comérselas, aunque siempre a regañadientes. Sin embargo, los masai, pragmáticos y adaptables incluso en lo referente a sus amadas vacas, dieron con una nueva solución. En todo el territorio masai que circundaba la reserva, en cuanto una vaca presentaba los primeros signos de la enfermedad, se la metía en una camioneta y ese mismo día era trasladada a Olemelepo y vendida a Timpai, el carnicero masai que trabajaba en las dependencias de los empleados, tras el oportuno soborno al inspector masai que examinaba la carne.

Mi amigo conocía el aspecto de las vacas tuberculosas. Había visto a Timpai llevar a los animales enfermos a un campo situado lejos del hotel, extraer los pulmones y otros órganos infectados y echárselos a los babuinos del vertedero que se apiñaban a su alrededor a la espera de las sobras. Y el resto era vendido a los trabajadores. Finalmente, yo mismo fui testigo de aquel ritual en pleno descampado e hice fotos de ínfima calidad con un teleobjetivo. Observaba cómo Timpai, un hombre fornido, amistoso y paternal, con unos enormes antebrazos de carnicero, aporreaba un cuerpo, empapado en sangre y vísceras (y, sin duda, en tubérculos y lesiones) y, tras hurgar en su interior con la ayuda de sus asistentes procedentes de la sabana, echaba algo de muy mal aspecto a los babuinos que estaban esperando. Los grandes machos se

peleaban por los trozos mayores, las hembras se abalanzaban sobre la carne y se colaban en busca de los pedazos más pequeños y las crías más enérgicas se lanzaban sobre ellos para conseguir un cachito o dos. Y siempre veía a Sem, a Saúl o a Jesse tratando de coger un trozo en medio de la refriega.

Me embargó una furia asesina contra los masai y abandoné toda idea de ir a avisarles sobre el cuchillo tuberculoso que me habían robado. Era como llevar leña al monte, por mí podían irse a hacer gárgaras. Lo único que hacía era devolverles la tuberculosis bovina que habían contagiado a mis babuinos. Sobre todo experimentaba una extraña sensación de alivio. Habíamos encontrado una explicación a la presencia de aquel raro tipo de tuberculosis y su peculiar sintomatología. Y, ante todo, sabíamos lo que debíamos hacer. Si nos deshacíamos del inspector de la carne y desmontábamos la operación, tal vez pudiéramos detener la tuberculosis y salvar a algunos animales. Me dejé llevar por la euforia: tenía una respuesta, una alternativa, una esperanza.

Ross y Suleman debían irse, volver a sus ocupaciones habituales. Les entregué una carta para Jim en la que le explicaba en detalle el funcionamiento de la trama de la carne y esbozaba las medidas lógicas que había que tomar: debíamos ir a ver inmediatamente, quizá en compañía de Leakey, al director de los hoteles Safari, la cadena propietaria de Olemelepo, obligarlos a enmendarse y amenazarlos con un poco de publicidad negativa en caso de que no solucionasen el problema.

Expedí la carta y me emocioné al recibir una llamada de radio de Jim antes de anochecer ordenándome salir para Nairobi de inmediato. Me marché al día siguiente, preparado para entrar en acción y convencido de que las cosas no tardarían en arreglarse. Y, al día siguiente, Jim me dijo en la más estricta intimidad que no iba a suceder nada de aquello.

El turismo constituye la principal fuente de entrada de divisas de Kenia. Su peso es proporcionalmente superior al de las industrias automovilística, petrolífera y siderúrgica en Estados Unidos. Los hoteles Safari, propiedad de una destacada familia británica de origen colonial, constituyen una de las mayores cadenas del país y Olemelepo es uno de sus hoteles más representativos. Y aquella era una zona del mundo donde los poderosos hacían lo que les venía en gana. Donde todo el mundo sabía que la viuda de un funcionario del estado dirigía la caza furtiva, donde los guardas forestales armados obligaban a los empleados de los hoteles a entregarles una parte del

salario, donde un ministro del gobierno había llegado al extremo de utilizar las previsiones sobre el déficit de una determinada cosecha para adquirirla en su totalidad con su propio dinero, y someter a sus propios compatriotas a una hambruna con el objeto de beneficiarse económicamente de la situación. Y Jim me informó de que ni yo, ni él, ni siquiera Richard Leakey, el ciudadano de Kenia de más renombre internacional, iríamos a ver al director de los hoteles Safari para exigirle que detuviera el negocio de la carne. Y que no íbamos a hacer público que en Olemelepo se traficaba con carne tuberculosa. Le rogué y supliqué, estuvimos dando vueltas y más vueltas al asunto y me dijo que regresara a la reserva, que siguiera investigando la tuberculosis y que vería lo que se podía hacer.

Nunca he estado tan a punto de dejarme arrastrar por la ira, tan lleno de odio, tan dominado por un corrosivo sentimiento de traición. Volví, tal como me habían pedido, me recliné en mi furia y no confié en nadie excepto en Laurence. Me pasaba los días dando vueltas obsesivamente a fantasías en las que me vengaba de todo el mundo. Incluso di los primeros pasos para hacer realidad algunas de ellas. Iba a proteger a mis babuinos, a salvarlos, iba a protegerme a mí mismo y a obtener la venganza a que tenía derecho. Volví a anestesiarse babuinos con la cerbatana y a documentar de forma metódica el avance inexorable de la enfermedad en cuadernos de notas que parecían destinados a criar polvo encima del escritorio de Jim. Pero también comencé a hacer otras cosas. Fotografíe a los animales que se apiñaban en torno a la carne y se peleaban por los despojos del vertedero. Pasé una mañana gastando otro rollo de película a escondidas en uno de los babuinos enfermos en fase terminal que se tambaleaban por la orilla del riachuelo que llevaba agua a Olemelepo. Al final se desmayó y lo fotografié tumbado en el suelo, con el hotel como telón de fondo. Encargué el almuerzo en el hotel, la misma comida que en otra época me esforzaba por conseguir de los turistas; me senté allí, sin apenas probar bocado, aprovechando los momentos más inverosímiles para hacer desaparecer como por arte de magia los trozos más rojos de la carne de ternera y meterlos en un pequeño recipiente lleno de formalina situado en el interior de una caja que llevaba encima. Le compré carne a Timpai con el mismo propósito, y entregué botes de formalina a mi nervioso informador para que hiciese lo mismo cada vez que viera a una vaca con una tuberculosis ya

avanzada. Pensaba probarlo, imaginaba los titulares que aparecerían en Estados Unidos: «Hotel de lujo de Kenia suministra comida tuberculosa a odontólogos de Akron». Obtendría la información necesaria para salvar a mis babuinos sin tener en cuenta los poderes implicados, o, en caso de perder a mis animales, pensaba arrastrar en la caída a todos los demás: a Olemelepo, a los hoteles Safari y a sus dueños, a Timpai, a la industria turística de Kenia y a todo aquel país de mierda, incluida su economía; iba a vengar a mis babuinos.

Traté de obrar conforme a los dictados de la lógica y, para empezar, fui a hablar con Timpai. Si había alguien que personificaba a la perfección los rasgos más destacados y contradictorios de los africanos, ése era él. Era un hombre encantador, un ser bondadoso y angelical, el Tevye<sup>31</sup> de la comunidad masai de Olemelepo. Era demasiado fornido para ser gordo, pero tenía una barriga deforme y temblorosa, una cara redonda y picara y un pecho y unos brazos que parecían lingotes de hierro. Al verlo, pensabas en los retratos de carácter realista en los que Thomas Hart Benton mostraba a hombres que llevaban yunques, raíles o vacas a la espalda.<sup>32</sup> Y, cosa insólita en la comunidad, tenía una barba larga y bien cuidada veteada de canas.

Era afable, generoso, de risa fácil, uno de los ancianos de la comunidad masai, un hombre que siempre proporcionaba alojamiento a los masai de la sabana que se habían quedado colgados en Olemelepo y no tenían forma de regresar a casa, y siempre tenía una taza de té para todo el mundo. Y, por extraño que parezca, incluso abrazaba a la gente a modo de saludo, un gesto insólito por aquellos lares. Era el típico hombre de pueblo desprendido y entrañable, el carnicero respetado y querido por todos, el proveedor de té y salvia. Y, por otra parte, cosa en última instancia muy africana, se comportaba de un modo totalmente corrupto con la más absoluta candidez y amoralidad. Su puesto oficial en Olemelepo era el de meteorólogo, lo que teóricamente significaba que tenía que comprobar el pluviómetro todos los días y tomar nota de los resultados. Sin embargo, llevaba años sin practicar la meteorología y endilgándoles todo el trabajo a los ayudantes y subalternos que conseguía gracias a las quejumbrosas misivas que enviaba al ministerio. Dedicaba sus horas laborables a cortar carne de forma ilegal. Te engañaba con toda tranquilidad y luego lo admitía en un tono de complicidad con la misma calma que lo había hecho. En uno de sus más flagrantes actos de corrupción, estuvo a punto de envenenar a la mitad del personal del hotel. Unos masai

venidos de no se sabe dónde trajeron una vieja vaca medio chocha y semicomatosa para que probara el cuchillo de Timpai. Metieron al animal en la parte trasera del camión que habían alquilado, se pusieron en camino y, al llegar a su destino, descubrieron que la vaca llevaba dos horas muerta. Ya estaba rígida, pero eso no supuso ningún problema para ellos. Los masai redujeron el precio del animal, devolvieron un poco de dinero a Timpai y al inspector de la carne y el fiambre fue «sacrificado» en mitad del descampado. La carne fue vendida diligentemente y todo el mundo se puso enfermo. La policía vino a investigar y todo quedó resuelto en cuanto Timpai y el inspector pagaron el oportuno soborno.

Y allí estaba yo, preguntándole a Timpai en tono despreocupado mientras se tomaba una taza de té si creía posible que los animales estuvieran enfermos cuando los sacrificaba.

—Oh, no.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque el inspector de la carne me dice cuándo están bien.

—¿Y él cómo lo sabe?

—Pues porque lo sabe.

Luego, haciendo una seña en dirección al inspector masai sudoroso y medio desnudo que estaba sentado en el suelo, presa del sopor etílico, Timpai pronunció una de las frases más memorables que han contribuido a alimentar mis accesos de humor negro:

—Cuando la vaca llega aquí, le miramos el corazón, el estómago, el hígado, los pulmones, el cerebro y los intestinos y, si hay algo raro, no me deja matarla —dijo Timpai con una radiante sonrisa—. El inspector es un buen hombre y nos trae mucho trabajo porque Dios le bendice a él y a las vacas para que sean buenos.

Así pues, Timpai no tenía la menor intención de abandonar ninguno de sus negocios con el simple objeto de evitar que muriesen unos cuantos babuinos. Puede que hubiese sido más aconsejable armar un escándalo en Olemelepo y conseguir que el resto de la gente le hubiese obligado a poner fin a sus actividades. «Escuchen al orador callejero, amigos, tenemos problemas en River City, ¿sabían ustedes que Timpai y el inspector de la carne, ambos vecinos suyos, les están contagiando la tuberculosis?». Se congregarían multitudes furiosas y sedientas de venganza y aquél sería el último lote de

carne enferma que le habrían endosado a la comunidad. Pero ¿saben que pasaría? Que no funcionaría, porque a nadie le importaría un bledo. Cuando Timpai envenenó a todo el mundo al sacrificar la vaca muerta, la gente se irritó, pero poca cosa más. Nada que se pareciera ni remotamente a la indignación. Cuando le preguntaba a la gente si no estaban disgustados por lo sucedido, me contestaban: «Bueno, Timpai y el inspector han aprendido la lección y como ahora saben que si nos hacen una cosa así tendrán que pagarle a la policía un montón de dinero, es posible que no vuelvan a hacerlo nunca». «Sí, pero os envenenó y podía haberos matado tanto a vosotros como a vuestros hijos». «Sí, eso no está bien», y luego decían una palabra swahili que servía para expresar resignación: «Dunia». «Así son las cosas, no se puede hacer nada para cambiarlas». Durante aquel periodo, mientras me debatía entre la imagen de Timpai como la suprema encarnación del mal y Timpai como un viejo y generoso conocido, me ayudó la profunda comprensión implícita en la palabra «dunia». No existe una especial perversidad en envenenar a tus vecinos si ellos mismos lo consideran poco más que una simple molestia. A la gente le importaría un rábano que Timpai y el inspector les estuvieran contagiando la tuberculosis; era como si pensarán que el hacerlo formaba parte de su trabajo.

En algún momento de aquel terrible periodo, hice un descubrimiento importante. Una de las hembras del hotel que parecía sana dio positivo. Le corté el cuello, la diseccioné y no encontré nada. No tenía nódulos en los intestinos ni en el estómago. No tenía los pulmones lesionados. Atento y nervioso, examiné hasta el último rincón de los lóbulos y en la parte superior derecha encontré un único tubérculo reseco. No había caseificación ni licuefacción ni adherencias. Se trataba de una pequeña bolsa de putrefacción inserta en una especie de envoltorio cartilaginoso y aislada del resto del pulmón. No había nada más en su organismo. Era posible estar expuesto a la patología, experimentar la fase inicial de la misma y recuperarse: podía existir una resistencia natural en plena sabana.

A aquellas alturas, era demasiado cauto y desconfiado para hacerme ilusiones acerca de ningún hecho concreto, y archivé el caso junto a los demás. Además, era hora de marcharse. La temporada había llegado a su fin. Tenía que volver a pasar otros nueve meses en el laboratorio y las cosas debían

seguir su curso sin mí.

Recogí mis pertenencias y mis datos:

*Un 65 por ciento de la manada del vertedero había contraído la enfermedad y sus miembros estaban cayendo como moscas. En la manada que vivía lejos de allí no se infectó ningún babuino. Y en mi propio grupo, dos tercios de los machos habían dado positivo en las pruebas de la tuberculosis o los había visto pelearse por un trozo de carne durante una de sus escapadas al hotel en busca de desperdicios.*

*En principio no estaba todo perdido. La enfermedad se comportaba de un modo diferente a como lo hacía en el laboratorio. Podía haber (al menos un caso de) resistencia y recuperación espontánea o, al menos, de remisión y, a diferencia de la tuberculosis humana, parecía existir una escasa o nula transmisión secundaria de un babuino a otro a través de la tos. Entre los babuinos del hotel no había aparecido ni un solo caso caracterizado por una presencia exclusiva de infección pulmonar y ausencia total de lesiones intestinales. Por otra parte, en mi manada, los únicos animales que estaban dando positivo eran los que había visto acudir al vertedero en busca de las sobras y pelearse por los restos de carne: las hembras, los machos adolescentes y los ancianos estaban todos limpios. Los babuinos no se contagiaban la tuberculosis los unos a los otros, al menos con la misma rapidez que en el laboratorio. El agente transmisor era siempre la carne. Si se eliminaba el foco de la tuberculosis, lo más probable es que no se produjeran nuevas infecciones. Y puede que algunos de los animales infectados lograsen sobrevivir. La clave estaba en deshacerse del inspector de la carne y dismantelar el negocio.*

*No tenía sentido hacer un cortafuegos. Si la enfermedad no se transmitía de un babuino a otro en plena naturaleza, no había peligro de que una epidemia masiva acabara con todos los babuinos de la zona. E incluso en el caso de que tuviera lugar una transmisión de carácter secundario, de que aniquiláramos a la manada del vertedero y a las manadas vecinas, incluida la mía, y siguiéramos sin deshacernos de la carne tuberculosa, era sólo cuestión de tiempo que la manada más próxima se trasladara al hotel para ayudar a Timpai a*

*acabar con aquellos irresistibles despojos. De nuevo, teníamos que librarnos del inspector de la carne.*

*Sin embargo, no había el menor indicio de que el inspector tuviera intención de moverse de allí. Jim trataría de hacer todo lo que estuviese en su mano, pero no podía prometerme nada. Me dijo que volvería a insistir para ver si Leakey podía echarnos una mano, pero que la cosa iba para largo. Mientras, me dio luz verde para empezar a redactar los informes sobre el brote de tuberculosis, que podían ser censurados por Leakey en caso de que el contenido fuese indiscreto. Y me ordenó no hablar sobre el asunto.*

Pasé una última mañana con los babuinos y, como de costumbre, volví a mi propio mundo con sorprendente celeridad. Como cada año, disfruté de las duchas calientes que tanto había echado de menos, me atiborré de todo lo que no fuese arroz con judías y caballa, vi a los amigos, a los que obsequié con historias sobre las aventuras de la temporada de las que excluí expresamente toda referencia a la tuberculosis. Poco a poco, la vida volvió a la normalidad; empecé a analizar las muestras de sangre de los babuinos, imaginé la alentadora explicación que daría a la entidad que me financiaba para justificar los escasos progresos efectuados aquella temporada sin mencionar la distracción que había supuesto para mí la tuberculosis. Logré recordar la maraña de experimentos que había estado realizando antes de partir para Kenia y conseguí volver a ponerlos en marcha. Y Lisa y yo nos dedicamos a comernos el coco con el asunto de la tuberculosis.

No sabíamos nada nuevo. Jim contestaba al aluvión de cartas y llamadas intercontinentales que le enviaba con algún que otro mensaje en el que me decía que Leakey estaba en ello, pero que todavía no había ocurrido nada. De vez en cuando, mi informador me enviaba cartas que, contradiciendo su papel, no contenían información alguna. Apenas decía nada de los babuinos ni de la carne y, en vez de ello, describía con embeleso la radio que quería que le trajese.

Aprendí todo lo relacionado con la tuberculosis, leí todo lo que se había escrito sobre el tema dentro del campo de la primatología. Los estudios de patología trataban principalmente sobre el lugar y la clase de lesiones que aparecían primero y, gracias a ellos, aprendí los términos técnicos que designaban la putrefacción que había visto. Todos los artículos de

epidemiología decían cosas como: «Dentro del Estudio Veterinario Colonial del 47, seleccionamos [es decir, matamos] a trepecientos monos en el distrito del alto Zambeze y encontramos tuberculosis en el X por ciento de ellos», lo que confirmaba una vez más que nadie sabía nada sobre el funcionamiento de la enfermedad en plena naturaleza. Los informes experimentales se centraban en el modo en que un mono de laboratorio transmite la tuberculosis a otro: se coge a un primate y se le expone a la comida, la botella de agua o el aire de un animal enfermo; ¿se contagiará también? Aquellos estudios llegaban de forma inevitable a predicciones contradictorias: en plena naturaleza, la tuberculosis debía ser menos virulenta que en el laboratorio debido a la menor densidad de población de la primera. En un hábitat natural, la tuberculosis debía ser más virulenta que en el laboratorio debido al mayor grado de intimidad de las interacciones sociales que se producían en el primero. Nadie lo sabía.

Empezamos a redactar nuestros ensayos sobre la tuberculosis, exponiendo en detalle la patología y epidemiología de la misma, y enviamos a Leakey unos borradores para que les diera el visto bueno. Los escribimos con sumo cuidado para que no llegara a saberse nunca el punto concreto de Kenia al que nos referíamos ni que había un hotel involucrado en el asunto. Los artículos aparecieron finalmente en el *Journal of Wildlife Diseases* y en el *Journal of Medical Primatology*, sin duda dos publicaciones presentes en todas las salas de estar de Estados Unidos. Solía imaginar que un lector despierto sería capaz de descubrir la historia que se ocultaba entre sus líneas y que los informes suscitarían la indignación de la comunidad científica y la pondrían en pie de guerra. Por el contrario, dado que únicamente fueron media docena los lectores que se molestaron en echar un vistazo al título y al resumen de aquellos humildes artículos, el silencio sólo sirvió para reafirmar aquel corrosivo sentimiento de ira y soledad que albergaba en mi interior.

Continué dedicando demasiado tiempo a planear obsesivamente mi venganza. En mis fantasías, lograba asesinar al inspector de la carne y obligaba a los hoteles Safari a acatar mis órdenes por medio del chantaje. En uno de aquellos hoteles solía alojarse la familia real durante las visitas oficiales (en los felices días de la época colonial, la zona había sido uno de los cotos de caza privados de la familia), y estuve dándole vueltas a la idea de tratar de convertir a la reina en mi aliada. Incluso tenía pensada la primera frase de la carta: «Puede que a su Alteza Real le interese saber que existe la

posibilidad de que le hayan suministrado comida tuberculosa durante su reciente visita a una antigua colonia británica de África Oriental». Sabía muy bien que no había sido Timpai el Carnicero el encargado de servirle los almuerzos, pero imaginé que, en cualquier caso, sería una excelente forma de llamarle la atención. Presentaría unas credenciales especialmente diseñadas para la ocasión con el objeto de sortear a todos sus secretarios y subalternos. Ella quedaría horrorizada y conmovida al leer mi historia (me hice monárquico durante aquella época) y daría orden de que encerraran en la Torre de Londres a los propietarios británicos de los hoteles Safari y al inspector de la carne. Incluso llegué a redactar algunos borradores de la carta.

Tenía otros planes. Hacía poco, una escritora especializada en temas científicos que colaboraba con el *New York Times* había hecho una reseña del trabajo de Laurence de las Hienas y pensaba entrevistarme con ella y contarle mi historia; ya imaginaba los titulares. Sin embargo, no fui a verla ni escribí a la reina. Lo único que hice fue preocuparme y llamar a Jim para que me informara de que no había nada sobre lo que informar. Cada vez era más consciente de que la tragedia de mis babuinos tenía poca trascendencia y aquello contribuía a refrenar mis impulsos. Los babuinos no están en vías de extinción ni son la especie favorita de nadie. Los seres humanos corren un riesgo mínimo con la tuberculosis, que hace estragos entre los africanos sin que Occidente mueva un dedo. Y la historia no era más que un pequeño episodio de corrupción en un país corrupto hasta la médula. En vez de ello, aguardé, esperé y desesperé y, finalmente, llegó la hora de regresar a África para la siguiente temporada estival.

Cada vez que vuelvo, la impaciencia se apodera de mí. Corro al aeropuerto y me despido a toda prisa. Mientras permanezco sentado en el avión durante unas horas que se me hacen eternas, siempre consigo adoptar un aire de apremio. Al llegar a Nairobi, realizo a toda pastilla los trámites necesarios y atravieso como una exhalación las afueras de la ciudad, el valle del Rift y la polvorienta carretera que lleva a la reserva. Me apresuro a cumplir con los habituales saludos de bienvenida, los interminables apretones de manos y las conversaciones redundantes en el control y en los distintos hoteles. Echo a correr hasta que vuelvo a oler por fin mi tienda de campaña y me maravillo de que las montañas del año anterior sigan donde siempre y veo a los babuinos de

nuevo.

Si tienes suerte, los animales te complacen el primer día y se trasladan a un descampado en el que puedes reunirlos a todos de inmediato y deleitarte con su presencia. Justo unos minutos antes, te haces una serie de extrañas preguntas: ¿siempre ha habido babuinos allí?, ¿eran fruto de tu imaginación?, ¿has imaginado también aquel lugar? Llegas a la conclusión de que has olvidado una serie de detalles básicos pero fundamentales durante el tiempo que has pasado fuera: ¿los babuinos tienen cola y cuernos y lo has olvidado? Te preguntas si serás capaz de reconocer a alguno y si habrá alguno que te reconozca a ti.

Y, de repente, todos te rodean y no puedes caminar porque están por todas partes, ¿quién no ha cambiado nada, quién ha envejecido, quién tiene una nueva cicatriz, a quién le han salido los primeros músculos de la pubertad? Miras a las nuevas crías y tratas de identificar a sus madres —sólo por el parecido— mientras juegan solas, lejos de mamá. Compruebas con cuánta rapidez puedes identificar al nuevo macho alfa. Compruebas qué alianzas siguen intactas, qué amistades se han consolidado y quién está enfrentado con quién. Compruebas cuáles de las jóvenes hembras del año anterior sufren la tortura de la pubertad y están haciendo el ridículo ante los machos, y qué mequetrefes han entrado en la fase de perniciosa agresividad por la que pasan todos los machos adolescentes de la especie. Tratas de adaptarte a los machos recién incorporados a la manada, identificarlos y convencerte de que no todos son malvados por el simple hecho de ser nuevos y desconocidos. Pasas las siguientes semanas visitando a las manadas vecinas para averiguar dónde se han trasladado los machos adolescentes del año anterior para fundar sus hogares adultos. Y, por supuesto, compruebas quiénes se han ido para siempre.

Aquel año no fue diferente. Estrechamos manos en el hotel, saludamos a la gente de parte de todos los ciudadanos de Estados Unidos, hablamos del tiempo y de las cosechas de nuestro país de origen, conversaciones interminables, molestas, trilladas, tranquilizadoras, necesarias y dilatorias: guardas forestales, guardabosques, camareros, mecánicos, el subdirector del hotel, el radiooperador, los conductores de las camionetas turísticas. Y Timpai. Y el inspector de la carne. Montamos el campamento, reparamos las tiendas con función de almacén que se habían venido abajo durante el año anterior, hicimos el hoyo donde iría el lavabo, construimos la red de

alcantarillado, probamos el centrifugador, limpiamos la cerbatana, ordenamos las latas de caballa, realizamos todas las tareas imaginables hasta que ya no pudimos esperar más.

Los babuinos volvieron a hacerme un regalo de bienvenida y al alba se dirigieron majestuosamente al descampado más amplio de todos. Y tanto aquel día como en las semanas siguientes me enteré de cómo les había ido durante el año. Descubrí de un modo bastante concluyente que, como ocurría en el laboratorio, la tuberculosis también se transmitía de forma secundaria de un babuino a otro. En realidad, no se extiende como la pólvora. Y reuní nuevas pruebas que demostraban que pueden aparecer casos excepcionales de resistencia espontánea en plena naturaleza, tal como parecía indicar el único caso que había encontrado el año anterior. Y, no obstante, averigüé que, cuando actúa como principal agente infeccioso, la carne tuberculosa es bastante virulenta entre los papiones perrunos, cuyo nombre en latín es *Papio anubis*.

Y la peste se llevó a Saúl, que murió en mis brazos, tal como describí en una historia anterior.

Y la peste se llevó a David.

Y a Daniel.

Y a Gedeón.

Y a Absalón.

Y la peste se llevó a Ménasas, que murió retorciéndose de dolor frente a un grupo de empleados del hotel muertos de risa.

Y la peste se llevó a Jesse.

Y a Jonatán.

Y a Sem.

Y a Adán.

Y a Scratch.

Y la peste se llevó a mi querido Benjamín.

Ya han pasado muchos años de aquello y, al escribir estas palabras, aún no he encontrado una oración fúnebre para los babuinos. De niño, cuando creía en la ortodoxia de mi pueblo, aprendí el *qaddiš*.<sup>33</sup> Una vez, pronuncié la oración de un modo mecánico y aturdido en homenaje a mi tradición ante la tumba abierta de mi padre, pero, puesto que ensalza los actos y caprichos de un dios

que no existe para mí, no es adecuado para los babuinos. Me han contado que en los centros de primates de Japón se ofrecen oraciones sintoístas en honor de los monos sacrificados, y que dichas oraciones son híbridos de la plegaria que los cazadores recitaban ante el animal que habían matado y de la que los soldados victoriosos pronunciaban en recuerdo de los enemigos muertos. Pero, aunque acecho a esos animales con mi cerbatana y me estimula el hecho de dispararles, juro no haber sido nunca un cazador para ellos y que ellos jamás han sido unos enemigos para mí. Así que esa oración tampoco es adecuada para los babuinos. En un mundo tan lleno de palabras de lamento, no es necesario que invente ninguna más. Por el contrario, en mi recuerdo sólo quedan las cenizas de aquellos babuinos. Unidas a las cenizas de la demencia de mi padre y de mi ciencia, cuya lentitud me había impedido ayudarle. Y a las cenizas de mis antepasados de los campos de concentración. Y a las cenizas de las lágrimas de Lisa cuando me he comportado como un monstruo con ella. Y a las cenizas de las ratas que he matado en mi laboratorio. Y a las cenizas de mis depresiones y de mi espalda enferma, que ha ido empeorando con el paso de los años. Y a las cenizas de los niños masai que me contemplan mientras escribo, preguntándose si comerán hoy.

Como suele decirse, me he vuelto más objetivo con el transcurso del tiempo. Ya no me enfurezco por las noches al recordar aquella época. Ya no hago listas mentales de la gente a la que obligaré a morder el polvo algún día. No escribo estas palabras con la esperanza de arruinar la economía de Kenia ni de destruir el turismo del país, ni siquiera de causar la menor molestia al hotel Olemelepo, cuyos directores todavía me invitan a almorzar allí, cuyos camiones de abastecimiento continúan trayéndome el anhelado correo y cuyo papel higiénico sigo robando regularmente. La prueba de que no les guardo ningún rencor es que ni siquiera he utilizado los verdaderos nombres del hotel Olemelepo ni de los hoteles Safari. Tanto Timpai como el inspector de la carne están jubilados y desde entonces no ha vuelto a producirse ningún otro brote de tuberculosis. La terrible escalada del sida en África, la desertización, la guerra y el hambre hacen parecer banal y autocompasivo mi pequeño melodrama particular, una tragedia para blancos que disfrutaban de una existencia lo bastante desahogada y llena de privilegios como para ponerse sentimentales por unos animales que viven en la otra punta del globo. Pero, a

pesar de todo, echo de menos a esos babuinos.

Empecé a trabajar con una nueva manada situada en un rincón lejano y vacío del parque. Richard sudó tinta china para acostumbrarlos a nuestra presencia y Hudson no tardó en reincorporarse al proyecto. Como era de esperar, actualmente esa zona del parque está plagada de masai, *campings* para turistas y un nuevo hotel. A estas alturas, uno de los machos de la manada ha muerto de tuberculosis y unos cuantos han muerto a manos de unos guardas de *camping* que trataban de paliar su aburrimiento mientras los turistas estaban fuera. Y los masai han descubierto un nuevo deporte para el que aún no he encontrado una escapatoria. Esta misma semana vino a vernos un masai y nos dijo que un babuino solitario había salido como una bala de entre los matorrales y había matado a una de sus cabras. Le interrogamos a fondo y descubrimos multitud de detalles contradictorios que nos llevaron a pensar que no podía tratarse de uno de nuestros animales y que lo más probable es que no hubiera ocurrido nada. Pero, por la tarde, apareció un grupo de ancianos para hablarnos de la gravedad del incidente y darnos a entender que disponían de poco tiempo para disuadir al hombre de que no utilizara su lanza como represalia. Y no me quedó más remedio que pagar por la cabra imaginaria para salvar a unos cuantos babuinos, e incluso así, los niños que estaban aprendiendo a usar la lanza siguieron practicando con los babuinos y los jabalíes cuando me marché. Discutimos el precio, reprimí el sentimiento de cólera que guardaba en mi interior desde los tiempos de la epidemia y por la tarde ya había reanudado mi trabajo. Y, sin embargo, a pesar de todo ese pragmatismo y esa imparcialidad, echo de menos a esos babuinos.

La nueva manada me ha permitido realizar unos interesantes descubrimientos científicos. Me gustan esos animales, pero poca cosa más y cada año dedico menos tiempo a observar su conducta y más a su fisiología, en parte para evitar conocerlos lo suficiente como para encariñarme con ellos. Ya no soy la misma persona de antes y mi vida ha tomado un rumbo diferente al que tenía al llegar a África. Entonces era un hombre de veinte años que sólo temía a los búfalos; había venido para arriesgarme, divertirme y combatir mis depresiones, y tenía una cantidad inagotable de amor que dar a una manada de

babuinos. Ahora que han pasado más de veinte años, la posibilidad de no cuadrar el presupuesto de mi beca me da casi tanto miedo como antes y vengo aquí para pensar con claridad acerca de mi trabajo de laboratorio, recuperar el sueño perdido y huir de las exigencias de las interminables reuniones universitarias. Y aunque sigo echando de menos a aquellos babuinos, los destinatarios de mi inagotable reserva de amor son ahora Lisa y nuestros dos preciosos hijos, Benjamín y Rachel.

Mi primera manada aún existe: un pequeño grupo de babuinos que buscan alimento formando una estrecha piña y presentan unos niveles de agresividad interna extraordinariamente bajos. Son muy pocos para poder investigar con ellos y a estas alturas ya no conozco a la mitad de sus integrantes. Todos los miembros originarios de la manada —Ruth, Isaac, Raquel, Nick— han desaparecido, excepto un último superviviente. Josué consiguió resistir de algún modo la tentación de la carne tuberculosa y evitó la peste. Y, a excepción de aquella insólita primavera del periodo de inestabilidad en el que ocupó brevemente el puesto de macho alfa para luego apoyar la candidatura de Benjamín, eludió las peleas, las dentelladas y el cúmulo de lesiones que en última instancia acaban con los babuinos macho. Y actualmente es un animal viejísimo cuyo hijo mayor, Abdías, también debe de estar ya para el arrastre en alguna manada lejana. Josué permanece sentado mientras los pequeños juegan a su alrededor, saluda a todas las hembras con aire distraído, cuenta con el respeto de los agresivos y atolondrados adolescentes del grupo y avanza con paso lento y metódico detrás de los demás cada vez que la manada se pone en marcha, mientras nosotros nos preocupamos al verlo tan expuesto a los depredadores. Y, aunque al llegar a la vejez ha empezado a tirarse una asombrosa cantidad de pedos, no está decrepito ni mucho menos, y la tranquilidad de espíritu que ha mostrado a lo largo de toda su vida no ha hecho más que afianzarse con el paso de los años.

Esta temporada íbamos a necesitar urgentemente una serie de datos sobre él y lo anestesiamos con mucho miedo y un profundo sentimiento de culpabilidad. Observamos ansiosos su evolución mientras se recuperaba de la anestesia, entre ronquidos, babeos e incontables pedos. Y cuando llegó la hora de abrir la jaula y soltarlo, hizo algo asombroso. Por lo general, cuando me subo encima de la jaula para levantar la puerta, el babuino que hay dentro se pone a

gritar, aporrear y dar vueltas como un endemoniado. Y cuando la puerta se abre, o bien echa a correr a toda pastilla o a veces trata de saltar sobre mí con intenciones asesinas.

La jaula estaba colocada detrás de un árbol y Josué asomó la cabeza por un lado y luego por otro y me observó con toda tranquilidad a medida que me acercaba, como en aquel juego paranoico de miradas furtivas que había practicado con Benjamín mucho tiempo atrás. Cuando me subí a la jaula y empecé a desatar las correas elásticas, sólo se movió para sacar la mano por uno de los lados de la caja y levantarla con la intención de tocarme el pie. Y al abrirse la puerta, se limitó a salir y a sentarse por allí cerca.

Lisa y yo hicimos algo muy poco profesional, pero no nos importó. Nos sentamos junto a Josué y le dimos galletas. Galletas integrales inglesas. Nosotros también nos comimos unas cuantas. Él se lo tomó con calma y, después de sujetarlas delicadamente por el borde con sus rotos y viejos dedos, les fue dando remilgados mordisquitos con su boca desdentada mientras continuaba tirándose algún que otro pedo. Y nos quedamos así, sentados al sol, disfrutando con su calor, comiendo galletas y contemplando las jirafas y las nubes.

---

29 Personaje literario protagonista de *La montaña mágica*, de Thomas Mann. (N. de la T.)

30 Al cabo de unos años descubrí por qué no había llegado a infectarme nunca: resulta que era portador de la enfermedad genética de Tay-Sachs, que, aparte de sus múltiples inconvenientes, parece ser que confiere resistencia a la tuberculosis a quienes la padecen.

31 El autor hace referencia al protagonista de la película *El violinista en el tejado*, poseedor de esas mismas virtudes. (N de la T.)

32 Thomas Hart Benton (1889-1975), pintor norteamericano especializado en pintura mural, histórica y de género. (N. de la T.)

33 Plegaria judía formada por cinco versos que los allegados del difunto recitan en los tres oficios diarios que se celebran durante los once meses que dura el periodo de duelo. (N. de la T.)